Katherine Dunn

Amor de monstruo

— UNA NOVELA —

BOLSILLO BLACKIE

Katherine Dunn

Amor de monstruo

Índice

Portada
Amor de monstruo
Créditos
Libro primero. Jardinero de medianoche
1. La familia nuclear:
2. Notas del día
3 Notas del día
Libro segundo. Tu dragón: cuidados, alimentación e identificación de sus deposiciones
4. Las rosas de papá
5. Asesino: flojo de muñecas y apocado
6. El afortunado
7. Verde, como el arsénico, las cucharas oxidadas y las puertas de las cámaras de gas
8. La educación de Chick
9. Cómo dábamos de comer a las fieras
10. La danza de las serpientes: inmaculada
11. Sangre, muñones y otras mutaciones
Libro tercero. El espejo espiral
12. Notas del día
13. Carne: electricidad sobre ruedas
14. Amistad por correspondencia
15. La prensa
16. El Laceador de Moscas y el Gusano Trascendental
17. El chulo de las palomitas
18. Llega el Hombre del Saco
19. Testimonio
20. El arreglo desarreglado
21. La huida
22. Nariz incordia a cara, labio desaparece
23. El potente cañón del Generalísimo
24. Atrapar sus alaridos en copas de oro
25. Todos caen
Libro cuarto. La eclosión del dragón
26. Notas del día
27. Notas del día

28. Notas del día

Notas

Título original: *Geek Love*

Diseño de colección y cubierta: Setanta
De la ilustración de la cubierta: Laia Arqueros

© del texto: Katherine Dunn, 1989
© de la traducción: Jordi Mustieles Rebullida
© de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024, Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Maquetación: Acatia

Primera edición digital: febrero de 2024
ISBN: 978-84-10025-61-5

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

A Eli Malachy Dunn Dapolonia

Este objeto de las tinieblas lo reconozco como mío.

PRÓSPERO
La Tempestad (5. 1. 275-6)

Libro primero

Jardinero de medianoche

1

La familia nuclear:

LA CHARLA DE ÉL, LOS DIENTES DE ELLA

—Cuando vuestra mamá hacía de excéntrico, angelitos míos —solía decir papá—, convertía el rebanado de cuellos en tal misterio que las propias gallinas se lanzaban hacia ella y bailaban a su alrededor, embelesadas. «Abre la boca, Dulce Lil —cloqueaban—, y enséñanos tus dientes.»

Y esa misma Crystal Lil, nuestra mamá de estrellados cabellos, confortablemente sentada en el sofá empotrado que por las noches servía de cama a Arty, emitía una risita ahogada sin levantar la vista del costurero que sostenía en su regazo y meneaba la cabeza.

—No les cuentes disparates a los niños, Al. Aquellas gallinas corrían como las liebres.

Esto sucedía en las noches de carretera, entre espectáculos y poblaciones, en algún descampado junto al camino, con los demás camiones, camionetas y remolques de la Feria Fabulonia de Binewski ordenadamente aparcados a nuestro alrededor. A salvo en nuestra aldea portátil.

Después de cenar, sentados al resplandor de la lámpara con los estómagos llenos, a los Binewski nos correspondía leer y estudiar. Pero si llovía, el espíritu narrador se apoderaba de papá. El siseo y el repiqueteo sobre el metal de nuestra gran furgoneta vivienda lo

distraían del estudio. Que lloviese en noche de espectáculo era una catástrofe. Pero la lluvia en la carretera significaba charla, lo que para papá era un auténtico placer.

—Es una pena y una vergüenza, Lil —decía papá—, que esta prole tuya solamente conozca a esos refinados excéntricos que vienen de Yale a pasar el verano.

—De Princeton, querido —le corregía mamá con suavidad—. Randall comenzará el segundo curso este otoño. Creo que es nuestro primer chico de Princeton.

Nosotros, los niños, percibíamos que la narración iba a perderse en trivialidades. Arty me daba un codazo y yo levantaba la voz:

—¡Háblanos de cuando mamá hacía de excéntrico!

Y Arty, Elly, Iphy y Chick se acomodaban a mi lado en el suelo, formando una hilera entre mamá y el asiento de papá.

Mamá simulaba estar absorta en su costura y papá se retorcía el mostacho y hacía vibrar sus enmarañadas cejas, fingiendo desgana.

—Bueeeno... Eso fue hace mucho tiempo...

—¡Antes de que naciéramos!

—Mucho antes —nos aseguraba, agitando el brazo con su imponente estilo de maestro de ceremonias—. Antes incluso de que hubiera soñado con vosotros, angelitos míos.

—Por entonces yo aún era Lillian Hinchcliff —intervenía mamá en tono reflexivo—, y cuando vuestro padre me hablaba, cosa que hacía muy de vez en cuando y de mala gana, me llamaba «señorita».

—¡Señorita! —exclamábamos entre risitas.

Papá proseguía en un susurrante vozarrón, como si mamá no pudiera oírle:

—¡Aterrorizado! Estaba tan impresionado que hasta tartamudeaba cuando tenía que hablar con ella. «Se-se-se-señorita...», le decía.

La idea de que papá, el GRAN CHARLATÁN, pudiera sentirse tan cohibido, hacía que nos partiéramos de risa.

—Y yo, naturalmente, me dirigía a vuestro padre como señor Binewski.

—Conque ahí estaba yo la mañana del 3 de julio —seguía papá —, limpiando a manguerazos el foso del excéntrico para quitar la sangre seca y las plumas de gallina, mientras me felicitaba por los magníficos carteles que había mandado hacer y me decía que iba a vender entradas al por mayor, porque el fin de semana del 4 de julio es el mejor momento del año para los excéntricos, y el que tenía yo entonces era un excéntrico estupendo y muy musculoso. Un entusiasta de su trabajo, vaya si lo era. Así que estaba yo limpiando, la mar de tranquilo y satisfecho conmigo mismo, cuando de repente se presenta vuestra mamá, con un aspecto como para comérsela, y me anuncia que mi excéntrico se ha largado en mitad de la noche, que ha hecho el hatillo y ha tomado un taxi hacia el aeropuerto. Que ha dejado una nota explicando que su papá está muy enfermo y que él, el excéntrico, debe retirarse de los escenarios y regresar a Filadelfia para hacerse cargo del banco de la familia.

—Una agencia de bolsa, querido —le corregía mamá.

—¡Y con vuestra mamá, la señorita Hinchcliff, plantada delante de mí como un helado triple de vainilla, ni siquiera puedo soltar una maldición! ¿Qué voy a hacer? ¡Los carteles del excéntrico ya están pegados por todo el pueblo!

—Todo esto ocurrió durante una guerra, pequeños —explicaba mamá—. No recuerdo exactamente cuál. Vuestro padre tenía muchos problemas para encontrar gente que le ayudara en la feria, pues de lo contrario, con mi falta de experiencia, jamás me habría contratado ni para coser trajes.

—Conque ahí estaba yo, atontado de respirar el perfume *Mazapán de Medianoche* que usaba la señorita Hinchcliff y bizco de tanto pensar. Yo no podía salir al foso porque estaba ocupadísimo. No podía pedírselo a Horst el domador porque, para empezar, era vegetariano, y además su dentadura postiza se habría desintegrado nada más tocar el primer cuello de gallina. Y de repente vuestra

mamá, como si estuviera ofreciéndome jerez y galletitas, dijo: «Lo haré yo, señor Binewski». Estuve a punto de hacérmelo en los pantalones de alegría.

Mamá sonrió dulcemente hacia su labor y asintió con la cabeza.

—Quería demostrar que podía ser útil para la feria. Solo llevaba un par de semanas con la Fabulonia de Binewski y me daba perfecta cuenta de que me tenían a prueba...

—Así que yo le contesto —la interrumpió papá—: «Pero, señorita, ¿y sus dientes?». Quería decir que podía rompérselos o estropeárselos, claro, y entonces ella sonríe de oreja a oreja, como está sonriendo ahora, y dice: «A mí me parece que son bastante afilados».

Miramos a mamá. Sus dientes eran blancos y perfectos pero, naturalmente, por entonces ya eran todos postizos.

—Miré su linda y delicada quijada y solté un gemido. «No», le dije, «no podría pedirle que lo hiciera...». Pero entonces se me ocurrió que una rubia hermosa y con piernas, quiero decir que vuestra mamá tiene lo que en el oficio se conoce como PIERNAS, no le haría ningún daño al negocio. Yo nunca había oído hablar de ninguna chica que hiciera de excéntrico, y las posibilidades para los carteles eran gloriosas... Pero volví a pensar, no..., ella no podía...

—Lo que vuestro papá no sabía es que me había fijado varias veces en el excéntrico y, por supuesto, cuando vivía en casa solía ayudar a Minna, nuestra cocinera, a matar a los pollos. Lo tenía atrapado. No le quedaba más remedio que dejarme probar.

—¡Oh, pero no os imagináis el miedo que pasé aquella tarde, cuando llegó la hora de la primera representación! Miedo a que le diese asco y se volviera a su casa de Boston. Miedo a que cambiase de idea en el último momento y la multitud se me echara encima exigiéndome que les devolviera su dinero. Miedo a que se hiciera daño... Uno de esos bichos podía arañarla o saltarle un ojo en cualquier momento.

—Yo también estaba bastante nerviosa —reconoció mamá.

—Había una gran muchedumbre. Era un sábado caluroso, al día siguiente era el 4 de julio. Yo mismo llevaba todo el día corriendo de un lado a otro como un pollo descabezado, y apenas pude agazaparme tras el foso un segundo, antes de ponerme en la puerta para atraer a los memos. Y ahí estaba ella, igual que una mariposa...

—Solo llevaba unos andrajos, en realidad. De color blanco, para que la sangre se viera perfectamente aun en la oscuridad del foso...

—Pero, ¡qué andrajos más inteligentes! ¡Qué sedosos y escotados, con su corte lateral a lo largo del muslo! Respiré hondo y salí a darles la charla para que entraran. Y vaya si entraban. Recuerdo que había un montón de soldados entre el público. Todavía estaba despachando entradas cuando empezaron a aplaudir y a silbar, y el griterío y el golpear de pies sobre las viejas gradas de madera aún atrajeron más público. Al final, llamé a uno de los chicos que vendían palomitas para que se ocupara de las entradas y pasé adentro para verlo con mis propios ojos...

Papá le dirigió una amplia sonrisa a mamá y se retorció el bigote.

—Jamás lo olvidaré —concluyó, riendo entre dientes.

—Yo no podía gruñir ni rugir de forma convincente, claro. De modo que cantaba —explicó mamá.

—¡Alegres cancioncitas alemanas! ¡Con su aguda vocecilla!

—Franz Schubert, queridos.

—Iba revoloteando de un lado a otro como un delicado pajarillo, y cuando atrapaba a aquellas gallinas feas y alborotadoras, nadie podía creer que verdaderamente les fuese a hacer algo. Pero cuando siguió adelante sin inmutarse y les arrancó la cabeza a bocados, aquello fue el delirio. Jamás se había visto tan elegante torsión de muñeca, tan vampiresco refulgir de colmillos sobre un cuello, tan achampañada aproximación a la sangre. Vuestra mamá sacudía su cabellera, blanca como una lluvia de estrellas, y la cabeza del pollo caía mientras ella le hundía sus uñas rosadas, alzaba el aleteante y tembloroso cadáver como si de una copa de oro se tratase, ¡y

sorbía! ¡Sorbía con fruición las palpitantes entrañas! ¡Era magnífica! ¡Una princesa, una Cleopatra, una reina de los elfos! Así era vuestra mamá en el foso del excéntrico.

»La gente se atropellaba por verla. Construimos más bancos. La trasladamos a la carpa más grande que teníamos, con capacidad para 1.100 espectadores, y aún faltaba sitio.

—Era divertido —admitía Lil—. Pero enseguida me di cuenta de que no era mi verdadera vocación.

—Sí... —Y papá medio fruncía el ceño y se miraba las manos, repentinamente silencioso.

Notando que la historia se evaporaba, alguno de nosotros se apresuraba a preguntar:

—¿Por qué lo dejaste, mamá?

Y entonces ella suspiraba y, alzando la vista por debajo de sus cejas vidriosas, contemplaba a papá, nos miraba luego a nosotros, acurrucados en un montón sobre el suelo, y respondía con voz suave:

—Siempre había soñado con volar. En Abilene se unieron a la feria los Antifermo, el clan de trapecistas italianos, y yo les rogué que me enseñaran... —A partir de ahí, ya no se dirigía a ninguno de nosotros, sino exclusivamente a papá—. Y, Al, sabes muy bien que jamás te habrías atrevido a proponerme matrimonio si no me hubiera caído y hubiese quedado tan estropeada. ¿Dónde estaríamos ahora si no lo hubiera hecho?

Papá asentía:

—Sí, sí, y yo hice que volvieras a caminar perfectamente, ¿no es verdad? —Pero su rostro se volvía inexpresivo, su sonrisa desaparecía y sus ojos se posaban en el cartel que cubría la puerta corredera de su dormitorio. Estaba impreso sobre un viejo papel plateado, un papel caro, con la solitaria y exuberante figura de mamá tachonada de lentejuelas, sonriente, erguida y con los brazos alzados de forma que sus manos, enfundadas en sendos guantes rojos que le llegaban hasta el codo, rozaban el arco de estrelladas letras que anunciaban «CRYSTAL LIL» sobre su cabeza.

Mi padre se llamaba Aloysius Binewski. Se crió en una feria ambulante que pertenía a su padre, La Fabulonia de Binewski. Papá tenía veinticuatro años cuando murió el abuelo y la feria pasó a sus manos. Al atornilló cuidadosamente la urna de plata con las cenizas de su padre sobre la cubierta del camión generador que proporcionaba la electricidad. El viejo había vagado tanto tiempo con la feria que sus restos se habrían sentido desdichados si los hubieran abandonado en alguna cripta estacionaria.

Corrían malos tiempos, y el negocio, aunque no por culpa del joven Al, estaba de capa caída. Cinco años después de la muerte del abuelo, la otrora próspera feria se encontraba en plena decadencia.

El espectáculo sufría la carga de un león envejecido que rompía repetidamente carísimas dentaduras postizas al morder los barrotes de su jaula, una mujer gorda cuyo suministro de alimentos iba incluido en el contrato y exigía constantes aumentos según el índice del costo de la vida, y la huida de una familia completa de erotistas de animales a medianoche, que se llevaron consigo el asno, el chivo y el gran danés.

Poco después, la mujer gorda abandonó el buque para convertirse en modelo de una revista llamada *Chubby Chaser*. Mi padre se quedó con un tragafuegos de segunda que funcionaba a base de *fuel-oil* y con la perspectiva de una muy larga temporada en un aparcamiento para remolques a las afueras de Fort Lauderdale.

Al era el típico yanki, partidario de la libre determinación y la independencia, y aquella crisis sacó a la luz su potencial de genialidad: fue entonces cuando decidió engendrar su propio espectáculo de monstruos.

Mi madre, Lillian Hinchcliff, era una digna aristócrata de la zona más selecta de Beacon Hill, en Boston, que había renunciado a su ambiente e ingresado en la feria para convertirse en volatinera. Diecinueve años son demasiados para aprender a volar, y Lillian se cayó y se fracturó su elegante nariz y ambas clavículas. Esto le hizo

perder el temple, pero no su apasionada afición por el serrín y las candilejas, y fue esta pasión la que la convirtió en entusiasta partícipe del proyecto de Al. Estaba dispuesta a aportar su grano de arena a cualquier esfuerzo dirigido a renovar el interés del público hacia el espectáculo. Y, por otra parte, la idea de una seguridad heredada era algo que le había sido inculcado desde niña. Como a menudo solía decir: «¿Qué mayor don podrías ofrecer a tus hijos que la capacidad de ganarse la vida solo por ser como son?».

Esta pareja llena de recursos comenzó a experimentar con drogas —de la farmacopea e ilegales—, con insecticidas y, finalmente, con isótopos radiactivos. A lo largo de este proceso, mi madre experimentó una compleja dependencia a diversas clases de drogas, pero eso no le importó. Segura del ingenio de papá para mantener su suministro, Lily parecía considerar su adicción como un insignificante efecto secundario de la creativa colaboración entre ambos.

Su primogénito fue mi hermano Arturo, generalmente conocido como «Aqua Boy». Sus manos y sus pies eran unas aletas que le brotaban directamente del torso, sin interposición de brazos ni piernas. Aprendió a nadar en la primera infancia y se exhibía desnudo en un gran depósito de paredes transparentes, como un acuario. Con tres o cuatro años, su truco favorito consistía en aplastar la cara contra el cristal y contemplar al público con sus ojos saltones mientras abría y cerraba la boca como una perca del río, para luego darles la espalda y alejarse chapoteando, mostrándoles el zurullo que pendía de sus musculosas nalguitas. Pasado el tiempo Al y Lil se reirían del asunto, pero entonces les causaba una gran consternación, además de obligarles a esterilizar el depósito con más frecuencia de la habitual. Según fueron pasando los años, Arty se acostumbró a usar traje de baño y se volvió más refinado, pero también se ha dicho, y algo hay de verdad en ello, que su actitud no llegó a cambiar nunca.

Mis hermanas, Electra e Iphigenia, nacieron cuando Arturo tenía dos años y comenzaba a atraer multitudes. Las chicas eran siamesas con la parte superior del cuerpo perfectamente formada pero unidas por la cintura, de forma que compartían un solo juego de caderas y piernas. Por lo general solían sentarse, andar y dormir rodeándose la una a la otra con sus largos brazos. A pesar de todo, podían mirar directamente al frente dejando que el hombro de una se deslizara sobre el de la otra. Siempre fueron hermosas, esbeltas y de grandes ojazos. Estudiaron música, y desde pequeñas interpretaron dúos al piano. Hubo quienes juzgaron que sus composiciones para cuatro manos constituían una revolución en la escala dodecafónica.

Yo nací tres años después que mis hermanas. Mi padre no escatimó en gastos para sus experimentos: tanto en la ovulación como durante el embarazo, mi madre fue profusamente tratada con cocaína, anfetaminas y arsénico. Para ellos fue una gran decepción verme nacer con unas deformaciones tan vulgares. Mi albinismo es de la habitual variedad de ojos rosados, y mi joroba, aunque pronunciada, no se distingue de las jorobas ordinarias ni en su forma ni en su tamaño. Mis deformidades eran demasiado aburridas para ser comercializadas en la misma medida que las de mi hermano y mis hermanas. Aun así, mis padres advirtieron que yo estaba dotada de una potente voz, y decidieron que podría ser de utilidad en la feria como señuelo y voceador. Una jorobada calva y albina parecía el perfecto aliciente para atraer la atención hacia los esotéricos talentos del resto de la familia. El enanismo, que se hizo del todo evidente hacia mi tercer cumpleaños, proporcionó una agradable sorpresa a la paciente pareja y aumentó mi valor. Desde un principio dormí en el armario empotrado situado bajo el fregadero, en la furgoneta-vivienda de la familia, y pronto dispuse de una colección de exóticas gafas de sol para resguardar mis sensibles pupilas.

A pesar de los carísimos tratamientos a base de radio que se incluyeron en su diseño, mi hermano menor, Fortunato, nació aparentemente normal. Este lamentable estado deprimió tanto a mis emprendedores padres que de inmediato se dispusieron a

abandonarlo en una gasolinera cerrada a las afueras de Green River, Wyoming, a altas horas de la madrugada. Mi padre había aparcado ya la furgoneta en previsión de una rápida retirada y había salido para ayudar a mi madre a depositar la caja de cartón que contenía al bebé en algún rincón seguro. En aquel preciso instante, el bebé, de apenas dos semanas, miró vagamente a mi madre y en cuestión de segundos reveló que no era en absoluto un fracaso, sino, al contrario, la obra maestra de mis progenitores. Tuvo suerte, y por eso le pusieron el nombre de Fortunato. Por un motivo u otro, nosotros siempre le llamamos Chick.

—Papá —decía Iphy.

—Sí —decía Elly. Estaban las dos detrás de su gran sillón, cuatro brazos que se deslizaban para enredarse en torno a su cuello, dos rostros enmarcados en lisos cabellos negros, contemplándolo desde ambos lados.

—¿Qué estáis tramando, chicas? —Se reía y dejaba la revista que estaba leyendo.

—Cuéntanos cómo pensaste en nosotras —le pedían.

Yo me apoyaba en su rodilla y alzaba la vista hacia su bondadosa cara.

—Por favor, papá —le rogaba—, háblanos del Jardín de Rosas.

Él refunfuñaba, se hacía de rogar y se negaba, y nosotros insistíamos con halagos.

Finalmente, Arty acababa sentado en sus rodillas, entre los brazos de papá, y Chick se acomodaba en el regazo de Lily, y yo me apoyaba en el hombro de Lily mientras Elly e Iphy se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas y sus cuatro brazos a la espalda, como puntales góticos que sostuvieran sus encorvados hombros, y Al se echaba a reír y nos contaba la historia.

—Eso fue en Oregón, allá en Portland, llamada la Ciudad de las Rosas, aunque no me puse manos a la obra hasta cosa de un año más tarde, cuando nos encontrábamos atascados en Fort Lauderdale.

Un día, preocupado, agobiado por minucias del negocio, condujo hasta un parque en la ladera de una colina y salió a dar un paseo.

—Desde allí arriba se veían kilómetros y kilómetros de terreno. Había una gran rosaleda con glorietas, fuentes y espalde - ras. Los senderos eran de ladrillo y serpenteaban en todas direcciones.

Tomó asiento en un peldaño que conducía de un terraplén a otro y contempló las rosas experimentales.

—Era un jardín de pruebas, y los colores eran... diseñados. De rayas, con diferentes capas, de un color en la parte interior del pétalo y otro color distinto por fuera.

»Yo estaba furioso con Maribelle, una boba que ya llevaba mucho tiempo con vuestra madre y conmigo, que quería un aumento que yo no podía permitirme.

La visión de las rosas le hizo pensar en cómo su singularidad les confería hermosura, y cómo esta singularidad había sido proyectada para darles valor.

—La idea se me ocurrió de pronto, clara y completa desde el primer momento, sin necesidad de cavilaciones. —Comprendió que también los niños podían ser diseñados—. Y me dije para mis adentros: ¡Ese sí que sería un jardín de rosas digno del interés de un hombre!

Nosotros, los niños, sonreíamos y lo abrazábamos, y él nos devolvía una radiante sonrisa y enviaba a las mellizas a buscar una jarra de cacao al carro de las bebidas y a mí a por una bolsa de palomitas, porque de todos modos las pelirrojas iban a tirarlas cuando cerraran el puesto. Y nos acomodábamos todos en la acogedora furgoneta-vivienda, comiendo palomitas de maíz, bebiendo cacao y sintiéndonos como las rosas de papá.

2

Notas del día

EL REGOCIJO DEL GUSANO

Ahora Crystal Lil sujeta el auricular sobre su fláccida y caída teta y chilla hacia el hueco de la escalera «¡Cuarenta y uno!», lo cual quiere decir que el pelirrojo benedictino que ocupa la habitación número cuarenta y uno tiene otra llamada telefónica y debe bajar a toda prisa los tres tramos de escaleras y aliviar la confusa mente de Lil de esta agobiante intrusión. Cuando contesta al teléfono, Lil coloca un amplificador de plástico patentado sobre el auricular, pone al máximo su audífono y aulla «¿Qué? ¿Qué?» ante el micrófono hasta que recibe un número. Ése es el número que gritará por la enmohecida escalera hasta que acuda alguien o ella se canse.

No sabría decir hasta qué punto está sorda. Siempre oye sonar el teléfono de pago que hay en el vestíbulo, aunque es posible que note las vibraciones en las suelas de sus zapatillas. También está ciega. Sus gruesas gafas de plástico rosado proyectan unos enormes ojos vidriosos. El rojo borroso se extiende sobre su esclerótica como un huevo pasado.

El cuarenta y uno taconea por la escalera y toma el auricular. Está en constante comunicación con sus conocidos de la clerecía, a los que sigue cultivando con la esperanza de recobrar así el alzacuello. Su nervioso farfullar por el teléfono comienza en cuanto Crystal Lil regresa a su habitación, sin cerrar la puerta del vestíbulo.

Su ventana da a la acera frente al edificio. Tiene la televisión encendida a todo volumen. Crystal Lil se sienta en un taburete de cocina, busca a tientas la gran lupa hasta encontrarla encima del televisor y se inclina hacia el aparato, con la nariz a escasos centímetros de la pantalla, moviendo la lente ante sus ojos en un incesante esfuerzo por enfocar una imagen entre los puntos de luz. Cuando cruzo el vestíbulo veo el resplandor gris que destella a través de la lupa sobre la anhelante ceguera de su rostro.

El hecho de que la llamen «administradora» explica por qué Crystal Lil nunca recibe facturas, por qué su habitación es gratis y por qué cada mes llega un pequeño cheque a su nombre. Ella, a su vez, se muestra inflexible en sus deberes como cobradora del alquiler y debilitado perro guardián. El teléfono entra en el contrato.

Cuando Crystal Lil aúlla «¡Veintiuno!», que es el número de mi habitación, me detengo junto a la puerta para descolgar de un clavo la peluca de cabra y encasquetármela sobre la calva coronilla antes de bajar el único tramo de escalera saltando con una sola pierna, algo que resulta bastante duro para mis tobillos y rodillas pero que ayuda a disimular mis andares. Elevo una octava el tono de mi voz y le hablo en un chillón falsete. «¡Gracias!», exclamo ante su boca abierta. Sus encías son abultadas y de un verde vagamente iridiscente, relucientes allí donde antes estaban sus dientes. Para salir me pongo la misma peluca. No confío en que la ceguera de Lil y su sordera me hagan del todo irreconocible. Después de todo, soy su hija. Podría albergar algún decadente reconocimiento hormonal de mis ritmos capaz de atravesar el muro de rechazo que su cuerpo ha levantado frente al mundo.

Cuando Lil grita «¡Treinta y cinco!» por el hueco de la escalera, me tambaleo hacia la puerta y atisbo con un solo ojo por el agujerito que hay junto a la cerradura. Cuando «la treinta y cinco» pasa apresuradamente ante mi habitación, alcanzo a divisar por un instante sus largas piernas, que a veces se asoman desnudas por los cortes laterales de su asombroso quimono verde. Apoyo la cabeza contra la puerta y escucho su joven y potente voz gritarle a Lil antes

de adoptar su acostumbrado tono de urgencia ante el teléfono. La número treinta y cinco es mi hija Miranda. Miranda es una chica muy popular, alta y bien formada. Todas las tardes, antes de salir hacia su trabajo, recibe llamadas telefónicas. No es que Miranda trate de disimular su identidad ante su abuela. Cree ser una huérfana apellidada Barker. Y Crystal Lil, por su parte, debe de suponer que Miranda es solo una de esas hembras llamativas que arrastran su sexualidad por las habitaciones como baba de caracol antes de mudarse a otro sitio al cabo de un mes. Quizá Lil no haya advertido jamás el hecho de que Miranda lleva ya tres años viviendo aquí, en el apartamento grande. ¿Cómo habría de darse cuenta de que es siempre la misma «treinta y cinco» la que responde a las llamadas? No existe ningún puente entre ambas. Yo soy el único eslabón que las une, y ninguna de las dos me conoce. Miranda, además, tiene muchos menos motivos para acordarse de mí.

Tal es mi egoísta satisfacción: contemplar sin ser vista. A ellas no les procuraría ningún placer saber quién soy. Eso incluso podría matar a Lily, trayendo de nuevo toda la podredumbre del antiguo dolor. O puede que me odiara por haber sobrevivido mientras todos sus otros tesoros descendieron a sus sepulturas. En cuanto a Miranda, no estoy segura de cómo le afectaría el conocer a su verdadera madre. Me imagino su erguida columna encorvándose y encogiéndose y quedándose así para siempre. Asume su orfandad con mucha valentía.

Las tres somos Binewski, aunque únicamente Lily ostenta este apellido. Para Crystal Lil, yo solo soy «la número veintiuno». O «McGurk, la contrahecha de la veintiuno». Miranda es más original. La he oído susurrar a sus amistades, cuando pasan ante mi puerta, «la enana de la veintiuno» y «la vieja albina jorobada de la veintiuno».

Rara vez tengo necesidad de hablar con ninguna de las dos. Lil deja los recibos del alquiler en una cesta, justo al lado de la puerta siempre abierta, y yo extiendo el brazo para recogerlos. Los jueves

me encargo de sacar la basura, pero Lily no le da ninguna importancia.

Miranda me saluda en el vestíbulo. Yo respondo con una inclinación de cabeza. De vez en cuando intenta charlar conmigo en la escalera, pero yo me muestro seca y distante y escapo lo más deprisa que puedo, con el corazón palpitándome como el de un ratero.

Lily eligió olvidarme, y yo he elegido no recordarle mi existencia, pero me aterroriza ver vergüenza o repugnancia en el rostro de mi hija. Eso me mataría. Así que las acecho y las atiendo a ambas en secreto, como un jardinero de medianoche.

Lillian Hinchcliff Binewski —Crystal Lil— es alta y delgada. Su pecho cuelga en pliegues hasta su cintura, pero su porte es todavía erguido. De cara alargada y nariz fina, parece una aristócrata protestante. No sale nunca sin sombrero, por lo general uno de *tweed* con el ala tan encasquetada sobre sus gafas rosadas que se ve obligada a erguir la cabeza y echarla hacia atrás para capturar la escasa luz y los limitados movimientos que sus ojos están dispuestos a captar. Envuelta en unos cuantos roedores muertos, podría infiltrarse en un almuerzo a base de canapés sin despertar ninguna sospecha.

Seguir a Lily resulta fácil. Su alargada figura bostoniana se abalanza desde un punto de contacto al siguiente con una velocidad impresionante. Es intrépida y suspicaz, y su forma de avanzar es alarmante. Jamás pasa junto a una forma vertical sin asirse a ella y palparla para comprobar de qué se trata. Postes de teléfono, bocas de riego, señales de tráfico... Corre hacia ellos, se aferra como si hubiera estado a punto de caer, les da un masaje exploratorio con cada mano y luego, echando la cabeza hacia atrás, se lanza hacia la próxima sombra perpendicular que se refleja en su retina. Lily también utiliza el mismo método con los humanos. La he visto recorrer veinte manzanas de atestadas aceras al mediodía, oscilando

de un sobresaltado peatón al siguiente; aferrar a uno por el hombro y palparlo interrogativamente mientras extiende un brazo para agarrar los pechos de la siguiente que halla en su camino. Cuando alguien se molesta, replica bruscamente, blasfema o le da un empujón, ella vacila unos segundos hasta que se le presenta el siguiente cuerpo y reanuda su camino, utilizando un cuerpo tras otro como si fueran asideros a través del aire.

Yo me tambaleo tras ella. Una separación de seis metros entre las dos es garantía absoluta de pasar inadvertida. Me intriga ver cómo la gente se detiene y se la queda mirando mientras ella sigue adelante a su desesperada manera. Un tipo de mentalidad abierta, con un libro de texto bajo el brazo, se sorprende ante su propio impulso reprimido de abofetearla por haberlo usado como trapecio y, un poco avergonzado, la sigue con la vista como un bobo. Y entonces se vuelve y me ve a mí, que avanzo con mi corcova y lo miro directamente a los ojos. La doble imagen lo hiere. Mi madre, sola en la calle, puede ser incluida en la extravagante compañía de los que van farfullando al caminar, los beodos y los pordioseros, pero cuando aparezco yo unos metros atrás, se produce un momento helador. Hasta los más engreídos se dan cuenta. Llegan a casa y les cuentan a sus esposas que las calles de Portland se están llenando de gente rara. Sus sueños forjan un torcido eslabón entre la vieja estrafalaria y la enana jorobada. Suponen que somos huéspedes de alguna residencia institucional, o bien que ha llegado el circo a la ciudad.

Unas cuantas veces por semana, evidentemente convencida de que se encuentra en Boston, Crystal Lil sube con esfuerzo una colina hasta una gran mansión en Vista Avenue. Corre hacia la verja de hierro forjado y pasa febrilmente sus manos por ella en busca de algo. Luego se queda boquiabierta en la acera, sus mandíbulas unidas por un elástico hilillo de saliva, y espera frente a la puerta principal. Lo más probable es que ni siquiera alcance a divisar los tragaluces, pero de todos modos los saluda con la mano. De vez en cuando, agarra a un peatón y le grita: «¡Yo nací aquí! ¡En la

Habitación Rosa! ¡Mamá nos servía el té en el solarium!». Cuando su cautivo huye, vuelve a caer en sus murmuraciones. No se da cuenta de que la casa de ladrillo georgiano ahora forma parte de una urbanización de lujo. Espera que algún sirviente o un perro viejo se acerque a la puerta y, entre lágrimas de alegría, la descubra allí, la hija pródiga regresada después de tantos años. Acaso sueña que será recibida y mimada por su propia madre, y cómodamente arropada en un lecho virgen. Pero solo entran y salen astutos ejecutivos que la esquivan con destreza. Finalmente emprende el regreso, colina abajo, hacia su cuarto en la calle Kearney.

Crystal Lil, la puerta de par en par, está sentada ante el televisor con una cacerola en el regazo y una bolsa marrón junto a los pies. Saca de la bolsa largas judías verdes y las parte en fragmentos de un par de centímetros que van cayendo en la cacerola. Hago una pausa en la escalera, tratando de imaginar cómo habrá conseguido esas judías verdes.

Lillian en el supermercado, amedrentada y furiosa, recorre los estantes con sus largas manos, derriba montones de latas, coge por fin una caja y, mascullando para sí, retiene a una inocente compradora, le restriega la caja por las narices y aúlla: «¿Qué es esto? ¡Dígame qué es esto!», hasta que la compradora, con irritada compasión, responde: «Copos de avena», y logra desasirse.

En verano, cuando el polvo de la calle se alza bajo el sofocante calor, Lily abre la ventana y empuja dos mugrientos geranios hacia la parte exterior del alféizar. Luego, cuando llega la tarde, Crystal Lil se precipita acera abajo, agarrando por el cuello a todo ser humano a su alcance y maullando: «¡Ladrones! ¡Los muy cerdos! ¡Se han

llevado mis plantas! ¡Ladrones!». Y, por supuesto, las macetas han desaparecido, dejando únicamente dos leves círculos sobre el polvo del alféizar.

Tintineo de llaves. Un parloteo chillón en el vestíbulo. Lillian reparte el correo. Se supone que debe dejarlo sobre la mesa del zaguán o, como mucho, deslizarlo por debajo de las puertas. A veces lo utiliza como excusa para entrar en las habitaciones.

En una ocasión, Miranda, tumbada con su amante en el suelo, no respondió a las llamadas de Lil. Cubiertos por una sábana en el pegajoso calor del estío, entremezclando sus sudores, permanecieron inmóviles y silenciosos y les sobresaltó ver que la puerta se abría y entraba Crystal Lil con paso vacilante, palpando las paredes, apoyándose en las mesas, avanzando hacia la sábana que cubría sus cuerpos, rozando los bordes, tocando casi las enlazadas piernas de los amantes, que yacían en silencio, observando su ávida investigación. Tras dar una vuelta completa a la habitación, Lil encontró de nuevo la mesa, dejó los sobres encima de ella, buscó a tientas la salida y cerró la puerta con llave a sus espaldas. Miranda me lo contó cuando trataba de entablar amistad conmigo en el vestíbulo, cuando intentaba convencerme de que posara para sus dibujos.

Miranda parece interesada en la deformidad. Varias veces ha intentado convencer al gordo del quiosco de la esquina de que suba a su habitación a posar para ella. No existe ningún motivo evidente para esta fascinación, por más que su subsistencia dependa de la minúscula irregularidad que presenta su cuerpo. Es una mujer fuerte y recta. Su espalda y sus piernas son largas como la historia. Tal vez sea que las impresiones de su infancia han quedado de algún modo grabadas en la masa de sus ojos y la seducen. O tal vez haya en sus células alguna estructura torcida que la atrae hacia todo lo que el mundo califica de monstruoso.

Miranda es difícil de seguir. Sus pasos son tan largos como los de Crystal Lil, pero sin sus rodeos y vacilaciones. Además, tiene la mente despierta y mi figura no es de las que pasan desapercibidas. Por lo general suelo perderla al cabo de unas cuantas calles. A veces me deja asfixiándome en el polvo, otras debo agazaparme y ocultarme cuando vuelve la cabeza. En los tres años que lleva viviendo en este edificio, solo dos veces he logrado seguirla todo el camino hasta su lugar de trabajo.

Un anochecer que salí más tarde que de costumbre de la emisora de radio donde trabajo, la vi en un cruce de calles. Llevaba un traje de chaqueta verde oscuro. Para ir a sus clases en la escuela de arte suele ponerse ropa sencilla, de modo que la diferencia me llamó la atención. Su maquillaje era llamativo y su cuerpo se contoneaba de forma extraña y poco familiar sobre unas sandalias de tacón alto, sujetas únicamente por finas cadenas doradas. Empecé a seguirla sin pensarlo siquiera. La perdería, desde luego, pero me complacía ver los ojos de los hombres fijos sobre su cuerpo. Resultaba evidente que se dirigía al trabajo. Fui tras ella hasta su lugar de destino, el Glass House Club. Con tacones se movía más despacio. La vi recoger un sobre de manos del portero. Se encaminó hacia la entrada del personal y yo pasé al interior del club.

El techo era un enorme mosaico de espejos. Las paredes y la moqueta eran oscuras. Pequeñas islas de luz, procedentes de las lámparas de las mesas, se fracturaban y multiplicaban en los reflejos. La sala era grande y estaba atestada. Había unas cuantas mujeres, pero la mayoría eran hombres, varios centenares de hombres, las mesas llenas y los pasillos intermedios repletos de gente de pie con vasos en las manos.

Me quedé al fondo de la sala, sentada en una silla apoyada contra la pared, y no me levanté hasta que comenzó el espectáculo.

La primera en salir fue una chica muy delgada, con la piel pegada a los huesos y con tan poco músculo como jamás se haya visto en una persona que aún pudiera tenerse en pie. Hizo algunas cabriolas envuelta en un velo de gasa y desabrochó unos cuantos

abalorios mientras la banda seguía el fraseo del contrabajo. Su número llegó al apogeo cuando retiró una peineta de su apretadamente enrollada cabellera y la dejó resbalar por la espalda, trémula y pálida, le dio una sacudida y se volvió para que pudiéramos ver que llegaba hasta el suelo... (silbidos). A continuación, se giró con un meneo de caderas hasta darnos de nuevo la cara y desabrochó el abalorio que sostenía la pampanilla en su lugar. Su vello púbico comenzó a desenrollarse de la misma forma, como una segunda y más ensortijada versión de su cabellera (golpes sobre las mesas), hasta que de su ingle se desplegó una blanda nube de pelo casi blanco que le llegaba hasta las rodillas, mezclándose con el pelo de la cabeza. Sentí curiosidad por saber si necesitaría depilarse el resto del cuerpo. El tipo calvo gritaba por el micrófono: «Sí, amigos, todo es auténtico, dale un tironcito por aquí, Denise. Nos gustaría que pudierais subir al escenario a tirar vosotros mismos del pelo de la señorita, muchachos, solo para comprobar que es auténtico, pero las leyes del estado lo prohíben y, además, tenéis que reconocer que bastaría con unos pocos cazadores de recuerdos para que la pobre Denise tuviera que retirarse del negocio...». Ella meneó de nuevo las caderas y los largos cabellos ondearon de un lado a otro. «¿Cómo te lo encuentras ahí dentro? ¡Quiero saberlo!». Y Denise abandonó sonriendo el escenario, más o menos al ritmo de la música.

Paulette, la pretransexual, era esbelta y hermosa, con unos pechos perfectos. El número de Paulette floreció hasta que la caída del taparrabos reveló su pene y su escroto atrofiados. Los abucheos ahogaron la voz del presentador calvo cuando anunciaba al público que Paulette partiría al mes siguiente hacia Tánger y regresaría en diciembre como una verdadera mujer.

Miranda fue la última. La música se volvió incitante y vaporosa. Salió a escena con un vestido largo de satén blanco. Mi paloma. Mis ojos la buscaban con doloroso anhelo, como una quemadura en un nervio que penetrase hasta el cerebro. Los hombres que tenía delante de mí se pusieron en pie y se inclinaron hacia delante,

dándose mutuamente palmadas en los hombros y emitiendo esos largos y agudos chillidos con los que suele llamarse a los cerdos. Yo me pisé las manos en mi afán de encaramarme a la mesa para poder ver. Tenía los largos brazos levantados y el cabello resplandeciente. Justo una mesa por delante de la mía, una joven rubia vestida de plata miraba encolerizada las espaldas de sus acompañantes, vueltos hacia el escenario. Miranda, con los pómulos de los Binewski, los ojos almendrados. Miranda, la de la amplia boca, la danzarina de esbeltas piernas. Me sobrecogió un helado estremecimiento de gozo: mi hija. Era buena. No excepcional, pero buena. Lo que se lleva en los huesos, cuando se tienen huesos, acaba saliendo a la superficie. Y todos la miraban, la admiraban, deseaban inundarla con sus chorros de leche.

Electra e Iphigenia eran artistas potentes; te retorcían el corazón, te agarrotaban el cerebro, podían reducir a silencio a millares de espectadores durante media hora. Y las multitudes que contemplaban a Arturo eran absorbidas fuera de sí mismas, canalizadas hacia el depósito de su voluntad. Aunque soy su madre, sabía que el numerito de Miranda, su *striptease* bien pensado con su dignidad y su calculada duración, resultaba desdeñable en comparación con la habilidad y el poderío que yo había podido atestiguar en mis otros seres queridos. Pero se me hacía extraño y diferente ver cómo aquella gente la miraba. Porque creían que era guapa, porque creían que sería estupendo agarrarla por el culo y tirársela allí mismo. Sus cuerpos se alzaban limpiamente hacia ella con el claro conocimiento inconsciente, impreso en cada una de sus células, de que aquella joven sería capaz de engendrar robustos retoños.

Se lo había quitado todo salvo la pampanilla adornada con una esponjosa pluma de encaje sobre el trasero, tenía ambos pulgares metidos bajo la cinturilla y, mirando hacia el público por encima del hombro, agitaba sinuosamente las nalgas en señal de invitación. La rubia de la mesa contigua apoyaba la barbilla en la mano y fruncía el ceño. Los hombres jaleaban, gruñían y se miraban entre sonrisas.

Contuve el aliento, parpadeé y ella desabrochó el taparrabos y lo agitó sin dejar de menear el culo, con la cabeza muy erguida y una inconfundible risita que brotó de ella en el momento en que dejó al descubierto la delgada y enroscada cola que nacía al final de su columna y se balanceaba justo por encima de sus nalgas redondas.

La segunda vez —la última vez— me limité a seguir a Miranda al trabajo. Salí a la calle Kearney quince segundos después que ella y la seguí con bastante facilidad bajo una intensa lluvia. Ni una sola vez desvió la vista más allá de su paraguas hasta que se sacudió las botas ante la entrada posterior del Glass House. Me dirigí a la entrada delantera y dejé mi paraguas en un soporte de vidrio. Luego avancé cautelosamente hacia una pared y me deslicé a lo largo de ella hasta llegar muy cerca del telón que cubría el escenario, en el extremo de la sala.

Delante del escenario había una verdadera conmoción. Un hombretón de reluciente calva, enfundado en un esmoquin, trataba de organizar algo entre ásperos susurros. Yo no era lo bastante alta como para ver a quién se dirigía.

El hombretón saltó de pronto al escenario. Sonó un golpe de tambor. En torno a su calva apareció un cono de luz. Hubo silbidos entre el público, risas, esporádicos aplausos.

—¡Golfos y caballeros! ¡Animosas señoras! —El calvo se colocó entre las piernas el micrófono de largo cable y dio unas cuantas sacudidas a su cabeza plateada. La muchedumbre se rió jubilosamente—. ¡El Glass House Club se enorgullece de presentar su atracción especial de la noche del martes! ¡En escena, actuaciones en *topless*! ¡Todos los miembros del público quedan invitados a subir ahora mismo al escenario para aspirar a un empleo en el Glass House! ¡Con la orquesta del Glass House! ¡Casos reales! Damas y caballeros, ¡decídanse a poner a prueba sus talentos! ¡Amigos, aquí llegan los primeros...!

Un hacinamiento de carne invadió el escenario. La multitud aplaudía, silbaba, gritaba y reía. Cinco cuerpos desnudos de cintura para arriba se arracimaron en torno al hombretón calvo y poco a poco se alinearon de cara al público. Empecé a sudar. En el extremo de la fila más cercano a mí, una mujer obesa con la blusa colgando de la cintura de la falda parpadeaba de cara al público; sus fláccidos pechos, largos y voluminosos, se confundían con los pliegues de grasa que pendían blandamente sobre su abdomen. Sus brazos tenían la misma forma y textura que sus senos y su abdomen. En un instante de timidez los cruzó sobre el pecho, y en seguida volvió a dejarlos caer.

Dos hombres de mediana edad vestían idénticos pantalones de plástico rojo, con las piernas adyacentes unidas por anchos cinturones de cuero. Sus flacos brazos blancuzcos se apoyaban sobre los hombros del otro y sendas plumas de avestruz a juego se erguían sobre sus cabellos. Sus rostros exhaustos se fruncían bajo un experto maquillaje oriental, y sus tetillas, apoyadas sobre el hueso, refulgían de pintura roja.

Los ojillos del gordo con el taparrabos de lentejuelas chispeaban en su arrugado rostro mientras sus compinches de borrachera eructaban su nombre al unísono desde las mesas delanteras.

Y la alarmada jovencita se ruborizaba bajo el maquillaje, los labios profusamente pintados, los espantados ojos sombreados de negro, los minúsculos pechos erguidos sobre sus prominentes costillas. Se había puesto sus más libidinosas braguitas y un par de botas de pirata, pero no estaba ebria como los demás. Debió de creer que aquello era una verdadera prueba para obtener empleo en el club.

Como azuzar los perros contra un oso. La banda es metal ardiendo. El calvo maestro de ceremonias palmotea al borde del escenario y vocifera por el micrófono mientras la hilera de participantes se agita. Yo apoyo la barbilla en el escenario, contemplando la oleada de carne que revela la sorpresa de un pezón

cada tercer tiempo del compás, cuando la mujer obesa sacude bruscamente los hombros para desplazar las tetas de su lugar de reposo al fofo ombligo.

Entre la confusión de bamboleantes muslos rojos, oscilantes plumas de avestruz y la masa de vello pectoral del gordo, la jovencita intenta parecer profesional. La confusión la concome. Sabe que se la han jugado y que se ha metido en el sitio equivocado, quizás en el peor de los sitios.

El ruido es ensordecedor y bajo la extraña luz debo entornar los párpados para ver algo. Entonces una corriente de aire frío me acaricia el cráneo y una mano palpa mi joroba. «¡Os habéis olvidado a una!», oigo chillar. La peluca pende de una mano que oscila muy por encima de mi cabeza. Alguien me arranca las gafas oscuras y la luz me abrasa.

El calvo me mira a los ojos mientras unas manos grandes me izan al escenario, con la boca abierta pero silenciosa, y la música me golpea la cara, y los dedos que pellizcan y magullan retienen mis convulsos brazos y piernas y aliento. Suena un grito —de muchas voces—, el calvo viene hacia mí con una sonrisa y la mujer fofa me agarra de la chaqueta y forcejea con los botones y exclama «¡Ojillos rosados!», y los pantalones colorados saltan hacia mí, agitando sus entrepiernas a la altura de mis ojos, amenazando con clavarme en la cara las grandes hebillas que los mantienen juntos. Me despojan de la chaqueta, y mi amplia blusa, que está cosida con una profunda sisa para la joroba y cuelga holgadamente hasta las rodillas por la parte delantera, se rasga en una explosión de botones que rebotan por todo el escenario sin producir ruido, porque en este enorme ruido no queda sitio para el ruidito de los botones al rebotar.

Ahora llegan al sujetador, unas gruesas cintas elásticas que se tensan por encima y por debajo de la joroba y sostienen una banda consistente sobre mis tetas caídas y sus grisáceos pezones. El calvo está hablándome en tono confidencial, sin el micrófono, y noto en mi oído la cálida humedad de su aliento y el movimiento de sus labios, pero no puedo oír nada mientras me quitan el ceñidor, arañándome

la joroba, raspándome las orejas, cegándome durante un segundo. Pataleo cuando me alzan en vilo para quitarme la falda de cintura elástica y me elevan hacia el foco amarillo y me dejan otra vez sobre el escenario, con mis enaguas blancas que no llegan a cubrirme las rodillas.

Me quedo sola bajo la luz y los grandes cuerpos se apartan de mí. La estudiante, atónita, sigue moviéndose con la boca abierta; sus brazos y sus rodillas obedecen todavía la antigua orden de bailar, pero su mente se ve abrumada por lo que soy y por lo que me han hecho, y se pregunta si estoy en el ajo o no. La muchedumbre se ha puesto en pie y golpea las mesas. Las risotadas son feroces y la música está alta, pero no lo suficiente, y yo alzo mis delgados brazos y agito mis enormes manos y me tambaleo bajo la luz, y mis rodillas comienzan a menearse en lo que mi cuerpo denomina danza, enseñando la joroba al público, con las luces calentándome el cuero cabelludo y lastimando mis desprotegidos ojos. Mis zapatones resuenan pesadamente al final de mis piernecitas, y me siento orgullosa de las puntiagudas tetas que oscilan sobre mis rodillas, y la señora obesa que está pisando mi chaqueta me mira con un hilo de saliva en la mejilla, y el gordo del taparrabos eléctrico se frota la invisible entrepierna y se ríe, y se alzan gritos de «¡Dios mío! ¡Es de verdad!». Las contorsiones de la joroba me resultan agradables en este aire caluroso y el sudor de mi calva fluye hacia mis ojos y me escuece y el espíritu de la joroba en movimiento se apodera de ellos y captura pantalones rojos, vientres velludos, mientras yo zapateo sobre mi blusa desbotonada, me deslizo sobre el arrugado ceñidor elástico y abro todo lo que puedo mis ojos casi ciegos para que puedan comprobar que hay un verdadero rosa en ellos —los crudos ojos albinos en sus órbitas sin pestañas— y me siento bien. Qué orgullosa estoy, danzando en el aire lleno de ojos pegados a mi cuerpo, incapaces de desviarse hacia otra parte porque soy como soy. Los pobres seres repelentes que tengo a mis espaldas

permanecen en silencio. Los he eclipsado. Pensaban utilizarme y avergonzarme, pero les venzo por naturaleza, porque un verdadero monstruo no se hace. Un verdadero monstruo nace.

No había ninguna manera elegante de acabar. La banda paró de tocar, el calvo gritó «un fuerte aplauso para ellos, amigos». Hubo una oleada de silbidos. Todos nos apresuramos a recoger nuestra ropa, sujetándola contra el pecho mientras bajábamos a toda prisa del escenario. Naturalmente, no había vestuarios. El tocador quedaba al otro lado del club, de modo que nos acurrucamos ante el escenario forcejeando torpemente con nuestras camisas. Yo me puse la blusa al revés, como descubrí más adelante, me encasqueté de inmediato la peluca y las gafas, me enfundé la chaqueta y guardé el ceñidor pectoral en un bolsillo.

El hombre calvo distribuía billetes de cinco dólares como si fueran pastelillos rancios. A mí me entregó dos. La vergüenza ya había comenzado a helar mis válvulas y aquellos dos billetes de cinco fueron la última gota. Hacía mucho tiempo que no me ruborizaba, tal vez desde Arturo, pero en aquel momento la sangre que me hervía me hizo arder las mejillas.

—¿Cómo se llama? ¿Le interesaría venir regularmente las noches de espectáculo? Tiene usted un gran potencial. Podríamos montarle un número magnífico. Subiríamos un poco la paga, digamos a veinte pavos por sesión. Hacemos dos sesiones por noche entre los números fijos. Podría ganar cuarenta fácilmente.

Estaba siendo simpático. Mi peluca no encajaba bien, y no entendía por qué. Fui dándole tirones hasta que me di cuenta de que me la había puesto al revés. Le di la vuelta y me dirigí hacia la puerta. Al deslizarme entre la multitud, llené mi cerebro de estática para no tener que oír lo que estaban diciendo. Corre, escóndete deprisa, deprisa, pensé, escabulléndome calle abajo.

Pasé toda la noche andando de punta a punta de mi habitación. Me resultaba imposible tenderme en la cama, por miedo a Arturo, a papá y a mi propio y terrible orgullo.

3

Notas del día

DERRETIRSE, LANZARSE A UNA TAZA DE TÉ DESDE LA DECIMOTERCERA PLANTA Y OTRAS ESTIMULANTES EXPERIENCIAS

Cuando llego de trabajar, Miranda está hablando por teléfono. Recostada contra la pared, una larga pierna desnuda sobresale de su quimono verde. Lleva una toalla enrollada como un turbante en torno al pelo recién lavado y cuelga el auricular en el momento en que cierro la puerta a mis espaldas.

—Hola. ¿Tiene tiempo de subir a tomar una taza de té conmigo?

—No. Gracias.

Miranda estudia en el Instituto de Arte. Su intención es dedicarse a ilustrar textos de medicina. Quiere que pose para sus dibujos. Nunca acepto sus invitaciones para tomar el té. Sigo hacia la escalera sin detenerme, cargada con mis libros y papeles. Ella frunce los labios.

Cogida del pasamanos y con un pie en el primer peldaño, no puedo evitar hacer una pausa y volverme a mirarla. Ella entorna los párpados y me observa de un modo deliberadamente especulativo. Un leve malestar en las entrañas me advierte que Arturo utilizaba así sus ojos. Sus ojos, como los de ella, eran grandes y rasgados en forma de almendra, aunque por supuesto Arty no tenía unas cejas y unas pestañas como las de Miranda.

Sonriendo débilmente —¿lo sabe o se trata únicamente de su manera de vengarse cuando rehúso sus invitaciones?—, subo por la escalera con sus ojos clavados en mí.

Olympia Binewski, alias Hopalong McGurk, la Narradora de la Radio, está encorvada sobre un libro en la acristalada cabina de grabación de Radio KBNK, en Portland. La melosa voz con que se ha ganado la vida durante décadas fluye hacia el esponjoso oído del micrófono y se transforma en silenciosas ondas moduladas que cubren más de cien kilómetros a la redonda. Está profundamente enfrascada en una dramática interpretación de *El poder de la fosa*, el clásico de ciencia ficción.

En esta historia, las mentes o las almas de tres físicos teóricos se ven reencarnadas (tras morir horriblemente en el curso de su búsqueda del demoníaco gato de Schrödinger) en los cuerpos de otras tantas ladillas que habitan en el vello púbico de un policía de Los Angeles especialmente obtuso.

Los ojos de McGurk se apartan del libro a intervalos regulares para observar al ingeniero situado al otro lado del cristal insonorizado. Él atiende al reloj y a los instrumentos. Cuando le indica que solo quedan dos minutos, McGurk se lanza arrebatadamente hacia el clímax. La sintonía musical empieza a sonar, y McGurk concluye, «hasta mañana...». Apartándose del micrófono, McGurk se estira para aliviar el dolor del cuello y echa un vistazo al otro lado del cristal.

Miranda le sonríe desde la cabina del ingeniero. McGurk arroja el libro al suelo en vez de meterlo en su maletín. El ingeniero está apoyado en el cuadro de mandos y exhibe una sonrisa paralítica con los ojos fijos en el tórax de Miranda.

Miranda saluda con la mano y Hoppy McG inclina la cabeza, olvidando poner expresión alguna en su rostro.

Yo, Hoppy-Olympia, la mamá invisible, me quedo petrificada en mi asiento viendo cómo el ingeniero habla con Miranda. Alza sus manos en el aire y hace ademán de escribir a máquina, señalando con el pulgar en mi dirección. Miranda asiente con la cabeza. El ingeniero se vuelve hacia mí y hace andar dos dedos por el aire. Salen de la cabina.

El ingeniero lleva a Miranda a dar una vuelta por la emisora mientras yo paso a máquina la acreditación de derechos de autor para el programa de ese día. Mi cráneo rezuma sudor. Un vacío detrás de los ojos me hace sentir náuseas. ¿Qué anda mal? ¿Por qué ha venido? ¿Por qué se le habrá ocurrido presentarse de pronto en el lugar de trabajo de una vecina que a duras penas responde a sus «buenos días» en el pasillo? ¿Puede ser que la monja, esa zorra senil, haya roto su palabra después de tantos años y le haya contado la verdad a la chica?

Cuando regresan estoy en la oficina, abrochándome la chaqueta. Estoy pensando en varios motivos por los que pueda estar aquí y que no tienen nada que ver conmigo. Ha venido a ver a un amigo, a pedir trabajo o a grabar una entrevista como nudista invitada en *La hora del tren nocturno*. Se trata de una casualidad, decido, me estoy volviendo una vieja loca que piensa que todo el universo gira a su alrededor.

—He venido a buscarla para ir a almorzar —me anuncia con un gorjeo, como si fuera lo más normal del mundo. Entro en el ascensor y me apoyo en la pared del fondo. Ella me sigue y se despide con un «muchas gracias» mientras las puertas extinguen la sonrisa ansiosa del ingeniero.

Miranda vuelca todo su brillo en mí.

—Espero que no le importe que me haya presentado aquí. Sabía dónde encontrarla porque suelo escuchar su programa. Reconocí su voz la primera vez que la oí hablando con la lunática de Lil en la entrada. Esta mañana he llamado a su puerta, pero ya había salido. Tengo que hablar con usted.

La frase rebota en el interior de mi cráneo. «Tengo que hablar». Todos estos años de silencio. Tenía la intención —y sigo teniéndola— de seguir fielmente a Miranda hasta el día de mi muerte, pero jamás había previsto hablar con ella. Mi corazón trata de salirse por las orejas. Ella se ruboriza un poco, nerviosa por lo que debe de parecerle una mirada algo asesina tras mis cristales azules.

El ascensor abre sus fauces y yo me escabullo entre las piernas lentas de los que remolonean en el vestíbulo para arrojarme a las piernas, más rápidas, de los viandantes en las aceras de mediodía. La noto a mis espaldas, sorteando a la multitud tras de mí, acortando su paso para adaptarse al mío, dándome alcance en la esquina.

Respirando ruidosamente, me inclino hacia delante y me apoyo en mi bastón para darle a entender que no deseo conversación. Viste de verde oscuro y sus tacones repican con impaciencia a mi lado. No siento ninguna satisfacción teniéndola tan cerca. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Qué le parece la parrilla del Via Veneto? A la hora del almuerzo tienen bufé libre. ¿Señorita McGurk?

No puedo mirarla. Intento civilizar mi voz.

—No almuerzo nunca.

El semáforo cambia y nos deja atrapadas en una isla en mitad de la amplia avenida. Los coches hormiguean a nuestro alrededor en un mar de humos hediondos. Me ha arrinconado en esta prominencia de cemento y su arpón sale de pronto al descubierto: sus ojos, las palabras que va desgranando.

—Mire, olvídese de que no nos conocemos. Hay dos cosas. Primera, usted tiene que posar para mí.

Sus dulces maneras han desaparecido. Ahora es toda fuego verde sobre sus pómulos de Binewski. Está decidida a convencerme. La pasión de su intención hace que se me derrita la garganta. Quiero tomar su rostro entre mis manos y echar hacia atrás la extraña cabellera que oculta su frente de Binewski. Me salvan las caras tras los parabrisas. Una Binewski jamás se desmorona delante de los que pagan entrada.

Me invade con su ardor, habla deprisa, sus ojos se vuelven exigentes. Falta muy poco para el concurso de anatomía. Lo ha ganado dos años consecutivos. Los jueces no están muy dispuestos

a concedérselo de nuevo. Necesita algo especial, algo potente... La escuela de arte. Está hablando de la escuela de arte y está hablando conmigo. Ambas cosas me asombran.

—El primer año fui al gimnasio de LoPrinzi e hice una serie sobre un culturista. Técnica, ilustrativa y algo previsible. El año pasado fui a la Facultad de Medicina y la hice sobre un cadáver demacrado y despellejado. Clásico y totalmente previsible. Esta vez debo demostrar algo más que una mera habilidad técnica. Debo conmoverlos. Debo ponerles los pelos de punta.

Su intensidad hace que se me encoja el estómago y trate de escurrírseme pierna abajo. ¿Es una casualidad? ¿Es una simple coincidencia que haya acudido a mí? Tanto tiempo de muda vigilancia, de atención secreta. Mi brazo anónimo sosteniendo el paraguas invisible. ¿Puede ser que lo sepa? ¿Es ésta su forma de tantearme? ¿Insinuándose como el cuchillo que separa las valvas de la ostra? ¿O acaso algún pulso en sus huesos o algún retorcimiento en su espiral genética la empujan hacia mí en un ciego anhelo? El semáforo cambia.

—Mire, ahí en la parada del autobús hay un banco. Vamos a sentarnos un momento.

Navega a través del cruce sorteando máquinas, se deja caer sobre el banco y, tras hacerme un gesto para que me siente a su lado, extrae bruscamente de su bolsa un fajo de papeles.

—Copias reducidas. No se aprecia todo el efecto, pero podrá ver que voy en serio.

La primera hoja muestra la articulación de una cadera espléndidamente sombreada, duras líneas poderosas e impacientes. En la segunda hoja aparece un músculo abdominal al descubierto, estriado. Luego vienen reproducciones casi románticas de manos artríticas y encallecidas, deformados pies con juanetes, un maxilar desprovisto de piel, un desnudo del rollizo quiosquero de la esquina. Está encorvado sobre un taburete, con las rollizas manos apoyadas sobre unas rodillas como fofas calabazas. La cabeza de bellota echada hacia atrás, en un ademán de sorpresa, sobre lo que pasa

por ser un cuello. No comprendo los dibujos, ni por qué me conmueven. Siento ganas de deshacerme en lágrimas, tanto amor me duele. Los dibujos me resultan tan misteriosos como los informes de la escuela que cumplidamente la Reverenda Madre me enviaba por correo cada pocos meses. Ningún Binewski había dibujado jamás. Yo nunca tuve informes escolares, pero guardé los de Miranda, un fajo envuelto con una goma elástica en el fondo de un viejo baúl.

Su mano larga golpea el colgante escroto de tinta, el casi invisible pene del quiosquero.

—La típica pauta de acumulación de grasas en el hombre —me explica—. El vientre parece engullir el pene desde la raíz, acortándolo...

—¡Repugnante! —exclama una voz detrás de mí.

—¡Jódete! —ladra Miranda. El crítico se aleja hacia la esquina. Tan solo un transeúnte. Miranda apoya un brazo sobre mi joroba para protegerme y, conteniendo una risita, señala la línea que dibuja la arrugada nalga sobresaliendo del taburete—. Uno de mis profesores dice que dibujo como un asesino en serie. Pero es que detesto toda esa basura remilgada. Trazos minúsculos y superficiales como los cortes dudosos en la muñeca de un suicida.

Me encuentro en un estado de idiotez derretida. Durante todo este tiempo sin hablar con ella me la había imaginado tonta, con un cerebro de mosquito, porque es casi del todo normal. Tantos años observándola no me han enseñado nada, y me echo a reír. Recostándome sobre su brazo, inclinando la cabeza de la misma manera en que se inclina la cabeza del gordo, riendo sin voz, débil.

Ella me sonríe.

—Ésta funciona, ¿verdad?

Me río a pesar de mí.

—Eres una chica bonita.

—¡Ja! —exclama—. No se engañe. Tengo cola.

Algo en mi rostro hace que se interrumpa. De repente, su expresión se ha vuelto cautelosa.

—Ésa es la otra cosa de que quería hablarle. —Me observa—. Hay una historia. Una larga historia, naturalmente, pero todo se reduce a que nací con una cola. Lo mismo que mucha gente, solo que a mí no me la cortaron de pequeña. Todavía la tengo. No es una cola muy grande, cosa de un palmo. Pero la mayoría de la gente no tiene huesos en la cola. La mía es una verdadera prolongación de la columna. Por eso siempre llevo faldas.

Me siento impotente, inmovilizada por su brazo y por sus ojos hasta que desvía la vista.

—Va a llover —comenta. El cielo está gris y cargado—. ¿Quiere que nos vayamos? ¿Se viene a mi casa? Le prepararé algo para almorzar, la dibujaré, le daré la lata y le pediré consejo.

—Sí, claro. —Recojo el maletín sin salir de mi aturdimiento.

Se levanta de un salto, agitando los brazos contra el cielo.

—Estupendo.

Sería capaz de morir para hacerla sonreír de esta manera, me cercenaría los dedos de las manos y los pies si así pudiera conseguir que sus rasgados ojos de Binewski permanecieran siempre encendidos con esta luz. Me arrojo a la acera y me lanzo tras ella por entre el remolino de peatones. Sus oscuros dibujos aún siguen en mi mano. Los meto en mi maletín con una punzada de dolor. Escóndelos.

Al doblar la esquina de nuestra calle, Miranda cambia el paso para mantenerse a mi lado. En la acera de enfrente, en lo alto de un edificio victoriano, un pintor, que se inclina fuera de su andamio para llegar al alero, vuelve la vista hacia nosotras, una mano detenida en la pared, la brocha suspendida en el aire.

¿Estaré contaminándola? ¿Corrompiendo mi silencio? ¿Arrasando mi anonimato? ¿Blandiendo el hacha de mi identidad sobre toda la imagen que ella tiene de sí misma?

—Va usted muy revolucionada —observa, volviendo a cambiar el paso para no dejarme atrás—. Un poco más de dos por cada uno de los míos. —Se ríe brevemente, un ladrido de zorro sobre la neblina

—. Pero la sigo. —Advierte mi incomprensión y alza hombros y brazos en una típica disculpa de Binewski—. Pasos —aclara.

Nuestro antiguo edificio, con los escalones de la entrada apoyados como codos en la acera, por una vez se me antoja acogedor. En las ventanas de la planta baja, las de Lil, se refleja un resplandor amarillento. El apartamento delantero del cuarto piso, también conocido como Número 41 o El Ático, está iluminado. Su ventana pequeña y polvorienta protege al benedictino tendido en su cama, luchando con el Libro de Preceptos en solitario. En el apartamento de Miranda, sobre el apartamento vacío de la planta inferior, las ventanas están pintadas de blanco. Mi habitación del segundo piso está en la parte de atrás, invisible. Mi vista consiste en el polvoriento muro del almacén que se alza al otro lado del callejón. Justo debajo de mi ventana, como un estanque oriental, el techo plano del garaje está cubierto de musgo y agua de lluvia estancada.

Cuando entramos, Lil está en posición de alerta en el umbral de su habitación. Su rostro avejentado se inclina hacia atrás para escrutar nuestras sombras.

—¿Quién es? —pregunta en un chillido.

—La treinta y uno —grita Miranda. Luego, más fuerte, repite—: ¡La treinta y uno! —Y Lil se hace a un lado para dejarnos pasar.

Miranda no deja de hablarme mientras cruzamos ante mi puerta. Estoy a punto de dejarme llevar por el pánico y echarme atrás, correr a mi cuarto y excusarme mientras le cierro la puerta en las narices. Ella está diciendo que deberíamos salir a pasear las dos juntas, que está acostumbrada a bailar con gente más baja y que no le molesta acortar sus pasos.

Han pasado tres años desde que vi su apartamento. Antes de que llegara de la estación, oliendo todavía a monjas, hice limpieza. Me pasé días enteros fregando los techos y el papel mural verde con sus inmensas rosas blancas como fetos de extraterrestre. Fue su apartamento mucho antes de que viniera. La primera vez que visité el edificio en compañía del melindroso agente, la gran sala delantera, de seis metros y medio por trece, con su hilera de altos

ventanales, quedó reservada para ella. El dormitorio era más normal. El cuarto de baño, sin ventanas, era claustrofóbico. La cocina me resultó familiar, como si la hubieran trasplantado quirúrgicamente desde una casa rodante.

Limpié los cristales, el enmaderado y los armarios empotrados en todas las paredes. Desempolvé los pesados muebles tapizados y les pasé la aspiradora. Todo normal para una chica casi normal.

Era tan alta, pensé, que no le molestaría la gran distancia hasta el techo. Con unos brazos tan largos, pensé, le gustará tener espacio para estirarse.

El día en que debía llegar, me quedé toda la mañana junto a la mirilla. Era casi mediodía cuando apareció, subiendo estrepitosamente la escalera con otros dos estudiantes, pasando ante la puerta tras la que mi ojo estaba pegado.

—El apartamento te sale gratis. ¿Qué más da el aspecto que tenga? —decía una voz juvenil. El heterogéneo equipaje y los jóvenes prosiguieron su ruidoso ascenso. Mi oído se aplastó contra la puerta para intentar discernir cuál era la voz de Miranda. Si no le gustaba la casa, los olores, el húmedo y decadente barrio, ¿qué haría yo entonces? No tenía muchas cosas. Entre los tres subieron todas sus posesiones en un solo viaje. Las evidencias de sus dieciocho años en este planeta. Al cabo de veinte minutos volvieron a bajar a toda prisa, para ir a matricularse en las clases de la escuela de arte.

Ahora, a mi lado en el oscuro corredor, abre la puerta de su apartamento y cae sobre mí una suave claridad blanca que me envuelve. Su sombra parpadea sobre mi cuerpo cuando ella se sumerge en la luz.

El cuarto está inundado por la tamizada claridad de las cuatro grandes ventanas. La luz se filtra a través de finos visillos blancos, fresca sobre las grises paredes, sencilla sobre el oscuro brillo del parquet desnudo.

Ella deja caer el bolso, se quita la chaqueta verde mar, abandona sus tacones altos en mitad del cuarto vacío.

—Antes había muebles —observo atónita. ¿Dónde se sienta, come, duerme? Y yo que creía haber cubierto sus necesidades.

—Eran horrorosos. —Hace una pausa, con los brazos levantados sobre la cabeza, y tira de su jersey. Desaparece en un frenético forcejeo, reaparece jadeante y arroja el jersey a un apartado rincón vacío—. Están todos repartidos por otras habitaciones del edificio.

La habitación está desnuda. Ni un bastón. Ni un solo clavo sobresale de las paredes grises. Únicamente su ropa desparramada sobre el negro suelo como en un arrebato amatorio. Delgada como un alambre, ahora que solo lleva la falda y la blusa, abre de un tirón una pequeña puerta blanca que oculta sillas de lona pulcramente plegadas al fondo del armario. Una mesa plegable de patas finas. Las saca rápidamente y, desplegándolas, amuebla el lugar.

—Espere a ver la alacena del té —dice, palmeando la combada superficie de lona que debe sostener un trasero—. Hace semanas que no paro de comprar distintos tés.

Tras otra puerta blanca, en la reducida cocina, se encuentra el viejo frigorífico, no más alto que yo.

—Hojas de parra. —Empieza a sacar botes de vidrio y platos de plástico—. Corazones de alcachofa. ¿Le gustan las aceitunas?

El cazo está sobre el fogón, lamido por una llama azul. Estira su largo cuerpo muy por encima de mí y sus costillas se mueven bajo el fino tejido.

—De fresa, de jazmín, de menta. —Llueven cajas sobre el mostrador—. Todo para usted. —Es enorme. Su corazón late a través de los dos centímetros de aire que hay entre ambas—. No tengo ni idea de lo que le gusta, así que he intentado encontrarle algo verdaderamente especial. Por si acaso venía alguna vez de visita. Ahora voy a buscarle una bata y podrá cambiarse en el cuarto de baño.

El sueño apenas dura un instante, pero en él he caído en la jaula de las fieras, y los tigres se deslizan junto a mí, rozándome con toda su cálida longitud. Pero es Miranda la que pasa por mi lado con fluidos movimientos y sale a la habitación grande, haciendo

desaparecer milagrosamente las prendas arrojadas al suelo, abriendo puertas y cajones pintados de blanco que permiten breves atisbos de enseres ocultos mientras ella patina una y otra vez, sin dejar de hablar de comida, hacia la mesa que de repente parece repleta de exquisiteces dispuestas en pequeños cuencos.

Un último cargamento se amontona sobre la mesa: cuadernos de dibujo, lápices, una cámara de aspecto siniestro. Luego da medio paso atrás y me contempla con ojos entrecerrados. Por su rostro cruza una chispa del frío cálculo de su padre. Un puñal de hielo se hunde en mi pecho.

—No hace frío aquí dentro, ¿verdad? —pregunta.

—No.

—Bien. —Se dirige hacia los cajones de la pared—. Primero voy a hacerle unas cuantas fotos mientras aún está fresca, y luego dibujaré hasta que se canse o se aburra. —Me lanza la voz desde encima de su hombro mientras revuelve en los cajones, para no tener que darse por enterada de mi escalofrío de temor. Está decidida a hacerme cumplir mi promesa—. Las fotos le facilitarán el trabajo. Es muy cansado mantener mucho rato la misma pose.

Me tiende una chaqueta de pijama verde y, cuando la recojo, abre la puerta del cuarto de baño, acciona el interruptor de la luz y me dice:

—Detrás de la puerta hay ganchos para colgar la ropa... ¡Ea! Ya está hirviendo el agua.

Encerrada en el alto cuarto de baño, me quedo mirando la puerta. La oigo moverse al otro lado. La chaqueta del pijama cuelga junto a mí, tocando el suelo, y ella silba en la cocina. De pronto el tambaleante amor sale despedido de mí como la leche de un vaso destrozado. Está manipulándome. Empujándome de un lado a otro como si no fuera más que un estómago ambulante, igual que el quiosquero. Se imagina que me tiene dominada. Sorda ira arde en mis entrañas. En realidad, ni siquiera me ha visto. No sabe con quién está tratando. Soy yo la que vigila, la que manipula, la que crea. Es

igual que su padre: me cautiva casual y despreocupadamente con mi propio amor. Ignora cuáles son las fuerzas que me mantienen aquí. Cree que son su encanto y su astucia.

—El té está listo —me llama.

Respondo con un hilo de voz:

—Enseguida voy. —Pero me revuelvo ansiosamente y me meto en la boca la aspereza del pijama verde y muerdo con fuerza para contener un bramido.

El dibujo se me aparece de pronto sobre la pared gris al lado del fregadero, enmarcado y protegido con un cristal. La oscuridad es tinta y los ojos y los dientes surgen de la oscuridad y el pollo aterrorizado trata en vano de escapar, atrapado entre los dientes que se cierran cortantes sobre una explosión de plumas y sangre negra por detrás de su desesperada cabeza. Dibujado como a latigazos. En el blanco margen inferior su lápiz ha garrapateado «Amor de monstruo», por M. Barker.

Me quito la ropa. No puedo alcanzar los ganchos de la puerta. Doblo mis prendas sobre la cisterna del retrete, deposito la peluca encima de todo y dejo los zapatos en el suelo, el uno junto al otro. La chaqueta del pijama me llega hasta los tobillos.

Me siento. Ella dibuja. Cubierta únicamente por mis gafas azules no tengo frío, pero mi piel se eriza en contacto con el aire, áspera como la lengua de una vaca. Una columna de vapor se alza desde las tazas. Nuestra isla es del tamaño de dos sillas de lona y una mesita repleta de objetos. Estamos aisladas en la palpitante desnudez de la habitación. La oscuridad se extiende en torno a nosotras, filtrándose en la distante suavidad de las paredes grises. Los visillos se desplazan lentamente en su propia blancura, como si la luz que los atraviesa poseyera una frágil y movediza sustancia.

Ella roe un hueso de oliva y contempla con el ceño fruncido la libreta de dibujo que tiene sobre el regazo. La alborotada cabellera que enmarca los contornos de su cara me hipnotiza. Aquellos

millones de pelos en una docena de llameantes tonalidades me son tan ajenos como su tamaño, su ofensiva longitud. Mi madre, Lilian, mide un metro setenta y ocho. Yo mido noventa y un centímetros.

—¿Cuánto mides, Miranda?

Alza la vista, la enfoca sobre mi barbilla y, enarcando las cejas, contesta mecánicamente:

—Metro ochenta. —Sus ojos están otra vez fijos en el papel que sostiene ante sí.

Verla trabajar me resulta cómodo. Vuelvo a sentirme invisible, como si nunca me hubiera dicho nada más que «buenos días». Mi identidad no le interesa. No se fija en ella. Sus ojos se mueven impacientes sobre mí para una rápida comprobación: una fusión regenerativa de la imagen que tiene en la retina, el modelo que inflige al papel. No soy más que un utensilio, un argumento provisional para la eterna discusión entre su alargado ojo y su mano prudente.

Abajo, en la habitación de la entrada, Crystal Lil mueve la lupa adelante y atrás en busca del punto focal. Los muros que la rodean están empapelados con los viejos carteles de la feria. Una docena de brillantes Lilys jóvenes sonríen, alzan la pierna y se estiran hacia el curvado nombre de «Crystal Lil» que se arquea sobre el azul en letras de oro. Vestida de blanco, una Lil de papel arquea la espalda sobre un firmamento azul verdoso sembrado de estrellas. Franjas de papel de pared de un verde arsénico se atisban por entre los carteles.

En mi cuarto todo está tal como lo encontré cuando me mudé aquí. Los muebles tapizados enmohecen ante el empapelado color de col. Mi auténtica vida reposa en cajas y maletas tras las puertas de los armarios. Mi auténtica cama no es la chirriante hectárea de muelles que se ve en un rincón, sino el oscuro nido de mantas en el suelo del armario bajo el fregadero de la cocina.

Miranda arranca la hoja en que estaba trabajando y la arroja por encima del hombro con aire abstraído mientras contempla un bote rebosante de plumas. La hoja se detiene boca arriba sobre el

suelo oscuro, y ella comienza a esparcir tinta sobre una nueva página.

—¿Qué es lo que te ha decidido —me aclaro la garganta— a ser una artista?

Sus ojos, debajo de las cejas fruncidas, se vuelven rápidamente hacia mis pies.

—No, no. Una ilustradora médica. Para libros de texto y manuales... —Su lengua se asoma por la comisura de los labios mientras golpea con crueldad la página indefensa—. Las fotografías pueden resultar muy confusas, ¿sabe? Un dibujo es más concreto e informativo. Allí dentro está todo muy rojo. Muy espeso y caliente. Pero los muy cabrones dicen que soy una indisciplinada, que soy demasiado impetuosa... —Sea lo que sea lo que está haciéndole al inocente papel, no tiene nada que ver conmigo. Arranca la hoja y la deja caer al suelo, para comenzar de inmediato con la siguiente— . Hay una cosa de la que quería hablarle —añade, intentando parecer despreocupada.

La dentellada del miedo —«¡lo sabe!»— atenaza mi pecho y al instante se afloja. No. Llevo más de una hora sentada aquí, calva y desnuda. Ya es demasiado tarde para eso.

Ella deja de mordisquearse el pulgar y pregunta:

—¿Ha estado alguna vez en el Glass House?

Cuando asiento, abandona la pluma, recoge el lápiz, y empieza a trabajar sobre una nueva hoja de papel.

—Entonces ya sabrá —los ojos sobre el papel— que los que actuamos, todos nosotros, no estamos allí por nuestro talento como bailarines ni siquiera por nuestro físico, sino... —frota vigorosamente la página con el pulgar— porque todos tenemos alguna peculiaridad. Las llamamos nuestras «especialidades».

»En la sala interior se presentan los que el Glass House denomina Números Exóticos. Ya me entiende. Precios especiales para espectáculos privados y fiestas particulares. Rubias con dobermans. Números de grupo. También montan números sobre demanda, a precios exorbitantes. En las cabinas de los mirones hay

espejos que desde detrás son transparentes, y pólizas de seguro especiales para dominación y sadomasoquismo. Ahí es donde las chicas se ganan el dinero. Y el club, claro.

Frunce los labios y contempla el dibujo con ojos entornados.

—Bueno, hay una clienta habitual. No muy frecuente, pero habitual. Una vez al mes, más o menos, viene a ver alguno de los espectáculos especiales. Un par de veces al año paga un número sobre demanda. Al principio creí que se trataba de una lesbiana sadomasoquista corriente. Ahora me parece que no es el dolor lo que le interesa. Lo que le interesa es cambiar a la gente.

En el tono de Miranda hay algo que me atrapa. Un remolino del viejo temor se agita en mis entrañas. Ella también lo percibe. Veo un desconcierto ajeno a su rostro.

—Es una señora rica. Paga. Le gustan los travestidos que quieren convertirse en transexuales. Si están dispuestos a llegar hasta el final, ella les paga la operación y todo el tratamiento. Así es como Paulette pudo permitírselo al fin. De no ser por ella, se hubiera pasado toda la vida escondiendo las pelotas entre las piernas. El Glass House no se cansa de contratar travestidos, y ella no se cansa de mandarlos a alguna parte para que los operen. Pero quiere mirar. Eso es parte del trato. Tiene que estar presente en la operación. Y no se trata únicamente de cambios de sexo. En realidad, prefiere otro tipo de cosas...

Un pensamiento helado se forma lentamente en mi interior. ¿Otra vez? Miranda habla y dibuja, mirándome los codos, la frente, las rodillas, los pechos, cualquier cosa menos los ojos.

—La rubia de largos cabellos, Denise, la que desenrollaba su vello púbico y bailaba sobre el pelo de su cabeza, fue la protagonista de uno de los más recientes números de encargo. La tendieron sobre una mesa cromada en una de las salas interiores y le administraron anestesia local para quemarle todo el pelo. Le prendieron fuego y se refugiaron en las cabinas acristaladas para

escapar al hedor mientras la chica lanzaba alaridos de miedo, o de dolor, y el maestro de ceremonias, con una máscara de gas y un traje ignífugo, permanecía junto a ella con un extintor.

»La señora pagó los gastos de hospital de Denise y fue a visitarla varias veces. Yo también fui a verla el día antes de que le dieran el alta. Tiene mal aspecto. Las raíces del pelo han quedado destruidas y ya no volverá a crecerle. Le han quedado un montón de cicatrices en la cara. Tiene prohibido hacerse la cirugía estética. Está especificado en el contrato que firmó. Le parecerá increíble, pero Denise es feliz. Dice que la señorita Lick, así se llama la señora, le ha pagado tanto que ya no tendrá que volver a trabajar nunca más. Denise dice que ya ha habido otros casos parecidos en el Glass House. Había una pelirroja con unas tetas enormes que se las hizo amputar, fue a la universidad y ahora es doctora.

Mi hija me mira con fijeza. Sus ojos buscan nerviosamente mis ojos. Ya llega. Lo siento acelerar hacia mí mientras ella me escruta esperando mi reacción. Cualquier reacción.

—El motivo de que esté aburriéndola con todas estas tonterías es que la señorita Lick se presentó en el vestuario después del espectáculo del viernes por la noche para hablar conmigo. Es muy áspera y severa, y cuando no se muestra prepotente es porque habla, como ella dice, «sin pelos en la lengua». Así que lo primero que me dijo fue, «mire, no pretendo insinuarme, así que puede estar tranquila». Quizás esté chalada, pero me cayó bien. Me invitó a una cena fantástica, aunque ella no probó nada. Estuvo todo el rato bebiendo. Me sonsacó la historia de mi vida y, aunque soy algo tímida, lo solté todo. La pobre huerfanita criada en un convento de monjas. La misteriosa fundación que paga mis estudios en la escuela de arte y el alquiler permanente de este apartamento. Había tomado una copa de champán y le pinté todo el asunto de un color glorioso. Quedó fascinada. Y, al final, la cosa se reduce a esto: no es en mí en quien está interesada, sino en mi cola.

—Ah —digo yo. Mi boca se queda abierta.

Miranda se inclina hacia mí, anhelante.

—Sí. Ésta es la historia con la que la he amenazado antes, y supongo que entiende de qué estoy hablando.

El cuaderno de dibujo yace olvidado sobre su rodilla. Con una larga pierna encaramada al brazo de la silla, sigue mirándome. Sus manos permanecen inmóviles. Ahora su rostro solamente es joven, desvanecida toda la inteligencia.

—Me avergonzaba de ella. Ya sabe. De pequeña. Las monjas me decían que era una cruz que debía llevar, un castigo por los pecados de mi madre. Quiero contarle toda la verdad, nada de adornos esta vez. Las monjas eran buenas conmigo. Las quería. En cierta forma, por curioso que parezca, el hecho de que la religión no llegase a arraigar por completo en mí está relacionado con la cola. Es difícil de explicar. Puede que ni yo misma lo entienda todavía. Mi única oración era que al despertar por la mañana la cola hubiera desaparecido. Que mi espalda fuese como la de los demás.

Mi boca se tuerce en una mueca de disgusto.

—¿Odiabas tu cola?

—Claro.

Sentada, serena y desnuda, examino sus piernas de caballo de carreras, el nacimiento de las pantorrillas sobre unos tobillos increíblemente finos, y recuerdo la primera vez que vi su cabeza, oscura y manchada de sangre, cuando surgió de entre mis piernas. Su cara pequeña y arrugada vuelta hacia un lado, con un perfil como el de una tortuga.

Y más tarde, con Lil a mi lado, extendiendo las minúsculas piernas y los brazos plegados, tirando suavemente de los piececitos y las manos..., para no encontrar nada. Nada, salvo aquella colita de cerdo enroscada sobre las nalgas. Y la voz de Lil, que entonces no era quebrada ni chillona, que decía: «Bueno, acuérdate de Chick. Tampoco él parecía ser gran cosa. Adelante, quiérela. Ya veremos».

Meses después gateaba y aprendía a sostenerse en pie, y empezaba a hacerse demasiado grande para dormir conmigo en el armario bajo el fregadero. Su padre, cuyos ojos rasgados y amplia boca son ahora los de Miranda, la contempló un día en que había

tropezado y caído y se había partido el labio contra el suelo del remolque y estaba llorando y sangrando, y me dijo: «Deshazte de ella». Yo lloré y supliqué, y le bajé los pañales para recordarle aquella colita, rosada y encantadora, y él soltó un desdeñoso bufido y dijo: «Deshazte de ella o se la daré a Mumpo para cenar, rellena y asada».

Ahora, pasados veinte años, en esta enorme habitación, con Lil en la planta baja mirando una pantalla de televisión a través de una lupa, su mente embotada por los anestesiantes vapores de su propia decadencia, y con el maravilloso rostro de Arty convertido en pasto de los gusanos a mi pesar, contemplo la carne plena y madura de esta joven hembra casi normal y durante un fugaz y satisfactorio instante la veo en una bandeja con la piel bien dorada y crujiente al tacto.

—Dices que odias tu cola.

—La odiaba. Luego oí hablar del Glass House, donde no les interesa que seas bonita y sepas bailar, porque lo que quieren es algo espectacular. Me tomé el salir al escenario como una broma. O un experimento. Una forma distinta de considerar mi cola. Pero desde que trabajo allí ha cambiado mi forma de pensar. Ahora, en cierto modo, casi me parece algo maravilloso.

Sus ojos son interrogantes. Está preguntando: ¿No es una locura que me guste mi cola?

Soy demasiado vieja para estas montañas rusas. Tanta cólera y tanto placer no deberían acumularse en dos breves horas. Mi hígado, o lo que sea que está tratando de abrirse paso hacia mi pierna izquierda, no lo resiste.

—Todo esto debe parecerle muy aburrido. Debe parecerle una tontería.

—No. Solo estoy descansando los ojos. ¿Cómo es? La señorita Lick, quiero decir.

—Mary Lick. Tiene unos cuarenta años o así, casi un metro noventa de estatura, quizás unos ciento diez kilos. Cabello corto, de color arena. No me había dado cuenta de que era usted albina hasta

que se ha quitado las gafas. Es la primera vez que la veo sin ellas. Tiene un arco supraorbital fascinante, voy a hacer un bosquejo rápido. El trato consiste en que la señorita Lick me paga la amputación de la cola. Sufragará todos los gastos, tanto los de la operación como los de la convalecencia. Me promete el mejor cirujano. Además, me pagará diez mil dólares en efectivo. No sé qué hacer. La señorita Lick no es lo que parece a primera vista. Es algo brusca, pero cuando le contaba lo de que yo era huérfana no paraba de decir «Dios mío» y se notaba que estaba afectada. Cuando salimos del restaurante, que está a las afueras, salió del aparcamiento en marcha atrás y se metió en una zanja. Ahí estábamos, con las ruedas de atrás atascadas en el fango. Se quedó mirando a través del parabrisas, hacia la oscuridad, y dijo: «He venido aquí al menos cien veces y nunca me había ocurrido esto. Estoy hecha polvo. Pero no estoy bebida. Es la historia del convento, de tu cola». Luego bajó a empujar y yo me puse al volante y volvimos a salir a la carretera. Me acompañó a casa y en aquel preciso instante sentí que le daría mi cola o cualquier otra cosa que me pidiera, solo porque se había preocupado por mí.

Mis ojos se abren de golpe ante la imagen del cada vez más familiar ceño de Miranda.

—¿Se lo dijiste así?

—No. Quiso que lo pensara bien antes de decidir nada. Esta noche se pasará por el Glass House para ver qué he decidido. Dice que si decido hacerlo es mejor que espere a que termine el curso, y así tendré todo el verano para recuperarme de la operación.

—Muy considerada. —La luz que se refleja en sus cabellos y en el borde de su mejilla es ahora del color del polvo. Sus oscuros ojos quedan en la sombra.

—¿Lo has hablado con tus amigos del club?

—Están todos entusiasmadísimos. Ninguno se lo pensaría dos veces... pero es que ellos odian sus especialidades. Y yo ya no estoy tan segura como antes. Por eso he querido hablar con usted. Usted

sabe lo que es vivir con una especialidad. Mejor que ninguno de nosotros. No sé qué edad tiene...

—Treinta y ocho —apunto, y se le ve en la cara que pensaba que era mayor. Apenas tenía diecisiete años cuando ella nació. Pero los enanos envejecemos muy deprisa.

—Lo que le pregunto es: ¿estoy loca por haberle tomado apego a mi cola? ¿No será que estoy ocultando alguna otra cosa? Si rechazo esta oportunidad, probablemente lo lamentaré durante toda mi vida. Usted habrá deseado un millón de veces ser normal...

—No.

—¿No?

—He deseado tener dos cabezas. O ser invisible. He deseado tener una cola de pez en lugar de piernas. He deseado ser más especial.

—¿Y normal no?

—Nunca.

—¡No joda! ¡Eso es increíble! Dígame...

—Tengo que irme. —Recojo la chaqueta del pijama, extiendo las entumecidas piernas para descender al suelo, arrastro los pies hacia la puerta del cuarto de baño.

—Vaya, lo siento, la he retenido aquí casi toda la tarde, debe de estar agotada... Volverá otro día, ¿verdad? ¿Qué tal mañana? Acabaré de pulir algunos de estos bosquejos y mañana ya estaré lista para un trabajo más avanzado...

A solas en mi habitación, con la puerta finalmente cerrada, permanezco de pie contemplando la ventana mugrienta. No tenía ningún derecho a fingir sorpresa. La monja ya me lo dijo el primer día que la llevé allí. Horst el Domador estaba apoyado en el guardabarros de su camioneta delante de la cancela y yo estaba dentro en la sala de visitas. Estrechaba entre mis brazos a Miranda, la pequeñuela —aún no había cumplido un año—, envuelta en unos holgados pañales. Trataba de hablar, entre sollozos, con aquella monja de cara limpia que tan cálida y tranquilizadora me había parecido por teléfono.

—¿Qué quiere decir, una cola? —Sus ojos se volvieron fríos de golpe. Tiró de los pañales de Miranda—. ¿Es retrasada o algo así? —El extraño contacto asustó a Miranda, que me miró con nerviosismo. Cuando los pañales cayeron hasta sus gordezuelas rodillas, cerró los ojos y abrió la boca y comenzó a llorar.

—Solamente una colita pequeña —decía yo.

Entró la niñera, de aire jovial, con un fajo de impresos. Alzó a Miranda con habilidad y la hizo danzar sobre una silla mientras yo me sorbía las lágrimas y empezaba a rellenar los impresos. La monja se dirigió a la niñera en voz baja. La niñera cantó «La araña Itsy Bitsy trepa por el surtidor de agua» y miró bajo el pañal de Miranda.

Pasamos a la enfermería y allí la niñera siguió entonando cancioncillas infantiles mientras desnudaba a la despreocupada y alegre Miranda. Tanteó, escuchó, escrutó con minúsculas linternas, contó dedos y finalmente cosquilleó el tirabuzón de la cola hasta que Miranda se rió con toda su fuerza y yo me convertí en piedra gris.

—No se trata de una operación sencilla, pero le facilitaría mucho la vida —me aseguraba la niñera—. Piense usted en cómo será su vida entre niños normales. Tendrá que ducharse, vestirse y nadar en grupo, y le resultará imposible esconderse. Los niños pueden llegar a ser muy crueles.

—No —repliqué—. Tiene que conservarla. No se la toquen.

Volvieron a proponérmelo al cabo de cinco años, mientras contemplaba a Miranda a través de la ventana de la sala de visitas.

—Reza por verse libre de ella. ¿Cómo puede usted negarle a su propia hija la posibilidad de una vida normal y feliz?

Miré en silencio como Miranda se deslizaba entre gritos por el tobogán del terreno de juegos, deseando descubrir vivo en ella todo el amor que había muerto en mí.

—Ya es feliz —dije al fin—. Usted me lo ha dicho y yo lo estoy viendo. Conservará la cola.

Pero ella la detestaba.

Me arrastro al interior de mi armario, cierro la puerta y me acurruco en la oscuridad, pensando en la señorita Lick. He visto antes aficiones como la suya.

Ya ha oscurecido cuando despierto. Meto la cabeza un rato bajo el grifo de agua fría. Luego me pongo un jersey bajo la chaqueta y una gorra de lana sobre la peluca y cruzo con pasos pesados ante la voz del televisor que surge de la puerta de Lily para tomar el autobús número 17 hacia el centro.

Encogida bajo la enfermiza luz fluorescente del autobús vacío, me quedo mirando un aviso de cartón sujeto sobre las ventanillas. Reza NO SE PONGA DEMASIADO CÓMODO.

Las puertas suspiran para dejarme salir a la estación llena de ecos. Me encamino hacia el norte, hacia la ciudad vieja y el Glass House. Hago una parada en una cabina telefónica. Hay varias Lick en los listines, pero ninguna Mary o M. De todos modos, seguramente se trata de un nombre falso. Nadie que pueda permitirse una afición como la suya puede permitirse que se divulgue.

El reloj de neón del escaparate del salón de tatuajes indica las 9.00. Dos calles más adelante, empiezo a examinar portales frente al aparcamiento del Glass House. Una tienda de artículos de cuero, ya cerrada, me permite observar desde la esquina el aparcamiento del club y la entrada lateral, así como un buen ángulo de la entrada delantera. Junto a la fachada, un montón de bolsas de basura espera la recogida matutina. Cinco peldaños conducen a la puerta. Tomo asiento en el peldaño superior y veo cómo el aparcamiento se va llenando poco a poco. Los automóviles vomitan animados grupos y parejas risueñas. En su mayoría hombres. Los cuento. Entran sesenta antes de que salga uno. Ninguno de ellos es la señorita Lick.

La humedad me envuelve. No es una auténtica lluvia, sino esa espesa niebla que te va calando lentamente. Las luces de la ciudad confieren a las nubes, muy bajas, un opaco tono amoratado. La

torre de oficinas conocida como Big Pink, de color carne, se alza como una fantasmagoría sobre el intrincado horizonte de achaparrados edificios de la ciudad vieja. De vez en cuando, la torre desaparece en una ráfaga de oscuridad. Empiezan a dolerme las piernas.

¿Quién me he creído que soy? ¿Qué es lo que voy a hacer, por Dios? La única respuesta es un crujido en la región de mis caderas. Sigo sentada y vigilante, sintiéndome como una idiota de mierda.

La señorita Lick aparece al cabo de dos horas. Es fácil reconocerla. Metro noventa de estatura y ciento diez kilos envueltos en un traje formal gris. Sus tacones son lo bastante grandes y altos como para enterrar a un egipcio en cada uno. Cruza el aparcamiento al trote, encorvada bajo su paraguas, y se desliza por la entrada lateral del Glass House. Mi pulso se acelera al verla pero recupera su ritmo al cerrarse la puerta.

Pasa una hora hasta que sale a la cruda luz del aparcamiento. Alza la vista y decide no abrir el paraguas. Deja que la puerta se cierre a sus espaldas y se yergue, la cabeza levantada, la boca abierta, mientras hurga en sus bolsillos. Me incorporo. Tengo las rodillas anquilosadas y no confío en que resistan. Sacudo los pies en un intento por hacer llegar el riego a mis articulaciones. Mi sangre comienza a calentarse de nuevo mientras ella inicia su marcha a través del aparcamiento. Es demasiado discreta para dejar su automóvil tan cerca del club. La veo doblar una esquina. Corro detrás de ella por el lado más oscuro de la calle. Un pequeño bar está vaciándose de chusma y las risotadas de los borrachos sofocan momentáneamente el ruido de mis pisadas. A tres calles del Glass House, la voluminosa mujer sube a un oscuro y elegante vehículo aparcado frente al banco de sangre. Me apunto el número de matrícula en la muñeca con un rotulador y experimento la misma sensación que si acabara de conquistar Asia.

Miranda aún tardará un par de horas en salir y volverá a casa en taxi. Me dirijo pesadamente hacia la estación de autobuses, tan llena de alivio y de frío que me parece ver a Miranda en todas las

esquinas. Sentada junto a la opaca ventanilla del número 17, copio el número de matrícula en el dorso de una vieja receta que extraigo de mi bolso. La neblina y el sudor ya empiezan a convertir las cifras de mi muñeca en una borrosa mancha azul.

La mañana siguiente acudo temprano al trabajo. Cuando subo al autobús, una pequeña criatura sin género se acurruca contra su madre, me señala con el dedo y grazna: «¡Mami!». La mujer que la sostiene en brazos se ruboriza y coge la minúscula mano, siseando para que se calle. Me vuelvo, salto de nuevo a tierra y le hago un gesto al conductor para que arranque sin mí. Voy andando hasta la emisora.

Cuando llego, ya me he convencido de que el número de matrícula no puede tener nada que ver con la señorita Lick de Miranda. ¿Cuántas mujeres voluminosas utilizan la salida lateral del Glass House? La persona a la que he seguido a trompicones quizá no sea más que un travestido de mediana edad. Si Lick es un apellido falso para sus incursiones subterráneas, tal como sospecho, podría perder semanas siguiendo a la persona equivocada.

Dejo una solicitud de identificación de matrícula en la sala de redacción, hago dos anuncios de 15 segundos para el Paraíso del Estéreo y fiambres Sun River y a continuación grabo la tercera entrega de Beowulf para ciegos. Espero hasta pasada *La hora del cuento* para ir a mirar mi casilla de mensajes, y allí encuentro el listado de ordenador con la respuesta. El automóvil pertenece a Mary T. Lick. No se ha cambiado el nombre para ir al Glass House. Su dirección corresponde a un lujoso rascacielos de apartamentos en West Hills, justo debajo de la Rosaleda.

En el ascensor se me ocurre que quizá Miranda esté esperándome en el vestíbulo, dispuesta a engatusarme para otra sesión de dibujo. Cuando empiezan a abrirse las puertas contengo el aliento, pero no está allí.

Cruzo el puente sobre el río de hormigón que es la autopista y me encamino hacia la biblioteca. La escuela secundaria Lincoln queda justo detrás de la estación y los estudiantes, en su hora libre para almorzar, abarrotan las aceras. Dos chicas discuten acaloradamente en el banco de Charles Dickens, ante la fachada de la biblioteca. Me deslizo entre las puertas y subo por la curvada escalinata de mármol rumbo a los archivos.

Mary T. Lick tiene su propia tarjeta, situada justo delante de la de Thomas R. Lick, su padre. Las dos están enterradas en microfilms. Subo otros dos tramos de escalera hasta la sala de periódicos y me instalo ante una máquina de microfilms en el rincón más oscuro. Acampo allí con un montón de rollos de película de antiguos periódicos.

Enseguida la encuentro en las columnas de sociedad, siempre seria. Una joven Mary Lick no sonríe en la gala a beneficio de la ópera del Hunt Club. Una Mary Lick con expresión adusta aparece atrapada entre dos gárgolas en el City Club. Mary Lick, incómodamente próxima al profundo escote en V de una Princesa de las Rosas, contempla con ceño fruncido la coronación de la misma. Una Mary Lick mucho más joven asoma con aire sombrío tras un hombre calvo y de enfurecida expresión que la leyenda de la foto identifica como Thomas R. Lick, en el momento de cortar la cinta para dar por inaugurada la piscina Thomas R. Lick en el MAC Club.

El texto resbala sobre listas de invitados, vestuarios y menús. No encuentro ningún comentario sobre el guardarropa de Mary, que viste igual en todas las ocasiones, siempre con un traje formal oscuro sin rasgos distintivos.

Thomas R. aparece descrito como el magnate o el rey de los productos alimenticios Lickety Split. La foto de Mary Lick más reciente y hosca la muestra contemplando melancólicamente un camión del Ejército de Salvación cargado de cajas de cartón. «Veinticuatro cenas Lickety Split para el Día de Acción de Gracias.»

El texto se refiere a Mary como «la heredera de los productos alimenticios Lickety Split», dando a entender que Thomas R. ha quedado relegado a los obituarios.

Ahí la tengo. El viejo acaba de convertirse en pasto para los gusanos y su hija Mary ya está depositando centenares de cenas Lickety Split en manos socialmente inaceptables. El artículo, de siete años de antigüedad, comenta que era la primera contribución benéfica en la historia de la Lickety Split Corp., pero, añade tímidamente, «podría significar un nuevo papel para la empresa en el futuro».

Embuto las fotocopias en mi bolsa y vuelvo resoplando a mi habitación. Han deslizado una nota por debajo de la puerta. Una línea garrapateada a lápiz por Miranda: «Suba y permita que la dibuje».

Cuando llamo, su puerta estalla hacia dentro y su enorme corpachón queda rodeado de luz.

—¡Por fin! —Sus manos se extienden hacia mí.

—Hoy no puedo. Tengo cosas que hacer. —Su rostro cae en los convencionalismos que enmascaran la decepción. El pecho me da un salto—. Pero ¿qué tal te fue con esa mujer, por lo de la cola?

Parpadea, buscando la relación. No lo esperaba.

—¡Ah, eso! Dijo que no había prisa. Podemos esperar a que termine el semestre.

—¿Para tomar una decisión?

—No. Para hacerlo. Para que me lo hagan.

—Ya lo has decidido.

—¡Qué diablos! Sería estúpido negarse.

Su mirada, insolente. La sonrisa, presuntuosa. Está castigándome por no ponerme a su disposición. Giro en redondo, sintiendo náuseas, y busco a tientas el camino de regreso.

Me llama desde la puerta:

—¿Cuándo podrá volver a posar para mí? ¿Mañana? ¿Le irá bien por la tarde? ¿Señorita McGurk?

Me despido con un gesto, bajo a mi habitación, cierro la puerta tras de mí y echo la llave.

Paseo de arriba abajo rechinando los dientes. Arrojo mi peluca al suelo y la pisoteo. ¿Por qué me enfurece tanto? Mi cólera me aterroriza. Soy un monstruo. La despedazaría. La cogería por sus redondos talones rosados y haría girar su largo cuerpo en el aire hasta aplastar contra la pared su resplandeciente cabeza. Estremecida, caigo de rodillas. Me sujeto las manos para impedirme romper algo. Siento una repentina gratitud hacia las monjas, pues comprendo que si hubiera vivido conmigo habría terminado asesinándola; la zorra arrogante e idiota, mi hija, la hermosa Miranda.

Acabo acurrucada en el suelo, jadeando y farfullando. No viene nadie a consolarme. Me quedo ahí hasta que me siento aburrida y avergonzada por las huellas de mocos secos que me cubren las mejillas. No suelo enfadarme. Y ahora, dos veces en dos días por culpa de Miranda.

Me doy una ducha, me pongo un camisón de franela, preparo café instantáneo con el agua caliente del grifo y abro la ventana para mirar al exterior. La franja de cielo visible sobre el callejón está encapotada. Me siento en el alféizar a beber el asqueroso brebaje y contemplar cómo la línea de sombra se arrastra cada vez más arriba por la pared del almacén en la acera de enfrente. Puedo oír el ajetreo de las palomas en el alero. Bajo mi ventana la lluvia comienza a dar brillo al techo fangoso del garaje.

En la planta baja suena el teléfono y enseguida calla de nuevo. La estridente voz de Lil se alza por el hueco de la escalera: «Cuarenta y uuuno», y a lo lejos se oye un portazo y el pelirrojo benedictino inicia su desesperada avalancha escaleras abajo. Las tuberías gorgotean. El calor empieza a subir.

Saco a rastras del armario el viejo baúl de los vestidos y lo abro. La Caja de Miranda, la llamo yo, aunque es bien poco lo que contiene de ella. Todo cabe en la bandeja plana de la parte superior del baúl. Fotos de la escuela. El fajo de informes. El manojo de

cartas de la Hermana T., que durante dieciséis años me escribió cuatro veces al año. Comentarios sobre sus estudios: «El nivel de lectura de Miranda es dos años superior al que le correspondería por su curso. Su actitud es animosa, pero la estropea su terquedad y su tendencia destructiva...». Los resultados de las pruebas. La lista de vacunas. El informe sobre la varicela. Una carta indignada plegada junto a los resultados de un examen médico.

Aquel año había cumplido los quince y se escapó y se lió con un guitarrista pluriempleado como repartidor de la United Parcel Delivery, que la escondió en su apartamento «bohemio» —como lo describía el informe— durante tres semanas, hasta que ella se hartó y decidió regresar a la escuela. Muy lejos del arrepentimiento, según la monja, y también de la virginidad, según el doctor. La celestial María la había salvado de quedarse embarazada o de contagiarse con alguna enfermedad. Amenazaron con expulsarla o entregarla a los servicios sociales. Al final, mis pagos mensuales aumentaron en un cincuenta por ciento y ella se quedó en la escuela.

Con esa carta en las manos recuerdo con toda precisión las contradictorias sensaciones que provocó en mí este incidente. Estaba aterrorizada por ella, pero también extrañamente deleitada, como si su indómito carácter reflejara un triunfo de los genes sobre el adoctrinamiento. Deposito sobre los demás papeles el escaso montón de dibujos que me dio y luego saco la bandeja fuera del baúl y la dejo a un lado.

El baúl está repleto de libros de recortes, gruesos fajos de papel envueltos en plástico negro. Fotografías. Grabaciones en cintas. Un apretado rollo de carteles sujeto por gomas elásticas resecas y quebradizas.

Este frágil e inflamable montón es todo lo que resta de mi vida. Es la historia del origen de Miranda. Ella se dispara, irrumpe y se abre paso a través de los días de su vida sin la menor idea de las causas de su nacimiento. Se cree única y aislada. No se da cuenta de que es parte y producto de fuerzas que se unieron antes de que ella naciese.

Da igual que se muestre frívola respecto a su cola. O que lo intente. Ignora su significado y no es consciente de su valor. Pero en su sangre arde un ansia que es una advertencia.

Desgajo el primer cartel del rollo. El papel está rígido, como si prefiriese romperse a rasgarse. Lo despliego cuidadosamente, lo extiendo, deposito sobre sus esquinas pesos envueltos en plástico para mantenerlo plano, lo abro sobre la mohosa alfombra.

Salen a la luz los Binewski, vestidos de un refulgente blanco, encantados sobre azules y verdes marinos, sonrientes, todavía juntos sobre el ancho papel. En el cartel toda la familia sale despedida hacia arriba a partir de Chick, o «Fortunato, el niño más fuerte del mundo». Chick, de seis años de edad y adorable, sonríe desde el fondo con los brazos extendidos, sosteniendo a sus padres en las manos. La bella «Crystal Lil» en una pose claramente cariñosa, con una pierna levantada muy por encima de su faldita de baile, está arropada por los brazos del apuesto «Al, el maestro de ceremonias», nuestro papá, Aloysius, que lleva botas altas y blanquísimos pantalones de montar. Sus sonrisas se elevan entre una luz amarillenta hacia nuestras estrellas, nuestros tesoros. «Arturo, el asombroso Aqua Boy» flota con sus aletas angélicamente extendidas sobre un líquido improvisado en la esquina superior derecha, con el desnudo cráneo reluciente y envuelto en un halo. En la esquina izquierda, ante un teclado que parece surgir de la nada: «¡Las magníficas siamesas musicales, Electra e Iphigenia!». Elly e Iphy con sus largas cabelleras recogidas en sendos moños negros, entrelazados los esbeltos y pálidos brazos, sus blancos rostros resplandecientes en torno a sus ojos de color violeta. Yo también aparezco en el cartel. «Olympia, la albina», de lado para resaltar la corcova, con la cabeza calva ladeada de una forma encantadora, esboza una femenina reverencia mientras señala con el brazo al glorioso Chick y su milagrosa carga. Entonces Chick tenía seis años y yo once, pero ya me sacaba una cabeza. El rótulo curvado cruza la parte superior con chispeante resplandor: LOS FABULOSOS BINEWSKI.

La foto de Miranda durante su último año en la escuela muestra su cara del mismo tamaño que las caras de los Binewski en el cartel. La deslizo de un lado a otro, colocándola al lado de Chick, al lado de Arty, al lado de papá Al. Es a Arty a quien se parece. Los pómulos Binewski y los ojos rasgados. ¿Se daría cuenta ella?

Libro segundo

Tu dragón: cuidados, alimentación e identificación de sus deposiciones

4

Las rosas de papá

El perfil de Olympia McGurk en el ordenador de Radio KBNK cita entre mis cualificaciones «elocución, dicción y presentación microfónica según el método de Aloysius Binewski», dato que anoté tranquila y confiadamente en mi curriculum como si cualquier profesional bien preparado hubiera de reconocer el nombre del maestro.

Papá, sentado al fondo de la carpa ante la mesa de sonido, con los auriculares puestos, mirándome ceñudamente mientras yo me sostenía sobre un pie en el escenario ante el viejo y destartalado micrófono que oscilaba frente a mi boca. Papá rugía «¡Un latazo!» tras mi quincuagésima repetición de «¡Pasen y vean, señoras y señores!», o me parodiaba cruelmente, «¡Yata, ya-ta, ya-ta!», si yo caía en un ritmo machacón al declamar «¡Desde los más profundos misterios de la ciencia, una revelación de poética elegancia!».

—¡Pero, mierda, haz el favor de mover los labios! —aullaba papá, o bien—: ¡Acaba ya con los pedos de ratón y proyecta!

»¡Es un instrumento! ¡Se llama voz! ¡No es un peine envuelto en papel de fumar! ¡Te lo di con el amor de mis entrañas para tu canijo e inaprovechable cuerpo, conque ten la bondad de utilizarlo como es debido!

Y yo todo el rato con ganas de mear, tosiendo por el micro cuando tenía la garganta cansada y dolorida, con los ojos ardiendo y los labios y la barbilla hundiéndose de congoja ante la ira de papá. El melodioso tintineo de Electra a los graves e Iphy a los agudos y la voz de mamá contando, «uno y dos y...» mientras las gemelas recibían sus lecciones de piano en el remolque. El gorgoteo y el zumbido de las bombas que filtraban el depósito de mi hermano Arty

«Aqua Man». Y la borrosa y redonda luna que era el rostro del bebé Fortunato contemplándome desde la penumbra de las gradas por detrás de papá.

Si finalmente lo hacía bien y conseguía soltar toda la charla, desde «Acérquense, amigos» hasta «Una inconcebible visión de las milagrosas extravagancias de la Naturaleza por el mismo precio que les costaría una salchicha de frankfurt demasiado hecha», sin un solo mugido de furia de mi querido papá, entonces él me alzaba entre sus robustos brazos y me cargaba sobre sus hombros, y yo asía su asombroso pelo con los puños y cabalgaba a gran altura hacia la luz del exterior, con la dorada cabeza de Fortunato esforzándose por seguirnos, muy por debajo, y desfilábamos por la larga avenida de puestos y yo sonreía desde lo alto a las pelirrojas que vendían dulces y al volatinero desdentado y a Horst el Domador, que asentían a las instrucciones de papá, y escuchaba, sentía incluso, el vozarrón que surgía de entre mis piernas:

—¡Esta cucarachita ha dado hoy una clase perfecta!

Es curioso, quizá no muy llamativo pero sí curioso, que ahora me gane modestamente la vida leyendo. Es algo que me hace sonreír, porque antes procuraba leer lo menos posible. Leer me asustaba.

A Arty no le molestó nunca. Leía constantemente —cualquier cosa que cayera en sus manos—, pero sus preferencias estaba dirigidas a los relatos de horror y las historias de aparecidos.

Cuando aún éramos unos niños, era yo quien le pasaba las páginas. Solía leer en la cama hasta muy tarde, cuando todos los demás ya dormían. Yo me tendía a su lado y le sostenía la lámpara y le volvía las páginas y contemplaba el movimiento de sus ojos, que recorrían la letra impresa en rápidas sacudidas. Para Arty, la lectura no fue nunca un pasatiempo silencioso. Se agitaba, gruñía, mascullaba y exclamaba. Recuerdo que por entonces estaba atravesando una de sus fases escatológicas. «Dulce culín rosado» era su expresión de agrado. «Comemierda» era despectiva.

—¿Y no sueñas luego? —le pregunté una vez—. ¿No te asusta leer estas cosas por la noche? Se supone que son relatos de miedo.

—¡Serás lela! Esto lo escriben los *normas* para asustar a los *normas*. ¿Sabes quiénes son esos monstruos y demonios y espíritus malignos? Tú y yo. Nosotros somos los que se aparecen a los *normas* en sus pesadillas. La cosa que acecha en el campanario y hunde sus dientes en las gargantas de los chicos del coro..., ésa eres tú, Oly. Y la cosa del armario que hace chillar de noche a los chiquillos antes de sorber su último aliento..., ése soy yo. Y el susurro entre los arbustos, y los extraños gritos agudos que hielan la sangre en una carretera desierta al anochecer..., ésas son las gemelas practicando su solfeo mientras andan buscando moras.

»¡No menees así la cabeza! Estos libros me enseñan muchísimo. No me asustan, porque tratan de mí. Vuelve la página.

Puede que sea una ruindad pensar así, pero la mejor época fue antes de que naciera Chick. Las cosas eran sencillas. Papá nos hablaba de los malos tiempos y explicaba que Arty había traído éxito al espectáculo, y que Elly e Iphy habían ido muy bien para el negocio, y, puesto que era una persona amable, que incluso Oly había «cumplido su parte». Siempre había trabajo por hacer, pero era genial.

Las mañanas eran nuestras. Después de las clases y hasta el comienzo de las representaciones, a las 2 de la tarde, éramos completamente libres. Papá conectaba dos pedazos de neumático con una tela de nailon y le adaptaba un correaje de tela que ajustaba sobre las aletas delanteras y traseras de Arty. Con esta armadura de caucho protegiéndole el pecho y el vientre, Arty podía reptar casi por cualquier sitio.

Papá opinaba que para la gente de las ciudades debíamos ser un misterio que solo pagando podía verse, pero cuando estábamos en el campo nos dejaba vagar a nuestro antojo siempre que no nos separásemos.

—¡Ya estáis bajando ahora mismo de ese árbol, granujas!

El granjero dio un latigazo con su cinturón doblado por la mitad, una correa lo bastante ancha como para estremecer el aire hasta la copa, donde nos ocultábamos con el botín. Arty ladeó la cabeza sobre su tronco y se asomó para ver al hombre de la correa. Era viejo y robusto, y sus ojos cayeron sobre mí en cuanto hice un gesto. Me acurruqué fuera de su vista y el cinturón chasqueó de nuevo. Las hojas temblaron justo encima de donde se sujetaban Elly e Iphy. Habían estado discutiendo sobre cuántas cerezas podía comerse cada una sin acabar compartiendo dolor de barriga y diarrea. Seguramente habían sido sus agudas vocecitas las que habían atraído a aquel viejo chiflado. Ahora estaban calladas, asustadas como de costumbre.

—¡Bajad ahora mismo o subo yo a buscaros!

No parecía verdaderamente enfadado. Se había detenido a cierta distancia del árbol, demasiado astuto para meterse debajo, donde podía caerle algo encima.

La boca de Arty se acercó a mi oído.

—Baja tú primero, y luego Elly e Iphy. Se cree que somos niños.

Apretujé la voz en el cielo de la boca y emití en un ridículo tono chillón.

—¡Ya bajamos, señor, no nos haga daño! —Me quité las gafas oscuras y saqué la cabeza entre el follaje para que pudiera ver las orejas que me asomaban bajo el borde de la gorra. Entorné los párpados para que no pudiera distinguir el color de mis ojos. Los calculadores ojos del granjero se clavaron en mí. Frunció la boca como si fuese a escupir.

—Dentro de un minuto vas a ver si te hago daño.

—Tenemos que ayudar a nuestro hermano, señor, solo un segundo.

Arty extendió el cuello y cerró las mandíbulas sobre la última ramita de cerezas que le tendí mientras comenzaba a descender del árbol.

—¡Elly! —grité deliberadamente—. ¡Iphy! ¡Ayudadme a bajar a Arty! —Apareció una larga pierna con un arrugado calcetín rosa y una zapatilla de lona blanca. Miré de reojo al granjero. Estaba haciendo chasquear el cinturón doblado contra su bota de goma. Seguía mirándonos, pero ya un poco más suave. Los nombres de las chicas habían producido ese efecto, nombres dulces y anticuados. Y el «¡No nos haga daño!» lo había desarmado.

—¡Pssst! —Iphy me miraba nerviosamente desde lo alto mientras Elly dirigía el descenso. Arty les susurraba con voz queda —: Oly baja la primera. Vosotras me descolgáis encima de ella y luego bajáis las dos.

—¡Ya vamos, señor! —grité, y me separé de Arty deslizándome por el tronco, sujetándome con manos y pies a las profundas grietas de la corteza para descender por el lado contrario al del hombre de tez bronceada que tenía la correa en la mano. Cuando llegué al suelo, di un paso atrás, me incliné hacia delante y me quité la gorrita de punto frotando la cabeza contra el tronco. Acababa de enderezarme para recibir a Arty cuando oí gruñir al viejo cabrón. Había visto mi joroba y mi calva. Las gemelas estaban bajando a Arty con tres manos y abrazando el árbol con la cuarta. Al bajar, la ropa de Arty siseó y arrancó pequeños fragmentos de corteza. Recibí sus caderas sobre mi pecho y se deslizó hasta tierra por mi vientre. Las gemelas bajaron de un salto, contemplando al granjero desde ambos lados. Me volví a mirarlo. Sus ojos se entornaron con suspicaz asombro. Arty comenzó a avanzar rápidamente hacia él. Me apresuré a seguirlo. Las gemelas reaccionaron en seguida y Elly me sostuvo la mano mientras avanzábamos hacia el granjero. El hombre se cayó de culo sobre la hierba. El cinturón quedó olvidado en el suelo. Pasamos a toda prisa junto a él y abandonamos su huerto de cerezos.

Más tarde, en la cama, llegué a la conclusión de que Arty era muy listo. Había sido nuestro orden de aparición lo que había derrumbado al tipo. Ahí estaba él, haciendo chasquear el cinturón y riéndose por dentro al ver que los niños, verano tras verano, seguían encaramándose a los cerezos. Seguramente ya habría comenzado a ensayar la historia para contársela a su mujer en la cocina ante un plato de pollo, con las mangas todavía mojadas del lavado y la cabeza descubierta, revelando la franja pálida en la frente donde terminaba el bronceado.

«He cogido a los nietos de Jethro en la huerta —le diría—, todos subidos al mismo árbol, igual que su padre y su tía hace veinte años.» Y se sonreirían el uno al otro y ella le llenaría el vaso de café helado y comentaría que esperaba que no los hubiese asustado demasiado. Pero mientras todo esto se cocía tras sus ojos, salimos nosotros y lo derrumbamos. Primero yo, retorcida bajo mi joroba, la gorra de punto con su calva sorpresa debajo, y luego los 1,88 segundos que tardó en percatarse de la forma de Arturo y el modo en que se movía y, lo más importante, hacia qué dirección se encaminaba. Si eso hubiera sido todo, tal vez nos hubiera atacado con la horqueta. Pero entonces surgieron las chicas, con el pelo color de noche, la tez de leche y los floridos ojos, y sus dos largas piernas con los caídos calcetines rosas. Le arrancamos de golpe sus treinta años de expulsar chiquillos de los árboles. Me pregunté si le diría a alguien una sola palabra del asunto.

La cabeza de Arty se volvió con una sacudida y sus ojos se hundieron en mí. Las sombras de los músculos y los agudos huesos abultaban su tensa piel. Furia.

—Recógeme. Vamos. Recógeme.

Pesaba bastante pero lo sostuve por el tronco hasta que pudo apoyarse en mí, erguido, y entonces me agaché y lo icé sobre mi hombro. Su pecho y su cabeza miraban hacia atrás, su redondeado trasero entre mis brazos.

—Odio la hierba alta. La odio. —Su voz me llegó al oído izquierdo mientras avanzábamos lentamente a campo traviesa—. Prueba a arrastrarte durante una o dos manzanas con la nariz entre las serpientes y la mierda de vaca y ya me dirás.

Arty siempre hablaba con el público. Uno de los atractivos principales de su número era que, aunque su aspecto y su comportamiento eran ajenos, en parte animal y en parte mito, solía apoyar el mentón sobre el borde del acuario para hablar «como las personas». Solo que no era exactamente una persona.

Al principio, cuando Arty era pequeño, Al era su entusiasta maestro de ceremonias. Poco a poco, Arty fue introduciéndose en la charla y acabó adueñándose por completo de ella. Y al poco tiempo, Al se limitó a permanecer en la entrada para atraer al público.

Arty solía empezar con una exposición sobre su propio físico, pero no tardó en descubrir la fuerza de las estupideces y el vapor. Vulgares sentimientos de tarjeta postal, pretenciosamente expresados en el acuario por tan intrigante monstruito, causaban una asombrosa efervescencia.

Arty y papá experimentaban. El número de Arty iba cambiando en pequeños detalles —un foco rosado en lugar de uno rojo— o, de vez en cuando, en aspectos importantes. Pero siempre fue un número de asiento, un espectáculo de bancos y graderíos. El acuario y Arty eran el único centro de atención. Durante algún tiempo, Arty hizo una entrada seca: aparecía en una plataforma por encima del depósito y se zambullía en él. Luego llegó a la conclusión de que la gente quería pensar que vivía todo el tiempo en el agua, quizás incluso que respiraba agua. Después de eso, siempre se presentaba ya sumergido. Durante algún tiempo utilizó una especie de biombo en el acuario, ocultándose detrás y nadando hacia la iluminada parte visible cuando papá le daba la señal. Pero Arty se cansó de esperar y mandó hacer un gran tubo en forma de túnel que daba al fondo del acuario, de manera que podía esperar en la parte de atrás, en seco,

y hacer una espectacular y dinámica entrada cuando se encendían los focos. Arty emergiendo hacia la superficie en un estallido de burbujas luminiscentes con una resonante fanfarria de música grabada. Los ponía a cien.

Aunque Arty acabó aburriéndose de esta imagen de chico acuático provisto de branquias y, durante su etapa artúrica, disfrutó presentándose ante sus admiradores en tierra firme (de lejos, en un carrito de golf), durante mucho tiempo se aferró a su identidad submarina.

Como él mismo señaló, no sin cierta amargura, su aspecto no era lo bastante extraordinario como para retener a una multitud durante veinte minutos (la duración del espectáculo en aquellos primeros tiempos) moviéndose únicamente de un lado a otro y dejándolos mirar con la boca abierta. Tenía que hacer algo. Los trucos de su niñez, tipo foca, pronto le parecieron sosos. Nadar era útil. El acuario iluminado en la penumbra de la carpa era un foco de interés. El agua y su forma flotante eran sedantes, hipnóticas. La gente se quedaba mirando el acuario y su ondulante silueta igual que mirarían una hoguera. El acuario lo hacía exótico, pero inofensivo. «Pueden relajarse —teorizaba Arty—, porque saben que no voy a saltarles al regazo.» (Arty solía mostrarse sarcástico con respecto a los regazos, ya que eso era algo de lo que él carecía.)

—Es un lamentable desperdicio —se quejaba Arty—: llevarlos a ese maravilloso estado mental en que se lo tragan todo y luego no hacer nada con ellos.

Así que aprendió a hablar. Recitaba versos, citaba a los filósofos más rimbombantes, hacía comentarios sobre la naturaleza humana. El planteamiento más corriente, el que papá siempre quiso que Arty adoptara, consistía en chistes, comedia, un número jocoso y burlón que, viniendo del muchacho acuático, parecería único. Pero Arty se negó resueltamente.

—No quiero que esos gilipollas se rían de mí —solía ladrar—. Los quiero pasmados, quizás incluso asustados, pero no quiero que se rían. Oh, sí, alguna que otra risita porque soy ingenioso, eso sí.

Pero nada de carcajadas continuas.

Los escasos chistes de Arty, breves y chispeantes alivios del formato místico, eran siempre secos y mordaces y dirigidos al exterior, lejos de sí mismo.

Su número fue volviéndose un caldero humeante.

—Quieren quedarse pasmados y asustados. Por eso vienen —insistía Arty.

Con el tiempo, inevitablemente, descubrió el Oráculo. «El tipo que formula la pregunta y cree escuchar una respuesta es el que crea el Oráculo.» Había estado leyendo obras de filosofía oriental y empezó a compartirla gravemente sobre el borde del acuario. Un día, una mujer pálida se puso en pie en las gradas y le preguntó si su hijo quinceañero, que se había escapado de casa unos meses antes, estaba vivo o muerto.

Sin detenerse a pensar, sin perder ni un instante, disparó:

—Llorando a solas por la noche y pensando en usted; trabajando de día como un hombre, en silencio.

La mujer comenzó a vociferar y a llorar ruidosamente.

—Dios te bendiga, muchas gracias, Dios te bendiga, muchas gracias —repetía sin cesar, mientras se arrastraba sobre una hilera de rodillas y salía enjugándose las lágrimas con un pañuelo.

Seguramente se lo contó a sus amigas, porque los dos espectáculos que siguieron estuvieron llenos de preguntas formuladas a gritos desde la grada y contestadas por Arty de forma vaga e improvisada.

Él mismo le encargó a la pelirroja que vendía las entradas que distribuyera entre la gente unas tarjetas de ocho por quince para que escribieran en ellas sus preguntas. El número adquirió un marcado aroma de quiromancia y consejo a los afectados de mal de amores u otra cosa. Papá hizo imprimir millares de carteles con el lema PREGÚNTESELO A AQUA BOY y los mandaba pegar allí donde íbamos.

Nunca llegué a conocer muy bien a las gemelas. Tal vez Arty estuviera en lo cierto cuando me acusaba de sentir celos de ellas. Eran demasiado encantadoras. Todo el personal las adoraba. Las multitudes de *normas* las adoraban. En las poblaciones, nos cruzábamos con parejas de chicas corrientes que acudían a la feria enfundadas en una sola falda larga, imitándolas. Naturalmente, tampoco Arty se sentía excesivamente feliz con su popularidad. Pero él tenía un modo de separarlas. Para mí eran inaccesibles. No necesitaban nada de mí. Iphy siempre era amable conmigo (era amable con todo el mundo), pero Elly me mantenía a raya. Eran autosuficientes. Solo se necesitaban la una a la otra. Y Elly, en paz descanse su dura y correosa alma, dominaba el cuerpo de ambas.

Recuerdo a Lil con un montón de vestidos en un brazo y una bolsa de palomitas de maíz en el otro, rígidamente en pie sobre el serrín de la feria, riñéndome con severidad:

—Cuando nos referimos a Electra e Iphigenia, Olympia, utilizamos siempre el plural. No decimos «¿Dónde está Elly e Iphy?», sino «¿Dónde están Elly e Iphy?».

Si las mirabas de frente, Elly estaba a la izquierda e Iphy a la derecha.

Elly era diestra e Iphy zurda, pero Iphy era la pierna derecha y Elly era la pierna izquierda. Si le tiraban del pelo a Elly, Iphy también gritaba. Si besaban la mejilla de Iphy, Elly sonreía. Si Elly se quemaba la mano con la máquina de las palomitas, Iphy también lloraba y no podía dormir por la noche a causa del dolor. Sus movimientos al correr, trepar o bailar estaban llenos de gracia. Tenían corazones separados, pero un sistema circulatorio compartido; estómagos separados, pero un intestino común. Tenían un hígado y un solo par de riñones. Tenían dos cerebros y un sistema nervioso peculiarmente conectado y asombrosamente independiente. Entre las dos, comían apenas un poco más que un *norma* de su edad.

Jonathan Tomaini, el graduado del conservatorio de grasienta cabellera que se convirtió en su profesor de piano cuando Lily ya no pudo enseñarles nada más, aseguraba que Iphy era toda melodía mientras que Elly era exclusivamente ritmo. Ambas eran sopranos.

Arty sugería que sus dos cerebros funcionaban como los hemisferios derecho e izquierdo de un solo cerebro.

Elly castigaba a Iphy comiendo cosas que les sentaban mal. Iphy se sumía en un deprimido silencio y no comía nada. El truco favorito de Elly era el queso. Iphy temía el estreñimiento como el cáncer.

Elly variaba el tratamiento atiborrándose de chocolate, aunque en realidad el chocolate no le gustaba y le provocaba un sarpullido por toda la cara. Los granos resaltaban muchísimo sobre su lechoso cutis. Iphy adoraba el chocolate pero no lo comía nunca por miedo a los granos. El hecho de que Elly lo comiera no le producía granos a Iphy. El castigo consistía en que Iphy tenía que dormir junto a los granos de Elly, tenía que vivir a escasos centímetros de las purulentas erupciones.

Iphy sentía pena de todos los que no eran gemelos. Elly me despreciaba. Cuando llegó Chick, ambas gemelas lo hallaron encantador. Era una criaturita mansa que las adoraba a las dos. Querían a Lil y Al, nada más. Pero Arty era distinto. Era independiente. Fascinaba a Iphy y aterrorizaba a Elly. La hostilidad de Elly se encendía contra cualquiera que pudiese robarle la atención de Iphy. Todos los demás éramos solo una oposición de pacotilla, pero Arty era peligroso. Flirteaba con Iphy. Jugaba con ella.

Elly lo odiaba. A veces parecía temer que Arty le arrebatase a Iphy de su lado.

El santuario de la familia Binewski era un remolque de quince metros de longitud con una puerta en cada extremo y una tarifa de admisión de un dólar. El rótulo de la entrada rezaba: EL MUSEO MUTANTE y, en letras más pequeñas, «Museo del Arte Innovador de la

Naturaleza». Nosotros lo llamábamos «el Sumidero». Como todo lo demás en Fabulonia, el Sumidero iba creciendo y cambiando con los años. Pero había comenzado con seis botes de vidrio transparente de noventa litros de capacidad, y aquellos botes —iluminados individualmente por focos ocultos de luz amarilla y provistos de su respectiva explicación grabada en cinta magnetofónica— fueron siempre su núcleo.

El Sumidero fue idea de Crystal Lil, y ella lo supervisaba personalmente. Todos los días, antes de que se abrieran las puertas, visitaba el Sumidero y abrillantaba amorosamente los botes con un limpiacristales. Más adelante, cuando Al quiso añadir los animales disecados, tuvo que consultarlo con Crystal Lil, quien insistió en instalarlos en el laberinto de la entrada, de modo que los seis botes siguieran constituyendo el punto culminante del recorrido.

Los animales disecados en sus vitrinas iluminadas eran la habitual colección dispar de terneros con dos cabezas y pollos con seis patas, más el esqueleto de un gato con tres colas. Los únicos ejemplares vivos eran un trío de gallinas sin plumas que Al obtuvo del avicultor que las había criado así para ahorrarse el gasto de desplumarlas. Sin embargo, se encontró con que no podía explotarlas, pues los clientes estaban acostumbrados a la «piel de gallina» con bultitos allí donde habían estado las plumas y no se fiaban de esa nueva superficie tan lisa. Las tres gallinas eran unas criaturas vivarachas y carnosas con barbas y crestas blandas. Vivieron dos años, hasta que un día Lil las encontró acurrucadas en un rincón de su jaula, exterminadas de la noche a la mañana por algún microscópico enemigo de las innovaciones. Al las hizo disecar y las conservó en la misma jaula. Una estaba inclinada, con el cuello extendido como si fuera a picotear una paja que ya nunca sería necesario cambiar. Otra permanecía erguida y alerta, con su ojo redondo y amarillo vuelto hacia los visitantes y la pata derecha levantada como para dar un paso al frente. La última se encontraba cómodamente sentada en un rincón, con un ala extendida y la cabeza oculta bajo ella, al parecer buscándose piojos.

Después de desayunar, Lily se tomaba sus pastillas y acto seguido se dirigía al Sumidero con sus enseres de limpieza. Las paredes y los suelos color verde oscuro los dejaba para el equipo de la aspiradora, pero los vidrios los hacía ella misma. A veces yo le echaba una mano, en otras ocasiones, las gemelas. Por lo general, lo hacía ella sola. Siempre realizaba un trabajo rápido y correcto con las ventanas de cristal del laberinto, pero su auténtico interés se centraba en visitar a los «niños», como ella los llamaba. Los botes eran los fracasos de Al.

—Y los míos —añadía siempre Lil. Rociaba los enormes recipientes con limpiacristales y les sacaba brillo. Mientras lo hacía, no dejaba de hablar en voz baja a las cosas que flotaban en el interior de los botes o a quienquiera que estuviese a su lado. En cada caso, recordaba perfectamente la receta que Al había prescrito para el embarazo y rememoraba el momento del parto.

Cuatro habían nacido muertos: Clifford, Maple, Janus y el Puño.

—Siempre decimos que Arty es nuestro primogénito, pero en realidad el primero fue Janus —solía comentar Lil mientras contemplaba el fluido que llenaba el bote y examinaba la figurita encogida que flotaba en su interior.

Janus siempre fue mi preferido. Tenía un vello oscuro que se rizaba sobre su minúsculo cuero cabelludo y una dulce cara durmiente. La otra cabeza, al extremo de un breve cuello, le crecía en la base de la columna, igualmente redondeada y perfecta, con la misma clase de cabello. Este hermano posterior bizqueaba con permanente asombro hacia las diminutas nalgas que tenía ante la nariz. Los cuatro juegos de pequeñísimas pestañas me tenían fascinada, y a menudo trataba de imaginar cómo se habrían llevado los dos si Janus hubiera sobrevivido. ¿Habrían reñido siempre, como Elly e Iphy? No habrían podido mirarse nunca a la cara, excepto de lado y a través de un espejo. Seguramente la cabeza de arriba lo habría controlado todo y habría hecho desgraciado a su pobre hermanito de atrás.

Lil siempre mimaba especialmente a Maple, que parecía una gran esponja arrugada. Maple tenía dos ojos, pero sin ninguna relación entre sí. Lil decía que Maple carecía de huesos. Al y ella habían llegado a la conclusión de que Maple era hembra porque no habían podido encontrarle un pene. Lil también suspiraba y hacía chasquear la lengua delante de Clifford, que parecía una fuente de lasaña llena de vísceras al descubierto y adherida a una cabeza de mono. Cuando mamá no estaba delante, las gemelas y yo llamábamos a Clifford «la Bandeja».

El Puño no había llegado a término, pero estaba claro de dónde le venía el nombre.

—Solo tuve al Puño durante cinco meses —decía Lil como excusa para pasar un poco menos de tiempo ante su bote.

Apple y Leona vivieron lo bastante como para morir fuera del vientre de Lily. Apple era grande pero poco interesante. Parecía un querubín tibetano. Sus crespos cabellos negros le crecían hasta el borde de los arrugados párpados. Yo recordaba vagamente haberla visto dormir en el cajón superior de la enorme cómoda de Lil. Nunca llegó a mover nada más que los labios, los párpados y los intestinos. Los globos de sus ojos seguían apuntando en direcciones ligeramente distintas. Lil la había alimentado con un biberón y le había cambiado los pañales, lavando su fláccido cuerpo tres o cuatro veces al día. Lil hablaba con Apple y la frotaba y movía cosas delante de sus ojos, pero jamás obtuvo la menor respuesta. Apple engordaba; cerca de ella y de su cajón siempre olía a orina rancia. Murió a los dos años. Le cayó una almohada en la cara.

Arty siempre decía que lo había hecho Al a propósito. Elly e Iphy soltaban gritos de protesta cada vez que lo decía, y yo meneaba la cabeza y cambiaba de tema, pero nunca se lo preguntamos a Lil ni mencionamos el asunto delante de Al.

Leona era el último bote antes de la salida y necesitaba cuatro focos para perforar el formaldehído en que flotaba. Lil solía demorarse ante este bote, y una o dos veces la vi llorar con la frente contra el cristal.

—¡Habíamos puesto en ella tantas esperanzas...! —suspiraba.

El bote de Leona estaba etiquetado LA CHICA LAGARTO, y verdaderamente respondía a la descripción. Su cabeza se estiraba de delante hacia atrás con una frente comprimida y aplastada sobre unas breves facciones que se hundían hacia la alargada garganta sin que ninguna barbilla alterara su línea. Tenía una gran cola carnosa, gruesa como una pierna en su nacimiento, pero terminada en punta. Su piel presentaba un leve tono verdoso, pero yo sospechaba que Arty estaba en lo cierto cuando afirmaba que Al la había pintado tras su muerte.

—Solo tenía siete meses —musitaba Lil—. Nunca supimos por qué murió.

El letrero de la sala de los botes estaba atornillado a la pared y disponía de su propio foco. Había sido cuidadosamente caligrafiado en letras marrones sobre un fondo crema. HUMANOS, rezaba. NACIDOS DE PADRES NORMALES.

—Debéis recordar siempre que estos son vuestros hermanos y hermanas —insistía Lil—. Debéis cuidarlos siempre correctamente y evitar que nadie maltrate los botes.

A las gemelas y a mí nos correspondía compartir la responsabilidad de los botes si algo le ocurría a Lil. Esta preocupación jamás fue ni siquiera mencionada a Chick o Arty.

No obstante, fue Arty quien descubrió que los niños de los botes flotaban hacia la parte de arriba cuando llovía y se hundían hacia el fondo cuando el cielo estaba despejado. Al nunca entraba en el Sumidero, pero todas las mañanas, cuando Lil terminaba su visita, le preguntaba por el parte meteorológico.

5

Asesino: flojo de muñecas y apocado

Lillian Hinchcliff Binewski, embarazada de ocho meses y dos semanas con el más extravagante experimento de una llamativa serie; Crystal Lil, aburrida de la enormidad de su barriga y de la pequeñez de Coos Bay, Oregón, molesta por el generador estropeado que les impedía abrir la feria hasta que, por la noche, pudieran instalar una bobina nueva, se encontraba sentada (nuestra Lil) en el comedor plegable del remolque Road King de trece metros de longitud, cuando decidió coger la camioneta pequeña y acercarse al centro comercial a comprar algo de tejido elástico y lentejuelas plateadas para hacer unos vestidos a juego para los niños. Y otro para ella, con un poco de tul blanco en la cola, para cuando se le hubiera desinflado la barriga.

—Arty, cariño —gritó, mientras apagaba el cigarrillo en los restos de germen de trigo que aún quedaban en el tazón azul del desayuno. Arturo, el chico acuático, estaba en el baño y tardó un minuto en abrir la puerta—. Arty, cariño, nos vamos de compras a ese gran centro comercial. Oly, guapa, échale una mano. Nos vamos todos.

La Olympia de rosados ojos con seis años de edad y exuberante, dejó el ejemplar de *National Geographic* y se encaramó a la litera lateral para descolgar de su gancho el peto de caucho Dunlop que usaba Arty para salir. Arturo murmuró algo solapadamente mientras Lil se rompía una larga uña de color rosa al ajustar la hebilla de la sandalia.

—No te oigo, Arty. No te olvides de hacer pipí antes de salir.

—Digo —repitió Arty, culebreando hacia los pies de Lil y contemplando sus largos y elegantes dedos— que si te parece buena idea que vayamos todos.

Lil pasó por encima suyo y abrió la puerta exterior.

—¡Elly-Iphy! —chilló. Del gran camión-escenario contiguo nos llegó el eco de la sonata *Claro de Luna* interpretada a cuatro manos y un grito de Iphigenia como respuesta—. ¡Venid aquí, palomas!

La sonata se interrumpió mientras recogía las llaves de la camioneta depositadas en la estantería dentro de un cenicero en forma de Buda.

Arty decidió:

—No quiero el peto. Utilizaré la silla. En público es más conveniente.

Aquel día inquieto y soleado, Vern Bogner llenó el depósito de la camioneta en la primera gasolinera que encontró bajando del campamento. Ya se había detenido allí a la subida para comprar queroseno para la lámpara. El viejo que atendía el surtidor, mientras veía girar los números, le gritó a Vern:

—¡Se va usted muy pronto! ¿Ha llegado ya a su límite?

Vern lo contempló hoscamente a través del parabrisas. La plataforma de la camioneta estaba obviamente vacía. ¡Gilipollas insolente! A veces uno solo quería ir al bosque para sentarse junto a la hoguera y beberse unas cervezas en paz.

Vern Bogner había sido director de productos agrícolas en el supermercado de Seal Bay durante cinco años y, antes de eso, ayudante durante otros tres años. Como el propio Vern explicó detalladamente algunos años más tarde, era la época en que toda su vida había comenzado a derrumbarse. A pesar de su experiencia, las naranjas siempre resultaban difíciles de apilar. Había levantado montañas y pirámides con millones de Floridas, mandarinas y navels grandes y pequeñas, pero nunca había sufrido tantos aludes, caídas y avalanchas como en los últimos meses.

Su esposa, Emily, últimamente no lo trataba muy bien. Y cuando llegaba a casa del trabajo y saludaba a sus hijos, estos le respondían con un bufido y seguían viendo la tele. Vern no sabía muy bien qué le pasaba, pero diez años después aún podía describir las sensaciones de aquella mañana segundo a segundo.

El día era de un calor bochornoso y el olor de la gasolina se mezclaba con la cerveza que llevaba en el estómago y le hacía subir un regusto amargo hasta el fondo del gaznate. Emily no desaprovechó la ocasión para burlarse de él.

—¡Oh, Vern tiene muchísimos trofeos! Pimientos verdes rellenos, lechugas...

Y risas. Incluso aquel vejestorio encargado de la gasolinera se daba cuenta de su desprecio. Vern volvió la cabeza justo lo suficiente para captar un destello en el cañón del 30.06 que colgaba en el armero de la ventanilla. En lo que iba de año, había salido cuatro veces con su licencia de cincuenta dólares y aún no había disparado ni un tiro.

Cuando vio la señal del nuevo centro comercial, Vern accionó el intermitente para girar. Un supermercado recién inaugurado ocupaba todo un lado del aparcamiento. Al otro lado del solar se alzaban la tienda de chucherías, la peluquería y demás. A Vern le gustaba visitar otros supermercados. Se daría una vuelta por la sección de hortalizas antes de ir a por la cerveza. Un par de latas le bastarían hasta llegar a casa.

Acababa de aparcar y se disponía a retirar las llaves cuando por casualidad vio abrirse la portezuela de una furgoneta al otro lado de la explanada. Una pierna larga e innegablemente femenina salió al exterior. Terminaba en una brillante sandalia roja de tacón alto. Vern hizo una pausa y esperó la otra pierna. Las piernas pertenecían a una barriga enorme, unos brazos delgados y una masa de cabellos color nata batida.

Y entonces las cosas se arrastraron fuera de la camioneta y comenzaron a moverse en torno a la mujer alta preñada. Vern contempló cómo desplegaban la silla de ruedas y la cosa pequeña,

calva y jorobada ayudaba a la cosa sin miembros, como una especie de gusano, a encaramarse sobre ella. Luego, echó el brazo atrás, hacia el 30.06, y con gran suavidad, sin dejar de mirar, introdujo una bala en la recámara.

La silla de Arty estaba provista de una palanca de control especial que quedaba a su alcance, pero a mí me gustaba empujarla y a él le gustaba que lo hiciera. Solía comentar que le parecía principesco. Elly e Iphy deslizaron un brazo cada una sobre los hombros de la otra y echaron a andar, dirigiéndole una sonrisa a la vieja que se había parado a mirarnos con el carrito de la compra medio salido de la acera. Las gemelas iban por delante de mí y de Arty, y yo apenas alcanzaba a distinguir la cabeza de Lil oscilando por delante de ellas.

Acababa de agachar la cabeza para empujar cuando sentí la punzada en la joroba y vi el pequeño desgarrón que apareció en el respaldo de la silla con un chasquido sordo. Arty dio una sacudida en la silla y profirió un rugido. Las gemelas se tambalearon hacia delante y del brazo que rodeaba el cuello de Iphy saltó una salpicadura roja.

—¡Tiros! —gritó Arty.

Caí de rodillas y tomé aliento para llorar mientras él saltaba de la silla y rodaba furiosamente hacia el extremo posterior del automóvil más cercano. Me lancé detrás de él, desollándome las manos sobre el caluroso asfalto, la joroba ardiendo. La voz de Lil se elevó en un rápido alarido. Mi espalda chocó contra el metal. Quise llorar, pero vi a Elly e Iphy, estrechamente entrelazadas, que rodaban velozmente por el suelo y desaparecían tras otro coche. Tras ellas quedó un reguero de manchas rojas allí donde había tocado el brazo de Iphy en cada vuelta.

La bocina de un automóvil comenzó a sonar de pronto y no se detuvo. El monótono balido flotó en el aire como una capa sólida y un gorjeante coro de voces humanas se elevó a lo lejos. Sentí el calor de Arty contra mi pierna. Me aplasté en el suelo y estiré el

cuello para mirarlo. Estaba tendido sobre el vientre. Un arroyo de sangre manaba de su pequeño hombro y corría por su aleta antes de gotear sobre el fresco asfalto donde no llegaba el sol. Tenía los labios contraídos y grandes lagrimones caían desde sus párpados inferiores mientras sus ojos se agitaban de un lado a otro, escrutadores y malignos.

Mis ojos y nariz estaban chorreando y el ardor de la joroba era como el aguijón de una enorme abeja que me inyectara su veneno en el cuello y por toda la espalda hasta el trasero. Era interesante ver los lagrimones que surgían de los ojos de Arty. Nunca había visto nada semejante. Nunca me lo había imaginado llorando. Estaba acostumbrada a mis propios jadeos y al sabor de mis lágrimas. Cosa fácil. Incluso el ardiente dolor de la joroba era exactamente de mi tamaño. Pero la forma de llorar de Arty me resultaba completamente nueva. Su cuerpo estaba llorando, pero su cerebro no. Por debajo de las lágrimas, sus ojos permanecían tan penetrantes como siempre. La sangre del hombro manaba más deprisa que el transparente fluido de sus ojos, pero para mí, las lágrimas eran mucho más inquietantes.

La bocina dejó de sonar y en su lugar se oyeron sirenas. Otras voces se alzaron y ladraron, y Arty y yo nos mantuvimos aplastados sobre la sombra, bajo el fango marrón del chasis del automóvil, hasta que apareció Lil lloriqueando, avanzando a gatas, buscándonos entre los coches, llamándonos a gritos. Cuando por fin nos encontró, no pudo decir nada. Me sacó primero a mí, que permanecí sentada y temblando sobre el pavimento mientras ella se arrastraba bajo el coche en busca de Arty. La mano en que se apoyaba tenía manchas de un rojo brillante que se secaban por momentos. Tiró de Arty hasta sacarlo a la luz. Lo montó sobre su vientre y se puso en pie. Yo me aferré con ambas manos a su blusa azul y cruzamos a toda prisa el pasillo hacia la siguiente hilera de coches. Elly e Iphy yacían de espaldas tras un pequeño automóvil rojo, una corpulenta mujer con uniforme gris estaba arrodillada entre sus cabezas. Las gemelas estaban arrugadas y enrojecidas de

tanto llorar. Ambas contemplaban fijamente el brazo que la mujer de gris cubría con un vendaje blanco. Mientras envolvía el flaco bracito, los ojos inexpresivos y la tensa boca de la mujer no se movieron lo más mínimo. Tras ellas, sentada en la acera, vi a la vieja que había detenido su carrito de la compra para mirarnos. Un hombre de gris le sostenía la muñeca y le hablaba con suavidad. El hombre se llevó los extremos de un estetoscopio a los oídos y lo deslizó por el cuello de su vestido, pero los ojos de la mujer estaban fijos en mí, y luego, cuando Lil lo dejó, en Arty.

—Estos también, por favor. Estos también, por favor —decía Lil, refiriéndose a Arty y a mí, hasta que llegaron más uniformes grises y alguien me puso unas enormes y cálidas manos encima y me arrancó la blusa de la espalda. El aguijón de la joroba recibió una bocanada de aire fresco y comenzó a hervir de nuevo. Vi cómo otro hombre apoyaba sus dedos en el cuello de Arty y los gruesos labios de este se abrieron, unidos por hilillos de saliva que tapizaban la oscuridad del interior de su boca, y oí un agudo plañido cuando le aplicaron rectángulos blancos de gasa sobre la sangre. Lil emitió un sollozo, se contuvo y volvió a sollozar mientras acariciaba la cabeza de Arty, tendido en el asfalto con aquellas manos enormes moviéndose sobre él.

—Soy más vieja de lo que pensaba —dijo una débil vocecita, y la vieja sentada en la acera se tendió cuan larga era. El hombre uniformado se agazapó a su lado y la mujer volvió la cabeza para mirarnos mientras él le alzaba el brazo hacia una jeringuilla.

La ambulancia estaba repleta, pero Lil no admitió que nos separasen. Elly e Iphy fueron acomodadas en la cabecera de la camilla, con Arty al otro extremo. Yo me tendí de costado sobre un banco acolchado, y Lil se sentó junto a mí con su larga y fresca mano en mi frente. La mujer del uniforme gris se movía lenta y cuidadosamente. Le pidió a uno de los hombres que se quedara con ella. No quería estar sola con nosotros. Las puertas permanecían

abiertas y aún seguíamos esperando. A través de las puertas podía ver el otro lado del aparcamiento, donde se hallaba la furgoneta descubierta con la portezuela del conductor completamente abierta, enfrente del supermercado. Había cuatro destellantes coches de policía y se oía la suave y lejana estática de las radios comunicándose entre sí. Una figura gris se apartó del grupo y trotó a paso vivo hacia nosotros. Rubio, con bigote, el uniforme limpio y almidonado. Apoyó una mano en cada una de las puertas traseras, al tiempo que sonreía y meneaba la cabeza.

Lil se inclinó hacia él, por encima de mí.

—¿Quién es? ¿Por qué lo ha hecho? —Su voz era ronca.

El joven policía hizo un gesto de cabeza hacia la mujer uniformada que permanecía sentada junto a Arty, pero sin tocarlo.

—Un chiflado. Está loco. Ahora mismo, está quejándose por haber fallado. —Cerró una de las portezuelas—. No hace más que mecerse en el asiento del coche patrulla y repetir: «¿Cómo he podido fallar?».

Se cerró la última puerta y los ojos asustados de la mujer uniformada aletearon de un lado a otro, posándose fugazmente en cada uno de nosotros. La ambulancia empezó a moverse.

Cuando se echaron al suelo y se revolvieron y la silla de ruedas cayó de lado, Vern sintió una repentina y cálida satisfacción que se convirtió en sobresalto cuando desaparecieron de su vista. La decepción fue como una ardiente y mojada vejiga que estallara en su pecho. Estaban alineados. En línea. Su viejo se los habría cargado a todos con esa única bala de envoltura de acero. La horrible y húmeda llorera del fracaso lo sacudió.

Apretaba el rostro contra la pulida culata del rifle, engrasándola con lágrimas, cuando un policía del estado aferró el arma por el cañón y con un violento tirón la sacó a través de la ventanilla abierta, poniéndola fuera de su alcance. La culata le arañó y le magulló la mejilla. Cuando se abrió la portezuela con un chirrido,

soltó un gemido al ver la enorme pistola que apuntaba hacia él. Las botas del policía eran del mismo tono caoba que su padre le había dado a la madera del 30.06 a fuerza de pulirla.

Apoyaba la frente en el cristal que lo separaba de los asientos delanteros. Sus manos colgaban entre sus rodillas, las frías esposas unidas al anillo sujeto al suelo del coche de patrulla. Estaba sumido en la paz momentánea de la mente en blanco. Su mente estaba desinflada. Un goteo de color y movimiento en el límite de su campo visual le indicó que los policías estaban rodeando lentamente el vehículo. Oía voces serenas y pesadas, y otras más ligeras, finas y apresuradas. Los testigos, se dijo. La policía había llegado muy deprisa. Estaba impresionado por su eficiencia.

Entonces se le ocurrió que quizá ya había un coche patrulla en el aparcamiento en el mismo instante en que sucedía todo. Se imaginó a un policía en los pasillos del supermercado, comprando galletas para comérselas luego en el automóvil. Una leve burbuja del antiguo resentimiento se agitó en su interior. Siempre iban detrás de los dulces. Muy poca gente se acercaba a sus hermosas cajas de fruta cuando quería darse un capricho...

El sordo golpeteo en la ventanilla de su derecha era cada vez más insistente. Volvió la vista de mala gana, apretando la frente con fuerza contra el marco de la puerta. Una clienta. Su cara larga, con tez de melocotón maduro y enrojecida hasta la raíz de su oscura cabellera, se fruncía y abría los labios como una grieta en el melocotón. Los dientes blancos, como granos en una mazorca de maíz dulce. El vidrio de la ventana vibraba, diciéndole «... fectamente bien, muy bien, ha hecho muy bien... y estaba otra vez preñada... muy bien... ha hecho... lo más decente... bien», hasta que un par de pantalones de montar azules aparecieron tras la cara, y esta se apartó bruscamente y Vern pudo ver el hoyuelo de un brazo que se alejaba de la ventanilla rozando la holgada blusa de la bonita joven embarazada. La joven sujetó lo que debían de ser las

empuñaduras de un cochecito de bebé y desapareció, y él se quedó escuchando el traqueteo de las ruedas mientras el bebé y el feto y la escandalizada y melocotonosa madre se perdían a lo lejos.

La tristeza de su magullada y dolorida mejilla comenzó a impregnar el ritmo sereno de su respiración. Vern lloró de nuevo, y los mocos no tardaron mucho en colgarle hasta las muñecas y suavizar el roce de las esposas de metal.

Las enfermeras no sintieron tanta repugnancia como los médicos, pero incluso ellas soltaban risitas disimuladas y se movían espasmódicamente. El policía de gafas gruesas permanecía sentado en una silla de plástico naranja e intentaba arreglarse la pistolera y la radio del cinturón para que no lo incomodaran mientras iba tomando nota de lo que Lil le decía. Lil hablaba atropelladamente durante unos segundos y luego caía en un profundo silencio. Sus ojos se movían frenéticos de una ensabanada mesa a la siguiente, en un intento de tenernos a todos vigilados. El joven policía escribía en su libreta amarilla con gran concentración y acto seguido interrumpía la vigilancia de Lil con una nueva pregunta.

Elly e Iphy fueron las que llevaron más tiempo. Arty y yo estábamos tendidos boca abajo en sendas camillas, rasposas de tan almidonadas, contemplando a la doctora de la larga trenza negra inclinada sobre el brazo herido de las gemelas. La doctora le susurró algo a la enfermera de cara pálida y esta le tendió algo metálico y brillante. Una doctora con problemas en la piel vino a situarse entre Arty y yo. Comenzó a palparme todo el cuerpo, dando golpecitos, escuchando a través de helados instrumentos. Le repugnaba tener que tocarme. Yo me daba cuenta, y mi estómago se puso frío por dentro. Bordeó la mesa y deslizó los dedos por los costados de mi joroba, evitando tocar el grueso vendaje del centro.

Un médico anciano se acercó a Lily y comenzó a hablarle con gran seriedad, guardándose el estetoscopio en un bolsillo de la bata blanca, sacándolo otra vez y volviéndolo a guardar. Elly e Iphy

permanecían calladas. Se miraban la una a la otra y miraban el brazo que reposaba entre ambas y la trenza que se movía y oscilaba mientras el oscuro rostro de su doctora contemplaba la sangre con el ceño fruncido. Arty miraba la cara llena de granos de mi doctora. Yo miraba a Arty, tratando de averiguar si todo marchaba bien. Él se lamió los labios y entornó los párpados. El vendaje le empezaba en el hombro y subía hasta un lado del cuello. Le costaba girar la cabeza. En su cuero cabelludo se formaban gotas de sudor. Sin dejar de contemplar las desagradables manos que palpaban mi joroba, aulló:

—¡Dejadla en paz! ¡No le pasa nada! —Y las manos de la doctora se retiraron de golpe.

—Vamos, vamos, muchachito. No te pongas nervioso. —La corpulenta enfermera posó una mano vacilante y húmeda sobre la espalda de Arty para mantenerlo acostado. El rostro de Arty adquirió el intenso tono amoratado que reservaba para las rabietas más graves.

Abrió la boca al máximo, sin dejar ni por un instante de mirarme furiosamente con ojos saltones.

—¡Lil! —mugió—. ¡Llama a papá, Lil! ¡Quieren encerrarnos! ¡Quieren cogernos y encerrarnos!

Lil contempló al médico de mayor edad con ojos airados y, en su correcto acento bostoniano, le espetó:

—Ciertamente, me sería imposible aprobar algo semejante sin consultarlo antes con su padre.

—¡Papá! —chilló Arty, y las gemelas empezaron a sollozar con su sincopado plañido armónico, y yo me deslicé por la mesa camilla y traté de hundir mis dientes en la firme y tersa carne por debajo de las nalgas de la gorda enfermera para distraer su atención de Arty, y Arty se revolvió para morder su mano grandota y sonrosada mientras la larga trenza de la doctora morena se agitaba como un látigo ante el estrépito de la bandeja de instrumentos al descargar sus numerosos milagros cromados como una lluvia de chispas sobre las baldosas del suelo.

Fue en este momento cuando entró papá acompañado de Horst el Domador. Arty cerró el pico y la enfermera sonrosada fue a lavarse las manos. Las gemelas volvieron a acostarse para que la doctora terminara de vendarlas. Papá habló con su mejor acento del sur de Boston y el médico se dio por vencido y dijo que él no se hacía responsable.

Horst alzó a las gemelas. Sobre cada uno de sus hombros asomaba un rostro surcado por las lágrimas. Papá recogió a Arturo con gran suavidad y me tomó de la mano. Seguido muy de cerca por Lil, papá nos condujo a través de las puertas giratorias, pasando ante la señora de cabellos grises que parpadeaba tras el escritorio, y nos sacó por la entrada de urgencias, ante la que estaba aparcada la camioneta pequeña.

6

El afortunado

Ella está mirando. Sus dedos rozan el cráneo colorado, aletean sobre las arrugadas facciones, se crispan en breves visitas a las orejas y se deslizan hacia abajo para un fugaz contacto con la diminuta barbilla. Luego, ambas manos se abren para tocar el pequeño arco del esternón, para abarcar tiernamente los hombros. Alzando los dos brazos hasta el límite, sus dedos hurgan en las articulaciones, repasan los abultados nudillos, cuentan y recuentan los minúsculos dedos larvales, exploran el tórax, asen con firmeza las nalguitas que se pliegan sobre las delgadas piernas, y otra vez comienza el examen. Cuenta los dedos de los pies, no mayores que guisantes. Sus ojos resbalan hacia los inexpresivos y nublados ojos de su esposo, mi padre, progenitor y asistente del parto. Él desvía la mirada, recoge unos paños mojados, se afana en la limpieza. Los ojos y las manos de ella regresan al bebé que se retuerce débilmente. Lo vuelve con cuidado, el pecho sobre su palma izquierda, y con la mano derecha, que ha comenzado a palpitar con incontenible inquietud, recorre la minúscula columna vertebral.

—Pero... —comienza, y le da otra vez la vuelta al bebé para examinarlo de nuevo por delante—. Pero Al...

Y una capa de arrugas cubre su lisa frente lechosa, una duda que hasta entonces yo nunca había visto en sus ojos. Al se aparta y enseguida se obliga a regresar junto a ella. Apoya las manos en sus mejillas y las acaricia con dulzura.

—Es cierto, Lil. No hay nada. Es un niño... un niño normal.

Y de pronto el rostro de Lil se humedece y su respiración se entrecorta. Al se vuelve bruscamente hacia mí, que espero en el umbral sosteniendo a Arty, mientras Elly e Iphy me tiran del brazo, y dice:

—Vosotros, niños, id a prepararos algo de cenar. Venga, dejad descansar a vuestra madre.

Y la apagada voz de Lil solloza:

—Lo he hecho todo, Al... He hecho todo lo que me has dicho, Al... ¿Qué ha pasado, Al? ¿Cómo nos ha podido suceder esto?

A Al le gustaban las serpenteantes carreteras secundarias de las montañas. Conducía rígido como una piedra, todo su cuerpo convertido en una masa desprovista de nervios y tensiones. Hasta su bigote parecía congelado sobre los labios. Solo sus ojos se movían constantemente, sus manos movían el volante apenas lo justo. Arturo iba sentado en el enorme asiento del copiloto, sujeto por el cinturón de seguridad, con los ojos inquietos como los de Al. Yo me apoyaba en Arturo, medio dormida en la oscuridad, con los puntos de color del salpicadero calentando mis ojos.

Por detrás de nosotros, Lil se sujetaba a la barra de apoyo. Sus pálidos cabellos y su rostro reflejaban el resplandor rojizo del salpicadero. En las curvas se mecía ligeramente.

—Ya es casi medianoche, Al. —Su voz era un tenso hilo que contenía las lágrimas, que reprimía las muestras más evidentes de congoja. Aquello era más difícil que enfrentarse a su llanto. La mano de Al tironeó de un extremo del mostacho y luego regresó al volante. Sus ojos no se apartaron en ningún momento de la ruta.

—Llegaremos a Green River en cosa de media hora... ¿Has escrito ya la nota? —Su voz sonó afable y pragmática.

Ella osciló a mis espaldas y del interior de su bata me llegó una densa ráfaga de olor a sueño, a sudor y a leche.

—Había pensado en una lavandería automática —comentó ella —. Allí hará calor. Van las mujeres.

El recién nacido debía ser abandonado en alguna parte. Al había enviado al resto de la feria hacia el este, rumbo a Laramie. Green River, según dijo, era una buena población, un sitio limpio donde un chico normal podía criarse correctamente. La idea era pasar durante la noche, dejar al bebé en un portal, donde no tardaran en encontrarlo, y marcharse de inmediato sin dejar ninguna pista que pudiera relacionarlo con una feria ambulante a cientos de kilómetros de distancia. Un remolque enorme pasó velozmente en dirección contraria. El golpe de viento nos sacudió de arriba abajo. Al esperó a que el rugido se desvaneciera.

—Lil, cariño, se trata de un pueblo. No creo que la lavandería esté abierta las veinticuatro horas del día.

—Había pensado que podríamos dejarlo encima de una secadora y poner suficientes monedas para que funcionase toda la noche.

Al, paciente, siguió conduciendo con aire impasible.

—Encontraremos algún sitio que abra temprano. Un negocio que se vea próspero, de alguien importante. Pero nada de cuellos blancos. Que no sea una agencia de seguros o de fincas. No quiero que lo críe ningún oficinista.

La caja torácica de Arturo se hinchó bajo mi cuerpo al inspirar, y en seguida sonó su voz suave:

—Una gasolinera, quizá. Tiene que haber alguna en la calle principal.

Al se lo tomó como si procediera de su propio cerebro. Arty tenía ese don.

—Una gasolinera estaría muy bien. Envuélvelo bien, Lil, que no coja frío. Seguro que abren temprano para servir a los clientes que van a trabajar.

Lil buscó a tientas en la oscuridad.

—No encuentro la libreta —se quejó. Su voz tenía lágrimas muy cerca de la superficie. La manaza de Al se posó en mi calva.

—Ayuda a mamá, Oly.

Encontré la libreta y un lápiz en el cajón. Lil se había metido en el dormitorio. Cuando pasé junto a su litera, Elly e Iphy estaban durmiendo. Me sentí orgullosa de estar despierta y ser útil mientras ellas dormían.

Lil estaba sentada sobre las almohadas de la cama grande. Estaba poniéndose los largos guantes rojos que usaba en las actuaciones. El bebé dormía a su lado, bien envuelto en la manta amarilla que había servido para abrigarnos a todos, a cada uno en su momento. El rostro de Lil estaba inexpresivo y húmedo de dolor. Le tendí la libreta y el lápiz y trepé junto a ella. Se inclinó. Sujetó el lápiz entre sus largos dedos rojos y abrió la libreta por las hojas del centro, completamente en blanco. Frotó la página con la enguantada mano, le dio la vuelta y frotó el otro lado. Acto seguido, volvió a darle la vuelta y comenzó a escribir con cuidadosas mayúsculas para contrarrestar los movimientos del vehículo. Mientras escribía brotaron de sus ojos algunas lágrimas, y agachó la cabeza para que cayeran en la página.

—Les ruego que se hagan cargo de mi hijo —fue leyendo en voz alta mientras escribía. Luego firmó—: Soltera y sin empleo.

Suspiró, arrancó la hoja y la dobló. Vio que yo la miraba. Esbozó una débil sonrisa. Se quitó el guante y acarició mi lisa cabeza.

—He firmado así para que las personas que lo encuentren crean que es éste el motivo por el que fue abandonado. He puesto «Les ruego» y no «Por favor» para darles a entender que al menos sus padres no eran unos analfabetos. Tal vez si creen que proviene de una familia educada supongan que tiene una buena herencia genética. Quizás eso le dé mejores posibilidades.

Hundí mi nariz en la palma de su guante. Me gustó que hubiera pensado en eso. Me gustó que se entristeciera por un bebé normal. Eso me hacía sentir importante y amada. Pensé que sin duda habría llorado si hubiera tenido que abandonarme.

Durante la mañana anterior, cuando aún estaban organizando los planes, Al revisó el camión. Arty gateó bajo el vehículo y estuvo hablándole a Al mientras éste se afanaba con las llaves y las tuercas.

Yo traté de acercarme lo bastante para oír, pero no pude. Luego, ante la mesa del desayuno, Al lo presentó como si se le hubiera ocurrido a él solo, sin ayuda exterior.

—Podríamos ir a un gran supermercado y esperar en un pasillo hasta que no nos viera nadie y hacer un hueco entre las latas de alubias, ya sabéis lo profundos que son esos estantes, y dejarlo al fondo, y luego volvemos a poner las latas en su sitio y nos vamos. Cuando empiece a llorar, tardarán unos cuantos minutos en localizarlo.

Lil se sintió interesada, por supuesto, pero insistió en no abandonar a su bebé tras unas alubias, sino entre corazones de alcachofa o caracoles en conserva, algún comestible lo bastante caro y selecto como para garantizar que el cliente que apartara las latas y descubriera aquel dulce bocado estuviese dotado de gusto y dinero.

Luego Al se acordó de las cámaras de vigilancia y demás dispositivos de seguridad y desechó la idea. Pero yo sabía que el plan había venido de Arty. Olía inequívocamente a él.

Así que nos dispusimos a hacer lo que Al denominaba «lo razonable». La vieja manta de franela y la ordinaria ropita del niño habían sido examinadas a fondo en busca de etiquetas identificativas o una lentejuela delatora que pudiera relacionarlo con nosotros. Incluso la caja de cartón, un viejo embalaje para latas de calabaza, había sido examinada. Al telefoneó a un comercio desde una cabina pública para confirmar que aquella marca se vendía en la zona. En el interior, papel marrón del corriente, dispuesto en capas y arrugado para conservar mejor el calor. Nada tan estúpido como un periódico de cualquier localidad de nuestra ruta.

Y los guantes rojos, los largos guantes de gamuza que llegaban hasta más arriba de los codos, con sus tres astutos botones en la hendida muñeca para ceñirlos del todo, y los dedos tan elásticos que se marcaban las uñas y los nudillos. Y la hoja arrancada del centro de la libreta y limpia de huellas dactilares. Todas estas pequeñas triquiñuelas eran para mis padres algo tan automático como el tragar saliva. Lo complicado era evitar pensar demasiado, el acierto

instintivo de no ir de antemano a explorar, el cuidado con que Al había revisado el camión allá en Whore Meadow, Idaho, para asegurarse de que no tendríamos una avería ni nos quedaríamos sin combustible ni reventaría un neumático antes de estar bien lejos de nuestro desechado bebé perfecto. Los Binewski no éramos unos delincuentes, pero teníamos un perfecto sentido de la oportunidad.

Yo estaba revolviendo el cajón situado junto al fregadero en busca de cinta adhesiva. Mamá quería cinta adhesiva para fijar la nota al bebé. Estaba oscuro y, cuando la camioneta comenzó a reducir la velocidad, pude ver la cabeza y los hombros de Al recortados sobre el brillante parabrisas. Me agarré al borde del fregadero para mantener el equilibrio mientras nos deteníamos sobre crepitante grava. Al apagó las luces.

—¿Está ya lista mamá, Oly? —Su voz sonó muy cerca de mí.

—Casi a punto, papá.

—Dile que se dé prisa. No quiero parar más de un minuto y solo vamos a hacer una pasada por la ciudad, conque tendremos que fijarnos bien y decidirnos a toda prisa. Díselo.

Yo tenía el rollo de cinta en la mano. Cerré el cajón y me dirigí hacia la rendija de luz que salía por el borde de la puerta corredera del cuarto de mamá, al extremo del camión.

Mamá estaba sentada en la cama, con la caja del bebé a su lado. Cuando le susurré el mensaje de papá, alzó la vista hacia mí. Luego asintió en silencio y tendió la mano, enguantada de rojo, hacia el rollo de cinta. Estábamos de nuevo en marcha. Cortó un trozo de cinta y adhirió pulcramente la nota a la solapa de la caja. Un reguero de lágrimas surcaba en silencio sus mejillas. Se oyó crujir el papel del interior de la caja. El bebé se agitaba ligeramente. Las cejas de mamá formaron un acento circunflejo sobre su nariz mientras me contemplaba con ojos enrojecidos.

—Me parece que se va a despertar —susurró—. Lleva casi tres horas durmiendo. Debe de tener hambre. —Una nota chillona quebró el susurro—. Dile a papá que tendremos que esperar hasta que le haya dado el pecho. Dile que aparque en alguna parte. —Un empujón de sus ojos me puso en movimiento, de nuevo a tientas, hacia la cabina. También en mis ojos había lágrimas. Cuando llegué a la barra de sujeción por detrás de papá, el camión comenzó a girar y, justo bajo la luz de una farola, nos sumergimos en las sombras violáceas de una gasolinera de doce surtidores en tres hileras, con un cartel de CERRADO - ABRIMOS A LAS SEIS claro y visible en la ventana de la oficina. De la pared de la oficina pendía un neumático con un reloj en el centro, cuyas manecillas marcaban las 12.35.

—Papá —comencé, mientras él dejaba el asiento y se volvía hacia mí.

—Sal de en medio, Oly —me interrumpió, pasando junto a mí sin detenerse; la oleada de calor, humo de puro y carne paterna se alejó hacia la puerta entreabierta del dormitorio. Arty me sonrió desde el asiento del pasajero. Echó atrás la cabeza y exhibió los dientes para demostrarme su excitación.

—¡No, Al! —sonó la voz de Lil en el cuarto.

—¡Deprisa, Lil, hay que moverse! —Y distinguí a papá inclinándose sobre el extremo visible de la gran cama, extendiendo las manos.

—¡Tengo que darle de comer, Al! ¡Está despierto!

Pero papá había cogido la caja de cartón y la atraía hacia sí, con los largos guantes rojos de mamá pegados a ella.

—¡No hay tiempo, Lily!

Una aguda y monótona sirena resonó en la caja mientras Al la alzaba; los guantes rojos arrastraron tras ellos a mamá, enfundada en su holgada bata. Papá cruzó la puerta hacia nosotros y dejó la caja en el suelo, junto a la portezuela lateral, mientras mamá se precipitaba detrás de ambos, sus pálidos cabellos aureolados por la luz que surgía del dormitorio. Papá abrió la portezuela lateral y se asomó al exterior, y mamá accionó el interruptor de la luz mientras

se agachaba sobre la caja. Su bata rosa y sus guantes rojos se zambulleron hacia los arrugados papeles que llenaban la caja alrededor del bebé.

—Dame la caja, Lily —dijo papá, a la vez que se volvía justo a tiempo para ver, como lo vio Arty, como lo vi yo, a Lily tambaleándose de forma extraña, la cabeza apoyada en el marco de la puerta, la bata abierta en torno a su cuerpo, el cabello color nata batida retorciéndose en gruesas serpientes que pugnaban por escapar de su cabeza en todas direcciones. Oímos el chasquido de las horquillas al chocar contra la ventanilla, contra el suelo, contra la pared, y la boqueada que dio mamá y su chillido sofocado cuando sus pies se despegaron del suelo y comenzó a flotar, suspendida en el aire mientras su sostén de anchos tirantes se separaba de su cuerpo con un desagradable ruido de tela rasgada, y sus pies, enfundados en calcetines color lavanda, se alzaban bamboleantes hacia la luz del techo, y el cabello le caía en tirabuzones sobre la cara.

—¡Mamá! ¡Lil! ¡Mamá! —exclamamos todos, al ver que sus voluminosos senos surcados de venillas azules saltaban fuera del sostén y ella se desplomaba hacia la caja de cartón, caía con los pechos sobre la caja, mientras sus brazos se agitaban y su cabeza se alzaba en vana resistencia contra la fuerza que la atraía desde la caja y sus blancas piernas se contorsionaban y se crispaban en el suelo bajo la arrugada y aleteante bata y un calcetín lavanda se arrugaba y se arrugaba hasta caer fuera del pie.

Al se arrodilló al instante junto al umbral y comenzó a acariciarla, repitiendo una y otra vez «Pero, Lily, ¿qué coño...? Pero, Lily...» por entre los blandos sollozos de mamá. Arty, con el cuello estirado sobre el respaldo del asiento, profirió un gruñido. Los ojos le ocupaban toda la cara. Yo me quedé sentada en el suelo, apoyada contra el armario, con la boca y los ojos abiertos, y Elly e Iphy se incorporaron en su litera desconcertadas y confusas, exclamando «mamá» en un prolongado gemido. Un doloroso y chillón plañido surgía de mi cuerpo, y solo una voz permanecía callada, solo uno de

todos los Binewski se mantenía al margen del alboroto: el bocadito acostado en la caja, completamente invisible salvo por una manita que se abría y se cerraba sobre uno de los enmarañados mechones de Lil. El bebé había dejado de llorar. Cuando, por un instante, todos callamos a la vez, pudimos oír el chasquido de sus labios en torno al magullado pezón parduzco.

Transcurrieron un par de minutos antes de que Lil pudiera introducir un brazo en la caja y alzar el bebé hacia sí, mientras se desplomaba hasta quedar sentada con sus pies entrelazados con los míos. Un rollizo brazo y el rizado bulto de la cabeza, enterrada en el pecho de mamá, era todo lo que podía verse del bebé fuera de su cucurucho de manta. Al gateó hacia ella y se sentó a su lado.

—Pero ¿qué coño ha pasado? —quiso saber.

Ella lo miró con ojos tan abiertos que el blanco rodeaba por completo los vacilantes iris azules, y se echó a reír nerviosa.

—Supongo que tenía hambre.

Bajó la vista hacia el diminuto rostro arrugado. Al miró una horquilla que había caído al suelo ante él.

Las gemelas, todavía aturdidas en su litera, Arty, con la barbilla apoyada sobre el respaldo de su asiento, y yo, tirada en un rincón, seguimos mirando con la boca abierta mientras en el rostro cansado de mamá comenzaba a hincharse la ceja derecha, allí donde se había golpeado contra la pared al precipitarse hacia la caja. Se meneó un poco para encontrar una postura más cómoda y la bata le dejó las rodillas al descubierto. Estaban completamente despellejadas, surcadas de gotitas de sangre.

—¿Quieres decir...? —insistió Al—. ¿Quieres decir que ha sido el bebé? ¿Que el bebé te ha hecho volar de esa manera?

Los ojos de mamá se encendieron de cólera.

—¡Ya te he dicho que tenía hambre!

El diminuto puño se abría y se cerraba sobre el pecho de mamá, como una araña en una duna de arena. Seguían oyéndose los ruiditos de succión.

Papá se quedó mirando esa mano. Su mandíbula inferior parecía desacostumbradamente blanda y floja bajo su bigote. Se incorporó lentamente sobre sus rodillas y recogió otras dos horquillas. Divisó otra horquilla en el alféizar y se levantó, contemplando las que ya tenía en la mano. Mamá estaba absorta en la pequeña cara que se apretaba contra su pecho. Parecía calmada, completamente ajena a las lágrimas y al sostén desgarrado.

—Bueno. —Papá se aclaró la garganta—. Hemos de pensar un poco, Lily. Seguiré conduciendo hasta que encontremos un área de descanso donde podamos quedarnos a pasar la noche.

Mamá asintió plácidamente.

Las gemelas volvieron a dormirse, yo me acurruqué en mi armario, Arty se contoneó hasta su litera y mamá y el bebé regresaron al dormitorio. Al condujo en la oscuridad hasta llegar a una zona de aparcamiento rodeada de altos abetos negros. Arty y yo permanecimos largo tiempo despiertos, escuchando a papá y mamá en su dormitorio. Papá lavó y vendó las rodillas de mamá y aplicó hielo a la fea magulladura de la ceja. Luego instaló al bebé en su cuna, junto a la gran cama, y ambos se quedaron mirándolo y vieron cómo la fina manta de franela se enroscaba lentamente hasta formar una arrugada pelota y se desplazaba hacia la cabecera de la cuna, donde siguió agitándose y meneándose de un lado a otro por sí sola mientras el bebé dormía. Arty y yo oímos a papá exclamar:

—Mueve las cosas. ¡Mueve las cosas!

Y oímos como mamá empezaba de nuevo a sollozar quedamente cuando papá añadió:

—Este nos lo quedamos, cariño. ¡Es lo mejor que hemos hecho hasta ahora! ¡Es fantástico!

Después de eso, todo quedó en silencio, salvo por el ruido que hacían los oscuros árboles del exterior. «Pobre Arty —pensé—. Se sentirá muy desgraciado.»

Nos detuvimos en una meseta sin límites que se extendía en todas direcciones hacia la nada, desesperando la vista y encogiendo el cerebro hasta reducirlo a una reseca falta de expectativas entre las opresivas láminas del cielo y la tierra. Papá dejó el asiento, abrió la portezuela lateral y saltó al exterior. Mamá estaba en el cuarto con la puerta cerrada, todavía dormida. Elly e Iphy estaban acurrucadas sobre las pulcras sábanas de la litera, entretenidas con un rompecabezas. Yo intentaba leer por encima del hombro de Arty mientras le iba volviendo las páginas. Ninguno de nosotros miraba por las ventanas. Todos detestábamos los paisajes llanos y desolados. Papá había dejado la puerta abierta y una ráfaga de viento se introdujo en el camión, agitando las páginas del libro y trayendo consigo un puñado de polvo y el punzante aroma de la salvia. Papá estaba ahí fuera, paseando por el desierto.

Llevaba toda la mañana en silencio y excitado. No había permitido que ninguno de nosotros se sentara delante, a su lado. Hicimos las camas y luego las gemelas prepararon cereales fríos para desayunar y le llevaron a papá una taza de café. También Arty permanecía callado.

Las botas de papá crujieron sobre la grava y su cabeza asomó por la puerta.

—Venid aquí conmigo, angelitos —ordenó, y volvió a desaparecer de inmediato.

Ninguno de nosotros sentía deseos de salir con aquel viento, pero obedecimos sin rechistar. Arty salió el último, se limitó a sentarse sobre el peldaño y esperar allí, parpadeando a causa del polvo que flotaba en el aire. Las gemelas se apoyaron contra el vehículo y yo me quedé junto a ellas, mirando a papá. Él se paseaba por delante de nosotros: unos cuantos pasos en cada dirección, y enseguida media vuelta. El viento azotaba su chaqueta y le agitaba los faldones, y hacía revolotear desordenadamente sus negros cabellos. Durante la mayor parte del tiempo, papá mantuvo la vista

fija en la lejanía, en los ondulantes matorrales y arbustos de retama que cubrían la llanura. Cuando nos miraba de soslayo, entre frase y frase, sus ojos eran peligrosos. Escuchamos atentamente.

—Mamá y yo hemos decidido quedarnos con el bebé.

Todos nosotros, explicó, éramos especiales y únicos, y aunque el bebé parecía ser normal también tenía algo único. Era capaz de mover las cosas con la mente.

—Telequinesis —apuntó Arty con voz inexpresiva.

Sí, telequinesis, asintió papá. Y añadió que era una cuestión de la que no sabía nada, ninguno de nosotros sabía nada, y que debíamos ser muy cautelosos durante algún tiempo, hasta que descubriéramos la manera de manejarla y averiguáramos para qué podía servir.

—Luego nos reuniremos con la feria y discutiremos la situación con Horst. Horst es domador, y esta facultad hay que domarla. Además, Horst sabe tener la boca cerrada. Ahora, escuchad bien que esto es lo más importante.

Nos dijo que debíamos actuar como si únicamente fuera un bebé corriente, incluso ante aquellos empleados de la feria en quienes más confiábamos y más aprecio depositábamos.

—Querrán que vaya al ejército —observó Arty.

—Bien, pues no dejaremos que se lo lleven —replicó papá.

Teníamos que mantenernos unidos como un grupo de soldados, añadió papá, y el bebé se llamaría Fortunato, que significa ‘afortunado’.

Aunque su cuerpo solo hacía cosas angelicales de niño normal, el efecto de Fortunato sobre su entorno a las tres semanas de edad excedía con mucho al de un malicioso e hiperactivo niño de diez años. Tuvo que ser confinado al cubículo que llamábamos el «dormitorio» de nuestros padres. Mamá retiró del cuarto todo lo que podía romperse o estropearse o que pudiera resultar tóxico, a fin de que el bebé no lo destrozara ni se envenenara él solo. Nuestra

camioneta se convirtió en un búnker. Pelotones de frascos de maquillaje y latas de betún llenaban las alacenas. Toda la ropa de lentejuelas colgaba sobre la litera de las gemelas. Lámparas, relojes y fotos enmarcadas atiborraban la cama deshecha de Arty. Los libros y las revistas de medicina de papá se amontonaban por todas partes. La máquina de coser de mamá fue a parar bajo el fregadero, a mi lado. Yo debía dormir con las rodillas tocándome la barbilla.

Para que seis personas pudiéramos vivir cómodamente en el camión de trece metros por tres era preciso mantener una escrupulosa organización. Aquel desorden nos comía los nervios. Lo odiábamos. Obviamente, había que iniciar de inmediato la doma del séptimo miembro de nuestra familia.

Tras unas cuantas sugerencias muy oportunas por parte de su primogénito a mi ingenioso padre se le ocurrió utilizar glicerina y cinta aislante de color negro para conectar las nalguitas de Fortunato con el transformador de un tren eléctrico de juguete y cierta cantidad de pilas. Cada vez que Fortunato rompía los platos, le tiraba a alguien del pelo o levantaba a Lil por los aires y la dejaba pegada al techo, papá accionaba suavemente el interruptor. Sin embargo, Chick, como le llamábamos todos, tan solo tardó unos días en aprender a desenchufar el transformador y azotar con el cable la rizada coronilla de papá.

Papá abandonó este método y recurrió a técnicas de privación, al estilo Clyde Beatty, pero durante el transcurso de este experimento Fortunato tuvo que dormir en una jaula de gruesos alambres, porque, cuando Lil le negaba su alimento, se limitaba a atraerla hacia sí para repetir su número inaugural.

El apabullante potencial de Fortunato servía de combustible para las investigaciones de mis padres. Cuando contaba cuatro meses, papá introdujo los principios conductistas de B. F. Skinner, y la teoría del refuerzo sustituyó con éxito a la privación.

Finalmente, llegó el día en que mamá se atrevió a dejarlo salir del dormitorio «a prueba de Chick». Aunque pasaron unas cuantas semanas más antes de que mamá pudiera salir del camión con el

bebé en brazos y pasear por el campamento sin que Fortunato se dedicara a ir moviendo todos los objetos de colores vivos que veía.

7

Verde, como el arsénico, las cucharas oxidadas y las puertas de las cámaras de gas

El verdadero problema, como de costumbre, fue Arty. Siempre había tenido celos. Yo no le preocupaba demasiado, porque su envidia se calibraba en dinero, y yo no lo ganaba.

Las gemelas, en cambio, lo enfurecían. Después de cada representación, Arty se apoyaba con la barbilla en el borde del acuario, rociándome con agua, y exigía saber el número de entradas que habían vendido.

—¿Cuántas? —vociferaba.

Pero lo mismo daba: treinta en Oak Grove, trescientas en Phoenix o mil en Kansas City. Lo que verdaderamente quería saber era qué tal le había ido en comparación con las gemelas. Si ellas habían vendido un número igual o mayor que el suyo, se volvía loco de rabia.

A veces, en aquella época, se sumergía hasta el fondo del acuario y se ponía de morros y contenía la respiración durante un tiempo increíble, con los ojos abombados hasta el extremo de ocultar completamente los párpados.

El día que me encargué por primera vez de ayudarlo tras sus representaciones, con cinco años, me aterrorizó con esta táctica. Antes de hundirse, masculló:

—Me ahogaré. Total, para lo que importa...

Y yo gemí y me agité, muerta de miedo, mientras lo veía sumergirse tras el cristal.

Salí corriendo y chillando en busca de papá. Él se dio unas palmaditas en la mejilla y me rugió que no debía seguirle la corriente a Arty cada vez que le diera «por hacer de *prima donna*».

Corrí de vuelta, tiritando de miedo y mordiéndome los puños hasta que por fin Arty ascendió, boca arriba, hasta la superficie, donde mis cortos brazos pudieron alcanzarlo con un gancho y remolcarlo fuera del acuario. Acaricié y palmeé su cabeza, hinchada por el agua, y le besé mejillas, nariz y oídos, sin dejar de llorar y suplicarle que no muriera porque yo, inútil como era, yo lo amaba. Finalmente parpadeó, suspiró, permitió que su respiración se hiciera perceptible y, con un gruñido, exigió su toalla.

Y todo esto por unas cuantas entradas de más o de menos cuando solo tenía diez años. Yo sabía que nunca haría buenas migas con Chick.

Pronto amanecería. La feria estaba cerrada. Papá y Lil dormían. Las gemelas se hallaban bien abrigadas en su litera, roncando. Fortunato yacía silencioso en su cuna, con la manta que se agitaba esporádicamente a su alrededor mientras él soñaba. Al otro extremo del camión, Arty, de doce años de edad, con el pecho recostado sobre la mesa, se dedicaba a repasar el registro de entradas vendidas. Yo permanecía agazapada en el suelo, con la espalda apoyada en las puertas del armario. Si Arty se enfadaba, abriría una de las puertas y me arrastraría al interior llorando abiertamente, me recluiría en la negrura, me encasquetaría la gorra sobre los ojos para poder llorar tras la lana y me cubriría con los viejos jerséis de Lil. Arty meneó la cabeza. La luz amarillenta refulgía sobre su calva, y comencé a respirar pesadamente. Me miró con dureza, me tragué las lágrimas y le sonreí débilmente. Él bajó de nuevo la vista hacia el registro de entradas. Su voz sonó lenta y suave.

—Bueno, sabes perfectamente qué estoy viendo aquí. —No me miraba, pero asentí con la cabeza, a punto de echarme a llorar. Miraba los papeles con expresión pesarosa y dubitativa. Su voz

destilaba tristeza—. Nadie espera que ganes tanto dinero como yo. —Sacudí la cabeza—. Eso sería absurdo. Ni siquiera... —frunció los labios—, lo mismo que las gemelas. —Bajé la vista hacia mis rodillas y suspiré, temblando con todo mi inservible cuerpo—. No es culpa tuya que seas tan vulgar. Papá acepta toda la responsabilidad por eso.

El instante de silencio me indicó que estaba contemplándome. Podía sentir sus ojos sobre mi joroba.

Mientras yo empezaba a llorar, Arty fue señalando las discrepancias. Cuando me encargaba yo de hacer la charla antes de su representación, la venta de entradas era entre un 15 y un 50% menor que cuando la hacía Al. Ambos sabíamos bien que Al solo me dejaba hacerla cuando nos deteníamos brevemente en algún poblacho de las montañas, y que en tales sitios las ventas eran siempre mucho menores. Aun así, en las recriminaciones de Arty existía un horrible trasfondo de verdad; como un sondeo de mi culpabilidad, que en sí misma era cierta, por más mentiras que él dijese sobre ella.

Acto seguido me amenazaba con «la institución», que era el sitio al que me enviarían si no me enmendaba.

—Por muy generosos que sean papá y Lil, no les quedará otra alternativa —solía decirme. Su simpatía y su comprensión se derramaban sobre mí entremezcladas con movimientos de hojas de afeitar. La descripción que Arty me hacía de «la institución» me asustaba más que la muerte o las serpientes. La institución era una combinación de orfanato y matadero. Y, lo peor de todo, estaba dirigida exclusivamente por *normas*. La sola mención de esta palabra hacía que la barbilla comenzara a temblarme. Yo le rogaba y le suplicaba, hasta que por fin él admitía que quizá mereciese otra oportunidad.

—No tenemos ninguna obligación de quedarnos con los nuevos bebés —exclamó Arty con desprecio—. A veces no nos los quedamos, y a veces no nos duran. —Estaba endilgándome uno de sus malhumorados sermones, con la cabeza vuelta hacia mí sobre el respaldo de la silla mientras yo lo empujaba por el grisáceo amanecer hacia el remolque de los perros—. No sabes nada de los que vinieron antes que tú —me advirtió—. Los que murieron. Papá y mamá no hablan nunca de ellos, pero yo me acuerdo.

—Ayudo a mamá con los botes en el Sumidero —protesté, empujando con todas mis fuerzas para hacer avanzar la silla de ruedas sobre el serrín. Arty soltó un bufido y meneó la cabeza.

—Hubo tres antes de mí y dos más antes de las gemelas. Y hubo otro antes que tú. Por eso papá dejó que te quedaras, porque se acababa de morir el otro. Mamá estaba deprimida. Si el otro hubiera vivido, ahora no estarías con nosotros. Mamá se deprime cuando pierde alguno, y a papá le disgusta verla así.

Lo decía para hacerme llorar, pero me daba lo mismo. Me alegraba que hablara conmigo. Llevaba mucho tiempo de un humor hosco e irritable. Hacía su trabajo, comía, dormía, leía libros y apenas hablaba, excepto a papá y mamá y siempre con equívocos y evasivas.

—¿Cuál fue? El que vino antes de mí, quiero decir.

Arty puso los ojos en blanco y bajó la voz.

—Leona.

Pronunció el nombre como en un gemido, sin dejar de observarme. Agaché la cabeza y seguí empujando. Leona, con su cola de cocodrilo, sin duda habría encontrado un lugar en la familia. Leona habría tenido su propia carpa y carteles en verde y plata de los que resplandecen en la oscuridad. Arty prosiguió en tono nostálgico:

—Papá estaba muy entusiasmado con Leona. Había pensado en exhibirla dentro de un acuario. Tenía la esperanza de que no le creciera el pelo, pero siempre hubiera podido depilarla si empezaba

a crecerle. Incluso había pensado ponerla conmigo. Nos anunciaría como renacuajos. Las diferentes fases del renacuajo.

Hablaba en tono ligero y animado. Dejé de empujar y rodeé la silla para darle la cara unos instantes. Él asentía y parpadeaba, fingiendo nostalgia por la pobre Leona.

—Eso debió de asustarte mucho, Arty. —Sonreí.

Una lenta sonrisa se dibujó gradualmente en su cara gomosa. Me miró arrugando la frente, igualito que papá cuando hacía bailar sus cejas.

—¡Pobre Leona! Se quedó dormida una noche y ya no despertó más. Mamá estuvo a punto de volverse loca cuando la encontró por la mañana.

La redonda y voluminosa cabeza de Arty inició la danza de la serpiente, torciendo el cuello con falso pesar, y yo reconocí el tenso deslizamiento de su piel sobre los tendones y la carne, y amé la sombreada protuberancia de sus huesos y la suave forma en que fruncía los labios.

Lo que yo sentía era miedo. Arty lo leyó en mi rostro y de inmediato adoptó su papel de fiero domador.

—¡Adelante, muchacha! —me ordenó—. ¡A los perros!

Regresé detrás de la silla para empujar, abriéndome paso por entre el serrín y apretando con fuerza los músculos de las nalgas para no hacérmelo encima.

—¿Le importa que Arty y yo juguemos un poco con Skeet? —pregunté. El hedor a perro que surgía por la puerta del remolque muy bien podía deberse al aliento de la señora Minuti. Ella tragó saliva e intentó sobreponerse a la resaca. Llevaba el pelo corto y sucio, con un resto de la cena de la noche anterior emplastado justo encima de la oreja. Se abrió el camisón y eructó suavemente.

—No, está bien —accedió. No protestó por la hora ni por el hecho de que Skeet fuese su estrella principal, porque nosotros éramos los hijos del dueño y los domadores de perros eran fáciles de

sustituir. Desapareció en el interior del remolque y Arty se quedó mirando fijamente la puerta abierta. El perro de lanas salió al umbral, escarbando con las patas, y en seguida saltó a mi lado, unido por su larga correa a la temblorosa mano de la señora Minuti. Ésta me entregó la correa y me advirtió que no lo dejara correr suelto.

Enganché la correa a uno de los puños de la silla de Arty y comencé a empujar hacia una extensión desprovista de hierba, por detrás de los puestos. El perro saltaba de un lado a otro, olfateándolo todo. Meó diez veces en dos minutos.

Cuando llegamos al terreno despejado, el perro parecía un poco más sosegado.

—Tú quédate aquí y no abras la boca —me dijo Arty. Me senté a mirar. Arty llamó al animal, y el perro tonto posó una pata en la silla e irguió las orejas hacia Arty, meneando el pompón del extremo de su huesuda cola.

Arty no me había explicado lo que pensaba hacer. «Arty, el domador de fieras», pensé para mis adentros. Al otro lado de los puestos, el campamento comenzaba a despertar. De vez en cuando, se oía un portazo en algún remolque. Sonaron débilmente una o dos voces. Un mecánico accionó el motor de una de las atracciones y lo dejó tartamudear hasta que se paró por sí solo.

Arty miró al perro a los ojos. El perro se sentó sobre los cuartos traseros, dócilmente alerta, justo enfrente de Arty, mirándolo a la cara. Arty se quedó completamente inmóvil con los ojos abiertos y enfocados sobre el perro, pero con el rostro inexpresivo y como dormido. Al principio, el perro era tan feliz como un idiota: breves sacudidas de la cola contra el suelo, orejas erguidas y vigilantes, boca abierta y llena de babas. Poco a poco, el animal fue perdiendo la confianza y comenzó a relamerse la quijada y a cerrar la boca, ladeando inquisitivamente las orejas hacia Arty. Un nervioso estallido de golpeteos con la cola. Luego, Skeet adelantó el hocico para olfatear con inquietud a Arty, y emitió un suave y agudo plañido, mientras removía el polvo con su trasero. Arty permanecía sentado

con sus aletas enroscadas e inmóviles, y el rostro ligeramente inclinado hacia el frente y hacia abajo. El perro de lanas no se atrevía a apartar la mirada del rostro de Arty, pero comenzó a lamerse el morro una y otra vez, se levantó, volvió a sentarse a toda prisa sobre su propia cola y agachó las orejas. Finalmente, entre gemidos, con las orejas como aplastadas, la cabeza gacha y guiñando sus temblorosos ojos de idiota hacia Arty, el perro se echó a un lado y emitió un gañido como si le hubieran dado una patada.

Arty se dejó caer sobre el respaldo de la silla y respiró hondo, con los ojos cerrados. Skeet se alejó hasta donde se lo permitía la correa e hizo todo lo posible por soltarse del collar. Arty se incorporó de nuevo y buscó al perro con la mirada.

—¡Skeet! ¡Ven aquí! —ordenó. El perro saltó hasta el extremo de la correa, que lo detuvo en pleno aire, y cayó al suelo. Quedó tendido de espalda, inmóvil, el vientre al descubierto, y comenzó a aullar. Arty se rió brevemente y dijo que ya podíamos devolverlo.

—También puedo practicar mis pensamientos de odio con los *normas* de la feria —explicó.

Arty nunca despotricaba abiertamente de Chick. Una cosa tan manifiesta habría sacado de sus casillas a papá y mamá. Pero yo lo sabía. Yo era la que más hacía por Arty. Pasaba muchos ratos con él y muchos ratos pensando en él. Lo amaba.

Interiormente, pensaba que mamá y papá lo querían solo porque no lo conocían. Iphy lo quería porque él deseaba que lo hiciera y ella no podía resistirse. Elly lo conocía y no lo quería en absoluto. Le tenía miedo y lo odiaba porque se daba cuenta de cómo era en realidad. Yo era la única que conocía su oscura y avinagrada maldad, sus desgarradores y ardientes celos, sus amargos anhelos, y aun así lo quería. También sabía cuán frágil era. A él no le importaba que lo supiera. No le importaba que lo quisiera. Sabía que le serviría siempre, aunque me torturase. Y yo no era rival para él. No tenía un número propio. Yo atraía las multitudes para él, no para mí misma.

Me habían encargado que cuidara de Chick. Lo habían dejado durmiendo en la cama de mamá y yo tenía que andar cerca por si se despertaba. Entonces debía cambiarle los pañales, darle su ración de zumo de manzana y jugar con él hasta que mamá terminara de dar la lección de piano a las gemelas.

Pero el cielo era de un azul intenso, las ventanas estaban abiertas y justo debajo de ellas las pelirrojas se contaban historias. Las oía reír. Estaban tendidas sobre mantas, tomando el sol, bebiendo refrescos y untándose mutuamente con crema. El olor del aceite de coco y la lanolina llegaba a través de la ventana.

Yo debía quedarme dentro leyendo, pero la suave voz de Peggy dio comienzo a un relato y las demás pelirrojas se callaron para escucharla. Salí fuera y di la vuelta al camión para sentarme en la hierba junto a las mantas. Con la ventana abierta, supuse que oiría a Chick en cuanto despertara. Arranqué unos tallos de hierba y empecé a masticarlos mientras Peggy narraba su historia.

Trataba de un chico muy joven, de unos catorce años, y Peggy aseguraba que era absolutamente cierta. Según ella, el chico había muerto de amor. Su familia era pobre. Estaba destinado a trabajar duro y ganar muy poco, pero era un chico encantador y se enamoró de una de las animadoras de su escuela. Ella, desde luego, no le hacía el menor caso. Su vida era distinta. Pero un día la chica se puso enferma y los médicos dijeron que era cosa del corazón. Si no le hacían un trasplante, le quedaba muy poco tiempo de vida. Por su escuela corrió la voz de que estaba esperando un donante. El chico quedó muy entristecido durante algún tiempo, pero al fin le dijo a su madre que había decidido morirse y dar su corazón a la muchacha. Su madre creyó que solo era su buen carácter lo que le hacía hablar así. Era un chico sano. Pero, al cabo de unos días, cayó muerto. De repente. Una hemorragia cerebral, dijeron. Asombrosamente, los médicos comprobaron que sus órganos eran compatibles con los de

la animadora y le trasplantaron a ella su corazón. Todo fue bien. Ahora, la chica vuelve a saltar y bailar con el corazón del pobre muchacho.

Las pelirrojas quedaron muy impresionadas. Vicki observó que debía de ser muy extraño sentir que tu vida palpitaba gracias a un corazón que te había amado. Lisa preguntó si la animadora no había quedado obsesionada.

—Creo que ese chico debía de valer por tres como ella —opinó Mollie—. ¡Con un corazón así...!

Justo entonces, a mis espaldas, en el dormitorio del camión, sonó un potente golpe, como el de un martillo de cinco kilos sobre una chapa de acero. En el menguante eco de este sonido, se oyó gritar a Chick.

Antes incluso de que las pelirrojas me dijeran que mi hermanito pequeño debía de haberse caído de la cama, yo ya estaba a mitad de camino de la puerta. Peggy y Mollie se levantaron y vinieron tras de mí. Por suerte, el pestillo de la puerta mosquitera se cerró por sí solo cuando la crucé precipitadamente.

Chick yacía sobre la cama, con el rostro congestionado y lanzando alaridos. Salté a su lado y lo alcé entre mis brazos. Estaba temblando, y boqueaba entre chillido y chillido. Si tuviera algo atravesado en la garganta, no habría podido hacer tanto ruido. Lo palpé en busca de los imperdibles de los pañales. Tal vez se le había clavado alguno. Y entonces vi a Arty.

Estaba tendido boca abajo en el suelo, en la estrecha rendija entre la cama y la pared. No se movía.

—¿Le pasa algo al bebé, Oly? —Mollie estaba sacudiendo la puerta mosquitera—. ¿Oly?

Chick comenzaba a apaciguarse. Los alaridos se convirtieron en desdichados gorgoteos e hipidos, y volví a depositarlo sobre la manta.

—¿Arty? —susurré. No respondió. No se movió. Al pie de la cama descansaba un gran almohadón arrugado con una mancha gris de humedad en el centro. La última vez que había mirado, la

almohada estaba en la cabecera de la cama. Tal vez Chick la había movido, pero en aquel mismo instante recordé lo que Arty había dicho de Leona, la Muchacha Lagarto, y comprendí. Arty había intentado deshacerse de Chick.

Me incliné sobre el borde de la cama y extendí un brazo hacia él.

—¿Arty?

Su cabeza y sus aletas pendían lacias.

Mamá y papá no debían enterarse. Salté al suelo, agarré a Arty por las aletas traseras y tiré de él por el suelo alfombrado hacia la puerta del dormitorio, y de ahí a lo que constituía la salita de estar del camión.

—¿Oly? ¿Estás bien, cielo? —gritó Peggy desde la puerta.

—¿Está bien el niño? —insistió Mollie.

Chick hipaba en el dormitorio. De vez en cuando, emitía un sollozo. Arty seguía muy quieto. Le eché la cabeza a un lado para verle la cara. Tenía los ojos cerrados. Sobre su frente empezaba a formarse un enorme moretón. Respiré hondo y corrí hacia la puerta. Las pelirrojas se me quedaron mirando.

—Me parece que a Chick no le pasa nada... Pero Arty...

Levanté el pestillo y me eché a llorar.

Me acurruqué en la cama de mamá, junto a Chick, durante todo el alboroto, y oí que los adultos decidían que Arty había trepado al mostrador de la cocina y se había caído de cabeza. Cuando mamá se lo llevó a toda prisa hacia el remolque enfermería, todavía se hallaba inconsciente.

Chick se sentó sobre la cama, sus rizados cabellos encrespados, y me palmeó las mejillas con sus manecitas. Me metió los dedos por la boca y la nariz hasta que no tuve más remedio que reírme a pesar del dolor. Entonces él también sonrió, exhibiendo sus escasos dientes.

Por encima de nosotros, en el metal pintado de la pared, había una abolladura cóncava del tamaño de un plato sopero.

—Oh, Chick —suspiré.

Llegaron las gemelas y se hicieron cargo del bebé.

—Si hubieras estado dentro, como debías —me riñó Elly—, todo esto no habría pasado.

—Habrías podido ayudar a Arty a alcanzar lo que quería —añadió Iphy.

Me abracé las rodillas y miré a las gemelas con expresión estúpida. La rata estaba despierta en mi vientre.

Se llevaron a Chick al comedor para jugar con él y yo me quedé en la gran cama de mamá y me imaginé a Arty entrando por la puerta mosquitera, viendo que no había nadie, anadeando hasta el dormitorio y descubriendo a Chick dormido en la cama. Lo vi avanzar cautelosamente hacia las almohadas y aplastar una de ellas sobre el rostro dormido del bebé, apretando con todo su peso. Y entonces Chick despertó y arrojó a Arty a un lado igual que arrojaría un juguete o un pedazo de plátano. Sin tocarlo.

Mamá se quedó en la enfermería con Arty, pero papá vino a darnos el parte.

—La pobre criatura ha abierto los ojos y ha dicho: «mamá, papá». Yo he soltado un «¡Hurra!» y vuestra mamá ha dejado de llorar. No se acuerda de lo que le ha pasado. Tiene una conmoción y una pequeña fisura en el cráneo, pero gracias a Dios no tardará en recuperarse del todo.

Elly se encogió de hombros. Iphy aplaudió.

—¡Cómo me alegro!

Yo entrelacé los dedos sobre mi abombado pecho y cerré los ojos, respirando con el alivio de saber que no se había matado por mi culpa y que había tenido la suerte de «olvidarse» de lo que había ocurrido.

Alimentamos a Chick con biberones hasta que mamá y Arty regresaron a casa, en la tarde del día siguiente. No se habló más del asunto. Pero cuando mamá se fijó en la abolladura, unos días

después, le dije que Chick había lanzado el biberón contra la pared mientras ella no estaba. Ella chasqueó los labios, pero no lo regañó. Era demasiado tarde, explicó.

—Hay que decírselo cuando acaba de hacerlo. Ahora ya no entendería por qué lo riño.

Arty permanecía tendido en su litera, en el centro de todo, y nos hacía bailar a su son. Las gemelas lo cuidaban y yo le ayudaba a ir al retrete, y mamá se pasaba el tiempo pensando en qué platos exquisitos podía prepararle. Arty era feliz. Se mostraba muy educado. Sonreía con frecuencia, y se reía de las bromas que hacíamos para divertirlo.

Durante algún tiempo fue incapaz de leer. Le bailaba la vista, y cuando trataba de mantenerla enfocada le venía dolor de cabeza. Yo le leía en voz alta, a mi lenta y entrecortada manera, y él me corregía y me regañaba y me hacía continuar durante horas y horas. Para cuando Arty pudo leer otra vez por su cuenta, yo ya era capaz de leer casi cualquier cosa, aunque seguía costándome pronunciar bien las palabras que no conocía.

Mamá cumplía sus deberes con Chick, pero estaba obsesionada con Arty. Durante días enteros, Chick apenas se asomó fuera del dormitorio. Por fin, mamá lo sacó de allí y lo acostó al lado de Arty, para que éste lo vigilara «mientras mamá prepara la cena para sus preciosos niñitos», como dijo ella. Sentí que el estómago se me abría paso a zarpazos hasta la garganta, pero Chick se acomodó alegremente junto a Arty y comenzó a juguetear con su aleta. Arty parpadeó unos instantes y, al momento, le siguió la corriente.

Me hice el secreto juramento de convertir a Arty en rey del universo, para que nunca sintiera celos de Chick.

La gran carpa de Arty permaneció plegada en los camiones durante más de una docena de desplazamientos, cosa que redujo considerablemente nuestros ingresos. Papá no quiso que Arty

supiera cuánto dinero estábamos perdiendo a causa de su accidente. Cuando papá se quedaba por la noche en el compartimento del comedor, ante los libros de cuentas, Arty solía preguntarle:

—¿Qué tal va la cosa?

Papá suspiraba y respondía:

—Estupendamente, *boychick*. No hace falta que te preocupes por eso.

Esta respuesta dejaba a Arty de mal humor durante varios días. Finalmente, una noche, le gritó desde su litera:

—Creo que la feria no me necesita, papá. Si yo me muriera, os iría muy bien solo con las gemelas.

Entonces papá se levantó, lo alzó en brazos y lo trasladó hasta la mesa para mostrarle cómo había menguado la recaudación. Arty volvió a ser feliz y comenzó a repasar las cuentas con papá.

Pasó más de un mes antes de que intentara siquiera volver al acuario. Su primera inmersión de prueba nos dio un gran disgusto a todos.

Papá y yo nos inclinamos sobre el depósito para verlo descender directamente hacia el fondo, como era su costumbre. Segundos después, salió precipitadamente a la superficie en busca de aire.

—¡Me duele! —jadeó—. Y no puedo contener la respiración.

Papá se mostraba hosco y silencioso mientras cargaba a Arty de regreso al camión. Comprendí que intentaba imaginar qué sucedería si Arty no podía volver a zambullirse. Aquella misma tarde sacó del camión almacén un juego de pesas y un banco, restos del número de un forzudo, e improvisó un gimnasio en el mismo escenario, tras el acuario de Arty. Este comenzó a ejercitarse y antes de una semana volvía a estar en el agua. No mucho después, Arturo el muchacho acuático se presentaba de nuevo bajo los focos, atrayendo a las multitudes.

8

La educación de Chick

Una feria a la luz del día es una bestia incompleta, en el mejor de los casos; la lluvia la convierte en algo fantasmal. La asmática música de las atracciones vacías e inmóviles en una húmeda y lluviosa tarde siempre me ha herido el pecho con un dulce dolor. La coloreada danza de las luces en la brumosa atmósfera hacía brillar los charcos del serrín con aceitoso encanto.

Yo estaba sentada en el mostrador de la barraca del Maravilloso Marv, agitando lentamente los pies. Ni una sola gota se filtraba a través del toldo verde, pero el aire estaba tan cargado de agua que esta se condensaba en mi cara y mi ropa cada vez que me movía. Me dedicaba a contemplar al excéntrico de ese verano, un chico rubio llamado Jeff que procedía de alguna remota universidad del Noreste, mientras él, apoyado en el mostrador del puesto de chucherías, al otro lado del camino, flirteaba con la pelirroja que vendía las palomitas de maíz.

A mis espaldas, en la barraca de Marv, papá Al y Horst se hallaban sentados en sendos taburetes, con un tablero de damas entre los dos. El Maravilloso Marv tenía la tarde libre y los felinos de Horst estaban irritados y deprimidos a causa de la humedad. Los rugidos de las fieras lo dominaban todo en las cercanías de su gran remolque de acero, pero a través de la lluvia solo se percibía un leve eco.

La colilla del cigarro de Al describió un arco junto a mi codo y chisporroteó antes de apagarse en un charco.

—Si vas a seguir jugando con los pies y no con la cabeza —comentó Horst con su perezoso acento sureño—, ¿por qué no nos apostamos el cachorro de tigre que he de recoger en Nueva Orleans? Si gano esta partida, me compras el cachorro como regalo de cumpleaños.

Oí a papá rascar un fósforo sobre la pata del taburete, y a continuación un siseante silencio del que surgió el olor a tabaco verde de un nuevo cigarro.

—Coño, Horst, ya te debo regalos para los noventa próximos cumpleaños.

El golpeteo de las fichas al ser dispuestas sobre el tablero para la siguiente partida cubrió el lejano tintineo del piano en que practicaban las gemelas, bajo la carpa del escenario. Escuché por si oía la voz chillona de Lil contando los tiempos, pero la lluvia no dejaba oírla.

—Pronto es el cumpleaños del niño —observó Horst.

—Casi tres años —gruñó papá—. Y todavía me tiene confundido. No dejo de planear grandes proyectos para él, y luego me doy cuenta de que no puede ser. Empiezo a pensar que quizás este chiquillo sea demasiado para mí.

—Tiene un carácter muy agradable —añadió Horst con cautela, sin insistir demasiado—. Ojalá tuviera yo un tigre tan dócil y voluntarioso como ese niño. Solo quiere agradar.

—¡Todos mis hijos son dóciles y voluntariosos! ¡A ver dónde encuentras una familia que pueda compararseles! —Al no estaba verdaderamente enojado; se limitaba a cumplir con su deber para con los suyos—. Pero no es ese el problema —concluyó.

—No —admitió Horst.

El ruido de una ficha que comía dos veces, y luego un largo silencio. Jeff, el joven excéntrico, suspendió momentáneamente su galanteo y se alejó meditabundo del puesto de palomitas. La pelirroja lo despidió con una sonrisa y siguió sonriendo mientras

apuñalaba una hilera de manzanas con puntiagudos palitos para sumergirlas luego en el caramelo. Comenzó a tararear una melodía que no reconocí.

Iba andando por entre la multitud de la feria, con mi cabeza a la altura de las entrepiernas. Luces, música ensordecedora y un millar de brazos sudando alrededor de un millar de cinturas. Los niños —alborotadores, suplicantes, incansables— se colgaban de los altísimos *normas*. Las piernas se movían junto a mí como tijeras, disminuyendo su velocidad conforme se me acercaban. Yo me limitaba a pasear de un extremo a otro de la feria, intentando advertir el instante en que me hurgaran en la cartera que llevaba en el bolsillo de la blusa. Si notaba algo, debía detenerme y alzar ambos brazos en el aire, y papá, sentado en el techo del camión generador con Chick en su regazo, me vería y vendría hacia mí.

—¡Me cago en...! ¿Qué te ha pasado? —me preguntó un tambaleante borracho que se detuvo ante mí. Le dirigí una sonrisa y giré en redondo, con un ligero calambre en los pulmones. Arty y las gemelas no podían mezclarse con la gente de esta manera. En cuanto se abrían las puertas y comenzaban a llegar los *normas*, mis hermanos mejor dotados se ocultaban. La gente no paga por lo que puede ver gratis. Además, había también razones de seguridad. Arty y las gemelas eran unos «puntos focales irresistibles para las filisteas manías de posibles criminales dementes». Así es como lo explicaba papá.

Un niño pequeño me miró a la cara y quiso detenerse, pero su madre se lo llevó a rastras. A veces, cuando sentía los ojos que convergían sobre mí desde todos los lados, me asustaba pensar que quizás estuviera mirándome alguien que no era un mero curioso. Sabía que era cosa de mi imaginación y acabé acostumbrándome a esta sensación; aprendí a ignorarla. Pero a veces acariciaba en secreto la idea de que alguien entre la muchedumbre, a mi espalda o a mi lado —algún tipo de los que sostenían un rifle en la caseta del

tiro al blanco, o algún padre lunático y sudoroso que había gastado demasiado dinero en las atracciones para mantener a sus hijos ocupados—, alguien, cualquiera, estuviese contemplándome de esa forma subrepticia con que los *normas* miran a los monstruos, pero imaginándome entre convulsiones, mordiendo el polvo, mientras mis tripas se derramaban por la gran salida de emergencia que él se habría ocupado de abrirles. Ese impotente estertor a la espera de la muerte mientras él me hería... Una sensación así es muy especial. A veces, a uno le gusta acariciarla en secreto durante un ratito.

En una ocasión le hablé a Arty de eso. Arty entornó sus largas pestañas y comentó que me adulaba yo misma, que no había nada en mí tan especial como para que alguien sintiera deseos de matarme. Arty era un maestro en el arte de dar duchas frías, pero su reacción solo sirvió para convencerme de que él no deseaba matarme. Es curioso cómo el riesgo de asesinato se convirtió para nosotros en un símbolo de status.

Al final de la avenida, delante del Tren Fantasma, la cartera seguía sudando dentro de la blusa. Trepé a la rampa de entrada para poder divisar el camión generador, al otro extremo de la feria. Papá, con las botas colgando del techo, acunaba a Chick sobre sus rodillas. Agité la mano. No me vio. Esperé un poco y volví a agitarla. Entonces me vio.

Su brazo se alzó recto hacia el cielo, indicándome que podía regresar. Seguramente Chick lo intentaría de nuevo mientras yo volvía. Salté a tierra y empecé a nadar por entre el gentío y la música.

La cartera seguía dentro de la blusa cuando llegué al camión generador. Horst estaba apoyado sobre el parachoques delantero, contemplando cómo papá contaba un fajo de billetes.

—¿Cómo es que no ha podido hacerlo? —inquirí.

Papá sonrió de oreja a oreja y me miró con expresión triunfante.

—¡Ay, ranita mía! ¡No has mirado dentro de la cartera!

Observé cómo la abría y exhibía su interior. Vacía. El montón de billetes de dólar que había metido dentro antes de empezar ya no estaba.

—¿No has notado nada? —quiso saber papá. Negué con la cabeza y me volví hacia Chick, vestido con un mono, sin camisa ni zapatos, que rodeaba con brazos y piernas la resplandeciente urna del abuelo y parecía completamente absorto en conseguir que su aliento se condensara sobre el metal pulido.

Volviendo la vista atrás, me resulta asombroso que jamás llegáramos a utilizar de un modo razonable las facultaldes de Chick. Recuerdo que a veces, cuando él tendría unos tres años, yo ayudaba a vestirlo y le preparaba una bolsita con ropa de recambio y su osito de juguete. Al se lo llevaba durante unos días, ellos dos solos. «Lo más hermoso del asunto es que pasa completamente desapercibido», decía Al. «Un tipo con un niño pequeño resulta más inocente que un hombre con su esposa del brazo. Un hombre y su esposa pueden dedicarse a toda clase de jugarretas, pero el mundo ve a un hombre con un niño y lo primero que piensa es que se trata de un buen tipo y que sin duda tiene cosas más importantes que hacer que planear un robo.»

Aquellas eran las salidas para recolectar carteras. Al se enfundaba su traje más discreto y, con Chick a remolque, tomaba un tren o un avión hacia donde estaba «la gente de dinero». Iban a las grandes carreras de caballos, a las Olimpiadas de verano. Pasaron cuatro días sumamente provechosos en la Feria Mundial y una noche insuperable en el aparcamiento del mayor casino del mundo, y estuvieron entre la patriótica muchedumbre que se arracimaba en torno al ring mientras Lobo Wainwright perdía el título mundial de los pesos medios ante aquel consumado general del boxeo, Sesshu Jurystyf.

Tan solo se llevaban el dinero en efectivo. Chick localizaba un fajo decente y lo extraía delicadamente de la cartera, bolso, pinza para billetes o cinturón para el dinero, dejando a la víctima con la cartera o bolso intacto y en su lugar. El único problema, según papá, eran los billetes nuevos, que tienden a ser ruidosos. Pero, naturalmente, en medio de una muchedumbre resulta difícil advertir un leve crujido, y pronto aprendieron a elegir los momentos más sonoros.

La fase más peligrosa venía cuando el dinero salía de su embalaje y se alejaba de su propietario original. Chick lo hacía serpentear a ras de suelo, por entre las piernas y por debajo de las sillas. Nadie se percató nunca. Los billetes llegaban siempre en un pulcro fajo, limpiamente doblados, y se deslizaban por la pernera de Al hasta introducirse en una bolsa especial cosida a la liga del calcetín.

Más adelante, Chick aprendió a determinar el número y el valor de los billetes, pero al principio no podía contarlos con exactitud, así que Al esperaba a estar de vuelta en su habitación, por la noche, para abrir la repleta bolsa y calcular el botín. Siempre era considerable.

Al tenía mucha vista para la ropa y los modales, y disfrutaba eligiendo sus blancos. Su argumento era que, en tanto se limitaran a llevarse el dinero en efectivo, no podían hacer mucho daño a nadie. «Nadie lleva más dinero del que puede permitirse perder», solía decirnos, con expresión radiante, mientras tomaba su taza de cacao nocturna. «Otra cosa sería si nos metiéramos con las tarjetas de crédito; ahí sí que podríamos causar perjuicios. Pero si te llevas el dinero de un juerguista a las ocho de la noche, lo único que pasa es que ha de replantearse la noche de diversión.»

En una buena noche, con la gente apropiada, podían sacar entre diez y veinte mil dólares en unas pocas horas. Eran cautelosos: un asiento barato en lo alto del gallinero, víctimas alejadas entre sí, desconocidas entre sí, que raramente descubrían la pérdida hasta hallarse ya lejos del lugar en que había ocurrido.

Al regresaba cargado de estupendas anécdotas, y Chick siempre se alegraba de estar de nuevo en casa. Llegaba con un aspecto ligeramente ojeroso y anhelando sentarse en nuestros regazos.

Todos odiábamos estas expediciones especiales. Mamá no, desde luego, pero sí Arty, las gemelas y yo. La feria era nuestro mundo y el mundo de papá. Ninguno de nosotros había dormido jamás en un hotel, comido en un restaurante ni volado en un avión. Papá disfrutaba con todo eso de una manera demasiado obvia. Y todos los demás, sin excepción, sospechábamos amarga y dolorosamente que papá prefería a su hijito *norma*. Con Chick era libre de ir a cualquier parte. Los demás solo podíamos vivir en la feria.

Después de que Chick cumpliera tres años, tuvieron lugar un par de docenas de dichas expediciones. Papá se sentía cosmopolita. Se compró trajes de tres piezas y, a veces, hasta los vestía en la feria.

Chick contaba casi cuatro años la mañana en que papá se lo llevó a un complejo turístico junto a un lago en las montañas, que siempre se había negado a acoger a la Fabulonia de Binewski. No éramos lo bastante sofisticados para aquella gente. Allí se celebraba un torneo de póquer en el más importante de los hoteles y, durante ese mismo fin de semana, un combate de campeonato. Papá supuso que encontraría un montón de dinero en los bolsillos.

Estábamos instalados en una zona semirresidencial de no sé qué ciudad, y la afluencia de público era constante, pero no fenomenal.

Cuando papá se iba, yo procuraba mantenerme cerca de Arty, y aquel día Arty se mostró más intratable que de costumbre. Después de su representación, me escupió en la cara porque las gemelas habían vendido ocho entradas más que él.

Sin embargo, en el último espectáculo de la noche le fue bien, y cuando llegué a su lado ya estaba saliendo del acuario con ayuda de la barbilla. Había superado a las gemelas, y yo esperé a que me preguntara por las ventas, pero él estaba pensando en otra cosa. Lo

envolví en una gruesa toalla y lo coloqué en su silla. Tenía que estar cansado tras las cuatro representaciones del día, pero parecía fresco e impaciente.

—Llévame a esa cabina de teléfonos que hay en la calle.

Salimos por la puerta posterior y nos deslizamos por el lado oscuro de la feria, tras las casetas. A escasos metros de nosotros, los juegos y atracciones para incautos se agitaban en el último espasmo de actividad de aquella noche de verano.

—Tim está en la puerta —le dije a la nuca de Arty—. Vendrá con nosotros. —No debíamos salir de la feria para nada, pero supuse que no nos costaría mucho persuadir al guarda.

—No. Saldremos por la puerta de entregas —ladró Arty—. No quiero que nos vea nadie ni que venga nadie con nosotros.

La cabina, cerca de una farola, tenía una puerta plegable y los restos de un listín destrozado que colgaban de una cadenita. Me puse nerviosa al tratar de introducir la silla de Arty en la cabina y tuve que retroceder tres veces antes de conseguir centrar bien las ruedas.

—A ver si te calmas, cerebro de mosquito.

—Me siento como si me creciera pelo por todo el cuerpo, Arty.

—Eso es piel de gallina, caraculo. Estás cagada de miedo por haber salido al enorme y malvado mundo. Súbete aquí. Tengo una moneda por alguna parte.

La moneda estaba envuelta en una hoja de papel.

—El número está escrito en el papel.

Me icé sobre su silla y examiné el teléfono.

—Pásame el auricular.

Se lo encajó entre la oreja y el hombro mientras yo introducía cautelosamente la moneda y comenzaba a marcar.

—No había usado nunca un teléfono, Arty. ¿Y tú?

—Fíjate en los números y calla.

Y entonces oí sonar la señal de llamada.

Media hora más tarde, Arty estaba bien lavado, sonrosado y tendido boca abajo sobre la mesa de masajes. Derramé un chorrito de aceite sobre los pliegues de carne de su cogote y lo esparcí hacia su liso y suave cráneo y por los músculos de sus hombros y columna. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en la pared.

—¿A quién has llamado? ¿De qué hablabas? —quise saber.

Sus aletas se abrieron ligeramente y sus hombros se contrajeron en un gesto de encogimiento que se propagó por mis manos.

—Tú no te metas. Masajea y calla.

No hacía mucho que habíamos comprado un nuevo camión vivienda, considerablemente mayor. Por primera vez, las gemelas y Arty disponían de cubículos individuales. Chick dormía en el sofá-litera plegable. El armario bajo el fregadero era más espacioso que el del antiguo camión, y mamá pintó su interior de un cálido azul oscuro llamado «azul Simbad».

Supongo que el camión salió de los beneficios que papá obtenía en sus viajes con Chick, pero también la feria iba creciendo y haciéndose cada vez más próspera. En cada población que visitábamos parecía surgir algún número nuevo que llamaba a nuestra puerta para solicitarle una prueba a papá.

El nuevo camión estaba provisto de una mesa de masajes de cuero marrón en el cuarto de Arty, y este insistió en que le revistieran las paredes con una tela a juego color burdeos. Me hubiera gustado saber de dónde sacó esa idea.

Papá y Chick llegaron al día siguiente en un taxi, mientras mamá preparaba el almuerzo. Era un caluroso sábado, y la feria estaba a tope. Papá tenía un aire cansado y enfurecido. Chick se sentó en el regazo de las gemelas y comió mantequilla de cacahuete y jalea. Papá solo quiso té helado.

—Pero, Al, ¿qué ha pasado? —le urgió mamá.

—Una putada, Lil. —Papá meneó la cabeza—. No sé qué pensar. Nos registramos en el hotel y salí a echar un vistazo por ahí mientras Chick se echaba una siestecita en la habitación. Luego, lo bajo al restaurante y estamos a punto de pedir la comida cuando aparecen tres detectives del hotel y un subdirector y nos llevan a un despachito en el vestíbulo y me piden la documentación. Son muy corteses, y yo me comporto como un ciudadano confuso pero deseoso de cooperar..., hasta que se presenta el jefe de seguridad. Me mira con un ojo como el culo de una caballa y escupe: «Ya hemos oído hablar de usted, señor. Hemos oído muchas cosas». Me echan del hotel y me dicen que no quieren volver a verme por ninguno de sus novecientos hoteluchos de mala muerte, nunca más. ¿Qué te parece? No me dijeron nada en absoluto sobre Chick, pero parecían tomarme por una especie de carterista que usaba al niño como coartada. He dado un patinazo, pero que me cuelguen si veo dónde.

Arty lo escuchó todo con una arruga de preocupación en la frente, pero no dijo nada. No hacía falta que dijera nada.

Ahí terminó la carrera de Chick como carterista. Papá se dispuso a «pensar otra cosa», como él decía.

Transcurrió algún tiempo antes de que papá volviera a pensar seriamente en Chick.

A uno de los tragafuegos se le infectaron las quemaduras de la boca, y papá se pasó semanas encerrado en el pequeño remolque taller tratando de perfeccionar un ungüento para las quemaduras.

Las gemelas habían comenzado a componer música y estaban enfurruñadas porque papá no les permitía interpretar sus propias canciones en el espectáculo.

—Clásicos. Eso es lo que quiere oír la gente. No os salgáis de los clásicos —solía decirles papá—. Si tocáis algo que no han oído nunca, ¿cómo van a saber si estáis tocando bien o no?

Horst compró un nuevo animal con el único propósito de distraer a Elly e Iphy de su enojo. Era un cachorro de leopardo costroso, rescatado de algún zoológico de tercera, y tanto Chick como las gemelas y yo nos contagiamos la tiña por jugar con él. Papá se lo pasó en grande curándonos a todos, pero Arty no quería ni acercarse a nosotros, y utilizó la tiña como excusa para abandonar su nuevo cuarto y establecerse en el vestuario que tenía detrás de su acuario. Ya no volvió a vivir en el camión de la familia. Cuando desapareció la tiña, venía a comer con nosotros, pero su verdadera vida se hizo secreta. Se pasaba las horas en «el camerino», como llamaba él al cuarto tras el acuario. Papá puso un guarda en el lugar y se quejó del gasto adicional.

Mariposa, la equilibrista de la carpa de variedades, trabajaba en Fabulonia desde que yo era un bebé. Hacía ejercicios gimnásticos suspendida por los dientes de una pértiga de siete metros sujeta sobre los arreos de una yegua blanca llamada Schatzy mientras esta daba vueltas por la pista. Mariposa tenía una nariz respingona y una sonrisa franca, y le caía bien a Crystal Lil.

Cuando Mariposa asomó la cabeza por la puerta del camión, mientras estábamos almorzando, mamá la invitó a pasar y a sentarse a la mesa con nosotros. La equilibrista rehusó, aduciendo que estaba ensayando un nuevo número.

—Pero quiero que vengas a ver la actuación de las cuatro, Lily. Luego me dices qué te ha parecido.

Mamá, Chick y yo nos deslizamos en la carpa hacia el final del espectáculo, mientras un vals de Strauss anunciaba la entrada de Schatzy y Mariposa, y permanecimos de pie en el pasillo entre las gradas. Schatzy era vieja pero orgullosa, y todavía caminaba ligera. Mientras galopaba alrededor de la pista, arqueaba el cuello y hacía ondear su cola.

En lo alto, cerca de las luces y el cordaje, Mariposa, con su atavío rojo fuego, se estiraba, se contorsionaba y giraba colgada de los dientes, mientras la pértiga se agitaba pavorosamente con los movimientos de Schatzy.

Me encaramé a un puntal para ver mejor y mamá alzó a Chick y lo sostuvo sobre su cadera para que también pudiera mirar. Aunque nada obstruía nuestra visión cuando Mariposa cayó, nunca llegamos a saber cómo sucedió realmente.

Comenzó a balancear las piernas, preparándose para pasar a una vertical sobre el extremo del poste. Puede que su cálculo del tiempo fallara por una fracción de segundo, o puede quizá que Schatzy cambiara el paso en ese mismo instante. De pronto, vimos a la figura color fuego suelta en el aire y precipitándose hacia el suelo. Cayó sobre el lomo de la yegua, que seguía al galope, y la arrastró consigo.

En el silencioso instante de aliento contenido en que la multitud preparaba su rugido, la voz de Chick se alzó en un chillido. La larga y orgullosa cabeza de Schatzy relinchó de un modo horrible sobre el serrín.

Mamá depositó a Chick en mis brazos y corrió hacia la pista. Papá ya estaba allí, acuclillado sobre los cuerpos con sus pantalones de montar blancos. Yo también quería ver, pero Chick me llenaba los brazos y la cara con sus alaridos. Su boca permanecía completamente abierta y de sus ojos cerrados manaba un fluido transparente y su grito terrible seguía y seguía sin cesar. La gente se abría paso a codazos para salir de la carpa, evacuando la escena de la tragedia. Con aquel alboroto, ni siquiera oí el disparo que terminó con la vida de Schatzy, pero supe que había sucedido así porque Chick interrumpió su aullido de sirena y se limitó a proferir simples sollozos entrecortados.

—Duele mucho —se quejaba—. Duele mucho.

Bajé con él de mi puesto de observación y, sollozando, me precipité por entre el amasijo de piernas rumbo a nuestro camión.

Mariposa se había fracturado la pelvis y un tobillo, pero Schatzy se había roto irremisiblemente la columna. Me arrastré hacia el catre de Chick y lo estreché contra mí mientras lloraba. Aún seguía llorando cuando lo dejé para ir a dar una cabezada.

Aquella noche, y durante todo el día siguiente, Chick se negó a hablar. Se negó a comer. Se negó a salir de la cama, a vestirse y a ocuparse de sus tareas. Permaneció acurrucado bajo las sábanas, de cara a la pared. Si mamá le daba la vuelta y le sostenía la cara para que mirase hacia ella, se echaba a llorar. Si papá lo cogía en brazos y lo acunaba, brotaban sus lágrimas. Cuando llegó Arty y se burló de él, se lo quedó mirando grave y silenciosamente, hasta que Arty se sintió avergonzado y se marchó.

Dos días después de la caída de Mariposa, papá decidió que Chick necesitaba una dosis del Bálsamo Benéfico Binewski e hizo que mamá lo sujetara mientras él le introducía la negra cucharada entre los dientes. Bien entrado el día siguiente, mientras todos los demás nos encontrábamos trabajando en la feria, Chick por fin le dijo a mamá que habría podido sostener a Mariposa en el aire cuando vio que caía. Si no lo había hecho así, fue solo porque temía que mamá se enfadara con él si movía a una persona. Mamá le dio permiso para salvar a cualquiera de sufrir dolores o accidentes. Entonces Chick bebió un poco de zumo de fruta y gradualmente empezó a comer de nuevo. Pero, después de eso, nunca más quiso volver a probar la carne. Nada de carne para él.

Cuando Chick tenía cinco años, se alimentaba a base de maíz y mantequilla de cacahuete, y comprendía más palabras de las que podía utilizar. Aprendía deprisa, y su coordinación para mover cosas era mucho mejor que su capacidad física real. No era capaz de atarse los cordones de los zapatos, pero podía hacer los más complicados nudos marineros de Horst —desde el nudo de barrilete hasta el puño de mono— solo mirando la cuerda.

—Mis dedos no hacen lo que yo les mando —me dijo un día. Estaba intentando escribir «Con amor, Chick» bajo un horrible tigre a la acuarela que había pintado para mamá. A ella le gustaba mucho

que hiciera cosas con las manos. Arturo se mofaba de él por eso. Según Arty, Chick solo debía utilizar las manos cuando hubiera extraños delante. El soniquete de Arty era: «Estás portándote como un *norma* asqueroso». Las gemelas no se metían con él; al contrario, idolatraban a Chick, y fueron ellas las que le enseñaron a leer.

Cada vez resultaba más evidente que Chick solo tenía una ambición, que consistía en ayudar a los demás en todo lo que pudiera para que todos lo quisieran. Y ahí era donde comenzaba mi problema. Chick me hacía morder el polvo en el departamento de los perros falderos. Era capaz de hacer cualquier cosa mucho mejor que yo, y nunca hacía comentarios despectivos. Era un mocoso adorable.

Aquel invierno fue una época relajada para la feria. El negocio iba bien, pero todos teníamos tiempo para pensar y holgazanear por ahí. Dar tiempo a papá para que pensara, según lo expresó Arty, era como disparar al azar contra una fábrica de fuegos artificiales. Todas las probabilidades apuntaban a un resultado dramático.

Arty estaba colgado cabeza abajo de su barra de ejercicios, haciendo rápidos abdominales.

—Papá y Horst están enseñando a jugar a Chick —le anuncié.

Arty hizo un par de repeticiones más antes de preguntar:

—¿A qué?

—A la ruleta y a los dados.

Arty esbozó una sonrisa dirigida a su ombligo. Estaba profundamente enfrascado en sus ejercicios y cubierto de una fina capa de sudor. Ejecutó una última flexión hacia arriba y se aferró con los dientes a la barra, enroscándose en torno a ella de forma que las aletas de los hombros pudieran manipular delicadamente las hebillas que sujetaban sus caderas al arnés. Se dejó caer de espaldas, soltó la barra y aterrizó rodando.

Se arrastró hasta el banco de las pesas y, tras afianzar las aletas de las caderas en el correaje, se echó hacia atrás y tensó el abdomen mientras las aletas subían y bajaban alternativamente para izar las pesas de ambos lados. Al poco, comenzó a cloquear ruidosamente, sin dejar de observar las pesas que subían y bajaban al final de sus aletas, surcadas de azuladas venas y tendones blanquecinos.

—Es una suerte, ya ves tú —se burló—, que papá tenga un cerebro de boniato. —Se rió deliberadamente, sincronizando respiración y esfuerzo. Contemplé las seductoras ondulaciones de su arrugado abdomen, complicadas por el ritmo adicional de la risa.

—Papá es un genio —protesté con severidad. Tal era la doctrina Binewski.

—Je, je, je. —Había desdén en su mirada. Estaba más que familiarizada con sus desprecios, pero nunca habían estado dirigidos a papá. Pretendía escandalizarme.

—Si papá hubiera descubierto el fuego —suspiró Arty al ritmo de su ejercicio—, habría supuesto que servía para metérselo en la boca y asombrar a la gente... Si papá hubiera inventado la rueda..., la habría puesto plana en el suelo..., instalado un tiovivo encima..., y supuesto que ahí terminaba todo... Si hubiera descubierto América..., habría vuelto a su casa y se habría olvidado del asunto..., porque no habría allí tenderetes de salchichas.

Me senté con la joroba apoyada contra la parte posterior del gran acuario de Arty. El olor limpio a cloro que se desprendía del agua entraba y salía de mis pulmones.

Al calculó que bastarían unas seis u ocho semanas para convertir a Chick en todo un jugador profesional. Cada día se pasaban varias horas encerrados con Horst —nuestra enciclopedia residente sobre asuntos mundanos— y Rudy el de la Noria. La experiencia de Rudy incluía supuestamente una temporada como jugador profesional de bridge, temporada que terminó en cuanto su dudosa ética quedó al

descubierto y fue informado de que, si alguna vez volvía a coger una baraja de naipes, perdería ambas manos. Rudy buscó refugio en la oscuridad de la caseta de la noria y consuelo en su diminuta y jovial esposa. La señora Rudy se dedicaba a plegar hojas de papel en forma de pájaros, peces, jirafas y otras figuras curiosas. No podía trabajar cara al público porque su modestia le impedía teñir de rojo su ratonil cabellera, pero siempre resultaba útil de un modo u otro.

Evidentemente, Chick no podía enfundarse un esmoquin de alquiler y beber su leche con cacao en vaso largo en los salones cubiertos de espejos de los principales casinos del planeta. También este trabajo, como el de limpiar carteras, debía realizarse a distancia. No conozco el procedimiento exacto. No es que papá lo mantuviera a propósito en secreto, pero nunca entró en detalles. Papá llevaba un diminuto micrófono de solapa conectado a un transmisor, y Chick disponía de un receptor por el que recibía las instrucciones de papá.

Papá y Chick solían practicar a primera hora, justo después del desayuno, cosa que reducía el tiempo de mis clases de declamación o las eliminaba por completo. Yo tenía un magnetófono para cuando papá no pudiera venir, pero sabía que mis grabaciones se acumulaban en una caja de puros sobre su escritorio sin que papá tuviera nunca tiempo de escucharlas.

Chick se daba cuenta de que yo estaba molesta y Arty sumamente irritado. Sin embargo, no podía evitar sentirse feliz por que papá pasara tiempo con él, y hacía todo lo que podía para compensarnos.

Por ejemplo, descubrió un nuevo sistema para limpiar el acuario de Arty. En lugar de mirar cómo un par de cepillos y una manguera esterilizante repasaban el acuario vacío, Chick permanecía de pie ante el acuario lleno y arrancaba todas las células, probablemente todas las moléculas, que no debían estar allí. El tono verde del vidrio desaparecía en amplias y rectas franjas, como las espigas de trigo ante una segadora mecánica. Cuando Chick terminaba, el acuario estaba tan limpio que casi parecía invisible. Una nube redondeada y

verdosa flotaba sobre él. Chick parpadeaba, y la nube se desplazaba perezosamente sobre el escenario hacia la puerta abierta del baño. Se oía un ligero chapoteo y el ruido de la cisterna.

Arty y yo estábamos sentados en el banco de ejercicios observándolo todo, porque Chick había venido parloteando sobre su «nuevo sistema». Mi boca se abrió cuando pensé en traspasarle a Chick mis tareas de limpieza. Arty se quedó mirando fijamente a Chick, cuya orgullosa sonrisa comenzó a palidecer y a convertirse en duda.

—Vanidoso —le espetó Arty fríamente.

A Chick se le descompuso la cara.

—No lo he hecho con esa intención, Arty. Lo siento.

Arty se dejó caer al suelo y se arrastró hacia su cuarto, donde se encerró con un portazo.

Por razones obvias, «vanidoso» no constituía ningún insulto en nuestra familia, pero Arty era capaz de conseguir que la palabra «cariño» te doliese como un dedo en el ojo.

Seguí sentada, mirando a Chick. Sabía cómo se sentía. El enorme globo de amor que llenaba su cuerpo acababa de estallar, y el derrumbe era devastador. El pobre memo. Solo era un crío. Se acurrucó contra el acuario, apoyando su blanda mejilla en el frío cristal. No se atrevía a mirarme en busca de consuelo. No lloraba. Se limitó a quedarse allí agazapado y dolido.

Miré de soslayo hacia la puerta de Arty. Había puesto la radio a todo volumen. Me levanté y me acerqué a Chick. Sus ojos se volvieron hacia mí, cargados de temor. Creyó que iba a pellizcarlo o a decirle algo desagradable. Eso demostraba que no podía leer los pensamientos. Lo rodeé con mis brazos. Posé mi mejilla sobre su rizada oreja. Él me pasó un brazo en torno al cuello. Le susurré:

—Es una maravillosa manera de limpiar.

—¿De verdad? —Oí cómo se tragaba las lágrimas.

Si el desgraciado chiquillo era tan perceptivo como todos decían, ¿cómo no se daba cuenta de la situación? Lo único que debía hacer para que yo lo apreciara era necesitarme. Lo único que debía hacer para que Arty lo apreciara era caerse muerto.

Papá y Chick se marcharon entre una gran algarabía. Horst los llevó al aeropuerto, y todos nos sumamos a la despedida. No recuerdo dónde estábamos, pero sé que no era Atlantic City porque ahí es donde papá y Chick se dirigían. Pensaban pasar cinco días fuera; una larga excursión, pero papá quería introducir a Chick en el mundo del juego con cautela y sin precipitarse. Chick había oído decir que su hotel disponía de piscina, y estaba convencido de que aprendería a nadar como Arty. A este, por supuesto, le complació escucharlo.

Aquella noche la feria cerró tranquilamente, pero, a la mañana siguiente, cuando Lil fue a buscar el cambio para las taquillas, descubrió que toda la recaudación de los dos últimos días —del orden de unos veinte mil dólares— había desaparecido. Las alarmas habían sido desactivadas y la caja fuerte —poco más que un juguete, en realidad— estaba reventada como un melón sobre la acera. Una técnica muy anticuada a base de explosivos, comentó Horst, y burdamente ejecutada, además.

En la mañana del sexto día, Horst se dirigió al aeropuerto para recoger a Chick y a papá. Al regresar de la última pesca de carteras, papá tenía un aspecto lamentable. Esta vez mostraba el rostro de la muerte. Nos abrazó a todos fervorosamente, lo cual resultó un tanto embarazoso, ya que no quiso soltar a Chick y lo mantuvo todo el rato entre sus brazos. El propio Chick estaba pálido y silencioso, y no sonreía.

Papá se desplomó sobre su voluminoso sillón, con Chick en el regazo. Los demás nos sentamos discretamente mientras mamá se afanaba en el refrigerador y Horst encendía su pipa.

—Estáis los dos hechos polvo, por lo que se ve —comentó mamá.

Papá paseó una pétrea mirada sobre nuestros rostros expectantes y por un momento temí que nos mandara salir para poder hablar a solas con mamá y Horst. El tintineo de los cubitos lo distrajo, y en seguida mamá le tendió un gran vaso de su célebre limonada.

—Al, quiero que Horst te explique qué ha pasado con la caja —comenzó mamá. Horst llegó incluso a quitarse la pipa de la boca, pero papá los interrumpió a ambos.

—Lily, tengo que decírtelo. Horst, quiero sacarme esto del pecho. No sé qué mierda pensar.

Horst gesticuló con la pipa, pero mamá se retorció las manos con inquietud.

—¿Te encuentras mal? ¿Qué os ha pasado?

—He estado a nada de perder a Chick —respondió papá—. Eso ha pasado. —Chick profirió un gemido desde el regazo de papá, y recibió una palmadita—. No, cariño. Nunca te perdería. Todo va bien.

Le hice una mueca a Arty, pero él estaba encorvado sobre su sofá-cama, mirando a papá, y no se dio cuenta.

Papá necesitó un buen rato para contárnoslo todo. Aún no lo tenía estructurado en forma de relato. Al principio, explicó, se lo tomaron con calma.

—La primera noche no aposté nada. Solamente miraba y hacía practicar a Chick. Repartía ganancias a las caras simpáticas y disgustos a los estirados y gilipollas. Era estupendo darle a un pobre chófer la noche de su vida, mientras su escuálida esposa se le colgaba del brazo, a punto de desmayarse, y pensaba en «zapatos para el niño». Y luego mirarlos a los ojos, susurrar «26 rojo» hacia el botón de la solapa y pagarles la hipoteca. Decir «19 rojo» y enviar a su hijo a la universidad con solo veinte minutos ante la ruleta.

»A los gordos capullos con dientes de diamante les daban ataques de rabia. Y después de un rato así, de pronto se paró todo. Por poco me cagué encima. Nada. Me fui a un rincón tranquilo y casi me puse a chillar por el micrófono, pero la rueda seguía girando alegremente a su aire. Salí corriendo hacia el ascensor, pensando que el micro se había estropeado o que el chico estaba enfermo o que se había puesto a jugar con cerillas... Un millón de cosas. Pero la criatura estaba dormidita en la butaca, con el receptor chirriando sobre sus rodillas. Se había dormido. Le puse el pijama y lo acosté sin que rechistara. Con el viaje y todo lo demás, el pobre estaba muerto de cansancio. Era la primera vez que hacía una cosa así...

Durante un par de noches les había ido la mar de bien.

—Me estoy animando con cuarenta de los grandes en el bolsillo, Chick comiendo pasteles enormes y bañándose en la piscina todos los días y aprendiendo a nadar un poco. Luego, a la cuarta noche, cambio de local. No es trola, Horst, a tres manzanas. A tres manzanas de la habitación y el chico sigue funcionando. Sin problemas. Lo llevé allí una sola vez y funcionaba sin problemas. Ni por la gente, ni por la distancia ni por nada.

»Así que allí me tenéis ante la mesa de los dados, currándome el papel de paleto, cuando se me acerca ese gurrumino del chándal colorado con una raqueta de tenis bajo el brazo. Ya llevaba un rato por allí mirando, y te juro, Horst, que era suave como la seda. Nadie lo hubiera dicho. Vaya, si hasta tenía pinta de boxeador. Ancho por arriba, estrecho de culo, piernas delgadas. Y va y me pone una mano en el hombro y dice: «Parece que le va muy bien esta noche, señor Binewski». Me llama Binewski, cuando yo estoy dando en todas partes el nombre de Stephens. Un tipo joven. De aspecto limpio. Pelo corto, la cara como el culo de un bebé. Rubio. Dime, Horst, ¿qué coño tenía que hacer yo? ¿Cómo iba a contestarle: "Está usted confundido, me llamo Stephens"? Conque me aparta de la mesa, cogidito del brazo, y me saca al vestíbulo y me dice: "Ha tenido una magnífica racha, señor Binewski". Lo primero que pienso es que se trata de otro *pasma* de la casa. La gente de Tahoe debe

de haberme puesto en la lista negra de todos los hoteles del planeta. Y entonces me pregunta: «¿Qué tal el niño?». Dulce como el veneno, y todo el rato llevándome hacia la puerta. Al final le pido que se identifique. «¿Es usted del casino?» Y me dice: «No. Soy de una organización más importante». No especifica, ¿lo ves, Lily? La otra vez que me expulsaron los detectives del hotel no hubo nada de misterioso en el asunto.

»Pero no quiero ponerme duro con él ni asustarme porque Chick puede oírme por el micro y llevarse un buen susto. Y entonces el tipo me pregunta dónde está Chick. Durmiendo en el cuarto, le contesto. Y va el tipo y dice: «¿Está usted seguro?».

»Salgo corriendo hacia el hotel sin pararme a recoger las fichas de la mesa. Me dieron nueve ataques al corazón antes de llegar al cuarto, pero ahí está Chick, viendo una vieja película en la tele y comiéndose un bocadillo de pepino, con el receptor apagado a su lado.

»Casi me muero de alivio. Le doy un achuchón al niño y me siento para ver qué le pasa a mi transmisor. Al final, me doy cuenta de que el cacharro no funciona. Se ha estropeado o lo han manipulado. Así que estoy desmontándolo cuando Chick me mira y dice: «Ahora vienen esos tipos». Con la boca llena de pepino. Y yo, como un idiota, «¿Qué tipos?». Y se abre la puerta y entran tres fulanos. Chick no les hace ningún caso y empieza a comerse las rodajas de zanahorias que le han puesto en la bandeja los del servicio de habitaciones.

»Aquellos tipos eran ridículamente jóvenes. De esos que aparecen en primavera buscando trabajo y te juran que se quedarán para siempre, pero hablan correctamente y tienen una dentadura perfecta y ya sabes que en septiembre volverán a la facultad, pero los contratas de todos modos, aunque cometen errores estúpidos y ellos mismos se machacan los pies con los mazos y un año sí y otro no a alguno se le ocurre sindicar a los empleados de las atracciones y trata de organizar una huelga. Pero trabajan duro y son divertidos y hacen que las pelirrojas estén siempre alegres.

Papá hizo una pausa y respiró hondo. Horst gruñó tras la boquilla de su pipa, y mamá se levantó para llenar de nuevo los vasos de limonada. Papá tomó un sorbo y suspiró.

—He sido idiota por no llevarte conmigo, Horst. Los fulanos entran por la puerta con su aire de estudiantes y uno de ellos saca una pistola que se parece a las pistolas de aire comprimido que usábamos contra los gatos del barrio. Me apunta con la cacharra y yo me quedo como un pollo sin cabeza, con la boca abierta, y Chick masticando zanahorias a mi lado. El tipo de la pistola comienza un rollo patatero: «Hola, señor B.», y uno de los otros se mete en el cuarto de baño y abre el grifo de la bañera al máximo. El tercero me quita el transmisor de las manos y me arranca de la camisa el cable del micro y me empuja hacia la pared para que me abra de brazos y piernas y pueda cachearme.

»Entonces entra el otro fulano, el del chándal colorado, y Chick sube el volumen de la tele. Supongo que con tanto follón no podía oír bien. El gilipollas que me ha cacheado me pone la mano en los riñones para inmovilizarme, el del chándal asiente con un gesto y va al cuarto de baño, cierra el grifo, el tipo de adentro sale con él y le hace una seña a Chick.

«El fulano del chándal saca una pistola pequeña que parece de juguete y se apoya en la pared, apuntándome, mientras el otro cabrón coge a Chick, así como os lo digo, entonces yo me vuelvo a pegarles un grito y los otros dos me sujetan y me aplastan contra la pared. Ahí es cuando Chick se da cuenta de que pasa algo malo y suelta un chillido, pero le tapan la boca. Un cerdo me pasa un cinturón por los codos y me lo ata bien prieto a la espalda, y el otro chupapollas me mete en la boca un par de mis propios calcetines y me pone el cañón de la pistolita en la cabeza. Me empujan hacia la puerta del cuarto de baño, el tipo del chándal da una orden, y el que tiene cogido a Chick lo mete en la bañera, que está llena de agua, sin quitarle la ropa ni nada. Le han puesto una mordaza y...

Se interrumpió para beber limonada y, acto seguido, se enjugó el sudor que le chorreaba por la frente, la nariz y las mejillas. Mamá estaba helada, mirando a papá.

—Conque Chick está con el agua al cuello, mirándome fijamente por encima de la mordaza, y el tipo del chándal se inclina hacia mí y me suelta: «Bueno, señor B., esto es solo para que entienda que este mensaje va muy en serio», y me ordena que no vuelva a pisar ninguna sala de juego. Dice que me he metido en un coto vedado y que lo mejor que puedo hacer es irme a casa y portarme bien. Y luego el asqueroso reptil me dice: «Ahora vamos a enseñarle lo que puede pasar si no nos hace caso». Hace un gesto, y el tipo que tiene cogido a Chick empieza a meterle la cabeza bajo el agua. Chick me mira, se sacude, lo salpica todo, y no sé qué pasó entonces. Debí de darle un trompazo al tipo, porque se cayó sobre la bañera y se golpeó contra la pared. Chick se hundió y los muy cabrones empezaron a hostiarme.

»Lo siguiente que sé es que estoy sentado en la bañera, sacando a Chick del agua, mientras uno de los hijos de puta me apunta con la pistola mojada. Sus dos compinches están preocupados por el fulano del suelo, el que había metido a Chick en el agua. Está completamente tieso y le sale sangre por las orejas y la nariz. Se lo llevan entre los dos y el de la pistola se va detrás de ellos. Lo último que me dice es: «Hágame caso, señor B. Nada de apuestas. Ni aquí, ni en ninguna otra parte».

»Los cabrones se llevaron la pasta, además. La encontraron dentro de los calcetines. Ni se molestaron en registrarme la cartera. Sabían que no podía llamar a la policía. Chick se pasó la noche llorando.

Papá cerró los ojos y abrazó al pequeño Chick, que se había quedado dormido entre sus robustos brazos. La voz de mamá sonó ronca e intrigada.

—¿Y Chick no tuvo miedo?

Papá no contestó. Miré a Arty, que estaba contemplando el techo con feroz concentración. Lo supe como si lo hubiera visto. Chick no había llorado porque estuviera asustado, sino porque había movido al tipo y le había hecho daño. Lo había aplastado contra la pared.

Mamá nos hizo salir a todos para que papá pudiera echar una cabezada.

Era una mañana gris como el acero, con un cielo muy bajo. Mientras yo me pasaba el jersey por la cabeza, Elly e Iphy ya habían asegurado a Arty en su silla y estaban empujándolo por el sendero tras las casetas, hablando con él. Corrí para darles alcance. Elly preguntó, con voz dura:

—¿Cómo lo hiciste, Arty? Sé que fuiste tú. Quiero saber cómo lo hiciste.

Arty sacudió la cabeza, denegando. Iphy se inclinó hacia delante y le rozó suavemente el cuello.

—Arty, Chick tenía una cara horrible. Y papá. ¿Por qué odias a Chick? No debes... —Elly retiró de un golpe la mano de Iphy.

Llegué junto a ellos, me cogí a un brazo de la silla y seguí trotando a su ritmo por el camino de tierra.

—No ha sido culpa de Arty —protesté.

Elly soltó un bufido y comenzó a empujar la silla más deprisa. Iphy meneó tristemente la cabeza.

—Tú no sabes nada, Oly.

—¡Pero, mierda! —exclamó Arty—. Oly, llama a papá. ¡Ve a buscar a papá!

—No te atrevas a molestar ahora a papá —replicó Elly con voz cortante. Seguí avanzando a tumbos, confusa y agitada. Arty estiró la barbilla hacia la palanca de control del motor de la silla, pero la mano de Elly se hundió en su hombro y lo echó hacia atrás, manteniéndolo bien sujeto.

—Tú quédate quieto. Te llevamos a pasear.

—¡Buenos días, niños! —gritó el guarda.

—Buenos días —gorjeó Elly. Aquella mañana, a la feria le costaba despertar. El día amenazaba lluvia, y las pelirrojas bostezaban en sus carromatos.

—Llevadme a mi carpa —ordenó Arty, fijando la vista en mí.

—Por aquí, Elly, Iphy —les indiqué, retrocediendo unos pasos para señalar el camino. Elly apretó los labios y siguió avanzando, cada vez más deprisa, en la dirección que ella había elegido. Iphy, decidida aunque triste, empujaba a su lado. Cuando volví a ponerme a su altura, se hallaban ya en la rampa posterior de las montañas rusas. Arty se retorció bajo las correas para lanzar una furibunda mirada a las gemelas.

—¡Estúpidas de mierda! —ladró.

—¡No lo hagas, Elly! —gemí—. ¡Iphy, no se lo consientas!

Las ruedas de la silla de Arty estaban sobre los rieles por donde circulaban las vagonetas de las montañas rusas. Elly e Iphy, apoyando sus zapatillas de lona blanca sobre las traviesas que unían los rieles, encorvaron las espaldas y empujaron la silla cuesta arriba por la empinada pendiente.

Las vagonetas eran arrastradas por una grúa que las elevaba hasta el punto más alto de la cuesta, donde la fuerza de la gravedad se apoderaba de ellas y las enviaba, junto con su excitado y vociferante cargamento, hacia las cerradas curvas de la bajada, mientras las manos sudorosas de los clientes se aferraban a las barras de seguridad.

—¡Elly, por favor! —aullé, mientras la tierra húmeda se alejaba cada vez más de mí. No podía tenerme de pie sobre las vías, pero iba trepando a cuatro patas, temblorosa, incapaz de apartar la vista de la cadena cubierta de grasa negra y de la superficie de fango y hierba aplastada que se extendía a mis pies. Me imaginé las zapatillas de las gemelas resbalando, tropezando, perdiendo el equilibrio, y a ellas desplomándose sobre los rieles, soltando la silla, que —en mi mente a cámara lenta— se inclinaba y volcaba hacia un

costado, de forma que el armazón de aluminio y el cargamento a él amarrado se precipitaban desde los diez, que ya eran doce, que ya eran quince metros, hasta estrellarse ruidosamente contra el barro.

—¿Arty? —chillé, con los puños soldados a las vías.

Desde lo alto me llegó el feroz siseo de Elly:

—¡Tú cállate!

Me agazapé y alcé la vista hacia las anchas caderas y las delgadas piernas, tensas por el esfuerzo. Estaban muy cerca de la cumbre.

—¿Qué queréis? —La voz de Arty se alzó, aguda y frágil, en el aire gris. Las gemelas dejaron de empujar y permanecieron inclinadas sobre la pronunciada pendiente. Respondió la voz de Iphy, que empujaba el aire con dificultad.

—Tienes que dejar en paz a Chick, Arty.

Y, en seguida, el tono seco de Elly.

—Tienes que saber que a ti también pueden pasarte cosas, Arty.

—Idos a la mierda. Las dos —replicó.

—Muy bien. —Elly comenzó a empujar de nuevo. Iphy se encorvó sobre la pendiente e hizo fuerza con los pies. La silla chirrió sobre los rieles.

—¡Bajadme de aquí ahora mismo! —mugió Arty—. ¡Te mataré, Elly Binewski! ¡De esta no te escapas!

Su poderosa voz quedó flotando en el aire. Yo solo alcanzaba a ver el borde de las ruedas y las piernas en movimiento de las gemelas. Habían llegado al punto en que la pendiente comenzaba su descenso.

—Va en serio, Arty —susurró Elly con voz ronca—. Iphy no podría detenerme aunque quisiera, y tú lo sabes.

Y en seguida Iphy, contradiciéndola:

—Oh, Arty, nosotras nunca te haríamos daño. Elly te quiere. Pero tienes que entenderlo.

—De acuerdo, me rindo. —Arty cedió demasiado rápido. Elly lo conocía bien.

—No tan deprisa, hermanito.

Desde mi posición, inmóvil sobre las vías, vi como la mitad Elly se erguía de pronto junto a la encorvada silueta de Iphy. Sus brazos se alzaron hacia el cielo, como si estuviera saludando a una multitud.

—¡No lo sueltes! —chilló Iphy. Sus hombros encorvados desaparecieron cuando la silla de ruedas avanzó unos centímetros, hasta quedar en precario equilibrio al borde mismo de la caída. En aquellos momentos, solo la sostenían las largas manos de Iphy.

—¡No! ¡Basta! ¡Me rindo! —aulló Arty.

Desde abajo, por detrás de nosotros, sonó un horrorizado mugido:

—¡Bajad AHORA MISMO de ahí, estúpidos cretinos! —Era el guarda de turno, el *marine* de papá, que nos contemplaba desde el suelo boquiabierto de asombro.

Los brazos de Elly descendieron de nuevo y se agachó al lado de Iphy para ayudarla a sostener la silla.

—¡No pasa nada! —gritó Elly—. ¡Ahora vamos!

Una zapatilla se deslizó poco a poco unos centímetros hacia abajo, seguida de la otra. Retrocedí a sacudidas, tan aliviada que habría podido vomitar, mientras, más abajo, las anchas espaldas del guarda se movían de un lado a otro y sus brazos se abrían para atraparnos si nos caíamos. El hombre no dejó de murmurar que nuestro padre le arrancaría la piel a tiras además de despedirlo si teníamos un accidente en las malditas montañas rusas mientras él estaba de servicio y que sabíamos de sobra que estábamos haciendo algo malo, y así hasta que volvimos a pisar todos el suelo y nos alejamos de allí bañados en sudor y relajados, saludándolo con la cabeza. Arty en silencio, Elly e Iphy sonriendo dulcemente.

Arty me ordenó que lo condujera a su carpa, le desabrochara las correas y lo dejara a solas. No dijo nada más.

La cólera me invadió cuando, al salir, vi a las gemelas dirigiéndose con calma a su ensayo con las partituras bajo el brazo. Abordé a Elly y le dediqué mi más furibunda mirada.

—¡Has intentado matarlo!

Iphy se acercó a mí como si fuera a abrazarme.

—Oly, solo ha soltado la silla un momento.

Elly la apartó de un tirón y me espetó:

—¡Eres el perro de Arty! Podría matarnos a todos y tú te quedarías ahí sujetándole la toalla.

Me volvieron la espalda y se alejaron.

Papá se tomó algunas pastillas de mamá y durmió todo el día y toda la noche. La feria cerró a las 9 y el campamento a las 10. Aun tras la puerta de mi armario, oía claramente los ronquidos y borboteos de papá. Era un sonido lamentable. No podía soportarlo.

Salí a rastras, enfundada en mi camisón de franela, y descalza crucé la puerta del camión y anduve sobre el barro endurecido, pasando ante los camiones y remolques sumidos en la oscuridad. En las ventanas de las pelirrojas había luz, pero era a Arty a quien buscaba.

El guarda apostado ante la entrada posterior de su camión escenario inclinó la cabeza al verme pasar. En el interior, la oscuridad era calurosa y húmeda. El depósito de agua caliente mantenía el lugar a una temperatura tropical.

Cuando llamé a la puerta, Arty gritó:

—¡Sí!

Estaba tendido en la cama, sobre el cobertor de satén marrón, leyendo. Trepé a gatas hacia él.

—¿Quienes crees que eran —inquirí— esos tipos que asaltaron a papá?

Me miró de reojo durante un segundo. Yo preguntaba, pero en realidad no deseaba saberlo. Tal vez se le antojara necesario darme una lección.

—¿Te acuerdas del excéntrico del verano pasado? —Fingía estar absorto en su libro.

—¿Aquel chico rubio de Princeton?

—Se llamaba George. Eran compañeros suyos de facultad.

Asentí. Arty ladeó la cabeza, para poder rascarse la nariz con una aleta.

—El tipo que movió Chick... ¿Se hizo mucho daño?

Arty meneó ligeramente la cabeza.

—Fractura de cráneo. Se pondrá bien. Lo que me molesta es que se llevaran el dinero de papá. Eso quiere decir que han cobrado por partida doble.

Mi cerebro ejecutó un lento vals interior y se detuvo en esa expresión: por partida doble. De modo que había sido Arty quien había robado la recaudación de la caja, u organizado el robo. ¿De dónde habría sacado los explosivos? ¿Y cómo habría aprendido a utilizarlos? Me lo quedé mirando en silencio, recostado sobre su almohada marrón. Había cambiado sin que me diera cuenta. Era más robusto. Su cuello estaba dotado de poderosos músculos y estaba sólidamente anclado en el pecho macizo. Bajo la fina camiseta sin mangas, sus músculos eran tan definidos como siempre, pero más grandes y voluminosos. Hasta las muñecas de sus aletas parecían fuertes. Donde los tres largos dedos de sus aletas inferiores se doblaban para asir el cobertor, advertí un vello rizado que le oscurecía los nudillos. Lo examiné atentamente. Era el primer vello que veía en su cuerpo, liso como el cristal. Entonces comprendí que había salido de la feria sin mí. Durante los últimos meses casi no lo había visto. Todos los días, a todas horas, había permanecido a solas: no solo para escapar a las molestias de Chick y a las gemelas y su rivalidad artística, sino para trabar amistad con el excéntrico, para hablar con gente que yo no conocía, hablar de cosas que yo ignoraba, hacer llamadas telefónicas sin que yo le marcara los números.

—Llevarse el dinero fue un acto contra la familia —protesté—. Asustar a papá fue un acto contra la familia.

Sus ojos siguieron cerrados, pero su cabeza se agitó con impaciencia sobre la almohada.

—A la larga, no.

No pude comprender eso. Los airados y quejumbrosos tonos del relato de papá, la manera en que aquellos gorilas de poca monta lo habían avasallado, a papá el atajapeleas, Al el Jefe, el maestro de ceremonias, papá el hombre más guapo del mundo. Me sentí estafada. Mi campeón se había revelado como un fraude, y me sentí avergonzada por todos aquellos años en que me había permitido creer que papá era nuestra mayor protección. Y todo por culpa de Arty.

Abrí la boca para acusarlo, para chillar. Pero había algo extraño en él. Comenzó a acurrucarse gradualmente de costado, cada vez más pequeño y encogido. Su expresión era pétrea, a excepción de un fruncimiento junto a los óvalos alargados y pálidos de sus ojos cerrados. Una lágrima se deslizó por el borde de un párpado y desapareció de inmediato entre los pliegues de carne. Hacía años que no veía llorar a Arty, desde que renunciara a sus rabietas para adoptar la fría y dura imagen que tanto admiraba. Quizá no había sido una lágrima. Sus ojos se abrieron y miraron más allá de mí.

—Elly —comenzó—. La mataría, pero la muy guarra sería capaz de llevarse a Iphy con ella por puro despecho. ¡Y Chick! ¿Es que nadie más que yo se da cuenta de lo que es? ¿De lo que nos hará a todos? Si no vamos con cuidado, acabará aplastando a toda nuestra familia como si fuera un huevo. —Sus ojos se posaron en mí con un desacostumbrado ademán de súplica.

—¡Estás celoso! —salté a la defensiva—. ¡Quieres ser la única estrella!

Se dejó caer de nuevo sobre la almohada. En cualquier otro rostro, su expresión se habría descrito como desesperanza y resignación.

—Sí, tú también, ya lo sé. Es mono. Casi como un *norma*. Y es inocente. Tan inocente como un terremoto.

»Cuando nació, fue papá quien dio todas esas solemnes instrucciones de mantenerlo en secreto, y ahora es papá quien se jacta de él y lo lleva a trabajar al exterior, donde la gente puede verlo mover cosas. ¡No hay nadie en la feria que no lo sepa! Se unen

a nosotros en Pittsburgh, nos dejan en Tallahassee y se lo cuentan a todos sus amigos y a la señora que va sentada a su lado en el autobús. ¿Cuánto va a durar esto, Oly? ¿Cuánto tardarán en venir los federales para meternos a todos entre alambradas de púas en nombre de la seguridad nacional?

Se inclinó hacia mí, me miró con ojos brillantes, gritó.

—¡Oh, Arty! —Las palabras me salieron con suavidad de la garganta—. Estás inventando excusas.

Entonces se puso furioso y se irguió rígido, apoyado sobre las aletas de las caderas y tembloroso.

—¡Oye! ¿Te has parado alguna vez a pensar que quizá me merezco lo que tengo? ¿Eh? Elly no es nada. Ni siquiera conseguiría trabajo en un bar de segunda con esa basura pachanguera que toca. Iphy es lo único que tiene. Papá se lo puso en bandeja.

»¿Yo? ¿Sabes qué hacen con las personas como yo? ¡Muros de ladrillo, pabellones de seis camas, dos pañales al día y la visita de un Papá Noel apolillado por Navidad! Yo no tengo nada. Las gemelas son un auténtico fenómeno. Chick es un milagro. ¿Yo? ¡Yo solo soy un accidente industrial! Pero he logrado convertir eso en algo: ¡en mí! Y, para eso, tengo que esforzarme y pensar. Y no te olvides que yo fui el primero que se quedó. ¡Soy el mayor, el hijo, el *Binewski*! Toda esta feria es mía; toda la familia. Papá era el mayor y se quedó con la feria y las cenizas del abuelo. Antes de que llegara yo, esto se iba a la mierda. Yo fui el que lo levantó todo de nuevo. Cuando falte papá, todo será mío.

»A las gemelas les da lo mismo quién atrae más público. No necesitan tocar, cantar ni bailar. Podrían sentarse en un banco y saludar con la mano y seguirían llenando todos los días. Pueden darse el lujo de tomarse las cosas con calma. Nadie les robará su público. ¡Y Chick! ¡Claro que es asombroso! Esa es mi maldición. Yo soy un fenómeno, pero no un gran fenómeno. Soy como tú: deforme, pero no especial. No hay nada excepcional en mí excepto mi cerebro, y eso el público no puede verlo.

»¿Sabes lo que más me jode? Que Iphy habría debido ser mía. Habría debido nacer enganchada a mí. Ahí papá la cagó. No necesitamos a Elly. Si Iphy y yo hubiéramos sido gemelos, habría sido algo grande. Habríamos podido hacer algo grande. Pero ya llegará mi hora.

La llamarada de ira y disgusto parpadeó y se apagó. Arty volvió a recostarse sobre la almohada y una curiosa expresión infantil reemplazó su mueca de desdén. Tenía miedo. Las aletas de sus hombros se extendieron la una hacia la otra, pero nunca podrían llegar a tocarse, nunca se unirían. Demasiado cortas, estaban tiradas sobre su pecho como una plegaria fallida.

Permaneció tendido mirando hacia la nada, exhausto tras haber volcado todo su rencor. Me acerqué a él y me acurruqué a su lado, mi abdomen contra su espalda. Esa era la recompensa a mi aguante. Nunca me pedía que lo rodeara con los brazos, pero, en ocasiones como esta, permitía que lo calentara, que me calentara yo junto a él. Hundí la cara en su cuello, respirando con cuidado para no enfadarlo. Sentí que su aleta me acariciaba el brazo. Cuando volvió a hablar, noté la grave vibración de su voz en todo mi cuerpo.

—¿Sabes una cosa, Oly? Estoy asombrado. No imaginaba que fuera tan fácil vencer a papá. No tan pronto. Es un poco alarmante.

9

Cómo dábamos de comer a las fieras

Al, el hombre más guapo del mundo, presenta un aspecto perplejo y atontado ante su primera taza de café. Su bigote está despeinado y torcido, a juego con sus cejas enmarañadas por el sueño, cuando alza la vista hacia nosotros, al otro lado de la mesa, y nos pregunta:

—¿Qué significa eso que me han contado de que estabais haciendo payasadas con la silla de ruedas en la montaña rusa? ¿Eh, angelitos míos?

Todos sonreímos debidamente y Elly da comienzo a su número de «¡Oh, papá!» para desarmarlo mientras mamá distribuye cansadamente los platos del desayuno y roza la mantequilla con la manga de su quimono cada vez que extiende el brazo por encima de la mesa.

Corto lentamente la carne de Arty mientras mi pecho se llena de un anhelo que desearía derramar por los ojos y la boca. Se trata, supongo, del pesar que sienten todos los niños por tener que proteger a sus padres de la realidad. Para los pequeños se hace duro ver la espantosa inocencia en que se hunden los adultos, esa terrible vulnerabilidad que debe ser resguardada del corrosivo cenagal de la infancia.

¿Podemos acusar al niño de sentirse resentido ante la fantasía de la amplitud? Grandes y suaves brazos, graves voces que dicen en la oscuridad: «Cuéntaselo a papá, cuéntaselo a mamá y nosotros lo arreglaremos». El niño, que pide protección a gritos, no deja de percibir cuán frágil es el santuario que le ofrece la choza de paja de la comprensión adulta. Los padres se proclaman fuertes, pretenden ser un refugio absoluto. Y hasta la llorosa tierra sabe cuán

desesperadamente necesita el niño un refugio así; cuán profundas y escabrosas son las tinieblas de la infancia; cuán cortantes los puñales del mal en la niñez, un mal no amortiguado ni mitigado por los cómodos almohadones de la edad y su civilizadora anestesia.

Los adultos pueden hacer frente a rodillas despellejadas, helados caídos al suelo y muñecas perdidas, pero si llegaran a sospechar las verdaderas razones que nos hacen llorar, nos echarían de sus brazos con horror y repugnancia. Con todo, somos tan pequeños y temerosos, como temibles en nuestros feroces apetitos.

Necesitamos esa cálida estupidez de los adultos. Aun conociendo el engaño, sollozamos y nos ocultamos en sus regazos y les hablamos solamente de caramelos sucios u ositos perdidos, recibiendo consuelo por valor de un caramelo o un osito de peluche. Y nos conformamos con eso, antes que enfrentarnos solos a los cavernosos vericuetos de nuestros cráneos, para los cuales no hay remedio, ni refugio, ni consuelo alguno. Así sobrevivimos hasta que, por puro aguante, escapamos hacia la opaca inocencia de nuestra propia edad adulta y el olvido que esta concede.

La sombra se asentó en los ojos de Chick, y una especie de niebla se posó sobre él. Creo que nunca llegó a superar por completo el hecho de haber herido al joven matón. Chick estaba así de loco. Algo en su química interna se entremezcló con la forma en que la familia lo había criado. Todo se retorció tanto que temía más hacerle daño a alguien que hacerse daño él mismo, le asustaba más matar que morir. A su manera torpe y confusa de comprender las cosas, Chick se daba cuenta de la decepción de papá y se sentía culpable.

Papá comenzó a sufrir accesos de depresión durante los cuales lo podías encontrar sentado en los lugares más inesperados, a solas con una botella. En mitad de una parranda de dos días de duración, encargó carteles para «El niño más fuerte del mundo», pero luego, con la resaca, archivó la idea. A veces, Horst, las gemelas o yo le proponíamos algo para tratar de darle ánimos.

—¿Qué me dices de los deportes? —preguntaba yo, por ejemplo —. ¿Y si un saltador de pértiga recibiera un pequeñísimo empujoncito de Chick en el momento oportuno y tú casualmente hubieras apostado por él? ¿Y si un balón fuera ligeramente desviado hacia la línea de gol?

Pero papá sacudía la cabeza y me daba unas palmaditas en la joroba.

—Oly, palomita mía, tu abuelo ya me lo advirtió hace mucho tiempo, y habría debido recordarlo. Decía siempre: «Si no te metes con el mico, el mico no se meterá contigo».

Al y Horst tenían que pasar el día fuera por cuestión de negocios. Al le encargó a Chick que diera de comer a las fieras, y Chick, como de costumbre, se mordió la lengua, palideció y asintió sin decir nada.

Nunca he oído de ningún otro niño que se mordiera la lengua tanto como Chick. A veces, Al debía aplicarle el ungüento del tragafuegos en el interior de la boca.

Cuando Al se fue, Chick vino sigilosamente hacia el fregadero, donde yo me hallaba lavando los platos del desayuno.

—Por favor, Oly, ¿puedes venir conmigo?

Los platos volaron de la pila en silenciosa bandada, sin chocar entre sí. Se sumergieron en el agua de enjuagar y se secaron en el aire mientras saltaban, de diez en diez, a sus respectivos lugares en la alacena. Me eché a reír y me sequé las manos. Arty estaba encerrado con un libro, y las gemelas practicaban ejercicios de piano con Lily.

—Claro que sí —accedí—. Pero ¿por qué me lo pides? Ya les has dado de comer muchísimas veces.

La preocupación arrugó levemente su blando rostro.

—Ya lo sé. Pero sigue sin gustarme. —Sus cejas se alzaron en un arco de resignación—. Las fieras me gustan. Es la carne. No me gusta nada moverla. Tú ven conmigo, ¿vale?

Horst siempre aparcaba el remolque de los felinos junto al transporte frigorífico donde se conservaba la carne. Cuando era él quien alimentaba a sus animales, Horst solía arrojar un cuarto de buey al suelo, saltaba del camión, cerraba la puerta, arrastraba el trozo de buey por su única pata y lo despedazaba con una enorme cuchilla de carnicero. Horst daba de comer a las fieras por la puerta de la jaula, pero no había nadie más en la feria que se atreviera a hacerlo como él. Le gustaba contar historias acerca de lo muy imprevisibles que son los felinos. Siempre sospeché que las contaba con la deliberada intención de que la gente dejara en paz a los animales. Si en verdad era eso lo que se proponía, puedo asegurar que lo consiguió.

Los costados del remolque de las fieras estaban provistos de bisagras en su parte superior y podían levantarse a vueltas de manivela como una especie de marquesina que daba sombra a las jaulas. Una malla de acero cubría los barrotes, y las paredes que separaban las parejas de tigres de Bengala, leones y leopardos, eran planchas de acero de dos centímetros de grosor. Al quiso persuadir a Horst para que montara muros de plástico transparente en lugar de rejas y malla de acero, pero Horst adujo que eso estropearía el efecto.

—La gente considera que los grandes felinos deben estar entre rejas. Y la malla les da la sensación de que podrían arrancarles los dedos si los introdujeran por los agujeros. Además, el olor a fiera también es muy importante, y si pusiera paredes de plástico habría que instalar aire acondicionado.

Cuando Chick daba de comer a las fieras, dejaba caer la carne por las ranuras de ventilación en el techo. Nos detuvimos junto al camión frigorífico y vimos cómo se corría el gran pasador y la puerta se abría sola. Chick me cogió de la mano.

—¿Te importa? Quiero que me des la mano mientras muevo la carne. —Tenía las facciones contraídas.

—Claro —respondí.

Un cuarto de buey se desprendió de su gancho y salió flotando del camión, oscilando en el aire, hasta desplomarse sobre el enorme bloque de madera para cortar. La cuchilla de carnicero abandonó su lugar entre las herramientas del camión. Chick trabajaba deprisa. La hoja se elevó rápidamente cinco veces y seis pedazos de carne saltaron por el aire, entre relucientes destellos de grasa recién cortada. Los animales tosieron y escupieron cuando las portillas sobre las ranuras de ventilación se abrieron simultáneamente. Los pedazos de carne cayeron al suelo de las jaulas con un solo golpe. Otro cuarto de buey saltó sobre el madero, y la puerta del camión se cerró mientras la cuchilla se alzaba y caía rítmicamente. Chick me apretaba la mano con suavidad. La cuchilla hundió su cuadrada punta en el bloque de cortar y se quedó allí quieta mientras los pedazos se elevaban, volaban en círculo como monstruosos cuervos y se encaminaban despacio hacia las aberturas del techo.

—Podrías hacerlo sin la cuchilla, Chick —observé.

—Sí, claro, pero entonces sentiría más la carne. ¿La sientes tú?

Era más alto que yo, y me miró de arriba abajo con tan seria intensidad que me recorrió un pequeño estremecimiento de pavor.

—Si siento qué.

Enarcó las cejas. Siempre le costaba encontrar las palabras adecuadas.

—Bueno, lo muy... muerta... que está la carne.

Asomé la punta de la lengua por la comisura de los labios y lo miré de soslayo a través de mis gafas de sol. Cuando cualquier otro miembro de la familia —excepto Lily— me hablaba así, era porque tramaba algo; darme un buen susto, seguramente, para reírse luego de mí. Pero Chick era tan sincero que casi era tonto. Cuando el resto de nosotros contaba descomunales mentiras él no veía la gracia del asunto.

—No —respondí—. No siento nada. —Frunció los labios, mientras se oía el choque de la carne contra el suelo de las jaulas y el rugir de los felinos. Lo vi tan triste que comprendí que le había fallado—. Lo siento mucho, Chick.

Me pasó un brazo por los hombros y acercó su cara a la mía.

—No importa. Pensé que si te daba la mano podrías sentirlo.

—¡Mierda! —exclamó una voz clara a nuestras espaldas. Giramos en redondo al unísono, como si fuésemos las gemelas. Era una de las pelirrojas. Se encogió de hombros bajo su camiseta azul pavo real y emitió una risita nerviosa—. Es que nunca me acostumbro a ver cómo lo haces, Chick. —Nos saludó alegremente con la mano y se alejó, contoneándose sobre sus tacones altos.

La vimos partir, el brazo de Chick aún sobre mis hombros, mi brazo alrededor de su cintura. Por un instante pude vernos como debía de habernos visto la pelirroja: dos pequeñas figuras, una de ellas encorvada y retorcida, protegida por un gorro y unas gafas, y un esbelto chico dorado varios centímetros más alto, que estrechaba contra sí a la enana mientras fragmentos de carne surcaban el aire sobre sus cabezas. Me abracé a Chick. Su mejilla de melocotón me acarició la frente y la nariz. Se me ocurrió pensar en cómo lo hacía para mover las cosas, y, mientras esta duda se agitaba en mi cabeza, me di cuenta de que nunca hasta entonces había pensado en ello. ¿Lo habíamos pensado alguno de nosotros, incluyendo a Al o Lil? Quizás habíamos estado tan absortos en la necesidad de educarlo y protegerlo y protegernos a nosotros mismos de él e idear maneras de utilizarlo sin peligro y averiguar qué era exactamente lo que podía y lo que no podía hacer, que nunca habíamos tenido ocasión de preguntarnos cómo lo hacía.

—Chick —le dije a su hermoso pelo amarillo—, ¿cómo mueves las cosas?

Su cabeza se alzó lentamente de mi hombro y me miró con expresión sorprendida. Luego, su rostro se concentró. Pensé que era ridículo no habérselo preguntado antes. Comenzó a ruborizarse. Me soltó y se pasó las manos por las orejas como si pensase que me estaba burlando de él.

—Oh, ya sabes —contestó. La cuchilla se desprendió por sí misma del bloque de cortar, voló hacia la manguera esterilizadora que pendía del camión frigorífico y aleteó bajo el chorro de líquido

blanquecino. Este dejó de manar y la cuchilla saltó hacia la puerta del camión, que se abrió apenas lo justo para dejarla pasar. Acto seguido, la puerta se cerró y supe con toda certeza que la cuchilla estaba dirigiéndose hacia el lugar que le correspondía. La cara de Chick había adquirido un brillante tono rosado.

—No, Chick, no lo sé. Explícamelo.

Un guijarro situado junto a la rueda del camión comenzó a girar sobre sí mismo. Sin dejar de girar, se dio la vuelta y a continuación se irguió sobre uno de sus lados y se puso a rodar describiendo un pequeño círculo. Un acto reflejo, sin duda equivalente al arrastrar de pies o el retorcerse la oreja de cualquier otro chiquillo avergonzado. Se trataba de mi hermano pequeño, por supuesto, así que empecé a impacientarme.

—¡Te voy a pellizcar, Chick! ¡Dime cómo mueves las cosas!

El guijarro quedó inmóvil en el suelo.

—Bueno, en realidad no las muevo. Se mueven solas. Yo solo dejo que lo hagan. —Me miró con inquietud mientras yo digería su explicación y la hallaba insatisfactoria.

Sacudí la cabeza.

—No lo entiendo.

—Mira. —Señaló hacia las fieras. La pared del remolque se alzó y los soportes se encajaron en su lugar para que yo pudiera ver a los animales bajo su sombra. Estaban todos comiendo, de pie sobre la carne, desgarrándola, o tendidos con grandes fragmentos entre las garras, acariciándolos.

—¿Sabes ese depósito de agua que hay en la parte de atrás? —preguntó Chick. Mientras miraba, los pequeños grifos situados sobre los abrevaderos de las jaulas se abrieron ligeramente y fluyó un hilillo de agua. Uno de los tigres de Bengala saltó sobre su grifo y comenzó a dar zarpazos al agua—. El agua siempre quiere moverse, pero no puede hacerlo si no le damos un agujero, una tubería para que corra. Podemos hacer que vaya en cualquier dirección. —De pronto, el grifo con que estaba jugando el tigre se abrió del todo y un chorro de agua roció sus enormes bigotes. El animal dio un salto

atrás y luego se abalanzó otra vez hacia delante, sumergiendo toda la cabeza bajo el poderoso chorro, retorciendo con deleite las orejas —. Si le das un agujero grande —prosiguió Chick—, sale mucha. Si le das un agujerito, sale un chorrito fino. —Se esforzaba por explicármelo de forma que yo pudiera comprenderlo. Contemplé el tigre y sentí un espesor entre las orejas—. Yo solo soy la tubería por donde se mueve. Puedo darle un camino ancho o estrecho, y puedo hacer que vaya en cualquier dirección. —Sus ojos preocupados necesitaban mi comprensión—. Pero las ganas de moverse están en la cosa.

Echamos a andar hacia la gran carpa.

—¿Te he ayudado en algo? —quise saber.

—Claro —respondió.

Desde el sofá, Arty gritó con voz lisonjera:

—Chick, seguro que aún queda mucho de ese rosbif que sobró de la cena. No sabes cuánto me gustaría comerme un bocadillo de rosbif con rábanos picantes y mayonesa. ¿Qué dices? ¿Me lo preparas?

Chick, con un tebeo bajo el brazo, tras pasarse horas enteras trabajando en las tareas de otros y ahora sin más deseo que una manzana y un rato con Superman; este Chick vegetariano, dispuesto a comer huevos sin fecundar y leche, pero no (no, por favor, que no le obliguen) pescado, aves, animales de cuatro patas ni cualquier otra cosa que tenga conciencia de estar viva y pueda hablarle de ello si la toca; este mismo Chick sabe que Arty pretende hacerle pasar un mal rato, que le obligará a mover la carne en vez de utilizar sus manos y un cuchillo, y de todos modos contesta:

—Pues claro, Arty. ¿Pan blanco o integral?

Lo intenta. Saca el plato de carne de la nevera y, como quien no quiere la cosa, coge un cuchillo del cajón.

—¡Chick! —le riñe Arty, indignado—. No irás a usar un cuchillo, ¿verdad?

Descubierto, Chick reconoce:

—Iba a mover el cuchillo.

Pero Arty ruge:

—¡Corta ya con todas esas mierdas de *norma*! ¿Para qué te dio papá ese talento si vas a desperdiciarlo como un *norma* cualquiera? Mueve la carne. ¡Mueve la carne!

Y así, precisas lonchas de rosbif, finas como el papel, se desprenden por sí solas del asado y, con un poco de mayonesa y de rábano picante, se sitúan entre dos danzarinas rebanadas de pan blanco al estilo casero, y todo junto se coloca sobre un bonito plato azul que se desliza de la alacena y que llega junto a Arty, que se está lavando los dientes con una aleta mientras lo observa todo.

—Servido —dice Chick.

—Muchísimas gracias —responde Arty, que es perfectamente capaz de prepararse un bocadillo cuando no hay nadie a mano que lo haga por él. Arty cierra una aleta sobre el bocadillo y le arranca un bocado colosal, sin dejar de contemplar el rostro de Chick mientras mastica.

—¡Duliciosu! —exclama con la boca llena.

—Estupendo. Me alegro. —Chick sonríe, sale del camión y se esconde tras el generador, donde vomita dolorosamente y trata de pensar en algo que no sea lo que le decía la ternera mientras la cortaba en rodajas.

Estaban peleándose y tenían la puerta cerrada. El ruido me despertó. Me precipité fuera del armario, pensando en elefantes o terremotos. La delgada mampara de su cubículo se abombó hacia mí cosa de un centímetro. Las oí jadear. Corrí hacia su puerta. No giraba el picaporte. La primera claridad del día se filtraba oblicuamente por la ventana del fregadero. Un voluminoso cuerpo chocó contra el otro lado de la puerta. Iban a despertar a Al y a Lil. Abrí la puerta corredera de Chick y hallé sus grandes ojos esperándome. Estaba asustado.

—Ayúdame —susurré—. Las gemelas están peleándose.

Se deslizó fuera de las sábanas y me cogió del brazo. Su mano estaba húmeda.

—Abre la puerta.

Miró hacia el tirador. El tirador giró. La puerta se abrió. Se hallaban entrelazadas sobre la cama formando un nudo, con los codos como patas de araña, agitándose aquí y allí, mientras una pierna intentaba clavar el talón en la delgada espalda cubierta por el pijama. Su respiración era ruidosa y entrecortada. Una mano surgió del amasijo, tirando de un mechón de pelo negro hacia la claridad de su pequeña ventana.

—Sujétales las manos. —Le di un codazo a Chick. Dos manos se extendieron sobre la almohada y un puño golpeó con un chasquido y un quejido—. ¡Todas las manos! ¡Todas! —chillé. Cuatro brazos se alzaron en el aire, separándose del embrollado montón de carne y ropa. Una pierna se encogió para dar un puntapié y quedó paralizada.

—¿Puedes sujetarlas?

Chick asintió, mirándome a la cara. En sus ojos había migajas de sueño. El rostro de Elly apareció entre una masa de pelo negro: un arañazo rojo en la frente. Echó el largo cuello hacia atrás y lo lanzó adelante, exhalando sonoramente el aire mientras escupía a la cabellera desmelenada que tenía entre los dientes.

No había forma de ocultárselo a Al y a Lil. Los moretones y arañazos eran tan visibles que las gemelas no pudieron presentarse ante el público durante cuatro días. Estaban agotadas y doloridas. Permanecieron todo el día en la cama, con los rostros vueltos en direcciones distintas. Al y Lil se enfadaron muchísimo.

—¡No debéis volver a hacerlo nunca más! ¡No debéis pelearos entre vosotras! —El antiguo encantamiento manó de las jarras parentales con desesperada incomprensión. Las gemelas se negaban a explicar por qué se habían peleado.

Aquella tarde, Chick me ayudó a vaciar los tanques de residuos. Ambos estábamos tristes. De pie junto a nuestra casa, contemplábamos la aguja de la bomba que aspiraba el contenido del depósito. No podía dejar de pensar en el aspecto de las gemelas cuando Chick abrió la puerta. Como una cosa que se odiara a sí misma.

—Siempre están riñendo —comenté. Chick asintió, sin apartar la vista de la aguja indicadora—. Pero esta vez querían hacerse daño de veras.

La cabeza de Chick cayó hacia delante, con la barbilla hundida hasta el pecho. La parte posterior de su cuello era fina y dorada, y su cabeza parecía demasiado grande para sus huesudos hombros. Su visión me hirió los pulmones como un punzón para romper hielo clavado entre las costillas. Era muy guapo.

—Me gustaría saber por qué se peleaban —musité.

Chick suspiró. Su cabeza se bamboleó.

—Iphy pronunció en sueños el nombre de él —respondió.

Para cenar, Lil había preparado pollo a la Alí Baba y los cuarenta ladrones. Estaba frotándose las manos con zumo de limón, para quitarse el olor a ajo, mientras los demás esperábamos en torno a la mesa a que sonara el timbre del horno.

Las gemelas estaban muy excitadas por algo, y no dejaban de conversar en susurros. Al nos hablaba de un antiguo director de ruta que había despedido de la feria veinte años atrás. El hombre había reaparecido aquel mismo día, en busca de trabajo.

—¡Me cago en...! ¡Parecía un viejo de ochenta años, Lil! ¡Parecía como si la tumba lo hubiera rechazado con asco!

Lil, con las manos untadas de limón, chasqueó la lengua. Arty observaba a las gemelas. Chick y yo nos inclinamos hacia papá por ambos lados, como sanguijuelas en busca de su calidez.

Lil comenzaba a servir los platos cuando por fin Iphy alzó la voz.

—¡Hemos pensado un número nuevo para nuestro espectáculo!

Estaba radiante. Debía de tratarse de algo delicado. Siempre que entreveían la posibilidad de un «no», era Iphy la que hablaba. A todo el mundo le resultaba muy difícil decir que no a Iphy.

—Damos un salto vertical, de pie sobre la tapa del piano, y enlazamos con un número de danza nadando en el aire. Volamos sobre el público y volvemos al escenario mientras el piano toca la *Obertura del cabo Bogwartz*. ¿No es fantástico? ¡Hemos estado ensayándolo esta mañana! Utilizaremos una iluminación general en rosa y tres focos rosas que nos sigan por encima del público. ¡Déjanos hacerlo, papá! Chick puede encargarse de todo sin el más mínimo problema. Y ya se sabe la música. ¡La ha aprendido en dos sesiones! Dura exactamente un minuto y medio y será nuestra despedida. Chick puede venir cuando falten cinco minutos para terminar, esconderse detrás del decorado y marcharse cuando volvamos al escenario para saludar. ¡Por favor, papá, mamá! ¡Venid a verlo después de cenar! ¡Seguro que os encanta!

Chick escondió la cara tras el brazo de Al. Los ojos de Arty no se apartaban del cucharón con que Lil iba pescando los pedazos de pollo y los distribuía por los platos.

Al se echó a reír.

—¡Qué idea! ¡Se quedarían pasmados! ¿Qué dices tú, Crystal Lil? ¿Qué te parecen estas chicas? ¿No son espabiladas?

—Volar por el aire —murmuró Lil—. Dios nos ampare.

Elly estaba ruborizada de anhelo, con los ojos —medio esperanzados, medio temerosos— fijos en Arty, que no decía nada y se mecía ligeramente en su asiento, al parecer interesado únicamente en la comida que iba acumulándose en su plato con ayuda del cucharón de Lil.

La idea no llegó a ponerse en práctica, por supuesto. Arty lo impidió. Si el mundo exterior lo descubría, si sospechaba siquiera que no se trataba de un truco, las maniobras del poder por hacerse con Chick nos destrozarían a todos. Mejor seguir el camino recto y limitarse a los dones que cada cual poseía... ¿Acaso creíamos que Al no había hecho lo bastante por nosotros, que aún pretendíamos

hacer payasadas con su trabajo? Iphy se llevó una desilusión, pero se mostró dispuesta a entender estas razones. Elly nunca mencionó el asunto.

Seguramente era una estampa encantadora: las gemelas y yo, con nuestros vestiditos azules, sentadas a la sombra de los manzanos en una tarde veraniega, partiendo judías verdes con grandes cuencos sobre nuestros regazos. Pero las manzanas que pendían de las ramas estaban arrugadas y resecas, y el brillante cabello de las gemelas y mi papalina cubrían unos cerebros roídos por los gusanos.

—Arty no es capaz de hacerle daño a nadie —mentí mientras iba partiendo en trocitos las tiernas vainas de las judías—. Eres tú, Elly. Tienes celos de Arty, cuando lo único que hace es mirar por el bien de la familia.

—Oly, sabes muy bien que si Arty creyera que pudiera ser un gran éxito y robarle parte de su público, a estas horas Chick estaría flotando en un frasco de formol.

Sus manos despedazaban furiosamente las judías, arrojando los extremos y las hilachas en un cuenco y los fragmentos aprovechables en otro. Iphy realizaba la misma tarea con suavidad y delicadeza.

—Arty opina que Chick puede ser muy útil —insistí con terquedad.

—Sí, claro —bufó Elly—. Como mulo de carga y esclavo. Chick puede ahorrarnos muchísimo dinero. Para montar las carpas hacen falta diez hombres trabajando durante cinco horas, y Chick lo hace él solito en una. Y se da por pagado con una palmadita en la cabeza.

Iphy suspiró.

—Tendrías que ser más amable.

—Solo pienso en ti y en mí —masculló Elly, sin apartar la vista de sus propios dedos—. Es lo único que me importa. Arty nos odia. Es un egoísta.

—¡No es egoísta! ¡Tiene miedo! ¡Siempre está asustado Elly, y tú lo sabes! —Las manos de Iphy se alzaron en un ademán de espanto, para demostrar el miedo de Arty. Me desprendí de la piel de gallina con un encogimiento de hombros y pensé: «Yo también tengo miedo. Porque conozco a Arty. Lo conozco mejor que cualquiera de vosotras dos».

—Que haga de predicador, si quiere. Que se rodee de esos cretinos que se quedan embobados con él, ellos le darán todo el bombo que necesita. Pero que nos deje en paz, y a Chick también. Ya puedes decírselo, Oly. ¡Toma, llévale estas judías a mamá!

—Sé buena, Elly —le rogué—. Por favor, sé buena.

—Seré muy buena —replicó en tono amenazador—. ¡Vosotras dos dejaríais que os cortara el cuello sin quejaros!

Arty se convirtió en una Iglesia antes de que ningún miembro de la familia llegara a darse cuenta del todo. Fue un proceso tan gradual como el engrosamiento de su cuello o el cambio de su voz. De vez en cuando, uno u otro recordaba que las cosas no siempre habían sido así. No es que Arty se hiciera con una iglesia ni creara una religión, ni siquiera que encontrara una. De un modo peculiar, Arty siempre había sido una Iglesia, de la misma manera que un huevo es un pollo y una bellota es un roble. Elly aseguraba que se trataba de una maldad más de Arty.

—Siempre ha mostrado una actitud perversa hacia los *normas*. A Iphy y a mí nos gustan, excepto los impertinentes y los borrachos. Nos tratan bien. Papá cuida a las muchedumbres como si fueran una bandada de gansos. Dan mucho trabajo y son un incordio, pero de todas maneras le encantan porque son las que le dan de comer. Mamá y Chick, y también tú, Oly, ni siquiera os dais cuenta de que existe la gente. No tenéis que trabajarla. Pero Arty los odia. Si pudiera, los exterminaría a todos como quien fumiga un hormiguero.

«La verdad» era el arpón favorito de Elly, pero no necesariamente conocía todo el asunto. Si bien lo que decía de Arty era «verdad», eso no significaba que fuese toda la verdad.

Arty decía:

—Tenemos una ventaja: los *normas* dan por sentado que somos sabios. Hasta los mayores desvaríos de un histérico bufón enano se tomaban como muestras de su astucia. Los monstruos somos como los búhos, un mito de fría e inhumana objetividad. Nos consideran inmunes a la tentación y a la mezquindad. Incluso nuestro odio es grandioso para sus escasas luces. Y cuanto más deformes nos ven, mayor es nuestra supuesta santidad.

La primera vez que me habló de esta manera fue una noche muy fuera de lo común, cuando, por culpa de una infección de oído, no pudo presentar su número. Yo me quedé a hacerle compañía mientras el resto de la familia trabajaba. Estaba sentado en el sofá plegable del camión familiar, rodeado por las palomitas de maíz que derramaba, y que iba aplastando sobre la tapicería según se agitaba de un lado a otro, hablando, hundiendo el rostro en el cuenco de palomitas y sorbiendo chocolate caliente con ayuda de una pajita. Recuerdo que me reí porque, mientras me contaba esos disparates, tenía toda la cara embadurnada de mantequilla.

Me quedé hecha polvo cuando me eliminó del Oráculo. Al principio yo era la encargada de recoger las tarjetas con las preguntas e incluso subía al escenario para sostener la tarjeta elegida contra el vidrio del acuario mientras Arty la leía, burbujeando bajo el agua, para después subir a la superficie como un relámpago para dar su respuesta. Pero luego decidió que prefería que lo hiciera alguna de las pelirrojas. Entre risitas nerviosas, desfilaron todas ante él con pantaloncitos cortos y sujetadores, para que eligiera a la de mejor figura. Nos explicó que el público sentiría mayor respeto por él si lo veía atendido por una hermosa pelirroja.

—Se preguntarán si me la tiro, decidirán que seguramente sí y llegarán a la conclusión de que debo de ser un tipo increíble si una chica tan guapa está dispuesta a montárselo conmigo a pesar de

estar tan mal hecho. Cuando sale Oly a escena, se limitan a pensar que somos pájaros del mismo plumaje.

Seguí atendiéndolo después de cada representación, pero durante un largo tiempo me sentí desdichada y no quise ver sus actuaciones.

El Muchacho Acuático volvió a cambiar. Durante una temporada solo respondió a preguntas genéricas, destiladas de los garrapateados desconciertos y pesadumbres que se acumulaban en las tarjetas de diez por quince. Luego, se negó a seguir respondiendo y les decía únicamente lo que él quería que supieran. Dar testimonio, lo llamaba.

Arty quería que la gente supiera que no eran más que unos insectos controlados por sus hormonas y que probablemente se merecían todas sus desgracias, pero que él, el Muchacho Acuático, podía compadecerlos de todo corazón porque se hallaba en una situación mucho mejor que la suya. Al menos, así es como me sonaba a mí, aunque los clientes debían de interpretar algo muy distinto, pues se lo tragaban y parecían disfrutar compadeciéndose de sí mismos. Cualquiera hubiera dicho que tal estado de ánimo tenía que ser perjudicial para el negocio de la feria, pero en realidad sucedía lo contrario. El gentío que salía de ver y escuchar a Arty se abalanzaba sobre las casetas, como si salieran agresivamente resueltos a abandonarse a los deleites de la comida de plástico y a las atracciones para bobos, como compensación por la desgracia que acababa de serles revelada.

Arty pensaba mucho en todo esto. A veces me contaba cosas, solo a mí, y únicamente porque yo lo adoraba y de todos modos no le importaba.

—Me parece que ya empiezo a tener una idea de cómo montármelo. Muy bien. La feria funciona porque la gente está dispuesta a pagar por sentirse asombrada y asustada. Pueden pasearse por la feria y llevarse una sorpresa aquí y un susto allí, o las dos cosas. ¿Y sabes qué más influye? La esperanza. Todos esperan llevarse un premio, sacar el gordo, conocer a una chica, dar en el centro de la diana delante de todos sus amigos. Ellos lo llaman suerte o casualidad, pero es lo mismo que la esperanza. Ahora bien, la esperanza es una sensación agradable que, para funcionar, necesita riesgo. Y es más agradable cuanto mayor es el riesgo que se corre en caso de que no suceda lo que tú esperas. Esperas que tu vieja tía la espiche y te deje una herencia generosa, pero puede que se las deje al gato. Puedes no darle al blanco y no ganar el perro disecado, puedes perder tu dinero y quedar como un tonto. No se obtiene la emoción sin el riesgo. Muy bien. La religión se basa en el mismo principio. La única diferencia consiste en que se trata de algo mucho más asombroso que Chick y las gemelas. Y asusta mucho más que el Avión Loco o el Tren del Terror o cualquier otra atracción. Pero este miedo se refleja también en el apartado de la esperanza. La esperanza que te da la religión es de cinco estrellas, porque el riesgo es incomparable. Alucinante. Bueno, eso es lo que estoy estudiando ahora. Lo concerniente al asombro ya está resuelto. Y lo del miedo está chupado. Pero aún me falta encontrar una esperanza.

Arty hizo imprimir folletos especiales para distribuirlos en determinadas iglesias. «¡Refugio!» proclamaban. «¡Arturo, el Muchacho Acuático!», y a continuación una lista de las fechas y lugares en que nos presentaríamos. Y, si bien Arty jamás mencionó nada semejante a un dios, una voluntad exterior o una vida después de la muerte, comenzaron a acudir grupos de creyentes. En las regiones marchitas donde se habían perdido las cosechas o se habían cerrado las fábricas, congregaciones enteras cruzaban nuestras puertas y, haciendo caso omiso de las luces y atracciones de la feria, se encaminaban directamente a la carpa de Arty. Pagaban la entrada y permanecían sentados en silencio, arracimados

en las gradas, todo el tiempo que hiciera falta hasta el comienzo del espectáculo. Cuando éste terminaba, se retiraban todos juntos, sin fijarse en nada más.

—Son demasiado pobres para jugar —comentó papá.

—Un solo pavo que tengan, será para mí —replicó Arty.

Pero no era el dinero lo que le entusiasmaba, sino el saber que personas que jamás habrían acudido a la feria venían ahora para verlo a él. Mamá vivía en un placentero ensueño.

—Arty empieza a desplegar sus alas —solía decir, asintiendo para sí. Pero sus alas se extendían mucho más allá de los graderíos de su propia carpa: durante ese tiempo fue adquiriendo un dominio gradualmente mayor sobre toda la feria, como se hacía cada vez más evidente por las órdenes que daba.

10

La danza de las serpientes: inmaculada

Aquel año yo tenía once años. Chick había cumplido los seis y las gemelas se aproximaban a su decimocuarto cumpleaños. Arty tenía dieciséis años y mucha prisa.

Había conseguido un gran camión para él solo, con una plataforma para conectarlo al camión familiar. Ningún problema al respecto. Cuando Arty le hizo firmar el cheque, papá se limitó a encogerse de hombros. Los guardas cargaron los muebles desde el vestuario de la carpa de Arty y yo los puse en orden. Mamá se ocupó de trasladar a Chick al cubículo de Arty en el camión familiar, abandonado mucho antes.

A medida que Arty iba haciéndose más fuerte, Al y Lil languidecían. Parecían ablandarse y oscurecerse de semana en semana. Lil se mostraba más a menudo ausente y distraída. Se la veía a todas horas revolviendo el interior de su inseparable bolso, del que su colección de cápsulas y grageas no hacía más que entrar y salir constantemente. Cumplía con su trabajo, pero estaba cada vez más delgada y sus pechos comenzaban a decaer. La ropa ya no le sentaba tan bien como antes. Su maquillaje era un tanto impreciso por la mañana temprano y hacia la hora del almuerzo tendía a emborronarse. Por la noche, mucho antes de la hora del cierre, el rímel y el colorete se habían corrido hasta formar gruesos manchones. En sus ojos faltaba algo.

Aquél fue el año en que decidió que ya había enseñado a las gemelas todo lo que estaba en su mano y contrató a un vistoso pianista para que les diera clases. Arty aseguraba que ésa era la

causa de su frágil llanto. Las gemelas decían que había comenzado con el nacimiento de Chick y desde entonces no había hecho sino aumentar.

Ya no pedíamos la opinión de papá. Al se mostraba inquieto y distraído un momento, irritable al siguiente. Por la mañana, salía a dar sus órdenes, y descubría que Arty ya había establecido el programa del día. Mientras los empleados trabajaban, se quedaba a su lado, rezongando y hablándoles con brusquedad. Se acostumbró a pasar cada vez más tiempo en compañía de Horst, y salía a desempeñar su papel de maestro de ceremonias con el frac desabrochado y el mostacho sin encerar. Y entonces apareció la doctora Phyllis.

Al siempre se había tenido por un curandero. Su pasatiempo favorito consistía en leer revistas de medicina. Coleccionaba botiquines y medicamentos. Era un médico aficionado entusiasta, y, en cuanto pudimos permitírnoslo —años antes de que el arturismo se pusiera en boga—, adquirió un pequeño remolque de segunda mano y lo acondicionó como enfermería. Su fascinación por la mecánica del cuerpo humano era ciertamente anterior a su idea de manipular nuestra gestación y probablemente contribuyó a suscitarla; sin duda alguna, tenía buenas dotes para esta actividad. Nosotros la considerábamos parte de su espíritu yanqui. Era un apasionado de la medicina pero no soportaba a los médicos, porque se llevaban toda la gloria por el mero hecho de haber conseguido colgar de la pared un pedazo de papel.

Con esta afición de Al, la Fabulonia había mantenido una independencia casi total de la medicina. Horst se encargaba de los asuntos veterinarios, pero Al se ocupaba personalmen - te de todo lo humano. Los tragafuegos lo tenían por un genio, ya que curaba las numerosas ampollas de sus labios y el interior de sus bocas. Con los años, aprendió a recomponer las fracturas, a arreglar las

articulaciones dislocadas, a diagnosticar y curar las enfermedades venéreas y a tratar toda clase de infecciones, desde los riñones hasta las amígdalas.

Era Lil quien levantaba los ánimos, cambiaba las sábanas y leía en voz alta a los enfermos, pero todas las tareas de relumbrón le correspondían a Al. Sajaba diestramente los diviesos, administraba vacunas, irrigaba oídos, narices y rectos con idéntico celo y convertía la extracción de una astilla en un gran espectáculo. Era un maestro de las suturas; «magia sin cicatrices», como él mismo proclamaba. El mayor triunfo de su carrera lo obtuvo la noche en que una anciana señora de la primera fila sufrió un colapso nada más ver a Arty. Al reconoció los síntomas de un ataque cardíaco, desgarró la pechera de su vestido de algodón morado y le puso unos electrodos desechables sobre el pecho a los pocos segundos de verla caer sobre el serrín. Lo hizo allí mismo, delante del acuario de Arty, bajo la atenta mirada de los setecientos u ochocientos espectadores que ocupaban las gradas. La mujer dio una sacudida. Se le cayeron las gafas. Vació el colon de forma bastante ruidosa y recobró la vida, aunque no la conciencia, ante todos los presentes.

La gente de la feria que sentía algún malestar tenía la costumbre de presentarse los lunes por la mañana en la clínica de Al. Muchos decían que Al «debía haber sido médico», y que allí en la Fabulonia estaba desperdiciando su talento. Al no lo veía así. «Tengo una consulta cautiva de sesenta almas», aducía, incrementando la cifra a medida que la población de la feria crecía hasta ochenta, ciento veinte o ciento sesenta personas.

Y entonces llegó la doctora Phyllis. Aparcó en los terrenos de la feria, a treinta metros de la parte de atrás del remolque de las fieras, que aquel día era casualmente el último de la fila.

Permaneció un rato sentada ante el volante, mirando por el parabrisas. La vi porque estaba paseándome a trompicones en torno al remolque de las fieras, ensayando formas de animar al público. Seguí con lo mío fingiendo no haberla visto, pero me fijé bien en la reluciente furgoneta blanca, con un emblema pintado junto a la

portezuela que representaba un par de serpientes enroscadas en torno a una vara. Apenas se distinguían los borrosos contornos de una pálida figura tras el parabrisas polarizado. Llevábamos ya dos días en aquel lugar y todo estaba instalado, de modo que los empleados disfrutaban de una mañana tranquila, sentados en los peldaños del remolque, charlando y tomando café.

Horst estaba afeitándose ante su camión vivienda con una maquinilla de pilas, mirándose en el espejo retrovisor. Todo el mundo vio llegar la furgoneta, pero nadie reaccionó. Por lo que sabíamos, bien podía ser que Al hubiera contratado un número nuevo sin decirnos nada.

Al principio supuse que sería una bailarina especializada en la danza de las serpientes, debido a las dos víboras pintadas en la furgoneta. Las serpientes ejercían sobre mí una morbosa fascinación. La puerta de la furgoneta se abrió, se desplegaron un par de escalones y apareció ella.

Iba toda vestida de blanco: el uniforme, los zapatos, las medias, los guantes y, naturalmente, la graciosa cofia y la mascarilla facial. Solo las gafas eran neutras, transparentes, con gruesos cristales que le desdibujaban los ojos.

Descendió ágilmente del vehículo y se dirigió a paso vivo hacia el guarda más próximo. Se trataba de Tim Jenkins, un robusto levantador de pesas de color caoba que había renunciado a su condición de cabo perpetuo en los *marines* para ser contratado por Al cuando su cuero cabelludo aún resultaba visible bajo su corte de pelo militar. Tim se tomaba muy en serio sus deberes de guarda y, cuando la achaparrada figura de blanco se le acercó, la saludó con un taconazo.

Dejé de pasear para mirarla con ojos como platos. Comprendí que era una mujer por la envergadura de sus caderas y la prominente delantera. Pensé que sería una especie de danzarina hindú, e imaginé un espectáculo de llamas y reptiles que se deslizarían sobre su carne poco a poco revelada, treparían por sus brazos bajo las mangas blancas, y todo eso.

No alcancé a oír lo que decía, pero Tim hizo un gesto de asentimiento y se volvió hacia Horst, que lo había visto todo a través del espejo. Lanzó la maquinilla de afeitar sobre el asiento de su vehículo, a través de la ventanilla del conductor, y anduvo hacia la recién llegada. Tim se la presentó y Horst asintió y extendió la mano. La figura de blanco embutió las suyas en los bolsillos de la chaqueta blanca. Horst dejó caer la mano y se afirmó sobre sus talones. Acto seguido, echó a andar hacia los dos camiones de los Binewski en compañía de la dama de blanco. Los seguí a distancia.

Era una cálida y radiante mañana en Arkansas, me parece, o quizás en Georgia. El polvo de mis zapatos era rojo ladrillo cuando me apoyé sobre el camión generador y bajé la vista, fingiendo estar absorta en mis propios asuntos. Cuando me di cuenta de que el fracturado traqueteo del generador me impediría escuchar cualquier conversación, sentí ganas de tirarme de los pelos por haber elegido ese parachoques en particular para apoyarme. La dama de blanco estaba esperando ante el camión de Arty. Sostenía un maletín de vinilo, también blanco. Permanecía completamente inmóvil, sin movimientos nerviosos. La carita de Chick se asomó por la ventanilla del camión familiar.

Arty apareció en su silla. Tenía la frente arrugada de preguntas. No la conoce, pensé. No la ha mandado llamar. La saludó con una inclinación de cabeza y le dijo algo. Ella le habló, sujetando el maletín con ambas manos. Arty hizo descender la silla por la rampa y ella se situó a su lado. Comenzaron a alejarse lentamente de los camiones, conversando. La mujer se había puesto el maletín bajo el brazo y volvía a llevar las dos manos en los bolsillos.

El maletín no permaneció donde ella lo había dejado, sino que se deslizó hacia atrás y flotó hacia la portezuela abierta del camión familiar a poco más de un metro sobre el suelo. La mujer giró en redondo y, a pesar de la mascarilla, advertí que miraba el maletín con ojos fulgurantes. Arty volvió la cabeza, se detuvo, abrió la boca y profirió un grito en dirección al camión. El maletín se paró justo antes de cruzar la puerta, giró en pleno aire y regresó hacia la dama

blanca al doble de velocidad. Ella extendió una mano enguantada, lo aferró y volvió a encajárselo bajo el brazo. Arty le dijo algo. Ella asintió. Se volvieron de nuevo y, él rodando y ella andando, pasearon de un extremo a otro de la feria durante largo rato sin dejar de conversar.

—A mí me da grima —dijo Electra. Iphigenia agitó solemnemente la cabeza para manifestar su acuerdo y se llevó una rodaja de manzana a la boca. Arty hizo caso omiso de ambas.

—¿Cómo va a cobrar? ¿A porcentaje? ¿Un sueldo? ¿Solo cuando haya algún enfermo? ¿O solo mientras todo el mundo esté bien? —Al entornó nerviosamente los párpados, intentando aparentar un aire profesional. Arty se vio obligado a abandonar su sopa y sus pretensiones de despreocupación. Paseó la vista en torno a la mesa, contemplándonos a todos, y se volvió hacia papá.

—No te preocupes por el dinero. Ya me ocuparé yo de eso. Esta mujer tiene mucho que ofrecernos. Ha sido un golpe de suerte para la feria. Además, no es uno de esos jamelgos académicos. Es muy buena en lo suyo.

Papá bajó la mirada hacia su cuenco de sopa con aspecto avergonzado. Lily esbozó una soñadora sonrisa.

—Será estupendo tener una señora educada por aquí. —Al le palmeó suavemente la mano. Arty se concentró de nuevo en su sopa, bizqueando al mirar la pajita con que sorbía. Chick estaba sentado junto a Lil al fondo del compartimento, sonriendo mientras contemplaba los guisantes que se elevaban uno por uno de la sopa, se agitaban ligeramente, hasta que la gota de caldo caía otra vez al cuenco, y descendían hasta reposar en formación militar sobre su plato. A Chick nunca le habían gustado los guisantes. Capté la mirada de Iphy, que enarcó las cejas y frunció los labios. Elly me miró y arrugó la nariz. Todas estábamos de acuerdo en que, aun si cogiésemos la peste bubónica, la dama de blanco no nos pondría las manos encima.

La doctora Phyllis amedrentaba a Al. Pasado el primer día, ya nunca volvió a cuestionar su presencia ni sus credenciales. Ni siquiera se atrevía a preguntar de dónde había salido ni a qué se dedicaba antes de unirse a nosotros. Vacilante, aseguraba que se trataba de «una dama» y una buena médica, y que eso era todo lo que él quería saber. Las gemelas y yo meneábamos la cabeza al pensar en la escasa resistencia que había opuesto ante la usurpación de su pasión particular. Yo no dejaba de insistirle para que la interrogara, pues, si no le sonsacaba él la información, Arty querría que lo hiciera yo. Daba la impresión de que, a pesar de su larga conversación con ella, Arty no sabía mucho más que el resto de la familia.

Estaba yo una mañana colocando a Arty en el pequeño montacargas instalado en la parte exterior del camión familiar cuando ladeó la cabeza para guiñarme un ojo y comentó:

—Me parece que tendrás que dejar que la vieja doctora P. te eche un vistazo por el microscopio.

Apoyé un pie en la plataforma, accioné la palanca y nos elevamos lentamente.

Era una mañana de sol. Tibia. No sé dónde estábamos; en algún valle pequeño.

El campamento estaba rodeado de verdes prados surcados por arroyos, con escabrosas colinas al fondo. La carretera cortaba el valle en dirección a una pequeña ciudad, cuyas chimeneas eran visibles sobre los árboles. De entre la hierba alta se alzó el grito de un faisán. Contorsionándose, Arty pasó del montacargas al techo del camión. Le gustaba tomar el sol allí arriba siempre que podía. Junto con el montacargas, Al había instalado también una barandilla en torno a todo el techo para que Arty no se cayera.

Arty deslizó los dedos de una aleta inferior bajo la cintura de su traje de baño y tiró de él hacia abajo hasta que se desprendió de su cuerpo. Luego rodó sobre sí mismo y arqueó la espalda, ofreciendo su abdomen al sol y estirándose voluptuosamente.

—Sí —exclamó—. Sería mejor que la pequeña Oly se dedique un poco a la doctora P.

—Aquí tienes tu matamoscas. —Lo dejé a su alcance, con el mango muy cerca de su cabeza. Arty era, según sus propias palabras, «la Meca de las moscas», y no podía soportarlas.

—No finjas que no me oyes, Oly —musitó, mientras comenzaba a aplicarse aceite en el pecho.

—Te he oído. No me gusta la doctora.

—Oly, te aseguro que te gusta. Te gusta mucho. Es una mujer fascinante e inteligente, y puedes aprender muchas cosas de ella.

—Muy bien —accedí, tapando de nuevo el frasco.

—Escúchala. Nadie sabe hacerlo mejor que tú. —Volvió la cabeza para verme subir al montacargas.

—No vayas a mearte encima de nadie desde aquí arriba —le advertí—. Ya sabes cómo se puso papá la última vez.

Accioné la palanca de bajada y desvié la mirada hacia el parduzco arroyo que serpenteaba entre las hierbas por detrás del camión.

Tres horas más tarde me dirigía hacia el volquete, cargando la basura de la doctora P, despotricando contra ella, contra Arty y contra mí misma en un tenso vapor de azulada rabia que siseaba por mi nariz cada vez que respiraba. La doctora había aceptado fríamente mi ofrecimiento de ayuda, sin dejar de mirarme mientras yo accionaba el gato hidráulico para nivelar su furgoneta. Luego me dio órdenes estrictas acerca de cómo segar la hierba y los matojos en torno a su furgoneta y después me hizo pasar un rastrillo por toda la zona para limpiarla de desperdicios. A continuación, me presentó la basura. La doctora tenía unas ideas muy estrictas sobre la basura. Cada una de las bolsas llenas depositadas en el cubo junto a su furgoneta debía ser metida en otra bolsa y envuelta en una particular forma alargada y atada con un cordel mediante un pulcro nudo cuadrado. Con tres de estos pequeños paquetes se

llenaba una bolsa grande, que se envolvía y se ataba con el mismo nudo. Acto seguido, la bolsa grande podía ser transportada al depósito común del campamento.

Al parecer, encontró de lo más natural que Arty me enviara a mí, y no a alguien más eficiente, para desembarazarla de estas tareas. No me mostró el menor agradecimiento.

Cuando volví a su camioneta, la puerta estaba otra vez cerrada. Aún no había podido entrar. Pulsé el timbre de la puerta. Su voz sonó como una raspadura en el comunicador.

—¿Sí?

—Ya he terminado con la basura, señora.

—Eso es todo por hoy, entonces. Ve a bañarte y cuida de limpiarte bien las uñas. Preséntate mañana por la mañana.

Al cabo de un mes y varias poblaciones, aún no había puesto el pie en su camioneta. Había llenado sus depósitos de combustible y de agua, vaciado su fosa séptica, envuelto su basura todos los días como para un regalo, y en cada sitio nuevo había nivelado su vehículo, despejado los alrededores y, en términos generales, besado sus frías y bamboleantes nalgas sin ningún resultado.

Entre tanto, ella se había adueñado del precioso remolque enfermería de Al.

El número de enfermos que acudían a la consulta se redujo a la mitad. Al siguió examinando a la familia todos los lunes por la mañana, pero ahora lo hacía en el comedor. Ya no ponía el entusiasmo de antes. Todavía nos daba golpecitos, escuchaba y nos preguntaba por nuestra actividad intestinal. Seguía alzando nuestros párpados y escrutando nuestras gargantas y oídos, nos miraba ceñudamente las uñas, nos frotaba las encías con un potingue azul y, en aquellos que tenían pelo, comprobaba que no hubiera piojos u otros parásitos, pero se le notaba que no sentía el antiguo deleite. Lo hacía a escondidas de la doctora.

Varios años después encontré el siguiente recorte entre los documentos personales del periodista Norval Sanderson, que se unió a la feria poco después que la doctora Phyllis. Norval disponía de recursos que a los Binewski nos estaban vedados. Si deseaba informarse del pasado de alguien, podía acceder a los archivos y registros microfilmados de cualquier periódico del país.

(UPI) Una estudiante de la Universidad de Nueva York fue ingresada hoy en el hospital de Santa Teresa tras someterse ella misma a una importante operación abdominal en su dormitorio de la facultad.

Las autoridades universitarias declararon que Phyllis Gleaner, de 22 años, estudiante de Bioquímica de tercer año, hizo sonar el timbre de alarma de su dormitorio a las 4.30 de la madrugada, para llamar al guarda nocturno. Al acudir a la llamada, el guarda Gregory Phelps halló a la estudiante tendida sobre una mesa esterilizada, envuelta en sábanas ensangrentadas y rodeada de instrumentos quirúrgicos.

«Estaba débil, pero consciente —declaró Phelps—. Me pidió que llamara a una ambulancia y que no tocara nada. Dijo que el cuarto era estéril y que no quería que tocara nada. Insistió mucho en eso. Había sangre por todas partes y, por lo que pude ver en los espejos que tenía alrededor, me pareció mejor no moverla, así que salí corriendo a llamar una ambulancia.»

Kevin Goran, médico de la policía, examinó el dormitorio de Gleaner después de que se la llevaran al hospital. «Era un quirófano improvisado, pero funcional —explicó Goran—. Tenía los instrumentos necesarios para una operación abdominal de cierta importancia y un ingenioso sistema de espejos que le permitía trabajar en el interior de su propia cavidad abdominal.»

En Santa Teresa, el personal de urgencias declaró que en el momento de su ingreso Gleaner se hallaba consciente y coherente, pero muy fatigada. «No estaba realmente bajo shock —comentó el doctor Vincent Coraccio, del departamento de cirugía de Santa Teresa—. Lo más notable era la profesionalidad de su trabajo. Había realizado toda la operación y se veía que ya había terminado, pero se sintió demasiado cansada para cerrar la incisión. Fue entonces cuando solicitó ayuda. Lo único que tuve que hacer fue suturarla. Un trabajo muy limpio.»

Gleaner se administró ella misma anestesia local durante todo el proceso. Sus declaraciones al personal del hospital indican que Gleaner creía que una organización secreta le había implantado un dispositivo de control remoto junto al hígado. Gleaner creía que este dispositivo era utilizado para controlar y dirigir sus actividades, y se sometió a la operación con el fin de librarse del

mismo. La policía no halló rastros de ningún aparato semejante durante su registro de la habitación de Gleaner, como tampoco el equipo médico que trató a Gleaner.

El recorte estaba unido con una grapa a la libreta de notas de Sanderson. Una página cubierta con su irregular caligrafía revelaba el resto de sus averiguaciones sobre la doctora P.

En un artículo publicado dos días después, el mismo periodista indicaba que los funcionarios de la universidad que trataron de comunicarse con la familia de Gleaner descubrieron que los datos de su historial eran ficticios. La muchacha no había estudiado en las escuelas que decía. Sus antecedentes habían sido falsificados. En la pequeña población de Kansas que había dado como su hogar, Garden City, no fue posible localizar a ningún pariente ni amigo suyo. La universidad se sintió bastante violenta, sobre todo en vista del brillante historial académico de Gleaner en esa institución. Sus profesores reconocieron que era una chica muy reservada y negaron tener conocimiento de su vida privada. Por otra parte, admitieron que su trabajo académico era en general excelente. Sus compañeros de clase afirmaron conocerla muy poco. Gleaner se mantenía al margen de todo.

Hasta ahora, Gleaner se ha negado rotundamente a hacer ninguna declaración y a responder a las preguntas sobre su operación y su falso historial. Su único comentario, conocido por mediación de la ayudante de una enfermera, fue que la universidad no tenía ningún motivo de preocupación, ya que siempre había pagado las matrículas y mensualidades.

11

Sangre, muñones y otras mutaciones

Las gemelas cumplieron los catorce años en Burkburnett, Texas, durante una tormenta de arena en el Panhandle, tan rojiza como los ojos de un bebedor. Los cumpleaños eran las únicas festividades que los Binewski tenían en cuenta, y los celebrábamos con todo el entusiasmo de que éramos capaces. Pero aquél había pillado a las gemelas en mal sitio. Wichita Falls nos había negado el permiso, y nuestro representante —nuevo en el empleo y, de todos modos, un verdadero reptil— tuvo miedo de decírselo a Al. No nos enteramos hasta que la policía se presentó en el campamento y escoltó nuestra caravana hasta las afueras de la población, sin que Al dejara de blasfemar melódicamente durante todo el camino hasta la siguiente parada prevista, que era Burkburnett. Burkburnett aún no había decidido si nos concedería permiso o no. Nos detuvimos en la estación de clasificación de trenes, muy cerca del matadero, y dormimos arrullados por el zumbido y el claqueteo de los pozos de petróleo como si se tratara de música nocturna.

Los pozos de petróleo estaban por todas partes. La tierra había sido abandonada al polvo y los lagartos, y los ventosos patios de todos los bungalows de aquella población habían renunciado a la sombra y a los geranios en favor de la alcohólica promesa que resonaba en el traqueteo de las bombas de extracción. Todas las bombas estaban encajadas sobre una base de hormigón y rodeadas por una verja metálica de casi tres metros de altura con alambre de púas en el borde superior. Había bombas de extracción en el aparcamiento de la licorería, abierta las veinticuatro horas. Había tres bombas en otras tantas parcelas cuidadosamente elegidas entre

el césped artificial que cubría el cementerio de Terra Celestial Memorial Gardens. Una docena de hambrientos insectos de acero hundían su aguijón en la negra arcilla, impregnada de estiércol, del solar del matadero con sus corrales vacíos, donde las vacas, cuando las había, se arremolinaban en espera del cuchillo. Aquella semana, el cercado de tablones solamente protegía los pozos de petróleo. La planta conservera estaba cerrada.

Tras la esquina del matadero más próxima a nosotros, la ciudad comenzaba —o terminaba— con un desvencijado montón de fachadas de comercios que se sostenían unos a otros y encaraban un millón de kilómetros de terreno texano que se extendían en forma de planicie regular.

Las gemelas despertaron riñendo. Pude oír el áspero susurro de Elly tras la mampara. Después, Iphy, que nunca había aprendido a susurrar, replicó:

—No es que sea mejor que tú, Elly; es distinto. Por favor. Solamente por hoy.

Era la disputa de siempre. Iphy quería sentarse a desayunar al lado de Arty. Elly siempre insistía en sentarse en la parte izquierda del compartimento comedor, de manera que quedaba situada entre Iphy y Arty, que ocupaba su silla especial en un extremo. Elly no soportaba las risitas que le venían de Iphy cuando se sentaba al lado de Arty. A este último no parecía importarle. Yo era la que ayudaba a Arty con la comida.

Salí a gatas de mi armario y pasé al baño de puntillas. Elly estaba gruñendo. Seguramente había cedido. El año anterior, en el cumpleaños de Arty, también había cedido y luego se había pasado todo el día de morros. La sonrosada alegría de las sonrisas de Iphy me dejó trastornada. Me miré en el espejo, tratando de detectar el miedo en mi cara. Pero el miedo estaba en el hígado y era invisible.

Arty prefería que fuese Iphy, y no yo, quien le cortase la carne. Las persianas del cuarto de las gemelas se abrieron con un chirrido. Sus voces sonaron al unísono:

—¡Un caballo! —exclamaron. Y luego, un suspiro por duplicado —: ¡Pobre animal!

Dejaron la puerta del camión abierta, y, cuando salí, las vi encaramadas al tablón inferior del cercado, atisbando al interior.

—Muchas felicidades —exclamé, y abracé sus largos y hermosos cuellos. En seguida, sus manos tiraron de mí hacia arriba y me sujeté del tablón más alto para mirar yo también.

—Aguántala bien —dijo Iphy, y el brazo de Elly se cerró bajo mi corcova.

—Está enfermo —añadió Iphy, que suponía que todos los animales desconocidos eran machos.

—Es vieja —objetó Elly, para quien todos los seres vivos eran hembras hasta que se demostrara lo contrario.

En otro tiempo, el caballo había sido rojizo, pero una nevisca blanquecina había deslucido su abrigo. Su hocico blanco pendía a ras del suelo, al extremo de un flaco y cansado cuello. Sus orejas colgaban flojas y lacias. Sus ojos estaban casi cerrados. En el costillar, en la columna y en las descarnadas patas, sobresalía su osamenta. La cola era tan larga que se arrastraba entre las boñigas.

—¡Mirad las patas! —gritaron simultáneamente las gemelas. El caballo no dormía. Acababa de dar medio paso adelante. Primero un casco trasero, y luego el delantero del lado contrario, se elevaron cansinamente sobre el fango negruzco que los cubría hasta los menudillos. Luego, el caballo se detuvo y levantó de nuevo la pata trasera, sosteniéndola encogida de forma que el casco permanecía por encima del barro. Era un casco alargado y curvado hacia delante, como un zapato humano gastado por la parte exterior. Las patas estaban embarradas hasta la rodilla y se torcían de un modo extraño.

El sol comenzó a filtrarse por el borde de la llanura. El caballo se hallaba en la penumbra, en su minúsculo corral.

—Tiene las patas deshechas —musitó Elly. Iphy se tragó una lágrima de compasión.

Las tablas del cercado me trasmitían la leve vibración de las bombas lejanas, perdidas en el complejo laberinto de corrales.

La amarillenta cuchilla del sol rajó el aire, sin llegar todavía a tocar el suelo, ni siquiera las cercas, pero rozando los extremos de las bombas cada vez que se elevaban y perdiéndolos de nuevo cuando volvían a hundirse en las sombras. El decrépito caballo permanecía inmóvil, ajeno a todo. No sacudía ni una oreja. No contraía ni un párpado. Una mosca madrugadora se paseaba por sus colgantes belfos.

—Feliz cumpleaños —dijo Arty.

En el desayuno, Iphy se sentó al lado de Arty. Al se había dirigido a la oficina del sheriff para recibir el veredicto sobre nuestro permiso para actuar en Burkburnett. Lil abrazaba a las gemelas cada vez que se cruzaba con ellas, y para desayunar nos sirvió una elegante ensalada de melón. Elly no decía nada. Iphy se lamentó por el pobre jamelgo durante todo el desayuno.

—Quiero mi silla —ordenó Arty. Sin duda tramaba algo. Saqué la silla al exterior y la desplegué ante la puerta. Arty se encaramó a ella desde el peldaño superior y paseó la vista en torno—. Al caballo. —Empujé la silla sobre el polvo, hasta la cerca. Él se inclinó hacia delante y miró por entre las tablas. El caballo no se había movido. El rostro de Arty se torció en una mueca de repugnancia. Luego, se recostó de nuevo en el respaldo y me miró con aire pensativo—. Muy bien. Ve a buscar a la doctora. Que venga aquí.

Salí corriendo.

La furgoneta de la doctora, bastante grande, estaba aparcada en solitario al final de la hilera de remolques, a cincuenta metros del último. Nunca se situaba cerca de los demás. Tenía las persianas

abiertas. Las serpientes enroscadas pintadas sobre el flanco de la furgoneta sostenían el intercomunicador entre sus bocas. Pulsé el botón. El sol ya estaba más alto en el cielo y caía oblicuamente sobre mis manos, cálido y amarillo. El altavoz del comunicador emitió un siseo y acto seguido sonó la tranquila voz de la doctora.

—¿Sí?

Le transmití el mensaje.

—Un momento. —El altavoz volvió a sisear y enmudeció. Descendí del peldaño y esperé a que saliera. No me gustaba la idea de que su puerta se abriera demasiado cerca de mí.

El aire estaba seco e inmóvil, con un aroma rancio y espeso. El único olor familiar era la leve vaharada de gasolina de la furgoneta. Aún no habíamos abierto. Todavía no habíamos dejado nuestra marca en el aire. Intenté divisar nuestro hogar, más allá del amasijo de camiones, camionetas y remolques; el lugar, al otro extremo, donde se hallaba nuestro camión y Arty nos esperaba junto al corral del caballo moribundo. Me encasqueté bien la gorra sobre las orejas y removí nerviosamente el polvo con los pies. No quería mirar en la otra dirección, hacia la sucia y reseca ciudad que nos ofrecía sus ventanas cerradas. Cuando se abrió la portezuela, me mordí la lengua. Lo primero que salió fue el olor a desinfectante. Luego vi sus blancos zapatos de plataforma, de los que sobresalían los tobillos.

—Muéstrame el camino, por favor —me pidió. Y comenzó a acercarse a mí. Me escabullí precipitadamente.

La voz de la doctora Phyllis habría debido resultar agradable. Era fresca y clara, y siempre controlada. Al contrario que las de Lil o Iphy, nunca se perdía en los mellados bordes de la aspereza. Pero, aun así, no era agradable. Era tan monótona como la de un sonámbulo. Sus palabras brotaban limpias, quirúrgicamente recortadas por un aliento algo jadeante allí donde debiera haber una *r*. La doctora hablaba el antiguo idioma de Lil, el arrastrado y suave lenguaje del lado bueno de la colina de Boston. Sin embargo, cuando Lil se lo comentó, la doctora Phyllis respondió que nunca había estado allí. Aquella conversación hizo desear a Lil que la

doctora se quedara en la feria. Le pareció que sería bueno tener entre nosotros a una mujer que hablaba de esta manera, como si las dos fuesen a tomar el té en el camión y charlar sobre el viejo hogar. Pero eso nunca sucedió. A mí no me molestaba que a Lil le gustara la doctora: en cuestión de amistades, Lil tenía unas preferencias muy tontas. Pero Arty era otra cosa.

Iba alzando una polvareda tras de mí mientras corría, y tuve la esperanza de que se posara sobre su blanco uniforme. Me hubiera gustado que no llevara la mascarilla, para que respirara el polvo y tosiera. Pero nunca salía sin llevar boca y nariz cubiertas con la máscara. La cofia blanca siempre estaba bien calada sobre su frente y le ocultaba completamente los cabellos. Entre ambas prendas, las grandes y gruesas gafas. Estaba perfectamente protegida. No me dirigió la palabra y se puso a mi altura sin dificultad, andando a buen paso.

Cuando llegamos, Chick estaba apoyado en el brazo de la silla de Arty. Ambos contemplaban algo que había en el polvo.

—Ponlos juntos —le oí decir a Arty. Chick asintió con la cabeza y, de pronto, una pequeña serpiente gris se elevó cosa de un palmo en el aire, suspendida por el centro como un cordón de zapato, para caer de nuevo en el polvo.

—No se dan cuenta —comentó Arty.

—Buenos días —saludó la doctora Phyllis con su clara y perfecta voz. La serpiente y un lagarto cornudo reaccionaron al instante y salieron huyendo hacia el desierto. Chick escondió la cara en el pecho de Arty.

—¡Doctora! —exclamó Arty—. Échele un ojo a este caballo.

Ella pasó junto a mí muy envarada, con las manos plegadas sobre el bajo vientre.

—Yo no soy veterinaria —objetó serenamente.

Arty hundió la barbilla en la trigueña cabellera de Chick.

—¡Vete!

El niño se apartó de un salto y se volvió para echar a correr. Al verme, extendió su suave manecita y corrió hacia mí.

—Vamos a ver qué pastel de cumpleaños nos prepara mamá —le propuse. Él sonrió y los dos subimos al camión.

Chick estaba sentado ante la encimera de la cocina, completamente quieto salvo cuando abría la boca para engullir las gotas de crema de chocolate que de vez en cuando se elevaban del cuenco en que Lil estaba batiéndola.

—Basta ya, Chick —murmuraba Lil en tales ocasiones. Y él le dirigía una dulce y achocolatada sonrisa, y el rizo que pendía ante el oído de Lil se extendía para acariciarle suavemente la mejilla antes de recobrar su posición natural. Yo estaba acurrucada en el suelo contra la puerta del armario, y observaba a Arty y la doctora Phyllis a través del vano de la puerta.

La falda blanca de la doctora estaba muy tensa sobre sus gruesas piernas y cuadrangulares caderas. Tenía ambas manos hundidas en los bolsillos delanteros y se balanceaba de un lado a otro sobre los tacones. Volvió la cabeza hacia el cercado y contempló al decrépito caballo. Arty se recostó en la silla y la miró sonriente. No alcanzaba a oír lo que decían.

Un glóbulo marrón danzó ante mi nariz. Abrí la boca. Descendió, trazó un círculo en el aire y se precipitó en mi lengua. Crema de chocolate.

—Gracias, Chick —farfullé. La gorra se desplazó hasta cubrirme los ojos y volvió de nuevo a su lugar. La doctora Phyllis apoyó un codo en el tablón superior de la cerca y giró la mascarilla y las gafas hacia Arty. Acto seguido, alzó una enguantada mano hasta la cadera y asintió. Lamí los restos de crema que tenía entre los dientes y dejé que se deslizara garganta abajo.

—Me gustaría saber dónde están las gemelas —señaló Lil. El pastel era precioso. Lil le había dado la forma de dos corazones entrelazados.

Pasé la orden a Horst, que salió al momento. Por el camino, se hizo con un par de forzudos para que le ayudaran a tirar del pequeño remolque. Yo me acomodé en un peldaño del camión de las fieras, percibiendo el olor de los tigres de Bengala y esperando a papá. Para entonces, ya se veía circular algún que otro automóvil por las alejadas calles. Una barbería abrió sus puertas, dejando al descubierto una cortina lacia de tiras atrapamoscas de color rojo y blanco. En una esquina del solar, los guardas bebían algo que sacaban de enormes termos. Se me hacía extraño estar allí detenidos sin las verjas, las casetas y las banderolas ondeando por encima de mí.

Al cabo de un rato, la doctora Phyllis pasó por delante, seguida de Horst y los dos gorilas que tiraban de un remolque cubierto. Lo dejaron junto a la gran furgoneta de la doctora. Luego, ella se metió en su vehículo y Horst vino lentamente hacia mí. Se dejó caer pesadamente sobre el escalón donde me sentaba.

—¡Ahora somos cuatreros! —rezongó.

—Papá averiguará quién es el dueño y le pagará lo que valga.

Dentro del pequeño remolque, los hombres gruñían y maldecían. El viejo caballo no quería levantarse.

—Yo no compraría ese penco ni para dárselo de comer a un gato callejero. Muy poca carne, y toda gris.

Uno de los jóvenes saltó del remolque y se dispuso a tirar del animal. Tras envolverse las manos en su cola, pringosa de estiércol, se agazapó y comenzó a retroceder poco a poco. La canosa y escuálida grupa asomó al exterior. Las enclenques patas traseras cayeron al suelo. El rubio que se había quedado en el remolque empujaba por el otro lado. Entre los dos terminaron por sacar al caballo, que se desplomó por tierra. Su cabeza se agitó torpemente al extremo del largo cuello y en seguida se inmovilizó. Las narices le vibraban al ritmo de su fatigosa respiración. El rubio saltó del remolque con un cabestro de cáñamo y lo ajustó sobre la cabeza. Luego, pasó una soga por la argolla inferior y la ató al eje del camión de la doctora Phyllis.

Los guardas comenzaban a moverse con calma, se levantaban, guardaban sus termos tras las banquetas. Un hombre corpulento cruzó la calle y anduvo sobre los rastrojos pisoteados del solar. Papá. Los dos guardas lo acompañaron durante par - te del camino hasta el camión y luego regresaron a sus puestos. Papá entró. Parecía muy enfadado.

Burkburnett nos había prohibido abrir el domingo. Tendríamos que esperar hasta el día siguiente. Al estaba furioso. No cesaba de maldecir al cobarde representante que había escurrido el bulto al primer problema.

—¡Encima de perdernos el viernes y el sábado en Wichita Falls, ahora tenemos que abrir el peor día en un poblacho que ni siquiera nos va a dar para pagar el papel higiénico de una semana!

Le expliqué a papá lo que Arty deseaba. Al refunfuñó, pero salió en busca del dueño del caballo.

A la hora de almorzar, Lil se dio cuenta de que no había visto a las gemelas desde el desayuno. Presa del pánico, comenzó a correr nerviosamente sobre sus altos tacones rojos, sujetándose los hombros con ambas manos mientras iba de un guarda a otro e interrogaba a los fornidos hombretones de rostro inexpresivo.

—No las he visto, señora. Si hubieran pasado por aquí, seguro que me habría fijado.

Y cuando mamá se alejaba, tragaban saliva y la seguían con ojos titubeantes, rogando para que aquellas monstruitas no se hubieran escabullido subrepticiamente ante sus narices mientras ellos intercambiaban embustes sobre sus noches de farra en Baton Rouge.

Papá andaba por no sé dónde, hablando con un tipo a propósito de un caballo, y yo iba en pos de mamá comentando «Sí, puede ser», y «¡Oh, seguro que no les pasa nada!» y «Puede que estén enterradas en el patio de los corrales, ¿quieres que vaya a por unas palas?», con mi más tranquilizadora voz, mientras ella consultaba en su

Catálogo materno de horrores para todas las ocasiones cuáles son las desgracias más probables cuando se ha perdido de vista a un niño. Lil había llegado ya a la fase de retorcerse las manos, y todas las pelirrojas se volvían a mirarla. Abrimos todos los vagones vacíos del apartadero de la estación y examinamos todos los candados de las grandes puertas correderas de la planta conservera, y regresamos a lo largo de la hilera de transportes de la feria, deteniéndonos ante cada uno de los camiones, remolques y caravanas. Toda la feria esperaba, porque papá aún no había dado la orden de instalar y Arty estaba ocupado en otra cosa.

Mamá llegó a la conclusión de que las gemelas debían de estar echando un sueño en su propio cuarto, y allá nos dirigíamos para comprobarlo cuando me fijé en el cielo. Era una imprecisa lámina lechosa. Muy lejos, en el borde difuminado de la llanura, una línea roja como la sangre se insinuaba entre el cielo y la tierra. Mientras miraba, el rojo fue creciendo hasta convertirse en una franja que trepaba hacia el firmamento.

Arty y Chick se hallaban ante la furgoneta de la doctora P., al final de la hilera. La doctora, con sus blancos guantes sobre las blancas caderas y los brazos en jarras, estaba plantada ante la silla y asentía con su bien envuelta cabeza de momia. Parecía que Chick quisiera ocultarse tras la silla de Arty.

El viento arreciaba por momentos, alborotando los cabellos de Chick y alisando la falda de la doctora sobre sus piernas. A un lado, el viejo caballo alzó la cabeza sobre un largo y tembloroso cuello y arañó la tierra con sus mohosas pezuñas delanteras, buscando el soporte necesario para incorporarse.

Horst pasó trotando con los dos tipos que habían transportado el caballo. Eché a correr. Vi que la doctora P. abría su puerta y le hacía gestos a Chick para que entrara. Chick la miraba, pero con ambas manos firmemente sujetas al brazo de la silla de Arty. El mentón de Arty señaló hacia la puerta y a la doctora. Estaba diciéndole a Chick que se fuera con ella.

—¡Vamos a meter otra vez ese penco agusanado en el remolque! —me aulló Horst al cruzarse conmigo. La furgoneta de la doctora estaba demasiado lejos y yo era demasiado lenta. Su puerta se cerró tras de Chick, que quedó a solas con aquella mujer. Arty accionó el mando de la silla con los dientes y rodó alegremente hacia mí.

—¿Por qué has hecho eso? —jadeé—. ¿Qué va a hacerle a Chick? ¡No lo dejes solo con ella!

—¡Llévame a casa! No le pasará nada. ¡Vamos! ¡Deprisa! ¡Corre!

Cogí automáticamente los puños de la silla y comencé a empujarla rumbo a su camión, sin dejar de estirar el cuello para mirar hacia la inexpresiva puerta cerrada de la furgoneta de la doctora P. Vi cómo Horst y sus ayudantes atormentaban a la decrépita bestia para que trepara de nuevo al remolque. Dejé de empujar.

—Arty, ¿qué va a hacerle a Chick?

Su cabeza lisa se volvió hacia mí, inclinándose a un lado de la silla.

—Le dará leche y galletas. Le enseñará a jugar a las damas. ¡Muévete ya! Tengo tantas ganas de mear que hasta noto el gusto en la boca.

Me lancé hacia delante y avancé a trompicones, mientras contemplaba cómo mis pies iban borrando las huellas de las ruedas sobre el polvo. La extraña luz del cielo no proyectaba ninguna sombra.

Mamá estaba frenética. Papá intentaba hablarle de aquel tipo obeso y erizado que era el dueño del caballo y pretendía convencer a Al de que se trataba de un pura sangre de tres años que estaría en plena forma en cuanto se echara un poco de avena al coleto. Mamá iba registrando todos los rincones del camión en busca de una nota: una nota de rescate dejada por los secuestradores o una nota de despedida de las gemelas fugitivas.

—Cuando me fui de casa, yo dejé una nota en el bote de azúcar de la cocina —farfullaba.

Papá la seguía, despotricando contra aquel «tratante de jamelgos reventados» hasta que por fin se dio cuenta de que algo andaba mal. Mamá se volvió hacia él y, con los puños apretados y el rostro encendido, le gritó:

—¡Ayúdame a encontrarlas!

—Pero ¿qué...? —Papá le cogió la muñeca y la obligó a girar el brazo para contar las huellas de pinchazos. Los vi al borde de la ira.

—Papá, las gemelas han desaparecido.

—¡Ay, la amojamada madre de Dios! —aulló papá, saliendo de estampida en pos de mamá. El viento terminó de abrir la puerta con un seco chasquido y penetró en el camión. Cerré la puerta al salir y crucé hacia el camión de Arty. Abrí sin llamar y pasé al interior. Silencio. Alfombra. La pulcra y suntuosa habitación sumida en sombras, salvo un amarillo charco de luz que caía libre sobre su diván de terciopelo burdeos, donde Arty leía un libro. Me contempló mientras me esforzaba por cerrar de nuevo la puerta.

—¿Sabes dónde están?

Negó con la cabeza.

—Pero, ya que estás aquí, podrías empapar unas cuantas toallas y embutirlas en las rendijas de la puerta y las ventanas. Hace que entre menos polvo. —Sus ojos se posaron otra vez en el libro.

Mojé toallas en la bañera, las escurrí y fui encajándolas en los marcos de las ventanas. A través de todas ellas veía al personal de la feria cambiando de lugar los camiones y remolques, disponiéndolos de cola al viento. En las ventanas de los demás remolques también se advertía movimiento, pues todo el mundo estaba cubriendo los resquicios con trapos o papeles mojados.

—¿Quieres que vaya a buscar a Chick?

Arty consultó el reloj.

—No tardará en llegar. Vendrá antes de que nos alcance el polvo.

—Ahí está. —Lo vi por la ventana, cogido de la mano de una de las pelirrojas y corriendo para mantenerse a la altura de las largas piernas de la chica. Avanzaban con la cabeza gacha, encorvados contra el viento; con la mano libre, la pelirroja se sujetaba el voluminoso cabello, que revoloteaba furiosamente en torno a sus dedos.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué no vuela? —inquirió Arty, en su tono fríamente especulativo—. Debería ser capaz de hacerlo.

Abrí la puerta de un tirón en el momento en que llegaban a los peldaños.

—¡Oly, cariño! —exclamó la pelirroja—. ¡Crystal Lil quiere que vayas, guapa! Chick ha encontrado a las gemelas. Ven enseguida.

Yo estaba contemplando a Chick, buscándole magulladuras, cicatrices psíquicas, electrodos implantados tras las orejas. Nada. Estaba absorto en la excitación del viento.

—¡Dejad al chico conmigo! —chilló Arty desde el diván. Los ojos de Chick se volvieron hacia él con anhelo y su rostro se iluminó, complacido. Entró al trote mientras yo cerraba la puerta.

La pelirroja me tomó de la mano. Con prisa. El viento soplaba con tal fuerza que me sentí despojada de mi peso. Por encima de nosotros, el cielo parecía óxido oscuro, y los gritos de los hombres quedaban desmenuzados en chillones pedacitos que volaban en derredor como si no pertenecieran a ningún lenguaje.

—¿Adónde? —mugí.

Me pareció que respondía:

—¡A los retretes!

Pasamos como una exhalación ante el camión generador, el camión frigorífico. Vi a Horst embutiendo un montón de papel mojado en las ranuras de ventilación del remolque de las fieras, y justo entonces nos golpeó el polvo. La pelirroja profirió un breve y agudo grito interrumpido por la tos, la suya y la mía. Eran agujas en la espalda, un millón de mordeduras de hormiga que me ampollaban la parte posterior del cuello y se filtraban por la ropa como otras

tantas quemaduras. Por delante era peor; una nube caliente de granulada sofocación llenaba boca, nariz y ojos con un polvo seco que absorbía toda la humedad. Le gustaba el velo del paladar, las cavidades internas de la nariz y, sobre todo, la garganta.

A nuestras espaldas, el camión frigorífico se derrumbó sobre un lado. Corrimos, y el viento trató de hacernos volar.

El remolque con diez retretes para hombres y mujeres recibía el viento de costado. La poderosa ráfaga que nos echó por tierra a la pelirroja y a mí hizo volcar los retretes del remolque. Con el cuerpo en tierra y la cara hundida entre los brazos, sentí más que oí el estrépito. Luego, una mano tiró de mí y me levantó la blusa para cubrirme con ella la boca y la nariz. La pelirroja me urgió a continuar, mientras con la otra mano sujetaba su propia blusa ante el rostro. El fino polvillo atravesaba la tela, pero al menos se podía respirar un poco. El viento me azotó la espalda, me rastrilló la joroba, clavó sus zarpas en mi calva. Mi gorra se había ido volando, al igual que las gafas de sol. No había ningún sonido: el rugido blanco de la arena arrastrada por el viento carecía de resquicios.

Unas manos me izaron por las axilas y me sentí caer, libre y cegada, pero aterricé antes de poder chillar. Dentro. A resguardo del viento. La pelirroja había encontrado la puerta de un extremo del remolque de letrinas Schultz y me había arrojado al interior. Me quedé sentada en la oscuridad, parpadeando dolorosamente y lavando con lágrimas la arena de mis ojos. El profundo retumbar del viento batía la pared de chapa en que me apoyaba. Un cuerpo tibio se arrastró hacia mí, se dejó caer a mi lado. Una mano me palpó la cabeza, la joroba. El aire era denso y estaba cargado de polvo flotante, con el nauseabundo y dulzón olor de los productos químicos y otras cosas peores. La cálida voz de la pelirroja me soplo al oído:

—Apuesto a que este cagadero no lo han limpiado desde Tulsa.

Aunque las llamábamos así, en realidad no eran unas letrinas portátiles marca Schultz. Se trataba de unas letrinas Merry-Loo montadas sobre una plataforma de camión con cinco

compartimentos por lado, depósito de agua fría para los lavabos, «CABALLEROS» al lado de babor, «SEÑORAS» a estribor. Papá las había comprado muy bien de precio con remolque incluido. El conjunto estaba construido con delgados tableros de conglomerado y era tan ligero que podía ser remolcado por un automóvil o una camioneta pequeña.

—¡Aaaajj! ¡Estoy apoyada en un urinario asqueroso!

La pelirroja se apartó bruscamente y me empujó hacia un rincón. Mi cabeza chocó con algo duro y, al alzar la mano, encontré tuberías y una fría superficie de porcelana mojada. El lavabo. Mis ojos seguían rezumando arena, pero ya comenzaba a ver con suficiente claridad como para darme cuenta de lo lóbrego que era aquello.

—Las gemelas y tu mamá están al otro lado. Estamos en la parte para hombres. Si es que siguen ahí... ¡Lil! ¡Lily! —empezó a gritar.

—¡Mamá! –aullé yo, y en seguida me puse a toser por el polvo rojizo que me arañaba los conductos internos. La oscuridad me confundía. El compartimento estaba volcado. La pila del lavabo pendía en un ángulo equivocado: si abría el grifo, el agua no caería en el lavamanos sino que chorrearía sobre mi cabeza. Estábamos acuclilladas sobre una pared, con el suelo de linóleo a nuestras espaldas. La escasa luz que había se filtraba como una niebla parduzca a través de la claraboya de plástico situada en lo que normalmente era el techo y en aquellos momentos, la pared de enfrente. Sobre ella, el viento cargado de arena proyectaba oscuras sombras apresuradas. Las cabinas comenzaban justo detrás del urinario que yacía a nuestro lado. El líquido que rezumaba por las rendijas me recordó que los retretes también estaban tumbados.

—Están encima de nosotras. —La pelirroja se incorporó sobre sus temblorosas piernas vaqueras—. ¡Uf! ¡Estoy un poco mareada! —Un líquido no identificable goteaba desde lo que constituía nuestro techo—. ¡Mira! ¡La pared está cediendo!

Los encajes del muro de conglomerado habían cedido en una esquina y la pared se hundía hacia nosotras.

—Vamos, súbete encima de mí y tira con fuerza.

Me ayudó a incorporarme y me sostuvo de las manos para equilibrarme mientras yo trepaba a su rodilla, su cadera, su espalda.

—Ahora voy a levantarme —me advirtió. Me erguí sobre sus hombros, recostada contra la pared, y tiré del tablero suelto.

—¡Mamá! ¡Crystal Lil!

—¡Eh! —sonó en la oscuridad sobre nuestras cabezas.

—Sal de en medio, Oly. Vamos a descolgar a mamá para que la recojas. Se ha hecho daño. En el pecho. —Era Elly quien me hablaba desde las tinieblas. Al descender, le causé a la pelirroja unas cuantas magulladuras adicionales. Fue ella quien sostuvo las largas y blancas piernas que se deslizaron por la abertura del techo. La falda favorita de mamá, con flores amarillas, estaba rasgada, y las venillas azuladas de la parte interior de sus muslos refulgían de un modo extraño en la penumbra.

—¿Mamá?

Los brazos fueron lo último que apareció. Las gemelas la soltaron y cayó bruscamente con un gritito.

—Luz —pidió mamá.

Las gemelas se descolgaron por el agujero y aterrizaron junto a mí. Estaban empapadas y hedían. Sus cabellos y sus ropas estaban impregnados del limo azul de los retretes químicos.

—Ha sido culpa nuestra —gimió Iphy.

—Culpa mía, quiere decir —la corrigió Elly. Se agacharon sobre mamá y la pelirroja se inclinó por encima de ellas, apartando suavemente el mechón blanco que cubría la frente de Lil. Parecía un poco ida.

La tendimos en el suelo, bajo la pila, y la pelirroja desgarró un trozo de la falda floreada y lo utilizó para cubrirle a mamá boca y nariz, de modo que pudiera respirar con todo aquel polvo que flotaba en el aire.

Las gemelas estaban sucísimas.

—¿Tenéis algo roto? —preguntó la pelirroja—. Pues sentaos aquí. Esta pestuza me da dolor de cabeza. Se os ha volcado un cagadero encima, ¿eh?

—Yo actúa —anunció mamá desde el suelo, con voz serena—. Mi sufre la acción. —Todos nos la quedamos mirando.

—¿Eso es gramática? —quiso saber Iphy. Mamá entrelazó las manos sobre el vientre como si estuviera durmiendo en su propia cama.

—No lo sé. Puede que sean solo palabras. —La pelirroja se frotó un rasponazo que tenía en el codo—. Dentro de un momento asomaré la cabeza a ver cómo va todo. A lo mejor está amainando.

Ahora el viento venía a ráfagas, tomando aliento entre asalto y asalto.

Había un poco más de luz. Las gemelas se dejaron caer al suelo, apoyadas contra la primera cabina. Sus rostros eran tan inexpresivos como pasteles intactos. Sus ojos permanecían clavados en mamá.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamé con una sonrisa. Sus labios se fruncieron en un gesto de dolor—. ¿Habéis estado aquí toda la mañana? Mamá estaba muy preocupada.

Las dos caras asintieron casi imperceptiblemente. La pelirroja emitió una especie de cloqueo y se frotó las rodilleras de los tejanos, levantando nubecillas de polvo.

—Es la primera vez que les viene la regla. Creían que iban a morirse.

Elly le dirigió una mirada furibunda, con las cejas enarcadas.

—Ya sabíamos lo que era.

Los ojos de Iphy bascularon nerviosamente hacia lo alto.

—Pero no sabíamos que a nosotras también iba a pasarnos. No nos encontramos bien. Y nos da miedo. Elly no quería salir, pero yo sí. He intentado convencerla para que saliéramos, pero no quería.

Elly meneó la cabeza en un ademán de impaciencia.

—¿Cuánto duran estas cosas? ¿Toda la noche? ¿O hasta cuándo?

Se oyó la voz de Lil por debajo del trozo de tela desgarrada:

—Os lo habría explicado mejor, pero no sabía si a vosotras os vendría.

El corazón me palpitaba en los oídos.

—Mamá, ¿a mí también va a pasarme lo mismo?

Iphy se relamió los enfangados labios.

—Elly no quería salir ni siquiera después de que Chick y mamá nos encontrasen. No me dejaba abrir la puerta. Mamá le ha pedido a Chick que abriese, pero él no ha querido. No ha querido porque nosotras no queríamos. Pero no éramos las dos, era solo Elly. Se nos han dormido las piernas ahí sentadas en ese retrete.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

—Anda, Elly, cálmate ya. No seas tan quisquillosa —rezongó la pelirroja. Luego me dio una palmadita en la cabeza—. Tu mamá me envió a buscarte para que te colaras en la cabina por debajo de la puerta.

—Si llegas a intentarlo, te pego una patada —ladró Elly.

—Por el amor de Dios, muchacha, ¿a qué viene tanto alboroto? —La pelirroja estaba exasperada—. Les pasa a todas las mujeres.

—¿Ah, sí? Bueno, pues a nosotras nos lo cambia todo. Ahora tendremos que plantearnos muchas cosas nuevas.

La bocina de un camión comenzó a sonar no muy lejos. Su inexpresiva voz, diluida por el viento, se repetía monótonamente. Mamá abrió los ojos.

—El pobre Al está impaciente.

—No sabe dónde estáis. —La pelirroja se incorporó. El blanco de sus ojos resaltaba con claridad sobre su cara llena de polvo. Extendió un brazo por encima de mí hacia el pomo de la puerta horizontal y la abrió de un empujón. La arena acumulada en la pila del lavabo se derramó sobre mí. Una ráfaga de viento penetró en el remolque y nos tiznó aún más las caras.

—Muy bien, señoras, la fiesta ha terminado. Todo el mundo abajo.

—Menos mal que he dejado el pastel en la nevera —comentó Crystal Lil—. Si llego a dejarlo sobre la encimera, no habría quedado ni una migaja.

Estábamos celebrando el cumpleaños de las gemelas sobre la gran cama de mamá, que yacía recostada sobre un montón de almohadas. A través de la pechera entreabierta del quimono se veía el elegante vendaje que papá le había aplicado, y los cabellos recién lavados espumeaban sobre su rostro desnudo sin maquillar como un batido de claras a punto de nieve.

Nos habíamos pasado más de una hora dándole a la aspiradora y aún quedaba polvo rojizo flotando en el aire. Pero ahora, después de habernos duchado por turnos y vestido con ropa limpia, al menos podíamos parpadear y quitarnos de la nariz los resecos y granulosos mocos con fatigada satisfacción. Papá, apoyado sobre las almohadas al lado de mamá, nos guiñó un enrojecido e irritado ojo.

—Se os ve bastante mejor, chicas. Más que una pandilla de diablos, ahora parecéis angelitos con resaca.

Arty y Chick, desde luego, tenían los ojos limpios y las narices despejadas, pues habían capeado la tormenta en el camión de Arty, provisto de aire acondicionado. Todos comimos pastel e intercambiamos largos, absurdos y exagerados relatos sobre cómo la tormenta había estado terriblemente cerca de matarnos. Según su versión, papá había estado vagando de camión en camión, aullando preguntas contra el viento, recibiendo respuestas insatisfactorias y «tratando de imaginar, por el marchito escroto de San Telmo, dónde se os podía haber llevado aquella ventolera». Finalmente se refugió en el camión generador, y allí concibió la brillante idea de tocar la bocina, «como si fuera una sirena para la niebla, para que pudierais orientaros por el sonido, si acaso andabais perdidas por esa maldita pradera».

—Guardadle un buen pedazo a Horst —dijo Iphy—, y otro para la pelirroja que nos ha ayudado. ¿Cómo se llamaba?

—Zanahoria.

—¡Todas las pelirrojas se llaman Zanahoria, burra! Pero tienen nombres corrientes, para que te enteres.

Arty consoló y entretuvo a su (recién hallado) amiguito mientras duró la tormenta pidiéndole que fuera leyendo en voz alta las viejas postales de su colección. Cuando el vendaval cambió de rumbo y el camión de Arty amenazó con volcar, Chick se lo impidió.

Chick no tenía ningún relato que contar. Chick no comía pastel. Su plato permaneció olvidado sobre su regazo mientras contemplaba al fascinante narrador de turno. No se divertía, pero tampoco protestaba. Solo después de haber dado los besos de buenas noches a papá y mamá, cuando ya nos alejábamos hacia nuestros respectivos lechos, Chick nos dio alcance en el angosto hueco junto a la puerta de las gemelas y las miró con tristeza.

—¿Qué te pasa, cariño? —quiso saber Iphy.

—Yo sabía dónde estabais. Habría tenido que sacaros, ¿no? —Los ojos le crecieron en la cara hasta adquirir el tamaño de la pregunta. Elly extendió una mano y le alisó los cabellos.

—No, Chick, has hecho muy bien.

—Si os hubiera sacado como mamá me pedía, habríais pasado la tormenta en casa como Arty y yo, mamá no se habría roto una costilla y tú no habrías pasado miedo.

Solté su mano y le golpeé suavemente en el brazo.

—No te sientas culpable por mí. Me lo he pasado en grande. —Y con esto me retiré a mi cálido armario, dejando a las gemelas la decisión de si consolarlo.

Estaba encaramada sobre el tocador de Arty, limpiando el enorme espejo —transparente desde el otro lado— que comunicaba su cuarto con la cabina de seguridad. Él reposaba en su nuevo diván de terciopelo, hojeando una maltratada revista que había recogido de entre el montón que las pelirrojas guardaban en su remolque.

—Si fuera un caballero de estirpe adinerado, con una carrera en las finanzas de la familia y una poderosa pero discreta influencia política —comenzó Arty—, ¿cómo crees que vestiría?

Volví la cabeza sobre mi joroba para ver si trataba de tomarme el pelo. Tenía la nariz enterrada en la revista, así que respondí:

—Sobriamente.

—Pero ¿qué es sobrio para un hombre de mi complexión?

—No sé. —Descendí del mueble y le pasé el paño para borrar las huellas de mis pies—. ¿Una camiseta de *tweed*? ¿Un tanga de gabardina? ¿Calcetines de seda color antracita?

—Calcetines. —Extendió sus desnudas aletas de las caderas, flexionando por separado cada uno de los longilíneos dedos. Arty odiaba los calcetines—. Supongo que deben de abrigar. —Siguió pasando páginas—. Oye, batracia, ¿por qué les dio a las gemelas por esconderse en las letrinas?

Conque era eso. Arrojé el trapo de polvo, salté al diván y sujeté sus aletas inferiores.

—Te lo diré si me cuentas lo de Chick y la doctora P.

—No hay mucho que contar. Ella me hace el favor de cuidar a ese caballo viejo y yo le dejo que estudie a Chick.

—Que lo estudie, ¿cómo?

—Que hable con él. Que le haga preguntas. Que lo observe. ¿Y las gemelas?

—Les había venido la regla. Elly se asustó muchísimo.

—¿La regla?

—Por primera vez. ¿Crees que a mí también me vendrá?

Bostezó.

—Bueno, ahora tengo cosas que hacer. Mejor que te largues.

Las piernas y las zapatillas de Chick, tendido de cara al suelo, asomaban por debajo del camión familiar.

—¿Qué haces, Chick?

—Miro las hormigas.

Me tendí sobre la barriga y repté hacia él, con cuidado de no golpearme la joroba contra el chasis del camión. Una tropa de minúsculas hormigas pululaba sobre un bulto de aspecto húmedo.

—Eso parece pastel.

—Es mi pedazo del pastel de cumpleaños. Les gusta mucho.

—Esta mañana has vuelto con la doctora, ¿verdad? ¿Qué tal es?

Su sonrosado rostro se volvió hacia mí, ruborizado y sonriente.

—Dice que va a curar a Frosty, el caballo. Y me dejará que la ayude. Me enseñará a hacer que no duelan las cosas. Arty dice que eso es bueno. Pero hoy solo le he movido la basura.

Las gemelas y yo estábamos limpiando los botes del Sumidero con paños para el polvo y líquido limpiacristales. Mientras frotaba con fuerza el enorme recipiente, contemplé a Leona, la Chica Lagarto, que flotaba tranquilamente en su interior.

—¿Está enferma mamá? —pregunté.

—Tiene que dormir —contestó Elly—. Papá le ha puesto una inyección extra para que se duerma. Le va bien para las costillas.

Estaban limpiando los dos lados del bote de Maple. Iphy mantenía una mano apoyada sobre su ancho y liso estómago común.

—¿Te duele, Iphy? —inquirí.

Elly soltó un bufido.

—No puede quitárselo de la cabeza.

—Deja que Oly haga la Bandeja, Elly. Si tenemos que hacer la Bandeja, vomitaré.

—No vomitarás. Cierra los ojos mientras limpio yo.

—Tú también piensas todo el rato en la regla —protestó Iphy.

—Sí, pero no empiezo a quejarme cada vez que algo se nos mueve en las tripas. «¡Aaayy! ¿Qué es eso? ¿Hace daño?» Yo pienso en lo que significa para nosotras.

Yo ya había comenzado a sacarle brillo al bote de Maple.

—¿Y qué significa?

Iphy cerró los ojos en cuanto Elly se volvió hacia el bote de la Bandeja y empezó a examinarlo en busca de huellas de dedos y suciedad.

—¿Y si podemos tener hijos? ¿No has pensado nunca en lo que pasará cuando crezcamos?

Iphy meneó la cabeza, con los ojos todavía cerrados.

—No va a cambiar nada.

—¿Qué es lo que tiene que cambiar? —Me sentí asustada de pronto. Elly nos miraba a las dos con aire exasperado.

—¡Burras! ¿Qué creéis que ocurrirá cuando mamá y papá se mueran?

Iphy abrió los ojos de golpe.

—¡No se morirán nunca!

—Arty cuidará de nosotras —respondí, mientras desempolvaba el letrero de NACIDOS DE PADRES NORMALES—. Él se hará cargo de todo. —Pero lo que en verdad pensaba era que me casaría con Arty y dormiría en una gran cama, estrechándolo entre mis brazos, y en que lo haría todo por él.

—¡Claro! —estalló Elly—. ¡Dependeremos de Arty!

Iphy intentó mostrarse conciliadora.

—Me casaré con Arty y cuidaremos de todos...

El frasco de limpiacristales de Elly chocó contra el suelo mientras su mano derecha se cerraba en un blanco puño y describía un breve y potente gancho hacia la boca de Iphy, aplastándole los labios con un sonido restallante y empujando hacia atrás su ovalada cabeza. Iphy trató de meter su trapo de polvo en la boca de Elly, mientras bloqueaba un segundo puñetazo. Cayeron por tierra, chillando y agitándose, mordiéndose y tirándose del pelo. Yo me quedé mirándolas a través de los cristales verdes de mis nuevas gafas de sol. Probablemente habría podido contenerlas, pero no tenía ganas. Me di la vuelta y, arrastrando los pies, abandoné la sala de los botes con su verdosa iluminación y avancé por el angosto pasillo, dejando que las gemelas se atacaran entre sí.

Seguíamos todavía en Burkburnett cuando la doctora Phyllis operó a Frosty con la ayuda de Chick. Papá también estaba presente, para echarles una mano en los momentos más comprometidos. Lo hicieron bien entrada la noche en una pequeña carpa que apestaba a desinfectante. El interior de la carpa estaba tan iluminado que, vista por fuera, refulgía como una luna enferma y preñada de sombras.

Yo esperaba a unos quince metros de distancia, sentada en la cubierta del palpitante generador, contemplando sus siluetas: Chick, una minúscula e inmóvil forma a un extremo del oscuro y alargado bulto, y la achaparrada y voluminosa figura de la doctora P., que permanecía en el mismo lugar durante largos períodos, moviendo únicamente la cabeza y los hombros. Al estaba muy atareado. La poderosa sombra de papá se agachaba, se inclinaba, corría de una punta a otra del resplandor, parecía pasearse nerviosa.

Improvisaron la espaciosa mesa con un par de caballetes de aserrar y la puerta metálica de uno de los camiones. El bulto del centro, que a duras penas respiraba, era el viejo caballo.

Mientras mamá y las gemelas dormían, mientras todo el campamento se oscurecía y las bombillas de la feria se enfriaban en sus casquillos, mientras los guardas nocturnos se removían, escupían y suspiraban en sus puestos respectivos, yo observaba apoyada en la urna del abuelo, sintiendo cómo su fría mordedura iba avanzando a través de mi joroba hasta llegarme a los pulmones.

Por la ventana de Arty se filtraba una luz, pero no se percibía ningún movimiento tras el cristal.

Tardaron mucho tiempo. El negro firmamento habría debido tiritar de frío, pero no hacía viento. La quietud era casi tibia, casi confortable. No se oían ranas, grillos ni pájaros. Di una cabezada y desperté con los hombros anquilosados y el cuello dolorido.

El putrefacto borde del cielo comenzaba a teñirse de un verde arsénico cuando se apagó la luz de la tienda. El tejido gris se volvió opaco de repente y tres figuras informes surgieron por debajo del faldón y se alejaron con paso cansino.

Oí a papá hablar en voz queda. Cuando pasaron junto a mí, Chick alzó el brazo para colgarse de la mano de papá. La diminuta silueta del chiquillo se encorvaba con aire soñoliento sobre sus tambaleantes piernecitas.

Hay zonas en Texas donde una mosca vive diez mil años y por poco que un hombre viva es demasiado. Allí el tiempo se vuelve extraño de tanto cielo, de tantos kilómetros entre una y otra arruga en la lisa superficie de la tierra. Horst apuntó la teoría de que todos tendríamos una vida más larga si «invernáramos en estas regiones peladas». Las pelirrojas se lamentaban de que solo parecería más larga. Conforme se iban sucediendo los kilómetros y los días, dejaron de protestar y se encerraron en prolongados silencios. Sus rostros adquirieron el mismo aspecto que la pradera, llana y barrida por el viento.

—Para cuando llega la hora de acostarse, la tumba es una idea agradable —decían, pero sus quejas carecían de la chispa y la sal habituales.

Nos instalamos por algún tiempo en las cercanías de Medicine Mound, aprovechándonos despiadadamente de los camioneros y transportistas y de una pequeña multitud que había recorrido cuatrocientos kilómetros desde el Territorio Indio en una caravana de autobuses marrones personalizados, con bandas de violines y acordeones para amenizar el trayecto y neveras llenas de cerveza cada cinco asientos. Los indios interrumpieron su viaje hacia la reunión anual de accionistas de no sé qué compañía petrolífera para estirar las piernas y distraer la vista con nuestras atracciones.

Horst nos hablaba continuamente de una localidad de Texas llamada Dime Box y de las glorias de la vieja Dime Box, que a sus ojos parecían reducirse a las amplias y poderosas caderas de una tal Roxanne Tuxbury (pronunciado Tewbury), que poseía un taller de reparación de motocicletas en dicha población y no se arredraba ante el indeleble olor a tigre en el vello pectoral de un hombre.

Antes de desayunar, papá distribuía raciones de su más repugnante tónico.

—Este sol de invierno es bastante verdoso y le faltan vitaminas. Por eso estáis todos tan perezosos.

Horst permanecía apoyado en la puerta, esperando su subrepticia cucharada del negruzco Bálsamo Benéfico Binewski.

—Que no se entere la doctora Phyllis —susurraba papá cada vez que inclinaba el gran frasco de Triple B.

—Roxanne Tuxbury siempre lleva una moto de esas que se arrancan a patadas —explicaba Horst—, y sus piernas son tan largas y fuertes como su risa, que puede oírse desde Arkansas si el viento es favorable. Lleva una especie de chalequillo de cuero los trescientos sesenta y cinco días del año.

Papá embutió una cucharada sopera de Triple B bajo el mostacho de Horst y enarcó sus famosas cejas Binewski.

—Lástima que Dime Box no esté en nuestra agenda este año. Quizá convendría que cogieras una camioneta y te fueras a pasar una semanita allí. Podrías darnos alcance cuando hubieras aireado tus glándulas y te hubieras desquitado con Roxanne.

Horst apretó la garganta para mantener el Triple B en el estómago y miró a Al con ojos relampagueantes.

—¿Abandonar a los animales? —dijo al fin—. Si hubieras tenido la decencia de invernar en Florida, como Dios manda, eso me habría dado la posibilidad...

De repente, sonaron campanas. Chick y Arty, que se habían esfumado a primera hora de la mañana, llegaron corriendo y gritando:

—¡Elly! ¡Iphy! ¡Venid aquí!

Las gemelas, con ojos saltones y expresión sobresaltada, salieron del comedor, donde estaban terminando sus deberes de matemáticas mientras esperaban el desayuno. Mamá se olvidó de las galletas, y yo también me uní al grupo. Papá y Horst se reían con ganas mientras avanzábamos en tropel por el sendero de tierra hacia el camión de la doctora. Arty llevaba en su silla de ruedas un

magnetófono que reproducía a todo volumen las campanadas grabadas. La gente de la feria, pelirrojas y peones, asomaba la cabeza y venía en pos de nosotros. El plomizo gris de la aurora se alzaba a nuestras espaldas cuando llegamos ante el destartalado remolque cubierto que estaba aparcado junto a la blanca y reluciente clínica móvil de la doctora P.

La silla de ruedas se detuvo y la mano de Iphy sujetó con fuerza una aleta superior de Arty mientras Chick daba unos pasos al frente. Hubo un rumor de movimiento en el interior del remolque y, de pronto, el caballo rojizo de pelaje descolorido por la canosa escarcha asomó su cabeza por la puerta y bajó haciendo cabriolas por la rampa, con las crines trenzadas con cintitas azules y los ojos girando nerviosamente mientras arqueaba su delgado cuello y corcoveaba sobre el polvo. Todos contuvimos el aliento al ver la alargada silueta del caballo, el caballo salchicha, el recortado y modificado caballo pachón, y constatar que sus cuatro cascos comidos por el moho ya no existían. El animal, mutilado por debajo de las rodillas, ejecutaba su vivaracha danza senil sosteniéndose sobre unos muñones protegidos con gomas y enfundados en vistosas medias estrelladas.

—¡Esto sí que es increíble! —gritó papá. Las pelirrojas profirieron apagadas exclamaciones de asombro y aplaudieron, y Horst emitió un penetrante silbido entre dientes que aplatanó las orejas del viejo jamelgo. Arty sonrió e hizo una reverencia desde su silla, mientras Chick mantenía la vista fija en el caballo. La doctora P. no hizo acto de presencia.

Nos acercamos todos para contemplar y acariciar al sudoroso y asustado animal, y para examinar los muñones en sus calcetines a medida y admirar la forma en que le habían recogido la cola con cinta azul para que no se arrastrara por el suelo. Chick no se apartaba del caballo, sujetándole el ronzal. Las gemelas dieron unas cariñosas palmadas sobre el tembloroso lomo del atónito caballo y se miraron de reojo mientras Arty les anunciaba que, aunque llegara con cierto retraso, aquél era su regalo de cumpleaños.

—Muchas gracias, Arty —respondieron a coro. Papá elogiaba a la doctora P. y mamá, al grito de «¡las galletas!», salió corriendo hacia el camión familiar. El resto del grupo comenzó a moverse y a dispersarse.

Chick dejó que la cuerda del ronzal se deslizara de entre sus dedos, y el caballo se dirigió hacia un matojo gris verdoso que aún sobrevivía junto a la rueda del remolque y se golpeó la mandíbula contra el suelo, porque aún no se había acostumbrado a estar tan bajo. O eso me pareció. Arty se arrellanó en su asiento y contempló a Iphy con expresión preocupada.

—¿Estás contenta?

Elly miró el caballo, que se movía cautelosamente sobre sus acortadas extremidades, manteniendo el enorme corpachón en precario equilibrio. Iphy tomó aliento y palmeó el hombro de Arty.

—Pero ¿está bien, Arty? ¿No le duele?

Chick se apresuró a responder:

—No, no le duele nada.

Y yo, apoyada en un brazo de la silla de Arty, me preguntaba si no sería Chick quien lo hacía todo, quien sostenía al caballo en pie y lo hacía bailar. El rostro de Elly se volvió hacia nosotros y estaba envejecido. Se había hundido en algún lugar oscuro tras sus ojos y, aunque no sé lo que veía, no éramos ni Arty ni yo.

—Conque así es como van a ser las cosas —masculló al fin. Su voz era tan seca como la arena que se extendía hacia el triste borde del cielo.

Las gemelas se mantenían tan lejos de Frosty, el caballo, como les era humanamente posible, a pesar de las insistentes peticiones de Arty para que «fueran a visitar a su mascota». Chick cuidaba del caballo. De no haber sido por su apoyo, me parece que el pobre animal la habría espichado en cuanto despertó y se dio cuenta de que habían desaparecido sus patas. Pero si Chick mantenía en

funcionamiento el corazón del animal en contra de su voluntad, eso ya no lo sé. Todas las mañanas, Chick se pasaba unos minutos engatusando al caballo para que afrontara el nuevo día.

No estoy muy segura de cuánta información o ayuda recibía Chick de la doctora P. Lo cierto es que el chiquillo pasaba cada día un buen rato con la doctora, y no siempre para ocuparse de retirar sus complicadas bolsas de basura. A mis repetidas preguntas, se limitaba a responder:

—Está enseñándome a hacer que las cosas dejen de doler.

Chick también pasaba muchos ratos con Arty. De repente, éste había sustituido sus anteriores desprecios por una cariñosa actitud de hermano mayor y permitía que Chick le hiciera un sinnúmero de tareas, la clase de generosidad que Arty más liberalmente dispensaba. Asimismo, cada vez que Chick salía del camión de la doctora Phyllis, era interrogado por Arty. Chick era el topo de Arty en el campo, hasta entonces inexpugnable, de la doctora. Eso era una muestra de astucia, sin duda, puesto que ninguno de los demás habíamos llegado a cruzar nunca su puerta, pero a mí se me antojaba peligroso.

—¿Y si un día decide hacerle una disección para ver cómo funciona? —inquirí—. ¿Y si decide labrarse una gran reputación presentando un estudio sobre Chick en las revistas científicas?

—Tranquila. No lo hará —me aseguró Arty—. Quiere tenerlo para ella sola. Está enseñándole a suprimir el dolor. Dice que ese viejo caballo la habría palmado al instante si hubiera tenido que darle algo para anestesiarlo. Le explicó a Chick lo que producía el dolor en el cerebro del caballo, le dibujó gráficos y le hizo hurgar por ahí dentro hasta que llegó a entender cómo funcionaba. Dice que Chick durmió al caballo, lo mantuvo inconsciente y vigiló el centro del dolor para que el animal no sufriera ninguna reacción rara. Está convencida de que Chick la ayudará a convertirse en una gran cirujana. No quiere hacerle publicidad. Sabe que así lo perdería. —Arty hizo una pausa y reflexionó unos instantes. Luego me dirigió

una extraña mirada y prosiguió—: Es posible que le entren tentaciones de conquistar el mundo o algo por el estilo, pero yo me ocupo de tenerla a raya. Creo que va a salir bien.

Arty estaba muy atareado. Aún ahora me sorprende recordar de cuánta intimidad disponía en su propio camión, cuánto tiempo parecía malgastar ociosamente por ahí, cuántas cosas ponía en marcha con sus órdenes. Trabajaba mucho. Su espectáculo estaba cambiando. Contrató a su propio agente para que le preparase el terreno por adelantado, un especialista llamado Peabody que una vez al mes se pasaba una hora en la feria y desaparecía de nuevo en un automóvil siempre reluciente. Peabody vestía ternos grises de banquero y presentaba un aire de relamida humildad que chocaba frontalmente con el estilo chillón de los tipos que hacían el mismo trabajo para Al. Y siempre que sentábamos nuestros reales en una población nos encontrábamos con multitudes cada vez mayores que esperaban dócilmente a Arty. No siempre eran pobretones. No siempre era gente de edad.

No era nada extraño ver cámaras de televisión en la feria. A menudo se nos contrataba como atracción adicional en algún festejo local, el certamen de Miss Inseminación Artificial o cosas por el estilo. Para nosotros, era una buena publicidad. Pero también los periodistas comenzaban a interesarse cada vez más por Arty y le pedían entrevistas en su acuario.

No sé muy bien qué les decía, pero sin duda era lo que deseaban oír. Teníamos que matarnos todos a trabajar para dar abasto. Papá tuvo que instalar una cadena en la salida del escenario de Arty para impedir la entrada de todos los que deseaban tocarlo y hablar con él tras sus actuaciones.

Arty se compró un carrito de golf para ir de un lado a otro. El equipo de guardas se convirtió en un ejército de cincuenta hombretones uniformados de azul celeste, con las vistosas insignias Binewski y galones en los brazos. Iban provistos de discretas porras

telescópicas que propinaban una descarga eléctrica y de aerosoles de gas paralizante. Arty ya no aparecía por el camión familiar ni para comer. Mamá le preparaba la comida y yo se la llevaba en una bandeja.

La feria tintineaba con los beneficios que dejaba el público de Arty. Las gemelas, los excéntricos, los tragafuegos y todas las atracciones de la carpa de variedades atraían muchedumbres cada día mayores y más entusiastas, pero que en realidad no hacían sino esperar la actuación de Arty.

Arty estaba ensimismado. Mamá se lo tomaba como si fuera otra de sus fases de crecimiento.

—Siempre ha sido un chico muy sensible e introvertido —solía decir.

Papá se prodigaba de un lado a otro desde el alba hasta el anochecer —«¡estoy trabajando más que en toda mi vida!»—, eufórico por las recaudaciones y por su enérgico papel de jefe y organizador. Pero interiormente estaba un poco liado, porque ya no era el Rey Mazorca de todo el Maíz. En lo más profundo de su corazón, percibía la diferencia. Ya no trabajaba para sí mismo. Ahora trabajaba para Arty. Todo en la feria giraba en torno a Arty, desde las rutas y las paradas hasta los sabores que debían encontrarse en los puestos de refrescos.

Todos cargábamos con una inexpresada tensión. Acelerábamos hacia algo, y no sabíamos qué era.

Libro tercero

El espejo espiral

12

Notas del día

LAS PELÍCULAS CASERAS DE LA SEÑORITA LICK

Los archivos microfilmados vomitan un chorro de pepitas de oro. La notificación del nacimiento de Mary Malley Lick, tres kilos, ochocientos ochenta y cinco gramos, en el hospital del Buen Samaritano. La esquela de Eleanor Malley Lick, fallecida de cáncer cuando su hija contaba ocho años. Mary Lick, una huraña quinceañera con un jersey demasiado ancho, presentada como «una estudiante de segundo curso de la Catlin Gabel School, vencedora del campeonato femenino de tiro con pistola del estado de Oregón por segundo año consecutivo». Thomas R. Lick cortando la cinta inaugural del nuevo salón de trofeos del club de tiro de Sauvie Island.

Luego están los reportajes que hablan de las empresas Lick. En total, son cincuenta y una fábricas repartidas por todo el país y una factoría insignia arrebujada en un recodo del Willamette, al norte de Fremont Bridge. Su producto son las comidas Lickety Split, alimentos preparados para líneas aéreas e instituciones tales como casas de reposo y escuelas, cárceles y asilos. Diecinueve menús completos, con líneas especiales para bebés, diabéticos, *kosher* y SNM (Sin Necesidad de Masticar). Cualquier clase de servicio desde tres a seis platos, presentados en bandejas de plástico con un hueco a medida para cada producto. Una empresa filial les alquila a los clientes hornos microondas para el «calentamiento instantáneo».

Un artículo sobre el fracaso de una huelga en la factoría de Portland menciona el dato de que las Empresas Lick empleaban cerca de ocho mil trabajadores de costa a costa, y ni uno solo de ellos estaba afiliado a un sindicato. Thomas R. despidió a todos los huelguistas de Portland y contrató nuevos empleados, no contaminados por absurdas ideas de negociación colectiva.

Una instantánea muestra a la joven y recatada Mary con su flamante diploma de Administración de Empresas por la universidad del estado, con motivo de su nombramiento como directora de la factoría de Portland a los veinticuatro años de edad. La leyenda explica que, a pesar de su juventud, «no es en modo alguno una advenediza, puesto que lleva siete años trabajando en diversas secciones de esta misma factoría, desde contabilidad hasta saneamiento».

En la esquela del viejo —cáncer—, aparecida siete años más tarde, Mary figura como vicepresidenta ejecutiva y única heredera de las Empresas Lick.

El último dato es una breve mención dentro de una lista anexa a la de las cuatrocientas personas más ricas del país. El texto, en una sola línea, explica que, dado que todos los activos de Lick son de propiedad particular, no es posible calcular con exactitud el importe de su fortuna.

Me llevo las copias a mi habitación y vuelvo a leerlas desde el principio. En ningún lugar se habla de parientes, amigos o amantes; ningún nombre, ningún rostro aparece más de una vez junto a Mary Lick. En todas las fotos se la ve sola, incluso cuando forma parte de un grupo. Su expresión nunca concuerda del todo con el júbilo o la solemnidad de quienes la rodean. Está sola.

Justo antes de medianoche, bajo las escaleras y escucho la respiración de Lil. Luego, vuelvo a subir y llamo a la puerta de Miranda. No hay respuesta.

Tras el turno de mañana en la KBNK, me refugio en un despacho vacío de la emisora y me paso la tarde pegada al teléfono. Eso me gusta. En persona, llamo demasiado la atención. Una jorobada no es

lo bastante ágil para merodear adecuadamente. Pero mi voz puede llevarme a cualquier parte. Puedo ser una pulcra y sedosa recepcionista, una burócrata de impenetrable autoridad o una vieja amiga del colegio llamada Beth. Puedo ser una encuestadora que prepara un estudio sobre técnicas de administración o una periodista que redacta un artículo sobre cómo ven los empleados a sus jefes. Todo anónimo, por supuesto; todos los nombres cambiados, los verdaderos intereses disimulados.

Al cabo de una docena de llamadas telefónicas me paro a pensar hoscamente en mi mala suerte. Mary Lick hubiera podido jugar al ajedrez, al póquer o al billar. Hubiera podido sentirse atraída por los penumbrosos y tranquilos *sex shops* con negras cabinas donde un espía puede ocultarse fácilmente. Si le interesara la horticultura o la cría de perros, trabar relación con ella habría sido coser y cantar. Pero no. A la señorita Lick le va el ejercicio. Su secretaria asegura: «Si no fuera por los tres kilómetros que nada todas las noches, no podría resistir el ritmo de trabajo que lleva».

En mi familia, el único que nadaba era Arty. Yo no aprendí nunca. De regreso a casa, se me ocurre que habría podido resultar mucho peor. Lick muy bien hubiera podido dedicarse a las carreras de yates, a la equitación o al paracaidismo. Siempre estoy a tiempo de aprender a nadar.

Cuando subo por la calle, las ventanas de Miranda resplandecen de amarillo. Me dirijo directamente a su habitación y llamo a la puerta. Ella se echa a reír, me invita a entrar y hace marchar a un guapo joven llamado Kevin para poder dibujarme. Desnuda, me paso varias horas sentada sin dejar de observarla. Ella dibuja, prepara el té, dibuja y charla. No hablamos de su cola.

El Club Atlético se encuentra a escasos bloques del edificio de apartamentos del que la señorita Lick es propietaria y única ocupante del último piso. El club es del mismo estilo que el edificio,

un imponente templo de vidrio y ladrillo que ensalza los goces del aislamiento. Se dice que la influencia del padre de la señorita Lick fue decisiva para conseguir que el club se abriera a las mujeres.

«Naturalmente, hace más de treinta años que no discriminamos», me dijo la joven que me informó por teléfono. Le pedí que me enviara por correo los folletos del club. Eran unos folletos en papel brillante, con abundantes fotografías en color del Salón de Roble donde se conservan los trofeos (servicio completo de bar), las saunas, el comedor, las salas de halterofilia, las pistas de tenis y balonmano y la piscina conmemorativa de Thomas R. Lick. Invertí mi dinero en la cuota de admisión provisional por seis semanas y me pasé cuatro tardes vagando por el aparcamiento de cinco pisos, al otro lado de la calle, hasta comprobar que el automóvil negro de la señorita Lick cruzaba el portón de ladrillo todas las tardes a las cinco y media en punto.

Espero en el centro del vestuario desierto, una pequeña bolsa de deporte en una mano y un candado de combinación en la otra, y me contemplo en el espejo que recubre la puerta. Parezco vieja. Siempre he parecido vieja. La joroba no es algo rejuvenecedor, y mis párpados sin pestañas y los surcos del entrecejo hablan de algo muy antiguo. Ya he embutido la peluca en la bolsa, antes de que llegue ella. «No olvides nunca —solía decir mi padre— todo el poder que tienes sobre los *normas* por el mero hecho de tu apariencia física.» Examino mi amplia boca y mis ojillos rosados, y la curva de los pómulos hacia la diminuta prolongación que me sirve de maxilar, y trato de imaginar si esta vez, que tanto lo necesito, producirán efecto. A fin de cuentas, la señorita Lick no es un *norma* cualquiera y, por lo que yo sé, muy bien puede suceder que sea inmune a los trucos clásicos.

Entonces cruza el umbral y empieza todo; la mirada con que reacciona a mi presencia me tranquiliza de inmediato. No es inmune. Luego sigue el habitual saludo civilizado, que pasa por alto lo evidente.

—Quizá podría usted indicarme la taquilla...

Vacilo, y dejo la frase en el aire. Ella deposita su bolso sobre un banco y señala con la cabeza una hilera de taquillas a lo largo de la pared.

—Cualquiera que no tenga candado.

Arrastro los pies, como llena de disculpas, y me dirijo hacia las taquillas, captando por el rabillo del ojo un atisbo de mi deforme silueta. El corazón me late precipitadamente en la boca por el miedo de haberme excedido en mi representación.

Su seriedad me sorprende, su lento aplomo, la ausencia de crueldad en sus pronunciadas y cautelosas facciones. No debo mostrarme efusiva con ella; sería inútil. Decido poner un gesto impasible y hablar con voz comedida, sopesar cuidadosamente las palabras y adoptar un aire de reticencia.

Ella se despoja de sus prendas de *tweed* y se enfunda un enorme y severo bañador azul a la moda de los años veinte. Sus brazos y hombros gruesos revelan mucha fuerza. Sus manos son cortas y regordetas, con las uñas recortadas en línea recta justo en el borde del dedo.

—Es usted nueva aquí —afirma.

—Sí. Me he apuntado por la piscina —explico, sin apartar la vista de las perchas del armarito donde estoy colgando la ropa—. Mi médico quiere que aprenda a nadar. —Puedo notar sus ojos en mi corcova, trepando por los pliegues del cuello hacia mi calva coronilla.

—¿Artritis? —inquiere su voz.

—Va en el lote —respondo a la ligera.

—Eso he oído —asiente, y me mantengo de espaldas el tiempo suficiente para que me eche una buena mirada.

Cuarto día en la piscina.

—Muy ingenioso —observa la señorita Lick, al tiempo que hace restallar la tira elástica del traje de baño que cruza por encima de mi joroba. Su voz es queda y suave, en extraño contraste con su voluminoso tamaño y su brusquedad de movimientos. La ducha

decide cambiar a fría de pronto y el agua me golpea la joroba, el cuello y todo mi cuerpo desnudo, estremeciéndolo—. ¿Hecho a medida? —quiere saber la señorita Lick—. ¿Muy caro?

Le dirijo una sonrisa. Ella está frotándose vigorosamente los brazos bajo el chorro de la ducha contigua.

—Bueno, es de ortopedia —respondo, mientras me zafo del agua fría para quedar goteando sobre las baldosas.

—¡Ah! —exclama la señorita Lick—. Ya veo.

Se golpea el ancho y macizo vientre con ambos puños. Sacude enérgicamente sus cortos cabellos y su poderosa mandíbula desvía el chorro de agua hacia su pecho. Yo me calo el gorro de goma sobre la frente, que me comprime las arrugas sobre la nariz. Me pellizca la carne.

La señorita Lick se encasqueta un gorro de baño idéntico, resoplando, enrojeciendo por los bordes donde su rostro rebosa del gorro como un condón perforado.

—¡Ojo con los pies! —me susurra en tono jovial, y yo me agacho en el banco de baldosas y extiendo obediente los dedos de los pies y repaso sus intersticios. Mientras tanto, la señorita Lick abre ruidosamente la puerta de emergencia, la asegura con una cuña de goma y salta al interior de la bañera para lavarse los pies, una depresión poco honda que ocupa todo el espacio entre la puerta de las duchas y la puerta de la piscina. Cada vez que entra o sale de la piscina, la señorita Lick suele pasarse varios minutos en este baño de alto contenido en cloro: le preocupa el pie de atleta y demás infecciones por hongos.

La señorita Lick se ha ofrecido amablemente a darme clases de natación para contrarrestar la artritis que está invadiendo todas mis articulaciones. La señorita Lick dice que todos los enanos y jorobados deberían practicar la natación.

Me sumerjo hasta las rodillas en el baño para los pies, con la nariz al nivel de las bamboleantes nalgas de la señorita Lick mientras ella trota enérgicamente en el mismo lugar, dentro de la tibia solución de cloro cuyos vapores me trepan la nariz. Está mirando por la ventanilla enrejada de la puerta de la piscina.

—¡Dios mío! ¡Ya está ahí!

Retrocedo con un chapoteo, sobresaltada porque, hasta este momento, la participación de la señorita Lick en nuestra conversación ha sido más bien espartana. Su estallido de emoción me desconcierta. Y entonces lo reconozco. Éxito. La quijada de la señorita Lick se proyecta hacia el frente en un ademán beligerante y sus manazas aferran sus posaderas y comienzan a amasarlas nerviosamente a través del bañador azul.

—Esa vaca vieja me tiene obsesionada. —Se vuelve hacia mi rostro interrogante y esboza una sonrisa—. ¡No sabe lo asquerosamente lenta que llega a ser! Y nunca se detiene. Siempre nada por mi calle, y todo el rato estoy tropezando con ella. Probé a venir a la hora del almuerzo. Ahí estaba. Probé a levantarme más temprano para venir a nadar antes de ir al trabajo, y ahí estaba. ¡Se pasa aquí todo el maldito día! ¡Y mírela! ¡Si nada como una muerta!

La señorita Lick se inclina hacia la ventana en forma de rombo y se aprieta con fuerza el trasero. Me calo las oscuras gafas de nadar sobre mis rosados ojos para aliviar un poco los ardores del cloro. Su perfil se desdibuja tras los cristales verdosos, mientras sigue susurrando:

—Le parecerá horrible, pero he llegado a pensar en cogerla por el cuello y aguantarla un buen rato bajo el agua. Ha habido días en que, de haber creído que podía quedar impune, lo habría hecho sin vacilar.

Me mira con inquietud, con sus ojos abultados sobre la capa de grasa de sus mejillas. Muevo afirmativamente la cabeza hacia su rostro verde claro. La luz se mueve sobre la superficie del agua y proyecta en su cara minúsculos destellos en distintos matices de verde.

—Oh, lo entiendo perfectamente —la tranquilizo, y sonrío sin dejar de asentir.

La señorita Lick está por terminar el tercer largo de lo que ella denomina el estilo «mariposa». Hará siete largos más de «mariposa» antes de volver al estilo «braza». Tarda un minuto exacto en cruzar de extremo a extremo, lo cual significa que la piscina seguirá invadida por las oleadas de un metro y el constante rugido durante otros siete minutos. El estilo braza es más tranquilo, aun cuando es la señorita Lick quien lo practica. La viejísima mujer que nada cada día sus dos kilómetros en esta piscina se halla sujeta al borde. Permanecerá allí, esperando, hasta que termine la mariposa. Los restantes nadadores, todos jóvenes y al parecer capaces de respirar bajo el agua, siguen con su ejercicio. Los inmensos hombros de la señorita Lick impulsan todo su cuerpo sobre la superficie antes de hundirse nuevamente con un estruendoso chapoteo. Sus nalgas aparecen fugazmente, como un barril que cayera por las cataratas del Niágara. Yo aguardo a que termine, sentada en los peldaños del extremo menos hondo, sin sumergir más que las piernas en esa agua tibia, y la observo.

La he atrapado con su propio gancho y debo ser muy cautelosa. Ella cree que me ha adoptado, que está haciéndome un favor, que al dedicarme su tiempo está demostrando la magistral envergadura de su bondad. Tengo que ir con mucho tiento. Está horriblemente sola.

Dentro del vaso, el whisky parece madera transparente. Lo sostengo cuidadosamente entre mis ojos y la chimenea, de forma que el movimiento de las llamas crea vetas en el líquido. El whisky que ya he bebido reposa cálidamente en mis entrañas y mi paladar y perfora la neblina de mi cerebro. Por el rabillo del ojo distingo los gruesos calcetines de lana de la señorita Lick que apuntan hacia el fuego sobre su taburete. Espero a que se me sequen las manos, y

respiro lentamente hasta que el pegajoso rezumar de mis nervios se retira de la superficie de la piel. El whisky me sorprende. ¿Cómo es que nunca se me había ocurrido que podía gustarme? Me pregunto a qué se debe que no lo haya probado hasta ahora. En estos momentos es peligroso que me guste tanto, y por eso lo hago durar y lo atravieso con la mirada, bebiéndolo muy lentamente.

La señorita Lick tiene la botella en una bandeja junto a su asiento y se sirve de ella generosamente en la oscuridad. Ella misma corta la leña: en primavera, sale con un hacha al parque de la familia, y los fines de semana se va al bosque con una sierra mecánica para limpiarlo de todo el ramaje muerto durante el invierno. En el sótano del elegante bloque de apartamentos, todo un cubículo de almacenaje está reservado para la leña convenientemente cortada que madura en la seca oscuridad con un penetrante olor a resina. Baja allí en el ascensor con una bolsa de lona colgada del hombro y regresa cada vez con la provisión justa para una noche. Se arrodilla sobre la pulida losa de granito del hogar y, con ayuda de una hachuela que parece hallarse a gusto en su mano, arranca precisos fragmentos triangulares de un pedazo de tronco de cuarenta centímetros que gira regularmente con su otra mano, para disponer luego las delgadas astillas en un pulcro montón.

Los sillones son de cuero oscuro y flexible, tan grandes como rinocerontes. Las cortinas son de lana gruesa, con un diseño de oscuros cuadros escoceses. En la repisa de la chimenea, bajo un armero bien provisto de escopetas, reposa un busto de Minerva en yeso pintado de negro brillante.

—Solía ir a cazar con mi padre —explica.

Habla con lentitud. Secas explosiones de risa subrayan las partes más tristes, para dejar bien claro que no es una sentimental y que no está buscando mi compasión. Acaba de describirme a su padre; su casa en el bosque, lejos de la ciudad; las anticuadas pero eficaces máquinas que escupen 85 gramos de salsa, 50 gramos de maíz desgranado, 85 gramos de pechuga de pavo y 90 gramos de

pastel de manzana, cada cosa en el correspondiente compartimento de la bandeja de plástico. Está pensando en renovar por completo la maquinaria.

—Voy a buscar más hielo —le digo y, con el cubo en la mano, me dirijo a la cocina arrastrando los pies mientras ella se encamina con pesados pasos hacia el cuarto de baño alicatado. La cocina es inexpresiva. Limpia y vacía. Sobre una blanca encimera yace un envoltorio rasgado que contiene dos oscuras galletas de chocolate. La puerta del frigorífico bosteza y deja ver su absoluto vacío. Dentro solo hay una botella de salsa de tomate medio vacía. La boca de la botella tiene una costra reseca, y en el congelador hay sólidas pilas de comida congelada dentro de bandejas de plástico sin etiquetar.

Cuando alzo la mano hacia la palanca del distribuidor de cubitos, ella se detiene a mi espalda; su enorme mano sobrevuela mi cabeza, se apodera del cubo, lo sostiene bajo el tubo de descarga. El hielo salta con un ruido traqueteante.

—¿Son de su fábrica estas comidas preparadas?

—Pavo, aderezo, flan de calabaza, puré de patata, salsa de carne. La de arándanos no me gusta.

—Una comida del Día de Acción de Gracias.

—Aquí hay veintiséis días de Acción de Gracias. No como nada más. Novecientas calorías por comida. ¿Cómo es que estoy tan gorda?

El congelador suspira vapor. Cierra la puerta del compartimento y se queda mirando la cocina fría y reluciente con la oscura boca del horno.

—Últimamente he cambiado de régimen. Ahora como palomitas de maíz. ¿Quiere unas cuantas?

Tomo asiento en el taburete, delante del fuego, sosteniendo en la mano una cesta de alambre de mango muy largo. Los duros y amarillos granos de maíz que contiene la cesta se agitan y rebotan mientras ella sacude la muñeca con decisión. Bajo los grandes

troncos, las brasas parpadean entre el negro y el rojo, y un suave resplandor se eleva hacia la cesta. El primer grano de maíz sisea y salta por el aire, floreciendo repentinamente en un destello de blanco; acto seguido, empieza el perdigoneo de los restantes granos que empiezan a saltar. Ella no pierde detalle.

Sobre su regazo descansa un cuenco de acero de dos litros de capacidad, lleno de palomitas de maíz, y en la bandeja, junto al whisky irlandés, un recipiente con levadura de cerveza. Sin apresurarse, recoge las palomitas con una gran cuchara sopera y se las lleva a la boca.

—Uso una cuchara porque la levadura se me pega en los dedos —explica—. Es rasposa.

Levanto mi vaso, otra vez lleno, y contemplo el fuego a través de la bebida.

Me habla. A la gente le resulta fácil hablar conmigo. Creen que una enana jorobada albina y calva no puede ocultar nada. Que lo peor que hay en mí está a la vista. Eso hace que la gente sienta la necesidad de hablar sobre sí misma. Comienzan por simple cortesía. El mero hecho de ser visible es mi mayor confesión, de modo que intentan hacerme sentir a mis anchas mediante la revelación de nuestra igualdad fundamental, la confesión de sus no tan evidentes deformidades. Así es como empiezan. Pero yo soy como una desconocida encontrada por azar en el autobús, y pronto se habitúan a contar con una oyente. Van demasiado lejos, porque soy una oyente que no está en situación de juzgar ni recriminar a nadie. Descubren sus más desalentadores secretos porque un ser como yo no puede tener virtudes ni principios morales. Si soy «buena» (como dan por sentado que lo soy), está claro que se debe únicamente a la

ausencia de ocasiones para ser de otro modo. Y escucho. Escucho fervorosa, calurosamente, porque me interesan de verdad. A la larga, me lo cuentan todo.

Hace mucho que las palomitas han desaparecido, el fuego está apagándose y ella ha decidido mostrarme el trabajo de su vida —«Mi auténtico trabajo», dice—, y yo me siento absolutamente tranquila mientras recojo el vaso y me levanto para seguirla. Nos llevamos la botella, aunque hemos decidido que podemos prescindir del hielo. La habitación carece de ventanas. Hemos entrado por el único acceso, disimulado como la puerta de un armario en el cuarto de baño. Solo puede abrirse con su llave.

Me cede la única silla, de madera maciza y sin cojines. Una silla de trabajo. Toda la habitación está organizada para una sola persona. Es pequeña, llena de estantes repletos de rollos de película y cintas de vídeo. La pantalla ocupa toda una pared. Aparte de eso, solo hay un maltratado escritorio y una hilera de archivadores. Ella va de un estante al cuadro de mandos, sin dejar de hablar calmadamente. Ha abandonado la brusca jovialidad de sus modales en la piscina. Su lengua parece un tanto pastosa, pero, me doy cuenta, es ella misma. Su rostro grande y sombrío muestra resolución. Sigue hablando mientras trabaja.

—La gente siempre me toma por lesbiana. No lo soy. No tengo sexualidad, que yo sepa. No me interesa. No me atrae. Siempre ha sido así. Pero es lógico que dé esa impresión. No me importa.

La pantalla cobra vida con la imagen de una mujer encorvada sobre un teclado de ordenador. Parece ignorar la presencia de la cámara. Sus manos se mueven velozmente sobre los controles. Coge un micrófono de pie y habla hacia él. Su rostro se vuelve por primera vez hacia el objetivo de la cámara. Mira más allá de mí. Su cara está cubierta de tejido cicatricial, con un ojo casi borrado por la extraña lisura sin poros. Su boca está desfigurada por un palpitante tajo en la mejilla. Antes de que se vuelva hacia el teclado, advierto que no tiene cejas ni pestañas, y que lleva una corta y rizada peluca de color castaño.

—Ésta es Linda —me informa la señorita Lick—. Fuimos juntas a la escuela. Familia acomodada, pero no rica. Una chica estupenda. Miss Popularidad. Ponía todo su empeño en hacer bailar el bastón y salir con los chicos. Fue animadora todos los años a partir del séptimo curso. Una estudiante como tantas. Los chicos se volvían locos por ella. Era la mayor de cinco hermanos. Sus hermanos eran bastante más pequeños. Los adoraba. Cuando estábamos en el segundo año de la secundaria, fue la reina de todos los bailes y festivales. Yo no me contaba entre sus amigas. Nunca nos hablábamos. Luego, una noche de invierno de aquel mismo año, se quedó cuidando a los pequeños mientras sus padres salían. Estaban todos ante la chimenea del salón, en bata. Tostaban malvaviscos en las brasas y se contaban historias de miedo.

»He pensado muchas veces en esto, e imaginado la escena. Linda tenía una cabellera larguísima, hasta el trasero. Estaban todos recién bañados y ella se cepillaba el pelo mientras entretenía a los pequeños.

En la pantalla, la mujer del ordenador extiende una mano hacia los listados que escupe la impresora. La máquina escupe papeles perforados, completamente cubiertos de letra menuda; ella los revisa rápidamente y los apila delante en un montón que va creciendo a medida que la máquina imprime.

—Linda era aficionada a la costura. Había confeccionado las batas de todos los niños, además de la suya. No utilizó un tejido ignífugo. Era muy joven, comprenda. Irreflexiva. Su madre no se lo preguntó. No se le pasó por la cabeza.

La cicatrizada mujer de la pantalla arranca la última hoja impresa, recoge el montón y se pone en pie. Vuelta de espaldas, se aleja cojeando del campo de la cámara.

—Bueno, para abreviar, hubo un incendio. Una chispa prendió en una de las batitas. Fuego. Linda salvó al pequeño, pero al hacerlo se quemó ella. Salió de la casa corriendo para no encender a ninguno de sus hermanos. Según tengo entendido, parecía una

antorcha humana. La bata larga, el camisón largo, el cabello. Permaneció mucho tiempo en el hospital. Muchos injertos de piel. Es asombroso el daño que sufrió.

»No admitió más cirugía plástica que la estrictamente imprescindible. Demasiado cara. Se sentía culpable. Sus padres tenían muchos hijos que criar. Dijo que ya se la haría más adelante, cuando pudiera pagársela ella misma. Los padres trataron de persuadirla, pero se mantuvo en sus trece. Cuando volvió a la escuela, estaba tal y como la ha visto, con cicatrices de extremo a extremo, completamente distinta de como era antes. Los antiguos intereses y aficiones, olvidados. Sus amigos intentaban mostrarse corteses, pero les ponía nerviosos. Por lo que a ella se refería, era como si todos los chicos se hubieran marchado al Oeste. Un cambio interesante. Daba la impresión de haber asumido su nueva situación cuando aún estaba en el hospital. Cambió radicalmente de mentalidad. Se dedicó a estudiar. Toda su anterior energía se volcó en los libros. ¿Comprende? Se dio cuenta de que ya no podía contar con su atractivo para conquistar a un hombre, que la vida que había imaginado quedaba fuera de su alcance. Pero no se rindió. Se labró otra vida, todo a base de inteligencia. Admiré su coraje. Nos hicimos amigas. Todavía nos vemos. Estudió ingeniería química. Realizó innovadoras investigaciones. Ganó premios. Más de una vez me ha repetido que aquel incendio fue lo mejor que podía haberle pasado.

La cámara barre la abandonada sala de ordenadores. Otra cámara la sustituye. Una oficina. La mujer de la peluca está de cara al objetivo. Sentada ante un escritorio, compara el listado de la impresora con otra hoja de papel. Su frente solo está arrugada por un lado. Luego pasamos a una cocina. La misma mujer, sin la bata blanca de laboratorio. Lleva un abultado jersey y se inclina sobre un horno microondas abierto, del que extrae una bandeja envuelta en plástico igual que las que hay en el congelador de la señorita Lick.

La cinta llega a su fin y la pantalla se inunda de estática gris.

—No es un caso tan extraño, si se tienen en cuenta los precedentes —filosofea la señora Lick—. Pintores paralíticos y demás. ¿Se acuerda de aquellos arturanos que hace unos años vagaban por todas partes?

Mi expresión petrificada no la inquieta. Sigue adelante:

—Es exactamente lo mismo. A la gente en general le repugnaba el aire estrambótico que tenía todo el asunto, pero la cosa sucedió poco después de la encrucijada de Linda y no me pasó por alto la relación. Yo misma lo habría dejado todo para unirme a esa feria si mi padre no me hubiera necesitado en el negocio. ¿Se acuerda de Arturo?

Noto que mi cabeza se menea lentamente de arriba abajo. No tengo ni idea de lo que está haciendo mi cara. ¿Puede ser que esté sonriendo? ¿Acaso la señorita Lick lo sabe todo? Extiende una mano hacia mí, invitándome a responder.

—¿Qué le pareció a usted todo aquello? Me refiero a Arturo.

Mi boca y mi garganta están resecas y doloridas. Mi voz surge como una cadena oxidada.

—Lo adoraba.

Parece deleitada por mi respuesta.

—¡Ja! Lo que pensaba. Supongo que también debió de sentir ganas de apuntarse a la historia. No le habría importado subirse a ese carro, ¿eh?

Me doy cuenta de que estoy asintiendo, sin poder evitarlo.

—No tiene prisa, ¿verdad? Ya la llevaré yo en mi coche. Quiero mostrarle otro caso.

Mis ojos se apartan de la pantalla en blanco. La señorita Lick está ante el estante de las bobinas. Cojo la botella del escritorio. El líquido dorado llena mi vaso hasta el borde antes de que pueda detenerme. Vuelvo a dejar la botella cuidadosamente. Respiro hondo, dos veces. Empieza a resultarme un poco difícil distinguir entre el whisky y mis temores. El vaso de la señorita Lick está vacío. Levanto el mío y vierto las tres cuartas partes de su contenido en el vaso de ella.

—Oh, gracias. Ahora, fíjese... —Apoya una voluminosa cadera sobre el escritorio, por detrás de mí, y se inclina hacia el vaso. Giro la cabeza para contemplar la nueva escena.

La pantalla se llena de automóviles desenfocados: ventanillas y cromados la cruzan sin detenerse. Luego, la imagen se hace nítida. Estamos ante una vulgar vivienda de tercera categoría, al otro lado de la calle. Bolsas de basura apoyadas contra un oxidado fragmento de verja de hierro forjado, un puñado de críos vagueando en los peldaños de un edificio miserable. Un hombre avanza a trompicones por la acera, gesticulando con las manos y hablando solo. El objetivo se aproxima a un chico y una chica sentados en el peldaño inferior. La chica está apoyada contra la barandilla, con los pechos erguidos hacia un muchacho lleno de granos que sostiene un cigarrillo entre los labios. El muchacho intenta mostrarse frío y desinteresado. La chica tiene el pelo negro, hábilmente recogido en sendas espirales sobre sus orejas. Su rostro es un sueño bizantino. Frunce los labios y exhala un anillo de humo hacia la cara del muchacho. Sus párpados se entornan levemente en una cálida media sonrisa.

—Ésta es Carina. Mitad negra, mitad italiana. Pobre como una rata. Ha abandonado los estudios, aunque demostró grandes aptitudes en las pruebas psicológicas. Su padre desapareció cuando ella tenía cinco años. La madre vive de la Seguridad Social, y se saca un pequeño extra prostituyéndose en lugares oscuros, engatusando a cualquier primo demasiado viejo o demasiado borracho para fijarse en su aspecto. Desde que perdió los últimos dientes, se ha especializado en mamadas. Al principio no se dejaba dar por culo, pero acabó aceptándolo unos años antes de que fuera tomada esta película. Todo parece indicar que Carina irá por el mismo camino, ¿verdad?

El respaldo de la silla me hace daño en la joroba y se me están durmiendo las piernas, que cuelgan sobre el duro borde del asiento. Bebo un trago de whisky, agito cautelosamente los pies para mantener la circulación de la sangre. El vaso queda vacío. La voluminosa calidez de la señorita Lick se me acerca con la botella y

vuelve a llenarlo. Vuelvo a beber. La señorita Lick está sentada en el escritorio, repiqueteando con los talones sobre un costado. Sus enormes pies, enfundados en gruesos calcetines de lana, aparecen y desaparecen por el borde de mi campo visual. No me atrevo a mirarle la cara.

La cámara está en un quirófano. Una solitaria figura enmascarada, completamente de blanco, se inclina sobre un cuerpo tendido sobre la mesa y cubierto por una sábana. La cámara se cierne sobre el rostro de la figura y de pronto la imagen se desdibuja.

—Iremos directamente a lo que nos interesa.

La señorita Lick acciona diversos mandos. La imagen emborronada se precipita hacia adelante en un torbellino de color. Me paso una mano por la cara y me limpio el sudor en la falda. La peluca se me desliza hacia el ojo izquierdo y parece que no soy capaz de enderezarla con una sola mano. La imagen se fija pesadamente en un pequeño cuarto brillantemente iluminado. Paredes amarillas. Cortinas de encaje. Un estante de libros. Un escritorio. El objetivo se desliza hacia el suelo y aparece una cama. Pulcra y bien hecha, con almohadones. El cubrecama hace juego con las cortinas, y una chica de pelo oscuro está sentada sobre ella con una consola portátil a su lado. Está dictando algo hacia un micrófono de mano, y utiliza sus largos dedos para ir volviendo las páginas del libro que tiene sobre las rodillas. La chica suelta el micro de pronto y se recuesta sobre los almohadones. Levanta el libro y lee. Su rostro está surcado por profundas cicatrices amoratadas. Tiene los labios retorcidos, y las aletas de la nariz deformadas. Solamente sus ojos y la apenas distinguible estructura ósea bajo la carne torturada me suenan de algo. La película se precipita hacia delante, fuera de control. La señorita Lick suspira y acciona repetidamente la palanca.

—Quemaduras de ácido. Pero estaba completamente anestesiada.

Estoy contemplando las puertas de madera oscura de una imponente capilla. Las puertas se abren de pronto y un grupo de muchachas vestidas con togas de graduación se desparrama hacia fuera, los birretes precariamente equilibrados sobre sus suaves cabellos.

—El día en que se graduó en la universidad. Yo aún estaba preocupada. Me tenía el alma en vilo.

Un rostro morado destaca entre la enfervorizada multitud. La togada figura baja los escalones sin detenerse mientras alza las manos para quitarse el birrete. Avanza directamente hacia la cámara. A medida que se acerca, la imagen se va desenfocando.

El siguiente plano muestra una oscura oficina con celosías en las ventanas. La chica del rostro desfigurado está sentada ante uno de los tres escritorios. Una de sus manos sujeta un fajo de papeles, y la otra un micrófono.

—Es traductora. Tiene un gran talento para los idiomas. Pero ya llevaba un año trabajando ahí cuando conseguí introducir la cámara. Oficina de Inteligencia. Máxima seguridad. El menor desliz le habría costado el puesto.

—Es Carina —apunto. Tengo el vaso apoyado sobre mi labio inferior, y el nombre cae dentro de él y se rompe.

—Sí. Ahora tiene veintiséis años. La segunda en mando de toda su oficina. Domina cinco idiomas.

La pantalla está gris. La señorita Lick devuelve la película a su lugar. Aparto el vaso de mí y observo el nivel del líquido. Tiembla, pero no mucho.

—¿Le dio Linda la idea? —pregunto con toda la calma, con curiosidad.

—Lo que le pasó, no ella. La idea fue mía, pero el detonante fueron los arturanos. No es que yo sea una discípula. Más bien una apóstol.

La señorita Lick se muestra muy tajante en este punto. Empuja los rollos de película con el canto de la mano, disponiéndolos simétricamente.

—Carina fue mi primer trabajo. —Hace una pausa y se queda mirando la pared. Está rememorando. La duda y la preocupación, teñidas de una leve nostalgia, asoman entre las protuberancias de su rostro—. Quedó mucho tiempo resentida. Terca. A pesar del dinero. A pesar de los vestidos, de los estudios y de los profesores particulares. Hice todo lo que pude. Me tuvo preocupada durante años.

—¿Y su madre? ¿Acaso ella...? —Enarco las cejas por encima del vaso.

La señorita Lick suelta un bufido y asiente.

—Una renta anual. Quedó encantada. Me tomé la molestia de informarme sobre sus andanzas por si alguna vez se le ocurría que necesitaba más dinero. Tuve suerte. Una noche, logré filmar una película infrarroja de cómo se la jugaba a un pobre diablo. El tipo se murió de frío. ¡Era pleno enero!

—Este asunto de las películas me ha impresionado. ¿Lo hace todo usted misma? ¿De verdad que no saben que las está filmando?

Asiente, mientras un leve rubor asciende por sus robustas mandíbulas.

—Una vieja afición. Hay que cuidar muchos detalles para que no se den cuenta. Son técnicas interesantes para la vigilancia y la infiltración.

Quiero irme a casa a pensar. Todavía no confía plenamente en mí. Se ha saltado la escena de la operación. No ha querido que viera los primeros planos del ácido en acción sobre el rostro de Carina, el humeante vapor de la quemadura química sobre las burbujas de la carne. Piensa que quizá no lo comprendería, o que no podría tolerar la visión de sus placeres.

Pero aún no puedo irme. Primero debo demostrarle que no se ha equivocado al descubrirse ante mí.

—Quiero que sepa que la situación en que me he visto durante toda mi vida me permite comprender y apreciar el trabajo que usted está haciendo. —La miro directamente, y derramo la más profunda sinceridad por mis ojillos rosados. Gradúo mi voz en los tonos más

graves. Ella me contempla con inquietud. Le dedico mi sonrisa especial, la cálida. Se mueve con torpeza hacia mí, las manos extendidas como un par de bebés desnudos, el enorme rostro contraído y derretido de alivio. Sacude mi mano de arriba abajo en la calurosa prensa de sus manazas. Tengo la sensación de haber metido la mano hasta la muñeca en las entrañas de un pollo recién muerto.

—Gracias —farfulla—. Dios mío. —Está radiante—. Es usted la primera persona... —Menea admirativamente la cabeza—. Es la primera vez que me atrevo a enseñarle esto a alguien.

Trato de mantener el equilibrio del vaso con la mano libre, pero el whisky se derrama y me salpica las rodillas, helando la superficie que toca. Me gusta la señorita Lick. Arty siempre decía que eso es muy importante.

«Busca la manera de que te gusten —decía—. Haz que te gusten hasta el último minuto que pases con ellos. Si consigues que te gusten, no intentarán nada contra ti.»

Resulta fácil. Es tan grandota, tan sencilla y asustadiza... Se ruboriza. Cuando se viste después de nadar, su cabello queda demasiado suelto para someterse al peine y se eriza por toda su cabeza hasta que se aplica gomina y se lo aplasta. Por las mañanas se despierta con los ojos hinchados, y hasta que toma el café en su oficina es una mujer frágil. Es sincera. Quiere hacer el bien. Todos sus esfuerzos se dirigen hacia el bien.

El propósito de la señorita Lick es liberar a todas aquellas mujeres susceptibles de ser explotadas por los apetitos masculinos. Las mujeres explotables, en opinión de la señorita Lick, son las guapas. Siente una gran compasión hacia ellas. La transformación de Linda le dio la idea. Si todas estas chicas guapas pudieran desprenderse de los rasgos que las hacen atractivas a ojos de los hombres (de su hermosura), entonces ya no se apoyarían en su capacidad de ser explotadas y utilizarían su inteligencia y su talento

para hacerse poderosas. La señorita Lick tiene una inmensa fe en esta teoría. Ella misma es un ejemplo de lo que puede conseguirse cuando se carece del lastre de la belleza natural. Yo soy otro.

—Es usted muy afortunada —comentó aquella noche—. Lo que la masa ignorante considera como un impedimento es en realidad un don inapreciable. De haber sido normal, es muy posible que jamás hubiera llegado a conseguir tanto éxito con su voz.

La señorita Lick, al igual que tantas otras personas por lo demás sofisticadas, se siente exageradamente impresionada por todo lo relacionado con los medios de comunicación. Para ella, mis programas radiofónicos son importantes obras de arte. Está convencida de que soy una triunfadora.

La señorita Lick ya ha liberado a unas cuantas jóvenes. Nunca recurre a la fuerza ni a la coacción. Recurre al dinero. Carina fue la primera, y la que dio más problemas. Antes de volver a intentarlo, esperó hasta que Carina obtuvo su diploma y un trabajo seguro.

—Tenía que asegurarme de que hacía lo correcto. No es una cosa que pueda hacerse a la ligera.

Hasta el momento, Carina no le ha dicho nunca que su operación ha sido lo mejor que le ha pasado en la vida.

—Reconozco que eso todavía sigue preocupándome —admite la señorita Lick, con la frente arrugada por la duda—. Pero otras sí que lo han dicho. Muchas veces. Carina es terca. Condenadamente terca.

Después de Carina, la señorita Lick se volvió más prudente durante algún tiempo.

—Con las tres siguientes, me limité a tratamientos tiroideos. No me atrevía a tomar medidas más drásticas.

En la pantalla se suceden una secretaria, una estudiante saltadora de vallas y una joven prostituta. Y luego sus increíbles reencarnaciones. Las tres tan gordas que a duras penas pueden moverse.

—Lulú, la exputa, trabaja para mí como contable. La secretaria ahora dirige mi oficina.

La señorita Lick hunde las manos en los bolsillos y se queda mirando la última imagen de la pantalla. Un montón de carne morena yace sobre una almohada. Los finos cabellos que se adhieren en grasientos mechones parecen indicar que se trata de una cabeza humana. Finalmente, distingo los minúsculos ojillos que destellan al fondo de un informe amasijo de mejillas.

—Esta era Vita. Diecisiete años cuando empezamos. Me quedé fatal... Fue un fracaso... Un error de juicio. No pudo soportarlo. Intentó suicidarse. Pastillas. Había sido una atleta, y este método no le convenía en absoluto. Una técnica completamente equivocada. El ácido habría funcionado bien, pero no esto. Ahí me di cuenta de que debía diseñar individualmente cada tratamiento. He estado tratando de recuperarla. Su cuerpo ya casi está bien. Pero su cabeza... Era muy inteligente. —La señorita Lick tenía los puños inmóviles, apretados contra el vientre, pero el resto de su cuerpo temblaba.

—Así que dice: «Deme el dinero y verá. No necesito ninguna operación». Y yo le contesto, mira, ricura, eso es lo que dicen todas, y puede que sí que consiguieras un título y un empleo, pero con el primer capullo que supiera frotarte bien los pezones te irías por el sumidero como las demás. Esos melones tuyos son un par de zapatos de hormigón, y si no te desprendes de ellos, tendrás que quedarte aquí cargando los camiones del pan hasta que el portero no pueda aguantarse las ganas de chuparte las tetas y te proponga matrimonio.

La señorita Lick está exaltada por la rectitud de su argumento. La rubia de la pantalla es un milagro mamario en camiseta roja y pantalones ajustados. Al recoger las grandes bandejas metálicas cargadas de hogazas envueltas en plástico, su cuerpo se ondula majestuosamente. La película patina.

—No es tan lista como me figuraba. Solo vale para labores técnicas.

Una bata de laboratorio, de hombros estrechos y grasienta cola de caballo, se vuelve hacia nosotras y sostiene bajo la luz un par de tubos de ensayo. Un rápido examen de fluidos turbios.

—Se pasa el día analizando la orina de los caballos de carreras. Cuando detecta algo de droga en una muestra, es un gran día. Pero qué coño. Es feliz. Se gana bien la vida.

La bata de laboratorio le queda plana. No hay ningún bulto en el pecho.

—Un cirujano de primera. Metió la pata y lo tengo en el bolsillo. Puede considerarse muy afortunado por seguir ejerciendo, y sabe perfectamente que eso solo durará mientras yo quiera. Le pago muy bien los trabajitos que le encargo y lo mantengo a cubierto. Al principio protestaba y se resistía, pero ya hace años que se achanta. Tiene hijos, casa grande, club de campo. Un tipo de confianza. A decir verdad, creo que disfruta con lo que hace. Yo estoy siempre delante. Antes me daba náuseas, pero ahora me gusta verlo. Un gusto adquirido, pero no sabe cuánta delicadeza hay que tener.

No quiere mostrarme los fragmentos de película donde se ven las operaciones.

—Siempre tengo varios proyectos en marcha al mismo tiempo. Posibilidades por investigar. A veces, cuando ya he decidido que una chica es adecuada y la he abordado, tiene que pasar algún tiempo antes de que se decida. Unas cuantas se han negado. Pocas. Soy cautelosa. Pero nadie se ha ido nunca de la lengua. Nunca he tenido el menor problema. Yo solo ofrezco. No obligo a nadie. Nadie puede quejarse. No hay nada ilegal. Ahora mismo, estoy interesada en una especie de procedimiento gradual. Empezar con algo superficial, una cabellera muy larga, por ejemplo, y utilizarlo como punto de partida.

Con recompensas cada vez mayores para que no se detengan... Muy interesante. Todavía está en fase experimental, por supuesto, y no sé cómo saldrá a la larga.

La señorita Lick no menciona para nada el Glass House, y yo tampoco.

Mi nuevo cuarto me resulta ajeno y frío. Estoy tendida en la cama y trato de recordar cómo se va al cuarto de baño. Aquí tengo un cuarto de baño particular. Es un alojamiento mucho más suntuoso que mi habitación en casa de Lil. No hay que deambular medio dormida hacia el retrete común del vestíbulo en mitad de la noche. Pero aquél es mi hogar y lo añoro. Esta fachada más respetable es lo que la señorita Lick espera de Hopalong McGurk, y confío en que así no podrá relacionarme con Miranda. Todos los días llego temprano a la emisora para recoger mi correspondencia y evitar posibles accidentes, no sea que alguien trate de localizarme en mi antiguo domicilio.

Durante algún tiempo me dije que lo único que debía hacer era perturbar las finanzas de la señorita Lick. Si fuera pobre, pensaba, no podría seguir con sus planes. Investigar un poco su estructura empresarial y encontrar la manera de sabotear su cuenta bancaria. Nada. No sirvo para los negocios. No llegué a entender ni la mitad de las cosas. Lo único que se me ocurrió fue poner bombas incendiarias en todas sus factorías. Pero trabajan en jornadas de veinticuatro horas y están demasiado repartidas por todo el país para hacerlo yo sola. Además, todo su capital está bien invertido en acciones seguras que no tienen nada que ver con el negocio de la comida.

Luego, un día en la piscina, vi cómo miraba a las niñas. Lindas escolares entrenándose para ingresar en el equipo del club. Eran como nutrias que retozaban alrededor de los serios y aburridos nadadores. Yo estaba apoyada en los escalones del extremo menos hondo, descansando. La señorita Lick se acercó a la pared y, en

lugar de hacer su zambullida de costumbre, permaneció inmóvil. Miraba fijamente a las muchachitas, con los ojos enrojecidos por el cloro y el odio. Piernas alargadas destellaban en el agua, lisas y elegantes, y angulosos rostros intercambiaban carcajadas. La cabeza de la señorita Lick se proyectó hacia delante sobre sus hombros. Su mandíbula se contrajo en un ángulo extraño y comenzó a crisparse espasmódicamente.

Mi estómago trató de arrastrarse hacia la boca. Si no pudiera pagar por desfigurarlas, lo haría de otra manera, y en aquel instante comprendí que era una suerte que tuviera tanto dinero. Desde aquel día, estoy resignada. Me gusta. Casi nunca me da miedo. Pero sé qué debo hacer.

Yo conduzco el carrito de golf y la señorita Lick va andando a mi lado. Ya hemos dejado atrás el cuarto *green*.

—Desgrava impuestos. Mis chicas constan como minusválidas. No cuesta nada procurarse declaraciones de accidente falsificadas. Hospitalización particular. Soy una organización benéfica sin ánimo de lucro, orientada principalmente a la rehabilitación. Eso también es verdad.

Me alegro de que la señorita Lick haya convertido su afición en una gran empresa. Eso me proporciona una razón más poderosa.

Si Miranda fuese la única joven a la que hubiera abordado, no por eso cambiarían mis planes..., pero tampoco podría considerar plenamente justificado el hecho de extinguir para siempre las luces de alguien en nombre de la ridícula colita de Miranda. Soy la única que concede algún valor a esa cola. Cualquier otra persona diría que es una gran suerte que te paguen para librarte de tal engorro.

A veces, cuando hemos bebido, no puedo evitar sonreír a la señorita Lick mientras me imagino a mí misma pegándole un tiro en un ojo con la pistola de su padre. La ironía de matarla con justicia

por el delito de hacer lo que a ella le parece justo —y ella, no lo olvidemos, nunca ha matado a nadie— me resulta hilarante. Debo vigilar la bebida. Me gusta demasiado.

Últimamente solo leo novelas de crímenes. Seis semanas seguidas de historias de asesinatos en mi programa. Los enigmas me interesan, y también los métodos. No cabe duda de que la forma más sencilla es la mejor.

Me aterroriza intentarlo y fallar. La idea de que me mire, de que esa enorme y arrugada masa de carne me vea como a una traidora y sepa que soy culpable, que la he engañado adrede para poder hacerle daño... Esa angustiosa imagen se me aparece en sueños. No podría soportar que siguiera viviendo con el conocimiento de que yo deseaba hacerle algo así. Se convertiría en un verdadero monstruo, un monstruo creado por mí. No, la cosa debe ser absolutamente segura. Y rápida. Muy rápida.

Mientras tanto, las ediciones baratas de novelas de asesinatos se van acumulando en esta habitación provisional. Debo de estar dejando una pista de un kilómetro de anchura. Me basta con ocultarle a ella mis intenciones, pero, después del hecho, estoy segura de que resultará evidente para cualquiera que se dedique a husmear un poco. Aun así, no tengo tanto miedo como suponía que tendría. Solo tengo miedo de que la señorita Lick se entere. Y también de fallar.

El conocer a la señorita Lick me ha hecho pensar de nuevo en Arty. El deseo de hacer lo que hizo no lo volvió un ser malvado, fue el salirse con la suya lo que lo convirtió en un monstruo.

Desde luego, a la larga tendré que aplicarme esta regla a mí misma. Y me alegra haber descubierto el whisky.

Por ahora, no puedo permanecer mucho tiempo en casa de Lil. Voy todos los jueves por la noche para ocuparme de las basuras y dejar mis notas en el baúl, con los demás papeles de Miranda. A menudo me digo que tienen importancia, y que las reliquias de mi vida me echarán de menos. A veces, hasta me lo creo.

13

Carne: electricidad sobre ruedas

Estaba claro que el tipo había cumplido los sesenta, pero tenía el aspecto de no haber dejado nunca de entrenarse para algún deporte intenso y solitario, la escalada quizás, o el batir su propia marca de larga distancia caminando con las manos. Estaba sentado en el peldaño del camión de Arty con las mangas pulcramente enrolladas por encima de los codos y unos pantalones de trabajo sujetos por tirantes. Su calzado consistía en unas botas provistas de hebillas y cordones que debían de tener al menos cuarenta años y que parecían hechas de piel de rinoceronte cortada a mano, con un extraño lustre grisáceo como de medio siglo de vigorosos cepillados. Era un buen calzado, y lo tenía firmemente plantado en el suelo, con los codos clavados en las rodillas y los antebrazos convergiendo hacia un vértice donde sus dedos se entrelazaban. Los músculos se recortaban con tan nítida independencia que mi primer pensamiento fue el de maderos viejos y vigas maestras.

Tuvo el buen sentido de no ponerse en pie cuando me acerqué a él. Inclinó la cabeza y se quitó la gorra como si deseara refrescarse la frente más que saludarme.

—Me llamo McGurk..., Zephir McGurk, y me gustaría hablar con Arturo... Su hermano, supongo.

Comencé con la cantinela de costumbre:

—Arturo se somete a una gran tensión durante sus actuaciones y necesita descanso...

McGurk me dirigió una fugaz mirada con sus ojos frescos como ventanas, torció un poco los labios y se agachó para recoger del suelo un esmerado estuche de cuero con cierres de latón.

—He traído algo que me parece que al muchacho acuático puede interesarle muchísimo. Soy electricista e inventor, señorita... Y me he pasado un año entero pensando en su hermano, desde que la feria estuvo aquí el último marzo. Déjeme hablar con él. No lo lamentará. Y él tampoco.

El estuche no escondía una bomba ni una pistola. De eso podía darme cuenta solo con mirar al tipo. Abrí la puerta y lo hice pasar. McGurk se detuvo junto a la mesa y se examinó con discreción las uñas de ambas manos. Me acerqué a la puerta de Arty y golpeé con los nudillos.

Si bien Arty insistía en la farsa sobre sus deseos de intimidad, en realidad le encantaba recibir a sus entusiastas admiradores. Se revolvió en su trono de terciopelo rojo y alzó el rostro hacia mí para que le sonara la nariz.

—Quédate en el cuarto de la bombilla.

Antes de retirarme, hice entrar a McGurk y se lo presenté a Arty. Ya en el cuarto de la bombilla, comprobé la pistola y le quité el seguro mientras abría lentamente la ranura de ventilación situada bajo el espejo unidireccional. McGurk se había sentado en el sillón y contemplaba fríamente la parte inferior del cuerpo de mi hermano. Al cabo de unos segundos, sus ojos se alzaron hacia los de Arty.

—¿Le han descendido los testículos?

Arty estaba acostumbrado a oír preguntas impertinentes.

—¿Por qué quiere saberlo?

—¿Cómo puede sentarse derecho sin que le duela?

—Tengo unas nalgas bien desarrolladas y llevo un protector rígido.

McGurk asintió y puso el estuche sobre su regazo. Lo abrió con un llavín.

—He pensado mucho en su vida y he diseñado una cosa que quizá le sea útil.

—Muy amable por su parte.

—No exactamente. Es que no podía dormir hasta que di con la solución.

El estuche se abrió sobre sus rodillas y reveló un anticuado tocadiscos con una barra cromada conectada a un punto cercano al centro del plato. Del extremo de la barra cromada pendía un tubo blando y grueso. McGurk miró hacia la cama y se incorporó. Dejó el aparato en la cama, junto a la pared, y extendió la resplandeciente barra hacia el centro del lecho. El tubo quedó colgando sobre el cubrecama de satén marrón.

—El interruptor se acciona con la presión. —Tiró de una bola de goma situada a un lado y un muelle cromado la siguió, rechinando contra el estuche—. Puede sujetarla entre los dientes y disponer de un control absoluto. Para ponerlo en marcha basta un apretón. —Oprimió la bola y un leve zumbido llenó la habitación—. Ahora, introduce el pene en este tubo... —sus dedos levantaron el fláccido tubo hasta dejar al descubierto una profunda boca rosada—, y un segundo apretón ajusta las abrazaderas para que lo sujeten con firmeza.

El tubo saltó y su boca tomó la forma de una O.

Arty comenzó a reír entre dientes.

—Muy hábil. Pero ¿está seguro de que no lo ha diseñado para usted mismo?

McGurk volvió el rostro hacia Arty. Un pliegue de irritación aleteó entre sus ojos.

—¿Qué edad tiene usted? Diecisiete o dieciocho años, ¿no? —replicó—. No podía dejar de pensar en cómo se las arreglaría.

Accionó un interruptor en el interior de la bola de goma. El plato empezó a girar y el brazo cromado a empujar y a tirar, a avanzar y a retroceder con suavidad, mientras el tubo del extremo se inflaba y Arty contemplaba fijamente el artefacto. McGurk se inclinó hacia delante y hundió un pulgar en la boca del tubo. El tubo aspiró y se onduló en torno al dedo bajo su atenta mirada.

—Con este tubo de succión, puede elegir entre treinta y tres, cuarenta y cinco y setenta y ocho revoluciones por minuto.

Arty se relamió los labios, sorbió cautelosamente por la nariz para asegurarse de que no goteaba y preguntó:

—¿Lo ha probado?

McGurk extrajo su enrojecido pulgar y pulsó el interruptor. El brazo cromado dejó de moverse.

Mi elevado taburete me cortaba la circulación en las piernas, conque me revolví y estiré el cuello. Arty estaba de espaldas a mí, vuelto hacia McGurk, que acababa de sentarse en la cama.

—Le mostraré el sistema de lubricación y drenaje, pero antes... —Tiró de las perneras de sus pantalones hasta dejar al descubierto las blancas y lampiñas rodillas. Las botas le llegaban a la pantorrilla, donde se convertían en calcetines grises—. Supongo que antes querrá ver mis credenciales —concluyó McGurk.

Metió una mano por la pernera derecha. Hubo un chasquido y la bota cayó al suelo, arrastrando consigo una pantorrilla y una rodilla de plástico. Por la oscura abertura de la pernera vacía se distinguía un apagado reflejo. Repitió la operación en la otra pierna y ambas botas quedaron en el suelo, con un brillo de acero en los ahuecados extremos de las rodillas. Se alzó las perneras hasta los muslos y dejó al descubierto sendos implantes de acero sobre sus dos muñones. En cada uno de ellos había un surco, unas cuantas protuberancias para asegurar el encaje y varios contactos eléctricos. McGurk alzó la vista con calma y esperó. Arty frunció sus gruesos labios y los contrajo con aire especulativo.

—Mierda —exclamó. Acto seguido, envió un largo arco de saliva hacia la bota más cercana. El salivazo cayó en los cordones y se deslizó a través de los agujeros. McGurk siguió mirándolo, con una profunda arruga entre los ojos—. Se ha equivocado. Por completo —prosiguió Arty. Emitió una risita y comenzó a balancearse ligeramente—. Como tiene una pequeña mutilación, se ha complacido en apiadarse de mí. Bien. Está usted muy equivocado.

McGurk se retorció en la cama y extendió sus poderosos antebrazos hacia las piernas artificiales. En seguida, se encajó los extremos de acero en los muñones con un sonoro chasquido metálico. La pistola me sudaba en las manos.

—Se figuró... —Ahora Arty lo observaba cuidadosamente; por un instante, sus ojos se desviaron hacia el espejo tras el que me ocultaba yo con la pistola—. Se figuró que teníamos ciertos intereses comunes. Supongo que lo tiene usted crudo con las señoras. Bien, pues yo no. Siempre hay mujeres mosconeando a mi alrededor, rogándome que les haga caso.

McGurk comenzó a plegar el brazo cromado sobre el plato del tocadiscos, a devolver el cable de mando a su orificio, a cerrar cuidadosamente el estuche, sin prestarle la menor atención a Arty. Éste se mordió el labio inferior y lo soltó de golpe, haciéndolo chasquear. Agitó la aleta derecha en un vago ademán.

—Quiero decirle que se está equivocando con este asunto de los muñones. Es como si un hombre con una voz hermosísima hubiera hecho voto de silencio. Se esfuerza al máximo por hacer ver que no existen. Conoce a una chica en un bar y no le dice nada hasta que llega el momento de quitarse los pantalones. Tendría que broncearse los muslos y caminar sobre ellos; ponerse un almohadillado con lentejuelas plateadas y salir a bailar a un escenario iluminado, donde todos pudieran verlo. Y todas las jovencitas llamarían a su puerta para pedirle una taza de azúcar en mitad de la noche, babeando por usted. Podría tener eso. No tanto como yo, pero lo suficiente... Y, en cambio, se limita a hacer lo que ELLOS quieren que haga. ELLOS quieren que esconda sus muñones, que los disimule, que los olvide, porque saben cuánto poder podrían llegar a tener.

Ahora McGurk escuchaba atentamente, la vista fija en Arty. Vi cómo sus ojos se paseaban por la consola, los terciopelos, la gruesa y lujosa alfombra. Puse el seguro del arma y la devolví a su estante. Al salir, accioné el interruptor que apagaba la lamparilla del tocador del cuarto de Arty, para advertirle que ya no lo cubría. Fui a buscar un contrato en blanco y se lo llevé a Arty. McGurk estaba fumando en silencio, mirando a las paredes. Arty decía:

—... un hombre razonable no necesita que le abran la cabeza a golpes para reconocer la verdad cuando la tiene delante.

McGurk firmó como electricista y me estrechó la mano, porque no podía estrechar la de Arty. A continuación, salió a vender todas sus posesiones, a despedirse de sus dos hijos adolescentes que vivían con su exesposa y a arreglar su automóvil familiar como vivienda provisional para poder viajar con la feria.

Cuando el caballo amputado se murió, a nuestro Chick «le dio una cosa horrible», según lo expresó mamá. Yo acababa de salir del Sumidero aquella mañana, con la nariz todavía ardiendo por los vapores del limpiacristales, cuando oí unos gemidos húmedos y hondos que me parecieron familiares. Encontré a Chick y a las gemelas encaramados sobre la cubierta del camión generador, junto a la urna del abuelo. Chick estaba tendido boca abajo, con el rostro oculto entre las manos, y Elly e Iphy lo acariciaban suavemente mientras miraban hacia el cielo en direcciones opuestas.

Trepé yo también para ayudarlas a acariciar a Chick. Las gemelas me explicaron que había encontrado a Frosty tirado en su remolque, completamente tieso. Dirigiéndome al rubio y rizado cogote de Chick y a los sonrosados y húmedos puños que le cubrían la cara, lo consolé:

—Vamos, vamos, Chick, no ha sido culpa tuya. Era muy viejo y le había llegado la hora. En estos últimos meses lo has cuidado de maravilla. Seguramente ha sido más feliz que en toda su vida.

Chick emitió un sollozo estrangulado y Elly, con un bufido, replicó que ya se lo habían dicho ellas pero que quería mucho al caballo y tenía que llorar. Su respuesta altiva me ofendió, y aduje que Chick quería a todos los seres vivos pero que no tenía que ponerse así cada vez que se secara un geranio en las macetas de las pelirrojas o algo por el estilo. Iphy contemplaba el firmamento gris con aire pesarosamente ensoñador, y Elly no estaba para gaitas. Se limitó a suspirar «seguramente» y siguió acariciando a Chick.

Me dejé caer a tierra y me fui a improvisar una oración para Frosty. No me quedó mal del todo, aunque no tuve ocasión de utilizarla. La doctora P. diseccionó al caballo con fines científicos y luego hizo que unos peones se llevaran los restos a un incinerador.

De noche. El campamento oscurecido. Dos horas después del cierre. La familia estaba durmiendo y yo había trepado al fregadero de la cocina para contemplar sin gafas el halo de la luna. Un crujido en el exterior. Una pisada. Había sonado a mis espaldas, al otro lado del camión. Me escabullí hacia la puerta, avanzando de puntillas con los pies descalzos, y atisbé sigilosamente. Se me cortó la respiración: un movimiento junto a la puerta de Arty. Una silueta alta merodeaba por allí.

¡Un asesino!, pensé. Durante la fracción de segundo que tardé en cruzar la puerta, soñé un largo sueño sobre la gratitud de Arty ante mi valeroso y abnegado sacrificio en defensa de su vida. Me vi vendada de blanco, recostada sobre almohadones, mientras Arty entraba con el rostro pálido y conmovido... Hasta aquí había llegado cuando aferré entre mis brazos los muslos de la oscura silueta que remoloneaba ante el umbral de Arty y hundí los dientes en una abultada nalga. El muslo se agitó furiosamente y comenzó a chillar mientras yo gruñía. Unas largas uñas me arañaron la cabeza y me rasgaron la piel de los brazos. La garganta del asesino vomitaba desesperados alaridos que vibraban a través de mis colmillos con un heroísmo adrenalínico que iluminaba el interior de mi cráneo como un soplete.

El farolillo de la puerta se encendió y sonaron gritos cercanos. Aliviada por la llegada de refuerzos antes de no poder más, aunque temerosa de no causar tan buena impresión a Arty como si estuviera vendada, aflojé mi dolorida presa. El tejido se separó de mis dientes mientras unos grandes brazos me izaban y me estrechaban sobre un cálido pecho, y una profunda voz exclamaba:

—¡Jesús! ¡Señorita Oly!

En el umbral, a mis espaldas, la preocupada voz de Arty:

—¿Estás bien? Pasa adentro y déjame que lo mire.

Mi corazón se convirtió en humeantes gachas. Me retorcí entre aquellos brazos para ver su querido e inquieto rostro y el cadáver del terrorista cuyos malvados propósitos había frustrado.

Arty no hablaba conmigo. Se hallaba en su silla de ruedas, justo bajo el dintel, examinando ansiosamente un mellado desgarrón en el satén negro del trasero de una joven *norma*, cuyo rostro sollozante quedaba oculto por una mata de lacios cabellos rubios.

—¡Asesina! —mugí, luchando por desasirme de las azules mangas del guarda que me sujetaba—. ¡Estaba acechando ante tu puerta, Arty!

El corpachón que retumbaba bajo mis puños exclamó:

—¡Jesús! ¡Señorita Oly!

La pálida y helada cara de Arty me dirigió una mirada de impaciencia. Sus carnosos labios se contrajeron sobre sus encolerizados dientes, y siseó:

—Una invitada. Sencillamente, una invitada que llamaba a mi puerta. —En seguida, con un gesto de invitación para la alta y esbelta joven, hizo retroceder su silla hacia el interior.

El guarda, que seguía sosteniendo mi envarado cuerpo entre sus brazos, no sin cierto pudor, se disculpó:

—Lo siento, Arty. Acababa de dejar a la señorita ante tu puerta, como siempre, y estaba ya en la otra punta del camión cuando ha empezado todo el jaleo.

—Acompaña a Oly hasta su puerta, Joe. Buenas noches. —La puerta se cerró ruidosamente.

—Jesús, señorita Oly —repitió el guarda. Se volvió, abrió la puerta del camión familiar, me depositó en el interior y cerró de nuevo ante mis pasmadas narices. Me arrastré hacia mi armario y traté de tragarme la lengua o contener la respiración el tiempo necesario para morir. Albergaba la esperanza de que me concedieran una urna de medio litro y me atornillaran sobre la capota del camión generador, tras la urna del abuelo.

Cuando Chick estuviera triste, vendría a recostar la mejilla sobre mi frío metal. Mamá me sacaría brillo todas las mañanas antes de dirigirse al Sumidero, y derramaría una lagrimita al recordar mi dulce sonrisa. Pero entonces se me ocurrió que podían ponerme en el Sumidero, en el bote más grande de todos, y que flotaría desnuda en el formaldehído mientras las gemelas discutían acerca de a quién le correspondía limpiar mi bote. Renuncié a la idea de morirme y, sin dejar de farfullar, me envolví en la manta, conjurando lacerantes imágenes de lo que Arty estaría haciendo con aquella chica *norma* y llamándome una y mil veces idiota. Seguí farfullando hasta que me dormí.

No hablé con nadie de la chica *norma* que había ido a visitar a Arty. Y él tampoco lo mencionó. Le gustaban los secretos. Sin una buena razón, se negaría incluso a reconocer que comía o dormía. Para él, la información era un activo comercializable. Puede que el guarda chismorreara un poco por ahí, pero ya se cuidaría bien de que papá no supiera nada del asunto. Si un empleado deseaba conservar el puesto, sus asuntos particulares con el señor Arty no llegaban a oídos de Al.

Yo seguí torturándome, incapaz de desprenderme de mi vergüenza por ser tan idiota. Idiota por haber atacado a una invitada bajo un impulso tan melodramático, por permitir que las relaciones de Arty con una chica —¡y una *norma*, encima!— me corroyeran de dolor.

Cuando oscurecía, salía a gatas de mi armario y atisbaba por las ranuras de la ventanilla de nuestra puerta. No veía gran cosa, pero varias noches tiritando bajo mi camisón de franela me demostraron que aquél no había sido un incidente aislado.

La chica a la que había asaltado era una extraña, no una empleada de la feria. Pero tuve que ver y oír unas cuantas veces cómo se abría la puerta de Arty para las borrosas figuras que se

apresuraban a entrar antes de darme cuenta de que siempre eran chicas distintas.

Aquella noche me arrebujé entre las mantas con una sonrisa y, por primera vez en varios días, dormí sin sobresaltos, me desperté jovial y animada y me pasé todo el día bromeando y riendo. Arty no estaba enamorado. Tan solo «folleteaba», como decían las pelirrojas. Lo que había sido un soplete que me calcinaba el cerebro se convirtió en un simple dato útil. Un enamoramiento me habría excluido. Esto me abría una entrada. Podría echarle pullas a Arty en privado. Al no decirle nada a nadie, le demostraría mi discreción y le daría pie para que confiara más en mí. Si bien todavía notaba un saborcillo de vómito en la garganta cada vez que pensaba en Arty con esas *normas* de largas piernas, la cosa al menos resultaba tolerable. Necesitaba todas las armas que pudiera conseguir.

Zephir McGurk era un electricista autodidacta de la misma escuela de pensamiento independiente en la que había florecido la afición médica de papá. McGurk se las apañaba con lo que fuese. Alimentaba su ingenio con toda clase de revistas y catálogos de los fabricantes, pero era un innovador. Aunque un artefacto hubiera sido inventado y perfeccionado treinta años antes, él prefería construir su propia versión antes que comprárselo a nadie. McGurk era valioso. Su sueldo consistía en una cantidad mínima y lo que Arty denominaba «el sobrante» de mujeres curiosas.

Dormía en la parte de atrás de su viejo pero bien conservado automóvil tipo ranchera. Trabajaba en el remolque donde se guardaban las herramientas eléctricas y las piezas de recambio, y allí creó un pequeño y eficiente taller. Si no se lo hallaba en el taller, estaba durmiendo o en la carpa del espectáculo de Arty. Nunca se relacionaba con nadie de la feria ni se interesaba por las actuaciones de otros. Zephir era un hombre concentrado. Arty era la niña de sus ojos, el trabajo de su vida.

—Estaría bien tener algún sistema para escribir mis mensajes con luces —decía Arty, por ejemplo.

—Puede ser —respondía McGurk lentamente, barajando ya posibilidades en su cabeza.

Arty iba a visitarlo a su taller, cosa que halagaba profundamente a McGurk. Si Arty se sentía con ánimo, me pedía que le ajustara uno de sus arneses y salía reptando hacia el taller, seguido de cerca por mí. En tales ocasiones, escalaba el peldaño, trepaba al banco de trabajo y charlaba amistosamente con McGurk.

Otras veces prefería acudir en su silla y quedarse ante el umbral, con McGurk sentado en el escalón para conversar. McGurk había enterrado sus prótesis en un baúl y se había acostumbrado a caminar con almohadillas ajustables en los muñones de sus muslos. Los días de trabajo usaba unas almohadillas de cuero azul o marrón, pero tenía también un par de satén verde iridiscente, bordadas con enredaderas de plata, para llevarlas en la cabina de mando desde la que controlaba el sonido y las luces del número de Arty, sobre el público de las gradas.

Fue McGurk quien inventó el tubo de hablar de Arty, una mascarilla de plástico que le cubría la nariz y la boca. Cuando Arty accionaba el botón con la lengua, un chorro de aire expulsaba toda el agua de la mascarilla, de forma que podía respirar y hablar al mismo tiempo. El dispositivo sobresalía por encima de la pared delantera del acuario, al extremo de un largo tubo que lo conectaba a una vistosa (pero inútil) consola instalada al fondo del acuario. En realidad, el aparato estaba conectado con el sistema de sonido. Poder hablar debajo del agua representaba una gran mejora sobre tener que apoyar la barbilla en el borde superior y utilizar un micrófono. Al público le encantaba.

Cuando McGurk construyó el receptor en miniatura que se alojaba en la oreja de Arty y le permitía oír el sistema de sonido, las reacciones del público y los mensajes del electricista desde la cabina de mando, Arty le ofreció una camioneta propia y un considerable

aumento de sueldo. McGurk meneó su atildada cabeza y lo rehusó todo con gran cortesía. «Ya estoy hecho a mi rutina», explicó, y siguió durmiendo en su ranchera.

McGurk preparaba su propia comida. Era un vegetariano estricto. El día en que inventó lo que luego llamamos «las Nalgas Cantarinas», estaba asando zanahorias en el horno del taller. Sin apartar la vista de las rodajas de zanahoria que se cocían en su plato, aventuró:

—¿Y si conectáramos el sonido a todos los asientos del graderío?

Arty se hallaba estirado en el banco de trabajo, examinando una hoja donde McGurk había garabateado el esquema de un nuevo sistema de luces de colores. Ladeó la cabeza y contempló los anchos hombros de McGurk con párpados entornados. Visto de espaldas era un ejemplar imponente, incluso con la camisa puesta.

El horno emitió un pitido y McGurk retiró el plato con ayuda de un guante de cocina.

—¿Por qué? —quiso saber Arty. McGurk dejó el guante junto al plato de las zanahorias y apoyó sus robustos y bronceados codos sobre el banco de trabajo. Con ayuda de su cuchillo y tenedor particulares, comenzó a remover las zanahorias y a engullir grandes pedazos humeantes. Siempre comía de pie. Tres bocados fueron metódicamente masticados y tragados antes de que sus ojos se volvieran por fin hacia Arty.

—El sonido es físico. Me he estado fijando en la señorita Oly... —Hizo un movimiento de cabeza hacia el taburete al que me había encaramado—. Su discurso ante las taquillas me ha hecho pensar. El sonido es una vibración. Se transmite a través de la materia. Cuando oyes algo, no es solo con los oídos. Cualquier sonido afecta a todas las células del cuerpo, haciéndolas vibrar y transmitir su vibración a todas las demás células. Por eso dicen que un sonido es «penetrante» o que un grito «te traspasa». Es así. Realmente es así.

Se detuvo con el tenedor en el aire y contempló a Arty. Arty seguía mirándolo, esperando sin decir nada. McGurk suspiró, tomó un pedazo de zanahoria del tenedor y lo masticó. Lo vi descender por su musculoso cuello.

—Estaba pensando —prosiguió al fin—, que usted usa muy bien su voz. Pensaba qué pasaría si su voz no les llegara únicamente desde el aire, sino que les vibrara por todo el cuerpo desde las plantas de los pies y los traseros. Pensaba qué ocurriría si pudieran sentir lo que usted les dice, al conectar con el sonido los tablones de las gradas y transmitir así toda la vibración de su voz.

Los ojos de Arty parecían a punto de saltar de sus órbitas, tan fijamente miraba a McGurk. Su rostro quedó paralizado durante un largo instante, luego se arrugó en una sonrisa y se abrió por la boca y todo el cuerpo de Arty se volcó hacia la boca en una carcajada.

—¡Es magnífico! —aulló—. ¡Magnífico!

Las gradas están desiertas y cantan a mi alrededor. Arty está declamando en el escenario. Desde un asiento en la quinta fila, miro al acuario, a Arty, con la boca y la nariz ocultas por la negra máscara del tubo de hablar. Tengo cables conectados a las muñecas, a la parte interior de las rodillas y a la joroba, cerca de la columna. Los cables llegan a la cabina de control, donde Zephir McGurk está midiendo mis reacciones fisiológicas ante el sonido que hace vibrar todas las planchas del graderío.

El cuerpo de Arty flota junto al tubo de hablar, misteriosamente reluciente en el agua verde brillante.

—Paz —dice Arty, y los altavoces de AM instalados sobre el acuario envían su voz hacia el puntiagudo techo de lona de la carpa.

Las plantas de mis pies repiten «Paz», y los almohadillados huesos de mi pelvis susurran «Paz» a mis entrañas. Un estremecimiento se desliza hacia arriba por mi estómago, y mi columna vertebral percibe «Paz» como un miedo que se desenrollara en dirección al cráneo y me hiciera encoger los omóplatos.

—¡Igual que yo! —grita Arty, y mi corazón está a punto de pararse por la conmoción del sonido en mi cuerpo.

Arty se desprende de la mascarilla y sube hacia la superficie. McGurk baja de tres en tres los escalones de la cabina de control y se detiene a mi lado. Apenas un poco más alto que yo sobre sus muñones, observa los cables eléctricos mientras me arranca la cinta adhesiva de la piel.

—¡Mucho mejor! —gorjea Arty—. ¡Esa zona neutra en medio hace que sea aún más efectivo!

—Sí. —McGurk reúne en un puño los extremos de todos los cables, como las correas de una jauría, y estudia las gráficas de la hoja que sostiene en la otra mano—. Sí. Dejando solo las frecuencias altas y bajas, podrá hacerlos bailar al son que le plazca.

14

Amistad por correspondencia

Estábamos en Earlville, en la costa del golfo de México. Casi treinta y ocho húmedos y sofocantes grados sin una pizca de viento. Los mosquitos se te ahogaban en los pliegues del cuello. La única industria del pueblo era la penitenciaría federal. La feria estaba atestada y las carpas de los espectáculos rebosaban de sudorosos, apestosos y malhumorados sureños. El sol se puso, pero la temperatura no refrescó.

La gorda se dejó ver en la última representación de Arty, la más apasionante del día. Era joven, pero llevaba la descolorida cabellera recogida en prietos ricitos, tan separados entre sí que parecía una mujer mayor que se estuviera quedando calva. Estaba llorando cuando se levantó en la quinta fila de las gradas y extendió sus manos entrelazadas hacia el acuario donde Arty se hallaba enfrascado en su actuación.

—Tú, querida —dijo Arty, y la sensación de «querida» ascendió por sus rechonchos tobillos y por todas las posaderas del graderío. La multitud suspiró. La gorda emitió un sollozo—. Te sientes fea, ¿verdad, mi niña?

Y «fea» y «mi niña» vibraron en la muchedumbre, y hubo un jadeo colectivo, y no fue ella la única que movió afirmativamente la cabeza.

—Lo has probado todo, ¿verdad? —prosiguió el refulgente espíritu que flotaba en el acuario. «Todo», murmuraron los huesos de la gente.

—Pastillas, laxantes, hipnosis, dietas, ejercicio. Todo. Porque quieres ser hermosa.

Arty estaba lanzado, acumulando vapor.

—¿Por qué? ¿Porque crees que si fueras hermosa serías feliz?

Arty tenía el don de la oportunidad. Era un maestro del tono y la oportunidad. Me apoyé en el último soporte de acero de las gradas, en el pasillo central, y sonreí, a pesar de que se lo había visto hacer durante toda mi vida.

—¿Porque si fueras hermosa la gente te querría? ¿Y si la gente te quisiera serías feliz? ¿El ser querida te hace feliz?

El tono descendió una octava y se convirtió en un ronco susurro abdominal. Pude sentirlo incluso a través de los soportes. Los culos que había en los bancos debían de estar al borde del orgasmo.

—¿O tal vez es el no ser querida por ellos lo que te hace desdichada? Si no te quieren es porque algo anda mal contigo. Si te quieren, eso significa que todo está bien. Pobre niña. Pobre, pobrecita niña.

La carpa se hallaba repleta de pobrecitas niñas. Todos suspiraron, llenos de tierna piedad hacia ellos mismos. La nariz de la gorda empezó a gotear. Abrió la boca y sollozó:

—¡Buuu! ¡Buuu! ¡Buuu!

Arty se volvió grave y susurrante como un tren en la noche a dos kilómetros de distancia.

—Solo quieres saber que no pasa nada contigo. Solo necesitas sentir que está bien ser como eres.

Entonces se lanzó de cabeza a la burla. La burla de Arty es capaz de levantarle ampollas a un rinoceronte.

—¡Para eso necesitas tú el amor de la gente!

El impacto petrificó al público. Arty los cogió por el cuello sin darles tiempo a reaccionar.

—¡Vamos a dejar las cosas claras! ¡Tú no quieres dejar de comer! ¡Te encanta comer! ¡No quieres adelgazar! ¡No quieres ser hermosa! ¡No quieres ser amada! ¡Lo único que quieres es saber que está bien ser como eres! Si yo tuviera brazos y piernas y pelo, como

todos los demás, ¿crees que sería feliz? ¡NO! ¡No lo sería! ¡Porque entonces me preocuparía por el amor de otra persona! ¡Tendría que mirar fuera de mí para saber lo que debo pensar de mí mismo!

»¡Y tú! ¡En tu vida vas a ser una reina de la belleza! ¿Significa eso que has de sufrir toda la vida? ¿Eh?

»¿Puedes ser feliz con las películas y los anuncios y los vestidos de las tiendas y los médicos y los ojos que te siguen por la calle, y todo eso diciéndote que algo anda mal contigo? No. No puedes. No puedes ser feliz. Porque, pobre niña, tú crees lo que te dicen... Ahora, muchacha, quiero que me mires bien y me digas, ¿qué es lo que quieres?

Arty suponía que la gorda permanecería confusa y balbuceante, y que podría continuar con la siguiente frase. Siempre sucedía así. Pero esta gorda estaba tan acostumbrada a balbucear que no se cortó por eso. Abrió la boca y, aunque nunca he dejado de odiarla por ello, debo reconocer que se limitó a decir lo que todo aquel conmovido y moqueante público estaba pensando. En un agudo chillido, contestó:

—¡Quiero ser igual que tú!

Arty quedó paralizado. Sus aletas se inmovilizaron y comenzó a hundirse lentamente con el rostro cubierto por la mascarilla de hablar y los ojos pegados al cristal, mirando al gentío. Hubo sollozos entre la multitud. Un murmullo de voces contenidas.

—Sí, sí.

Arty permaneció en silencio durante un lapso demasiado largo. ¿Habría sufrido un ataque? ¿Un calambre? Di un paso adelante, lista para echar a correr hacia la escalerilla de la parte posterior del acuario. Y entonces sonó su voz:

—Sí —repitió—. Eso es lo que tú quieres.

Lo oí tomar aliento. Arty sabía utilizar un micrófono, y nunca respiraba de forma que pudiera ser oído.

—Y eso es también lo que yo quiero para ti.

No siguió con su charla de costumbre. Dijo que debía pensar en la manera de concederle ese regalo. Les pidió a todos que volvieran al día siguiente —aunque no ignoraba que pocos lo harían— porque entonces tendría algo que decirles.

McGurk no sabía qué hacer con las luces. Estaba jugueteando con un arco iris que volvía casi invisible a Arty bajo el agua. Finalmente, fue el propio Arty quien accionó el interruptor que oscurecía el acuario.

La multitud empezó a abandonar la carpa y yo corrí hacia el acuario. Arty ya estaba en la plataforma, secándose con su toalla.

—¿Qué pasa, Arty? —le susurré mientras trepaba por la escalerilla.

—Nada —respondió. Su rostro asomó entre los pliegues de la toalla sonriente de oreja a oreja, lleno de excitación—. Llévame a la ducha, rápido. Quiero hablar con la doctora P. ahora mismo.

La mujer que deseaba ser como Arty regresó al día siguiente. Los empleados acababan de barrer las gradas de la carpa de Arty y estaban rastrillando el serrín. La primera representación había ido como de costumbre, y todavía faltaba una hora para que diera comienzo la segunda.

Yo me encontraba en la taquilla de la tienda de las gemelas, guardando la recaudación en una bolsa y sumando los totales. Un dedo repiqueteó sobre el cartel de NO HAY ENTRADAS que colgaba en el cristal de la ventanilla.

—¡No quedan entradas! —chillé, apresurándome a cerrar la bolsa del dinero.

—Hay una señora en la carpa de Arty. —Era el capataz del equipo de limpieza, que me miraba con expresión indiferente. Cogí el dinero y me fui con él.

La gorda se hallaba sentada en la quinta fila, en el mismo asiento que el día anterior, pero en aquellos momentos estaba sola. Dentro de la carpa, el calor se había estancado. La mujer llevaba

una bolsa de la compra y parecía al borde del colapso.

Su rostro era de un rojo oscuro. Sus ojos parecían un borrón de sangre sobre fondo amarillo. Tenía una cara diminuta encajada en una cabeza como un almohadón, y sus brazos y piernas se desparramaban desde un vestido que le habría quedado holgado a un jugador de fútbol, pero que en ella parecía una tapicería barata. Se había sentado allí y miraba el acuario sin iluminar y escuchaba el gorgoteo de la bomba que aireaba y filtraba el agua.

Me acerqué ella. Me miró, una ondulación de miedo le recorrió la cara y sus manos aferraron la bolsa de la compra.

—Hola —comencé. Siguió sujetando la bolsa e inclinó la cabeza cautelosamente. Creía que iba a expulsarla, y es cierto que había subido con esa intención—. Trabajo en el espectáculo. ¿Puedo ayudarla en algo? —Me quedé en el extremo del banco, sin acercarme más a ella. Le tembló la mandíbula y me respondió con una aguda vocecilla.

—Solo estoy esperando al Hombre Acuático. Pienso pagar, pero no había nadie en la taquilla. Pagaré cuando la abran.

Sus ojos me escrutaron con prevención. Yo llevaba uno de los vestidos azules de marinero que Lil me confeccionaba. El azul hacía juego con los cristales de mis gafas de sol. No llevaba gorra, de modo que los ojos de la mujer se entretuvieron un buen rato en mi cráneo desnudo.

—Le venderé una entrada ahora mismo, y así ya no tendrá que preocuparse —le sugerí amablemente. Llevaba una tira de entradas en el bolsillo, y quería asegurarme de que no iba a sacar una automática de aquella bolsa de la compra para pegarle un tiro a Arty. Hurgó en el interior y extrajo un puñado de monedas.

—Estuvo aquí ayer, ¿verdad? —pregunté.

—Habló conmigo —asintió, contando las monedas—. Me pidió que viniera hoy. Dijo que me ayudaría.

Me senté a su lado y contemplé el sarpullido que le cubría la parte carnosa de los codos y las rodillas, así como los pliegues de la barbilla. Se había metido en un buen embrollo, me explicó, y de

pronto se había dado cuenta de que... Era de Warren, Ohio, y su madre había sido maestra de escuela, pero hacía un año que había muerto. Sacó un álbum de fotos de aquella bolsa suya y me enseñó la foto de una mujer envejecida y obesa.

—¿En qué clase de embrollo se ha metido? —la interrogué. Si había estrangulado a su anciana madre, pensaba hacer que la acompañaran a la puerta, con su sarpullido.

—Se trata de un hombre —respondió con picardía. No pude evitar dirigirle una mirada de sospecha. Ella se deshizo en llanto al instante. Miré el álbum que había quedado sobre su regazo. En la cubierta, había dibujado margaritas de color rosa. Supuse que era una de esas chicas que garabatean la palabra AMOR en letras grandes y sinuosas, y en vez de puntos sobre las íes trazan corazoncitos. Se llamaba Alma Whiterspoon. Tenía veintidós años y aparentaba cincuenta y cinco. Al parecer, tenía un amigo por correspondencia. Siempre había tenido amistades por correspondencia. Parece que, cosa de un año antes, había conseguido la dirección de un atracador de bancos sentenciado de veinte años a cadena perpetua. Estaba encerrado en la penitenciaría federal de Earlville. Ella le había mandado la foto de una de las animadoras de su escuela. Cuando murió su madre, se mudó a esta población para poder enviarle galletas y pasteles recién hechos.

—Lo nuestro es verdadero amor —me aseguró. Lo pronunció como AM♥ R—. ¡Quiere casarse conmigo! —gimió—. ¡Y el director ha dado su consentimiento! Pero yo pensaba que lo haríamos por teléfono y ahora resulta que el director quiere que vaya allí en persona para casarnos en su oficina, ¡y Gregory sabrá cuál es mi verdadero aspecto!

Conque por eso había querido ver al Hombre Acuático. No conocía a nadie en aquel pueblo. No tenía parientes a quienes recurrir. Su sarpullido parecía contagioso. Le entregué una entrada y me alejé de ella.

—Espere aquí mismo hasta que empiece la representación. Nadie le dirá nada.

Guardé la bolsa del dinero en la caja fuerte y fui a ayudar a Arty en sus preparativos. Mientras lo embadurnaba de aceite, le hablé de Alma Whiterspoon. Él permaneció tendido sobre el banco de masaje y asintió con la cabeza. Los ojos reflejaban entusiasmo. Una extraña media sonrisa permanecía en sus labios.

—Seguramente lleva años contando embustes a sus amigos por correspondencia, explicándoles lo guapa y popular que ha sido siempre.

—¿Y no tiene parientes ni amigos? —inquirió.

—Eso me ha dicho.

—Espléndido —aprobó, radiante. Se estiró y arqueó la espalda bajo la presión de mis dedos.

Estaba soltando mi charla ante la carpa de las mellizas:

—Dos bellezas siamesas armoniosamente unidas a perpetuidad...

Siempre disfrutaba en grande con «perpetuidad»; era una palabra que podía entonarse como quien toca la flauta, haciéndola subir toda una octava y silbando *Dixie* en la última sílaba. El público era bastante bueno e iba entrando sin dilación; apenas quedaba una veintena de personas formando cola ante la taquilla.

Y entonces vi salir a Alma Whiterspoon acompañada de las dos pelirrojas que ayudaban en la carpa de Arty. Las altas muchachas que la flanqueaban la hacían parecer aún más obesa. Alma avanzaba entre ellas con la bolsa de la compra, el bolso y el álbum de fotografías sudorosamente embutidos en distintos pliegues de carne de su detestable cuerpo.

Como profesional, Alma no habría ganado ni un chavo. No pesaba tanto como una sola pierna de «¡Jocko Quinientos Kilos!» o «¡Pedrita la Maciza!», pero estaba menos sana que ellos. Según papá, Jocko y Pedrita habían sido dos de las personas más orgullosas que jamás trabajaran para la feria. Alma Whiterspoon tenía tanto orgullo como una zarigüeya machacada.

—... ¡Intérpretes gemelas! ¡Milagros gemelos! —proseguí, observando por el rabillo del ojo cómo las pelirrojas conducían suavemente a la bamboleante Alma hacia la rampa del furgón de las duchas, aparcado tras los Juegos de Azar. La gorda apoyó un pie al final de la rampa y se izó pesadamente mientras la puerta se abría. No me pasó por alto la sacudida sobresaltada de su cabeza cuando vio la severa figura de blanco que se recortaba en el umbral. La doctora Phyllis asintió con un gesto que hizo reflejar la mascarilla blanca en los gruesos cristales de sus gafas. Su guante blanco se alzó en un ademán de llamada. Alma Whiterspoon entró en la ducha.

—No hay colapsos. No hay riesgo de infección. La técnica del pequeño Fortunato elimina todos los riesgos.

La doctora Phyllis contemplaba a Arty mientras él hablaba; sus ojos se agitaban tras los cristales, profundos como lagunas, en busca de un argumento capaz de hacerlo cambiar de idea.

Arty permanecía de espaldas a ella, mirando por la ventana de la enfermería esterilizada donde Alma Whiterspoon yacía dormida al lado de Chick, encaramado sobre un taburete de tres patas. Chick se había enfundado una de las batas blancas de la doctora P., con las mangas enrolladas. Su rostro resplandeciente se inclinaba hacia la almohada. Sus ojos pastaban amorosamente en los fláccidos pliegues grisáceos de las mejillas y papadas de Alma.

—¿Le ha echado un vistazo a la gráfica que le entregué? El tiempo de recuperación para esa fractura en espiral fue tres veces menor que la media ponderada para los pacientes del mismo grupo de edad... ¿Arturo? ¿Comprende usted el significado de lo que estoy diciéndole? —La perfecta dicción de la doctora P. se infiltraba en el oído de un modo quirúrgico. Arty, que se hallaba absorto en su contemplación de las abultadas sábanas y el pastoso montón de carne apoyado en la almohada, se volvió hacia ella con perfecta serenidad.

—Ya sé que puede usted cortárselo todo de una vez, doctora. Ya sé que sería más eficiente. Pero quiero que esta mujer tenga muchas posibilidades de echarse atrás.

Se giró para mirar otra vez por la ventana y se recostó en el respaldo de su silla. Mientras contemplaba a la criatura que dormía en el cuarto de al lado, su expresión se suavizó. Su boca se relajó. Todo él desprendía un aire de soñolienta complacencia, casi pacífica, casi cálida. Su rostro se asemejaba curiosamente al de Chick. Arty era feliz. Era sumamente feliz y, de un modo que yo no alcanzaba a comprender, lo era porque la enmohecida Alma Whiterspoon se había dejado amputar todos los dedos de los pies y luego, al recuperarse, había suplicado el privilegio de que le cortaran también los pies y las piernas.

La doctora P. y Chick atendían a Alma en la enfermería. Arty acudía a menudo y aparcaba su silla de ruedas en la sala de observación para contemplar a través del cristal el cuerpo vendado que yacía en la segunda cama contando desde el otro extremo.

Una vez por semana, los domingos por la mañana, Arty conectaba el intercomunicador y contemplaba el rostro de Alma mientras le transmitía su voz a través de los altavoces. Ella se sentía siempre transportada al oírlo. Lo llamaba «Hombre Acuático» y le aseguraba que estaba perfectamente y quería saber cuándo podrían extirparle otro trocito de cuerpo.

—No sabría explicarle lo que siento cada vez que me pulen un poco más, aunque solo sea un dedito del pie. Hasta que no me lo quitan, no me doy perfecta cuenta del peso de podredumbre que representaba para mí. ¡Oh, Hombre Acuático, es usted tan bueno conmigo! Doy gracias a la estrella que me hizo acudir a usted... —Y así incesantemente. Parloteaba y parloteaba, como la amiga por correspondencia que era en el fondo de su ser. Su mensaje era siempre: ¿Cuánto tardarían en quitarle los pies? ¿Cuándo le quitarían las manos? ¿No podría, por dispensa especial de Su Acuosidad,

saltarse los pies y que la doctora P. le cortara toda la pierna de golpe, una cada vez? Eran una carga insoportable, y tenía tanta prisa en llegar a ser como ÉL...

Arty no hablaba nunca del asunto, pero era evidente que significaba mucho para él. Esa situación me tenía muy confusa. ¿Por qué esa Alma lo hacía feliz? Ninguna de sus visitantes nocturnas había producido en él semejante cambio, o al menos ella no lo había visto cuando a las mañanas siguientes le había llevado el desayuno. Comenzó a trabajar más intensamente que nunca, a leer más, a vomitar de nerviosismo antes de cada actuación («para despejarme la cabeza», según él). Todas las mañanas se pasaba varias horas con McGurk haciendo planes, jugando con las luces y el sonido. Nunca lo había visto sonreír con la sonrisa que exhibía en aquellos tiempos, una amplia y luminosa abertura en el rostro sin aristas cortantes en los ojos.

Nos encontrábamos en Michigan cuando Alma empezó a dar testimonio. Para entonces, ya estaba la mar de disminuida. Le habían cortado ambas piernas por las caderas y sus brazos terminaban en los codos. Su aspecto era más saludable. Aún seguía estando obesa, pero llevaba varios meses siguiendo la Dieta Nutri-Vegetariana de la doctora P. Su tez había cobrado brillo y, además de las extremidades, había perdido también unas cuantas papadas. Su cara resultaba más visible y sus quebradizos cabellos parecían repartirse por una menor superficie de cabeza. Se la veía más vivaracha, aunque resultó que «sentirse a gusto» consigo misma, tal como ella decía, no la volvía menos irritante que cuando era patética. Aun así, había una diferencia: si antes había sido lacrimosamente repulsiva, ahora era odiosa.

—No me extraña que se sienta a gusto consigo misma, esa masa de carne perezosa —decía Lil—. Todo el día sin hacer nada y servida como una reina. ¿Cuándo tendrá tiempo mi pobrecito Chick para ir a jugar? ¡Un niño de su edad necesita correr y saltar y hacer tonterías, no preocuparse de alimentar con engrudo verdoso a ese bulto repugnante y estar constantemente temiendo por si siente algún dolor! Mis otros hijos tuvieron tiempo de jugar, aunque trabajasen todos los días.

Yo no tenía ninguna relación con Alma. Tras aquel primer día en la carpa de Arty, no recuerdo haber vuelto a hablar directamente con ella. Pero la observaba. Alma le tenía pánico a la doctora P. y, cuando estaba delante de ella, no decía más que «sí, señora» y «no, señora». A Chick, en cambio, lo adoraba. Pero Chick era su analgésico, así que para mí todo ese amor por el niño tenía la misma credibilidad que el amor de un adicto a su droga.

El testimonio de Alma comenzó en las ciudades industriales de Michigan. Las pelirrojas la sacaban al escenario en su silla de ruedas y la dejaban junto al acuario antes de que Arty hiciera su aparición. Su gorjeante vocecilla de murciélago era captada por un micrófono de solapa prendido a su vestido blanco, y McGurk le añadía un poco de resonancia antes de hacerla brotar por los altavoces.

—Me llamo Alma Whiterspoon —comenzaba—, y solo quiero robarles un minuto para contarles la cosa más maravillosa que me ha sucedido...

Su garganta seguía emitiendo aquel chirrido de roedor y sus brazos mutilados se agitaban bajo el halo blanquecino de un foco mientras el resplandeciente acuario gorgoteaba, enorme, sobre el escenario en tinieblas. Lo más curioso es que aquello daba resultado. Cuando Arty finalmente se alzaba desde el fondo del acuario entre una explosión de burbujas, el público de las gradas estaba a punto de caramelo, con la boca abierta y reseca. Y siempre

había unos pocos, como teteras de pétrea mirada que hervían con un dolor secreto, que recibían su mensaje. Aquellos que estaban perdidos encontraban por fin un lugar adonde ir.

Así fue como empezó todo. Fue Alma Whiterspoon, la «Amiga por correspondencia», quien fundó lo que llegó a conocerse en todo el país como «arturismo» o «el culto arturno».

Al principio solo hubo unos pocos conversos, pero Alma se encargó del proceso organizativo con un celo tan relamido que me daban ganas de patearla.

Frente a Arty, Alma era toda humildad y adoración; una especie de empalagoso «Beso el suelo por el que se arrastran tus venerables pelotas marrones». Pero ante los conversos, reinaba como suma sacerdotisa, profeta y grandísima perra. De ella surgió el concepto de «Más Arturiano que tú». Ella ordenaba, organizaba y controlaba. Las pelirrojas, que debían cuidar de Alma y llevarla de un lado a otro en una silla idéntica a la de Arty, no la soportaban. Pero pronto hubo suficientes «admitidos» como para proporcionar a Alma una corte de servidores permanentes. Las pelirrojas regresaron con alivio a las barracas de tiro, las palomitas de maíz y la venta de entradas.

Esto no significa en absoluto que Arty dejara de estar al mando en algún momento. Aunque solo se dejaba ver en el acuario y evitaba toda confraternización trivial, nada le pasaba por alto. Lo más probable es que todo el asunto, tanto la idea general como los menores detalles, fuese idea de Arty. Éste daba sus órdenes a Alma por medio del intercomunicador.

Alma se instalaba en el remolque oficina del que se había adueñado, enviaba sus gorjeos por el aparato electrónico que tenía sobre el escritorio y escuchaba reverentemente las respuestas. Su forma de transmitir las órdenes a los miembros de grado inferior era tan despectiva como la de cualquier portavoz de las alturas.

De un modo u otro, fue ella quien convirtió el arturismo en un jugoso negocio ambulante. Aunque Alma se hallaba en total bancarrota cuando tuvo la suerte de dar con Arty, todos los que vinieron a continuación tuvieron que pagar lo que ella denominaba una «dote».

En privado, Arty decía que los muy primos tenían que hacer donación de todas sus posesiones mundanas y, si el total no era suficiente, podían volverse por donde habían venido y hacerse perforar los lóbulos de las orejas o circuncidarse el capullo, a ver de qué les servía eso.

La cosa fue en aumento. Los admiradores de Arty— o los «Admitidos», como Alma insistía en llamarlos— comenzaron a seguir a la feria en sus propios automóviles, camionetas y remolques. Aquella media docena de tarados que se paseaban por la feria exhibiendo vendas blancas allí donde habían estado sus dedos se convirtió en una horda desharrapada que acampaba junto a la feria en todos los lugares en que nos deteníamos.

Al cabo de tres años, cada vez que nos trasladábamos, la caravana de seguidores se extendía más de ciento cincuenta kilómetros por detrás de nosotros.

Papá contrató más guardas e hizo instalar alarmas en los camiones de los Binewski.

Tras un mes de llamadas telefónicas, visitas y preguntas, papá compró la mayor carpa que ninguno de nosotros había visto jamás y la hizo instalar en torno al remolque-escenario de Arty.

La doctora P. obtuvo un flamante camión quirófano con su propio generador eléctrico. Dos de los remolques más grandes fueron transformados en salas de recuperación postoperatoria. Chick permanecía con la doctora Phyllis desde muy temprano por la mañana hasta la hora de cenar. Estaba cada vez más delgado y, noche tras noche, se quedaba dormido en la mesa, apoyado sobre mamá.

—¿Y cuándo juega? —insistía ella, mirando directamente al frente con sus ojos parpadeantes.

Papá habló con Arty, y éste pasó la voz a la doctora Phyllis. A la doctora no le gustó nada, pero Chick recibió la orden de jugar dos horas al día, una después del desayuno y otra antes de cenar, en un lugar donde mamá pudiera verlo.

Durante la hora matinal, mamá tomó la costumbre de leerle cuentos de hadas. Por la tarde, el dócil Chick empujaba cochecitos de juguete por el suelo del camión familiar y hacía ruido de motores con la boca, para que mamá pudiera oírlo desde la cocina mientras preparaba la cena.

Tras haber establecido la cadena de mando, y haber dispuesto a dos docenas de desmembrados para que se ocuparan de todo el papeleo, Alma se desprendió del brazo izquierdo hasta el hombro. Se pasaba las horas canturreando para sí en su cama de la enfermería, con las cortinas corridas a su alrededor para mayor intimidad. Su voz se volvió frágil y dejó de dar testimonio.

Fue sustituida de inmediato. Había docenas de candidatos que anhelaban una oportunidad para dar testimonio en las actuaciones de Arty.

Millares de personas esperaban ante su carpa, dispuestas a pagar por el derecho de ver y oír.

Pasaba casualmente por allí cuando la doctora P. salió de su nuevo camión quirófano y echó la bolsa de plástico que contenía el último y fofo resto de brazo de Alma en un cajón con hielo para que Horst se deshiciera de él. Luego se frotó los blancos guantes para limpiarse el polvo de las manos y me dirigió una inclinación de cabeza.

—Bueno, trabajo terminado —comentó a través de la mascarilla —. Ha hecho falta un año y medio. Habría podido liquidarlo en menos de tres horas.

Al poco tiempo, dejamos de ver a Alma. Cuando le pregunté por ella, Arty se echó a reír.

—Se ha retirado —respondió—. Se ha ido al hogar de los viejos arturanos para descansar en paz.

Pensé que eso significaba que había muerto.

15

La prensa

A medida que su decimoséptimo cumpleaños iba quedando atrás, las gemelas fueron hundiéndose en una especie de mohosa niebla hormonal. Estaban como aleladas, distantes, y se traían algo entre manos. Sus riñas pasaron de intermitentes a constantes, pero la dignidad que juzgaban adecuada para su condición de menstruantes las obligaba a solventar sus disputas en susurros.

El profesor de piano de las gemelas, a quien Lil había contratado por correo, era el grasiento Jonathan Tomaini, con su único traje de fondillos abrillantados por el uso y sus dos juegos de calcetines desemparejados. El hombre no desaprovechaba ninguna oportunidad para explicar cuán provisional era ese «cargo» para él y qué emocionante aventura representaba para un intérprete de conciertos graduado en las mejores academias musicales de Nueva York, como era su caso, tener que dormir en un catre dentro de un remolque compartido con una docena de sudorosos, malhablados e incultos peones que lo consideraban un poco por debajo de los pedos que solían tirarse por la noche después de hincharse el vientre de cerveza. Asimismo, nunca se cansaba de elogiar las enormes aptitudes de sus pupilas: «Es un verdadero privilegio dedicar este breve lapso en mi carrera a moldear y encauzar tan brillante talento».

Las gemelas aseguraban —Elly sin recato alguno, Iphy con ruborosa vergüenza— que Tomaini no se bañaba nunca, que solo se lavaba las manos hasta las muñecas y la cara y el cuello hasta el borde de la camisa. Según ellas, no resultaba divertido tener que

compartir con él la banqueta del piano. Pero, a pesar de todo, tenía mucho que enseñarles, y soportaban resignadas las lecciones de piano durante varias horas al día.

Mamá se nos escapaba por momentos. Su consumo de pastillas era cada vez mayor y su cuerpo estaba cambiando. A medida que su suavidad femenina se esfumaba, grandes huesos se revelaban bajo la superficie. Tenía problemas de visión, cada vez más borrosa y desenfocada. Sus andares, que antes eran un melódico contoneo, se habían convertido en un tenso e incierto abalanzarse con los brazos extendidos hacia el frente, casi a tientas. Se enfrascaba en interminables relatos sobre nuestras respectivas infancias. Se olvidaba de las cosas. Dejaba tareas a medio hacer y no se daba cuenta si otro las terminaba en su lugar. Lloraba con facilidad y, a veces, sin ser consciente de que lo hacía, se dormía.

Papá se había vuelto adicto a los comprimidos contra la acidez de estómago. Llevaba cajitas a medio consumir en todos los bolsillos, y masticaba grajeas sin parar. Durante dieciocho horas de cada veinticuatro se afanaba frenéticamente para conseguir que la menguada plantilla de invierno hiciera frente a todas las exigencias planteadas por la cada vez más especializada popularidad de Arturo. Las venas de su frente parecían amenazar con la apoplejía mientras supervisaba la producción de la costosa y selecta serie de carteles «Pregúntele a Arturo». Aun así, vivía feliz. La sobrecarga de trabajo le permitía olvidar que ya no era el jefe.

Constantemente aparecía gente nueva que volvía a desaparecer por el camino. Éramos un espectáculo ambulante y vivíamos con un permanente flujo de rostros que se presentaban, eran contratados, se quedaban durante unos miles de kilómetros y finalmente, un día nos abandonaban. Nosotros, los Binewski, formábamos un grupo cerrado. Solo la familia permanecía siempre invariable. Relacionarse

con los hijos de los tragasables o trabar amistad con la hija de la echadora de cartas terminaba siempre en separación y olvido. Éramos amables con los extraños, pero no intimábamos.

El creciente rebaño de Arty, sin embargo, era otra cosa. Una noche soñé que Arty los había traído al mundo con su llanto. Manaban de sus ojos en forma de líquido verdoso que formaba charquitos en el suelo. Los charcos se espesaban y, coagulándose como una gelatina, se convertían en cuerpos que se ponían de pie y comenzaban a rondar a Arty.

Pero la doctora P. y McGurk, y más adelante Sanderson y el Hombre del Saco y todos los incautos y mentecatos que giraban a su alrededor como satélites, estaban allí solo por Arty, fueran cuales fuesen los pretextos que cada uno adujese. Todos le pertenecían.

Los esporádicos equipos de televisión que venían a filmar fragmentos de treinta segundos sobre «Un día en la feria» para incluirlos en las noticias de la noche, tardaron algún tiempo en percatarse de lo que sucedía en la carpa central. Pero una hora después de la primera aparición de un atónito periodista hablando de muñones vendados y sillas de ruedas, comenzaron a aparecer los tipos de la prensa.

Al cabo de unos meses, los periodistas venían a nuestro encuentro en las carreteras. Pelotones provistos de cámaras, libretas de notas y grabadoras nos esperaban en todos los lugares donde aparcábamos y montábamos la feria. Unas cuantas poblaciones cancelaron nuestros permisos incluso antes de nuestra llegada. Tan indignados rechazos solo lograban hacer sonreír a Arty.

—Los que quieren saber —solía comentar con un encogimiento de hombros— no dejarán de recibir el mensaje.

Hasta que una de las pelirrojas dejó un ejemplar de *Now* en la puerta de Arty, no supimos que uno de aquellos haraganes de la manada periodística era un corresponsal de esa revista de difusión nacional. Aquel tipo, con su modesto traje de *tweed*, llevaba

semanas curioseando por la feria. Todas las taquilleras lo conocían, porque tenía la costumbre de exhibir su carné de periodista y mascullar «prensa», en un intento de colarse en los espectáculos sin pagar. «Prénsate la cartera», respondían las pelirrojas —una réplica estándar Binewski—, y él se reía y pagaba.

El artículo de *Now* demostraba bien a las claras sus intenciones. El velludo Norval Sanderson, con sus ojos de cínico, su voz de *bourbon* y su discreto atavío, se hallaba entre nosotros con el único fin de denunciar «el egoísmo implacable que está aprovechándose de las ocultas mareas psíquicas del país».

«El arturismo surgió —había escrito Sanderson— de la codicia y el despecho de un gusano trascendental llamado Arturo Binewski, que utilizó sus propios defectos genéticos y la debilidad de los parados y los analfabetos para crear un núcleo de seguidores, vesánicamente autodestructivos, que halagaban su maníaco ego...»

En cuestión de días, Arty, el astuto, logró aprovechar este ataque para sus propios fines: hizo grabar y distribuir a todas las emisoras una cinta de noventa segundos en la que proclamaba que, efectivamente, él era el Gusano Trascendental, y que su capacidad de medrar en la frenética descomposición del planeta estaba al alcance de cuantos quisieran obtenerla.

Norval Sanderson llevaba dos decenios informando sobre guerras, tratados, ejecuciones e inauguraciones. Tenía talento y no se arredraba ante nada, ni terremotos ni jefes de Estado. Era inteligente. Tras varios días de explorar fríamente los vericuetos de la vida de Arty, publicó tres explosivas y polémicas entrevistas con Arty. Arty le tomó aprecio.

Lo que ahora resta de la colección de recortes de prensa de Sanderson, sus viejas libretas de espiral y las transcripciones de sus entrevistas con los miembros de la Fabulonia de Binewski se halla envuelto en plástico negro y encerrado en mi baúl. Lo saco de vez en cuando, cuando quiero pensar en el pasado. Su ágil y minuciosa

caligrafía se ha vuelto de un gris desteñido, y el papel es quebradizo entre mis dedos, pero aún puedo oír su perezoso acento sureño con aguijón incorporado.

DE LAS NOTAS DE NORVAL SANDERSON:

... *Al principio sospechaba que Arturo estaba siendo manipulado por alguien, probablemente su padre, Al Binewski. Consideraba a Arty la herramienta de un* norma *corriente que se embolsaba el dinero de las dotes. Hoy he pasado tres horas con Arty y he cambiado radicalmente de opinión. Arty es dueño y señor del culto, de la feria, de sus padres y, al parecer, de su hermano y sus hermanas, aunque quizá quede un ligero espíritu de resistencia en las gemelas*.

Arty es un autodidacta con amplias lagunas en su información. La política nacional e internacional queda al margen de su experiencia y sus lecturas. Los juegos de poder municipales, en cambio, son herramientas habituales para él. No comprende la historia —parece haber captado alguna idea suelta en sus lecturas—, pero posee un gran talento para el análisis de la personalidad y la motivación, y es un manipulador nato. Su conocimiento de la ciencia es rudimentario. Confía en los especialistas de su equipo para que le proporcionen una iluminación eficaz, tecnología de sonido, etc. Domina a fondo los recursos del lenguaje, tanto en una conversación personal como en la retórica de masas de sus actuaciones. Posee una aguda percepción de los problemas personales de la gente... No profesa ética ni moralidad alguna, salvo la evitación del dolor. Dice que su percepción es tal que puede sentir el dolor de los demás y, por consiguiente, se ve impulsado a aliviarlo ofreciéndoles el refugio del arturismo. Un camelo, por supuesto.

Su poder parece emanar de una combinación de técnicas y rasgos de personalidad. No parece sentir compasión por nadie, pero sí una empatía total. Es sumamente egocéntrico, orgulloso, fatuo y despectivo con todos los que carecen de la buena fortuna de ser él. Esto resulta tan obvio y tan extrañamente convincente (su

interlocutor se encuentra de pronto pensando que, sí, Arty es una persona especial y no puede ser juzgada según las normas habituales) que cuando él dirige su interés hacia un individuo (yo), el objeto (yo) se siente repentinamente elevado a su nivel (como si dijéramos, sí, Arty y yo somos demasiado especiales y únicos para ser juzgados por los demás, etc.).

Justo cuando uno se siente despreciable y el desdeño de Arty comienza a convertirse en una carga insoportable, entonces él le ofrece la opción de ponerse a su altura...

14 de junio:

11.724 entradas vendidas para esta representación. El graderío atestado hasta el último banco. Arty se muestra en espléndida forma; su voz resuena en la misma médula de los huesos.

«¡Quiero que seáis lo que yo soy! ¡Quiero que os convirtáis en lo que yo soy! ¡Quiero que disfrutéis de la valentía que yo tengo! ¡Del coraje que poseo! ¡De mi compasión y de mi amor! ¡De la piedad ilimitada que yo soy!»

El suspirado «sí» se alza de la multitud como un viento nocturno, y yo mismo estoy a punto de llorar al verme rodeado de tanto dolor. Durante una hora, me persuado de que Arty no está hiriéndolos, sino que les hace sacar a la superficie todo el dolor que hay en sus vidas a fin de que puedan librarse de él. A mi izquierda, un caballero que debía de ser un administrador público titulado; un hombre corpulento y muy reservado, con un traje respetable y una barba bien cuidada. Cuando apretó las manos sobre sus rodillas, vi brillar en su dedo una alianza matrimonial. No gritaba como los demás. Permanecía en silencio, concentrado en el acuario y en la venenosa larva de su interior. Durante el coro de «¡lo que yo soy!», se quedó paralizado y tan rígido que me fijé en su expresión. Se estaba mordiendo el labio y contemplaba sin parpadear aquella cosa blancuzca que culebreaba bajo el agua. No se movía. Pero, cuando

volví a mirar, un hilillo de sangre se deslizaba por su barbilla y su labio inferior seguía preso entre los dientes. A mi derecha, una convulsiva abuela, que no dejó de gemir y agitarse durante toda la representación. Su llanto no me conmovió en lo más mínimo. Fue el acomodado caballero, con su aire pulcro y atildado, quien me dejó de una pieza.

Durante varias horas, mientras me paseo por entre las multitudes de la feria y visito el campamento de los admitidos, me veo dominado por la idea, casi llego a creer que el hacerme amputar todas las extremidades verdaderamente me liberará de la feroz mortificación de mi vida. La feria cerró a medianoche y por fin recobré un poco de serenidad cuando se apagaron las luces. Ya a oscuras, anduve un kilómetro por la carretera rumbo a la taberna El reposo del vagabundo, donde contemplé malhumorado mi momentánea conversión a través del ambarino y deleznable bourbon *de Resa Innes (la propietaria). Aún me temblaban las espinillas, los muslos y la columna por las vibraciones de la voz de aquel dañino renacuajo. Aún sentía el calor de la compacta masa de cuerpos que me había rodeado durante aquella sudorosa hora en el graderío*.

Otro lingotazo de la dudosa panacea de la Madre Resa y recordé un viaje profesional al Vesubio que realizara diez años atrás. Antes de partir, habíamos estado pidiendo al piloto del helicóptero que nos diera un viaje memorable. Cuando las corrientes de aire caliente del cráter comenzaron a sacudirnos en furiosos bandazos que helaban la sangre en las venas, el bueno de Sid Lyman dejó caer su adorada cámara y se desplomó de rodillas sobre la plancha de acero del suelo. Y rezó. «El buenazo» de Sid, que soltaba chistes macabros mientras fotografiaba fosas comunes en Texas, mientras enfocaba a los chiquillos mutilados de Chipre, mientras acumulaba seis años de imágenes de combate desde la primera línea, en la selva y en el desierto. Y ahí estaba, contemplando impotente cómo su precioso equipo salía disparado por la portezuela abierta del helicóptero. Lo

único que fue capaz de hacer, aparte de lo que evidentemente ocurrió en sus pantalones, fue balbucear oraciones infantiles sin poder apartar la vista de aquel rugiente foso de mineral hirviente.

Lo que más me molesta es que no logro recordar si me reí o no de Sid. Si me burlé entonces, volando sobre el cráter, tengo la corazonada de que habré de pagarlo. Le pedí a la flatulenta Resa otra chupadita al alcohólico seno de Afrodita y deseé, con absurda intensidad, haber tenido el buen sentido de morderme un labio por el Vesubio.

Los siguientes recortes de prensa estaban unidos con una grapa en la libreta de notas de Norval.

NOCHE DE DELITOS

AP: Santa Rosa, California

Una repentina oleada de delitos se desencadenó anoche en esta ciudad costera, con robos en un gran supermercado y tres pequeñas tiendas de alimentación. Todos los robos tuvieron lugar entre la una y las tres de la madrugada, y, según el jefe de policía Warren Cosenti, los ladrones solo se llevaron comida.

Spokane, Washington.

Ocho sospechosos fueron detenidos en el interior del comercio de McAffrey, en el 114 de West Main, por agentes de policía que acudieron al dispararse la alarma antirrobo a las 2.30 de la madrugada. Los sospechosos, cinco hombres y tres mujeres, fueron sorprendidos mientras llenaban cajas de cartón con artículos alimenticios de los estantes. Los ocho iban desarmados y vestían completamente de blanco, y se negaron a efectuar ninguna declaración a la policía. Uno de los hombres, a todas luces el portavoz del grupo, entregó a los agentes una nota que rezaba: «Todos hemos hecho voto de silencio. Hagan lo que quieran».

El dato de que a varios de los sospechosos, quizás a todos, les faltaban uno o más dedos en las manos o en los pies todavía no ha podido ser confirmado.

Spokane, Washington.

El juez de instrucción del condado, Jeff Johnson, ha anunciado esta mañana en una rueda de prensa que los ocho sospechosos de robo que se suicidaron durante la noche del pasado miércoles en sus celdas habían tomado cianuro.

Ninguna de las víctimas del suicidio ha sido identificada por el momento, y ni la policía ni Johnson han querido confirmar o desmentir que les faltaban dedos en manos o pies.

Velva, Dakota del Norte.

Los policías que acudieron en respuesta a una alarma de robo de las tres de la madrugada del lunes encontraron el gran escaparate del supermercado Velva Coop completamente destrozado, y estantes enteros de los que habían desaparecido todos los productos, en lo que parece ser...

El siguiente titular había sido recortado del *Clarion* de Hopkins, Minnesota:

SAQUEO EN UN ALMACÉN DE ALIMENTACIÓN
La policía sospecha posible relación con una feria

En una octavilla que fue distribuida entre los arturanos y los empleados de la feria, Norval Sanderson había subrayado el siguiente párrafo:

... Para contrarrestar la escasez de alimentos debida al creciente número de Benditos, nuestro Amado Arturo ha establecido un camión cocina especial y una carpa-comedor donde se servirán tres nutritivas comidas diarias a todos y cada uno de sus seguidores. Los novicios que aún no han comenzado a Despojarse pueden solicitar vales de comida a sus jefes de grupo. Los visitantes e invitados que deseen compartir las comidas deberán pagar un precio nominal...

Me hizo gracia encontrar esto entre las notas de Norval. Recuerdo lo agobiados que estábamos cuando lo escribió. Creo que no estábamos lejos de Hopkins, Minesota, porque los policías que husmeaban por allí eran de Hopkins.

Yo estaba ayudando a Lily a poner un arnés en un nuevo abrigo de satén para Arty. Estábamos en la cocina del remolque. Lily tenía instalada la máquina de coser en la mesa del comedor y Arty estaba sentado detrás, encima de la mesa. Yo estaba marcando las costuras y Lily tenía la boca llena de alfileres cuando se abrió la puerta de golpe y entraron enloquecidas las gemelas con Chick.

—La poli —dijeron. La expresión de horror en las caras de las gemelas era similar. Chick asintió con gravedad—. Papá está enfadado. La poli quiere hablar con Arty.

Arty, que se había estirado para probarse la ropa, hundió el pecho y tensó las aletas. Saltó hacia delante gritando «Raarr». Elly tartamudeó, Iphy intentó retenerlo y yo me caí del banquito. El intercomunicador zumbó; era Al desde la oficina. Chick estaba bien. Papá, muy enfadado.

Fue lo primero que supimos acerca de los saqueos de los seguidores de Arty. Parece que pasaban hambre. Muchos se habían quedado sin dinero después de pagarle a Arty todo lo que tenían. Mientras lo seguían, no tenían forma alguna de ganar dinero. Y a ninguno de nosotros se le había ocurrido pensar en cómo se alimentarían. Algunos se habían intentado colar en las comidas de los trabajadores, pero eso enfurecía a los cocineros. Los vigilantes del mediodía les pegaban si descubrían quiénes eran. Los cocineros habían pegado carteles en los toldos de las carpas donde se leía SOLO PERSONAL AUTORIZADO.

Aquel día, la policía arrestó a cinco novicios y confiscó el viejo autocar en el que vivían. Tras las blancas cortinas del autocar se amontonaban las latas de alimentos, destinadas en principio a la buena gente de Hopkins. Nos retuvieron allí durante unos cuantos días y luego nos soltaron.

Al contrató dos cocineros más y algunos pinches, compró otro remolque cocina y destinó un par de carpas viejas a los comedores de los seguidores. Protestó, y tampoco a Arty le hacía ninguna gracia tener que gastar dinero en alimentarlos. Norval Sanderson tomaba notas, recogía datos y hacía preguntas.

16

El Laceador de Moscas y el Gusano Trascendental

Norval Sanderson era un hombre de una gran curiosidad. Quería enterarse de todo. Cuando creía que ya había exprimido bastante a los Binewski por ese día o se hartaba de las bufonadas de los Admitidos, se daba un paseo por la feria y proseguía su informal e implacable examen de todos los acontecimientos, fenómenos, habilidades, artefactos y personalidades en que se posaban sus ojos. No se hacía pesado. Era tan paciente y suave como el agua sobre una roca.

Se sentía fascinado por las máquinas de palomitas y por la forma en que se hilaba el algodón de azúcar. Tenía encantadas a las pelirrojas por el atento interés con que escuchaba la descripción de sus innumerables tareas y las extravagantes historias de sus vidas. Mostraba una gran curiosidad por los motores de las atracciones, y atosigaba a los mecánicos con preguntas sobre los sistemas de transmisión y escape de las máquinas.

Sanderson solía entablar conversación con los clientes y era capaz de averiguar detalles asombrosos sobre los camioneros, abogados, cosechadores de guisantes, cocineros de barco, agentes de seguros, estudiantes y obreros que encontraba tirando al blanco o haciendo cola para subirse en la noria.

Nunca se cansaba de la feria. Al poco de su llegada, montó escrupulosamente en todas las atracciones. Luego, se limitaba a mirarlas. Pero los juegos y los espectáculos, las casetas y los vendedores no envejecían para él. Sabía convertir a los encargados

de los juegos en excelentes chivatos mediante hábiles preguntas sobre los detalles de su trabajo e impresionados elogios a su habilidad.

El antiguo representante de Al le explicó cómo identificar al fiscal de distrito, sheriff, alcalde o jefe de policía de cada población que podía ser comprado con los ingresos de un juego determinado, como medida preventiva contra posibles investigaciones. De unos y de otros aprendió cómo se debían pegar los carteles, cómo se arrancaba un permiso a un burócrata reacio, cómo se podía alquilar un solar para la feria a un precio irrisorio y todas las mentiras y entresijos de cada oficio.

Los novicios que distribuían folletos arturanos en las casetas de P.A.P. (Paz, Aislamiento, Pureza) podían contar con ser interrogados periódicamente sobre las reacciones de los visitantes ante cada uno de los folletos u octavillas.

Los vendedores le indicaban qué sabores de helado y qué tipos de refrescos eran los que mayor aceptación tenían en cada localidad y cómo esas tendencias iban variando geográficamente.

Sanderson presenciaba las sesiones de prácticas y los ensayos y luego asistía a las representaciones para ver el resultado. Conocía la cara y el temperamento de todas las fieras de Horst. Conocía la capacidad de espadas de todos los tragasables y el octanaje de todos los tragafuegos. Estaba al tanto de los filósofos preferidos del joven excéntrico y de la marca de la loción que los acróbatas se aplicaban en las doloridas articulaciones antes de meterse en la cama.

Siempre que podía, secuestraba a Horst o a algún Binewski para que lo acompañara, para que encendiese las luces del túnel de la Mina Fantasma a fin de examinar los muelles y los cables que accionaban las cintas de efectos sonoros y los esqueletos amenazantes o los cadáveres que abrían la boca, para que lo guiara por el Sumidero y le explicara la naturaleza y el origen de todos los ejemplares conservados en los botes. Yo misma me había sentado junto a él en los bancos de la carpa de variedades y contestado,

aburrida y un tanto incómoda, a un interminable alud de preguntas mientras él contemplaba con admirado deleite el circo en miniatura de papá, con su única pista, su domador de perros, sus malabaristas, payasos acrobáticos y funambulistas.

En la carpa de los tragasables, observaba con gran seriedad desde el fondo y luego hacía preguntas.

Cuando los motoristas de la Torre de la Muerte se unieron a nuestra Fabulonia, se tapó los oídos con gomaespuma para poder quedarse horas enteras junto al borde del enorme cilindro metálico, viendo cómo los pilotos lanzaban sus rugientes máquinas contra la gravedad.

Se sabía de memoria todo el repertorio de las gemelas, y era capaz de cantar su más difícil y popular canción, *Era una camarera con el corazón salado*, trinos y adornos incluidos.

Por supuesto, sometió a un minucioso estudio hasta los más sutiles matices del espectáculo de Arty. Exploraba todos los rincones de la inmensa carpa bastante antes de que Arty diera comienzo a sus sesiones, y observaba cómo los diez mil asientos iban siendo ocupados por Admitidos de distinta consideración. Los que carecían por completo de extremidades reposaban sobre la panza, tendidos en el serrín frente al Acuario Sagrado. Los sin piernas se hallaban inmediatamente detrás, en las primeras filas de los bancos. Los vendajes se hacían más abundantes conforme uno iba subiendo, allí donde se arracimaba el multitudinario grupo de codos y rodillas. Sobre ellos se destacaban los novicios, todos vestidos de blanco y apretujados en las gradas, agitando sus vendajes con orgullosa ostentación. Por detrás de ellos y arriba del todo, en los bancos más altos, se situaban los recién llegados, los curiosos, los burlones y algún que otro periodista, todos expectantes y deseosos de contemplar la invitación contra natura que Arturo, el Hombre Acuático, les hacía para acceder a la santidad definitiva. Sanderson esbozaba organigramas de la jerarquía y escribía interminables anotaciones en sus libretas de bolsillo.

Pero de todos los ardides y habilidades y maravillas de la Fabulonia, el indudable favorito de Norval Sanderson era un número relativamente nuevo que se alojaba en una pequeña carpa situada justo al lado de la descomunal carpa de Arty. Era la atracción menos espectacular que la Fabulonia hubiera presentado jamás. Con todo, y aunque Sanderson no tenía reparo en interrogarme despiadadamente —a mí o a cualquier otro miembro de la feria— respecto a los menores detalles del acto y del artista, no quería conocer al individuo ni preguntarle directamente a él. «Hay misterios —aducía con su perezoso acento— que prefiero respetar.» Y yo jamás me resistía cuando Sanderson venía a apartarme de mis deberes de vaciar depósitos sépticos o de contar entradas para que lo acompañara a observar con fines académicos «la espléndida soga del señor Ford». A mí también me gustaba el Laceador de Moscas.

Sus amigos lo llamaban C.B. Ford. Calvo y de abdomen prominente, llevaba siempre los pantalones embutidos en la caña de unas puntiagudas botas de cowboy de color rojo vivo, con pespuntes en rosa y tacones de ocho centímetros. Su sentido del humor tenía una chispa tranquila. Ágil de manos, no sentía el menor interés por convertirse en arturano y seccionar fragmentos de su cuerpo. Lo que él quería, y Arty le otorgaba, era la concesión permanente de la carpa número 2 del recinto ferial. «Su gran espectáculo y mi pequeño espectáculo —solía decirle a Arty— entran en el mismo apartado.»

Su número estaba basado en su talento para atrapar y lacear moscas domésticas. Aseguraba haberlo aprendido en las islas Shetland, donde las muchachas recorrían cincuenta solitarios kilómetros a través de los páramos para beber cerveza de barril y ver cine en la estación de la Guardia Costera.

—Ahora bien —añadía con una sonrisa—, todas aquellas chicas estaban decididas a irse a vivir a Estados Unidos, conque había que llevar mucho cuidado con ellas. Nada les hubiera gustado tanto

como quedar preñadas de un yanqui y hacer que papá lo condujera hasta el altar como a una de sus asquerosas ovejas.

En aquellas remotas latitudes no hay mucha vida, aseguraba, pero sí abundancia de moscas. Y él había aprendido la naturaleza de las moscas gracias a un viejo contramaestre que se había embarcado para huir de una planta conservera en Nebraska.

—Hay que pensar que las moscas —y al decir esto plantaba los tacones y enganchaba los pulgares en las hebillas de plata de sus tirantes— no son muy distintas de los helicópteros. —Llegado a este punto, el lazo se elevaba con un blando siseo y comenzaba a girar sobre su cabeza, en convincente imitación de la órbita de una mosca —. Su mamá seguramente les dijo que se atrapan más moscas con miel que con vinagre... ¡pero todos sabemos qué es lo que verdaderamente les gusta a las moscas!

Extendía la mano libre hacia la mesa, cubierta con un tapete de terciopelo, y levantaba la abovedada tapadera de plata de una escalfeta. La vela situada bajo el plato oscilaba ligeramente, y el público nunca dejaba de reír con disimulo ante la visión del humeante montón de excrementos sobre la bandeja de plata.

C. B. Ford era muy exigente con respecto al tipo de mierda que utilizaba.

—La caca de vaca —me dijo un día en confidencia— no da buen resultado. Atrae perfectamente las moscas, pero la gente del público no la ve bien. Es demasiado líquida y no se puede apilar para que la vean desde abajo. Y si está lo bastante seca como para apilarla, ya no sirve de nada. En estado seco, podría ir amontonándose hasta llegar a medio camino de la luna, pero entonces a las moscas ya no les dice nada. El estiércol de caballo, desde luego, las atrae bien cuando es fresco, pero no produce impacto en el público. Por alguna razón, la gente acepta el estiércol de caballo. Casi cualquiera te dirá que su olor es más hogareño que repugnante. Y a mí me interesa ese pequeño repelús que produce la auténtica mierda. Con mierda de cerdo no quiero trabajar. Depende de lo que coman, claro, pero

puede ser tan líquida como la de vaca, y aunque sea firme echa un pestazo que es demasiado. No lo soporto. Así que solo nos queda la mierda de perro o la humana.

La cuerda giraba vertiginosamente sobre la escalfeta mientras la multitud se aquietaba y C.B. Ford iniciaba su disertación. Tenía un buen sentido del tiempo, y su charla jamás resultaba incomprensible para nadie. Hacía girar la soga y hablaba y nunca pasaba mucho tiempo antes de que empezaran a llegar las moscas.

—Ahí viene una... —anunciaba—. Ésa es la ventaja de tener un cebo fresco.

Tenía una jaula hecha con tela de mosquitero y siempre llena de moscas, grandes moscones azulados que eran lentos de movimientos, fáciles de manejar y lo bastante voluminosos para ser vistos y oídos por el público. Uno de los muchachos se ocultaba tras el escenario y abría ligeramente la puerta de la jaula, dejando apenas un resquicio libre por el que salía un lento gotear de insectos. No necesitaba más de cinco o seis. En cuanto veía un par de moscas auténticas zumbando en torno a la bandeja de la escalfeta, hacía desaparecer la soga y pedía a cualquier muchacha de cabellos largos que subiera a ayudarle, cosa que solían hacer entre risitas.

La primera mosca causaba siempre una gran conmoción. El hombre saltaba por todo el escenario soltando fieros zarpazos hacia el aire, más de una docena de veces parecía a punto de hundir el puño en la bandeja, solicitaba a la voluntaria que agitara los brazos para enviar los moscones hacia él, y durante todo el rato no dejaba de parlotear sobre las semejanzas y las diferencias entre las reses Hereford y los moscones azules, hasta que el público quedaba medio convencido de que no lograría atrapar ninguna mosca pero se reía igualmente y se mostraba tan nervioso como un borracho con un vaso de leche ante la posibilidad de verlo aplastar con la mano desnuda aquel montoncito de excrementos calientes.

Y entonces, de pronto, atrapaba la mosca y la sostenía encerrada en el puño delante del micrófono, para que todos oyeran su zumbido. A continuación, soplaba sobre el nudillo del pulgar, gritaba y sacudía velozmente el puño «para marear a la mosca», y luego, con una rápida torsión de muñeca, la arrojaba con fuerza contra la mesa.

—Ahora parará un segundo, pero solo está atontada, y hay que actuar deprisa antes de que recobre la conciencia.

Abalanzándose sobre la voluntaria de largos cabellos, sacaba unas tijeritas en forma de cigüena, le cogía un mechón de pelos, separaba un solo cabello y lo cortaba cerca de la raíz antes de que ella tuviera tiempo para hacer otra cosa que proferir un gritito.

—Ahora haremos un nudo corredizo en un extremo y lacearemos aquí al amigo en un abrir y cerrar de ojos.

El nudo corredizo se deslizaba sobre una de las patas rígidamente desplegadas de la mosca y se cerraba en torno a ella. Con un rápido floreo, el artista adhería un pequeño cartelito fluorescente al otro extremo del pelo. Mientras la primera mosca iba recobrando el sentido, C.B. Ford capturaba otras cinco con tanta facilidad como si estuviese recogiendo uvas, y las sometía a idéntico tratamiento, mientras aseguraba a su ruborizada ayudante que su cabellera era tan lustrosa y abundante que bien podía permitirse perder seis simples cabellos para contribuir a la doma de media docena de animales salvajes.

En cuestión de tres minutos, una bandada de confusas moscas aleteaba torpemente por encima del público, arrastrando en su vuelo las minúsculas banderolas que rezaban COMA EN JOE'S y COMIDAS CASERAS.

La muchedumbre abandonaba la carpa de buen humor. Inevitablemente, un grupo de jovenzuelos se adjudicaba la misión de dar caza a las agobiadas moscas o aplastarlas cuando se posaban para descansar. Igualmente inevitable era el chiquillo que, indignado por la matanza de moscas, hacía todo lo posible por atrapar una con

vida para protegerla, llevársela a casa en una caja de palomitas y reverenciarla por haber tenido una experiencia absolutamente extraordinaria en la vida de una mosca.

Tras dos meses de seguir a Arty en una furgoneta de alquiler, Norval Sanderson nos abandonó y pidió una excedencia en su distinguida revista. Según nos explicó, quería volver a su casa de West Point, Georgia, para ver a su anciana madre y reflexionar. Durante varias semanas le peinó su larga y fina cabellera todas las noches y se sentó a beber en la oscuridad del porche hasta mucho después de que ella se hubiera acostado. Cuando Sanderson regresó a la Fabulonia, Arty aseguró que era el culto lo que le había hecho volver. Lily estaba convencida de que Sanderson tenía el propósito de escribir una biografía de Arty, pero yo me olía que, por alguna extraña razón, el Laceador de Moscas también había influido en su decisión.

Norval volvió a unirse a nosotros en las afueras de Ogallada, Nebraska, y llamó a la puerta del camión de Arty a la hora del desayuno. Arty dejó la pajita en su vaso de zumo de naranja para dirigirle una sonrisa. Yo seguí cortando el jamón.

Norval se acercó al hornillo y llenó una taza de café, la alzó en un saludo hacia Arty y la dejó de nuevo sin probar ni un sorbo.

—Le he traído algo.

Su irónica voz seguía tan lenta y calmosa como de costumbre. Hundió la mano en el siempre abultado bolsillo de su chaqueta de *tweed* y extrajo un bote de cristal verde como de medio litro de capacidad que contenía un borroso objeto.

—En prueba de mi profundo respeto —anunció en tono burlón.

La hinchada cosa del interior se apretaba contra el cristal. Estaba cubierta de cortos y oscuros pelos. Norval sonrió maliciosamente y se desabrochó el estrecho cinturón de piel de lagarto. Los pantalones de franela descendieron hasta las rodillas, dejando al descubierto unos holgados calzoncillos de seda.

—Con su permiso, señorita Olympia... —se mofó, y sus pulgares tiraron hacia abajo de la cinturilla elástica y echaron a un lado los almidonados faldones de la camisa para exponer el fláccido pene circuncidado que pendía ante una lisa y hermosamente cicatrizada entrepierna—. Los puntos ya están casi del todo disueltos, pero aún no puedo cerrar del todo las piernas —se quejó.

Arty se rió entre dientes y asintió.

—No vaya a creer que eso le da ninguna ventaja sobre los demás novicios. Todavía debe pasar por las etapas básicas de pies y manos antes de recibir ningún crédito por esta exhibición.

Sanderson volvió a subirse los pantalones y meneó la cabeza con fingido pesar.

—Me corto las pelotas por el hombre y así es como me lo agradece.

—Todos debemos empezar por alguna parte —replicó Arty con una radiante sonrisa, mientras yo deslizaba entre sus labios un tenedor cargado de jamón. Sanderson se apoyó en la cocina para beberse el café y nos deleitó con una prolija descripción de su búsqueda de un cirujano dispuesto a realizar el trabajo.

—Terminé con un veterinario de ochenta años que era el Gran Wheezar de la congregación local del Ku Klux Klan. Le conté que mi madre acababa de confesarme en su lecho de muerte que en su juventud había sucumbido ante un recolector de cacahuetes y que mi verdadero progenitor había sido un católico comunista con un octavo de sangre negra. El anciano caballero aceptó operarme de inmediato. Me da una palmadita en el hombro y me dice: «Hijo, has tomado la mejor decisión. Te freirías en el aceite eterno si transmitieras tanta inmundicia a las siguientes generaciones».

Arty aún seguía riéndose cuando Sanderson nos dejó para trasladar su camioneta al campamento de los Admitidos. En cuanto se hubo cerrado la puerta, Arty estiró una aleta hacia el bote de medio litro y lo colocó ante sus ojos. Aplastó la nariz contra el vidrio

de color, le dio un par de vueltas al bote para examinar su contenido y, finalmente, se recostó en el asiento con una arruga de perplejidad en su desnudo cráneo.

—¿Chivo o ternero? —Parecía estar preguntándoselo al bote—. ¿O tal vez un potrillo, o un perro grande?

Yo estaba rebañando los platos. Meneé la cabeza.

—Eres tan payaso como él.

Arty me dirigió la mirada.

—Éstas no son las pelotas de Norval Sanderson.

Ahí me detuve, y me incliné para observar el bote. Arty dio unos golpecitos en la tapa con el borde de su aleta.

—Aquel reportero de la televisión que pasó por aquí tras el primer artículo en *Now* me lo contó todo. Sanderson perdió las pelotas en África del Norte por culpa de una mina, ya hace años. Quince años, quizá.

—¿Por qué no se lo has dicho a él? —Mi cerebro estaba congelado.

—Se cree que no sé nada. Probablemente se ha puesto yodo o algo así en las viejas cicatrices para que parecieran recientes. Es muy astuto. Vamos a darle cuerda, a ver qué se trae entre manos. Y que no se te ocurra hablarle a nadie de este asunto.

—Te cae bien.

—Me divierte.

El hecho de fingirse un converso no parecía exigir que Norval mostrara nada que pudiera considerarse reverencia. Seguía con su aire desdeñoso, tomando notas e interrogando a todo lo que tuviera cuerdas vocales. Pero también tuvo la idea de la caseta del Gusano Trascendental. Arty se rió mucho y le permitió ponerla en práctica. Gracias a ello, Sanderson conseguía unos modestos ingresos y podía permanecer cerca de Arty. La caseta era muy pequeña, pero ocupaba el sitio de honor entre la carpa de Arty y el Laceador de Moscas. La idea era sencilla y pronto se hizo asombrosamente

popular. Sanderson coleccionaba los miembros amputados por la doctora Phyllis y los cortaba en trocitos, cada trocito en un bote de cuarto de litro. Su granja de gusanos era eficaz y le daba muy poco trabajo. Colgaba las manos o pies desprovistos de dedos en sendos ganchos durante unos cuantos días e iba recogiendo los gusanos a medida que aparecían. Cada ejemplar, con el suministro de carne santificada suficiente para toda su vida, era vendido por cinco dólares. Los que se graduaban y llegaban a moscas antes de haber sido vendidos iban a parar a la jaula del Laceador de Moscas a razón de un dólar la docena.

Fueran cuales fuesen sus intenciones, Sanderson estaba con nosotros para quedarse. El *tweed* fue sustituido por la sarga. De vez en cuando, iba a hablar de negocios con C. B. Ford. Tardó dos años en despojarse de apenas cuatro dedos —dos de cada pie—, pero cada vez que se amputó uno lo depositó concienzudamente en un botecito, con su propio gusano, y lo vendía por el precio habitual.

17

El chulo de las palomitas

Una noche, a la hora de cenar, las gemelas estaban contando los tomates enanos que la otra tenía en la ensalada cuando papá les anunció que iban a disponer de su propio camión, «como el de Arty». Lily quedó horrorizada. Con solo dieciocho añitos eran demasiado jóvenes para vivir solas, protestó, aunque fuera formando un triángulo con el camión de la familia y el de Arty. Los tragadores entrarían a hurtadillas y las violarían y a saber qué otras maldades les harían. Por entonces, los tragasables y los tragafuegos eran los cocos de Lil. La idea de que las pobres gemelas pudieran quedar a su merced la enfureció.

—Cuando solo eran unos cachitos de cielo que todavía trataban de gatear cada una por su lado y acababan enmarañadas, dije un día: «¡Maldito sea el corazón que las aparte de mí!».

Iphy parecía asustada, pero Elly, calmada y fría, decidió:

—Aceptamos. Ya sé que ha sido idea de Arty. Algo está pasando. Pero aceptamos igualmente.

Las gemelas encargaron la moqueta y las paredes de color verde mar, muebles y cortinajes de azul celeste y un reluciente cuarto de baño esmeralda. Su dormitorio y la enorme cama eran de un rosa apagado.

Para celebrar mi decimoquinto aniversario, mamá trasladó mis ropas y tesoros al antiguo compartimento de las gemelas en el camión familiar. A veces me pasaba un rato allí, pero seguí

durmiendo bajo el fregadero de la cocina porque la abierta extensión de aquella cama desprotegida se me antojaba tan amplia y lisa como Kansas.

Las gemelas hacían todas sus comidas en el camión familiar.

—Ya lo ves, Lily —comentó papá una noche, con las gemelas sentadas en el suelo ovillando el hilo de bordar de mamá—. Apenas se nota que se hayan mudado.

—¿Quién se ha mudado? —inquirió mamá.

Elly me cogió de la manga y me dirigió su mirada de «como no lo hagas...».

—Muy bien, Oly, quiero que me hagas un favor.

La suave mano de Iphy se posó en mi otra manga y su voz sonó con acento de desesperación.

—¡No lo hagas, Oly! ¡Por favor!

—¿Qué? —Yo estaba confusa. Elly me tendió un sobre blanco.

—Lleva esto al estrado de los jueces, al otro lado del parque.

Iphy trató de hacerse con el sobre, pero Elly lo sostenía con la mano del lado opuesto, fuera de su alcance.

—¡Me enfadaré contigo, Elly! ¡No te hablaré!

—Es para uno de los jueces, para un tipo llamado Deemer —prosiguió Elly, conteniendo tranquilamente a Iphy mientras depositaba el sobre en mi palma y me cerraba los dedos sobre él—. Es muy alto y casi calvo, con unos pocos pelos castaños en el cogote. Lleva traje y una etiqueta con su nombre. Dale esto y sal corriendo. No le digas nada. No esperes respuesta.

Iphy se cubrió el rostro con las manos. Sus uñas estaban casi blancas. No lloraba; se escondía. Yo me quedé parada con el sobre en la mano, contemplando los largos y delgados dedos de Iphy, que le ocultaban toda la cara y se enredaban entre sus oscuros cabellos.

Llevé el sobre de Elly en un largo paseo por la estrepitosa feria y por entre el humo de las barbacoas del adyacente terreno de pícnic, hasta las hileras de sillas plegables que crujían en la hierba

bajo las obesas posaderas del público que asistía a la coronación de Miss Lecherías Dalrymple o la Reina de las Truchas o no sé qué noble título.

En seguida vi al tipo en el estrado de los jueces, junto al escenario. Parecía joven para ser tan calvo. Tenía el aspecto callado de un maestro de escuela de los que salen en los libros de cuentos. Se hallaba de pie, detrás de tres señoras gordas y un hombre bajito y panzudo que cacareaba ante un micrófono conectado a un patético sistema de sonido. Di la vuelta al estrado y me hice un rasguño en el brazo al trepar por las astilladas planchas de conglomerado de la parte posterior. El podio del presentador y las hileras de gordos quedaban frente a mí. No creo que el público alcanzara a verme. Me limité a tocar su mano pálida y sudorosa y vi cómo su alargado rostro se inclinaba hacia mí y sus ojos se abrían sorprendidos y se dibujaba una arruga en su entrecejo. Entonces le embutí el sobre en la mano, bajé torpemente al suelo y me alejé tan deprisa como pude.

Volví a ver a ese hombre delgado una vez más durante cosa de unos segundos, iluminado por la luna, en el umbral del camión de las gemelas hacia las tres de la madrugada. Yo estaba espiando la puerta de Arty cuando vi una rendija de luz en la entrada de las gemelas, a metro y medio de distancia. Me deslicé hacia la plataforma y pude verlo casi con claridad. Vestía el mismo traje. Parecía fatigado. La puerta se cerró a sus espaldas.

Seguí mirando sin moverme, pensando que aquel sobre contenía una invitación y que, *guau*, cuando tuviera mi propio camión vendrían *normas* a visitarme en plena noche...

Alguna que otra vez me he preguntado si el concepto Binewski del mundo no habría atrofiado mi músculo de la simpatía. Éramos una familia muy unida. Nuestros contactos con los *normas* ajenos a la feria eran fugaces y esporádicos: frases oídas al azar, sin ninguna relación con nuestras vidas. Para mí, los extraños no eran del todo

reales. Cuando hablaba con ellos era siempre por cuestiones de la feria, como un domador de focas que utiliza diversos tonos según pretenda engatusarlas o intimidarlas. Nunca se me había ocurrido trabar conversación con uno de aquellos brutos. Volviendo la vista atrás, ahora creo que el hombre delgado estaba molesto y confundido. En aquel momento solo me pregunté si Elly se habría salido con la suya a costa de ser asesinada por el visitante.

Volvió la cabeza para echar a andar y justo entonces me vio.

—Tú me has traído la nota. —Lo dijo de un modo extraño, con voz clara y serena pero desenfocada, como si acabara de despertar de un sueño—. Ha sido raro. —Sacudió la cabeza hacia la puerta cerrada de las gemelas—. Me parece que no he hecho bien. Me parece que he hecho algo... incorrecto. Una de ellas no quería. Se ha echado a llorar y me ha arañado. La otra, en cambio..., sí.

Meneó lentamente la cabeza, hundió las manos en los bolsillos de la americana y se retiró con aire furtivo, dejándome con el cada vez más apagado sonido de sus zapatos sobre la grava.

Saqué la conclusión de que había asesinado a las gemelas, pero mi anterior experiencia en atacar a asesinos para proteger a Arty me había vuelto más cauta. Antes de dar la alarma, decidí ir en busca del cadáver. La puerta no estaba cerrada con llave.

Oí correr el agua de la ducha, pero pensé que tal vez las había degollado en el baño, así que me apoyé en la puerta y aullé sus nombres. El agua dejó de correr y la puerta se abrió de golpe. Mientras se anudaba una toalla en torno a la cabeza, Elly ladró:

—¿Qué quieres?

Iphy, con los ojos enrojecidos, se secaba la entrepierna.

—Ese tipo que acaba de salir. Pensaba que...

Iphy levantó la vista hacia mí como el espectro de una niña asesinada.

—¡Acaba de vender nuestra flor! —sollozó—. ¡Y yo quería conservar la mía!

—¡Baah, mierda! —rezongó Elly. Las seguí hacia la alcoba rosa y me encaramé a la cama para contemplar de cerca la mancha escarlata que brillaba sobre las sábanas mientras ellas hurgaban en el armario en busca de su albornoz.

—¡Lo mismo da! —gritó Elly entre las perchas de ropa—. ¡Vale más que contengas tu lengua de sapo, Oly!

—¡Te lo prometo! ¡Jesús!

—¡Y eso también vale para esta mosquita muerta! ¿Entendido?

—No te pases, Elly. Oly puede saberlo.

—No tenías por qué decírselo.

Registraron su frigorífico, mientras yo asomaba la cabeza por el borde de la puerta, antes de llegar a la conclusión de que yo no debía chivarme de nada porque, si lo hacía, Elly me reventaría los ojos con agujas al rojo vivo sin que Iphy pudiera impedírselo, e Iphy tampoco diría nada porque era tan culpable como Elly. Su queda y amarga disputa era casi sedante si no se atendía al significado de las palabras. Acabaron sacando una jarra de un zumo rosado, cogieron tres vasos de papel y nos sentamos las tres sobre la alfombra verde mar de la zona habilitada como sala.

—Entonces, ¿ha estado bien? —inquirí—. ¿Os ha hecho daño?

—Claro —respondió Elly, encogiéndose de hombros.

—Horroroso —dijo Iphy, con una mueca.

—Yo me imaginaba que saldría más sangre.

—Yo me imaginaba que luego se quedaría un rato con nosotras. Lo has asustado con tus lloros.

—Por lo que decís, me parece que no os lo habéis pasado muy bien.

—Las pelirrojas dicen que luego va mejorando.

—¿Crees que él se lo ha pasado bien? Sería horrible que no hubiera disfrutado. Quizá se ha ido tan pronto por eso. Sería horrible que nos hubiera pagado todo el dinero y luego no le hubiera gustado.

—¿Dinero? —Ésta era yo. Por alguna razón, no había comprendido lo que Iphy había dicho antes acerca de que habían «vendido» su flor.

—Pues claro, dinero. —Elly metió la mano debajo del sofá y sacó el mismo sobre que yo había llevado hasta el estrado de los jueces. El hombre se había acercado a hablar con ellas tras su actuación del día anterior. Les preguntó si podía ir a visitarlas, y les dijo que se dejaría caer por allí cuando terminara con sus deberes de juez en el concurso de belleza.

—¿Es un maestro de escuela?

—No sabemos a qué se dedica. Ha sido correcto. Bastante amable. Me pareció que estaría bien para empezar. No parecía rico, así que en la nota solo le pedí cincuenta dólares y le dije que viniera después de cerrar.

—No quería herir sus sentimientos. Es solo que yo quería conservarme, y cuando lo tenía encima pesaba mucho y me hacía daño.

—Escucha, Iphy. De ninguna manera nos habría hecho carantoñas. Nunca querrán abrazarnos ni hacernos compañía cuando terminen. Siempre saltarán disparados de la cama, se subirán la cremallera todavía mojados y se largarán a toda prisa.

Iphy bajó la vista hacia sus rodillas y su esbelta mano recogió un pliegue del albornoz en un gesto nervioso tan típico de mamá que me hizo dar un respingo.

Elly examinó con seriedad el contenido del sobre.

—Puede que haya hecho una tontería. Una virginidad como la nuestra podría cotizarse muchísimo. Tal vez hubiéramos debido subastarla. A lo mejor, aún estamos a tiempo. Lo mejoraremos. Podemos repartir octavillas por adelantado. Montar un letrero luminoso: «¡La exquisita comodidad de dos mujeres con un solo coño!».

—Arty se pondrá rabioso. Arty se morirá. —Iphy seguía tirando del albornoz. Observé lo guapa que era y sentí odio hacia ella.

—A Arty le dará igual —intervine—. Él también lo hace.

—¿¡¡¿Arty?!!? —Sus voces gemelas se combinaron en un acorde de estupefacción.

—¿Por dinero?

—Bueno... —Eso me dejó confundida, cogida a contrapié—. No creo que les haga pagar, pero... No estoy segura. ¿Puede ser que les pague él?

—¿A quiénes?

—A todas las chicas vestidas de gala que van a visitarlo en plena noche.

El rostro de Iphy se endureció. Elly soltó una ululante carcajada.

—¿*Normas*? —Iphy pronunció la palabra sin que se le movieran los labios.

—Sí. De todas clases.

—¡Arty, el predicador! —Elly alzó la vista hacia el techo sin poder contener la risa. Decidí que en el fondo no era mala chica. Pero ahora yo sabía de la angustia de Iphy y me alegraba, y me avergonzaba de alegrarme. Si no podía ser para mí, tampoco sería para ella. Con eso me conformaba. Por lo menos, yo podría trabajar para él y permanecer a su lado. Elly jamás consentiría que Iphy hiciera algo así. Decidí que Elly me caía la mar de bien. Hundió la barbilla para poder mirarme.

—¿Lo saben papá y mamá?

—No seas tonta.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Meses.

Elly me miró con una enorme sonrisa. El rostro de Iphy se relajó de pronto en una suave expresión interrogativa.

—Elly, no lo hagamos nunca con nadie que sea viejo o gordo, ¿eh? No lo hagamos.

A veces, solo con mirar a Al y a Crystal Lil me entraban ganas de aporrearlos en la cabeza con una palanca de cambiar neumáticos. No para matarlos, solo para despertarlos. Papá se pavoneaba, mamá

chocheaba, y ninguno de los dos tenía la menor idea de lo que a mí me parecía el mundo real. Supongo que querían protegerme de mis propios dolores y del corrosivo arsénico de los celos. Y yo hubiera querido regresar a la mente infantil en que vivían papá y mamá, aquella vieja fantasía en la que eran capaces de defenderme hasta de mi propia maldad.

A veces, cuando mamá me estrechaba entre sus brazos y besaba mi liso cráneo y me llamaba su querida palomita, me entraban ganas de vomitar. Si alguna vez yo había sido una querida palomita, debió de ser en algún sueño. Aún hoy me gustaría saber qué habría hecho ella si yo hubiera sido capaz de contarle lo que ocurría. Tal vez habría podido ayudarnos. Tal vez habría podido salvarnos.

No comprendía qué pretendía Elly con su putañeo, pero me alegraba porque eso ensuciaba a Iphy. No sabía qué estaba organizando Arty con sus devaneos religiosos, pero era feliz porque tenía muchas tareas que encomendarme.

Arty en su acuario precipitándose velozmente de una pared de cristal a otra con las luces destellando sobre su resplandeciente cuerpo, con las luces ardiendo en la hirviente masa de burbujas que él mismo creaba con sus movimientos, hasta que todo el acuario rugía de fuego..., y luego, de pronto, Arty inmóvil, flotando a metro y medio del fondo, envuelto por la suave luz dorada. Arty hablando a la gente a través de los micrófonos montados sobre el cristal. Hablando hasta que la gente le respondía, hasta que lloraban por él, hasta que gritaban su nombre, hablando hasta que rugían y pateaban en las gradas.

Arty en su carrito de golf, saludando con sus aletas a la muchedumbre del otro lado de la cadena. Arty trabajando en su camión, recibiendo visitantes mientras yo me ocultaba sigilosamente en la sofocante cabina de seguridad con una pistolita en la mano por lo que pudiera pasar. Arty rodeado de libros, pulsando notas con una educada aleta en un resonante teclado. Arty leyendo, murmurando hacia su transmisor telefónico, Arty leyendo durante todo el camino

desde Mesa, Arizona, hasta Truth or Consequences, Nuevo México, sin alzar la vista, sin darse cuenta de que el tipo que conducía su vehículo se había pasado los últimos cientos de kilómetros luchando con el rechinante cambio de marchas porque se habían estropeado los frenos.

Arty en la ducha, tras la representación, gris por la tensión de lo que fuera que estaba concomiéndolo. Arty apoyado de espaldas en la pared de la ducha mientras yo lo restregaba con un cepillo, los ojos cerrados, el rostro liso e insatisfecho.

Iphy decidió que si era yo quien entregaba los mensajes a sus posibles clientes, a la larga acabaría contándoselo todo a Arty. Así que las gemelas se hicieron con un teléfono propio. También reclutaron a su profesor de piano, Jonathan Tomaini, quien protestó alegando que él era un músico. ¡Un músico! ¡Un artista! ¡No un chulo! Y les anunció solemnemente que informaría a Arty sin pérdida de tiempo.

Sorprendentemente, fue Iphy quien, con mucha dulzura, con mucha calma, le explicó que si alguna vez hacía tal cosa ellas se verían obligadas a gritar que las habían violado y apuntarían delicadamente sus cuatro acusadores índices hacia él. El profesor se apaciguó de inmediato y Elly procedió a exponerle sus planes. Tendido en el sofá azul, a todas luces derrotado, la escuchó con gran atención.

—¿Sabe qué es lo que los *normas* desean preguntarnos realmente? —dijo Elly—. Lo que quieren saber todos ellos, pero no nos pregunta nadie a menos que sea un borracho o un débil mental, es cómo follamos. Eso y con quién, o quizá con qué. La mayoría de los hombres se pregunta qué tal sería follar con nosotras. Así que he pensado, ¿por qué no le sacamos un rendimiento a esta curiosidad? A ellos les da igual si yo toco las octavas bajas e Iphy las altas, o si a las dos nos gusta el mismo tipo de helado y todas esas estupideces

que preguntan. Lo que los tiene intrigados, lo que los mantiene en su asiento mientras interpretamos una sonata en *sol*, es la curiosidad sobre nuestra postura en la cama.

»Algunos de ellos, créame, están dispuestos a pagar una buena suma para averiguarlo. Y lo importante es que, como recompensa por sus esfuerzos, usted recibirá un diez por ciento de nuestros beneficios. Un bonito extra sobre su salario, ¿verdad? ¿No le endulza un poco el mal trago?

—¿El diez por ciento? —preguntó, frunciendo el entrecejo.

—Exacto —asintió Elly.

—¿De los ingresos brutos?

—De los beneficios. Pero no somos un artículo barato. Vamos a fijar un mínimo de mil dólares por una sesión de dos horas, con honorarios adicionales por cualquier variación sobre lo tradicional.

El hombre no pudo por menos que expresar su desconcierto.

—Yo me figuraba que no necesitabais dinero. Estáis muy bien instaladas, y vuestros conciertos siempre atraen mucho público.

Elly sonrió.

—Con nuestros precios, no tendremos que lidiar con una cola de clientes.

—Habrá gente —explicó Iphy— que esté verdaderamente interesada en lo que podemos ofrecer.

18

Llega el Hombre del Saco

Arty siempre tuvo una piel espléndida, tersa y suave, nunca una erupción ni un forúnculo. Ni una pequeña verruga. Él aseguraba, y seguramente era cierto, que eso se debía a todas las horas que se pasaba sumergido en el acuario, tan cargado de cloro.

—Ni siquiera tengo bichitos —solía decir. Aquella vez que Chick, las gemelas y yo cogimos todos la tiña por haber manoseado un cachorro de leopardo que Horst había comprado muy barato, Arty no se contagió y no permitió que nos acercáramos a él hasta que estuvimos completamente curados.

Pero de vez en cuando, con los años, en el acuario de Arty se criaba un extraño musgo limoso que parecía inmune al cloro. Comenzaba con una minúscula manchita en el cristal, tras una de las bombas, y de ahí se iba extendiendo. También se extendía a Arty. Era yo quien lo ayudaba a ducharse después de cada actuación; siempre lo enjabonaba y lo frotaba bien con la esponja, pero a él no le gustaba nada que le hicieran cosquillas y, como era sumamente sensible al cosquilleo detrás de las pelotas, muchas veces pasábamos por alto ese lugar. Cuando el verde galopante se agarraba al acuario, también agarraba a Arty por las pelotas y en ese oscuro rincón detrás de ellas. Y entonces yo tenía que usar un estropajo para arrancarle esa porquería.

Detestaba tener que pedirle ayuda a Chick. Eso enfurecía a Arty y me hacía sentir que no servía para nada, puesto que Chick era capaz de hacerlo todo mejor que nadie. Pero, aquella noche en particular, Arty rugía en la bañera y se agitaba sin parar,

amenazando con morderme cada vez que yo trataba de frotar sus partes pudendas. Estaba a punto de tirar el estropajo y ponerme a chillar cuando Chick abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Oly... —comenzó, pero no le di tiempo a terminar. Me abalancé sobre él, lo cogí de la mano y lo arrastré al interior del cuarto de baño.

—¡Saca ese musgo de las pelotas de Arty! —grité.

—Fuera hay un hombre que no me gusta nada —dijo él.

Arty chapoteó irritado bajo el chorro caliente de la ducha y gruñó:

—¡Ocúpate primero de limpiarme esta mierda y luego ya hablaremos!

—Está en la parte de atrás de las pelotas, en las arruguitas, y detrás de las pelotas, casi hasta el agujero del culo —le expliqué.

Chick miró a Arty. Un fino penacho de humo verde, casi invisible, se alzó de la bañera y quedó flotando sobre el suelo.

—¿Qué quieres que haga con eso? —preguntó Chick.

—Tíralo al retrete —sugerí.

—¡No! —protestó Arty—. Podría quedarse en las tuberías y se me pegaría otra vez al culo.

—Bueno... —dijo Chick. El humo se condensó en una nítida bolita del tamaño de un guisante y siguió oscilando en el aire.

Solté una risita.

—Ponlo en el cajón de la ropa interior de la doctora Phyllis.

Chick me miró.

—Vamos, Oly...

—¡Llévatelo de aquí! ¡Tíralo! ¡Échalo en el centro del Pacífico! ¡No me importa! —Arty accionó el grifo de la ducha con una aleta y se incorporó, apoyándose con la barbilla en el borde de la bañera. Lo ayudé a salir y comencé a secarlo con una toalla.

Chick se apoyó contra la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho y nos miró con expresión grave.

—Ese hombre de fuera quiere verte, Arty, pero me parece que no deberías dejarlo entrar.

Arty hizo girar los hombros bajo la toalla y emitió un gruñido.

—Escribe notas —prosiguió Chick—. No puede hablar porque no tiene cara.

—Bueno, bueno —bufó Arty.

—Ha estado viendo tus dos representaciones y luego ha ido a hablar con Horst. Ha preguntado por las gemelas y por Oly y por mamá, y asegura que ya os conoce de antes.

Arty alzó la cabeza para ver si yo ya había cogido la botella de aceite y acto seguido abrió la puerta de un empujón y salió reptando hacia su cuarto, envuelto en la toalla. Estaba trepando al banco de masaje cuando por fin habló.

—Dile al tipo ése que espere. Hazlo pasar dentro de quince minutos y luego quédate en el cuarto de la bombilla y no lo pierdas de vista. ¿Es muy grande?

—Es grande —asintió Chick—, pero lento.

—Oly se quedará conmigo —añadió Arty, y entonces se tendió, meneó las aletas y esperó a que yo comenzara a darle el masaje.

El rostro de Chick se convirtió en una máscara de agria preocupación desde la barbilla hacia arriba, pero se volvió sin decir nada y salió, seguido por la flotante bolita de musgo comprimido como si de un cachorrillo se tratara.

Cuando Chick hizo pasar al visitante, Arty estaba sentado en su gran sillón, vestido de oscuro terciopelo burdeos, sorbiendo de la pajita hundida en un vaso de agua tónica. El recién llegado era tan alto como Al, y muy enjuto. Se detuvo nada más cruzar el umbral, fijó en Arty su único ojo y dobló las rodillas en lo que debía de ser una reverencia. Su rostro estaba cubierto por un paño gris que colgaba bajo el borde de su gorra de béisbol y desaparecía por el cuello abierto de la camisa. Solamente su ojo derecho resultaba visible.

—Señor Bogner —dijo Arty.

Acerqué una silla para el hombretón y él avanzó hacia ella y tomó asiento, plegándose lentamente y con gran cuidado. Recordé una historia sobre un avaro que tenía un profundo hoyo en la coronilla. La lluvia lo había llenado de agua y en su interior nadaban peces de colores. El avaro caminaba con muchísimo cuidado y dormía sentado para no derramar su particular reserva de pesca.

El hombre enmascarado dejó una libreta de notas sobre su rodilla y miró a Arty. Yo permanecí en pie, jugueteando con un aerosol de gas paralizante.

La lámpara de la cómoda se encendió y retrocedí medio paso, para que Chick pudiera ver bien al visitante a través del falso espejo.

No pude evitar encogerme cuando él se inclinó hacia delante y comenzó a garabatear en su libreta. Arrancó la primera hoja y se la tendió a Arty. La recogí y la sostuve de modo que Arty pudiera leerla. Estaba escrita en apresurados caracteres de imprenta, muy legibles. Decía: «Me alegro de volver a verlo. Hace diez años, disparé contra ustedes en un aparcamiento». El hombre seguía inclinado hacia delante, paseando nerviosamente el brillo de su único ojo sobre nosotros. Su gorra de béisbol era de color azul oscuro y la visera estaba vuelta hacia abajo. La parte superior de su velo quedaba sujeta bajo el lado izquierdo de la gorra y la inferior le colgaba holgadamente sobre el cuello de la camisa, formando como un saco que parecía inflarse y desinflarse al compás de su ruidosa respiración. Era un verdadero Hombre del Saco.

Arty permanecía muy quieto, con la vista fija en él, sin ninguna expresión. Pero sus ojos no parpadeaban y los tenía más abiertos que de costumbre. Además, contenía el aliento. Yo no era capaz de interpretar la mirada del Hombre del Saco. El ojo se movía y brillaba, pero no había carne que se arrugara a su alrededor y me dijera qué significaba. Así con fuerza el bote de gas paralizante y clavé ambos talones en la alfombra.

Arty dejó escapar el aire. Luego inspiró. En tono familiar, medio bromista, preguntó:

—Pero, hombre, ¿cómo se le ocurrió hacer una cosa así?

El Hombre del Saco parpadeó y se agachó sobre su rodilla para escribir apresuradamente con una pluma que raspaba y se agitaba entre sus grandes y curtidos nudillos. Arrancó la hoja, me la entregó y siguió escribiendo. El papel rezaba: «Las cosas se desmoronaban a mi alrededor. Primero, las naranjas; luego, todo. Mi mujer y mis hijos no me respetaban. Comencé a ir al bosque los fines de semana, con el 30.06 de mi viejo, pero no a cazar. Me quedaba sentado junto al fuego, limpiaba el rifle y me tomaba unas cervezas».

No recordaba gran cosa del juicio, pero tenía muy claro que lo condenaron. Las fotografías y la toma de huellas se le antojaron una trivialidad. Tuvo la sensación de que debería resistirse, gritar o llorar; cualquier cosa que le diera importancia al asunto. Pero estaba demasiado cansado, y la visión de los hombres uniformados que cumplían con su tarea le hizo sentir el deseo de no molestarlos ni crearles problemas. «¿Quién sabe cómo serán sus mujeres?», pensó. A solas en su celda, llegó a la conclusión de que había hecho algo que no podía ser enmendado. Tendido silenciosamente en su camastro, trató de pensar. Al segundo día llegó un hombre que se presentó como el abogado de Emily. Ella estaba tramitando la petición de divorcio.

El juicio fue confuso y aburrido. Recordaba a una vieja de voz chillona, vestida con mucha pulcritud, que ocupaba un asiento junto al banco de los jueces. La vieja declaró:

—... Si quieren saber mi opinión, creo que fue un acto de misericordia. Yo sentí el mismo impulso. No seré yo quien lo condene por lo que hizo.

Vern no llegó a comprender del todo la acusación. Intentaron convencerlo de que lo que había hecho estaba mal, y al cabo de algún tiempo fingió creerles. Pero sabía que en realidad lo castigaban por su fracaso. Al fin y al cabo, los tenía alineados. Completamente alineados, y él —la historia de su vida— había fallado.

El hospital estatal le gustó. No le molestaba la malla de acero en las ventanas. Tenía su propia habitación y tres pijamas de color verde.

Todas las mañanas barría su cuarto, comía lo que le traían en una bandeja y se echaba una siestecita en la cama recién hecha. Cuando despertaba, la bandeja y la escoba habían desaparecido y el cuarto volvía a estar vacío y limpio. Dormía mucho, y consiguió olvidarse de casi todo.

Al cabo de un año o así, empezó a pensar de nuevo, aunque no le apetecía mucho hacerlo. Sus pensamientos giraban en torno a los niños. Teddy y Brenda contaban respectivamente seis y cinco años de edad la última vez que los había visto. Primero recordó sus vocecitas diciendo «papá». Soñó que su verdadero nombre era Papá, y que todos los demás por los que la gente se dirigía a él eran motes o insultos. Recordó haber visto un silbato en el escaparate de una juguetería y haberse preguntado si a Teddy le gustaría y si no debería comprarle otro igual a Brenda.

Luego soñó que se hallaba en la portezuela abierta de un avión que volaba a gran altura y que debía saltar con un bebé en brazos. El bebé era suyo. Saltó, tiró del cordón del paracaídas y el paracaídas no se abrió. El tirador de emergencia no funcionaba. Caía a gran velocidad. El viento lo azotaba ferozmente. Sujetaba al bebé tan fuerte como podía, pero el viento se filtraba bajo sus brazos y tiraba de sus músculos, y de pronto el bebé se soltaba y caía a su lado, justo fuera de su alcance. Agitaba los brazos en el aire y los tendía hacia el bebé, tratando de atraparlo. El bebé caía un poquitín más deprisa que él. Lo veía por debajo suyo, separándose poco a poco de él conforme ambos iban cayendo. La tierra aullaba hacia él. Supo que el bebé sería el primero en chocar y que él lo vería, sería consciente de ello durante toda una fracción de segundo antes de hacerse papilla él mismo. Aquel terrible milisegundo de dolor estalló en su interior y lo hizo despertar gritando. No podía quitarse aquel sueño de la cabeza. Rezó por volver a tener el mismo sueño, pero que esta vez cayera él por delante y se le permitiera morir primero.

El sueño no se dejó engatusar. No vino más, y tampoco se fue.

Emily no contestaba a sus cartas. Recibió un escrito formal de un abogado en el que le «recordaba» que el divorcio ya era un hecho y que se le había negado toda comunicación con sus hijos.

Fue entonces cuando recordó a los monstruos del aparcamiento. Sus extrañas formas retorcidas danzaban perversamente en su cabeza. Eran crueles y se mofaban de él. Se le ocurrió que Teddy y Brenda acabarían convirtiéndose en unos monstruos como aquéllos si eran educados por Emily.

Por entonces, su madre empezó a visitarlo, y a él se le exigía que pasara todas las mañanas y todas las tardes en la sala común con los demás pacientes. Su madre le recordaba a la vieja del juicio. Nunca hablaba de la razón por la que estaba encerrado allí. Hablaba de su granja, de la lechería que el padre de Vern había levantado y que, tras su muerte, había pasado a ser de ella. Su madre decía que le vendría muy bien tener un hombre en casa. Los peones contratados eran todos unos ineptos y unos perezosos. Le decía que Emily jamás le permitiría ver a los niños.

Vern odiaba la sala común. Quería estar solo como antes. Luego decidió que deseaba irse del hospital. Comenzó a prestar atención a médicos y enfermeras.

Fue dado de alta del hospital tres años y seis meses después de su ingreso. Su madre lo esperaba en el vestíbulo y salió a la calle con él. Lo llevó hacia un gran automóvil y subieron los dos. Lo condujo a su casa, a la granja donde él se había criado. La señora Bogner le mostró todas las dependencias y le presentó a los peones. Estaban en primavera, y el jardín requería muchísimos cuidados. Mientras su madre freía pollo, Vern tomó asiento ante la mesa de la cocina y esbozó un proyecto para la huerta en un trozo de papel.

Eso fue el jueves. El día siguiente era día de cobro para los peones. La señora Bogner se aferraba a las viejas costumbres y pagaba los sueldos y las facturas en efectivo. Poco después de medianoche, Vern salió de la cama, se enfundó las prendas de trabajo que su madre le había comprado, llenó una bolsa de papel

marrón con otras prendas y los enseres de afeitar y abandonó sigilosamente su cuarto. Cruzó ante la puerta de la anciana señora y bajó las escaleras. El padre de Vern siempre había guardado la caja del dinero en la cocina, en un cajón bajo el arcón de la harina. La llave pendía siempre de un clavito en la puerta del armario del vestíbulo. La madre de Vern no había cambiado nada.

El viernes a las 8.30 de la mañana estaba aparcado ante la escuela elemental. El coche de su madre era bastante nuevo y respetable. Vern fingía leer un periódico y sonreía para sí mientras contemplaba como iban entrando los chiquillos en la escuela. Un poco antes de las nueve comenzó a preocuparse y a pensar si no habrían entrado por alguna otra puerta. Por unos instantes se preguntó si podían haber cambiado tanto que ya no fuera capaz de reconocerlos. Y entonces los vio. Iban juntos, pero discutiendo por algo. Teddy le dio un empujón a Brenda y ella descargó una patada en el suelo y le gritó. Vern bajó el cristal de la ventanilla. De pronto, todo su cuerpo quedó bañado en sudor. La voz le tembló y sonó demasiado queda. No le oyeron. Brenda intentó darle un pisotón a Teddy y quitarle un libro. Teddy se rió y sostuvo el libro fuera del alcance de la pequeña. Vern halló su vieja voz. No le gustaba que se pelearan. Nunca le había gustado.

—¡Teddy! ¡Brenda! —Los dos niños, cogidos en plena disputa, se volvieron hacia él con aire culpable. Volvía a estar sereno. Después de todo, los conocía muy bien.

—¿Papá? —dijo Teddy.

Y Brenda, confusa, sin recordar, miró a su hermano y repitió:

—¿Papá?

Disneylandia estaba muy bien. Condujeron sin detenerse durante dos días, se inscribieron en un motel frente al inmenso parque de atracciones y luego dedicaron tres días, desde el desayuno hasta la hora de acostarse, a atiborrarse de todas aquellas maravillas.

Vern se sentía tranquilo y feliz. Los niños vivían en una bruma de éxtasis. Por la noche se desplomaban en la cama como muertos, demasiado fatigados para ver la tele en su habitación del motel. Cuando se quedaban dormidos, Vern conectaba el aparato a bajo volumen. Acuclillado junto al televisor, veía el telediario de la noche y escuchaba con gran atención por si hablaban de él o de los niños. Nunca oyó nada. Sabía que la policía debía de estar buscándolo, tanto si lo anunciaban en el telediario como si no. Permanecía sentado hasta altas horas de la noche, viendo dormir a sus hijos.

Cuando todos subieron al coche, después de haber agotado las posibilidades del parque de atracciones, resultó obvio que los niños esperaban ser devueltos a casa. Brenda llevaba un pequeño cocodrilo de juguete.

—Se lo daré a mamá. Seguro que le gusta.

Teddy anunció que él le daría una foto suya dentro de un coche de carreras. Durante aquellos días, Vern había esquivado todas sus preguntas con la habilidad de un torero. Ya en el coche, respiró hondo y comentó que, en su opinión, antes de regresar debían echarle un vistazo al Gran Cañón. Quizás incluso pudieran bajar hasta el fondo montados a caballo.

No cesaban de hablar de su madre. Brenda comenzó a preocuparse por la escuela. Su clase tenía prevista una salida para ir a patinar, y de repente la niña recordó que se la había perdido. Salió de los lavabos de una gasolinera sollozando lastimosamente. Vern, convencido de que alguien había tratado de abusar de ella, se precipitó a través de la puerta rotulada SEÑORAS sin encontrar otra cosa que un cuartito con grietas en el enlucido, un olor húmedo y amargo y un reguero de papel higiénico mojado tirado por el suelo. Cuando regresó al coche, Brenda estaba llorando en el asiento de atrás mientras Teddy se reía de ella y el encargado de la gasolinera, un adolescente regordete con un trapo rojo para limpiarse las manos colgando del bolsillo de su pantalón, los miraba a todos con

suspicacia. Vern le pagó y se apresuró a sentarse al volante. Puso el coche en marcha y volvió bruscamente la cabeza en dirección a Brenda.

—¿Por qué lloras? ¿Qué ha pasado?

—Echa de menos a su amiga Lucy —cloqueó Teddy.

—Oh, Dios... —Vern empujó la palanca del cambio, abandonó la gasolinera y salió a la carretera, rozando un contenedor de basura y una flamante moto aparcada en el extremo del solar.

La niña siguió llorando durante quince kilómetros. Cuando se detuvieron para almorzar, Vern arrancó el primer trozo de su bocadillo y lo masticó un par de veces antes de darse cuenta de que estaba contemplando un enorme y vistoso cartel en el que una criatura sin brazos ni piernas le sonreía desde su lampiña cabeza. Varios peces que nadaban junto a aquella especie de gusano y un ondulante fondo azul conferían al conjunto todo el aspecto de una escena subacuática. Letras plateadas desfilaban por la parte inferior. «¿TIENE DUDAS? —centelleaban—. ¡PREGÚNTELE AL HOMBRE ACUÁTICO!»

Sin duda ya debía de haber visto antes esos carteles, así como aquellos otros, en rojo y plata, que anunciaban a las gemelas, puesto que estaban repartidos por toda la costa y en todas las poblaciones del desierto, pero nunca se había fijado en ellos.

Fue allí donde lo vio, adherido a la cristalera de la hamburguesería para automovilistas, reluciendo sobre la zona de aparcamiento llena de chiquillos y muchachas rollizas que entraban y salían del establecimiento en un constante fluir.

Tomó la decisión en aquel mismo instante, cambió de rumbo y condujo durante dos días seguidos sin detenerse a dormir. Los niños permanecían muy callados, temerosos. Él tampoco hablaba; no podía hablar. Paró en Redding y entró en una tienda de artículos deportivos mientras los pequeños lo esperaban en el coche. Salió con una caja alargada, la guardó en el maletero, subió de nuevo al automóvil y se puso otra vez en marcha. Teddy y Brenda se

portaban muy bien. No hacían preguntas. No se peleaban. Bajaban a hacer pipí en las gasolineras y no pedían Coca-Colas. Cuando se volvía hacia ellos en los chiringuitos al borde de la carretera, se limitaban a decir «Chocolate» o «Con queso, por favor». Pero lo decían con voz muy queda y humilde.

Cuando dejaron atrás el cartel de BIENVENIDOS A SEAL BAY en la carretera de la costa, la voz de Teddy se alzó suavemente desde el asiento posterior.

—Papá...

Y, al poco:

—Papá.

Vern alzó la vista hacia el retrovisor e hizo un gesto de asentimiento. Vio claramente el pálido y mugriento rostro del chiquillo a la temprana luz de la mañana. Los dos estaban muy sucios. El pelo de Brenda estaba enmarañado, pues hacía días que no se peinaba. Las camisetas y los tejanos que les había comprado en Anaheim estaban arrugados y llenos de manchas. El aire estaba impregnado de un penetrante olor a cachorro.

Vern había ido viendo varios carteles por el camino.

—Todo va a salir bien, hijo. —Vern meneó jovialmente la cabeza mirando hacia la carretera—. Yo lo arreglaré todo.

—Papá... ¿Nos llevas a casa con mamá? —La voz de Teddy era tan temblorosa como la de un hombre con una serpiente sobre el pecho. En el espejo retrovisor, los ojos de Brenda eran enormes. La niña no dijo nada.

Vern le hizo una mueca a la carretera.

—No. No es buena para vosotros.

Y de pronto se encontraron en su propia calle, y todas las casas y todos los matorrales le resultaban familiares a Vern, salvo que los Bjorn habían pintado su casa de azul e instalado un invernadero junto al porche lateral. Vern siguió hablando muy deprisa.

—Vosotros os quedaréis en el coche y yo lo arreglaré todo con vuestra madre y luego nos iremos a ver el Gran Cañón, como os prometí, y ya no volveréis aquí nunca más y viviréis conmigo siempre. Y ahora, quiero que os quedéis quietecitos en el coche.

Se detuvo en el camino de acceso, el coche de Emily estaba en el garaje y las cortinas aún seguían cerradas; su mujer había descuidado el césped, y la leche y el periódico estaban ante la puerta, y ni siquiera oyó la vocecita de Teddy que gritaba: «¿Qué vas a hacer, papá? ¿Papá? ¿Papá? ¿Papá?», ni el extraño soniquete de Brenda: «No papá, por favor papá, no papá, por favor papá», porque ya había salido del coche, dejando la portezuela abierta para que Emily no la oyera cerrarse, y se dirigía hacia el maletero, lo abría y sacaba la escopeta de su caja y la cargaba con cartuchos de la caja de municiones y ni siquiera se dio cuenta de los dos cuerpecitos que tenía al lado, que tiraban de sus ropas y chillaban «no, papá, no les hagas daño» y «por favor por favor no no por favor por favor». Sacudió los brazos para desprenderse de ellos y cruzó la puerta que conducía del garaje a la cocina, vio la col de plástico que años atrás Emily había enmarcado y colgado de un tabique de la cocina, en son de broma, estiró la mano hacia el tirador de la puerta del dormitorio, y cuando la puerta se abrió, allí estaba Emily enfundándose unos pantalones sobre sus gruesas piernas, aún no se había abrochado la blusa y lo miró con el cabello revuelto, él apreció miedo en sus pesadas facciones, vio el punto del miedo justo donde el cuello se unía con el tronco, una profunda depresión donde la vida fluía muy cerca de la superficie, y alzó la escopeta, que llenó toda la distancia hasta ella —cosa que le hizo comprender que ella había estado en lo cierto durante todos esos años cuando se quejaba de que el cuarto era demasiado pequeño—, y los extremos de los dos cañones casi reposaron sobre el hueco del cuello, apretó el gatillo y un solo cañón se disparó y buena parte de Emily salió despedida con un agujero en la espalda y se desparramó sobre la cama deshecha, rompió el gran espejo del tocador y roció la pared color lavanda con un montón de salpicaduras oscuras.

Vern le tendió a Arty un sobre manoseado lleno de recortes de prensa que completaban su relato. Teddy y Brenda habían huido chillando hacia la casa de los vecinos, una pareja de jubilados que conocía a los niños desde el día en que nacieron. La señora Feddig llamó a la policía mientras el señor Feddig estrechaba entre sus brazos a los histéricos chiquillos. Cuando la señora Feddig colgó el teléfono, se hizo cargo de los niños y su marido se calzó las botas de jardinero y empezaba a abrir la puerta para echar un vistazo cuando sonó otra detonación, esta vez más fuerte, en el patio contiguo. La señora Feddig tenía bien sujeta a Brenda, pero Teddy se escabulló y estaba junto al viejo cuando éste asomó la cabeza entre los arbustos para observar el patio delantero de los Bogner.

Vern Bogner vagaba por entre el césped sin segar. Iba tambaleándose y agitaba suavemente los brazos. Cuando se giró, el señor Feddig vio que no tenía cara, sino una enrojecida fuente de burbujeante y palpitante carne sobre unos fragmentos de algo que tal vez fuera hueso, y toda la pechera de sus oscuras ropas de trabajo estaba cubierta de ese mismo amasijo. Teddy no paró de gritar hasta que llegó la policía.

Vern siempre había sido un pésimo tirador. Ya de pequeño, su puntería había sido una decepción para su padre cuando se lo llevaba con él al bosque o al campo. Esa misma falta de precisión fue lo que salvó a los *bambini* Binewski cuando los tenía alineados en su punto de mira. Consiguió atravesar a su esposa de parte a parte gracias al poder de un calibre 12 a cinco centímetros de su esternón, pero cuando llegó el momento del gran disparo, el disparo final, se metió en la boca el segundo cañón de ese mismo calibre 12 y logró destrozarse el 75 por ciento de la cara, incluyendo la boca, la nariz, la laringe, un ojo y un oído, y aun así fallar —FALLAR, fíjense — las zonas vitales donde un impacto habría puesto fin a su vida.

Desde luego, de haber quedado abandonado a sus propios recursos no habría tardado mucho en morir desangrado, pero el hospital de Seal Bay estaba pasando por una temporada de poca actividad. Todo el personal se sintió lleno de entusiasmo y deleitado ante aquella oportunidad de utilizar sus resplandecientes instrumentos. Vern sobrevivió.

Vern nunca tuvo un gran sentido del humor y, después de haber transformado su apariencia por tan torpe método y de convertirse de ahí en adelante en el Hombre del Saco, se volvió decididamente sensiblero. Tuvo que quedarse un año en el hospital y lo sometieron a muchas operaciones. Pero existen límites a lo que incluso un cirujano plástico sumamente imaginativo es capaz de hacer.

El apodo de Hombre del Saco le vino de las bolsas de plástico que colgaban del extremo de los diversos tubos y sondas que entraban y salían de lo que quedaba de su cabeza. Puesto que no tenía mandíbulas, ni superior ni inferior, el acto de alimentarse, cuando por fin abandonó la unidad de cuidados intensivos, se convirtió en un delicado proceso líquido a base de soluciones proteínicas administradas con ayuda de una pera de goma conectada al tubo adecuado. Respirar también tenía su intríngulis, y constantemente babeaba y goteaba en una de aquellas bolsas de plástico.

Más adelante, cuando empezó a tratar con personas que no eran profesionales de la medicina, se tapó con un grueso velo gris que le pendía desde la frente y solo dejaba su ojo derecho al descubierto. La parte inferior del velo iba siempre embutida en el cuello de la camisa, y todo el conjunto estaba lleno de bultos y protuberancias a causa de los tubos y bolsas que contenía. Podía ver con el ojo derecho y oír con el oído del mismo lado. No podía hablar, percibir los sabores ni oler. Si se resfriaba lo pasaba muy mal, y necesitaba nuevas operaciones y constante vigilancia médica.

El juicio por asesinato fue breve. Compareció ante el tribunal tendido en una camilla y se declaró culpable por escrito en una libreta de papel amarillo. Fue condenado a cadena perpetua.

Pasó algún tiempo en un rincón aislado de la enfermería de la cárcel del estado. Cada semana tenía que ser transportado en ambulancia al hospital. Luego, un día, lo dejaron en libertad. Hubo recortes presupuestarios y algunos congresistas se quejaron de lo caro que resultaba mantener al Hombre del Saco. Tras muchos rodeos y discusiones, acabaron echándolo a la calle.

El Hombre del Saco regresó a la granja lechera de su madre. No podía hacerse a la idea de haber perdido a sus hijos. Teddy y Brenda vivían con los padres de Emily, y a él no se le permitía ningún contacto con ellos. Les escribía largas cartas llenas de consejos y de sabiduría campesina, con minuciosas descripciones de su jardín y de lo que había que hacer con las babosas y de qué relación tenían las mariquitas con las matas de alubias y de cómo un hombre podía aprender una buena lección de eso.

La madre de Emily separaba esas cartas del resto del correo con ayuda de unas pinzas de cocina y las metía en un gran sobre de papel manila. Cuando el sobre se llenaba, lo mandaba a la oficina de asistencia social de los niños y comenzaba otro nuevo.

El Hombre del Saco se sentaba en el sofá junto a su madre todas las noches y veía las noticias.

Eran las dos de la madrugada. Los últimos remolones habían sido conducidos hacia las puertas una hora antes y el personal se preparaba para acostarse. La feria estaba a oscuras, pero aún se veían luces en casi todos los remolques y camiones. Horst era el anfitrión de una timba de cartas. Los alojamientos de las vendedoras de dulces estaban llenos de pelirrojas que salían de las duchas con la cabeza envuelta en una toalla, dispuestas a sentarse un rato con los pies en alto, fumar un poco de hierba y chismorrear sobre los naturales del lugar y sobre sus hombres, los viejos, los nuevos, los

usados y los rotos. Al y Lil repasaban las cuentas del día y tomaban una copa con las piernas entrelazadas bajo la mesa de la cocinilla de su remolque. Las gemelas debían de estar cepillándose mutuamente los cabellos y charlando en la cama.

Puede parecer extraño que no tenga ni idea de dónde nos encontrábamos, pero cuando la feria estaba viva y en funcionamiento —sobre todo por las noches— era como un universo completo y siempre tenía el mismo aspecto, estuviéramos donde estuviésemos. De día aún podíamos darnos cuenta de que aquello era Coeur d'Alene o Poughkeepsie, pero de noche lo único que veíamos era la feria.

El Hombre del Saco llevaba cosa de hora y media garabateando y arrancando una hoja tras otra. Yo permanecía de pie al lado de Arty, recogía las hojas, las sostenía de forma que pudiera leerlas, las leía por encima de su hombro y finalmente las depositaba en el montón que iba creciendo sobre la consola. Arty estaba en silencio, a la espera, leyendo pacientemente. De vez en cuando, el Hombre del Saco hacía una pausa mientras leíamos una hoja en concreto y nos observaba con inquietud para ver si comprendíamos. Cuando Arty asentía con la cabeza, reanudaba su frenética escritura. A veces, su caligrafía era tan apresurada que resultaba difícil descifrarla. En una ocasión, Arty leyó la hoja en voz alta y le preguntó si era eso lo que decía. Éste gorgoteó, asintió nerviosamente y siguió escribiendo. En dos ocasiones, Arty hizo preguntas que el Hombre del Saco respondió por escrito. Nunca había visto que Arty demostrara tanta paciencia con ningún *norma*. Por fin, el Hombre del Saco dejó de escribir y se recostó en su asiento, sin quitarnos el ojo de encima mientras leíamos la última página. Ésta rezaba: «Cuido el jardín de mi madre y veo la tele».

Arty se removió en su silla y dio un sorbo a la pajita.

—Bueno —dijo al fin—, ¿y qué podemos hacer por usted?

El Hombre del Saco se encorvó sobre la libreta y escribió. La hoja decía: «Déjeme quedarme con usted. Trabajar para usted. Cuidar de usted».

Arty permaneció un largo rato con la mirada fija en el papel. Luego, miró al Hombre del Saco.

—Quítese el velo —le ordenó.

El Hombre del Saco vaciló. Sus manos temblaron histéricamente sobre el regazo. Después, se alzaron hacia la cabeza. Se quitó la gorra. El velo estaba atado a ella. Tiró de un cordón y el velo se desprendió de la pechera de su camisa. Arty miró. Yo miré. La cosa estaba muy fea. Tenía un par de mechones de pelo en un costado de la cabeza. El único ojo vivo se agitaba espasmódicamente en su cuenca y nos contemplaba con nerviosismo. El resto era una masa de carne cruda que burbujeaba a través del plástico. Arty suspiró.

—Tendrá que aprender mecanografía. Eso de ir escribiendo a mano no funciona. Le conseguiremos una máquina.

—¿No estuvimos en el juicio? —Intenté hacer memoria, pero no me acordaba. La última imagen clara que conservaba era la de la recepcionista mirándonos fijamente mientras Al nos sacaba por la puerta del pabellón de urgencias. Arty se arrellanó en su trono y contempló a Chick con aire taciturno. Chick estaba tendido en el suelo, contemplando un casi invisible hilillo verde que tejía intrincados dibujos en el aire, a un metro de su nariz.

—No —gruñó Arty por fin. Se irguió y me miró con curiosidad—. Debías de estar durmiendo cuando vino el tipo de la oficina del fiscal.

—No me acuerdo.

—Nos dirigíamos hacia Yakima a toda velocidad. Al había cancelado todas las actuaciones entre Coos Bay, donde nos dispararon, y Yakima. Quería alejarse de aquel aparcamiento y de todo lo relacionado con él. Entonces aún vivíamos en el camión de trece metros, de eso sí que te acordarás. Paramos en una de esas enormes áreas de descanso, todavía en Oregón, para esperar al resto de la feria. Al conducía tan deprisa que la caravana se había

extendido más de setenta kilómetros. Lil estaba nerviosísima, y cada cinco minutos o así se levantaba de un salto para echarnos una ojeada.

—Todo esto fue antes de que yo naciese, ¿verdad? —Chick hizo rodar los ojos hacia Arty y el hilo verde tomó forma de flecha.

—Cuestión de días —asintió Arty—. Solo nos había dado alcance una media docena de remolques y Al estaba hablando por radio con los demás para informarles de nuestra situación cuando un coche oficial aparcó en el área de descanso y bajó aquel tipo. Una barba bien cuidada y un terno con chaleco. Echó una mirada a los camiones, se metió una tablilla con sujetapapeles debajo del brazo y vino directamente hacia nosotros.

»Al lo contemplaba desde el asiento del conductor. Solo dijo una palabra: "policía", y Lil y yo nos quedamos tiesos. Las gemelas estaban dormidas, y supongo que tú también, Oly. Al se levantó e hizo pasar al tipo. Se sentó, pero no se encontraba a gusto conmigo allí, mirándolo desde el otro extremo del compartimento. Al le ofreció café y el tipo rehusó. No apartaba la vista de sus papeles. Quería que regresáramos para prestar declaración en el juicio. Al se negó. El tipo se marchó. Al comenzó a hablar de armas y sistemas de seguridad. Poco después de que naciera Chick contrató a los primeros guardas. A raíz de aquella historia, se volvió paranoico perdido. Y Lil estaba alelada, claro. Aprendí muchas cosas entonces. —Arty contempló el hilo verde que se retorcía para formar nudos en el aire y luego se estiraba en una fláccida línea—. Creía haberte dicho que te deshicieras de esa mierda de moho —masculló.

—Ya lo haré. —Chick permaneció inmóvil, y el hilo se convirtió en una pequeña burbuja transparente—. Pero es un material agradable. Cómodo, tranquilo. Me gusta.

19

Testimonio

DE LAS NOTAS DE NORVAL SANDERSON

Arturo establece la aristocracia de las ausencias conspicuas y la presencia superflua:

«Pensemos en los pies vendados de las doncellas chinas... y en el erudito manchú que encierra sus manos en sendas cajas lacadas a fin de que sus uñas puedan crecer como una muerte ensortijada. Incluso los herreros mexicanos exhiben en el meñique una larga y cuidada uña que proclama al mundo: "Mi vida consiente la superfluidad. Puedo prescindir de todo este dedo, innecesario para mi tarea y no afectado por ella"».

Arturo Binewski a N.S.

Impresiones:

Fortunato, alias Chick (¿origen del apodo?), IO años de edad, rubio, ojos azules. Físico completamente normal, del tipo alto y delgado. Cerrado, introvertido. Muy tímido salvo con la familia. A veces, Arturo lo describe como «el Binewski normal».

Es evidente que Fortunato, el menor de los hermanos Binewski, es usado por los demás como chico de los recados y mulo de carga. Generalmente despreciado por su ausencia de anomalías, se le ha hecho sentir incomparablemente inferior a sus «más dotados» hermanos. El inverso de lo que suele ocurrir con un niño deformado en una familia normal. El chico se pasa las horas pegado a la

doctora Phyllis, cirujana del culto. Tal vez la doctora, de constitución normal, pueda proporcionarle el afecto libre de prejuicios que el niño no encuentra en su familia. Los Binewski, y en general toda la gente de la feria, parecen eludir el tema de Fortunato. Quizá les resulte embarazoso.

Por qué en la Fabulonia de Binewski solo se permite trabajar cara al público a las pelirrojas:

Nota: Al personal masculino —artistas, encargados de los puestos, mecánicos, etc.— no se le exige ningún tipo de apariencia o *vestuario especiales. Las esposas que no trabajan para la feria y demás mujeres relacionadas con el personal, que viajan con la feria pero no desempeñan ninguna función en ella, no deben amoldarse a ninguna apariencia en especial.* TODAS *las artistas y empleadas que intervienen directamente en el funcionamiento de la Fabulonia —ya ejecuten la danza de las serpientes o vendan palomitas de maíz— deben llevar el pelo de un determinado matiz de rojo brillante, aunque en apariencia natural (y quizá en algunos casos lo sea). El tinte o el uso de una peluca del color deseado basta para cumplir con esa exigencia, siempre y cuando la persona en cuestión se comprometa a no aparecer nunca en público sin la peluca, etc. Las únicas excepciones son las pertenecientes a la familia Binewski: Crystal Lil, rubia platino; las hermanas siamesas, Electra e Iphigenia, cabello negro; Olympia la enana, calva, suele llevar diversas clases de gorras*.

Razones aducidas por los entrevistados:

Al Binewski: «Se trata solo de lograr una consistencia visual, como un uniforme. Un aire jovial que da unidad al espectáculo. Los clientes pueden reconocer a las empleadas de la feria por el color de su cabello».

Crystal Lil: «Al siempre ha sentido preferencia por los cabellos de ese color. Su madre era pelirroja. Y podemos distinguir fácilmente a nuestras chicas aunque haya una multitud».

Olympia: «Siempre han llevado el pelo rojo. No sé por qué».

Una pelirroja: «Bueno, corre la historia de que Al, el jefe, le tiene manía al pelo rojo, y Crystal Lil nos obliga a llevar a todas este horroroso color para asegurarse de que no le da por tontear con ninguna de nosotras. Yo, de natural, soy rubia color miel. Seguramente ya lo había adivinado por la suavidad del cutis. A mí no me verá ninguna peca de ésas que tienen las pelirrojas».

«La verdad es siempre un insulto o una broma. Por lo general las mentiras son más sabrosas. Nos encantan. La naturaleza de las mentiras es complacer. A la verdad no le importa la tranquilidad de nadie.»

Arturo Binewski a N.S.

«A veces percibo vislumbres del horror que conlleva la normalidad. Todos estos inocentes que nos encontramos por la calle están agobiados por el terror de su propia vulgaridad. Harían lo que fuera con tal de ser únicos.»

Arturo Binewski a N.S.

Extractos de la transcripción de una conversación con Lillian

Binewski, madre, grabada sin el conocimiento del sujeto: «Pues claro que me acuerdo, señor Sanderson. La cosa empezó con una postal de mi madre. He olvidado de qué fiesta se trataba. Pascua, quizá. Era una postal muy simpática, con unos versitos. Arty siempre le decía cosas al público, desde los seis años o así, pero cuando vio aquella postal y la leyó, me miró de esa manera tan suya, como si lo supiera todo, y se entusiasmó: "Esto va a ser demasiado para los normas*, Lil". Tenía la costumbre de llamarme Lil, como su papá. Y aquella misma noche en su última actuación, cuando se apoyaba en el borde del acuario poco antes de terminar, les dirigió una sonrisa*

llena de dulzura y les recitó el poemita. Les encantó. Se volvieron locos. Luego, claro, no me quedó más remedio que registrar todas las papelerías de todas las poblaciones donde nos deteníamos en busca de nuevas tarjetas postales para Arty. ¡Y no se imagina lo exigente que era! Aunque, todo hay que decirlo, casi siempre tenía razón. Conocía bien a su público.

»Vaya, si hasta hubo veces, cuando me metía en la carpa durante su espectáculo y me quedaba a mirar, que me hacía llorar a mí. Se las sabía todas, este chico.

»¡Espere! ¡Me hablaba usted de su cambio! ¿Cómo he podido olvidarme? Fue en un poblacho de la costa, en Oregón. Justo antes de que naciera Chick. Nos pasó una cosa terrible, y siempre he tenido la sensación de que los chicos quedaron marcados. Un loco disparó contra nosotros. Fue horrible. No se imagina usted lo que significa darse cuenta de que hay gente por ahí cuya primera reacción al ver a tus hijos es echar mano a la escopeta. Después de eso, Arty se volvió muy introvertido cuando no estaba en escena. Muy callado. Además, entonces Chick era un bebé y nos absorbía mucho a todos. Este Chick causó furor en nuestras vidas.

»Ya hacía algún tiempo que yo tenía problemas con la dentadura. Chick debía de tener tres o cuatro meses, y estábamos en Oklahoma. Una semana coincidimos en la misma población con un dentista que curaba por la fe, y el tipo se nos llevaba todo el público. Todas las tardes, la feria permanecía completamente muerta hasta que él terminaba sus servicios. Y entonces recibíamos las sobras, pero no gran cosa. Aquel hombre los dejaba bien secos. Al terminar, se iban a sus casas y se quedaban mirando la pared. Bueno, después de tres noches seguidas allí plantados, mirándonos los unos a los otros en mitad del serrín, estábamos todos bastante quemados. Y a mí volvían a dolerme los dientes, así que decidí acercarme al cobertizo de las subastas, que es donde celebraba sus servicios el doctor..., no me acuerdo cómo se llamaba.

»Arty estaba libre aquella noche. Apenas eran las ocho, pero en la primera representación solo había tenido siete personas y decidimos que para una cosa así no valía la pena gastar gasolina en el generador. Conque me llevé a Arty en su silla de ruedas. Desde luego, nos acompañaban dos guardas. No nos atrevíamos ni a respirar sin guardas. Eran hermanos, dos mozarrones que habían colgado los estudios. No me acuerdo cómo se llamaban, pero eran buenos chicos. Uno de ellos quería hacer de excéntrico en la feria. Por entonces, no sé qué asociaciones de mujeres estaban creándonos problemas por crueldad con las gallinas. Pero solo eran unas estúpidas Leghorn blancas. Unos bichos muy tontos. Yo nunca le daría una Plymouth Rock o una bonita Rhodie a un excéntrico. Me encantan las gallinas rojas de Rhode Island. Son las mejores aves de corral que hay. Tienen carácter. Durante un tiempo utilizamos pavos, y son aún más estúpidos que una Leghorn. Eran pavos albinos, con las barbas azuladas y rojas. Al quiso experimentar con los pavos porque, al ser más grandes, se los veía mejor. Y blancos, claro. Los albinos. Quedan estupendamente bajo los focos, y la sangre resalta muchísimo. Ahora que lo pienso, aquel muchacho ya había hecho de excéntrico alguna vez. Por eso quiso venir con nosotros, porque se había roto un diente con el cuello de un pavo. Los pavos tienen unos huesos mucho más grandes que las gallinas, ¿sabe? Era el más joven de los dos. Se había cansado de estudiar, en Yale me parece, y le pidió a Al que lo contratara. Luego vino a buscarlo su hermano mayor, para llevárselo de vuelta a la universidad, pero se quedaron los dos. Con chicos de esa edad, es muy normal. Sobre todo, si son chicos finos y bien educados.

»Y siempre querían desnudarse y revolcarse por la sangre y el barro en el foso del excéntrico, y soltar alaridos, y perseguir a las aves y despedazarlas. Usted dirá, claro, que es el camino más rápido. Cualquier otro número exige un tiempo de aprendizaje. Y tiene razón. Pero es que esos chicos se lo pasan tan bien, ponen tanto entusiasmo, que tienes que reírte. Este chico... ¿cómo se llamaba...? Era bueno. Tenía una larga melena rubia y también

barba, y hundía la cara en las tripas y luego la levantaba de golpe y rugía y rechinaba los dientes hacia el público, con la barba rezumando sangre. Oh, sí, aquel chico tenía estilo. Pero se rompió un diente. Supongo que se dejaría llevar por el entusiasmo.

»Y al pobre Arty se le veía tan deprimido desde los disparos que me pareció que le gustaría venir solo conmigo. Arty siempre florecía con un poco de atención individual, vaya que sí.

»Conque allí que nos fuimos. Uno de los chicos empujaba la silla de Arty, yo caminaba a un lado y el otro hermano al otro lado de la silla. No estábamos muy lejos de la calle mayor. Era una población pequeña, pero con muchas granjas por los alrededores. Si no recuerdo mal, había aceras y todo. No hemos vuelto más, pero puedo preguntarle a Al qué ciudad era. Seguro que él se acuerda. Pero ya sabe cómo son esos pueblos de la pradera. Poca pintura en las casas, poca hierba en los patios. El viento lo seca todo. Pero la gente es agradable, con su lento y hermoso acento. No creo que hubiera más de un par de calles hasta el cobertizo de las subastas. Un atardecer de verano, ya sabe, y casi todo el mundo estaba en el espectáculo del dentista. Aunque unos pocos se habían quedado meciéndose en sus porches. Recuerdo que el excéntrico comentó, en son de broma —ninguno de nosotros creía en eso de curar la dentadura con oraciones—, que ojalá aquello diera resultado, porque su padre se había mosqueado tanto cuando colgó los estudios que había cancelado su póliza médica y dental.

»Siempre me han gustado los olores del campo, a ganado, a heno, leche y estiércol. Reconocimos el lugar por las moscas. Y por la muchedumbre que había.

»Aquel dentista llevaba además diez niños en un coro de voces blancas. Muy dulce y espiritual. Recuérdeme luego que le haga escuchar las grabaciones de las gemelas cuando hacían esa clase de canto. El cambio de voz les resultó muy duro; no sabe usted cuánto les costaba el trémolo después de venirles la regla. Aún cantan bien, pero sus voces maduras ya no tienen aquella pureza y aquel control que tenían sus voces blancas. Arty aún puede cantar en falsete, si

quiere, pero Oly no ha tenido nunca una voz así. Le juro que, de pequeña, lloraba para pedir el pecho en un auténtico tono de contralto. Chick todavía tiene una vocecita muy fina y pura. A veces, paso junto a él o le oigo cantar en la ducha y por un instante creo que aún es una criatura y que debo ir a asegurarme de que no esté bebiendo amoníaco ni nada por el estilo. ¿No es curioso que las chicas hayan perdido sus voces infantiles mientras que los dos chicos aún son capaces de usarlas? A veces le pregunto a Al cómo es posible que...

»Oh, no, Arty no cantó allí en el dentista. Solamente el coro y unos pocos testigos. Gente mayor, hombretones joviales con la barriga sobre el cinturón que permanecían junto al dentista exhibiendo inmensas sonrisas de oro. Parece ser que Dios no utiliza porcelana, ni aleación ni plásticos. Solo hace empastes de oro. Y también había unas cuantas granjeras, ya mayores, que hubieran debido tener más juicio.

»El dentista estaba en el podio del subastador con un micrófono. Un tipo distinguido: pelo blanco, gafas y un traje discreto. Poseía una voz maravillosa. Nos quedamos al fondo del pasillo central, por la silla de Arty, y fue una buena idea porque desde allí veíamos mejor que si hubiéramos subido a las gradas. El dentista hacía preguntas. "¿Creen ustedes que Dios puede curar?" Y si el público era bueno, y les caía bien el hombre, contestaban: "Sí", un sí enorme. "¿Creen que Dios puede curarles a USTEDES?", y contestaban: "Sí". "¿Creen que Dios puede empastar dientes?" Y cuando preguntó: "¿Creen que Dios puede empastarles los dientes a USTEDES?", todos dijimos que sí para ser corteses. Era divertido estar en el espectáculo de otra persona y sentirse público de pago, para variar.

»Luego todo el mundo empezó a rezar frenéticamente, abriendo mucho la boca y agitando los brazos. El dentista tenía un buen argumento para cubrirse, porque les decía que quizá no sucediera en aquel mismo instante, que podía tardar un par de días o incluso algunas semanas. Aun así, hubo mucha gente que empezó a pegar

gritos de alegría y a decir que el hueco de la caries se le estaba llenando de oro. Saltaban de un lado a otro, se miraban la dentadura los unos a los otros y bendecían a Jesús. No hubo ningún quisquilloso que pidiera dientes nuevos. Dios era un dentista muy profesional. Te arreglaba la dentadura, pero nada de hacer crecer una nueva.

»No paramos de reírnos durante todo el camino de regreso a la feria, pero, si he de ser sincera, ya no volví a tener dolor de muelas. Con el tiempo acabé perdiendo toda la dentadura y ahora llevo una postiza que me va la mar de bien, pero nunca volví a sentir dolor. A veces, Arty me preguntaba por las muelas, y los dos nos reíamos, pero me parece que pensó mucho en el asunto. Le pidió a Oly que le escribiera una tarjetita y la pegó en su pared. Decía: "Solo hay unos embusteros mayores que el charlatán, y son los pacientes del charlatán". Ése Arty me hacía morir de risa. Once años tenía entonces».

Arturo Binewski a N.S.:

«¿Por qué? ¿Y usted me pregunta por qué? ¡Dígamelo usted, hombre! Yo no estoy en situación de saberlo. Usted, sí. Yo tengo sospechas. Sospecho que la gente es boba por naturaleza. Sospecho que está en su naturaleza el arrodillarse ante cualquier esnob. La gente supone que si un tipo se comporta como el rey Tut y todos los demás son mierda de asno, es que debe ser un verdadero aristócrata».

Arturo Binewski a N.S.:

«Considere todo este asunto como una terapia ocupacional. Y el poder, como una industria reservada a los locos. El pastor es esclavo de sus rebaños. El hortelano, vasallo de sus zanahorias. Únicamente un chiflado puede desear ser presidente. Estos chiflados son creados adrede por aquellos que desean ser gobernados por un presidente. Habrá podido verlo miles de veces: creamos un líder buscando a

alguien que esté de pie entre la muchedumbre. Puede ser que esté de pie porque no hay sillas o porque la artritis le impide doblar las rodillas. Da igual. Adjudicamos a esta víctima el papel de "un tipo que se mantiene erguido" por el sencillo procedimiento de sentarnos a su alrededor».

ARTURISMO: Culto casi religioso donde no hay representación de ningún dios o dioses ni mención alguna de la vida después de la muerte. El culto se presenta como un refugio terrenal contra las penalidades de la vida. En muchas localidades por las que ha pasado la feria Binewski se encuentran luego pequeñas pintadas de tiza, atribuidas a los Admitidos. Su divisa parece ser la frase «Paz, Aislamiento, Pureza» (o a veces solo las iniciales P.A.P.). En numerosos carteles de propaganda comercial, distribuidos antes de las representaciones, se puede leer: «¡Arturo conoce todo el dolor, toda la vergüenza y su remedio!».

Para ingresar en la categoría de novicio es preciso abonar una cuota, denominada «dote». Su importe varía según los recursos del aspirante, pero el mínimo parece ser del orden de los 5.000 dólares. Los novicios deben servir durante tres meses, y a veces hasta un año entero, como obreros del culto. Mecanógrafos, contables y organizadores cumplen períodos de servicio más largos que los obreros manuales. Una de las más importantes tareas en el período de trabajo es la de servir y cuidar a los miembros del culto a quienes ya se han amputado considerables fragmentos del cuerpo.

Los Admitidos deben cubrir sus propias necesidades de viaje y alojamiento. Todo lo que se les ofrece a cambio de la dote es la entrada gratuita en las representaciones de Arturo y la amputación quirúrgica de sus miembros, realizada por el equipo médico arturano. Puesto que el equipo médico viaja con la feria, los Admitidos deben seguir a la feria.

El campamento de los Admitidos está separado del campamento de la feria mediante una alambrada eléctrica portátil y una serie de puestos de guardia con centinelas.

Las instalaciones médicas consisten en un quirófano bien equipado, dentro de un gran remolque, con su propio generador de electricidad. Otros dos grandes remolques están provistos de instrumentos de control y acondicionados como salas de recuperación postoperatoria. En cada remolque hay diez camas. Un remolque enfermería con ocho camas permanece siempre aparcado junto a la vivienda móvil de la doctora, que también dispone de una sala de consulta.

Entre el personal médico solo hay un cirujano, al parecer asistido por un experto anestesista. Estoy tratando de localizar las credenciales y titulación del cirujano, una mujer que utiliza el nombre de doctora Phyllis. La mayor parte de las tareas de enfermería, alimentación, higiene, cambios de ropa, cuidado de orinales, etc., corre a cargo de los novicios de la orden.

«Cuanta más gente excluyamos, más gente deseará entrar. Eso es lo que significa exclusivo.*»*

Arturo Binewski a N.S.

NO ADMISIBLES	*MOTIVO*
Delincuentes convictos	*Ya son anormales*
Retrasados o perturbados mentales	*Incapaces de tomar decisiones meditadas*
Menores de 21 años (ampliado luego a menores de 25)	*Incapaces de tomar decisiones meditadas*

Mayores de 65 años	*Ya son anormales*
Enfermos crónicos	*Ya son anormales*
Con deformaciones congénitas	*Ya son anormales*
Mutilados accidentalmente	*Ya son anormales*

También quedan incondicionalmente excluidos todos aquellos que no puedan sufragar la dote mínima.

La decisión sobre el grado de deformidad que impide ser admitido corresponde al personal administrativo. En los casos límite o que se presten a ambigüedad (corregibles mediante cirugía plástica, etc.), el aspirante podrá presentar recurso de apelación ante Arturo, cuyo veredicto es definitivo.

ADMITIDOS QUE NO PUEDEN ASPIRAR
A SEGUIR AVANZANDO:

Enfermos mentales	*Incapaces de tomar decisiones meditadas*
Enfermos crónicos	*Ya son anormales. Alto riesgo quirúrgico*
Físicamente débiles o decrépitos	*Ya son anormales. Alto riesgo quirúrgico*

HOGARES DE REPOSO: En teoría, todos los Admitidos acaban ingresando en los hogares de reposo arturanos. La administración asegura tener dos en funcionamiento y proyectos para otros veinte. Quienes no pueden aspirar a seguir avanzando llegan allí antes, pero son compadecidos por haber perdido la posibilidad de acceder a P.A.P. Quienes completan el proceso (quedando reducidos a cabeza y tronco) acceden a los hogares de reposo con todos los honores para llevar allí, sin duda, la vida de una calabaza dorada, bañados, alimentados y trasladados por sus servidores.

Preguntas: Averiguar la tasa de mortalidad (parece muy poco probable que les interese que un admitido de treinta años siga viviendo otros cuarenta a expensas de la organización).

¿Esperanza de vida?

¿Número de Admitidos en relación a los aspirantes?

¿Recaídas?

Pude asistir a una reunión del consejo: Desde su oficina, Arty sigue por el intercomunicador la conferencia que tiene lugar en el remolque de la administración. De vez en cuando, hace alguna observación, pulsando un botón que hace encender una bombilla roja en el remolque. Todas las conversaciones se interrumpen con SU voz. Arty, entre tanto, se ríe y parodia cruelmente a los miembros del consejo, conmigo de espectador. Constantemente me hace notar que no se toma en serio el asunto.

El debate versa sobre las glándulas. ¿Hay que incluir las glándulas mamarias y los testículos en el proceso de avance? (Es decir, ¿hay que amputarlos?) En caso afirmativo, ¿en qué fase del proceso? ¿Como un último gesto liberador o como preparación preliminar...?

Los distintos miembros del consejo presentan sus argumentos, a favor y en contra, y luego Arty decide.

Conclusión de hoy: las glándulas deben ser incluidas en el proceso. Arturo reflexionará sobre esta propuesta y dará a conocer su decisión en el momento oportuno.

Caso del admitido n.º 264: Logan M., treinta y cuatro años de edad, se ha despojado de los índices de ambas manos. Historial personal: Segundo hijo de un agente de seguros moderadamente acomodado y una enfermera, criado en un pueblo de Kansas de 850 habitantes. Universidades: Mia West y Chicago. Máster en Trabajos Sociales. Seis años como asistente de la Seguridad Social, sin ascensos. Tres años como consejero juvenil. Dos hijos. Su esposa (que actualmente reside en Grand Rapids con los hijos) ha pedido el divorcio.

La administradora arturana Theta Moore dice que Logan M. se mostraba racional cuando fue admitido, pero que ha ido deteriorándose.

Logan M. vive en un Chevrolet de hace siete años y tiene alquilada una silla de ruedas. Todas las mañanas se presenta a las nueve en punto en el campamento de la feria con una gran bolsa de plástico llena de pan seco, panecillos usados para hamburguesas y tirados a la papelera sin consumir, restos de tarta, etc. Se dirige al remolque de las fieras, aparca delante de la reja y se pasa una hora o más mirando a los tigres, leones y leopardos. Esparce las sobras de panadería por el suelo, delante de la jaula.

Logan M. ha dejado de comunicarse verbalmente salvo para cantar una y otra vez, con su cascada voz de falsete: «¡Vamos al país de los mininos!».

RESOLUCIÓN ADOPTADA: Arturo dice que Logan M. será enviado al hogar de reposo arturano que existe en Missouri (Campamento n.º 2, cerca de Independence) y se le negarán nuevos avances, porque, en palabras de Arty, «está como una chota».

La facultad de tomar decisiones conscientes es requisito indispensable para avanzar en el proceso.

Arturo Binewski, en una conversación con N. Sanderson:

«... si van por ahí en grupos y evitan a los extraños no es porque yo se lo mande. Por lo demás, la gente siempre tiende a reunirse con los que piensan de igual manera.

»... El aislamiento es una técnica habitual de todas las sectas, pero yo no lo utilizo. El procedimiento habitual es coger a los pobres incautos en un momento bajo, llevárselos lo más lejos posible y rodearlos de brazos fuertes y voces suaves. ¿Cómo quiere que yo haga una cosa así? ¡Esto es una feria ambulante! ¿Acaso los encierro en un tren y voy añadiendo vagones a medida que hago conversos? Las colonias, comunas o reservas son caras de mantener y difíciles de administrar. Tal y como están las cosas, ya tengo una especie de burocracia que se hace cargo de las cosas, y es un verdadero dolor de cabeza. No me molesta ser el jefe de todo lo que abarca la vista, pero no quiero tener que trabajar para conseguirlo. No sería práctico.

»No necesito toda esa mierda. En mi opinión, cuanto más contacto tenga la gente con el mundo exterior, tanto mejor. ¡Deles periódicos, televisores, información mundial! ¡Hábleles de atentados terroristas, asesinatos en masa, enfermedades, divorcios, políticos corrompidos, contaminación, guerra y rumores de guerra! Y luego, vaya a contarles que solo los bobos y los retrasados se unen a mí. La primera mitad de las noticias contrarresta su mensaje. Deje que los parientes y amantes caigan sobre ellos. Pueden soportarlo todo. Porque es el mundo lo que los empuja hacia aquí. Ustedes, los periodistas, son mis aliados. Esas esposas cargantes, esos maridos embusteros, esos padres chiflados e insoportables son mis mejores amigos.

»¿Acaso usted, usted mismo, no le ha vuelto la espalda a todo ese rollo? ¿No ha dicho «a la mierda con todo» y lo ha dejado atrás? Lo cierto es que no necesito engaños ni trampas ni lavados de cerebro, porque lo que yo les ofrezco a esos pobres diablos es algo que anhelan más que el aire que respiran.

»Mire, Norval, muchacho, no hay que confundir la publicidad con el proselitismo. Me basta con hacerles saber que estoy aquí y qué ofrezco: ¡Cirugía correctiva! ¡Y a un precio muy barato!».

Arturo Binewski, en una conversación con N. Sanderson:

«... No, nada de niños. La edad mínima es de veintiún años, y estoy pensando en subirla a veinticinco dentro de poco. De vez en cuando nos encontramos con algún maníaco que desea inscribir a su hijo de nueve años o a su hija de cuatro. De ninguna manera. No es ésa mi clientela.

»Véalo de esta manera. Usted mismo se dará cuenta; ya lleva bastante tiempo tratando con políticos. Me he criado en un país que proclama que toda persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Protegemos a los niños porque aún no han demostrado ser unos gilipollas acomplejados. Desde luego, hay muy pocas probabilidades de que salgan de otra manera, pero algunas veces ha sucedido. ¿No lo ve usted así? ¿No cree que, de un modo u otro, estoy castigando a toda esa gente?

»Pero ahora le presentaré otra manera de verlo, solo para pasar el rato. Considero que los niños no pueden escoger. No saben lo suficiente para elegir entre fresa o chocolate, y mucho menos entre la vida y la mutilación de las extremidades. Digamos, solo por hablar, que de veras me tomo en serio lo que le ofrezco a la gente. Digamos que verdaderamente creo que esto es un refugio. Bien, todo el asunto depende de la capacidad de elección. Quiero gente que sepa lo que la vida puede ofrecerles y decida volverle la espalda. No quiero vírgenes, a menos que ya hayan cumplido los sesenta. No quiero bebés de mejillas sonrosadas que esta noche pueden sentirse deprimidos pero mañana, tras su actividad intestinal matutina, verán la vida de un modo completamente distinto. Quiero a los perdedores que saben que son perdedores. Quiero a los que pueden elegir entre las diversas torturas y me escogen a mí.

»Hace un par de noches conté a los conversos. En solo tres años, tenemos una lista de Benditos Totales con más de 750 nombres, y otros 5.000 que ya han avanzado más allá de sus primeros diez dedos. Debe usted admitir que aquí pasa algo serio. Tenemos algo que la gente desea».

20

El arreglo desarreglado

La doctora Phyllis se había pasado toda la mañana trabajando. Arty llevaba una semana entera distribuyendo certificados de promoción como si fueran pastelillos calientes. Los novicios cantaban en los remolques enfermería, donde montaban guardia junto a quienes habían sido promovidos aquel día. Arty se hallaba tomando el sol en el techo de nuestro camión y yo estaba sentada a su lado, contemplando la parsimoniosa agitación de la feria al despertar. Comenzaban a desplegarse los toldos. Se encendieron todas las luces a la vez. Las pelirrojas estaban por todas partes, poniendo en marcha las máquinas de las palomitas, inflando globos con las bombonas de helio, escrutando las grasientas entrañas de La Cobra y La Mangosta para asegurarse de que la música estuviera sincronizada con las sacudidas de los asientos en los que irían dando tumbos los *normas*. Las puertas ya estaban abiertas, y los primeros lugareños contemplaban pasmados los puestos y las atracciones.

A nuestras espaldas se extendía el campamento de la feria. Ante uno de los remolques de las pelirrojas, una delicada colada de transparentes encajes se agitaba en la cuerda de tender.

Más lejos, ya en el extremo donde comenzaba el campamento arturano, se divisaba el camión blanco de la doctora Phyllis al lado de la enfermería. Durante toda la mañana había habido una cola ante la puerta de la enfermería donde los recién ascendidos esperaban, con sus certificados de promoción sellados en tinta azul, a que les tocara el turno de ser atendidos por la doctora. Ahora la cola ya había desaparecido.

Arty la vio antes que yo, e hizo una pedorreta con los labios. Estaba tendido sobre la barriga, con la cabeza levantada. Me giré para seguir su mirada. La doctora Phyllis avanzaba hacia nosotros. Su camino estaba despejado, y sus ojos miraban fijamente en nuestra dirección. Arty agachó la cabeza y se aplastó contra el techo. La mascarilla de la doctora se le pegaba a la boca y se separaba de nuevo al ritmo de su respiración.

—Sabe que estás aquí —mascullé, llena de despecho. Arty apoyó una mejilla sobre la manta y me fulminó con la mirada. La doctora estaba ya junto al camión.

Arty suspiró.

—Envíale el montacargas.

Salté a la pequeña plataforma y me asomé.

—¡Ahora bajo, doctora! —grité. Me despedí de Arty con la mano y pulsé el botón de bajada.

Eché pie a tierra y la doctora P. subió a la plataforma. Mientras ascendía, intenté echar una ojeada bajo la falda de su blanco uniforme, pero no alcancé a ver más allá de la negrura que envolvía sus rodillas. Empezó a protestar antes de que se detuviera la plataforma.

—¡Arturo, es indispensable que modifique este método absolutamente ineficiente! ¿Sabe usted cuántos dedos he tenido que hacer esta mañana? ¡Cuarenta y siete! ¡Cada uno por separado!

Me fui a dar un paseo. Se advertía una clara distinción entre el campamento de la Fabulonia y el de los seguidores. Los remolques de la feria estaban todos en orden, limpios y en buen funcionamiento. Los seguidores componían una extraña mezcolanza: tiendas de acampada individuales, camionetas descubiertas, minúsculos remolques plegables que se convertían en carpas sobre ruedas, varios coches familiares con catres y vendajes en la parte de atrás, automóviles decrépitos, una furgoneta de helados reconvertida, un camión de pan, un par de viejas motos Harley-Davidson con sidecar. Uno de ellos tenía forma de zueco; el otro, de submarino. Pertenecían a un par de antiguos camorristas que

dormían en los sidecars e insistían en que fuera desprendida la tatuada piel de sus brazos y piernas según éstos les iban siendo cercenados. Luego curtían los tatuajes y los conservaban en un álbum de recortes que guardaban en los maletines de sus motos. En privado, Arty comentaba que jamás se habrían unido al culto si no fueran tan viejos y les acojonara ir en un grupo de motoristas, armando bronca por ahí. Los dos se mantenían siempre juntos y se ayudaban mutuamente, alejando con rudeza a los novatos que trataban de pegarse a ellos. Arty estaba molesto porque no le mostraban tanta lealtad como ellos mismos entre sí, y porque se habían gastado un buen pico en adaptar los mandos de sus motos para conducir con la lengua y los dientes antes de presentarse a solicitar su admisión. Tanta previsión le resultaba sospechosa.

Me encontraba apoyada en un automóvil polvoriento, escuchando los suaves cánticos que salían de los remolques para convalecientes, cuando se abrió la puerta de la enfermería y apareció Norval Sanderson con un bulto dentro de una bolsa de basura. Cerró la puerta a sus espaldas y echó a andar tranquilamente, pero de pronto Horst surgió tras de otro camión. Al ver a Sanderson, el domador entornó sus grandes ojos.

—¡Espera un poco, Norval! —rugió Horst. Sanderson se detuvo y se volvió hacia él—. Parece —añadió Horst en tono amistoso— que le has echado mano a un buen pedazo de algo, ¿eh?

—¡Horst, mi buen amigo! —gritó Sanderson. Su camisa y pantalones minuciosamente planchados subrayaron la educada demostración de complacida sorpresa—. ¡Precisamente estaba pensando en ir a buscarte para una relajante sesión ante el tablero de damas!

Sanderson extrajo una botella de medio litro de *bourbon* de su bolsillo posterior y la levantó en alto. Horst avanzó lentamente hacia Sanderson sin dejar de escrutar el bulto dentro de la bolsa. Finalmente, se detuvo junto al periodista y cogió la botella. Sanderson parecía tranquilo y de buen humor.

—Conque damas, ¿eh? —preguntó Horst mientras desenroscaba el tapón.

—Al aire libre, a poder ser —asintió Sanderson—, para que el viento se lleve tu olor.

Horst le dirigió una azulada mirada de soslayo y se llevó el gollete a los labios.

—¡Aah! —suspiró, y le devolvió la botella—. Me parece que antes habrá que discutir quién es el que se sienta contra el viento. —Sanderson levantó la botella, prescindiendo cortésmente de enjugar el cuello en su manga—. En mi opinión —prosiguió Horst—, un cazador furtivo apesta mucho más que un domador, aquí y en la China, y si no llevas un muslo entero en ese paquete yo soy un culo de cerdo.

Sanderson, con fingida sorpresa, enarcó las cejas sobre la botella inclinada. Engulló un sorbo y contempló con aire solemne al larguirucho Horst.

—Es una ofensa, señor, a la justicia, a la razón y a la santa mujer que lo trajo al mundo y lo crió hasta su actual estatura, el mero hecho de pensar, siquiera por un instante, que guarda usted el menor parecido con un trasero porcino. —Sanderson asintió gravemente mirando la botella, se acomodó bien el bulto debajo del brazo y tomó otro sorbo.

—Así pienso yo también —dijo Horst—. Pero, escucha, creía que habíamos llegado al acuerdo de que te conformabas con las partes más huesudas. Ya te quedas todos los dedos de manos y pies.

Los hombros de Sanderson se encogieron en un ademán de impotente resignación.

—Me dejas sin palabras. ¿Qué puedo decir? La pereza, mi querido Horst, va a ser mi perdición.

Se alejaron fuera del alcance de mi oído, mientras Sanderson le entregaba a Horst la botella y el bulto. Horst apretó el uno bajo el brazo y la otra contra los dientes, y desaparecieron tras un camión.

Era su eterna discusión. Horst quería los pedazos grandes para sus felinos. Sanderson había prometido dejar para él los brazos y las piernas y contentarse con las manos y los pies, que, al fin y al cabo, eran más abundantes. Sanderson colgaba estos trozos ante su camioneta, para la cosecha de gusanos. Según él, era más fácil colgar un buen pedazo de un solo gancho que ir ensartando laboriosamente un *shish kebab* de pequeños trocitos. Horst le explicaba pacientemente que a él no le servían de nada las manos y los pies.

—Puedes estar seguro de que mis animales se atragantarían con tanto huesito. En cambio, para los gusanos van igual de bien.

Sanderson replicaba con vagas descripciones de cómo los gatos domésticos limpiaban las espinas del pescado.

Sentada en la oscuridad cerca de nuestro camión, una noche de verano con el sofocado rugir de la feria a cierta distancia, mamá resultaba casi invisible en su silla plegable. Su cabello estaba bañado en un suave resplandor, y a veces un destello de luz refulgía en sus largas piernas cuando las movía para cruzar la una sobre la otra. Era la pausa después de la cena, cuando todo el trabajo doméstico ya estaba hecho y las últimas representaciones de la noche hacían que las grandes carpas brillaran y resonaran con los gritos de la multitud.

Yo había hecho pasar al público de Arty, había recogido sus entradas desde la caseta y por fin podía sentarme a esperar que las paredes de lona de su carpa se inflamaran con el arco iris final del número de Arty. Ésa era mi señal para echar a correr hacia la entrada posterior del escenario y ayudarlo a salir del acuario. Mamá, después de tantos años de asistir a las gemelas en su número, se había semirretirado. Las pelirrojas se encargaban de ayudar a las gemelas con el vestuario. Jonathan Tomeini supervisaba la pista. Si hacía buen tiempo, mamá se sentaba al aire libre y cruzaba y descruzaba las piernas.

Al lado de mamá, en mi propia silla plegable, con los pies extendidos hacia delante, yo reflexionaba sobre mis entrañas. Tan solo unos meses antes, ignoraba por completo si mi aparato reproductor era capaz de funcionar. No había ninguna prueba. Pero aquella misma semana había tenido por primera vez la regla y aún seguía absorta por este cambio en mi persona, el primero que hubiera advertido jamás. Los chasquidos y zumbidos de mis sinapsis me llevaban siempre a la misma conclusión: si puedes cambiar, también puedes acabar. Para mí, la muerte siempre había sido una teoría. Ahora era una certeza. El pánico me producía un dolor exquisito, y lo acariciaba y jugaba con él como con un diente flojo.

—No hay mosquitos —comentó mamá—. Es una suerte.

—¡So guarro! —El grito de Elly nos llegó desde la oscuridad.

—¡Guarro! ¡Guarro! ¡Guarro!

—Déjanos en paz, por favor —suplicó Iphy—. Ya estamos bien así.

—¡Vete! ¡Vete! ¡No nos sigas! ¡No vengas con nosotras! ¡No necesitamos tu ayuda!

Las gemelas aparecieron tras el extremo del camión y se encaminaron hacia la plataforma baja que unía los tres vehículos Binewski, aparcados cola contra cola formando una Y. Tras ellas, andando torpe pero resueltamente, roncando y gorgoteando, surgió la encorvada figura del Hombre del Saco.

—¡Dile que nos deje en paz, mamá! —Las gemelas pasaron ante nosotras sin detenerse, en dirección a su remolque. La puerta derramó una cuña de luz que se desvaneció cuando se encerraron en el interior. La imponente sombra del Hombre del Saco se paró ante mamá, trayéndonos una nube de aire húmedo y ruidoso. La velada cabeza se ladeó hacia el camión de las gemelas.

Mamá se inclinó hacia atrás para contemplar la tenebrosa silueta. Su mano se movió hacia mi brazo.

—¿Sabes si entiende el inglés? —preguntó en un susurro.

Respondí con un gruñido y ella volvió a reclinarse en su asiento. La plateada nube de su cabeza asintió lentamente en la oscuridad. El Hombre del Saco absorbió una carretada de aire y la expulsó en lo que hubiera podido pasar por un suspiro. A continuación, se acercó a la plataforma y tomó asiento en ella. Parecía dispuesto para una larga espera.

Más allá de las oscuras espaldas de los puestos, empezó a girar la noria. Sus destellantes bombillas arrojaban un palpitar de luz sobre el rostro de mamá, que se volvió hacia la noria.

—Este Hombre del Saco... —murmuró—. No sé, me resulta muy conocido. Ya lo recordaré.

Arty había dictado la ley respecto al Hombre del Saco: salvo el propio Arty y yo, nadie debía saber que era el tirador que había disparado contra nosotros en aquel remoto incidente del aparcamiento. Chick sabía que el Hombre del Saco era temible, pero estaba resignado a vivir con temor. Para todos los demás, el Hombre del Saco solo era otro de los seguidores de Arty.

Yo no estaba extrañada. Me parecía natural que si uno fracasaba en su intento de asesinar a alguien se convirtiera luego en el esclavo guardián de esa persona. El Hombre del Saco adoraba a Arty. Arty no adoraba al Hombre del Saco, pero le buscaba tareas y procuraba que se sintiera útil.

Yo no estaba celosa del Hombre del Saco, a pesar de que había asumido y magnificado algunas de mis anteriores funciones. Cuando Arty tenía visitas, solía ser yo quien montaba guardia en el cuarto de seguridad. El Hombre del Saco instaló allí su residencia. Donde yo me retorcía, me acalambraba y sudaba, llena de rencor hacia aquella estúpida pistola, él se acomodaba sobre un endeble catre y se pasaba horas y horas mirando a través del espejo, como sumido en un trance. Siempre y cuando Arty estuviera en su cuarto. Cuando Arty salía, el Hombre del Saco iba tras él, moviéndose y bufando como una especie de mastín asmático hipnotizado por el olor de su amo. Durante las representaciones, esperaba tras el acuario. Avanzaba pesadamente tras el carrito eléctrico de Arty cada vez que

iba y venía del escenario. Allí donde estaba Arty, allí estaba el Hombre del Saco. Cuando no iba de un lado a otro, limpiaba el polvo, pasaba la aspiradora, sacaba la basura, vaciaba los depósitos sépticos y me dejaba únicamente los servicios más íntimos.

Yo seguía sirviéndole la comida a Arty, me ocupaba de su ropa, hacía de masajista y lo secaba con la toalla tras las actuaciones. Arty podía darle órdenes al Hombre del Saco, pero conmigo podía hablar.

Un día de finales de primavera, Arty trató de sonsacarme:

—¿En qué andan las gemelas? ¿Cómo es que últimamente se dejan ver tan poco?

Arty estaba tendido en el banco de los masajes, con los párpados entornados en estrechas rendijas desde las que examinaba mi rostro mientras yo esparcía la loción sobre su pecho y abdomen.

—No sé. Supongo que deben pensar que estás muy ocupado. —Me concentré en la franja de músculos por encima de su pelvis, a fin de evitar su mirada.

—Estoy muy ocupado. ¿Se aprovechan de ello?

—A mí no me preguntes. Yo también estoy muy ocupada. Date la vuelta.

Rodó sobre su vientre y vertí un chorro de loción sobre la columna, una profunda acequia entre dos riberas de músculos.

—Este año están haciendo buenas entradas.

—No compares. Tú rompes todos los récords cada semana.

—Ellas se llevan las sobras, y les va muy bien. ¿Siguen con el mismo número?

—Iphy dice que ahora bailan menos, y tocan una de sus propias canciones.

—¿En qué andan metidas? —Ladeó la cabeza y me dirigió una feroz mirada.

—¡No te retuerzas así! ¡Vas a ponerte muy tenso! —Sentí los ojos del Hombre del Saco fijos en mí desde el otro lado del espejo. Comencé a trabajar en el cuello de Arty y él no insistió más.

Si me hubiera presionado, habría tenido que decírselo. Lo que hizo, en cambio, fue azuzar al Hombre del Saco contra las gemelas.

—Cada vez hay más majaras sueltos —explicó Arty—. Además de la seguridad general, las chicas necesitan un guardián personal. Con lo guapas que son... Nunca se sabe lo que puede pasar.

Al día siguiente, el Hombre del Saco llamó a la puerta de las gemelas y le tendió a Elly una hojita de papel arrancada de su libreta de notas. Iphy se inclinó para leerla:

Arturo el Hombre Acuático os quiere mucho y me ha enviado para que os proteja. Desde hoy seré vuestro guardián.

Los labios de Elly se tensaron en una fina línea. Iphy trató de sonreír al Hombre del Saco.

—Es muy amable, pero...

—Arty está decidido a matarme —la interrumpió Elly—. Váyase. Dígale a Arty que no queremos que nos proteja, ni usted ni nadie.

Elly comenzó a cerrar la puerta mientras Iphy gritaba:

—¡Pero gracias de todos modos!

Después de eso, él comenzó a seguirlas a todas partes. Cada vez que nos encontrábamos, Elly me fulminaba con la mirada. En tanto que aliada de Arty, yo era sospechosa. Una cosa podía decirse de Elly: o estabas de su parte, o estabas contra ella. No admitía zonas neutrales. Me encaramé a la capota del generador y empecé a sacarle brillo al abuelo, tratando de imaginar qué sucedería cuando Arty se enterase de que recibían visitantes de pago.

Elly lloraba. Iphy apenas parecía consciente, como un boxeador derrotado y absorto en el consuelo de la conmoción. Estaban tendidas sobre la cama rosada, bañadas en luz rosa. Sobre las sábanas de satén, su compleja dualidad y unidad era de lo más sensual. Su camisón era corto y transparente, y su enorme bata de cuatro brazos colgaba, con abandono, del gran espejo de la pared.

Elly hizo una mueca y sacudió a Iphy.

—Nos escaparemos. Hay otras ferias. ¡Nos iremos de aquí!

Iphy abrió tranquilamente los ojos y tuve la incómoda sensación de que nos habíamos equivocado todos, de que Iphy era la más fuerte. Su plácido rostro frunció los labios.

—No seas burra. Te dejas llevar por el pánico. No sabemos conducir. Somos demasiado reconocibles para escabullirnos sin que se den cuenta.

—¡Podríamos irnos a Boston, con las hermanas de mamá! ¡Podríamos escondernos en un tren de carga! —La desesperación de Elly convertía su miedo en cólera.

Iphy se apartó cautelosamente.

—Respira un poco, Elly.

El Hombre del Saco llevaba varias semanas siguiendo a las gemelas, y eso les había obligado a cancelar las visitas quincenales o mensuales de los aficionados a las rarezas sexuales. Pero Jonathan Tomaini, que al principio se había sentido humillado por su papel de alcahuete, las apremió para que aceptaran a un cliente especial pese al riesgo. El hombre se había vuelto adicto a su porcentaje de los beneficios.

—No se trata solamente del gobernador del estado, creedme. La fortuna de este tipo es legendaria. Cuando supe quién era... Vino a ver tres representaciones vuestras, tres días seguidos. El hombre está absolutamente fascinado. ENAMORADO. Su cara me sonaba, pero no lograba identificarlo. Cuando lo abordé, me comprendió inmediatamente. Un auténtico caballero. Un hombre de exquisita sensibilidad. Hizo todo lo posible por evitarme la humillación de tener que entrar en detalles. Él mismo hizo la oferta, sin decirle yo nada. ¡Diez mil dólares! ¡No me digáis que no vale la pena un pequeño esfuerzo por nuestra parte!

Fue su pendenciero espíritu de desafío lo que impulsó a Elly a aceptar. No le interesaba el dinero ni el millonario, pero detestaba que Arty se entrometiera en su vida.

Tardé bastantes días en deducir lo que ocurrió aquella noche. Las gemelas lo habían planeado todo minuciosamente. Durante toda una semana se acostaron temprano para mitigar la desconfianza del Hombre del Saco. Llegada la fatídica noche, apagaron las luces a la hora de costumbre y se dispusieron a esperar.

Tomaini tenía la misión de distraer al Hombre del Saco. Para ello, debía llevárselo a los aposentos de los solteros con el aliciente de una cerveza y una larga conversación.

—Haz que te cuente su historia —le ordenó Elly—. Escribe tan despacio que tardará horas. Haz que se emborrache.

El distinguido visitante llegó a la hora convenida, fue recibido con agrado y dio comienzo a una exploración prelimimar.

—Acababa de ducharse y lo teníamos en la cama y empezábamos a ponernos verdaderamente amistosos cuando la puerta se abrió de golpe —me explicó Iphy—. Yo estaba de cara al espejo. Lo vi todo a través del espejo. Por eso colgué la bata por encima.

—¿Cómo podía saber que no aguantaba la bebida? —se disculpó Tomaini. En verdad era Tomaini quien no aguantaba la cerveza. En vez de hacer que el Hombre del Saco le contara su vida, Tomaini se había enfrascado en su tema favorito, él mismo. El Hombre del Saco le contó todo a Arty. Encontré unas cuantas hojas arrugadas en la papelera.

Una de ellas decía: «Me contó que era capaz de hacer trabajos manuales muy especiales gracias a sus estudios de piano. Pensé que iba a ofrecerme uno de esos trabajitos manuales, conque me levanté para irme. Entonces se echó a llorar. Dijo que, aunque era feo, no era ningún fenómeno. Algo me hizo sospechar».

Otra hoja de la libreta había sido partida en dos. Junté los pedazos y leí: «La llave funcionó. Oí ruidos tras la puerta del dormitorio. Una voz de hombre. Entré. Estaban en la cama. Él estaba de rodillas. Elly le chupaba la polla mientras Iphy le lamía y le besaba el culo. El tipo tenía las dos manos hundidas en el cabello de las gemelas».

Ya entonces debí entender cómo iba a ser mi vida. Guardé aquellas muestras de la escritura del Hombre del Saco. Todavía las tengo, descoloridas y quebradizas sobre la mesa. Para mí, su valor no procede del desgraciado que trazó las palabras, sino del hecho de que describen actos misteriosos realizados por mi propia gente. Me pregunto, por ejemplo, si las clases de piano que recibieron las gemelas les habían dado también esa destreza manual de que se jactaba Tomaini. ¿Podría adquirirla alguien que no fuese músico? ¿Podría adquirirla yo?

Los niños aprenden a trompicones estos actos tan críticos sin recibir ninguna ayuda de sus mayores, que tan deseosos se muestran de enseñarles todo lo demás. Se nos dan reglas sobre el retrete, sobre el estornudo, sobre cómo comer una alcachofa. Papá nos enseñó una forma especial de manejar el cepillo de dientes, un ángulo especial para la pluma de escribir, las palabras precisas para saludar a los adultos, con sutiles matices según se tratara de una mujer o un hombre, gente de la feria, clientes o proveedores. Las gemelas y Arty aprendieron a planificar una actuación, ya fuera de tres minutos o de treinta; a provocar, engatusar y sobresaltar al público; a edificar un *crescendo* y a desaparecer en el instante culminante. Por lo que luego he llegado a comprender de la vida, estas habilidades, esta información de cómo hablarles-impactarles-dejarles pasmados, es lo más cerca que llegamos a estar del misterio final. Dejo la muerte de lado. La muerte no es misteriosa. Todos comprendemos demasiado bien la muerte, y malgastamos buenos pedazos de vida resistiéndonos, ocultándonos o tratando de explicar ese conocimiento de un modo que no nos duela.

Pero este auténtico misterio jamás lo he tocado, jamás lo he rozado. He visto a los tigres frente a frente, con las fauces abiertas, las garras hundidas en la garganta del otro y sus sombríos pelajes chisporroteando de extremo a extremo. He visto a los jóvenes *normas* entrelazados y jadeantes en la oscuridad entre las casetas. Sospecho que, aunque hubiera empezado como *norma*, el lacerante anhelo que arde en mi interior me habría encorvado y chupado mis

colores, me habría encogido, habría chamuscado todo el pelo de mi cuerpo, y todo ello de un modo invisible, de tal manera que solo mis rojas pupilas permitirían vislumbrar alguna chispa del feroz horno interior. De hecho, cuando voy por las calles puedo olfatear el anhelo con tanta intensidad que me sorprende no hallar centenares de réplicas exactas de mi cuerpo en todas las esquinas.

El cliente de los diez mil dólares era un *norma* en perfecto estado, en quien solo una leve blandura delataba su edad. Su rostro estaba curtido por el viento y su pecho había iniciado un descenso que aún no le llegaba al abdomen.

Hizo un discursito desde la ducha, un breve y animado discurso acerca de sí mismo. Había sido pobre y ganado dinero, explicó. En su época, había cambiado leyes, matado hombres y engendrado hijos. Había visto a cinco millones de personas formando cola para marcar su nombre en una papeleta electoral, había visto regimientos que giraban, se detenían y disparaban porque él inclinaba la cabeza. «Y supuse que había agotado mi capacidad de asombro. Que me había quedado sin ella, como uno puede quedarse sin azúcar. Pero en cuanto os vi, adorables muchachitas, me dije para mis adentros que tal vez la vida aún me guardara sorpresas.»

—Eso exactamente es lo que dijo —explicó Iphy con calmado deleite—, como si se sintiera verdaderamente feliz de estar aquí con nosotras. Es el primero que hemos tenido que no parecía avergonzado ni asustado de sí mismo.

Cuando irrumpió el Hombre del Saco, Iphy soltó un alarido hacia el espejo. Elly estuvo a punto de vomitar sobre la polla de diez mil pavos, y el cliente se desprendió de un salto y asió sus pantalones, con los ojos encendidos. Por fortuna, en aquellos pantalones llevaba una pistola y pudo mantener a raya al bamboleante, amenazante y gorgoteante Hombre del Saco. Éste estaba horrorizado. El cliente se mostró rapidísimo con los pantalones y firme con la pistola. Mientras se dirigía hacia la puerta, sacudió la cabeza.

—No necesitan jugarretas extrañas, señoritas. Podría irles muy bien por sí solas.

Y con eso se fue, y el Hombre del Saco se inclinó sobre el pie de la cama y alzó los puños y golpeó una y otra vez las rosadas y aleteantes sábanas en su resoplante mudez. Elly e Iphy se acurrucaron sobre las almohadas del otro extremo. Oyeron arrancar el automóvil y el crujido de la grava cuando se alejó.

El coche sobre la grava me despertó. Estaba demasiado cerca de los camiones. Atisbé por la ventana mientras el Hombre del Saco comenzaba a aporrear la puerta de Arty. El camión de las gemelas arrojaba ese resplandeciente chorro hacia las tinieblas que siempre significa desastre. Corrí hacia allí y las vi. Elly estaba sollozando. Iphy parecía atontada. Lo que les daba miedo, lo que le hacía llorar a Elly, era el no saber qué iba a hacer Arty.

Cuando los cubitos de hielo por el cuello de la camisa despertaron a Tomaini, éste habló. De pie, aferrado al respaldo de la silla de las visitas en la espaciosa habitación de Arty, su cabeza se agitaba hacia el suelo, hacia el techo, hacia las paredes, evitando siempre la figura de Arturo y la amenaza del Hombre del Saco junto a la puerta.

—¡Soy un manojo de nervios! ¡Un manojo de nervios! —chillaba Tomaini, mientras sus manos, tan especiales, tironeaban del cuello de su camisa, de sus botones, de sus desordenados mechones de pelo—. ¿Que cuándo empezaron? ¡Bueno, meses! ¡Muchos meses! Desde que... bueno, no recuerdo desde cuándo... ¿No ve cómo estoy? Me obligaron. Me amenazaron con decirle al señor Binewski que yo... que yo había abusado de ellas. ¡Son implacables! ¡Oh, y parecen tan dulces! Todo el mundo cree que Iphigenia es... ¡Todos lo creen! ¡La señorita Río de Luz Iphigenia!

Yo miraba desde detrás del espejo, entre el asfixiante y medicamentoso hedor de las sábanas del Hombre del Saco, y vi cómo el rostro de Arty se movía por fin, una leve contracción para deshelar sus labios antes de hablar. Se volvió hacia el Hombre del Saco.

—Dale su ropa y algo de dinero. —La cara de Arty volvió a cerrarse mientras Tomaini seguía balbuceando y el Hombre del Saco abría su libreta para una rápida anotación. Arrancó la hoja, la dejó sobre la consola y Arty le dedicó una mirada de soslayo. En su rostro no había expresión. Asintió brevemente.

—¡Qué insoportable presión! Era como vivir en el fondo del mar —decía Tomaini cuando el Hombre del Saco lo cogió por el codo y lo condujo suavemente hacia la puerta—. Le aseguro que es un alivio que haya terminado.

Cuando su parloteo se perdió en la distancia, Arty seguía inmóvil. Descendí del taburete y pulsé el botón que apagaba la lámpara de su habitación. Al llegar a su lado, vi que le corrían las lágrimas. No emitió el menor sonido mientras lo alzaba de su trono y lo cargaba hacia la cama. Se acurrucó y rodó sobre su vientre para darme la espalda. Trepé junto a él y le di unas palmaditas, pero parecía estar a miles de kilómetros de allí.

—Vete. —Su voz sonó ahogada por el cubrecama—. Si Chick y los demás están despiertos, diles que no pasa nada, que ya se lo explicaré luego.

Al salir, pasé junto a la consola. La nota del Hombre del Saco rezaba: «Déjeme romperle las manos. Iré con cuidado».

Mamá y papá estaban roncando. Cuando abrí su puerta. Chick estaba sentado en la cama, mirando hacia mí. Me llevé un dedo a los labios y él asintió. Me acerqué a él.

—¿Soñabas?

Negó con la cabeza y me tocó el brazo.

—¿Quieres que te quite el dolor?

—¡No! —Me aparté de un salto—. Quiero decir —susurré— que no tengo ningún dolor. No me pasa nada.

—Es curioso —murmuró. Se recostó sobre la almohada y su rostro infantil, con una mancha de confitura junto a la oreja, se abrió en un bostezo—. Tengo la sensación de que hay mucha gente

dolorida. Tengo la sensación de que debería hacerlos dormir. —Sus manos arañaron la sábana. Se durmió.

—¿Tengo la cara limpia? ¿No hay mocos? —Arty echó la cabeza hacia atrás para que pudiera examinarle la nariz—. Muy bien. Adelante. —Sus ojos estaban tan hinchados y enrojecidos como los míos.

—Arty, deja que te ponga un poco de hielo en los párpados.

—Quiero ir ahora.

Había cruzado ya la mitad del cuarto, saltando hacia la puerta, esperando que yo la abriera. Salió a la plataforma, rozándome la rodilla, y se volvió hacia la puerta de las gemelas.

—No llames. Entra directamente.

Atravesó la desierta salita, avanzando a base de estiramientos y contracciones y sin producir el menor ruido sobre la alfombra. Al llegar ante la puerta del dormitorio, se irguió y la empujó con el hombro.

Elly le dirigió una colérica mirada y se mofó:

—¡Si es Su Santidad en persona! ¡Cuánto honor!

Las gemelas estaban sentadas en la cama, recostadas sobre las almohadas y completamente despeinadas. La bandeja del desayuno que yo les había llevado antes permanecía intacta sobre la mesa. Iphy tenía un aire severo, pero Elly parecía un murciélago furioso, con los dientes al descubierto y las cejas contraídas. Iphy habló con voz cansada y aburrida:

—¿Qué quieres Arty?

Él las miraba desde la entrada, apoyado en la jamba. Supuse que tendría preparado un discurso con que fustigarlas. Las seguiría contemplando un buen rato, hasta que se pusieran nerviosas, y entonces las cubriría de insultos. Pero, cuando por fin abrió la boca, fue el Arty privado y solo-en-la-oscuridad quien habló con voz débil y temerosa:

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué habéis hecho eso?

Las gemelas, sorprendidas y recelosas, quedaron tan desconcertadas como yo. Esperaban enfrentarse con Arty el Dios. Aquel mortal débil y traicionado las cogió completamente desprevenidas. Iphy frunció el ceño. Los dientes de Elly se separaron, pero sin que surgiera ningún sonido.

—Quiero decir que no teníais ninguna necesidad de hacerlo. —La frente de Arty se cubrió de surcos de confusión. Al verlo de esa manera, tuve miedo. ¿Acaso le había estallado la sangre en la cabeza? ¿Podía ser que su furor hubiera desencadenado algún espasmo en su cerebro que le hubiese cambiado la personalidad? Nuestro armadillo con garras se mostraba de pronto desnudo y sin concha.

Elly respiró hondo y volvió a lo de siempre:

—No eres nuestro dueño, Arty.

—¡Oye, oye! —Su voz sonó aguda y rasposa.

—No veneramos tu culo, Arty. No lo hacemos.

—¿Es eso? Dímelo tú, Iphy. ¿Te obligó Elly a hacerlo para mantenerte alejada de mí? —Se inclinó hacia delante, deslizando sus aletas sobre el marco de la puerta. Una venilla azulada latía sobre su oreja como un gusano enfurecido. Los hombros de Iphy, tensos y encogidos junto a su cuello, se relajaron.

—No —respondió—. Tenía ganas de hacerlo.

Cuando lo alcancé, Arty ya estaba de nuevo en su camión. Se encaramó a su trono y, con un movimiento de la aleta, accionó un botón de la consola. Me ordenó que me retirara. Quería hablar con el Hombre del Saco. Cuando me miró, comprendí que volvía a ser nuestro Arty de siempre, dispuesto a patearle el culo a alguien por control remoto.

—¡Arty!

Fue un alarido a dúo que me hizo soltar de golpe la taza favorita de Lil. El asa se rompió contra el fregadero.

Las gemelas estaban de pie en su puerta, con las bocas abiertas y los brazos extendidos.

—¡Arty! —rugían a coro.

El rostro del Hombre del Saco asomó por detrás de ellas. Sus manos se cerraron sobre el hombro de Elly y el brazo de Iphy. Mientras él tiraba de ambas hacia el interior, Iphy me miró a los ojos con una expresión que reflejaba su repugnancia.

Fui hacia allí y vi a las gemelas desplomarse sobre el sofá frente al Hombre del Saco, que permanecía de pie y escribía afanosamente en su libretita. Ya debía de llevar algún tiempo con ellas, pues el sofá y la mesita baja situada ante él estaban cubiertos de hojas de papel.

«Arty está en cirugía, mirando cómo trabaja la doctora.» Me agaché para recoger algunas hojas de la alfombra. «Seré muy bueno con vosotras», declaraba la caligrafía del Hombre del Saco.

—Oly. —La cansada voz de Iphy me hizo alzar la vista hacia ella —. Oly, ¿quieres ir a buscar a Arty, por favor? —El Hombre del Saco dio un paso adelante y le tendió su nota más reciente.

—¿Qué pasa?

—Nos ha entregado al Hombre del Saco —respondió Elly—. Tenemos que casarnos con él para que cuide de nosotras.

Miré el fajo de notas que tenía en la mano. Leí: «Arty os quiere. Él sabe que yo también os quiero».

—Ridículo, ¿no? —prosiguió Elly. Me sonrió y, de pronto, ambas gemelas comenzaron a reír histéricamente, abrazándose, agitándose sobre el sofá. Sus largos y hermosos pies apuntaban directamente hacia el frente y pateaban el suelo por la hilaridad.

No les preocupaba lo que pudiera sentir el Hombre del Saco, de pie ante ellas con su abultado velo aleteando en torno a su único ojo parpadeante. Se reían de él, de lo que era.

Lo miré y me dio miedo. Cuando se volvió hacia mí, solté un gañido. Su enorme y caliente mano se cerró suavemente sobre mi nuca y me alzó en vilo hasta que apenas tocaba el suelo con las puntas de los pies. Un plañido agudo brotó de mi garganta cuando me llevó a la puerta, me depositó enérgicamente en el exterior y me cerró la puerta en las narices.

Encontré a Arty en el oscuro teatrillo de cinco asientos situado encima del quirófano. Su silueta se recortaba contra el cálido chorro de luz que manaba por un círculo de vidrio en el suelo. Me recosté sobre él y percibí su frescor al rozar con la mano sus huesudas aletas. Con el mentón apoyado en la barandilla, Arty miraba fijamente hacia el quirófano. Debajo, una mujer de largos cabellos con el rostro oculto tras una mascarilla de oxígeno miraba hacia nosotros. Lo que veía, sin embargo, era un espejo instalado en el techo, que multiplicaba la luz de los focos que lo rodeaban. La mujer yacía sobre una mesa blanca y una sábana blanca la tapaba hasta el cuello. Junto a su cabeza se destacaba la pequeña figura de Chick, revestida de blanco, con una mascarilla sobre boca y nariz y una gorra tan encasquetada sobre su frente que le empujaba las orejas hacia fuera. Chick llevaba puestos unos guantes quirúrgicos y sus dedos de plástico blanco acariciaban lentamente la larga cabellera castaña de la mujer. Al otro extremo de la mesa se hallaba la doctora P., también vestida de blanco y enormemente acortada por la perspectiva. Sus brazos, enfundados en mangas blancas, se movían en secos y precisos gestos. La mujer de la mesa miraba serenamente hacia nosotros, sin vernos.

—No está dormida —murmuré al oído de Arty.

—Lo ha preferido así. Chick puede eliminar el dolor sin necesidad de dormirlos. Dice que a la mayoría le gusta dormir porque el hecho de ver y saber lo que les están haciendo les resulta doloroso. —Arty extendió el labio inferior y lo deslizó sobre la barandilla—. Parece que cuadra con lo que digo siempre, ¿verdad?

—El Hombre del Saco dice que le has regalado a las gemelas.

Los ojos de Arty se volvieron hacia mí.

—Solo para follar.

—El Hombre del Saco dice que para casarse.

—Bueno, es su forma de hablar.

Debajo, los ojos de la mujer de pelo largo se apartaron de nosotros y su cabeza se ladeó ligeramente para contemplar el enmascarado rostro de Chick. La doctora P. se afanaba enérgicamente al otro extremo de la mesa, asiendo los instrumentos que una enfermera Admitida le entregaba, invisible para nosotros excepto por el delicado malabarismo de refulgentes instrumentos. Arty observaba con gran atención. Evidentemente, el clímax se acercaba.

—¿Un dedo?

—El pie entero.

Con un amplio movimiento del brazo, la doctora P. echó una cosa sanguinolenta al cubo que había en el suelo y aceleró su trabajo con las destellantes herramientas.

Los ojos de Arty enfocaron la cara de la mujer. La enguantada mano de Chick reposaba sobre su mejilla, una mano infantil. La mujer le sonrió. La sonrisa se derramó lentamente desde sus ojos, creando arrugas bajo los regordetes dedos del chiquillo.

—¿Sabe Chick que estamos aquí arriba? ¿Lo nota?

—No sé. Nunca se lo he preguntado. Es probable. —Arty soltó la barandilla y se dejó caer sobre el mullido sillón que tenía detrás. Sus ojos se cerraron con cansancio.

—¿Arty?

—¿Hnnh?

—Ha sido una tontería.

—¿Mmm?

—No has debido hacerles eso a las mellizas, Arty. Ya sé que estás dolido, pero ha sido una estupidez. Como tirar la vajilla con las sobras de la comida, que dice papá.

Sus párpados siguieron cerrados, pero por su rostro cruzó la sombra de una sonrisa.

—Elly se va a cagar en todo.

—Igual que Iphy. Peor, quizá.

—Iphy no. Iphy es capaz de cogerle aprecio a quien sea. Por eso es tan poderosa. Es fácil malinterpretar a Iphy. Casi nadie la interpreta correctamente.

Me apoyé en la barandilla, sin quitarle la vista de encima. Había vuelto a cerrar los ojos. Traté de reflexionar sobre eso de que Iphy fuera fuerte.

—Pero tienes razón. —Contrajo los labios hasta que su boca pareció un ombligo y los relajó de nuevo—. Ha sido una estupidez. Porque, ¿sabes quién va a vomitar estricnina por culpa de esto? Yo.

—Claro —asentí. El charco de luz había quedado desierto. Por debajo de nosotros, solo se veía la mesa alargada y vacía. Arty me dirigió una sonrisa; una blanda sonrisa en forma de judía, con pequeñas arrugas en los ojos para completar el efecto.

—¿Cuántos años tienes, sapito? ¿Dieciséis?

Volví a asentir. El corazón me golpeaba con fuerza los pulmones.

—¿Te ha venido ya la regla? ¿Necesitas un noviete? No quiero que me hagas pasar tú también por este mal trago, ya sabes.

Sentí que la cálida satisfacción me enrojecía la cara y no pude evitar sonreír yo también.

—¡Qué va! Yo soy tu chica, Arty, aunque tengas granos en el culo.

Nos echamos a reír los dos y él se inclinó hacia mí. Lo recibí entre mis brazos, su pecho tibio sobre el mío, sus omóplatos bajo mis manos. Mientras lo abrazaba, me frotó la mejilla con su cabeza.

—Siempre has tenido mierda en lugar de sesos —cloqueó. Sentí que su pecho se convulsionaba de risa sobre mi cuerpo—. ¿Crees que todavía eres capaz de cargar conmigo, hermanita? Cada vez que bajo estas escaleras, se me magulla el culo.

—¡Ajá! Conque ésa es tu táctica, ¿eh? ¿Darme coba?

Lo dejé en el asiento y me giré para que pudiera encaramarse a la joroba, afianzándose en mis hombros con sus aletas.

—¡No me claves la barbilla, que hace daño!

—¡Tienes una chepa muy huesuda! ¡Ve con cuidado!

Lo transporté por la angosta escalera hasta la parte posterior del camión quirófano, donde había dejado su silla de ruedas y su séquito.

La señorita Zegg esperaba con las manos en los manillares de la silla vacía de Arty. Un par de novicios administrativos rondaban a su alrededor, y todos se pusieron a gorjear en cuanto vieron a Arty. La señorita Z. se abalanzó hacia mí, con grandes aspavientos y exclamaciones.

—¡Permítame que lo ayude, Ejemplo para Todos!

Me aparté a tiempo, giré en redondo y sujeté los brazos de la silla para que no saliera rodando mientras yo me enderezaba y arrojaba a Arty sobre el asiento. Los novicios soltaron unos gritos y se tiraron de sus largos camisones blancos al ver que Arty era tratado con tanta rudeza.

—¡No me llame Ejemplo para Todos! —rugió él—. ¡Me da náuseas!

La señorita Z., la última sucesora de Alma Whiterspoon al frente de la oficina administrativa, dio un paso atrás y ocultó las manos entre los pliegues de sus anchas mangas. Arty me guiñó un ojo y dijo que ya nos veríamos después de la representación. La sorpresa me dejó con la boca abierta.

—Pero ¿es que no vienes a ver a las gemelas? ¡Te están esperando!

—No. —Meneó la cabeza sin dejar de sonreír—. No pienso volver a verlas mientras pueda evitarlo.

—¡Arty! ¡Mierdoso!

La señorita Z. hizo retroceder a los novicios unos cuantos metros, para que sus oídos no se vieran sometidos a las indecencias que el Grandioso consentía a sus hermanos. La señorita Z. lo ignoraba, pero aún tendría que esperar mucho tiempo hasta que le llegara el turno de desprenderse de los deditos de sus pies. Durante muchos años había dado clases de mecanografía y manejo de máquinas de oficina en diversas escuelas secundarias, y a Arty le gustaba el modo en que llevaba la administración. Arty extendió la aleta hacia los controles de su silla y se dispuso a seguir a los novicios, pero lo cogí de la oreja y le dirigí una mortífera mirada.

—Me han enviado a buscarte. ¿Qué debo decirles?

Él parpadeó y volvió la vista hacia la estrecha escalera que conducía al cuartito de encima del quirófano.

—Bueno, me parece que el Hombre del Saco aún es bastante imprevisible. ¿Por qué no les dices que no se resistan demasiado, que no le hagan enfadar? No me gustaría que les hiciera daño.

Comenzó a alejarse de mí, y los tres espectrales oficinistas se apresuraron en pos de él. Se dirigía a otra reunión, o a visitar a los recién operados, o a entrevistarse con algún periodista chismoso.

No me sentía capaz de volver con las gemelas. La idea de mirarlas y decirles: «No hay esperanza», me hacía sudar. Me lancé a trotar bajo el frescor matutino. El sol todavía no estaba lo bastante alto como para llenar los espacios de sombra entre las hileras de camiones y remolques.

Mamá estaba sentada en la cocinilla de nuestro camión, enfrascada en uno de sus proyectos de confección al por mayor. Veintiséis delantales con lentejuelas azules y cofias a juego para las pelirrojas. El reluciente género corría desde sus manos blancas hacia la traqueteante aguja de la máquina de coser. Al entrar, le di una palmadita en el codo, y ella estiró su cuello hacia mí y me ofreció

mecánicamente la mejilla para que le diera un beso. Una solitaria lentejuela azul se le había adherido al maquillaje, junto a la nariz. La besé y desprendí la lentejuela.

—¿Es que las gemelas ya no desayunan nunca? —preguntó—. ¿Les preocupa engordar? Últimamente apenas las veo.

La aguja seguía tragando el tejido con glotonería, y la voz de Lil no paró de murmurar mientras yo me dirigía hacia el gran dormitorio del extremo. La puerta corredera se hallaba medio abierta, pero las persianas estaban corridas y el cuarto estaba cargado de calor y del asfixiante peso del sueño, impregnado del carnoso perfume de Lil y los olores de papá a sudor, cuero y tabaco. Fui hacia el estante del lado de la cama que correspondía a papá. Aparté un par de libros y, buscando a tientas, encontré la pistola. Comprobé que tuviera puesto el seguro y me la embutí bajo la cinturilla de la falda, dejando la blusa por fuera para ocultarla. El cañón se me clavaba en un punto y la culata me apretaba en otro. El metal era pesado, pero sorprendentemente tibio. Al salir, pasé de nuevo junto a mamá, que ni siquiera alzó la vista.

Las gemelas estaban ensayando. Me di cuenta en seguida porque el Hombre del Saco esperaba de pie junto a los peldaños de atrás de su remolque escenario. Mientras avanzaba hacia él, llegué a la conclusión de que Arty había lanzado al Hombre del Saco contra las gemelas con el único fin de quitárselo él de encima. Aún me hallaba a alguna distancia cuando se volvió hacia mí y comenzó a inclinarse y hacerme reverencias. Levanté una mano, lo saludé con la cabeza, subí los escalones y crucé la puerta.

Las gemelas estaban solas. Todavía faltaba una hora para que llegaran las pelirrojas a practicar sus sacudidas de trasero. Baile, decían ellas. Vi las oscuras y relucientes cabezas inclinadas sobre el pulimentado brillo del piano. Por lo menos, estaban lo bastante tranquilas como para peinarse y hacer su trabajo.

—Creo que debemos escribir toda la cadencia. No quiero que ningún pianista de pacotilla se ponga a joder con improvisaciones en mitad de mi obra. —Ésa era Elly.

—Lo único que tenemos que hacer es colocarla al principio del movimiento, de forma que se vea claramente que es una parte integral. —Ésa era Iphy.

—Preferiría poner comentarios groseros en la partitura. ¡Aquí llega Oly!

Ambas levantaron la vista desde la partitura, abierta en el atril, y miraron más allá de mí con ojos llenos de inquietud.

—¿Dónde está Arty?

Me acerqué a ellas, posé una mano sobre el brazo de Elly y clavé mis ojos en los de Iphy. No podía apartar la vista de ella.

Cuando vio lo que había en mi rostro, sus ojos empezaron a morir. Su color violeta se convirtió en un morado nocturno, en un negro apagado.

—No quiere venir.

La mano de Elly se cerró con fuerza alrededor de mi muñeca.

—¿Se lo has dicho? ¿Qué te ha contestado?

Deseé ser una barrendera con el turno de noche en Río, o quizás una florista de Quebec.

—Me ha dicho que el Hombre del Saco es peligroso. Que no os resistáis. No lo hagáis enfadar. Arty dice que no le gustaría que os hiciera daño.

No necesitaron mirarse entre sí. Me miraron a mí. Sus cuatro manos se entrelazaron en un complejo nudo sobre su regazo.

—¿Se lo digo a papá? ¿A Horst, quizá? Dejad que vaya a buscarlos.

Las gemelas permanecieron calladas durante un lapso idéntico, como una chica ante el espejo. Cuando por fin hablaron, fue con aquella voz resonante y simultánea que solo aparecía en sus escasos momentos de unidad.

—Hazlo, pero no servirá de nada.

Asentí y metí la mano bajo mi blusa.

—¿Os acordáis de cómo funciona esto?

Deposité la corta y rechoncha pistola sobre la reluciente madera del piano. Allí se quedó, silenciosa y amenazante. Las gemelas la contemplaron sin decir nada. Me fui antes de que volvieran a moverse.

Papá estaba en el camión frigorífico, contando cajas de helados. Le grité que las gemelas querían hablar con él, y al momento le entregó el listado a uno de los zoquetes que acarreaban las cajas. Bajó del camión con un crujido artrítico que instantáneamente disipó mis fantasías de que fuera capaz de rescatar a nadie. Le dije dónde estaban las gemelas y me fui a visitar un ratito al abuelo.

Encontré a Chick durmiendo sobre la capota del camión generador. Su rostro se hallaba en el pequeño charco de sombra verdosa que proyectaba la urna del abuelo. El resto de su nudoso cuerpecito yacía boca abajo, con las perneras del mono subidas hasta las rodillas y los calcetines caídos sobre las zapatillas. La piel de sus suaves pantorrillas parecía enfurecida. Debía de llevar un buen rato allí durmiendo. Tiré de las perneras de los pantalones para protegerlo del sol. Él se movió, y su boca infantil chasqueó ligeramente hacia el aire. Las sesiones quirúrgicas lo dejaban agotado. En los terrenos de la feria comenzó a sonar el tintineo de la música. Oí el zumbido de una de las atracciones al ponerse en marcha.

—Chick.

Abrió los ojos y cerró la boca, pero el resto de su cuerpo no se movió.

—Chick, tienes que ayudar a las gemelas.

Parpadeó y se incorporó.

—¿Sabías que Arty se las ha dado al Hombre del Saco?

Chick asintió, desperezándose y rascándose.

Avancé un poco, para poder apoyarme en la urna.

—¡Uf! —El abuelo estaba demasiado caliente para tocarlo.

Chick se relamió los labios.

—Arty dice que las gemelas van a casarse.

—Pero ellas no quieren, Chick. Odian al Hombre del Saco. Arty lo hace solo para castigarlas por algo. No tiene ningún derecho a dárselas a nadie.

—A mí me dio a la doctora P. —Lo dijo tranquilamente, limitándose a hacer constar un hecho.

—No es lo mismo. Tú solo estarás con ella durante un tiempo, para aprender cosas. —No respondió—. He ido a buscar a papá para que hable con las gemelas, pero no creo que pueda hacer nada. No si es idea de Arty.

—No. —Chick se tendió con el rostro sudoroso en el pequeño charco de sombra, cerca de mí. El metal de la capota me quemaba la piel a través de la ropa. Se alzó una ligera brisa que me tocó las orejas.

—¿Está bien llevar gafas de sol todo el rato? ¿Lo ves todo verde? —Estaba parpadeando, disponiéndose a bostezar.

—¡Chick! ¡Chick! Podrías dormir en ese hermoso sofá que tienen las gemelas en su camión. ¡Escúchame! Si alguien quisiera hacerles daño, tú podrías impedírselo. ¡Chick!

Sus ojos se abrieron de golpe y en su frente apareció una intrigada arruga.

—No puedo, Oly. Arty no quiere. Arty ya me ha dicho que no debo hacer nada. Es como cuando Mensa Mindy, la Yegua con el Coeficiente de Inteligencia Más Alto del Mundo, tenía miedo de saltar a través del aro en llamas y papá me dijo que no debía ayudarla. Sea lo que sea, es el mismo caso para las gemelas.

Esta paciente y razonable explicación me hizo resbalar por el guardabarros hasta el suelo. Chick no me llamó. Una sola vez volví la cabeza, pero seguía acurrucado sobre el ardiente metal, con el rostro a la sombra de la urna del abuelo, dormido.

Papá estrechó la mano del Hombre del Saco.

—¡Así que vas a ser de la familia!

El Hombre del Saco gruñó, gorgoteó y ordeñó con entusiasmo la mano de papá.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! —exclamó papá, tratando de liberar su mano y mirando en torno en busca de ayuda—. ¿Están ahí las chiquitas? ¡Tengo que hablar con ellas! ¡Bueno! ¡Discúlpame! ¡Muchas gracias! ¡Es magnífico tenerte a bordo! ¡Ya hablaremos! —Y huyó hacia el interior del remolque.

Iphy y Elly, que lo habían oído todo inmovilizadas ante el teclado, compartieron el peso de la resignación en sus entrañas comunes. «Ya sabíamos que no iba a servir de nada», me explicó Iphy más tarde.

—¡Ah, conque aquí estáis, mis palomitas! ¡Mis dulces pajarillos! ¡Acabo de hablar con vuestro prometido! ¡Un tipo verdaderamente extraordinario!

Hablaba demasiado alto, demasiado deprisa. Las rodeó con sus brazos, las estrechó contra sí y plantó un par de besos en sus pálidas frentes. Iphy entrelazó sus manos y habló con suavidad:

—¡Por favor, papá, no dejes que Arty nos haga esto! ¡Ayúdanos!

—¡Vamos, angelito! ¡Pues claro que voy a ayudaros! ¡Solo habrá lo mejor para vosotras! ¡Estudiaremos el calendario! ¡Cerraremos todo el circo un día entero! ¡Será una boda de fábula!

—¡Escucha, papá! No. No. ¡No queremos casarnos con él! ¡Lo odiamos! ¡Nos da miedo! ¡Arty quiere obligarnos, quiere castigarnos! ¡No dejes que lo haga, papá!

Papá, aprisionado entre cuatro brazos, se agitaba para desasirse.

—¡Ay, palomitas! ¡Qué equivocadas estáis! Vuestro hermano y yo hemos estado hablando del asunto esta misma mañana. Solo desea lo mejor para vosotras. ¡No sabéis cuánto ha pensado en todo esto! Ese Hombre del Saco..., se llama Vern, ¿no? Todavía no lo conozco personalmente. Claro que lo he visto seguir a vuestro hermano por todas partes. ¡Arty responde plenamente por él! ¡Sólido como Gibraltar! ¡Enamoradísimo de vosotras! ¡Hará lo que sea por

vosotras! ¡Temores naturales, dudas adolescentes! ¡Incluso a vuestra madre, el día de nuestra boda, le entraron ganas de escaparse! ¿Dónde estaría yo ahora? ¡Decídmelo! ¿Eh?

Era un hombretón grande y decidido, con muchos años de experiencia en maniobras evasivas. No pudieron retenerlo. Aún seguía hablando atropelladamente en la clave bombástica del charlatán cuando comenzó a escabullirse hacia la salida.

—¡Papá! —exclamaron a coro—. ¡Ayúdanos, papá!

—¡Os adoro! ¡Os adoro, mariposas mías! ¡Vuestra madre se sentirá orgullosa! —Y desapareció.

Las gemelas se volvieron a sentar en la banqueta del piano. Iphy, que me refirió todo el episodio pasado un tiempo, decía que ambas se quedaron pensando en la pistola.

—En realidad, no esperábamos ninguna ayuda de papá. Pero habíamos guardado la pistola en el cajón de la banqueta. ¿Sabes que el asiento se levanta? Estábamos sentadas encima de la pistola, y la idea del arma pareció encaramarse a nosotras como una serpiente que trepase por nuestras piernas.

Me escondí en el armario bajo el fregadero, con la máquina de coser de mamá resonando a muy poca distancia de mí. Mamá no se extrañó al ver que me metía allí y cerraba la puerta; al contrario, se alegró de tener a alguien cerca, y comenzó a hablar esporádicamente hacia sus manos, sin esperar respuestas. Le preocupaba, sobre todo, el almuerzo, y la forma en que esta comida representaba la descomposición de la familia.

—Ya no viene nadie. Aparecen con tres horas de retraso, husmeando y exigiendo... Pero esto no es ningún restaurante... Ese Chick está enfermo, lo sé muy bien, y Al, con todas sus pastillas y pócimas, puede repetir cuantas veces quiera que no le pasa nada, pero no se puede engañar a una madre cuando se trata de sus

hijos... A la deriva... Arrastrados por extrañas corrientes que sabe Dios adónde conducen... Un día de éstos sonará el teléfono y ni siquiera nos habremos dado cuenta de que se han ido.

Yo estaba repasando la lista de posibilidades. Pensé en Horst o en algunos de los más antiguos encargados de las atracciones, e incluso en las pelirrojas. Los camaradas de papá, como el mismo Horst, nunca querrían mezclarse en los asuntos de los Binewski. Quizá las pelirrojas harían algo, si acudía a ellas. Me imaginé legiones de mujeres airadas, con zapatos de tacón alto y blusas de abultada pechera. Luego me imaginé a papá erguido sobre el polvo de la feria, con los brazos cruzados, viéndolas venir y esperando el instante exacto para rugir: «¡Estáis todas despedidas! ¡Recoged vuestros cheques y a la mierda!».

Lo que de veras me enfermaba era que en el fondo no quería que nadie rescatara a las gemelas. Me alegraba de que Arty se sintiera tan enojado con ellas; estaba contentísima de que no quisiera verlas; la mera idea de que estuviesen eliminadas para siempre de la competencia por la atención de Arty me hacía delirar de gozo. Grandes y supurantes pedazos de mi corazón resplandecían con una húmeda y cavernosa luz de júbilo al pensar que sus encantadoras vidas iban a quedar atrapadas por el Hombre del Saco.

Las muchachitas del Club de las Gemelas que coleccionaban los carteles de Elly e Iphy, sus autógrafos y fotografías; los risueños dúos de jovencitas que se presentaban con el pelo estirado al vapor, enfundadas en camisetas de recuerdo de las gemelas y faldas gemelas de confección casera... ¿Qué pensarían las admiradoras al ver a sus adorados ídolos en poder del pavoroso Hombre del Saco? ¡Dios mío! ¡Qué horror!

Pero esta delectación hacía que me odiara a mí misma. El placer me aterraba. ¿Y si en verdad fuese un monstruo? ¿Y si las gemelas lo pasaban realmente mal y yo no había hecho todo lo posible por ayudarlas? ¿En qué clase de ser me convertiría eso?

—¡La una y media, palomita! —gritó mamá. Salí a rastras del armario y me dirigí hacia el vestuario para untar de grasa a Arty antes de su actuación de las dos.

—Sin duda desconectó todas las alarmas e hizo que Arty les diera la señal secreta a los guardas. Cuando oímos la puerta exterior, Elly cogió la pistola. Estábamos sentadas en la cama, esperando a que se abriera la puerta del dormitorio. Elly estaba dispuesta a disparar, pero llamó a la puerta.

»Fue una llamada tímida..., tres golpecitos suaves..., y entonces la puerta se abrió poco a poco y él asomó la cabeza. Nos saludó con la mano. En aquel momento, sentí pena por él. ¡Parecía tan tímido! Elly agitó la pistola y le amenazó con dispararle. Pero él siguió entrando, despacito, bamboleándose e inclinándose y como si se disculpara a cada paso. Se sentó al pie de la cama, con aquel velo que se hinchaba y deshinchaba con cada resoplido y su único ojo contemplándonos tristemente. Sacó su libretita. Ya tenía un mensaje preparado en la primera hoja. La arrancó y me la entregó. Decía: "Os quiero. Por favor, dejadme ser cariñoso con vosotras".

»Mientras la leía, comenzó a escribir otra. La segunda nota decía: "Si preferís matarme, también está bien". Elly la leyó y apuntó el arma hacia su cabeza. Él levantó las manos y se desabrochó el cuello de la camisa. La abrió y se dio unas palmadas en el pecho. El velo quedó suelto y pude ver la bolsa de plástico que llevaba debajo y un pedazo de tubo colgando. Elly permaneció inmóvil, con los codos apoyados en nuestra rodilla y la pistola sujeta entre ambas manos. Esperó mucho rato. El Hombre del Saco siguió quieto, esperando también. Finalmente, Elly dejó caer la pistola y me miró. Dijo: "Ojalá no hubiera llamado a la puerta. Si hubiera entrado sin llamar, habría podido dispararle tranquilamente". Fue mucho peor para Elly que para mí. No está acostumbrada a hacer cosas que no sean idea suya.

Arty oyó la detonación y estaba encaramándose a su silla cuando irrumpí chillando:

—¡Mamá está allí! ¡Con las gemelas! ¡Acaba de entrar!

—¡Rápido! ¡Empuja tú! ¡Iremos más deprisa!

Deprisa, aterrorizada, atasqué una rueda contra el marco de la puerta y estuve a punto de arrojar a Arty de cabeza. Nos llegó el chillido, penetrante y agudo. Las gemelas estaban gritando cuando cruzamos de un salto su salita de estar y abrimos la puerta del dormitorio.

Mamá estaba junto a la cama, muy serena. La suave luz rosada de las lamparillas de tul le daba un aspecto encantador. Su expresión era tierna y radiante. Su cabello pendía de un modo adorable.

Su bata y sus borladas zapatillas de tacón presentaban una desacostumbrada pulcritud; el ceñidor de la bata, por ejemplo, estaba anudado en un preciso lazo.

Las gemelas se hallaban acurrucadas contra una esquina de la cama. Iphy parpadeaba con expresión ausente y hacía muecas mientras Elly vomitaba sobre la alfombra el contenido de su sector particular del estómago.

El Hombre del Saco yacía muerto y sin pantalones sobre el manchado lecho. Sus largas piernas desnudas parecían al mismo tiempo huesudas y gomosas.

—Mamá —dijo Arty. Ella se volvió hacia nosotros y asintió.

—Al final me he acordado de dónde lo había visto antes. —Bajó la vista hacia la oscura pistola que sujetaba con ambas manos—. Oly, cariño, me parece que ésta es la pistola de tu padre. ¿Quieres hacer el favor de ir a mirar en el estante que hay al lado de mi cama? Y dile a... Oh, Al ya está aquí.

Estaba durmiendo cuando oí el crujido. Al atisbar por la puerta de mi armarito vi a mamá, cabello blanco refulgente a la luz de la luna, cruzando la desprotegida puerta de las gemelas. Estaba

enfundándome una bata para seguirla cuando oí el disparo. Salí corriendo en busca de Arty.

DE LOS ARCHIVOS DE NORVAL SANDERSON

Las explicaciones de Crystal Lil a los oficiales encargados de la investigación (transcritas de una grabación):

«No podía dormir. La luna me afecta. Estaba sentada en la cama, mirando por la pequeña ventana de mi lado. Al siempre ha insistido en que duerma en la parte interior, y en todas las camas que hemos compartido él se queda en el lado más cercano a la puerta. Es su instinto de protección. Tiene la sensación de que, si entrara algún intruso, él, quiero decir Al, ya me entiende, podría defenderme. Pero yo había levantado un extremo de la cortina para mirar al exterior.

»La luna nos hace ver los objetos conocidos bajo una perspectiva nueva y a veces más atrayente, seguro que usted ya se ha fijado en eso. Pero fue así como vi a esta persona que se dirigía a los peldaños de la plataforma. Pasó por delante de la ventana, bastante cerca, y la plateada luz de la luna sobre sus hombros me permitió observar atentamente su forma de andar. La forma de andar y el porte son dos de los más claros indicadores del carácter de una persona, es lo que siempre les digo a mis hijos. Y de pronto recordé dónde había visto yo a ese hombre, con la cabeza gacha colgando de un cuello encorvado.

»Di las gracias a todas las estrellas por haberlo descubierto a tiempo. Mis pobres niñas. Pero, bueno, ya se repondrán. Fue un milagro que la pistola hubiera caído al suelo, bien a la vista. Supongo que el Hombre del Saco debió de robarla. Imagínese, amenazar a las pobres chiquillas. Habría querido dispararle al corazón, pero era un ángulo difícil porque él estaba encima de las niñas, desnudo de cintura para abajo y con la camisa desabrochada, de forma que colgaba toda suelta y no podía ver bien dónde tenía

que apuntar exactamente. Tuve que disparar desde un lado, para no arriesgarme a que la bala lo atravesara y acabara hiriendo a las gemelas. Menos mal que Al siempre cargaba la pistola con balas blandas, que tienen mayor poder de detención. Al tenía razón, como siempre».

Papá se encorvó sobre sus manos, como si su pecho estuviera a punto de estallar.

—Arty, hijo mío, ¿sabías que éste era el tipo que trató de mataros a todos? ¿Sabías que era el tipo de Coos Bay?

Arty, con el rostro ceniciento aún bajo el cálido resplandor dorado de su lámpara de lectura, meneó la cabeza.

—Claro que no, papá. Ha sido una gran suerte que mamá lo haya reconocido a tiempo.

—¡Los dulces globos escarchados de la virgen! —suspiró Al—. ¡Imagináoslo persiguiéndonos durante todos estos años! Me asusta solo pensarlo. Tantos años. Tantas oportunidades. Yo y mis estúpidas medidas de seguridad.

Arty se recostó sobre el brazo de su silla e inclinó la cabeza con cansancio.

—Bueno, mamá ha llegado justo a tiempo.

El rostro de Elly, descompuesto por el asco:

—Pero ¡es que no llegó a tiempo! Cuando apretó el gatillo, él ya estaba corriéndose. Se vació a chorros como una cucaracha que escupe sus huevos en el momento de morir.

Iphy, calmada:

—Normalmente aplicamos una crema espermicida en el diafragma, pero no lo esperábamos y no dejó que nos lo pusiéramos.

Los policías vestían uniformes de lanilla verde. Se presentaron en grupos numerosos. Los que no se dedicaban a tomar notas, fotografías o huellas digitales, ni a hacer preguntas, aprovecharon la ocasión para darse un garbeo por la descolorida feria al amanecer. Cuando dos patrulleros descubrieron los remolques donde se alojaban las pelirrojas, otros tres policías se dirigieron hacia allí para interrogar a estos «importantes testigos corroborativos», que casualmente estaban preparando varias cafeteras mientras se exhibían en las más dispares versiones de camisón, *negligeé*, pijama corto y demás.

El juez de primera instancia se marchó en la ambulancia, junto con el forense y el cadáver del Hombre del Saco. El oficial a cargo de la investigación era un hombre corpulento, de gestos lentos, con más mejillas que cuello y unos ojos pequeños y penetrantes. Se pasó mucho rato con Crystal Lil en la salita verde mar|azul celeste del camión de las gemelas. Lil en el sofá, serena y señorial, mientras el oficial de paisano, sentado frente a ella en una silla, se inclinaba sobre sus rodillas, escuchaba, asentía, tomaba notas en un pequeño bloc de espiral. Hablando muy poco, consultando ocasionalmente su grabadora.

Cuando apareció un jovencito de uniforme para entregarle una hoja de papel escrita a máquina, el hombretón la leyó lentamente, la plegó con cuidado y se guardó el fino papel en el bolsillo de la pechera.

—Señora Binewski...

—Lily, por favor, teniente.

—Gracias, Lily. Acabamos de recibir la confirmación de Oregón. Las huellas digitales coinciden con las de Vern Bogner, condenado por intento de asesinato contra usted y sus hijos hace casi diez años. Mi informe dirá que Bogner resultó muerto mientras intentaba un asalto con propósito criminal; una violación, concretamente. No se presentarán cargos. Oregón llevaba dieciocho meses buscando a ese tipo. Huyó de la custodia de su madre y dejó de presentarse ante el asistente social.

—¿Estamos en Utah? —quiso saber Lil—. ¿Esto es Utah?

—No, señora. Nebraska.

—¡Vaya!, viendo a sus hombres, habría jurado que estábamos en Utah. Son muy pulcros. Muy disciplinados. Con esas botas tan relucientes, habría dicho que estábamos en Utah. Puede usted sentirse orgulloso.

21

La huida

Papá, avejentado en su asiento, y mamá, haciendo ganchillo y soñando con los ojos abiertos, mientras todos fingíamos que aquélla era una noche de niños y narraciones como en los viejos tiempos. Únicamente faltaba Arty, a solas en su camión. Las gemelas sostenían a Chick, que les leía en voz alta, y yo estaba sentada en el suelo, con la joroba calentita sobre la huesuda pierna de papá.

—«¿Por qué estás tan blanco?», preguntó el soldado. «Temo lo que voy a tener que ver», contestó el sargento.

La voz de Chick, una cantinela aguda como un cristal, se interrumpió bruscamente cuando abandonó el regazo de las gemelas y se volvió en redondo para mirarlas a la cara.

—¿Os habéis clavado un alfiler?

Los asombrados rostros de las gemelas se ensancharon. Chick, ceñudo, meneó la cabeza.

—Ah, el chico se ha cansado del ahorcamiento de Dann Deever. ¡Demasiado lúgubre! —dictaminó papá—. Dejadle declamar la cremación de Sam McGee, para variar. Vamos, *boychick*, empieza: ¡Ocurren cosas muy extrañas! Y esta vez, procura que resuene. ¡Respira desde el bajo vientre!

Pero Chick se negó a recitar y no quiso volver a ocupar el regazo de las gemelas, sino que vino a sentarse a mi lado, mientras papá, adoptando un tono truculento, daba comienzo a la historia de Sam McGee y todos los demás hacíamos los ruidos del viento del norte, los aullidos de la jauría y la voz espectral que ordenaba: «¡Cerrad esa puerta!».

Al poco rato, papá se retiró a su dormitorio y mamá fue a ducharse. Fue entonces cuando las gemelas se volvieron contra Chick, que se ruborizó y balbuceó. No había pretendido molestarlas.

—Pero ¿por qué pones esa cara?

—Es que no sabía que llevabais a ese pequeñito dentro. Me ha sorprendido. Por eso no he querido sentarme encima suyo. Pensaba que podía hacerle daño.

Los simétricos rostros se pusieron tan grises como la carne pasada.

—¿Qué pequeñito?

—El que está ahí durmiendo —explicó Chick, señalando con el dedo. Y así fue como las gemelas descubrieron sin lugar a dudas que estaban embarazadas.

—¡No vamos a hacer cola en esa asquerosa tienda enfermería, con todos los *normas* babosos mirándonos de arriba abajo! —Esto lo dijo Elly. Iphy adujo que la doctora P. se negaba a recibirlas de otro modo, y que no les quedaba más remedio.

—Ven con nosotras, Oly. Haznos compañía mientras nos examina. Esa mujer nos da miedo.

Así que nos sentamos en sendas sillas plegables junto a la soleada pared de lona y escuchamos el zumbido de las moscas en torno al poste central y el parloteo de aproximadamente una docena de novicios, que esperaban en sillas de ruedas si ya habían superado la etapa de los pies o en sillas plegables si aún no habían pasado de los dedos. Chick también vino, y se sentó a mi lado con un libro con ilustraciones de aves exóticas para colorear y un puñado de pinturas, dispuesto a matar su hora libre rellenando los ojos de las colas de los pavos reales con un lento y minucioso azul.

—La doctora P. dice que es un buen ejercicio para mis manos —nos explicó. Ninguno de los seguidores de Arty nos dirigió la palabra, pero todos nos dedicaban furtivas miradas de soslayo. Comencé a contar los tallos de hierba amarillenta que agonizaban bajo las sillas.

Cuando la enfermera nos condujo por fin hacia los escalones de la sala de consultas, la doctora P. no pareció complacida al vernos.

—Si Chick dice que estáis preñadas y no os ha venido la regla, es inútil que me hagáis perder el tiempo. Estáis preñadas. De todas formas, lo mío es la cirugía, no la obstetricia. Deberíais ir a hablar con vuestro padre. Él es quien tiene mayor experiencia en este terreno.

Las gemelas se apoyaron en la camilla, con aire abatido. La doctora no las invitó a tomar asiento; enguantada y enmascarada, con su grueso y abultado atuendo blanco, permanecía tras su escritorio de metal blanco, abriendo y cerrando las manos con las yemas de los dedos unidas. Yo estaba asustada y las gemelas estaban asustadas. La doctora P. no era en absoluto santa de nuestra devoción.

—Lo que quieren —grazné— es deshacerse de él.

Las gemelas asintieron con una serie de cabezadas alternas. La doctora P. se levantó poco a poco, su cara enmascarada de blanco proyectada hacia el frente, los gruesos cristales de sus gafas parpadeando con severidad.

—Es de suponer que estas destacadas cantantes son capaces de hablar. ¿Tenéis lengua?

Miré de reojo a las gemelas, casi esperando verlas sacar la lengua en obediente demostración.

—¿Deshacerse de él? ¿Deshacerse de él? —canturreó la doctora.

Las gemelas asintieron lastimosamente a un ritmo sincopado.

—¿Y a papá no le gustaría? ¿Papá no querría hacerlo? No. Papá insistiría en que dierais a luz al monstruito, ¿no es eso? Hace años que el pobre Al no tiene un bebé con el que jugar, ¿verdad?

El ácido que destilaba la voz de la doctora Phyllis se me infiltró hasta los huesos, me corroyó los dientes. Tiré de la mano de Elly para que nos fuéramos de allí, pero las gemelas siguieron mirando fijamente a la doctora mientras ella volvía a tomar asiento y entrecruzaba ambas manos sobre su escritorio.

—No. Podría quitároslo en cinco minutos y aquí no ha pasado nada. No creáis que no puedo hacerlo. Pero no lo haré, y voy a deciros por qué. Tengo un contrato con vuestro Arturo, y el joven Arturo no quiere que lo haga. Siente grandes deseos de convertirse en tío, y yo no soy quién para negarle esa satisfacción. Ni vosotras para desafiarlo. Bebed leche. Comed muchas verduras. Vuestros músculos abdominales son fuertes. Pasarán unos cuantos meses antes de que se os note. Y un último consejo para vuestra salud: no sé qué habéis estado haciendo para enfurecer a Arturo, pero no sigáis.

Salimos arrastrando los pies ante los pacientes de mirada vacua que esperaban a que les examinaran sus muñones.

—Es curioso —observó Iphy mientras nos dirigíamos hacia el Sumidero—. Es la primera vez que hemos hablado con ella.

—Tú no has dicho ni una palabra —apunté.

—Nunca hemos tenido nada que ver con ella ni con la gente de Arty. ¿No te parece extraño? Siempre estás tropezando con ellos por todas partes. Tienen un enorme campamento de chabolas, pero no sabemos qué están haciendo ni por qué. ¿Deberíamos averiguarlo? Oye, ¿es que vas a vomitar? ¿Elly?

Y Elly vomitó sobre el polvo, entre el camión frigorífico y el remolque de las fieras.

—Iba hacia casa, para almorzar —comenzó Chick—, cuando las gemelas salieron de golpe por detrás del remolque de las fieras. Me llevé un buen susto, porque no sabía que estuvieran allí. Se me habían confundido con los tigres, en la cabeza. Elly quería que le quitara ese chico pequeñito del vientre. Iphy también. Las dos querían que lo hiciera. Me quedé un poco sorprendido y pensé que tal vez podría ayudarlas, hacer algo por ellas que no fuera solo mover los muebles. Así que empecé a palpar, me metí dentro para ver cómo estaban las cosas, a ver si podía hacerlo. Siempre procuro no meterme dentro de nadie, pero a veces pasa por casualidad,

como cuando estaba sentado en las rodillas de las gemelas y me encontré con el pequeñito. Ése es mi trabajo con la doctora P., y el resto del tiempo procuro no hacerlo. Pero el pequeñito estaba ahí, vaya que sí. Les dije que no podía hacerle nada al pequeñito, que tú me lo habías prohibido expresamente, que me habías prohibido que hiciera nada para sacarles el pequeñito de dentro. Iphy se quedó muy callada, se encerró en su interior, pero Elly me asustó mucho.

—¿Cómo? —quiso saber Arty—. ¿Se puso a gritar? ¿A pensar pensamientos de odio? No te pegaría, supongo. ¿O sí?

—No. Empujó hacia FUERA, como una cosa que se niega a morir.

—¿Has almorzado ya? ¿No? Las chicas de la oficina han preparado una tarta. Corta un pedazo para mí también. Y a ver si adivinas qué prefiero, crema de plátano o chocolate.

—Arty, no puedo saberlo.

—Inténtalo.

—Ya sabes que no puedo.

DE LAS NOTAS Y ARCHIVOS DE NORVAL SANDERSON

Se ha impuesto el caos. La feria está cerrada por primera vez en muchos años. Arturo, verdaderamente frenético, transpira profusamente ante el aparato de radio de su camión y habla con perfecta serenidad mientras todo su cuerpo se contorsiona, se agita y se sacude en la silla. Los pantaloncitos cortos y la camisa de terciopelo verde, empapados de sudor; el vinilo de su asiento, chorreante de sudor; su calva coronilla, rezumando sudor sobre sus ojos. La pequeña Oly permanece a su lado con una inagotable reserva de pañuelos de papel para enjugarle la frente, secarle los ojos. Arty la envía a hacer diversos recados. Su voz sigue fluyendo por el micrófono, siempre clara, precisa, sin atropellos.

Papá Binewski entra y sale con el mostacho enmarañado. La madre está desmayada en la cama, bajo los cuidados de una pelirroja. Chick, el benjamín, ha salido con el grupo de búsqueda. Arty, ante la radio, se halla en contacto permanente con los quince

vehículos —cargados de guardas y otros empleados de los Binewski — que han salido en busca de las gemelas, Electra e Iphigenia, huidas de su hogar.

Oly, la fiel esclava, insiste en que las gemelas han sido raptadas. Una y otra vez intenta alejarme del camión, apartarme de Arty, pero veo lo suficiente. Por ejemplo, Arty dirige la búsqueda hacia clínicas y consultorios médicos. Las direcciones se las suministra Oly, que no cesa de hojear una pila de guías telefónicas que bien podría incluir tres estados. Oly se muestra cada vez más irritada por mi presencia, aunque es evidente que a Arty no le preocupa lo más mínimo. Decido dejar que me ahuyente. Todo parece indicar que esta sesión puede prolongarse muchas horas.

Al rato, me indica la puerta con una inclinación de cabeza, como si deseara tener unas palabras a solas conmigo. Resulta que ha cambiado de táctica. Ahora quiere que vaya a ver cómo está Crystal Lil, que compruebe si la vieja aún sigue viva, y luego —Oly, la fresca — ¿sería tan amable de acercarme a la oficina de los Admitidos y procurar que los arturanos mantengan la calma ante esta imprevista alteración de su rutina? Arty está diciendo: «¿Me oyes bien, Chick? ¿Y el servicio de practicantes que acabo de darte? No puede estar a más de un par de kilómetros de tu posición actual...». A juzgar por su tono de voz, podría estar comentando la bondad del clima.

De pie en el escalón, bajo la vista hacia Oly y, para asustarla, finjo no estar del todo dispuesto a irme. «Dime, Oly, ¿por qué está Arty tan inquieto? ¡Nunca lo había visto así!» Ella encoge la joroba y tuerce su boca de rana en una dolorida sonrisa. «La familia. Los Binewski le damos mucha importancia a la familia.»

Me acerco a los remolques donde viven las pelirrojas. Están todos vacíos, salvo por la voluminosa Bella. Con una mascada de tabaco entre los dientes, se apoya en la portezuela abierta para poder escupir hacia el remolque adyacente mientras se pinta las uñas.

Bella suelta un bufido cuando le pregunto por la desaparición de las gemelas, y me explica que se han ido con Rita (la pelirroja) y el actual novio de Rita, McFee, en el coche de McFee. Las gemelas están hechas polvo, añade Bella, «seguramente por culpa de esa bolsa de pus, el Hombre del Saco». Según ella, las gemelas andan buscando quien les haga «un raspado» (un aborto), a pesar de que «Su Deformidad, Su Todopoderosa Gusanidad» se lo ha prohibido terminantemente.

***** Unas pelirrojas que están leyendo revistas en el camión de los Binewski me informan de que Crystal Lil está durmiendo bajo sedantes*.

***** La reina de las oficinas arturanas, la señorita Z., imperturbable, tiene a su batallón de fieles contemplándose los muñones y meditando sobre P.A.P. (Paz, Aislamiento, Pureza), es decir, holgazaneando al otro lado de la cerca y completamente ajenos a la situación. Mientras se les sirva el almuerzo y la cena, no se enteran de nada*.

***** Randy J., guarda de los Binewski y antiguo* marine *que iba conduciendo la camioneta cuando fueron localizadas las gemelas, dice que estaban en un consultorio de obstetricia y ginecología; Chick identificó el automóvil y divisó a Rita la pelirroja fumándose un cigarrillo ante la puerta de la calle. Los vigilantes irrumpieron sin tardanza*...

«Estaban de rodillas encima de la mesa, con el culo al aire, mientras la enfermera comenzaba a prepararlas. Un espectáculo bastante penoso. Nos vieron, dieron un salto casi hasta la luna, empezaron a chillar, trataron de huir por la ventana... Tuve miedo de que se hicieran daño y luego el jefe me lo hiciera pagar a mí. Pero, Cristo, va el chavalín ese, Chick, les echa una mirada y al momento se quedan dormidas ahí mismo, en el suelo. Solo tuvimos que desenredar los brazos y las piernas y cargarlas hasta la camioneta, con el médico y la enfermera cotorreando detrás de nosotros. Rita y

McFee desaparecieron. Subieron a ese Dodge tan viejo, una verdadera chatarra, y desaparecieron. Sabían que estaban pringados hasta el cuello, ¿entiende?

»Las gemelas no pararon de dormir durante todo el camino. Ese chaval, Chick, no sé qué les hizo. Una especie de hipnotismo, digo yo. Pero estuve a punto de cagarme. ¡Habría tenido usted que verlo!»

Lo cual significa, supongo, que las gemelas se desmayaron. Ahora están encerradas en su remolque, sometidas a vigilancia, mientras la feria se desplaza.

Arty está recluido. No sale de su camión. Lleva una venda que le cubre una oreja y la mejilla del mismo lado, y un grueso emplasto en el cuello, justo por debajo de esa oreja. Por el cuello de su camisa se alcanza a distinguir apenas el extremo de un fino arañazo en el pecho. No quiere explicar el origen de estas heridas. Se muestra huraño, con una hosquedad que alterna con lo que supongo es pesadumbre. Todo muy controlado, desde luego. Discutimos de filosofía. Hablamos sobre el arturismo. No se consienten cuestiones personales.

Oly, su criada para todo, no cesa de correr entre el camión de Arty y el de las gemelas.

Las gemelas están encarceladas en su alojamiento, incomunicadas.

Las pelirrojas (la voluminosa Bella, la vivaracha Jennifer y Vicki) dicen que Arty fue al camión de las gemelas en cuanto éstas recobraron el conocimiento, cuando despertaron tras su captura en el consultorio del ginecólogo.

«Su Deformidad, la Aleta Poderosa, fue a leerles la cartilla. Él es todo poder y sabiduría, y ellas se le echaron encima.»

«Solo Elly. Se le tiró encima. Quería morderle la yugular. Iphy no pudo contenerla. Esta Elly es una auténtica fiera cuando se lanza.»

«Arty había ido solo, ¿sabe? Solo con esa enana de Oly para que le empujara la silla. Oly llama a gritos a los guardas y se abalanza sobre Elly, para tratar de separarla. Si la sorprende sin sus

gafas de sol ya lo verá. Tiene un ojo a la funerala.»

«Se habla de una semana de cierre. La primera vez en más de dieciocho años que esta feria permanece tanto tiempo sin abrir. Unas vacaciones siempre vienen bien. Por mí, nada que objetar.»

Hoy he encontrado a Chick aplastando hormigas en el suelo. Me ha sorprendido mucho. Por lo general, es un chico muy dulce. Más de una vez lo he visto andar con cuidado para no pisar ningún bicho. Si mata alguno sin querer, luego se pone malísimo.

Yo había salido a echarle un vistazo a la granja de gusanos, y oí unos golpes sordos en la parte de atrás. Y ahí estaba Chick, pisoteando un pequeño hormiguero. Rostro enrojecido, ojos brillantes, respiración entrecortada. Al verme llegar, ha parado, ha bajado la vista al suelo y se ha puesto a berrear. Un chiquito larguirucho de solo diez años, sollozando a voz en cuello como si el corazón quisiera salírsele por las orejas.

Lo he cogido en brazos y lo he llevado hacia el depósito de agua.

He metido el pañuelo bajo el grifo, le he lavado la cara y he esperado a que amainara la tormenta.

Él se ha apoyado en mi rodilla y ha tratado de dominarse. He de reconocer que me ha conmovido. Un chico valiente de verdad. Luego, he empezado a hacerle preguntas, pero no he podido sacarle gran cosa.

El meollo del asunto: él intenta «ser bueno y ayudar, pero parece que todo acaba saliendo mal» y «no le sirve de nada a nadie y al final le hace daño a la gente en vez de ayudarla». Dura carga para un chiquillo.

En lugar de ir directamente al grano, le hablo de todas esas extravagantes historias que se cuentan en la feria acerca de él. Le resulta muy violento. Se cierra como una almeja. Al final, dice: «No

se explican cómo es que todos mis hermanos son especiales y yo no. Se inventan cosas, las cosas más increíbles, para que yo también parezca especial».

Puede que esta gente empiece a afectarme los nervios. Puede que haya estado demasiado cerca de demasiadas explosiones potentes y los minúsculos desgarrones de mi cerebro estén extendiéndose hacia la demencia pugilística. *Puede que solo sea mi espíritu de contradicción*.

Pero el caso es que la explicación de Chick fue una réplica exacta de lo que yo mismo he venido diciéndome desde el principio. Sin embargo, al decirlo él en los mismos términos, no me creí ni una palabra. ¿Qué mierda tiene él que ver con esa gorda de la doctora P.? ¿Cómo es que un chaval de diez años se encarga de la anestesia en todas las operaciones? Algunos de los mutilados aseguran que por la mascarilla solo sale aire, y que la verdadera anestesia es el propio Chick. ¿Cuántas veces he oído decir a alguien que su dolor había desaparecido en el mismo instante en que se acercaba Chick? Durante mi operación, no sentí ninguna molestia, pero tampoco advertí nada extraño en Chick. Tan solo estaba allí. La próxima vez me fijaré más.

Conque así estoy ahora, insinuando la existencia de poderes paranormales, dotes curativas o alguna chorrada por el estilo. El chico no es más que un chavalín insulso que arrastra un complejo de inferioridad por no ser un fenómeno de feria como su hermano y sus hermanas. Y esto lo compensa con una exagerada sensibilidad de idiota que casi llega al martirio. Un perfecto primo. Capaz de cualquier cosa con tal de agradar. Aunque bien sabe Dios que cualquiera que tenga a Arty por hermano ha de encontrarse con graves problemas para conservar su propia estima.

El crío me ha dicho que cree que, cuando muera, todas las criaturas a las que alguna vez ha hecho daño estarán esperándole, acechándole, enfadados todavía por el daño que él les infligió... Me ha dicho que estaba paseando tranquilamente cuando ha pisado el

hormiguero sin darse cuenta. Su estado de ánimo parece ser «he vuelto a fracasar, como de costumbre». Así que se le han cruzado los cables y le ha dado un ataque de furia contra el hormiguero.

Ike Thiebault, el guarda, está sentado en una tumbona plegable de plástico amarillo junto a la puerta del camión de las gemelas, y saluda apaciblemente con una inclinación de cabeza a cualquiera que entre o salga del camión de los Binewski o del de Arty. La plataforma o «porche» portátil, donde se encuentra Ike, tiene unos peldaños en un extremo y una rampa lateral para la silla de Arty. Se supone que cuenta también con una cubierta plegable articulada para protegerla de las inclemencias del tiempo, pero los Binewski nunca se deciden a instalarla.

Hoy —hacia las 10 de la mañana o así—, Jenny, la vivaracha, la pelirroja que protesta por tener que teñir su cabello «rubio miel», sube los peldaños con un cargamento de revistas y catálogos.

—Ike, guapo, esto es para las gemelas. Tengo que entregárselo —anuncia. Ike, que está enfrascado en la lectura de un libro práctico que le promete revelarle un método para hacer fortuna en sus horas libres, se pone en pie un tanto apurado.

—No puede entrar nadie, Jenny. Ésas son las órdenes.

—Son unos catálogos que acaban de llegar con el correo. Solo ropas y chucherías. Nada malo. Las gemelas los necesitan para seleccionar sus compras. —Jenny hace girar su desnudo y atezado hombro y se muestra ligeramente provocativa. Ike no es en absoluto inmune, pero está atado por el deber.

—Los únicos que pueden entrar o salir son la señorita Oly y el señor Arty. Ésas son mis órdenes.

—Bueno, Ike, pues mételos tú. Da lo mismo. Las chicas están esperando estos catálogos. Los encargaron hace seis semanas. Dáselos tú.

—Vas a pensar que soy tonto, Jenny, pero no puedo. Ni siquiera yo puedo entrar.

—¿No puedes llamar a la puerta y darles los catálogos sin tener que entrar? —Las cejas de Jenny expresan una cortés pero algo desdeñosa suspicacia. Ike se ofende.

—Escucha, llama a la puerta de Arty y pregúntaselo a él.

Jenny retrocede al instante.

—Los dejo aquí, Ike. Cuando venga la señorita Oly, pregúntale si sería tan amable de entregar estos catálogos a sus hermanas.

Las 2 de la tarde. La feria está vibrando como una ruidosa música de fondo.

Crystal Lil sale a trompicones del camión de los Binewski cargada con un bulto de ropa verde mar. Lil ha adoptado hace poco «un calzado razonable» como parte de su imagen de «abuela», pero todavía no se ha acostumbrado a los tacones bajos y tiende a caminar de puntillas. Es la primera vez que la veo con gafas fuera del camión. Se la ve enérgica y jovial; no cabe duda de que acaba de tragarse una o dos pastillas estimulantes. Extiende la mano para llamar a la puerta de las gemelas, y el pobre Ike, el guarda, se levanta de un salto y comienza a farfullar:

—Lo siento mucho, señora...

El resto no alcanzo a oírlo. Es evidente que no piensa dejarla entrar con las gemelas. Ella se muestra incrédula. Él, turbado. Parar a la pelirroja es una cosa, y otra muy distinta impedir la entrada a la Jefa. El cuerpo de Lil se envara cuando capta plenamente el mensaje. De pronto, parece muy vieja, como abrumada por trescientos años de férrea maternidad. El guarda se encoge, arrastra los pies, y, sin osar mirarla a la cara, parece indicarle que se dirija a Arty. Ella avanza hacia la puerta de Arty arrastrando tras de sí el tejido verde azulado, que revela su forma al desenrollarse tras ella: un vestido premamá con los cuellos y cuatro brazos, el dobladillo prendido con alfileres, las costuras sin terminar. La puerta de Arty

permanece cerrada. No hay respuesta. Lil recoge el vestido en una bola arrugada y regresa penosamente a su propio camión. Sus cabellos, más que blancos, hoy me parecen grises.

22

Nariz incordia a cara, labio desaparece

Arty ordenó que desmontaran la carpa de las gemelas. Zephir McGurk se puso a pensar la forma de aprovechar los materiales para ampliar la carpa de Arty. El remolque escenario de las gemelas siguió en su lugar, cerrado como para viajar. El piano de conciertos empezó a acumular polvo.

Crystal Lil se enojó mucho. Papá pasó horas y horas tratando de calmarla. Ella decía que las gemelas habían sido «clausuradas». Él utilizó la palabra «sabático».

—Estarán ocupadísimas con el bebé —aducía él—. ¿Te acuerdas de lo mucho que te cansabas? Son unas chicas fuertes, pero, Lily, ya empieza a notárseles el embarazo. No pueden salir a escena con esa barriga. Habría alborotos en las carpas. Investigaciones.

—Al, todavía no han cumplido diecinueve años. Si dejan ahora de trabajar, quedarán a la deriva. No deben estar ociosas. Además, ¿por qué no puedo verlas? Me necesitan.

—Es un período de adaptación. Para que se hagan a la idea de la maternidad.

—A mí eso me suena a una frase de Arty.

El compartimento de seguridad desde el que se vigilaba el salón de Arty volvía a estar a mi cargo. El catre había sido retirado y solamente el elevado taburete y la pistola ocupaban el cubículo vacío. Aún podía oler la medicina y el sudor y el leve hedor a descomposición que el Hombre del Saco había dejado tras de sí. Me

acomodé en el taburete y contemplé el cuarto de Arty a través del espejo unidireccional. Poco a poco, se me fueron quedando dormidas las piernas: hasta el culo, en realidad. Entumecidas e inútiles. Pero tenía suerte. En el exterior estaba lloviendo a cántaros, y la amiguita de Arty para aquella noche permanecía sentada en el depósito de propano, bajo la ventana, sosteniendo un empapado periódico sobre su cabeza. Para cuando la dejara entrar, parecería una zarigüeya pringosa en lugar del pulcro chochito que era. No recuerdo su nombre. En aquella época, todas se llamaban Didi o Lisa o Sufi. Arty las elegía de entre los *normas* que aullaban tras la valla cuando salía de la carpa después de una actuación. Se echaba hacia atrás, sonreía exhibiendo un montón de dientes en torno a la bombilla de control que sujetaba en la boca y rodaba hacia la cadena que les impedía el paso para que todos pudieran verlo bien. Si detenía el carrito, uno de los guardas de seguridad o yo nos acercábamos a recibir sus instrucciones.

—Aquella del corpiño rosa —decía, por ejemplo. O bien—: En este pueblo solo hay vacas. ¿Dónde habéis dicho que estábamos?

—En Great Falls —contestaba yo.

—Bueno, tráeme aquel rinoceronte con el mono de lentejuelas y el avestruz de la falda roja.

Yo cojeaba hacia la valla y él se dirigía hacia su camión.

—¿Yo? —cloqueaban cuando les hacía un gesto para que se acercaran a la valla.

—¿Yo?

Luego las dejaba esperando, ya fuera en el «cuarto verde», como Arty denominaba al automóvil familiar de McGurk, o en el depósito de propano ante su ventana. Era la única tarea que yo hubiera preferido dejar en manos de otro.

Aquella Lulú en particular tuvo que soportar un mal chaparrón de enero durante cosa de tres horas, según mis cálculos, porque Arty estaba reunido con su consejero técnico principal, la doctora Phyllis.

—Lo que de verdad me gustaría... —Arty estaba tendido sobre su cubrecama de satén, vestido únicamente con unos pantalones de algodón. Sus aletas pellizcaban y alisaban el satén. Deslizaba la desnuda piel de su cabeza sobre el suave y cálido tejido y arqueaba la espalda para hundir los omóplatos en aquella blandura.

—Dígame —musitó la doctora Phyllis. Estaba hundida en su butaca, con una pierna revestida de blanco y el correspondiente zueco blanco colgando sobre un brazo del asiento. Sus gafas destellaban entre la cofia blanca y la mascarilla quirúrgica. Contempló a Arty fijamente, sin duda diseccionando mentalmente sus articulaciones de la cadera y el hombro.

—Me interesa la publicidad de separar a las gemelas —dijo Arty. La doctora Phyllis emitió un gruñido.

—No es posible. Ya se lo dije hace años.

Arty bostezó y se agitó.

—Bueno, había supuesto que se mantendría usted al corriente en cuanto a nuevas técnicas y adelantos.

La doctora P. no se dio por aludida.

—No es cuestión de técnica. Es la forma en que están construidas.

Arty rodó sobre su vientre y la miró a la cara.

—¿Y si estuviera dispuesto a sacrificar a una de ellas para conservar a la otra?

—¿A cuál de ellas? —inquirió la doctora Phyllis dulcemente.

Arty sonrió.

—Da lo mismo.

Unos días más tarde, llegué al camión de Arty cuando la señorita Z. se disponía a marcharse. Ella blandió una carpeta en mi dirección, a modo de saludo, y alcancé a ver las palabras «Dime Box» en la cubierta. Arty estaba en su modo joven ejecutivo agresivo, pero, en cuanto la señorita Z. se hubo retirado, le pregunté qué significaba aquello.

—¿Te acuerdas de Roxanne? ¿La del taller de motos en Dime Box?

—¿La chica de Horst con tetas de cuero y risa atronadora?

—Ahora dirige el hogar P.A.P. de Texas. Una finca de tres hectáreas y media en las cercanías de la vieja Dime Box. Solo lleva tres meses en funcionamiento, pero ya está haciéndose muy popular.

La doctora P. y Chick estaban a punto de llegar, conque me instalé en la cabina de seguridad. Me encaramé al taburete e intenté respirar por la boca para diluir el olor a medicinas.

La doctora P. se sentó tan erguida que su rolliza espalda ni siquiera llegó a rozar el oscuro respaldo acolchado de la butaca de las visitas. Chick se arrellanó sobre la alfombra, con un zapato desatado y ambos calcetines arrugados. En su rodilla, un lápiz pequeño permanecía en posición vertical sobre su afilada punta. El lápiz comenzó a oscilar con la regularidad de un metrónomo, cambió de ritmo para ejecutar una breve jiga y en seguida inició una danza de cuatro por cuatro en el espacio de una uña sobre su rodilla recubierta de vaquero.

Arty se inclinó sobre su escritorio y examinó a Chick con aire reflexivo. Arty con su chaleco gris, Arty con su camisa de cuello blanco y su corbata de seda negra. Arty con los finos huesos de sus aletas apoyados sobre la brillante madera del escritorio. Arty con su esférico cráneo claramente visible bajo la piel y una vena azulada latiendo sobre su oreja. Cuando por fin le dirigió la palabra a Chick, su voz estaba cargada de ternura.

—La doctora Phyllis me ha dicho que no te complace mi plan para las gemelas.

Los ojos de Chick se alzaron fugazmente hacia el rostro de Arty y volvieron a posarse en el lápiz. Arty también bajó la vista.

—Cuéntame, Chick.

La doctora P., con las manos enguantadas de blanco inmóviles sobre su amplio regazo, parpadeó tranquilamente hacia la pared a espaldas de Arty y siguió muy erguida en su asiento. El lápiz cayó de

la rodilla de Chick y rodó sobre la alfombra. Chick se enderezó y se abrazó las rodillas.

—No está bien. No está bien, Arty. Tú ya lo sabes.

El rostro de Arty, enrojecido e inmóvil, reflejaba este conocimiento.

—Si lo haces... —Chick se lo quedó mirando, atónito, como si acabara de descubrir algo—. ¡Si lo haces, ya no voy a quererte, Arty!

Lo que tanto había asombrado a Chick no fue ninguna sorpresa para Arty. No ser querido era para él una circunstancia familiar, y de inmediato puso en funcionamiento sus habilidades de siempre.

—Pero, Chicky Licky, hijo mío, si no pasa nada. Me parece muy bien. Es natural que tu sensibilidad infantil se sienta ofendida. No puedes evitar ser un *norma*, y te comprendo perfectamente. Pero no tiene la menor importancia. No, no importa lo más mínimo si me quieres o no, Chick mío. ¡Porque yo sí que te quiero!

Cuando Chick y la doctora P. se marcharon, le pregunté a Arty qué mierda iba a hacerles la doctora a las gemelas. Con aire despreocupado me respondió que solo iba a «deshacerse del parásito». Di por sentado que se refería a un aborto, y que era la muerte del feto lo que angustiaba a Chick.

Le conté que Chick podía percibir los deseos de nacer del bebé. Arty se recostó en su asiento y me administró una dosis de silencio. Ahora, al volver la vista atrás, creo que debía de estar riéndose por dentro al verme opinar sin demasiada convicción, y tal vez sin mucho sentimiento, en una dirección equivocada.

—Vete, Oly —dijo al fin, y se volvió hacia la pila de papeles que aguardaba sobre el escritorio. Su expresión de fatiga me pareció calculada para rebajarme al nivel de una babosa. Me enfurecí.

—¿No estarás tragándote tus propias trolas, Arty Binewski? ¿Acaso has olvidado que solo eres un fenómeno de pacotilla con un montaje para sacarles los cuartos a los bobos?

—¡Largo de aquí! —ladró.

Me fui.

Un apesadumbrado Chick me explicó que no podía revelarme cuál era el proyecto para las gemelas. No podía y no quería.

—Puedes hacerme llorar —admitió—, pero no podrás hacer que te lo cuente.

Avergonzada, lo dejé a solas.

Arty se negó a dejarme entrar en su camión durante una semana entera. La señorita Z. o uno de sus aprendices salían a la puerta y me informaban:

—Arturo no desea verte.

Además, en todo ese tiempo, los guardas no me dejaron ver a las gemelas. Cuando les llevaba la comida, Ike, o Mike, o quienquiera que estuviese de centinela ante su puerta, recogía la bandeja de mis manos y me entregaba a cambio la bandeja sucia de la anterior comida. Las notas que ocultaba bajo los platos —e incluso una vez dentro de un sándwich de pavo— eran descubiertas ante mis propios ojos y devueltas sin mediar palabra. Dentro, con las gemelas, estaba una de las damas arturanas. El guarda llamaba a la puerta, y aquella especie de fantasma abría e intercambiaba las bandejas.

Finalmente, escribí «me rindo» en una hoja de papel y se la entregué a la novicia que abrió la puerta de Arty. Al poco rato, regresó para pedirme que entrara y me asegurase de que las gemelas se alimentaban bien y no estaban echando la comida por el retrete.

Arty me permitió ocuparme otra vez de sus tareas. Pero no me hablaba. Estaba completamente absorto con sus idiotas seguidores, y no traté de forzarlo. Me había impresionado mucho descubrir que no me necesitaba, que podía excluirme por completo de su vida y no echarme nunca de menos. Tenía a toda aquella gente que bailaba a su son. Para mí, solo existía Arty.

Él no nos necesitaba.

Vi cómo este mensaje se imprimía más y más profundamente en las gemelas. Elly siempre lo había sabido, pero para Iphy fue una novedad. No es que ellas me lo dijeran así. No lo hicieron.

Al principio, traté de prevenirlas:

—Escuchad —les rogué—: Arty está planeando un aborto.

Ambas me miraron. Elly graznó. Una áspera risotada burlona.

—No caerá esa breva —replicó. Fue lo último que me dijo.

Yo era el enemigo, o lo más próximo al enemigo que quedaba dentro de su alcance. Cuando estaba con ellas, permanecían en silencio. Elly nunca hablaba. Iphy decía «por favor» y «gracias» cuando les llevaba la comida y hacía la limpieza. Nunca comían delante de mí. Cada vez estaban más delgadas. Sus ojos, ocultos en las violáceas cavernas de sus cuencas, tenían una apaleada profundidad. Las gemelas no se vestían. Rehusaban bañarse. No se lo dije a Arty; no quería causarles más problemas. Por lo que yo sabía, se pasaban el día recostadas sobre los almohadones de su enorme lecho. No leían, no ensayaban, no estudiaban. Pero el conocimiento iba creciendo en el rostro de Iphy y endureciéndose en el de Elly. Sabían lo que yo ignoraba.

Nunca había pensado en lo anchas que serían las gemelas, tendidas la una junto a la otra. En una camilla normal, sus cabezas y sus hombros sobresalían por los costados. La doctora P. hizo que cuatro novicios desmontaran la puerta posterior de uno de los camiones.

Estábamos sujetándolas con correas sobre una puerta cuando Elly abrió los ojos y me miró. Un pavoroso interrogante le arqueó las cejas hacia la frente. Sus pupilas se contrajeron en el iris morado, pero los párpados le pesaban y no tardaron en cerrarse, alisando los surcos de la frente. La doctora P. se inclinó para tocar la garganta de Elly con una mano enguantada.

—Me gustaría saber —aventuré con nerviosismo— si es la misma puerta en que operó al caballo.

La cabeza de la doctora, revestida de blanco, giró hacia mí como la torreta de un tanque.

—¿Se acuerda de aquel caballo con los cascos podridos?

Hizo un gesto de cabeza en dirección a los novicios. Con un hombre de bata blanca en cada esquina de la puerta, empezaron a avanzar. Para poder salir, tuvieron que ladear la puerta hasta ponerla casi vertical. Las gemelas pendían de las correas, su cabello al aire.

Arty esperaba fuera, en la oscuridad, con un guarda junto a su silla de ruedas.

—Un momento. Quiero verlas.

Una potente linterna derramó un cono de fría luz blanca sobre las tinieblas. Arty se inclinó hacia delante para examinar a las gemelas dormidas.

—¿Qué les pasa? —inquirió con adustez—. ¡Tienen un aspecto horrible! ¡Están enfermas!

—¿Y qué esperaba? —replicó la doctora P.—. ¡Llevan meses encerradas!

—Pero el cabello... Podían lavarse. —Su voz sonó chillona y quebradiza. Los novicios lo miraron con inquietud.

—Arty. —Le toqué el hombro, y su rostro se apartó de las desmadejadas durmientes. La luz se apagó y en seguida reapareció más adelante. La doctora P. bajó la rampa, seguida de los forcejeantes novicios. La silla de Arty se puso en movimiento, y yo fui tras él.

Aguardamos en el exterior mientras ladeaban otra vez a las gemelas para introducirlas en el camión quirófano. La doctora P. volvió a salir para un último comentario.

—Desearía hacer constar una vez más que no considero que sea la hora más adecuada para este tipo de trabajo. Prefiero empezar a las nueve o las diez de la mañana. A estas horas de la madrugada, la vitalidad de casi todos los pacientes se halla en su punto más bajo.

—Sí, bueno, y yo preferiría que no las hubiera dejado tiesas —respondió Arty con voz estropajosa.

—Sedadas.

—Empiece de una vez.

La puerta se cerró a espaldas de ella y la silla de Arty comenzó a rodar en la oscuridad.

—Aún pasará un rato mientras se lavan y lo ponen todo a punto —masculló él—, pero quiero ir situándome para ver los preparativos.

—¡Huy, Arty! —exclamé, bamboleándome en pos de él—. ¡No podemos mirar! ¡Esto no! —Yo seguía pensando en un aborto—. No puedo verlo.

Pero él ya había arrimado la rueda de la silla al parachoques del camión y estaba trepando al primer peldaño de la angosta escalera que conducía al observatorio sobre el quirófano.

—No tienes por qué mirar. Yo sí. —Se apresuró a subir.

Me alejé y empecé a dar vueltas y más vueltas en torno a los camiones, anhelando la compañía de papá y mamá, que roncaban en sonoro contrapunto. Aun con las ventanas cerradas, los oía claramente. Les había servido el cacao de antes de acostarse con las mismas gotas que había vertido en los vasos de leche de las gemelas.

DEL DIARIO PERSONAL DE NORVAL SANDERSON

La adorable doctora P. no se muestra afectada en lo más mínimo por haber hecho una chapuza con la lobotomía de Electra. Tras haber reducido a esta brillante criatura a un estado permanente comparable al líquido rezumar de un calabacín podrido, la buena doctora está más inspirada que apenada.

La doctora Phyllis tiene una voz como la brisa del Antártico, pero es una voz joven; más joven que su cuerpo, quizá por lo poco y por lo cuidadosamente que la utiliza. Ahora habla más a menudo, con más gente. Se ha convertido en una glacial evangelista de la

nueva causa. Con frecuencia la veo acechando al personal de la oficina arturana, sermoneando severamente a los novicios, administrando admoniciones a los más elevados.

Su mensaje es claro y sucinto: la lobotomía es el atajo definitivo hacia el P.A.P. Según ella, Arturo está torturando a sus seguidores con prolongadas y costosas amputaciones graduales. A aquellos que se esfuerzan por emular su ideal, les niega el acceso eficaz, indoloro y prácticamente instantáneo a la Paz, el Aislamiento y la Pureza que ella está en condiciones de ofrecer. ¿Por qué esperar?, pregunta la doctora. ¿Por qué sufrir picores en miembros que ya no se poseen? ¡Un solo corte! ¡Un corte profundo! ¡Un corte que surta efecto!

Y que me aspen si no está organizando un buen alboroto. Los novicios empiezan a murmurar. Los más elevados agitan sus muñones y formulan belicosas preguntas. La doctora P. está fomentando un cisma radical en la Iglesia arturana.

Arty tiene que hacer frente a una revolución, ¿y dónde está? Lamentándose por su amor perdido; no Elly, sino Iphigenia. Trata el asunto con gran sutileza: solamente se interesa por su salud y su paradero como una docena de veces al día. Los prismáticos que ha montado en un trípode giratorio ante su ventana le sirven, según dice, para tener vigilado a su rebaño. Jamás los utilizaría para contemplar los dolorosos avances de la pálida Iphy en su camino hacia el Sumidero, con el inflado vientre que tira de ella hacia delante mientras se esfuerza por mantener en equilibrio al fláccido monstruo que le brota de la cintura. Con un brazo estirado para no perder el equilibrio, va arrastrando la poco fiable pierna del lado opuesto.

La opinión general respecto a Arty no es unánime: hay quienes lo ven como un gran filántropo y quienes lo consideran un reptil implacable. En un momento u otro, yo mismo he defendido casi todas las opiniones comprendidas entre estos dos extremos. Ahora, al comprobar cómo Arty languidece por Iphy, he empezado a verlo como un tipo cualquiera: celoso, amargado, posesivo, competitivo, constantemente acuciado por la necesidad de disimular su falta de

propia estima, asfixiado por un amor letal y absolutamente incapaz de librarse de las brasas del infierno en su desesperada búsqueda de venganza.

Con su laconismo habitual, el inapreciable Zephir McGurk me informa en mitad de una partida de damas (juego en el que su laboriosa y metódica integridad se revela inexpugnable) de que Arty le hizo diseñar un sistema de escucha que conecta el camión de las gemelas con una grabadora en la consola de Arty. Puede oír todas las palabras, todos los movimientos.

Me parece deprimente. La idea de Arty sentado hora tras hora, acechando el ruido de unos pasos, el volver de páginas, el agua del retrete, el susurro de un peine entre los cabellos... La conversación de Elly ha quedado reducida a la sílaba mmmmmmm, *e Iphy no está de humor para canciones. El piano está cubierto de polvo (según McGurk) y Arty escucha cómo su hermana se lima las uñas*.

La doctora P. se siente frustrada por la ineficacia del método de Arty. Le comenté la teoría de Arty acerca de la adaptación y la constante renovación del compromiso. «Hay que respetar —le dije— el interés de Arturo por que los Admitidos adquieran una comple - ta comprensión. Si cada elevación es un paso voluntario y bien meditado, aquellos que tengan dudas pueden retirarse en cualquier momento.»

Pero ella comenzó a contabilizar las horas que ya había perdido solo para amputarme cuatro dedos de los pies, y las horas que debería dedicar a los que aún me quedaban, y eso solo me situaría en el primer nivel de elevación, mientras que, si se le permitiera actuar con eficacia, podía llevarme «directamente al interior tras apenas una hora en el quirófano».

Su rostro quedó totalmente húmedo de tantas efusiones, y el último estallido le empañó los cristales de las gafas. «¡Y ahora quiere añadir la lobotomía al final de todo! ¡Está pensando en hacer venir a todos los ya completados! ¡Quiere que vuelvan del hogar de reposo,

unos pocos cada vez, para que les haga una operación más! Todos los días me paso de ocho a diez horas en el quirófano. Los guantes están empezando a producirme una reacción alérgica, a menos que sea el jabón. Se me despellejan las manos y se me hinchan los nudillos.»

Tuve el buen sentido de abstenerme de sugerirle que contratara a otro cirujano para que la ayudara.

Dice que Iphy está llevando el embarazo satisfactoriamente, pero que quizá dé a luz gemelos. Le pregunté por Chick, que en estos últimos tiempos presenta un aspecto lamentable. Dice que está deprimido y que le ha recetado un complejo vitamínico B, zinc y estimulantes. «La panacea definitiva es el ejercicio... Oxidación de las impurezas y todo eso», concluye.

Esta mañana he hablado con Chick, detrás del remolque de las fieras. Estaba saltando sobre un neumático viejo abandonado en el polvo, con los pies desnudos apoyados en los lados opuestos, las manos en la cabeza, el mono ondeando sobre su flaco cuerpecito. Los tirantes del mono pendían sobre sus hombros desnudos, exagerando la delgadez de un cuello no más grueso que mi muñeca. Se mostró tan cortés como siempre, pero pensaba en otra cosa. Su rostro vuelto hacia mí tenía un aire famélico y arcaico. Me explicó que estaba «esperando a Iphy». No, hoy no trabajaba, porque la doctora tenía que asistir a reuniones y pronunciar discursos. (Ésta fue mi primera noticia de la huelga quirúrgica de la doctora P.)

Quería interrogarle acerca de algunas de las «historias de Chick» que se cuentan por la feria, pero entonces llegó Iphy con pasos vacilantes, cargando con la babeante Elly. Chick saltó del neumático, se despidió con un «hasta luego» y corrió hacia ella. La rodeó con un brazo, embutió su hombro bajo la axila de Elly para ayudarla a sostener su peso muerto y se alejaron los tres. ¿Los dos? ¿O contamos también la hinchada barriga y decimos los cuatro?

Vi al escuadrón de Arty desfilando por el campamento, y crucé la valla para unirme a él. Su forma de inclinarse hacia delante creaba una ilusión de velocidad mientras la silla zumbaba y gruñía sobre los surcos y la hierba seca del campamento arturano. Sus solemnes novicios no osaban tocar la silla a menos que él mismo se lo ordenase.

Se detuvo ante la portezuela abierta de un polvoriento automóvil de cuyas ventanillas pendían harapos blancos tendidos a secar.

Dentro, en el asiento posterior, reposaba un individuo elevado con brazos que terminaban en sendas masas de vendas a la altura de los codos y una pierna cercenada por la rodilla. La afelpada tapicería del coche desprendía nubecillas de polvo cada vez que el hombre se agitaba ligeramente en el asiento.

Arty se asomó al interior y saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Tiene usted todo lo que necesita?

El hombre de los muñones, sobresaltado, se meneó y extendió el cuello.

—¿Arturo? ¿Señor? —El blanco de sus ojos refulgió en la penumbra.

El cráneo de Arty brillaba bajo el sol.

—¿Lo tratan bien? ¿Necesita algo?

—Bueno, ese muchacho que debería atenderme... No es por quejarme, pero siempre anda por ahí perdido. Ayer no pude aguantar más y me oriné encima, y cuando él llegó, ¡que me cuelguen si no estaba ya todo escocido!

Arty profirió una risita entre dientes y asintió con un gesto.

—Parece que necesita usted un sustituto. ¿Cómo se llama el muchacho?

—Jason. Pero es un buen chico. Demasiado joven, nada más.

Arty hizo girar la silla y contempló inquisitivamente a su séquito.

Una docena de espaldas se enderezaron y una docena de caras trataron de parecer inteligentes y bien dispuestas.

—¿Quién servirá a este elevado? —preguntó Arty. Las manos se alzaron, con los cinco dedos extendidos para mostrar su condición de servidores.

—Señorita Elizabeth —decidió Arty. La mujer dio un paso al frente, el blanco atuendo abullonado sobre su cuerpo rollizo, el cabello recogido en un moño en la nuca. Treinta y cinco años. Algo había muerto en sus blandas facciones.

—¿Tal y como usted espera ser servida? —inquirió Arty.

—Cuando llegue mi turno —suspiró la señorita E., llena de dedos en todas sus extremidades.

—Cuando aparezca ese muchacho, Jason, envíemelo.

La señorita E. se desgajó del grupo, trepó al asiento delantero del automóvil y comenzó a hurgar en una bolsa de papel llena de ropa, separando la sucia de la limpia.

El elevado, tendido en el asiento de atrás, agitó los muñones y estiró el cuello hacia la ventanilla, sombreada por los vendajes lavados que se secaban al sol.

—¡Como eres tú! —gritó el elevado. Arty asintió, hizo girar la silla y siguió adelante.

A esto lo llama hacer la ronda. Es una innovación, probablemente inspirada por la agitación de la doctora. Fui siguiéndolo por entre carpas y camiones y furgonetas descubiertas con mosquiteras y sacos de dormir en la plataforma de carga.

Él regañaba a unos, consolaba a otros, hacía las paces, trasladaba a la gente de un empleo a otro, de un rincón del campamento a un lugar más tranquilo. En la gran carpa comedor, habló con los cocineros para asegurarse de que hubiera disponible un menú vegetariano para aquellos que lo desearan. Constantemente despachaba mensajeros de su pelotón de discípulos para transmitir órdenes o entregar mensajes. Se pasó más de tres horas deambulando entre los papanatas, los quejicas, las sanguijuelas, los pobres de espíritu y la buena gente que componía

su congregación. Terminó regresando a su propio camión, con aspecto fatigado y juvenil. Yo mismo empujé su silla por la rampa y sostuve la puerta para que entrara.

—Conque tiene usted una huelga entre manos —comenté mientras él entraba en el remolque. Me sonrió, y pasé detrás de él. Se dirigió directamente al escritorio y empezó a revolver papeles.

—Tengo una rebelde entre las aletas —contestó, sin dejar de sonreír—. Pero siempre he sabido que un día iba a sublevarse. No me sorprende demasiado.

—Si se niega a seguir cortando, estará usted en un brete.

Arty me miró con su inexpresiva sonrisa.

—No soy tan estúpido. Hace tres años que me ocupé de que comenzara a entrenar a su propio sustituto.

Iphy trenzaba el cabello de Elly para evitar que babeara sobre él. Iphy, con manos como las alas de un ángel, peinaba y alisaba los largos mechones relucientes mientras Elly permanecía recostada sobre ella. La cabeza de Elly pendía hacia el suelo desde el extremo de su cuello, demasiado largo, demasiado delgado, y sus ojos parpadeaban fijos en los cojines del sofá.

Iphy enroscaba luego las largas trenzas en sendas espirales negras y las fijaba con gomas sobre las orejas de Elly antes de dedicarse a su propia cabellera. Iphy atraía hacia sí el fláccido e inexpresivo rostro de su hermana y lo lavaba cuidadosamente con una esponja, alisando las cejas y sujetando la mandíbula inferior para cerrarle la boca, de manera que, por un instante, parecía de nuevo Elly. Hasta que Iphy la soltaba y el rostro se descomponía de nuevo.

Horst nos condujo hasta la pradera y aparcó la camioneta sobre la hierba blanqueada por el polvo. Mamá ayudó a bajar a Iphy y yo le entregué los cubos de plástico.

—Vosotras dos siempre habéis tenido unos dedos muy veloces —parloteaba mamá—. Muy veloces. Pero Oly y yo haremos nuestra parte lo mejor que podamos.

Horst se apoyó sobre la carrocería con un bastón en la mano, por si aparecía alguna serpiente, pero no tardó en adormecerse bajo el sol como uno de sus felinos.

Mamá se irguió ante los arbustos de moras, cubiertos de polvo, extendió una mano hacia las punzantes espinas del zarzal y comenzó a tararear una melodía. Los dedos de Iphy no eran veloces. Con la misma mano que sostenía a Elly sujetaba el cubo sobre su inflado vientre, y con la otra arrancaba dócilmente las calientes y oscuras moras, haciendo caso omiso de las irregulares líneas rojizas que las espinas trazaban en sus brazos y piernas. Llevaba mucho cuidado con Elly, la mantenía bien apartada de las zarzas, tambaleándose con torpeza, enredándose los desnudos tobillos entre las ramas, trabajando lentamente. Yo avanzaba pesadamente a mi ritmo, recogía moras y me arañaba los brazos.

El sol descendía y el polvo se levantaba, y cada poco rato la chillona vocecilla de mamá nos llegaba desde bastante lejos. Iphy me llamó:

—Tengo que sentarme.

Cuando llegué a su lado, estaba sujetándose de una gruesa rama colgante. Cogí su cubo y me agazapé bajo Elly. El bamboleante rostro vacío giró hacia mi cabeza cuando Iphy comenzó a volverse muy despacio. Nos alejamos del zarzal.

—En la hierba estaré bien —apuntó Iphy. Pero la conduje hacia la breve sombra que proyectaba la camioneta. Ella se dejó caer al suelo y tiró de la cabeza de Elly para dejarla apoyada sobre su hombro.

—Solo necesito descansar un poco. Tanto rato de pie bajo este sol...

Horst estaba bien despierto, parpadeaba y revolvía el polvo con su bastón, fingiendo no haberse dormido en ningún momento. Regresé en busca de mamá.

Más tarde, en la cocina de nuestro camión, mamá enjuagó el cubo para limpiar las manchas azules y retiró alguna que otra araña, oruga o ramita suelta que se había colado entre las moras.

—No es lo que solemos recoger, pero podemos volver mañana. Con esto tenemos bastante para seis u ocho botes.

Las moras comenzaban a hervir en la olla. Mamá hundió la oscura cuchara de madera en la espumeante masa y la agitó en lentos círculos.

Apoyé mis acalorados brazos sobre la mesa y dije:

—Será mejor que Iphy no venga mañana con nosotras. Hoy se ha cansado mucho. —Percibía el olor de las moras y del sudor de mamá, y veía el latir de las azuladas venas en la parte posterior de sus rodillas.

—Les hace bien. A las gemelas siempre les ha gustado mucho ir a buscar moras, más incluso que comérselas. Aunque a Elly le encanta esta mermelada.

—A Elly ya no le gusta nada.

Las rodillas se pusieron rígidas, y alcé la vista. La cuchara estaba inmóvil. Mamá miraba fijamente la olla.

—Mamá, Elly ya no existe. Iphy ha cambiado. Todo ha cambiado. Toda esta historia de las moras, de preparar grandes comidas a las que no acude nadie, pasteles de cumpleaños para Arty... Es absurdo, mamá. No sigas fingiendo. Ya no existe la familia.

Y entonces me golpeó con la cuchara. Restalló con fuerza sobre mi oreja, y el jugo morado formó un reguero sobre la mesa. Mamá se me quedó mirando aterrorizada, con la boca y los ojos muy abiertos por el miedo. La contemplé con la mandíbula colgando y, de pronto, eché a correr.

Fui al camión generador y trepé a la cubierta del motor para sentarme junto al abuelo. Era la primera vez que mamá me pegaba, y sabía que me lo había merecido. También sabía que mamá estaba demasiado ida para comprender por qué me lo había merecido. Había descargado el golpe en un reflejo de fiera ante la blasfemia.

Pero yo creía que Arty nos había vuelto la espalda, que las gemelas estaban acabadas, que Chick andaba perdido, que papá era débil y tenía miedo, que mamá vivía en las nubes y que yo era una adolescente decrépita abandonada en las ruinas, viendo cómo se derrumbaban las vigas y calentándome con el humo de la cremación. Así era cómo me sentía, y necesitaba compañía. Odiaba a mamá por estar tan ausente como para maltratarme. Y puede que aún sobreviviera en mí lo bastante de mi corazón infantil como para hacerme creer que solo con que ella quisiera abrir los ojos sería capaz de recomponerlo todo de nuevo como si se tratase de un juguete estropeado.

Pasó una pelirroja, apuñalando el polvo con sus tacones altos. Me miró. Abrió la boca para decir algo, pero en seguida desvió la vista y siguió adelante.

Decidí acercarme hasta el remolque de los tragasables para charlar con el Alfiletero Humano. Llevaba unas cuantas semanas observándolo. Acariciaba la fantasía de que tal vez le gustaría huir conmigo y unirse a alguna otra feria, una feria con unas cuantas atracciones y una casa encantada, que pasara los inviernos en Florida y se tomara la vida con calma. Yo podría hacer la charla a la entrada de su espectáculo, cuidar de su ropa y su comida, llevar las luces y el sonido durante su actuación. Un Alfiletero joven que acabara de independizarse podría hacer muchas cosas peores que aceptarme como pareja. Y, si me esforzaba, tal vez me dejara dormir estrechándolo toda la noche entre mis brazos y mis piernas. Además, tenía la impresión de que al Chico de los Alfileres le caía bien. Se reía de mis bromas e incluso una vez vino a buscarme mientras estaba dándole un masaje a Arty.

Cualquiera creería que a lo largo de mi vida había visto desfilar por la Fabulonia toda clase de enanos y contrahechos. En realidad, cosas que pasan, muy rara vez pude ver a nadie como yo. Aunque

tuvimos, eso sí, el surtido habitual de chicas mono, hombres cocodrilo y un interminable rebaño migratorio de gordos y gigantes.

Mamá solía decir que los gordos estaban pasados de moda porque uno de cada diez culos que se veían por la calle era más voluminoso que el nuestro. La gente los veía gratis en cualquier esquina. Los gigantes también se habían quedado sin trabajo, según mamá, por culpa del baloncesto y de los fármacos que daban a los chiquillos para que crecieran lo suficiente como para dedicarse a este deporte.

—Va a rachas. Pero hay cosas que nunca pasan de moda.

Los artistas del ayuno, los gordos, los gigantes y los números a base de perros vienen y van, pero los auténticos fenómenos no pierden nunca su atractivo.

Se daba la circunstancia de que el Chico de los Alfileres que se había sumado a nuestra actual *troupe* de tragasables era también jorobado. Tenía piernas y brazos normales, y una gran llamarada de pelo rojo. Era frágil como un cisne de cristal, de tez fina y pecosa, ojos castaños y expresión transparente y sincera. Se llamaba Vinnie Sweeney. Solo había cumplido veinte años, y llevaba mucho tiempo trabajando en otros números, tratando de ahorrar lo suficiente para comprarse una carpa y un transporte propios.

DE LOS DIARIOS DE NORVAL SANDERSON

Lily me guiña un ojo con aire de conspiradora y empieza a quitar el polvo de los botes que tengo sobre el mostrador y a sacarles brillo. Los gusanos se lo agradecen, sin duda. Me viene a la mente un antiguo verso: «Adorable eres, y amable con el joven retoño de hambrientos leones». Dice que hoy ha salido a dar un paseo con Iphy. Parece pasar completamente por alto la existencia de lo que resta de Elly; no la menciona para nada. Está del todo embobada con «mi nieto» y su actual forma protuberante.

Crystal Lil parece convencida de que Iphy está gestando gemelos, y ¿no sería un milagro y una bendición que fuera un par de siameses? Ella (Lily) dice que Iphy está demasiado gorda para un embarazo normal de seis meses. Iphy dice que lo único que desea es ver a Arty. Lil quiere saber si puedo hacerle el favor de hablar con Arty al respecto. «El chico está tan ocupado que ya nunca lo veo, si no es de lejos o cuando asomo la cabeza en su carpa y lo encuentro en plena actuación.»

23

El potente cañón del Generalísimo

DE LOS ARCHIVOS DE NORVAL SANDERSON

Iphigenia, preñada, abraza a su lobotomizada hermana en el sofá del camión de las gemelas. Conversación con N.S.

«¿Oly tiene novio? ¿El Chico de los Alfileres? ¿Y cómo le queda tiempo para esas cosas, si está siempre con Arty?

»Una vez estuve a punto de tener novio. Elly no se habría opuesto. Le parecía bien. Cuando hablaba con él, Elly se cerraba. Cada vez que venía a verme, ella disminuía su voltaje y se quedaba callada. Quería que la cosa saliera adelante, que nos amáramos.

»Solo era un excéntrico. Entre actuación y actuación, era muy limpio. Lavaba la ropa, plegaba pulcramente las sábanas cuando se hacía la cama. Decía que era pobre, y por eso sabía cuidar de sí mismo. Yo pensaba en lo bueno que iba a ser..., quiero decir, que una debe sentirse orgullosa de hacer la limpieza y cocinar para un hombre que sabe hacer la limpieza y cocinar. Tiene que estar bien cuidar de un hombre que es capaz de cuidar de sí mismo.

»Pero era un norma. *Al principio, me parecía guapo a pesar de que era un* norma, *pero la cosa fue a más. Al cabo de algún tiempo, lo que me atraía de él, lo que me gustaba, era que fuese tan* norma... *No sé. Como los colores, o un árbol en primavera que se recorta sobre un cielo tan azul que parece tirar de tu corazón a través de los ojos. Las cosas bonitas te mueven así, como si tu corazón fuese una colmena de abejas eléctricas. Eso sentía con el*

excéntrico. Él hizo que lo normal me pareciera hermoso. Y Elly decía que estaba bien. Quería que lo nuestro saliera adelante. Así que me lancé. Cuando lo veía, me sentía feliz. Luego empecé a necesitar hablar con él. Más tarde ya no era feliz si no estaba a su lado, si él no me hablaba.

»Se reía mucho y contaba chistes malos y pensaba ir a la universidad en otoño. ¡Se lo pasaba tan bien haciendo de excéntrico! Y tenía unos dientes largos y perfectos. Las pelirrojas decían que era un cielo. Comenzó a prestarme atención. Venía a buscarnos y hablaba conmigo. No con Elly, solo conmigo. Traía el almuerzo en una bolsa y se sentaba con nosotras. Por las mañanas, esperaba a que saliéramos y nos acompañaba a los ensayos. Pero solo hablaba conmigo. Me contaba cosas de su vida. Cosas tiernas y tristes. Y Elly se desconectaba casi del todo.

»Y ocurrió algo horrible. Pareció olvidarse de ella. Olvidó que Elly era parte de mí. Así habíamos querido que fuese. Elly se alegraba. De noche, cuando nos acostábamos, se mostraba entusiasmada. Él me tocaba. Posaba su mano en mi cabello, con mucha suavidad. Me cogía la mano. Pero vi algo en sus ojos y puse fin al asunto. Elly se enfadó muchísimo. Me mordió en el brazo hasta que las dos nos echamos a llorar. Quería alejarme de Arty. El chico no le importaba lo más mínimo, pero quería que yo quisiera a alguien que no fuese Arty. Ya conoce a Elly. Supuso que acabaría enamorándome de alguien, le gustara a ella o no, y decidió que podía manejar a cualquiera excepto a Arty. Él es demasiado para ella.

»Se enfadó muchísimo cuando rompimos. No pude evitarlo. Era una cosa que crujía y se sacudía en mi cabeza. Elly lo comprendía, pero así y todo se enfadó. Ahora lo entiendo todo mejor. No permitiré que vuelva a suceder nada parecido.

»El chico empezaba a quererme, ¿se da cuenta? Era muy puro, como esa hoja sobre el cielo de que le hablaba antes. No es que fuera ingenuo o inocente ni nada por el estilo, ni siquiera virtuoso, aunque era un buen muchacho, sino que era simplemente lo que

era, de la cabeza a los pies. Era normal con N mayúscula. Y por eso lo amaba. Pero cuando empezó a mirarme de aquella manera, comprendí que si hay algo que un chico guapo, sano y absolutamente normal no hace nunca es enamorarse de la mitad de una pareja de hermanas siamesas.

»Así fue como aprendí. Está bien que me enamore de un norma *como él, eso no es ningún problema. Pero si él empieza a enamorarse de mí, es porque yo lo he desquiciado y lo he cambiado. Si me quiere, se ha corrompido. Ya no puedo quererlo. No trataré de ocultarle que eso me hizo sufrir.»*

Arty. Conversación con N.S.

«Existen personas cuya vulgar normalidad es tan evidente y necia que se esfuerzan por escapar a ella. Adoptan una conducta extravagante y buscan originalidad en las excentricidades más en boga de su época. En sus desesperados intentos por negar su propia mediocridad, se pretenden inteligentes, con talento o indiferentes a los convencionalismos. Abundan entre ellos los artistas e intérpretes, los aventureros y los devotos de una vida sin límites.

»Luego están quienes perciben su propia extrañeza y se sienten aterrorizados por ella, quienes luchan por la normalidad y sufren exactamente en la misma medida en que son incapaces de parecer normales a los demás o de persuadirse ellos mismos de que su aberración no es real. Éstos son los verdaderos fenómenos, y casi siempre parecen vulgares y convencionales.»

Arturo en respuesta a ciertos críticos.

«Es interesante observar que cuando estos individuos deciden —y se trata siempre de una decisión voluntaria— someterse a amputaciones deliberadas para su beneficio personal, la sociedad se manifiesta ofendida y contraria. Sin embargo, esta misma sociedad respeta la idea de que cualquier individuo debe aceptar el riesgo de

ser totalmente aniquilado en una guerra, según el juicio de cualquier oficial de graduación superior y por objetivos que pueden ir desde un ascenso a teniente hasta un aumento de los ingresos de la compañía que fabrica las municiones. ¡Qué coño! No es solo que respeten esta idea, sino que lo dan por sentado. Y no dudarán en pegarte un tiro si no les sigues la corriente.

N.S.: Si pudiera conseguirlo con solo chasquear los dedos, ¿no desearía que toda su familia se volviera física y mentalmente normal?

OLY: ¡Eso es ridículo! Todos nosotros somos únicos. Somos obras maestras. ¿Por qué habría de desear que nos convirtiéramos en productos fabricados en serie? La única forma de distinguir a las demás personas es por la ropa que llevan. (La señorita Olympia se ríe entre dientes y rehúsa contestar seriamente a ninguna otra pregunta.)

La vida amorosa de Zephir McGurk se desarrollaba en el interior de su todoterreno, con los toldos de lona caqui bien cerrados. Si al umbral del jefe llegaba un exceso de hembras, o si alguna de ellas no le resultaba atractiva a Arty (cuyos gustos, si a eso vamos, tendían hacia el tipo neumático estándar acicalado con productos comerciales), se la mandaba a McGurk. La cantinela de Arty no era particularmente imaginativa: «si quiere hacerme un gran favor a mí, vaya a consolar a mi fiel lugarteniente en su espartana tarea».

De todos modos, estaba claro que la cosa funcionaba con la suficiente frecuencia como para mantener a McGurk sano y de buen humor. McGurk era tan caballeroso que nadie que acudiera a llamar sobre su parabrisas en plena noche, después de cerrar la feria, salió jamás sollozando de miedo, de dolor o de vergüenza antes del amanecer. De vez en cuando se producía una salida así del camión de Arty, pero los guardas daban alcance a la fugitiva, la tranquilizaban y compraban su silencio.

Los escarceos de McGurk eran siempre discretos. Nunca se le veía en compañía femenina y nunca llegaba tarde a su trabajo. Suponíamos que las acompañaba hasta la verja y depositaba en su

mano un beso de despedida antes de que apuntara la primera luz del alba. Arty aseguraba que, en realidad, McGurk arrojaba sus cuerpos a las fieras de Horst, pero eso hubiera sido más propio de él. McGurk no hacía nunca comentarios al respecto y no se dejaba tirar de la lengua.

Una vez estaba preocupada y había salido a pasear por la oscuridad de la feria, cuando me pareció oír algo. Pero aquella noche tenía un cerebro de mosquito y es posible que me imaginara la mitad y malinterpretara el resto.

Había ido a refrescarme la frente sobre la urna del abuelo y yacía sobre el camión generador, con el rostro apoyado en el recipiente plateado que contenía las cenizas del viejo Binewski y servía además para adornar la tapa del motor. Quienes debían conducir el camión generador se quejaban siempre de que el viento entre los soportes de la urna silbaba como una sirena en cuanto la velocidad superaba los cincuenta kilómetros por hora. Al se limitaba a responder: «Mala suerte», y el asunto quedaba zanjado.

En las noches más calurosas, el abuelo parecía enfriarse antes que ninguna otra cosa. Apoyar la mejilla o la frente en aquella urna era como aplicar una bolsa de hielo sobre mi ardiente cerebro. De modo que allí estaba yo, cansada de farfullar pero todavía medio lunática, con el rostro reposando sobre la urna, cuando creí oír algo. El sonido procedía del todoterreno de McGurk, aparcado justo delante de mí. Estaba tan cerca que habría podido escupir sobre su parachoques. Era un sonido áspero y estrangulado, y supuse que debía ser el canto del orgasmo de McGurk. Pero siguió sonando y sonando. Me asusté. Creí que alguien estaba agonizando. Recordé lo que había dicho Arty acerca de que McGurk arrojaba a sus mujeres a las fieras, y pensé que estaba estrangulando a alguien. Entonces oí claramente su propia voz. «Por favor», dijo. Y luego comencé a oír de nuevo aquel sonido gutural. Estaba llorando. Durante un minuto entero se oyó otra voz, más suave y serena, pero rápida. No alcancé

a entender qué decía. Y luego otra vez McGurk, desesperado, casi gritando: «¿No te das cuenta? ¡No me va a quedar nada tuyo a lo que pueda aferrarme!». A continuación, la suave voz femenina se mezcló en tono apagado con los desagradables sollozos de McGurk. Bajé a tierra y me alejé de allí.

Había algunos ascensos previstos para la mañana siguiente. Cuatro mujeres iban a «completar su liberación». Las cuatro se habían desprendido ya de sus piernas, y sus brazos llegaban solo hasta el codo. Estaban preparadas para amputárselos a la altura del hombro. Estas liberaciones debían tener lugar entre las 8 y las II de la mañana. Luego la doctora P. se pasaría la tarde afanándose con dedos de manos y pies.

Deduje que la amiga de McGurk debía de ser una de las que iban a desprenderse de los brazos, y se me ocurrió que podía pasarme por la enfermería a primera hora para ver si adivinaba cuál de entre las que allí estarían formando cola era su amante. Pero decidí no hacerlo.

Preferí ignorarlo.

Al día siguiente, y en los días sucesivos, McGurk se mostró perfectamente normal. Por eso digo que es posible que malinterpretara o me imaginara todo el asunto.

Arty se derrumbó sobre el techo del camión, agotado.

—Escucha, Oly, ¿me das una friega con aceite, por favor?

Me asustó que me lo pidiera así. En cuclillas junto a él, deslicé las yemas de mis dedos sobre los nudos que la tensión le formaba en el cuello y los hombros.

—Te veo mal, hermanito, y tienes *rigor mortis* desde las tetillas hacia arriba.

Sus párpados se cerraron y su expresión se suavizó.

—Silencio, batracio —respondió ritualmente. Respiró hondo y contuvo el aliento un buen rato antes de seguir hablando—. Me parece que Elly está recuperándose un poco, ¿no crees?

—No se bambolea tanto. Quizás está menos fláccida que antes. ¿Es eso?

—Sí. Me parece que no tardará en recuperarse. Aunque no como antes, ¿eh?

—A lo mejor es solo que Iphy ha aprendido a manejarla mejor. Equilibrio y sostén.

Meneó la cabeza sobre la colchoneta, con los ojos firmemente cerrados.

—No. Está recuperándose. Es solo que lleva su tiempo. Podrá ayudar a cuidar del bebé.

—Es posible. Creo que Chick podría ayudarte a dormir por la noche. Parece que tengas trescientos años.

—Chick no me aprecia. No quiero tentarle.

—Sigue dolido por lo de Elly.

—Y por otras cosas. Tiene otro trabajo. Pero sé que lo hará. Y papá está enojado conmigo. Dice que acabaremos matando a la feria si la hacemos depender por completo de una novedad. Así es como llama ahora a mi espectáculo. Una novedad. Dice que mis admiradores me abandonarán en cuanto salga cualquier nueva moda. Y mamá también está enfadada, aunque finge no estarlo.

—Me parece que eres un gusano.

—¿No has deseado nunca estar muerta?

—Últimamente, no.

—Supongo que es por lo del Chico de los Alfileres, ¿eh?

Dejé de amasar su espalda y me quedé mirando su perfil en la sombra. Parecía un jeroglífico dormido sobre la colchoneta. Me obligué a seguir moviendo los pulgares para que no se diera cuenta.

Más abajo divisé a mamá, de pie ante la puerta del Sumidero. Estaba doblando un trapo del polvo mientras conversaba con alguien que aún seguía en el interior. Resultó ser Iphy, que no tardó en salir con torpes movimientos: la cabeza de Elly recostada sobre su garganta, la tela ondeando en torno a las frágiles piernas que la sostenían, el vientre en equilibrio ante las dos.

—Estoy viendo a Iphy. Parece un coche viejo. —Mamá e Iphy echaron a andar y se perdieron de vista.

—El Chico de los Alfileres no está mal. Podrías haber hecho peor elección. ¿Tienes pensado irte? —Y con eso abrió los ojos, y torció el cuello para dejar que sus ojos me tocaran: eran grises, muy claros. Pellizqué sus redondas y duras posaderas, le di una resonante palmada en la espalda.

—¡Idiota! Corta ya, Arty.

Volvió a cerrar los ojos.

—Pienso limitarme a tres actuaciones por semana. Sábado, domingo y miércoles, a las ocho de la tarde. Ya está decidido.

—Papá se subirá por las paredes.

—Así podrá volver a disponer de su feria durante el resto del tiempo.

—Mamá va a creer que te has hundido en las más viles simas del ocio.

—Oly..., quédate conmigo. ¿Eh? ¿Lo harás?

Sus ojos estaban de nuevo abiertos, fijos en un pliegue de la manta justo ante su cara.

La gruesa cadena del cercado quedaba por debajo de nosotros, a un lado del camión. Se extendía hacia lo lejos marcando la frontera del campamento arturano, una abigarrada confusión de refugiados.

—Te voy a pegar un escobazo en la chola, hermanito —musité con voz hosca—, a ver si se te aclaran de una vez las ideas.

Estaba dando un masaje a las gemelas sobre la alfombra verde mar de su cuarto delantero, gateando de un lado a otro para alcanzar la peculiar articulación donde se dividía la columna en la región lumbar, mucho más ancha de lo corriente, casi como el doble de una espalda.

—Lo siento, pero es que no puedo tenderme boca abajo.

—No importa, Iphy. ¿Te duele?

—Es un dolor agradable.

Elly yacía desmadejada junto al cuerpo de Iphy, extrañamente doblada sobre su costado.

—No me extraña que tengas molestias en la espalda, con Elly tirando hacia un lado y la barriga hacia el otro. —El pálido rostro de Iphy se iluminó de placer—. Arty cree que Elly está empezando a recuperarse un poco —añadí.

—¿Y eso hace que se sienta mejor?

—¿Has notado que se recupere?

—A veces. Durante un segundo. No más. Lo estás haciendo muy bien. Ahora puedes empezar con Elly.

Avancé centímetro a centímetro por los brazos y los hombros de Elly, palpando, estirando, presionando, aplicando rotación, pero percibiendo claramente cuánto volumen de músculo se había convertido en una masa fofa como la lastimosa papilla que encerraba su cráneo.

—¿Iphy?

Abrió los ojos y parpadeó.

—Eso de tener un bebé dentro... —Sostuve el cuello de Elly entre mis dedos y sentí el poderoso martilleo de la sangre—. ¿Es bueno o malo?

Iphy volvió a parpadear.

—Bueno. Dentro de mí, es bueno. Lo malo está fuera.

—Arty no es feliz.

—Ya lo sé.

Su voz sonó extraña. Algo familiar me hizo alzar la vista. Iphy estaba pestañeando. Estiró los labios, ensanchando su sonrisa de un modo grotesco. Echó la cabeza hacia atrás y entornó los párpados; las niñas de sus ojos se movieron de un lado a otro y su voz brotó en el pomposo y paternal mugido de poder que solía utilizar Arty:

—¡La felicidad! ¡La felicidad, he dicho! ¿Estáis escuchándome? ¿La felicidad? ¡Ay, pobres vertederos de mierda! ¡La felicidad NO VIENE AL CASO!

Me doblé de risa e Iphy también rió, y ambas rodamos sobre la alfombra, desternillándonos y pataleando, enmarañándonos con la lacia e inmóvil Elly hasta que empezó a dolerme todo el cuerpo, y la amable Iphy se estiró para tratar de coger aliento pero volvió a ser presa de la risa una y otra vez.

—¿Por qué? —exclamó entre jadeos y risitas—. ¿De qué manera —se carcajeó— podemos amar? —Y esto la hizo saltar de nuevo, y a mí con ella, entonando a coro—: ¡Amándole a él!

Aullamos de la risa y golpeamos la alfombra con los talones y pataleamos hasta que, ya exhaustas, nos fuimos apaciguando entre débiles risitas cada vez más espaciadas. Al cabo, solo Iphy quedó con fuerzas para un último grito:

—¡Es tan BURRO!

Y volvimos a empezar.

Fui a comunicarle al Chico de los Alfileres que lo nuestro había terminado. Kaput. *Finito*. Lo encontré repantigado en su lecho de clavos, ensayando unos puntos nuevos en torno al ombligo. Me acurruqué junto a él y contemplé cómo estiraba un pliegue de piel y hundía allí una gran aguja, para sostener luego la piel con una mano y hacer girar ociosamente la cabeza de la aguja mientras esperaba a que se secara el fino hilillo de sangre.

—Tengo que decirte una cosa, Vinnie —comencé—; He decidido quedarme con mi hermano.

Me resultaba muy duro. No lejos de nosotros, una joven tragasables estaba colgando a secar unas cortinas recién lavadas. Algunos de los niños arrojaban objetos al aire y no los dejaban caer al suelo; practicaban malabarismos, mientras una chirriante grabación de Mozart o algo así sonaba a todo volumen.

Contemplé el precioso rostro del Chico de los Alfileres, absorto en su propia piel. Traté de descubrir si mi declaración le había herido. Tal vez mi vida entera se decidió en aquel instante. Era una deforme mocosa de dieciséis años. Si él me hubiera dicho algo...

Habría bastado una palabra, un «no lo hagas». Una arruga en su frente, una sombra de dolor en sus ojos habrían podido seducirme. El dolor que esperaba ver en él habría sido mi excusa, mi motivo, mi ruta de huida hacia el mundo, más allá de los Binewski.

Pero él esbozó una media sonrisa de incomprensión. Sus ojos eran como el pedregoso cauce de un torrente, brillante, abierto y vacío, pero dispuesto a llenarse.

—Bueno..., vale —respondió. Como si en ningún momento hubiera imaginado otro destino para mí.

—Quiero decir —insistí, frunciendo el ceño hasta que las gafas se deslizaron hacia abajo y mis desnudos ojos rosados surgieron a la luz para mirarlo—, quiero decir para siempre.

Me interrumpí porque había comenzado a levantarse de los clavos sin acordarse de extraer la aguja de la piel de su vientre, y el leve chorro de sangre roja le salpicaba los vaqueros recortados. Cuando me dio la espalda para coger una camiseta, vi que las puntas de los clavos habían dibujado una trama de puntitos que enrojecía su hermosa espalda arqueada, su graciosamente curvada columna, con el brillo de la sangre acumulada bajo la superficie de su piel blanca.

—Bueno, Oly... Claro... Arturo te necesita. —Este Vinnie, el Chico de los Alfileres, era un buen muchacho. Aun medio asfixiado de dolor, trataba de no herir mis sentimientos.

Fue entonces cuando quedó determinado que la mecánica de mi vida no iba a guiarse por la misma física que regía a las gemelas o a mamá en sus tiempos. Si yo tenía la regla, no significaba lo mismo que la regla de Iphy. Si amaba, no era igual que el amor de Iphy o el amor de las vivarachas muchachas de la feria.

Arty había hecho todo lo posible para enseñarme esta verdad desde el primer momento. Lo veía como un caso especial al que no afectaba la prosaica gravedad que nos gobernaba a los demás. Vinnie, el Chico de los Alfileres, intentaba no darme a entender que él jamás había pensado en mí de la manera en que yo pensaba en él. La quemadura de su bondad me hizo despertar a la realidad.

Mis nuevos ojos veían las cosas de antes. Al pasarse la camiseta por la cabeza, Vinnie palpó la aguja clavada en el vientre. Luego, sus grandes manos de bien diseñados nudillos extrajeron la aguja y la metieron en un bote lleno de alcohol, y aplicaron un líquido aséptico en los dos agujeritos que le habían quedado sobre el ombligo. Tiró de la camiseta hacia abajo y la embutió dentro de sus vaqueros manchados de rojo.

—Tienes suerte, Oly. —Me miró con aire grave desde sus profundas cuencas—. Mi mamá tuvo que llorar mucho por mi culpa. Haces bien en quedarte con tu familia.

Guardó sus utensilios en el baúl y retiró el lecho de clavos. Solo sus piernas ya eran más altas que yo. Sus estrechos hombros se alzaban casi hasta el borde de sus minúsculas orejas. Se movía como si todo él fueran piernas, con un elástico paso bamboleante que se filtraba por mis ojos y se aposentaba en mi pulmón derecho como un estanque de hielo. Me levanté mientras me daba la espalda y me fui con la cabeza gacha.

DE LOS DIARIOS DE NORVAL SANDERSON

Esta tarde he ido con Arty a mirar el número de las Agujas. Es uno de sus nuevos días libres y Arty se ha presentado de incógnito, cubierto hasta el cuello con una manta verde oscuro, una gorra de punto verde y unas gafas oscuras que seguramente le ha prestado Oly. El guarda iba de paisano y no le acompañaba ni un solo novicio. Ha venido rodando hasta mi caseta, me ha saludado con la cabeza y he necesitado un minuto entero para darme cuenta de que era el Gusano en persona. Al comprobar que no lo reconocía, se ha mostrado verdaderamente deleitado.

Le había hablado mucho del Alfiletero, pero él aún no lo había visto. Nos quedamos al fondo de la carpa de los tragasables y aguardamos su actuación.

Llegamos a tiempo para ver el final del número de los tragasables. Justo delante de nosotros, un tarugo sabelotodo le explicó a su esposa que se trataba de un truco a base de espadas plegables.

«Siempre creen que lo auténtico es un truco y que los trucos son el no va más. Nunca deja de sorprenderme», susurró Arty.

Le comenté que aquel tipo se sentía satisfecho de no haberse dejado engañar, que se consideraba más listo que los demás al mostrar escepticismo ante su mujer.

El tragasables más viejo alcanzó el clímax con cinco hojas de acero que surgían de su boca en refulgente ramillete, y su escuálido hijo hizo el suyo metiéndose un fluorescente encendido en el esófago mientras se oscurecían las luces, y todo el público de la carpa soltó un «aaah» al unísono al ver el débil resplandor azulado que se traslucía por entre las borrosas siluetas de las costillas.

«¡Qué cabrones más listos! ¿Verdad?», opinó el tarugo.

Cuando el Alfiletero salió a escena, no se marchó nadie. El tarugo se puso un poco pálido, pero aguantó. Arty estaba fascinado. «Una sincronización perfecta. Perfecta», masculló en un momento dado, cuando el joven Alfiletero se pasó un enorme gancho cromado por el agujero permanente de su lengua y dio unos pasos de baile con un peso de quince kilos oscilando al extremo de una cadena prendida en el gancho. El Alfiletero subió por la escalera de sables, bailó sobre el lecho de clavos y luego empezó con los alfileres y agujas. A sus espaldas, dos de los hijos de los tragasables hacían constantes malabarismos con fuego, y el Alfiletero sincronizaba hasta el menor de sus movimientos para ir acumulando tensión. Trabajaba con agujas de tejer cromadas, de veinticinco y cuarenta centímetros de largo. Resultaba impresionante: se atravesaba los muslos, se atravesaba la piel del pecho. Empezó a trabajar un sitio nuevo en el vientre, y la sangre que fluía sobre la piel y le manchaba el taparrabos era de lo más efectiva. Luego comenzó a perforarse las mejillas y los labios.

Nos fuimos antes del final, para que la silla de Arty no se quedara atascada entre el público.

—¿Seguro que no viene de una familia de artistas? —me preguntó mientras regresábamos, sorteando a los curiosos que abarrotaban los terrenos de la feria.

—Una vulgar familia de granjeros.

—Le convendría un buen charlatán que fuese guiando al público a lo largo de su actuación. Todas esas pantomimas están bien, pero un buen charlatán lo mejoraría muchísimo.

No respondí. Arty pensaba en Oly, en la joven Olympia. Me sorprendió la nota de dolor que se advertía en su voz. Como si tuviera miedo de perderla.

—No me importa. No sirve de nada que me importe, o sea que...

Chick estaba tan seco y chafado como una caca de vaca. Arty lo contempló con suspicacia y luego se volvió hacia mí. Estábamos los tres celebrando una reunión secreta en el Sumidero. Los guardas permanecían ante la puerta, en la neblina nocturna, mientras en el interior, en el cuarto más remoto, bajo el suave resplandor amarillento de los botes iluminados que contenían a nuestros hermanos y hermanas, Arty nos decía lo que debíamos hacer.

Chick se dejó caer sobre una vitrina. Me apoyé en él, mientras Arty se removía un poco en su silla, pensativo. Traté de interpretar la contracción de las mandíbulas de Arty y la inclinación de su reluciente cabeza sobre su grueso cuello.

—Por lo general, me da igual lo que pienses, Chick —ronroneó Arty, alzando la barbilla hacia nosotros—, siempre y cuando cumplas con tu trabajo. Pero esta vez quiero que lo comprendas. Estamos los tres solos en el atolladero. Mamá y papá no pueden hacer nada. Todos los guardas, el público, los arturanos, la gente de la feria..., incluso Horst, todos pueden abandonarnos en un abrir y cerrar de ojos. Tienen sus propias alas para volar.

Escuchamos. Sentía vibrar contra mi cuerpo los huesos infantiles de Chick, estremeciéndose al compás de la melodía de Arty.

—Estamos los tres solos. Las gemelas tienen otras cosas en que pensar. —Arty hizo una ligera pausa para ver cómo reaccionábamos a esto, si nos quejábamos o lo acusábamos. Al comprobar que no lo hacíamos, prosiguió—: Dispondrás de tres guardas. Yo utilizaré a los demás. Cuando estés listo para empezar, yo estaré allí arriba mirando. ¿De acuerdo?

Asentimos. Arty accionó la puesta en marcha del motor de su silla con el borde de la aleta superior derecha.

—En estos momentos, os necesito a los dos. No me jodáis. Chick me tomó de la mano mientras cruzábamos el campamento en la oscuridad. Los robustos hombretones nos seguían los pasos a escasa distancia. Arty, acompañado por su equipo de quince guardas, había cruzado la verja del campamento arturano.

Cuando llegamos al camión de la doctora P., nos detuvimos ante la puerta. Yo tenía la boca seca y las manos húmedas. Los dedos de Chick se clavaban con fuerza en mi palma. Nos quedamos unos instantes contemplando el resplandor blanco del enorme camión iluminado por la luna. En la penumbra, apenas se distinguía el símbolo de las serpientes entrelazadas, con la rejilla del interfono entre las bocas abiertas de los dos reptiles.

Chick suspiró.

—Está durmiendo —me susurró. Avanzó hacia la puerta, tirando de mi brazo mientras la abría y se sumergía en el oscuro hedor a desinfectante. Encendió la luz y, por primera vez en todos los años que llevaba viajando con nosotros, pude ver el interior del camión de la doctora. Blanco y austero. Nada de cojines en los bancos metálicos. Una pila cromada de tamaño exagerado. Un escritorio de metal junto a la pared. Las puertas blancas de los armarios brillaban bajo la cruda luz blanca.

Chick se movía con seguridad: había dejado allí dentro fragmentos de su vida. El dormitorio ocupaba todo un extremo, y su puerta corredera se abrió en cuanto nos acercamos a ella con pasos

cautelosos.

—No hay problema —dijo Chick—. Diles que traigan la camilla.

Cuando regresé, lo encontré de pie junto a la cabecera de la doctora, acariciando sus cortos y encanecidos cabellos castaños. Me acerqué a mirar. Sin su indumentaria blanca ni sus refulgentes gafas, se la veía blanda e insatisfecha. Profundos surcos de desaprobación se curvaban en torno a su fina boca. Su nariz era informe; su tez, espesa.

—No me extraña que lleve una mascarilla —musité.

Chick le posó una mano en la mejilla. Advertí que, al extremo de sus flacos bracitos de niño, sus manos estaban volviéndose grandes y huesudas. Deslizó un dedo sobre los labios de la doctora.

—Está siempre estreñida —me explicó.

Los guardas dejaron la camilla en el suelo y me hice a un lado para no entorpecer sus movimientos. El camastro de la doctora era muy estrecho, no empotrado, y en vez de colchón contaba solo con una delgada colchoneta. Mientras se la llevaban, me dediqué a curiosear en el blanco armario. Estaba lleno de libros. Todo el interior del armario estaba ocupado por estantes, y cada uno de los libros se hallaba individualmente envuelto en una bolsa de plástico transparente. Con ayuda de dos dedos, alisé el plástico sobre el lomo de un libro para poder leer su título. Una especie de manual quirúrgico. Examiné algunos más. Todos eran libros de cirugía. Chick asomó la cabeza y me miró.

—Los usaba para enseñarme. Y para aprender ella. Las revistas están en las alacenas de la parte delantera.

Chick me explicó cómo debía lavarme mientras los guardas depositaban a la doctora sobre la mesa del quirófano.

—¿Vas a devolver la cena? —preguntó de pronto, mirándome fijamente.

Me colgué de sus ojos. Eran tan fríos y tranquilizadores como la urna del abuelo. Proferí una risita verdosa y asentí con la cabeza. Su boca se torció en una mueca de exasperación.

—Pues sí que... Arty quiere que te quedes aquí para asegurarse de que lo hago. Pero no puedes ayudarme en nada. Anda, ve allí.

Me hizo girar con su mente, y me di cuenta. Fui transportada hacia el cubículo del retrete y caí de rodillas. El estómago se me vino a la boca y luego se retiró bruscamente hacia adentro como la lengua de una rana. A continuación, me vi ante el lavamanos, con los brazos cubiertos de jabón líquido hasta la altura del codo. Una mascarilla se anudó por sí misma sobre mi boca y una molesta cofia blanca se encasquetó sobre mis ojos. Me reí entre dientes, contemplando las manos de Chick bajo el chorro del grifo.

—Por eso tienes siempre las manos tan limpias, ¿eh?

Sus ojos me sonrieron sobre su mascarilla, pero no dijo nada.

—A mamá le parece muy raro que siempre lleves las uñas limpísimas y no tengas nunca roña detrás de las orejas.

Comenzó a afanarse con los guantes.

—Siéntate en aquel taburete con respaldo. No vas a notar nada.

Pero yo estaba aterrorizada. Temía que la doctora fuese a despertar en cualquier momento. Temía que se levantara de la mesa rugiendo, que nos atrapara entre sus robustas manos y nos despedazara. Y pensaba también que Arty estaba sentado sobre nosotros, observándonos a través del espejo del techo, y vería cómo la doctora P. nos devoraba y luego se echaría a reír y bajaría a hacer un trato con ella, porque así lo tenía previsto desde el primer momento. Me aferraba al asiento del taburete con ambas manos, torturándome con estos pensamientos, cuando de pronto comencé a temer que no despertase en absoluto y que fuese a suceder una cosa horrible. Abrí la boca para hablar, pero solo pude emitir una especie de graznido. Mi hermanito Chick alzó la vista hacia mí, enarcando las cejas bajo su mascarilla y su gorro, y sin saber cómo me quedé dormida.

—¿Por qué quisiste que estuviera allí? Lo único que hice fue estorbar, obligar a Chick a que me durmiera y caerme por el suelo en mitad de todo el asunto. No ayudé en nada.

—Y tanto que sí. Hiciste que Chick no pensara demasiado.

—Para eso, habrías podido ponerle una pinza de la ropa en la nariz.

—Hazme caso, Oly. Fuiste muy útil.

DE LOS DIARIOS DE NORVAL SANDERSON

«Por la noche, mientras todos dormían, se infiltró entre ellos y les quitó sus espadas y sus escudos, y los apiló en una zanja junto al camino. Mientras yacían soñando, los ató de pies y manos. Despertaron tendidos el uno junto al otro en el carro de la muerte, y su primera visión fue el cuerpo de su jefe atado y extendido sobre una gran rueda ante sus ojos, y la sangre de sus muchas heridas goteaba sobre el polvo...»

Así es como deberían realizarse todos los golpes y contragolpes: rápida y calladamente, y de tal manera que sufran solo los culpables. Esto hay que reconocérselo al joven Arty. Habría podido ser un magnífico general sudamericano. Anoche recorrió el campamento arturano, veloz e implacable, y fue tachando todos los nombres de su lista de «desleales». Setenta personas abandonaron el campo escoltadas por los guardas y recibieron un cheque por el importe que cada uno había pagado como cuota de admisión. Desaparecieron carretera abajo, gruñendo y rezongando en sus furgonetas y coches familiares. Pero, si les queda un poco de sentido, se darán cuenta de que han salido bien parados.

De no haber estado yo mismo en la carretera para verlos partir, quizás hubiera abrigado otras sospechas. Sin duda habrá rumores acerca de que Arty no ha sido muy escrupuloso en sus métodos, de que algunos han sido maltratados e incluso asesinados. Yo mismo, repito, habría podido entregarme a esta clase de especulaciones.

Pero la airada frustración que se reflejaba en aquellos rostros no era miedo. La señorita Z. repartía los sobres con los cheques en la puerta del campamento, y Arty aparcó su silla junto a las oficinas de la administración arturana (el remolque de la camioneta Dodge de color verde) para supervisarlo todo, con un guarda a su lado y otros trotando arriba y abajo para transmitir sus instrucciones o llevarle informes. En conjunto, un proceso discreto y ordenado. Cuando me acerqué a él, me saludó tranquilamente: «Ya lo ve, Norval, aquí me tiene sofocando esta pequeña revuelta».

«¿Y la suma sacerdotisa? ¿Qué va a decir de todo esto?», pregunté. No me parecía muy probable que la buena doctora se rindiera solo porque se había quedado sin ejército. Su arma principal seguía siendo su propia huelga quirúrgica.

«La doctora Phyllis ya está controlada», contestó. Un guarda llegó corriendo para comunicarle que todo estaba a punto, y Arty se encaminó hacia el quirófano. Fui con él, pero me hizo esperar fuera con el guarda mientras él bajaba de la silla y subía al observatorio del camión. Me quedé un rato por allí, escuchando el zumbido del generador del quirófano. Eddie, el guarda, se acomodó en la silla de Arty y echó una cabezada. Volví a casa y redacté un reportaje imaginario sobre la represión del Gran Cisma de la Lobotomía. Hasta esta misma mañana no me he enterado del destino de la doctora P.

A primera hora fui a dar un paseo por el campamento arturano y observé que los huecos en las filas comenzaban a llenarse. Todos los espacios dejados por los cismáticos expulsados —carpas, aparcamientos— y susceptibles de llamar la atención como una dentadura en la que faltan dientes, han sido eliminados. La señorita Z. fue recorriendo las líneas y ordenó a todo el mundo que se trasladara y llenara los huecos. Hubo una pelea cuando un novicio dio marcha atrás con su escrofuloso Volkswagen y abolló el sidecar de una de las Harley, pero los demás arturanos no tardaron en apaciguar a los irritados propietarios de las Harley y el resto de la mañana transcurrió en plácida armonía, con abundancia de deleitado chismorreo: «¡Este Arturo! ¡Vaya tío!». «Les ha enseñado la puerta y

les ha dicho que por ahí se salía.» «Un alivio, de veras. Era una banda de camorristas y engreídos. Te aseguro que perturbaban mi P.A.P.» «Esa gente no puede estar a gusto en ninguna parte.» «Ahora se irán a meter cizaña en cualquier secta de chalados...»

Hacia el mediodía, la señorita Z. pasó dando palmadas para anunciar que a la una en punto iba a celebrarse un servicio especial del Hombre Acuático. Todos se precipitaron en busca de vendas nuevas gritando a los novicios que se dieran prisa.

Fue un servicio muy breve, en el que solo fueron aceptados los Admitidos. Arty hizo su entrada a los acordes de «La cabalgata de las Valquirias», con un rugido de burbujas que, al disiparse, lo dejó flotando bajo un foco de color rosa subido. Se había untado una buena cantidad de pasta brillante para la ocasión y produjo una de sus más enérgicas actuaciones. Su charla, en realidad, fue casi un cántico, lleno de ritmo: «Ella nos sirvió —nos sirvió a todos— ahora la servimos», mientras una guardia de honor compuesta por novicios de un solo dedo sacaba al escenario una camilla rodante donde lo que restaba de la doctora yacía entre sábanas de blanco satén. Detrás caminaba Chick. Cuando la camilla se detuvo ante el acuario de Arty y el foco blanco se concentró sobre ella, Chick se adelantó y retiró la sábana de encima.

La multitud de mutilados tardó un minuto en descubrir quién era aquel sujeto, envuelto como una pierna de cordero lista para el horno. Sin mascarilla. Sin cofia. Tan solo las gafas que destellaban sobre los ojos cerrados les resultaban conocidas. Una recortada mata de pelo grisáceo le rodeaba la cara. La doctora aún seguía inconsciente. En aquellos momentos, tenía tanta necesidad de gafas como de un par de zapatos, pero Arty, el muy zorro, sabía que el público necesitaba algún elemento que le ayudara a establecer su identidad. Arty permaneció a la espera mientras empezaban a sonar

los murmullos y se extendían por la carpa. Por fin, alguien de las primeras filas aulló: «¡Es la doctora!», y todo el local estalló como un polvorín.

Cuando los bramidos se extinguieron, la espectral voz de Arturo presentó al sustituto de la doctora P. desde el brillante interior del acuario.

«El aprendiz, el estudiante, el ayudante, en su primera actuación independiente: ¡Aquí lo tenéis! ¡El servicio definitivo a su maestra!»

Chick estuvo encantador, radiante y sonrojado, inclinando su cuerpo infantil en una avergonzada reverencia ante la atronadora ovación. Es curioso cómo todos los arturanos adoran a Chick. Les ha encantado saber que a partir de ahora va a ser él su cirujano.

24

Atrapar sus alaridos en copas de oro

Había imaginado que Chick se entregaría a interminables lamentaciones por haber tenido que podar a la doctora P., pero me sorprendió. Mientras lo hacía, se mostró metódico y eficiente; luego, suavemente nostálgico. Permaneció muy cerca de su paciente hasta que la ambulancia se la llevó, rumbo a un hogar de reposo arturano en las cercanías de Spokane.

En su nuevo papel de cirujano reconocido, Chick comenzó a florecer, como diría mamá. Arty aseguraba no sentirse en absoluto sorprendido.

—Todos esos rubores y timideces eran una señal clarísima. Chick siempre deseó tener su propio número.

Y un número era lo que hacía. Los arturanos lo veneraban. El día de su undécimo cumpleaños, permaneció quince horas seguidas encerrado en el quirófano. El día en que fue nombrado sucesor, tuvo una charla con la enfermera, y este frío y eficiente personaje se convirtió al momento en su perro guardián y su sacerdotisa. Nunca le habían gustado los modales intimidatorios de la doctora P.

Los arturanos acosaban constantemente a Chick. Yo no podía por menos que reírme al ver a algún patriarca en silla de ruedas rodando frenéticamente para dar alcance al descalzo muchacho rubio; o a los dos endurecidos motoristas veteranos sentados en el enganche de un remolque, esperando que el chiquillo levantase un párpado para examinar el borroso mapa sanguíneo de su interior.

—Bueno —me confesó Chick—, no me hace falta tocarlos, ni siquiera mirarlos, para saber qué es lo que funciona mal. Pero les gusta, así que lo hago.

No le concedían tregua. Mamá, cosiendo ropita de bebé en el comedor del camión, rezongaba acerca de su salud y su infancia perdida:

—¿Cuándo se sube a los árboles? ¿Cuándo va a robar dulces de las casetas? ¿Qué amiguitos tiene que lo desafíen a meterse con el tigre o a dar un empujón a Horst? Van a acabar con él. Están perjudicando su desarrollo natural. ¡Fíjate en sus codos y en sus muñecas! ¡Qué flaco está!

Arty se mostraba complacido, aunque de modo cauteloso. No le quitaba el ojo de encima, por si acaso Chick comenzaba a sentir delirios de grandeza, pero en privado Arty reconocía que, con Chick como «el Bisturí», estaba a salvo de revoluciones.

—Es un insecto leal —solía decir con una sonrisa.

Arty estaba decidido a mantener el número arturano en perfecta forma. Visitaba el campamento todos los días, supervisaba el trabajo de oficina, daba sus representaciones tres veces por semana, realizaba entrevistas, despachaba a sus agentes, daba consejos a papá sobre la dirección de la feria y se mantenía apartado de mamá y de Iphy.

Papá había esperado que la doctora P. asumiera la supervisión del embarazo de las gemelas, pero Arty le endosó la tarea a Chick. Papá se enfurruñó y comenzó a dedicar más tiempo a la bebida y a jugar a las damas con Horst.

Cuando entramos, Iphy no levantó la mirada de su libro. Chick se sentó en el suelo e hizo culebrear los dedos de los pies sobre la alfombra. Yo quité el polvo, hice la cama y separé la ropa sucia por colores. Iphy siguió leyendo todo el rato. Le gustaban las novelas de misterio. Todas las semanas, el correo traía un nuevo lote de novelas para ella. Iphy daba su paseíto cotidiano y hacía los ejercicios a regañadientes, pensando únicamente en regresar a su libro del momento.

Salí del dormitorio con el cesto de la ropa y miré a Chick. Él se incorporó de un salto, se despidió de Iphy con un ademán y me sostuvo la puerta para que pasara.

—Estás acostumbrándote a hacerlo todo con las manos —observé, mientras bajábamos por la rampa.

Él gorjeó:

—Elly está recuperándose un poco.

Me encontré flotando por encima del suelo, aturdida y feliz.

—¡Bájame a tierra! —grité. Mis pies se posaron y mi estómago volvió a su lugar—. ¿Estás seguro?

—Iphy también lo sabe, pero tiene miedo de que Arty se entere. No se lo digas, Oly. ¿Me lo prometes?

—¿Lo estás haciendo tú?

Estábamos cerca del camión lavandería, pero Chick se paró en seco y me miró, sobresaltado. Me fijé en que el pelo empezaba a cubrirle las orejas. Mamá no tardaría en envolverlo en una toalla, hacerlo sentar en un taburete ante el camión y dar - le una pasada con las tijeras mientras ella parlotearía y él se agitaría con impaciencia.

—¿Lo estás haciendo tú? —repetí.

Chick parpadeó y meneó la cabeza.

—No se me había ocurrido. ¿Crees que podría hacerlo?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Pensaba que podías hacerlo todo. —Me sentí exasperada con él. Una cosa era mostrarse como un niño de once años cuando se trataba de aprender la lección de geografía, pero ésta era la región de su talento, el terreno de su vocación.

—Bueno, yo más que nada lo que hago es separar las cosas. Soy capaz de desmontar lo que sea —respondió. Una sensación de asombro ensanchó sus pupilas mientras contemplaba inexpresivamente la puerta del camión lavandería.

Viendo que Chick comenzaba a descubrir nuevas posibilidades, decidí hacerle la pregunta que venía intrigándome desde hacía semanas. Desde que descubrí cuán limitadas eran mis posibilidades.

—Escucha, Chicky. ¿Te acuerdas de cómo vaciabas los bolsillos cuando eras más pequeño? Bueno, ¿sabes esos espermatozoides que hay en las pelotas de Arty? ¿Esos bichitos culebreantes? —Por fin había conquistado su atención—. ¿Podrías mover esos bichitos dentro de mí y meterlos en esa especie de huevo que llevo dentro para que yo pueda tener un bebé como Iphy?

Así fue, Miranda, como llegué a pedírselo. Chick se mostró dudoso; al principio, incluso asustado. Tenía miedo de meter la pata. Insistió con vehemencia en hacer antes una prueba con los tigres.

A la semana siguiente, logró dejar preñada a una tigresa vieja e irritable a la que Horst había intentado aparear sin conseguirlo nunca. La actitud de la bestia era tan agresiva que disuadía a todos los machos que se le acercaban. Chick logró el milagro de Lilith, la tigresa, una mañana temprano, sentado sobre un cubo vuelto boca abajo ante el remolque de las fieras. Yo andaba de un lado a otro con nerviosismo, lista para advertirle si por azar se presentaba alguno de los arturanos a distraer su atención. Chick se tomó un tiempo a mi parecer larguísimo, con las manos entrelazadas en un nudo sobre sus rodillas, el rostro enrojecido y bañado en sudor.

El macho, en un extremo de la hilera de jaulas, durmió durante todo el proceso. Lilith, que había recibido este nombre por mamá, se paseaba arriba y abajo, tosía, lanzaba coléricas miradas y agitaba la cola en la jaula del otro extremo.

No hubo nada que ver. Empezaba a aburrirme cuando por fin Chick soltó un largo y cauteloso suspiro y volvió la vista hacia mí. En seguida, se frotó los ojos con los puños.

—¡Uf! —exclamó—. Me parece que todo ha ido bien.

Comencé a saltar de júbilo, a darle palmaditas en los hombros y a desgreñarle el cabello. Estaba tan contenta como si Chick acabara de cumplir mi petición.

Chick aceptó hacerlo cuando me llegara el momento, siempre que pudiera tenernos a Arty y a mí quietos en la misma habitación y, a ser posible, durante un buen rato.

—Quizá podría hacerlo sin veros a los dos, pero entonces podría fallar algo. Es un asunto delicado.

Ocurrió una noche en la salita delantera de Arty, en presencia de Norval Sanderson. Arty y Sanderson estaban enfrascados en su interminable conversación de siempre; Arty en su silla de ruedas, ante el escritorio, y Sanderson repantigado en una butaca, con los pies enfundados en las holgadas sandalias que solía calzar a causa de los vendajes.

Chick reposaba boca abajo sobre la alfombra, fingiendo estar absorto en la lectura de una revista con fotografías de países extranjeros. Yo estaba acurrucada sobre una esquina de un banco empotrado, escuchando atentamente.

Los latidos me llenaban la cabeza como si mi corazón se hubiera abierto camino por mi garganta a fuerza de golpes y permaneciera atascado entre mis orejas. No podía apartar la vista de Arty. Le encantaba conversar con Sanderson. Parecía relajarse y disfrutar con el serpenteante curso de la discusión. Sanderson, el cazador camuflado, fingía una despreocupada indiferencia, pero en secreto se esforzaba por pillar a Arty desprevenido y ensartarlo en sus propias palabras.

Arty se reía de buena gana.

—¡Vaya sádico! ¡Va usted desarmado porque está seguro de que puede obligarme a volver mis propias armas contra mí! ¡No quiere ensuciar sus delicadas garras con mi sangre! Quiere que yo mismo me desgarre las entrañas, para poder chascar la lengua, suspirar y escribir un artículo premiado sobre mi trágico defecto. ¡El vértice autodestructivo en el corazón de la grandeza! Porque usted ve grandeza en mí, reconózcalo.

Sanderson, la cabeza ladeada como un personaje de tebeo, posaba lentamente el pulgar sobre su labio inferior y preguntaba, siempre preguntaba:

—¿Son grandes los gases intestinales del elefante? ¿Son grandes por el dolor que provocan al elefante, o por el alivio que le proporcionan al expulsarlos? ¿O acaso son grandes solo si al

expelerlos son inflamados y la explosión resultante se aprovecha para accionar una turbina? El pedo de un elefante, ¿es grande en sí y por sí mismo? ¿O solamente por sus efectos?

—¡Ah! ¡Conque ahora son chistecitos sobre pedos! Pero fíjese que yo estoy aquí sentado con todo lo que tenía al nacer, Norval, muchacho, mientras que usted está siendo gradualmente cercenado. ¿Cómo puede explicar eso?

Continuaron de esta manera, disfrutando como locos. Yo adoraba a Arty cuando se reía sinceramente, y Sanderson lo hacía rugir de risa. Los miré y supe que había llegado el momento cuando Arty echó su lampiño cráneo hacia atrás y su abdomen palpitó en oleadas de placer que se extendieron hacia su ancha boca y le arrugaron los párpados hasta que sus ojos grises se cerraron en la frenética danza que todo su convulso y estremecido cuerpo ejecutaba al compás del centelleo de su cerebro.

Me quedé muy quieta. Chick me había asegurado que la cosa de mi interior estaba madura y a la espera.

Chick, tendido boca abajo, agitaba lentamente en el aire sus descalzos pies. Mechones blanquecinos le colgaban ante los ojos mientras, sin apresurarse, iba volviendo las páginas que revelaban los misterios del Tíbet y el muro de las banderas en aquel edificio de Lhasa. Su cabeza se alzó ligeramente y me miró de reojo. Le sonreí, al borde del espasmo. Hazlo. Hazlo ahora que está riéndose, pensé. Y Chick asintió casi imperceptiblemente y volvió los ojos hacia su revista mientras Arty decía:

—Piense en lo muy protegidas que han estado nuestras vidas. No hemos visto nunca una película, no hemos pisado una escuela.

—Pero no hay ningún motivo para no ver películas y lo que sea —protestó Sanderson—. Las pelirrojas tienen un televisor portátil. Es puro atraso y barbarismo —añadió, arrastrando las palabras.

—¡Educación precoz! —ladró Arty—. ¡Hábitos formativos!

—¡Pobrecito! Tenga, pruebe esto... —Sanderson extrajo una aplanada botella metálica de su bolsillo de *tweed* y vertió un chorro dorado en el mediado vaso de limonada que reposaba sobre el

escritorio de Arty. A continuación, Sanderson bebió un buen sorbo directamente de la botella, la tapó y suspiró—. ¡Am-bro-sía!

Arty sorbió cautelosamente con su pajita y el sabor le hizo torcer el gesto.

—Si ésta es su idea del placer, no me extraña que necesite una religión.

Chick cerró la revista, se puso de rodillas, se levantó desperezándose y bostezando, volvió la vista hacia mí. Le dirigí una ansiosa mirada. Me guiñó un ojo.

—Buenas noches... —se despidió de los presentes.

—Mañana por la mañana, ¿querrás empezar por la señorita Z.? —inquirió Arty—. Se lo he prometido.

Chick asintió, se aproximó a la silla de Arty, le pasó un brazo en torno al cuello e inclinó el rostro hacia él. Luego, besó la lisa y desnuda mejilla de Arty, se dirigió a la puerta y se fue. Mientras salía, mi gorra se deslizó hacia la nariz y al momento regresó a su lugar.

Eso fue todo. No sentí nada. Pero estaba segura. Y no quería irme. Quería seguir viendo la diversión de Arty, pues sabía que seguiría hablando durante horas y horas, hasta que el frasco de Sanderson estuviera vacío y el negro firmamento se volviera verde y carnoso con los primeros atisbos del alba. Pero también necesitaba acurrucarme en mi armario y sentirme milagrosa, de modo que me fui a casa.

Así, Miranda, es como fuiste concebida. No dudes nunca de que fue un acto de amor. En aquel momento, tu padre era todo lo feliz que podía ser. Para tu tío Chick, el angelical, fue un deleite hacerlo, comprobar que era capaz de hacerlo. Y yo era una enana de diecisiete años, de mejillas y joroba sonrosadas y ojos escarlata. Estaba fuera de mí de gozo. Comprende, pequeña, eras un regalo para tu padre, un amor vivo para Arturo. Y eso no es malo, Miranda, como motivo de tu existencia.

Once días después, las gemelas dieron a luz a Mumpo. Los dolores fueron prolongados —veintiséis horas— y el parto, difícil. Chick se mostró muy activo, pero mamá y papá también ayudaron. A mí no me dejaron entrar en el camión. Permanecí con Arty toda la noche y la mayor parte del día. Arty estaba enfermo de miedo. Yo también me encontraba mal. Los arturanos llamaban constantemente por el interfono. Yo tomaba sus mensajes y me deshacía de ellos. La señorita Z., con su orgulloso vendaje (por valor de un dedito del pie), se presentó en dos ocasiones con un fajo de papeles, pero no la dejé pasar. Arty no quería comer. Solo quería jugar a las damas, hora tras hora, partida tras partida. Me ganó cincuenta veces, y así habríamos seguido eternamente de no ser porque yo gané por casualidad una partida y Arty arrojó el tablero al suelo, encendido en cólera. Después de eso, pasó a su dormitorio y se encerró a solas en él.

Cuando al fin apareció papá con la noticia, Arty salió del dormitorio para enterarse. Un niño. Once kilos, novecientos gramos. Las madres estaban bien.

Papá, apoyado en una jamba de la puerta para anunciarnos a gritos las novedades, parecía otra vez joven; su mostacho se encrespaba de orgullo y poder, que, según él mismo solía decir, «son la misma cosa, salvo que el orgullo deja las luces encendidas y el poder es capaz de actuar a oscuras».

—¿Casi doce kilos?

—Creíais que eran gemelos, ¿no? —Estaba radiante—. ¡Vaya con el gordito! ¡Cincuenta hermosos centímetros de longitud y casi doce kilos! ¿Qué te parece, tío? ¡Tiene mofletes de político! ¡Diez papadas como acabaditas de salir del horno! ¡Menuda Iphy! Le echa un vistazo y dice, «Mumpo». Es su nombre, ¿entiendes? ¡Lily ha querido ponerlo al pecho de Iphy y la pobre casi se muere! Pesa tanto, que la chica no podía respirar. Tengo que ir a decírselo a Horst. ¡Está tan preocupado, que lleva dos días sin soltar la botella! —Entonces hubo un cambio repentino, un aire confidencial, un asombro secreto apenas susurrado mientras papá ponía un pie en el

interior para que la cosa quedara entre nosotros—. Ese Chick, por los clavos de Cristo, es algo grande. Después de tanta tardanza, yo ya lo habría sacado con un cuchillo. Estaba muerto de miedo, con ese bebé tan enorme. Pero Chick no. Enviaba aire dentro de Iphy, no sé cómo, no me lo preguntéis. El pequeñín se pasó horas y horas respirando tan tranquilo, sin poder salir. ¡Vaya con Chick, por las respetables pelotas del profeta! —Y con eso se fue, pisando ruidosamente los tablones de la rampa y saludando con la mano a la gente de la cola, bramando a voz en cuello—: Un niño... Estupendamente... Todo ha ido estupendamente... ¡Un niño...! ¡Sí! ¡Por los bamboleantes melones de María! ¡Soy abuelo!

Arty se quedó petrificado en su silla, mirando fijamente por la puerta. A lo lejos, la señorita Z. echó a andar hacia nosotros con una carpeta en la mano.

—Deshazte de ella —me ordenó Arty. Ofrecía un aspecto desinflado y algo humedecido—. Y luego ve a buscar al niño, ¿quieres?

—¿Para qué? —Sentí un puño de miedo en las tripas.

—¡Solo quiero verlo! —Con una última mirada hacia mi rostro, hizo girar la silla en redondo y se metió en su habitación. Lo había herido. Traté de sentir la cosita que llevaba en mi barriga. Nada. Pero estaba allí. Y con eso le compensaría.

Mumpo cambió muchos nombres. De repente, Iphy se convirtió en «la Mamaíta» para todas las pelirrojas, así como para los encargados de las atracciones, las ratas de barraca y los artistas. Lily y Al pasaron a ser la Abuela y el Abuelo. Incluso corrieron chistes de tíos y tiitas, al igual que corrían las tagarninas perfumadas al regaliz que repartía papá y el licor del inexhaustible barrilete que Horst guardaba en su camión. Pero el propio Mumpo no hacía más que yacer sobre las sábanas como una gorda y fofa calabaza. Era un

ansia sin límites, y además era astuto. Arty lo advirtió inmediatamente. Iphy lo sabía. Yo lo sabía. Lily y Al no querían darse cuenta. Chick lo sabía y no le importaba. Chick quería al enorme pegote.

Aquel primer día, asomé la cabeza por el dormitorio de las gemelas y lo encontré todo cubierto de sábanas blancas con olor a desinfectante. Lily, encorvada sobre el bebé, voluminoso y desnudo en blandos pliegues inmóviles sobre una mesita de metal provista de ruedas, lo lavaba con una esponja y lo arrullaba. Chick contemplaba a Iphy. Sentado en el borde de la cama, sostenía a la vez su mano y la pálida e inútil mano de Elly.

—¿Cómo se encuentran? —susurré. Me dedicó su sonrisa de niño, como si hubiera logrado andar haciendo el pino o encontrado una rana.

—Derrotadas. Hechas polvo. Fundidas.

Estaban durmiendo. Iphy, tan exangüe como una lombriz arrastrada por la lluvia; Elly, con la boca completamente abierta y un fino hilillo de saliva brillando sobre su mandíbula.

—Habría podido hacerlo antes, pero mamá dijo que los dolores del parto eran importantes. Pero no les dolió. No dejé que les doliera ¿Lo has visto?

Sus ojos se desviaron hacia el montículo de carne. Negué con la cabeza y me puse donde mamá pudiera sonreírme. Ella extendió un brazo y me atrajo hacia sí.

—¿No es asombroso? —El bebé tenía los ojos abiertos, unos ojos llenos de negro que parpadeaban y se entornaban con suspicacia.

—¿Podrías llevárselo a Arty? Se muere de ganas de verlo.

Chick dijo que no había ningún problema, y Lily trinó y gorjeó la mar de excitada, abrigando bien al bebé para un viaje de quince metros y profiriendo exclamaciones de admiración por lo mucho que pesaba cuando se lo cargó al cuello.

Ya en el camión de Arty, depositó la obesa masa sobre el escritorio y los ojos de Mumpo se convirtieron en estrechas ranuras al fijarse en Arty, y éste le dirigió una mirada furibunda a Mumpo, y ambos sujetos masculinos se contemplaron con odio. Lily exclamó que Mumpo aún no podía enfocar la vista pero que era maravilloso cómo parecía mirarle a uno directamente aunque solo tenía una hora de vida y debería estar tan agotado que no sabía cómo se aguantaba despierto y lo muy entusiasmado que estaba papá pensando en «Mumpo Montaña» y otros apelativos por el estilo para el espectáculo de Mumpo, aunque con un bebé nunca se sabe y quizá a los dos años se hubiera vuelto un flacucho.

Arty se quedó mirando la carne que rebosaba sobre las mantas hasta que al fin dijo:

—Muy bien. Ya te lo puedes llevar. Tiene que dormir.

Lily se lo llevó, y ésa fue la última vez en la vida que Arty vio a Mumpo.

El bastón me dio en la oreja y solté un alarido bajo la manta al tiempo que despertaba. Mi brazo derecho se alzó en una sacudida y el bastón me golpeó el codo, y el dolor de la oreja y el codo retiró el tapón de la nariz y los ojos, de modo que comencé a atisbar desatinadamente a través del telón de mis lágrimas el blanco haz de una linterna en las tinieblas cegaba mis desnudas pupilas y el bastón que me golpeaba de nuevo.

—¡Aaah! —gemí.

Y entonces oí el inconfundible jadear de Arty, enloquecido y farfullante, al otro extremo del bastón.

—¡Puta...! ¡Guarra...! ¡Asquerosa! —El bastón se cernió sobre mí y me acurruqué en el armario, cubriéndome los ojos con los brazos mientras chillaba:

—¡Arty!

El bastón siguió descendiendo y un pie se me enredó en la vieja bata de satén de mamá que utilizaba como cubrecama, y la voz de Arty chirrió en la negrura líquida manchada de luz.

—¡Te voy a matar, marrana...! —Otra vez cayó el bastón, y traté de agarrarlo. Lo aferré cuando pasaba ante mis ojos y me asombró encontrarlo entre mis manos tras un ligero tirón, lo que hizo aullar a Arty:

—¡Mierdaaa!

Entonces vi la copa de goma al otro extremo del palo y sentí una carcajada que se atragantaba bajo mi palpitante corazón, porque Arty estaba pegándome con un desatascador de lavabos.

Casi al instante se encendieron las luces y ahí estaba papá, con unos pantalones de pijama que dejaban al descubierto la vellosidad de su vientre, y mamá detrás de él, desgreñada y parpadeante. Busqué a tientas mis gafas y me las calé a toda prisa, para poder ver a Arty desnudo y lloroso en su silla de ruedas, con las azuladas venas latiendo bajo la fina piel de su cráneo y la linterna en el asiento, proyectando una débil luz amarillenta hacia la lámpara del techo.

—Pero ¿qué coño...? —comenzó papá, mamá se agitó toda aturdida, y yo, a salvo tras mis cristales verdes protectores, contemplé a Arty que mascullaba en su silla, presa de la frustración porque no era capaz de sujetar el bastón con su aleta a pesar de que su abdomen rebosaba de pliegues de músculo, a pesar de que su pecho era una coraza de bronce, a pesar de que de sus costillas sobresalían alas de músculo, a pesar de que podía levantar setenta kilos con el cuello; porque, a pesar de todo eso, no podía sujetar el bastón para castigarme cuando las circunstancias lo requerían.

—¡La muy guarra está preñada! —rugió Arty. Papá posó sus suaves manos sobre la perfecta y dorada piel del Muchacho Acuático y lo sostuvo contra el respaldo de la silla.

—¡Por el jodido amor de Dios, hijo! —exclamó papá, sin soltarlo.

Mamá trajo una manta para cubrir a Arty. Yo me agazapé en el fondo de mi armario y me envolví hasta los ojos en la vieja bata de satén blanco, porque Arty lo sabía. Lo sabía y estaba furioso. Sentí una cosa en el estómago, como si el bebé, la diminuta ranita bebé, Miranda, quisiera arrastrarse fuera de mí y huir de aquella cólera por cualquier ranura. Permanecí muy quieta, apretando todos mis orificios, tensando los músculos del ano, del coño, de la mandíbula y los ojos, rezando todo el tiempo la oración de amplio espectro de quienes no tienen un dios: «Por favor, por favor, no, por favor».

Arty recobró el uso de la lengua y se resignó a expresar su ira en palabras. Les dijo:

—Preguntádselo a Chick. Él me lo ha contado. Está preñada. ¡Estúpida traidora!

Con eso comprendí que Chick no se lo había dicho todo. Arty se recostó en su asiento y papá se dejó caer sobre el banco junto a la puerta y trató de entender la situación.

—¿Qué está diciendo, Oly? ¿Es verdad eso?

Yo no abrí la boca. Seguí acurrucada en mi rincón, atónita al ver que papá volvía a ser otra vez papá aunque fuese por un único momento de confusión.

—¡Pero eso no es motivo! —prosiguió—. ¡No hay razón que justifique que ataques físicamente a tu hermana!

Arty empezó a divagar con voz cargada de amargura:

—Ese cabrón jorobado pelirrojo... El Chico de los Alfileres. Le ha echado el ojo a la feria... Se tira a la hija del jefe, se infiltra... Se apodera de la pasta.

Vi que Arty se estremecía bajo la manta, con tal violencia que las ruedas de la silla rechinaban sobre el suelo en minúsculos temblores que acompañaban su voz.

—Está borracho o colocado —intervino mamá.

—¿Borracho? ¿Es que has estado dándole a ese veneno?

Papá condujo la silla de Arty hacia la puerta y hacia su propio camión, y yo me tendí y contemplé cómo se cerraba la puerta y me arrebujé en la bata blanca hasta la barbilla mientras mamá se

recostaba en el suelo junto a mi armario y se me quedaba mirando. Sus suaves facciones estaban ya vencidas por la debilidad y el aflojamiento de las fibras, pero sus manos se extendieron hacia mí y tocaron mi cara, sus largos y frescos dedos acariciaron mis mejillas mientras me susurraba:

—¿Te ha hecho daño, cielito?

Negué con la cabeza, y ella respiró hondo y prosiguió:

—Ahora, díselo a tu mamá: ¿estás embarazada? —Asentí con un gesto y la observé fijamente a través de mis gafas verdes, y ella asintió a su vez con aire grave. Sus luminosos cabellos flotaban desmadejados en torno a su cabeza—. ¿Estás contenta, dulzura? ¿O es algo que no deseas?

Todo su cuerpo olía a canela y vainilla cuando se inclinó hacia mí para hacerme la pregunta.

—Contenta —grazné, y ella se inclinó un poco más para apoyar su mejilla en la mía.

Papá regresó al poco rato y me dio unas palmaditas en la cabeza y se llevó a mamá de vuelta a la cama. Permanecí tendida en la oscuridad, escuchando, pero hablaban en voz baja y no logré oír lo que decían. Seguramente era el rugido de mi sangre lo que sofocaba sus palabras. Me sentía feliz.

Arty sufría. Me lo imaginé irrumpiendo por la puerta, solo en su silla, blandiendo la linterna y el desatascador para castigarme. Para hacerme daño por haberle hecho daño. Me hinché de un enorme amor por él. Mira, pensé, tanto miedo que nos daba durante todos estos años y ni siquiera es capaz de sujetar el desatascador con esas fuertes y torpes aletas. Quería hacerme daño y no pudo.

Debe de amarme, pensé con asombro. Me sobrecogió una leve vaharada de náusea al concebir el dolor como una prueba de amor, pero parecía ser así. Era innegable.

Por la tarde. La música de la feria como un vago tintinero de fondo. Todo el mundo trabajando, menos yo. Me hallaba a solas en el camión, mareada en mi armario. El perverso bamboleo de la náusea me inundaba de frío y de calor. Las puertas del armario estaban abiertas, de modo que podía contemplar el resplandeciente linóleo. Un diseño de ladrillos color naranja. Deseé que el suelo fuese azul o gris, para que me refrescara. La blanca luz del sol se filtraba por la ventana y salpicaba los ladrillos con un calor que me incendiaba las retinas a pesar de mis gafas oscuras. Si cerraba los ojos, me daba vueltas la cabeza y se me sublevaba el estómago; si me volvía para quedar de cara a la pared del fondo, me asfixiaba. Me abracé las rodillas sobre el acalambrado vientre y me apiadé de mí misma. Estaba casi dormitando cuando oí un rumor de pasos en el exterior. Chick entró sigilosamente.

—Habrías debido decírmelo, Oly.

Solté un gruñido y me quedé mirando sus descalzos y polvorientos pies, que casi pisaban el dobladillo de las raídas perneras del mono. Chick corrió las cortinas y se hizo una piadosa penumbra.

—¿Has visto a Arty? —inquirí cuando reaparecieron sus pies. Él se acuclilló a mi lado. Extendió una mugrienta mano y me tocó la frente.

—Así está mejor. —De pronto me sentí fresca y calmada, como si hubiera pasado horas y horas flotando inmóvil sobre la superficie de un estanque. —Está trabajando. Aún sigue muy enfadado. —Chick me observó con curiosidad.

Me llevé una mano al pecho, allí donde Arty había dejado una enmarañada bola de serpientes rabiosas que se atacaban.

—Aquí también, por favor. —Chick frunció el ceño y el dolor fue contrayéndose hasta quedar reducido a un solo punto vibrante como la picadura de una abeja. Tamborileé con los dedos sobre el punto doloroso, llena de impaciencia.

—Vamos. No te pares. Haz el resto, por favor.

—Podría dormirte. ¿Quieres que lo haga?

—No. ¿Se lo has dicho?

—No ha querido creerme. Piensa que es un truco para tranquilizarlo. Y el Chico de los Alfileres se ha ido.

Me levanté al instante y salí hacia el escenario de los tragasables, arrastrando a Chick de la mano. Asomamos la cabeza por la entrada posterior de la carpa y contemplamos las escurridizas sombras que se recortaban sobre el telón de fondo mientras los tragasables ejecutaban su número. Su charla estaba punteada de silencios, cada vez que se introducían las espadas. La hija mayor de los tragasables terminó su actuación y abandonó precipitadamente el escenario, cubierta de sudor. La cogí del brazo.

—¿Adónde se ha ido el Chico de los Alfileres?

—¡Ostras, Oly! No lo sé. Papá está furiosísimo con él. Tenían que hacer un número juntos. Lo tenían muy ensayado. Pero esta mañana, al levantarnos, ya se había ido. Se ha llevado la mochila y la colchoneta, pero se ha dejado el baúl. —Puso los ojos en blanco, con cara de perplejidad—. Tendrá que volver a por el baúl. Y sabe que levantamos el campamento esta noche. Puede que venga antes de que nos vayamos. ¿O crees que nos alcanzará en St. Joe?

Junto a la lona de la carpa descansaba el baúl asegurado con correas, un objeto deslustrado sobre el que se apoyaba una profusión de sables y antorchas. La joven tragasables se apartó un mechón de la frente y, con un ademán de despedida, se dirigió al otro lado del escenario para su segunda aparición.

Chick miraba fijamente el baúl. Me di cuenta de que estaba pensando en algo. El baúl tenía todo el aspecto de una cosa abandonada, como cartas olvidadas en un ático, escritas por y para los muertos.

—Será mejor que vayamos a ver a Arty —murmuré. Chick asintió sin apartar la vista del baúl.

—Diles que vuelvan mañana. —La voz de Arty se filtró por la rendija de la puerta. El novicio calvo que respondió a la llamada nos había dejado esperando en el umbral mientras iba a ver «si el Maestro podía dedicarnos unos minutos». La afeitada cabeza reapareció ante nosotros luciendo una sonrisa presuntuosa.

—Me temo que el Maestro... —comenzó. Pero yo salté hacia delante, terminé de abrir la puerta de un empujón y me puse a chillar:

—¡Arty! ¡Mierda seca! ¡Arty! —Y, pasando ante el sorprendido novicio, seguida de cerca por Chick, me abalancé hacia el escritorio de Arty. Sus facciones se cuajaron en pétrea cólera y su voz resonó:

—¡Lleváosla! ¡Fuera de aquí!

Las manos del novicio, con tres dedos cada una, se cerraron alrededor de mi brazo, pero de hecho fue Chick quien me alzó. Lo noté por la suavidad y la soltura con que salí volando por la puerta y me posé en la plataforma. Chick asomó la cabeza y me miró.

—Espera un poco. Voy a hablar con él.

La puerta de Arty se cerró y quedé a la expectativa. Me sentía furiosa, para variar. Era todo un cambio, después de tanto sentir pena de mí misma.

Aquella misma noche rodamos hacia St. Joe en la oscuridad, papá al volante y mamá a su lado, en el asiento del copiloto. Chick y yo nos acurrucamos en el compartimento comedor, y allí me pasó su informe.

—Muy bien. Ahora ya me cree, más o menos, porque le ha preguntado a Horst sobre el embarazo de la tigresa, y éste le ha dicho que es imposible, porque no ha estado con ningún macho. Pero todavía hace ver que no me cree. No quiere admitir nada. Además, tiene miedo de que sus jugos no sean buenos. Teme no ser capaz de ser parte de un bebé. Pero dice que está harto de esos novicios empalagosos que merodean a su alrededor y que está dispuesto a dejar que vuelvas a trabajar para él.

—Pero ¿y el Chico de los Alfileres?

La oscuridad me impedía ver la cara de Chick. Tardó unos segundos en responder. Una docena de latidos de corazón.

—Solo dice: «¿Qué Chico de los Alfileres?», y se niega a seguir escuchando. Ésa es otra cosa. No debes hablar a Arty del Chico de los Alfileres, ni de tu bebé, ni de nada de todo esto. Quiere que actúes como siempre.

Ya en St. Joe, le llevé a Arty su desayuno. Hice la limpieza, pasé el polvo, llevé mensajes y no dejé que ninguno de los novicios pisara el interior del camión. Viajé hasta la carpa de su espectáculo en la parte de atrás de su carrito de golf y aguardé tras el acuario mientras el numeroso público de St. Joe rugía y suspiraba como la marea. Restregué el cuerpo de Arty tras la actuación y le di un masaje y lo pinté para la siguiente representación. Hice todo lo de costumbre. Al principio, Arty se mostraba hosco y malhumorado, pero luego se olvidó y volvió a ser como siempre.

El Chico de los Alfileres no regresó a buscar su baúl. No volvimos a saber más de él. Si alguna vez lo recordaba, me sentía complacida —la complacencia de un idiota— de que Arty se hubiera deshecho de él, lo hubiese obligado a fugarse, lo hubiera intimidado hasta el punto de empujarlo a escapar, y todo por miedo a perderme. No creo que Arty lo mandara matar.

Elly se recuperaba. Iphy intentó ocultar su mejoría, pero yo me quedaba horas con ellas, contemplando las crispaduras de Mumpo y los arrullos de Iphy, y la diferencia no me pasaba por alto. Cuando Iphy utilizaba ambas manos para cambiarle los pañales a Mumpo, o para darle la vuelta o lavarlo, Elly ya no se desplomaba como un globo desinflado. Se mantenía erguida sin que la sostuviera el brazo de Iphy. Además, había momentos en los que hubiera jurado que la mirada de Elly se enfocaba hacia Mumpo, hacia mí o hacia los

movimientos de las manos de Iphy. La boca de Elly permanecía cerrada durante lapsos cada vez más prolongados. Babeaba menos. En una ocasión le vi alzar deliberadamente la mano hasta su hinchado y rezumante seno.

—Utilizo este sacaleches en los pechos de Elly y pongo la leche en un biberón —explicaba Iphy. Mumpo yacía junto a ella en la cama, mamando ruidosamente de la tetina de goma del biberón. La leche, de un azul muy claro, remolineaba y burbujeaba en el interior del recipiente a medida que los labios del bebé hacían disminuir rápidamente su nivel—. Está siempre tan hambriento... Hacemos falta las dos para alimentarlo, pero para hacer que mamara directamente de las tetas de Elly tendría que sostenerla a ella y al bebé al mismo tiempo, y eso resulta muy difícil...

Me miró de reojo para ver si creía que todavía tenía que seguir sosteniendo a Elly, y justo en ese instante Elly abrió la boca y dijo:

—Glotón, glotón, glotón.

Sonó tan claramente como un *pizzicato*.

—Ja, ja —exclamó Iphy, mirándome con fijeza—. Cada vez hace más sonidos. Ja, ja. A veces, casi parecen palabras.

Sentada al pie de la cama, con las piernas colgando para que mis zapatos no ensuciaran las sábanas, asentí sin decir nada. El biberón se vació y de los labios de Mumpo brotó un resonante eructo. Elly cerró la boca y sus ojos se perdieron de nuevo, blandos, sin mirar a ninguna parte mientras Iphy nos miraba a todos tan deprisa que debió de dolerle la vista con el latigazo de los nervios ópticos.

Papá mandó pintar carteles para «Mumpo, el bebé más gordo del mundo» y trató de persuadir a Iphy para que organizara las cosas de manera que el bebé pudiera hacer la siesta cara al público, cobrando entrada. Iphy insistió en esperar a que hubiera cumplido un año. Papá estaba muy indignado.

—¡Aquí trabaja todo el mundo! ¡No hay lugar para los parásitos! ¿Y qué hemos de hacer contigo, jovencita? ¿Por qué no te dejas ver alguna vez por la carpa de variedades? ¡Podrías hacer algo, incluso con Elly! ¡Tiene que haber alguna forma!

Iphy montó en colera y le recordó todo el dinero que le había hecho ganar en sus años de trabajo junto a Elly. Le dijo que tendría que esperar. Papá la dejó tranquila. Iphy no se inmutó en lo más mínimo por este incidente.

—Papá solo ensaya antiguos reflejos. Ya no es el jefe.

Me creció la barriga. Colgaba en un ángulo extraño y me producía un gran dolor de espalda. Las venas de mis piernas amenazaban con estallar, hasta que Chick se ocupó de ellas.

Pasaba muchos ratos con Iphy y llegué al convencimiento de que Elly estaba recuperada durante la mayor parte del tiempo.

—Está disimulando, Iphy, no me mientas.

El rostro de Elly permanecía inmovilizado sobre el hombro de Iphy, pero sus brazos comenzaban a recobrar la forma de antes. Su yerta flaccidez se convertía otra vez en músculo bajo la blanca piel, y yo la veía llenar poco a poco las mangas de sus blusas.

—¿Elly? Estás haciendo ejercicio en secreto, ¿verdad? —preguntaba a veces, acercándome mucho a ella y escrutando sus desenfocados ojos. Pero ella nunca reaccionaba.

—Lárgate, Oly —intervenía Iphy, y yo me retiraba pensativa, especulando también sobre Iphy y sobre lo mucho que había llegado a parecerse a Elly. Más fuerte. Más dura. Ya no lloraba nunca. Nunca cantaba. Hacía la limpieza. Amamantaba a Mumpo tendida a su lado, porque no podía sostener su peso. Abandonó los biberones y, cuando Mumpo agotaba sus pechos, se volvía de lado para que pudiera alcanzar los de Elly. Le dio a probar alimentos sólidos, y el bebé los engulló afanosamente, sin desperdiciar nada, absorbiéndolo todo, y luego le exigió el pecho.

En Santa Rosa, un Club de Admiradoras de las Gemelas llegó hasta su puerta. Eran muchachas de dieciséis años que habían comenzado a vestirse al «estilo Gemelas» cuando contaban doce o así y aún seguían envolviendo dos cinturas bajo una enorme falda, como participantes en una carrera de sacos, y se teñían mutuamente sus californianas cabelleras para lucir el brillo negroazulado de las gemelas.

Fui a abrir yo. La primera pareja trató de mirar por detrás de mí.

—¡Las queremos mucho! ¿Es verdad que han tenido un niño? Queríamos hacerles un regalo.

Apareció un ramo de flores, que fue pasando de falsa pareja en falsa pareja hasta llegar a mis manos. Les dije que Elly e Iphy estaban durmiendo, o quizá trabajando. Acepté el cucurucho de papel verde repleto de flores, les di las gracias y cerré la puerta. Iphy miró por un resquicio entre las cortinas mientras el grupo de admiradoras se alejaba entre risitas, cuatro pares de gemelas que rodeaban a su compañera con el brazo. Iphy, con aire ausente, dio un apretón a Elly, que se desmadejó entre sus brazos.

—Teníamos muchas seguidoras por esta parte del país —comentó Iphy. Luego puso las flores en un gran jarrón con agua y permanecieron varios días sobre la mesa.

Para mí, las cosas resultaban fáciles, y habrían podido ser mucho peores para las gemelas. Vivíamos en un mundo pequeño, curiosamente inmune a las preocupaciones. No nos inquietaba la vivienda ni la comida, ni las opiniones de la familia, ni los problemas de criar un hijo. Teníamos a papá, a mamá y a Chick. Teníamos una reserva inagotable de complacientes pelirrojas.

Algo bueno de estar embarazada es que una piensa tanto en ello que rara vez tiene tiempo de aburrirse. Asustada, con frecuencia, pero casi nunca aburrida. De vez en cuando, me sentía íntimamente decepcionada. Entonces me sentaba junto a la urna del abuelo en el camión generador y me dejaba llevar por la melancolía.

La vida para mí no se parecía a las canciones que escuchaban las pelirrojas. No era el enganche eléctrico que había visto diez millones de veces en la feria; las chicas toreras que exhibían sus plumas hasta que aquellos tractoristas de abultada bragueta se ponían tan tensos como la cuerda de un banjo centelleante bajo el sol. No era para mí la balbuciente hilaridad de papá y Lil, ni siquiera la impotente y babeante lascivia del Hombre del Saco estremecido por la visión de las gemelas. Ciertamente, he sentido lástima de mí misma. Me he revolcado en la pena infligida por la solitaria y deliberada disipación de mi amor en el aire, como el olor de las palomitas no comidas que enmohecen hacia un gomoso verdor. Al final, siempre me alzaba con una sensación de gloria, con la certeza de que amar es estar en el lado fuerte. Lo débil es ser un objeto. ¿De qué me sirve que mi amor sea correspondido? ¿Para calentarme el cuerpo en la oscuridad? ¿Para cambiar mi rostro en el espejo todas las mañanas? Si yo amaba a Arty, eso no era cosa suya. Era mi as en la manga, como un pájaro de la felicidad tatuado bajo el vello púbico o un rubí embutido en el recto.

Entiende, hija, que la única razón de que fueras engendrada fue como un tributo a tu padre-tío. Tu propósito era amarlo. Tenía el proyecto de enseñarte a servirle y adorarlo. Tú ibas a ser su monumento y su fortaleza contra la mortalidad. Perdóname. Tan pronto como llegaste, comprendí que tú valías mucho más que todo eso.

Lily recogió la ropa desechada de Mumpo, la lavó y la guardó bien plegada en los cajones junto a mi armario, tras retirar los trapos de cocina, los cuchillos y tenedores, su colección de bolsas de plástico y los trastos de costura, así como las herramientas viejas de papá.

—Éste será tu pequeño cofre de la esperanza —me anunció.

Lily estaba encantada de que yo fuera engordando a su lado, no secuestrada como las gemelas. A veces me abrazaba con aire abstraído, en la cocina o mientras lavábamos la ropa juntas.

—¡Ten muchas esperanzas! —me susurraba, estrechándome contra su pecho, con sus acuosos ojos azules parpadeando de vidrioso placer. En torno a ella se alzaba un curioso y cálido aroma a su loción favorita, calentada por el sudor, y un levísimo olor a deterioro. Yo me apretaba contra ella y contemplaba sus manos; su piel, como un papel arrugado, crujía suavemente cuando me acariciaba la cara.

—No se lo digas a nadie... —me confesó una vez—. Ni siquiera lo insinúes... No me gusta Mumpo... Lo adoro... Me arrancaría el corazón por él..., pero tiene algo que no acaba de gustarme.

Mumpo tenía consumidas a las gemelas.

—Mamá, solo hace caca cada tres días, y además poca. ¿No le pasará algo?

Iphy se inquietaba y Elly había cristalizado un inteligente ceño que se bamboleaba permanentemente sobre el hombro de Iphy. Estaban cada día más frágiles y angulosas, a excepción de los cuatro senos, que se inflaban cada tres horas, a tiempo para el despertar de Mumpo. El bebé comenzaba a mugir antes incluso de abrir los ojos, y no interrumpía sus rugidos hasta llenarse la boca de teta cruda. Entonces sorbía y sorbía hasta que el pecho vacío pendía fláccido sobre las protuberantes costillas de sus madres, y mugía de nuevo por la siguiente teta hasta que las dejaba todas secas y escurridas. Luego dormía otras tres horas y volvía a empezar.

—Todos los niños son distintos —respondía mamá con diplomacia. Pero más tarde, en el camión de la familia, meneaba la cabeza y me decía:

—¡Es un glotón! Lo absorbe todo. No suelta nada. ¡Todo para él!

Y Mumpo crecía, extendiéndose alrededor de sí mismo en concéntricos pliegues rosáceos que se agitaban al ritmo de su respiración.

Chick venía a verme todas las mañanas antes de acudir a los arturanos para el trabajo del día. Su ropa estaba harapienta y se le había quedado pequeña. Mamá estaba demasiado abstraída para darse cuenta. El pobre echaba de menos a la doctora Phyllis.

—Era todo más fácil cuando estaba ella —me explicó—. Ahora estoy muy asustado. Casi todo el rato.

Se presentaba a las horas de las comidas, con las manos infladas como las de un ahogado a causa de los constantes lavados y de los ajustados guantes de cirugía. Si permanecía sentado más de unos minutos, se sumía en una especie de sopor. La disputa ritual entre Horst y Norval Sanderson lo tenía muy preocupado.

—Es justo, ¿no? —me preguntaba—. Así es como lo dispuso la doctora P. Los brazos y las piernas son para Horst, y el señor Sanderson se queda con los dedos sueltos, las manos y los pies. Esos huesecitos tan pequeños son malos para las fieras. Tiene lógica, ¿verdad? ¿Por qué el señor Sanderson siempre trata de hacer trampas? El otro día tuve que pedirle a un novicio que vigilara las piernas del camión frigorífico, porque el señor Sanderson siempre se las lleva envueltas en bolsas de basura. Horst dice que, si sigue haciéndolo, un día soltará a Lilith, la tigresa de Bengala, en el remolque del señor Sanderson. Y ahora Horst se pasa el día bebiendo. Es muy capaz de hacerlo. Y papá va a beber con él. Se encierran con el tablero y beben y discuten hasta que ya no saben de quién es el turno.

Chick me contaba cada vez más cosas, porque no tenía a nadie más con quien hablar.

—A Arty no le gusta que los cirujanos locales atiendan a los arturanos. No le gusta que los médicos de los hogares de reposo se entrometan. Quiere que lo haga yo, pero yo no puedo hacerlo todo. No pueden viajar todos con nosotros. Arty quiere tenerlo todo bien a la vista, pero la cosa se ha vuelto demasiado grande. Hay demasiada gente.

Arty recibía todas las mañanas una carpeta con recortes de prensa. Los novicios de la oficina repasaban periódicos y revistas de todo el país en busca de comentarios sobre el arturismo o cualquier otra cosa que pudiera interesar al jefe. Además, Arty se suscribió a una agencia que le enviaba grabaciones magnetofónicas o de vídeo con todas las noticias, comentarios, discusiones o chistes sobre el arturismo que se emitían por radio o televisión.

—¡Nos ha salido otro imitador en California, el reverendo Raunch! ¡Con él, ya son tres en un solo estado! —rezongaba cuando le llevaba la bandeja del desayuno—. Y en Detroit hay una chusma de rebana-cerebros, una secuela de las ideas de la doctora P. Los muy gilipollas han sido citados por un tribunal. ¡Esos lameculos nos van a joder a todos!

Arty no necesitaba preocuparse por su escuálida competencia, pero lo hacía. Su carpa era la más grande que jamás se hubiera construido en el continente, y estaba siempre abarrotada de una multitud que gemía por él tan ruidosamente como un huracán. Pero se ponía de morros ante cualquier baptista de poca monta, despotricaba contra los cirujanos plásticos y se exasperaba ante los anuncios de las clínicas de adelgazamiento y los programas contra el alcoholismo.

A veces, sin embargo, Arty se regocijaba con un placer maligno.

—Poseo las mejores herramientas. Todas las semanas hablo con el cuidador de la doctora P., ya lo sabes. Y mi hermanito hizo con ella un trabajo mucho más pulcro que cualquiera de los que la doctora hizo en toda su vida. Lo más inteligente que he hecho jamás fue meterle a Chick en el bolsillo.

No prestaba mucha atención. Estaba completamente absorta en el asombroso contenido de mi vientre. Todo lo demás resultaba insignificante. A medida que se acercaba la hora, me sentía cada vez más atemorizada. No tenía miedo de morir. Chick no me dejaría morir. No tenía miedo de que muriera el bebé. Chick haría lo

necesario para que viviera. Y aun así, un enfermizo pánico gris anidaba en mi pecho, inexpresable. Chick se ofrecía constantemente a dormirme.

—Oye, está muy bien. La doctora P. es feliz. A mí me gustaría. Yo mismo me echaría a dormir, pero no hay nadie que pueda encargarse de mi trabajo.

Cuando comenzaron las contracciones del parto, mamá me dio té y Chick me instaló en una de las sillas de ruedas arturanas y me condujo a su quirófano. Caía la tarde. Las luces de la noria brillaban sobre el crepúsculo, y el aire transportaba el olor a palomitas de maíz y los ruidos de la feria. «¡Demuéstrale a tu novia de qué estás hecho!», vociferaba un charlatán.

No me dolió. Me recosté sobre unas almohadas y dormí a intervalos de un minuto, entre contracción y contracción. No sentí dolores, pero el esfuerzo era agotador. Recuerdo que miré a Chick y a mamá y traté de explicarles lo cansada que me sentía.

Recuerdo cuando vi por primera vez la cabeza de Miranda entre mis piernas. Era feúcha, como una cabeza de tortuga enrojecida estirándose, ladeándose, parpadeando, bamboleándose, y estuve a punto de echarme a reír. Recuerdo la sonrisa de Chick cuando la tomó en sus manos. La pequeña cosita se deslizó sobre el paño limpio que él tenía preparado y Chick levantó su cuerpecito y lo depositó sobre mi desinflada barriga.

—¡Me gusta! —exclamó. Era su segundo parto, y más tarde me contó que Miranda le había resultado muy fácil en comparación con Mumpo, pues había tenido que esforzarse mucho más para eliminar el dolor de las gemelas.

Mamá y yo examinamos el sorprendente cuerpo de la recién nacida y solo encontramos aquella ridícula colita. Se me vino el alma a los pies. Pero mamá me instó a que no abandonara las esperanzas.

—Adelante, quiérela —dijo mamá. Más de una vez me he preguntado luego si aquéllas no fueron las últimas palabras cuerdas de mamá, el último chisporroteo de sus sinapsis.

Y entonces comenzó el auténtico miedo. Con el bebé fuera de mí, vulnerable, de pronto empecé a ver el mundo como un sitio hostil y peligroso. Cualquier cosa, sin exceptuar mi propia ignorancia, podía hacerle daño, matarla, arrebatarla de mi lado. Sentí deseos de empujarla de nuevo a mi interior, donde se encontraría a salvo. Yo era demasiado débil para protegerla. Necesitaba a la familia. Arty tenía que cuidar de ella. Iphy tenía que ayudarme. Papá tenía que estar sobrio y ser valiente, y mamá tenía que prescindir de sus pastillas y ser muy sabia. Pero en realidad solo contaba con Chick, y me moría de miedo cada vez que lo perdía de vista. Me daba cuenta de que lo asustaba con mi apego, pero no podía confiar el bebé a nadie más.

La niña tenía los rasgos de Arty, y la llamé Miranda porque el padre de Miranda la quería.

Arty no quería a mi hija. En ningún momento manifestó deseos de verla. Cuando finalmente fui yo a su camión a llevarle el desayuno, unos días después del parto, dejé a la niña con Chick. Quería probar el agua, y la encontré fría.

—¡Qué amabilidad por tu parte! —rezongó Arty—. ¡Es todo un detalle que hayas encontrado tiempo para venir a verme! Supongo que ya no querrás volver a trabajar. Querrás retirarte, como Iphy.

Sentí que se me helaban los pulmones. No fui capaz de replicar nada. Regresé al camión y me oculté en el armario con Miranda entre los brazos, sujetándola con mucho cuidado para no retorcerle ni pellizcarle la cola.

Siempre dormía enroscada en torno a ella en el armario. Eso ponía nerviosa a mamá, pero como allí no tenía suficiente espacio para darme la vuelta, supuse que no había peligro de que la

aplastara. Y no me atrevía a instalarla en una caja o un cajón, separada de mí.

—No la odia —me aseguró Chick—. ¿Cómo va a odiarla?

Chick sostenía a Miranda en el fregadero mientras yo la bañaba. Su brazo se curvaba a lo largo de la espaldita de la niña, para que no se viniera abajo y se fracturase su perfecto cráneo. Yo no me atrevía a bañarla sola. Sus deditos de cinco meses de edad se elevaron hacia los labios de Chick, que aprovechó para besarlos sonoramente.

—Mamá y las pelirrojas dicen que ya deberías sentirte mejor, Oly. Sin tanto miedo.

Mis brazos desaparecieron hasta los codos, cubiertos por la tibia agua grisácea del fregadero. Al otro lado de la explanada, Leona la Chica Lagarto flotaba inmóvil y silenciosa en la verde lobreguez de su recipiente. Miranda era capaz de gorjear y de arrojar una cucharada de papilla contra la pared, pero, frente a Arty, se hallaría tan impotente como Leona. Deseé que Chick me creyera, que se sintiera tan preocupado y alerta como yo lo estaba.

—La niña no es ninguna amenaza para él —observó Chick en respuesta a mis pensamientos. Una burbuja de luz se elevó en mi interior. Chick estaba en lo cierto. Aquella insignificante cola no representaba ninguna amenaza para el Hombre Acuático.

—Además —prosiguió Chick—, se pasa el rato pidiéndome que traiga a Elly de vuelta. Dice que sería muy conveniente que pudiera ayudar con Mumpo. Lo estoy intentando, pero allí dentro es todo muy complicado. En su cabeza, quiero decir.

Mi fantasiosa burbuja se hundió en un charco helado. Conque por eso estaba Chick tan seguro de la benevolencia de Arty.

—Culpabilidad —apunté.

Chick asintió con fiabilidad, agitando su resplandeciente cabeza sobre los insondables tirabuzones de Miranda.

—Se siente mal.

Enjugué con una esponja las sonrosadas mejillas de la niña y ella separó sus mandíbulas y las cerró sobre la esponja, exprimiéndola alegremente.

—Ya me parecía que empezaba a recuperarse.

—Lleva su tiempo —asintió—. La cosa ya había empezado, de todos modos, pero procuro ayudar, un poquito cada vez. Deberías ir a verlas más a menudo. Están muy solas. Es mejor que tengan un poco de animación. Elly se fija más en las cosas.

—Ayudo a Iphy con la limpieza.

—Mumpo no te gusta. Crees que es malo, pero no lo es. Lleva a Miranda a jugar con él.

—Mumpo no juega. Solo sabe estar quieto y comer.

Una sombra de pesar cruzó por el dorado rostro de Chick.

—Es un bebé maravilloso. No es como Miranda. —Bajó la vista para restregar la mojada cabellera de la pequeña—. Pero es maravilloso.

Cogí una toalla.

—Ya podemos sacarla del agua.

La niña se incorporó, chorreando, y se dejó caer sobre mis brazos.

—Le gusta volar. —Le dirigí una sonrisa a Chick, avergonzada de insultar a su otro bebé.

—Tengo que irme al quirófano. —Evitó mirarme. Su rostro estaba enrojecido.

—Iremos contigo. —Comencé a vestirla apresuradamente.

—No, Oly. No vengáis. Me resulta muy difícil concentrarme si además tengo que cuidar de vosotras, y hoy me espera un trabajo duro.

Mientras se alejaba, lo seguí con la vista a través de la ventana. Los raídos tirantes del mono cruzaban sus flacos hombros desnudos como si nadie lo amara.

Miranda empezaba a dar sus primeros pasos. Se soltó del sillón de papá y echó a andar hacia el sofá empotrado donde se acostaba Chick por las noches. Y entonces se cayó de cara y se partió el labio. Me eché a llorar. La niña sangraba y berreaba. En ese preciso instante, Arty decidió venir a visitarnos. Era la primera vez que veía a Miranda.

Es cierto que después del nacimiento no le había sido útil en nada. La niña me había cambiado. Las pocas veces que había ido a trabajar para Arty, me atemorizaba acercarme a él, porque tenía algo que perder.

Cuando nos dejó solas, disgustado, salí corriendo con la niña en brazos e irrumpí en el camión del quirófano. La enfermera me sujetó por los hombros y me condujo a la tienda de espera. Chick estaba amputando un muslo. Una operación crítica. La enfermera me dio una gasa para el labio de Miranda, que seguía sangrando, y regresó al quirófano.

Al poco rato llegó Chick, enfundado en su bata verde, y me abalancé sobre él. Entonces tenía trece años. Yo tenía diecinueve. Miranda, uno. La miró, y ella dejó de llorar. Su labio dejó de sangrar. Extendió sus bracitos hacia él, y Chick la levantó en vilo. Miranda suspiró y recostó la cabeza en su pecho.

—¡Ha dicho que era una *norma*! —bramé—. ¡Dice que se la dará a Mumpo para almorzar! ¡Ni siquiera ha querido mirar su cola! ¡Iphy se reirá como una loca y mamá se tomará una pastilla y Al le dará a la botella y nadie, nadie puede ayudarme más que tú!

Su rostro infantil adoptó una expresión de desconcierto.

—No entiendo —dijo.

De pronto, noté que me invadía como una frialdad. Me inundó la quietud de una laguna en el bosque.

—¡No! —chillé—. ¡No! ¡No quiero! —Pero ya era demasiado tarde, y el dolor y la cólera se volvieron duros y pequeños en mi interior. No desaparecieron, pero se alejaron.

—Ahora, explícate, por favor —me rogó Chick. Y salimos de la carpa con toda calma y paseamos por la hierba tras las casetas de la feria y Miranda se quedó dormida en brazos de Chick.

Creo que Chick lo intentó. Cuando salió del camión de Arty, parecía que tuviera mil años. Era él quien tenía que decírmelo.

Querida hija: no voy a decirte que lo que yo sentía por Arty era amor. Llámalo concentración. Mi concentración en Arty era una dolencia, incomunicable e —incluso para mí misma, incluso después de tantos años— incomprensible. Ahora me desprecio. Pero aun así recuerdo con ardiente sonrojo su forma de dormir, quieto como la muerte, con el rostro vacío de expresión, tan pétreo y exquisito como una estatua sepulcral. Su debilidad y sus voraces y amargas necesidades eran terribles, y bellas, y tan irresistibles como un terremoto. Arty hería y humillaba a todos aquellos que necesitaba, pero el hecho de que me necesitara y el dolor que eso me producía fueron la vida más intensa que he conocido. Recuerda lo poquita cosa que he sido siempre y perdóname.

Arty no vio en ti utilidad alguna, y tú disminuías mi utilidad para él. Te alejé de mí para complacerlo, para demostrar mi dedicación a él y para impedir que te matara.

La oficina administrativa arturana se encargó de todos los trámites. Ellos eligieron el internado y depositaron una considerable suma en un fondo fiduciario para ir pagando a las monjas.

Mi tarea consistió en llevarte a esa vieja mujer maldita por la cruz; una mujer, no lo olvides, que había renunciado a tener hijos por el amor de su Dios mucho antes de que tú e incluso yo viniéramos al mundo. Tuve que llevarte a ella y regresar sin ti.

Mi tarea consistió en volver directamente, sin que nada fluyera tras mis gafas oscuras, para dar a Arty sus masajes y pintarlo para la siguiente actuación, asintiendo alegremente todo el rato, sin demostrar nada más que una admirada atención hacia su magnífica musculatura. Porque habría podido matarte. Habría podido retirar el

dinero que pagaba tu alimentación y tu escuela. Habría podido borrarte tan completamente que jamás hubieran llegado a mí esas cartas, informes y fotografías, ni tus dibujos de colores, ni la posibilidad de espiarte y de amarte en secreto cuando todo lo demás se hubo desvanecido.

Arty habría podido hacer cosas mucho peores, pero decidió no hacerlas.

25

Todos caen

Hopalong McGurk sonríe con una dentadura postiza nacarada porque mis perfectos dientes de Binewski se fueron por el sumidero con todo lo demás. Y sin embargo, el día en que lo perdimos todo no tuvo nada de especial. Miranda llevaba cosa de un año fuera. Ya entrada la mañana, me hallaba como de costumbre en el vestidor de Arty, recubriéndolo de grasa mientras la carpa se iba llenando y la pegajosa voz de la muchedumbre se filtraba a través de la pared, espesando la atmósfera. Arty yacía boca abajo en la mesa de masaje, mientras yo lo pintaba. Me miró por el gran espejo mural.

—No escatimes en los pliegues, por favor. Quiero brillar.

Tiré de la carne enrollada en la parte posterior de su cuello y apliqué un puñado de grasa sobre la suave piel. Él apoyó la cabeza en el banco y se arqueó para alisar los pliegues del músculo. Esparcí la grasa, froté y en seguida comenzó a surgir el lustre en el cogote, extendiéndose hacia las orejas.

—¿Te hago las puntas de las aletas?

—Me gusta. El público se queda sin aliento cuando hago esto... —Extendió las aletas e hizo un guiño de cara al espejo.

Deslicé una mano bajo su pecho y tiré hacia arriba. Arty se contrajo para ayudarme a levantarlo y los músculos de su espalda se desplazaron como losas recortadas, revelando hasta la última protuberancia de su increíble columna. Cuando quedó erguido sobre las aletas de atrás, comencé a trabajarle la frente y extendí la grasa hacia sus alargados párpados y sus lisos pómulos.

—Quiero una pincelada de blanco debajo de cada ceja, a lo largo de la nariz y bajo el labio inferior. Pero que no sean muy exageradas, por los de las primeras filas.

Abrí el bote de maquillaje blanco y sujeté su aleta delantera derecha. La brillante grasa ya se había secado entre las arruguitas de la piel. Comencé a dar pinceladas de suave blancura sobre el delicado abanico de huesos que era casi una mano adosada a su hombro. Arty abrió y cerró las articulaciones, y la luz danzó sobre la aleta palmeada.

Las aletas de sus caderas eran muy elegantes. Casi planas, retorcidas sobre sus breves articulaciones como el cuello de un cisne, suaves, poderosas y delineadas con asimétrica intención. La cosita semejante a un dedo que jamás tenía mugre bajo su cuadrada uña podía sujetar, arañar o pasar una página. Le di una pincelada de blanco que convulsionó en oleadas todo su cuerpo, por las cosquillas.

—Bien. Ya puedes empezar con la grasa —aprobó.

La capa de pintura capturaba la luz en un prisma sutil. El engrasado final relucía con brillo propio y protegía la pintura blanca durante la hora que Arty permanecía bajo el agua, agitándose frenéticamente. Los toques de blanco eran una novedad. Arty se estudió en el espejo y su ancha boca se extendió de oreja a oreja.

—Vaya, vaya. Hoy estoy para que me coman, ¿verdad?

El firmamento sobre Molalla era de un azul doloroso, pero anduve desde la carpa de Arty a nuestro camión en la misma atmósfera Binewski que había respirado durante toda mi vida: una combinación de aceite lubricante, polvo, palomitas de maíz y azúcar caliente. Nosotros producíamos esta atmósfera y la transportábamos allá donde íbamos. La luz de la Fabulonia era la misma en Arkansas que en Idaho; la danza eléctrica patentada de los Binewski. La

producíamos nosotros. Al igual que esa masa mucosa que para protegerse segrega un caparazón llamado «ostra», nosotros los Binewski exudábamos un refugio llamado «feria».

Era mediodía, y la muchedumbre iba en aumento. Arty se hallaba en su acuario, celebrando servicios de elevación para los Admitidos. Sanderson pregonaba gusanos con su elegante y florida gramática. Las pelirrojas lanzaban miradas provocativas desde todas las taquillas y puestos de golosinas. Dos docenas de atracciones hacían cuanto estaba en su mano para sacudir, asustar y marear los bolsillos locales hasta que vomitaran todas las monedas. Eché a andar por la avenida central de la feria, rumbo a mi almuerzo. Me imaginé que Crystal Lil estaría preparando un caldo escocés para todos sus hijos.

Pero entonces vi a Lily ante el camión de las gemelas. Echó la cabeza hacia atrás y aulló:

—¡Chick! —En el mismo instante, Chick pasó a mi lado como una exhalación, agitando rítmicamente codos y rodillas en dirección a mamá. Su brillante cabellera ondeaba tras él. Empecé a correr yo también—. ¡Es Elly! —chilló mamá.

La puerta del dormitorio estaba abierta. La rosada cama se hallaba ocupada por una violenta convulsión. Una pierna desnuda se alzó en el aire y golpeó con su duro talón el muslo de su compañera. Un brazo se desprendió de una enmarañada masa de cabellos y carne y describió un arco hacia abajo, blandiendo unas tijeras.

—¡No! —gritó Chick, pero el destellante puño cayó y el talón siguió pateando a la otra pierna—. ¡No! —Chick saltó al lecho y dos frágiles brazos soltaron bruscamente el largo pelo negro. La enfurecida pierna se estiró y se desplomó sobre las sábanas. La cara de Iphy, cubierta de regueros rojos, se reclinó entre los extendidos brazos y reposó en silencio junto a Elly. La bullente burbuja roja en el pecho de Elly se quedo quieta. Los relucientes ojos del mango de las tijeras sobresalían siniestramente de la ensombrecida cuenca del ojo izquierdo de Elly.

—No. —Chick extendió ambas manos hacia Elly mientras Lily, de rodillas junto a la cama, se lamentaba.

—¡Mi niñín!

—¿Elly? —dijo Chick.

En el suelo, delante de Lil, descubrí el sanguinolento bulto de Mumpo envuelto en pañales.

—¡No la encuentro! —Un resquicio de horror en la voz de Chick. La abierta boca de Lily emitió un largo y agudo gemido.

—La he matado —anunció Iphy con serenidad. Entre los brazos extendidos por la voluntad de Chick, su cabeza se volvió hacia el techo.

—¡No puedo arreglarla! —Chick se echó a llorar.

—Ella mató a mi hijito. —La voz de Iphy era tan llana como Kansas.

—Mumpo —dijo Chick, y, saltando de la cama, vio el amasijo ante el que Lily se había arrodillado—. Oh, no —susurró—. No he notado que se fuera. Mumpo.

Lily seguía con su canto fúnebre.

—Ha sido culpa mía —sollozó Chick—. Yo traje otra vez a Elly.

—Arty —musitó Iphigenia. Y murió.

Permanecí inmóvil como si hubiera echado raíces en la alfombra, viendo cómo se nos iba.

Chick giró en redondo y su rostro surcado de lágrimas se descompuso. Se arrojó sobre ella y le tomó la cabeza entre ambas manos. Hundió su cara en la de Iphy, aullando salvajemente.

—¡Nooo!

Lil se mecía sobre sus rodillas junto al carnoso montón de Mumpo, cada vez más frío. El agudo plañido iba y venía con su respiración. Chick enterró la cara y las manos en la oscura melena de Iphy.

—Arty —repitió Chick.

Corrí hacia la puerta. Arty, pensaba. Díselo a Arty. Acababa de llegar a la rampa cuando Chick me adelantó, abalanzándose hacia la avenida central de la feria. Clavó firmemente sus pies en el serrín,

tomó aliento y miró fijamente en dirección a la enorme carpa que se erguía quince metros por encima de las barracas y las atracciones.

—¡Arty! —exclamó. Pude oírlo con toda claridad por encima de la resollante música del Ratón Loco. De pie en la avenida, con los puños apretados, estiró el cuello y cerró los ojos. A su alrededor no se formó ningún signo. El aire no se estremeció. Pero todo su cuerpo desprendía silencio, y la gran tensión de los músculos de su cuello lo hacía parecer muy viejo, y bajo su piel resaltaban las venas, duras y azuladas. Y al otro extremo, la carpa de Arty, ocupada por Arty y sus mutilados, estalló hacia el cielo y comenzó a arder.

La blanca estampida de aire nos alcanzó antes que el sonido. No oí nada, pero alcé las manos para protegerme del repentino vendaval, y entonces llegó el fuego: una muralla que se desplomaba sobre nosotros como una ola gigante en el sueño de un chiquillo. Llegó mugiendo, abrasándolo todo, y Chick, en su dolor, no pudo contenerse y se abrió. Lo sentí precipitarse en mi interior como una oleada de amor por mis puntos vitales, y luego se retiró. Yo, con los brazos en alto, sentí sus ojos en mí y sentí su azul destello de reconocimiento. Entonces se retiró. Abandonó mi ser individual y se marchó. Volvió la espalda... y llegó el fuego. Las llamaradas surgieron de él..., luminosas como la misma luz..., e irradiaron desde su abdomen. No gritó ni se movió, pero estalló, y mi mundo estalló con él, y yo, viendo todo lo que sucedía, apreté los dientes..., los apreté con plena conciencia..., los apreté con una sensación de intenso alivio y los hice rechinar hasta reducirlos a pulverizados fragmentos..., y me quedé en pie, chamuscada y rechinando las encías, mientras todos morían..., mis rosas..., Arty y Al y Chick y las gemelas..., regresados al polvo mientras las brasas se desprendían de aquel tremendo calor.

Murieron todos. Ardieron muchos. Bebés convertidos en tiznaduras de grasa sobre los ennegrecidos brazos de sus madres calcinadas. Restos carbonizados que segundos antes se agitaban en bruscas

sacudidas como chiquillos que brincaran. Aquellos renegridos cadáveres boquiabiertos siguieron contorsionándose en su frenética danza de fuego durante mucho tiempo en los sueños de los rescatadores. Camilleros y bomberos que habían trabajado en edificios incendiados con premeditación y en importantes accidentes de aviones se retiraban a vomitar, o dejaban su empleo para dedicarse a cultivar lechugas, pero tras haber caminado sobre las cenizas de la Fabulonia Binewski, seguían soñando con ella.

Lo único que yo sabía era que Arty y Al y Chick y las gemelas se habían desvanecido en la nada, y yo con ellos, tras destrozarme la dentadura en busca de un alivio a mi dolor.

Las fieras se perdieron, pero Horst sobrevivió. Fue él quien se ocupó de todo mientras yo estaba en el hospital. Me traía documentos para que los firmara, pero era él quien tomaba las decisiones. No le puse ninguna objeción. Él envió a casa de sus hijos lo que pudo encontrar de Zephir McGurk. Él limpió y sacó brillo a las tijeras en forma de cigüena del Laceador de Moscas antes de enviarlas por correo a su exesposa, en Nebraska. Fue Horst quien reconoció el hervido cadáver de Arty, ya no el más hermoso, en el oscuro residuo que quedó al fondo del acuario después de que se evaporase su contenido, y quien recogió los despedazados y tiznados restos de mis parientes del Sumidero de entre los fragmentos de sus botes y los sometió, con los demás muertos de los Binewski, a lo que él denominó una cremación «decente».

Los camiones de la familia no se vieron afectados por la tormenta de fuego. Horst retiró las pertenencias personales y vendió los vehículos. Norval Sanderson murió en la caseta del Gusano Trascendental, muy cerca de la carpa de Arty, pero su camioneta quedó intacta y Horst se apresuró a hacerse con todos sus papeles, grabaciones y diarios antes de que cayeran en manos de los periodistas. Lo guardó todo y alquiló un cuartucho miserable cerca del hospital. Los trámites de la quiebra y desmantelamiento del hogar de reposo arturano le llevaron varios meses. Venía a verme

todos los días excepto los miércoles, que se desplazaba al hospital psiquiátrico del estado, en las cercanías de Salem, para visitar a mamá en su celda acolchada.

Cuando pude abandonar el hospital, me condujo a un cuartito alquilado justo enfrente del suyo, al otro lado de un oscuro corredor.

—Tanto da que nos quedemos aquí en Portland —comentó—. Ahora todos los sitios son iguales.

El apellido Binewski apestaba y atraía a las moscas. Cuando Horst alquiló mi habitación, lo hizo a nombre de McGurk.

—Zephir era un buen hombre —me aseguró. McGurk había querido a Arty, así que conservé el apellido.

También fue Horst quien encontró a Crystal Lil tras la tormenta de fuego. Había pasado un año o más cuando me lo contó. Para entonces, yo ya tenía un trabajo: grababa libros para los ciegos. Había empezado a construirme una modesta vida en el extraño mundo estático. Horst acababa de conocer a una mujer que poseía unas robustas caderas y un gato siamés, y se iba a vivir con ella. Me llevó al bar de McLarnin para la despedida. Tras tomar unas cuantas copas de más, decidió contármelo.

—Yo andaba buscando a tu papá. Ya había pasado todo, menos los gritos. Di la vuelta a un remolque y lo vi caído por tierra. Seguramente acababa de bajar del camión generador cuando estalló la cosa. La urna de plata de tu abuelo estaba también por tierra, a su lado, toda abollada. Tenía manchas de sangre. Creo que era sangre de Al.

Horst no era capaz de mirarme. Se pasó los dedos por el canoso bigote y miró fijamente hacia su vaso.

—Me di cuenta de que estaba muerto y no me acerqué. No podía acercarme. Me senté en la grava, al lado de la urna, pero tampoco podía tocarla. Y de pronto, llega tu mamá, gritando «¡Al!» como si fuera la hora de cenar. Había perdido la cabeza. Estaba ida, ya me entiendes.

»Echa a correr hacia el cuerpo de Al y se arranca la blusa. Se quita la falda. Se separa las bragas de la entrepierna. Empieza a decir: "Es la ruina, Al..., completamente arruinados..., tendremos que volver a empezar de cero". Se monta a horcajadas sobre el cuerpo de Al, le desabrocha el cinturón, le abre la cremallera, le baja hasta las caderas los pantalones de montar blancos, y todo eso sin dejar de hablarle dulcemente. Se acomoda sobre su fláccido pene y comienza a menearse, frotándolo con la entrepierna, acariciándole el pecho, sin darse cuenta de que le falta la mitad de la cara, sin darse cuenta de que ha perdido una mano y que el muñón aún está humeando... Se acurruca sobre él como una gata y desliza las manos bajo su camisa para hacerle cosquillas en el pecho, y todo el rato diciendo: "Es la ruina, Al... Después de tanto trabajar... Pero volveremos a empezar... Al... Tú y yo... Al...".

Mumpo aún no había cumplido tres años cuando murió. Y tú, Miranda, entonces tenías dos y jugabas con sartas de cuentas y comías galletitas de vainilla en el jardín de infancia de la Hermana Lucy. Pero ya habías cumplido los nueve cuando por fin los médicos me permitieron que me llevara a Crystal Lil a vivir a la casa de la calle Kearney.

La primera vez que pisé el interior de una casa sin ruedas ya era una persona adulta. Naturalmente, había estado en comercios y oficinas, en gasolineras, establos y almacenes. Pero nunca había cruzado el umbral de un lugar donde la gente dormía y comía y se bañaba y se hurgaba la nariz y, como suele decirse, «vivía», si ese lugar no medía el triple de largo que de ancho y venía provisto de neumáticos y amortiguadores. La primera vez que entré en una casa así me impresionó su abrumadora solidez. Aquella cosa tenía tentáculos de hormigón que se hundían en la tierra y era de una ineficiencia exagerada. Todo era mucho más grande de lo necesario, y había tantos rincones sombríos y polvorientos, vacíos y desaprovechados,

que temí perderme si me alejaba de la puerta. Aquel edificio no iría nunca a ninguna parte, a pesar de la incómoda sensación de que no se hallaba totalmente a gusto allí donde estaba.

Ahí fue donde advertí por primera vez la necesidad de explicarme. Fue entonces cuando comprendí que la peculiar expresión que ponía la gente al verme no era de envidia ni de odio, sino que podía traducirse por una sencilla pregunta: «¿Qué demonios te ha pasado?». Necesitaban saberlo, para poder evitar que les pasara a ellos.

Mi respuesta también era muy sencilla: «Mis padres me diseñaron así. Pero alcanzaron mayores cotas de originalidad en algunos de sus otros proyectos».

Durante algún tiempo respondí de esta manera a la gente. Me sentía orgullosa. Era la verdad. En realidad, había muy poca gente que me lo preguntara abiertamente: niños pequeños, borrachos o personas tan ancianas que eludían los convencionalismos de la buena educación fingiendo demencia senil. Empecé a darles mi respuesta aunque no formularan la pregunta, solo con que la esbozaran levemente en los pliegues de alrededor de los ojos. Sonreía con mucha calma y se lo anunciaba al chico de la gasolinera, al basurero o a una señora detenida ante un semáforo con la bolsa de la compra. Algunos, sobre todo las mujeres, se volvían como si no hubiera dicho nada o como si no me hubiesen oído. Me tomaban por loca. No querían darme alas. Un poco más y empezaría a pedirles dinero.

Me dediqué a pulir mi relato y la forma de exponerlo. Para disculparlos por su extrañeza, para que no les quedara un mal sabor de boca. Me sentía eufórica con cada explicación, pero aun así seguían sin querer escucharme.

«¡Mierda!», exclamaban algunos. O: «¡No me diga!». Lo mejor que podía esperar era un: «Conque nació así, ¿eh?». ¿Acaso les resultaba aburrido? ¿O embarazoso? ¿Suponían que les contaba mentiras?

Este misterio se presentó la primera vez que entré en una casa con raíces. Nunca antes había comprendido que todo en mí reclamaba una explicación. Está muy bien leer acerca de las casas y ver casas desde la carretera y decirse una misma: «Ahí es donde vive la gente». Pero entrar en una de ellas y verla desde dentro es algo completamente distinto.

Al siempre se reía de las casas estáticas. El único tema que le inducía a citar las Escrituras era el de las casas. «Las aves del aire tienen sus nidos —comenzaba, declamándolo como si se tratara de una canción infantil—. Los zorros tienen sus madrigueras. —Y alzaba un dedo en el aire y enarcaba una ceja con aire profesoral—. Pero el hijo del hombre no tiene ningún lugar donde reposar su cabeza.»

Libro cuarto

La eclosión del dragón

26

Notas del día

LAS NADADORAS

Yo, la enana cuyas orejas solo están separadas por una hemorroide supurante, sufro ahora el castigo por mi derrumbamiento sentimental durante las clases de natación. Lo que me perdió fue la suave carne, fláccida y colgante, que recubre el cuello de la señorita Lick. Su forma de apoyar firmemente la mandíbula sobre los cojines de sus múltiples papadas cuando me sonríe en el agua. Me había dejado en evidencia la vanidad, orgullosa de mi maligna resolución; bastó la visión del cuello de la señorita Lick para derribarme de mi pedestal. Me hundí lagrimeando hasta el fondo, y estuve casi al borde de poner mi juego en evidencia.

Aquí estoy, empapándome de la verdosa atmósfera que flota sobre el agua, siguiendo con la mirada al salvavidas que pestañea seductoramente hacia un muchacho atezado que, a juzgar por las apariencias, lleva un kilo y medio de uvas embutido bajo la parte delantera de su mojado traje de baño. La nave resuena con ecos apagados, y, al otro lado de la piscina, cuatro niñas se arraciman en el agua y se juran unas a otras, en susurros, que me han visto en el vestuario sin el gorro de goma ni las gafas de natación, de oscuros cristales verdes. Se aseguran unas a otras que mi cráneo es tan lampiño como el culito de un bebé y que mis ojos son de un escarlata brillante.

Aun con los ojos cerrados, noto la mirada de las niñas fija en mí. Han interrumpido por un momento sus juegos en el extremo menos hondo, desde donde pueden contemplarme. Yo también estoy en la parte baja, sentada en los peldaños con el agua hasta los pezones. La señorita Lick surca la piscina de lado a lado con sus poderosas y concienzudas brazadas. Los ojos de las niñas reptan sobre mí. Si abriera los párpados, me sonreirían y saludarían con la mano. Apenas han llegado a la edad en que su normalidad les resulta embarazosa en mi presencia.

Puesto que soy Olympia Binewski y estoy acostumbrada a ser objeto de la atención ajena, me vuelvo ligeramente en mi asiento bajo el agua y me inclino como si quisiera examinar los dedos de mis pies sumergidos. Este ángulo les ofrece una clara visión del perfil de mi joroba. Nunca he afirmado que mi joroba sea extraordinaria, ni por forma ni por dimensiones, pero es una hermosa joroba clásica que se alza en un limpio arco y tira de mis hombros hacia arriba, comprimiéndome el pecho en una aguda cuña. Si me agacho en determinado ángulo, la parte superior de la joroba queda a la misma altura que la nuca. Ahora sacaré las manos del agua y me quitaré las gafas. Oigo un chapoteo allí donde están las niñas. Les ha impresionado el tamaño de mis manos en comparación con mis cortos y descarnados brazos. Sonrío y abro los ojos para que puedan comprobar, bajo los movedizos reflejos del agua, que mis ojos no son exactamente rojos sino más bien de un intenso rosa oscuro.

Pero la señorita Lick se planta ante las niñas y las fulmina con la mirada. Percibo la aspereza de su voz.

—¿Habéis venido aquí a nadar o a hacer tonterías?

Y las cuatro criaturitas no responden, pero se impulsan con los pies para separarse del borde y se persiguen unas a otras por la calle más lejana para escaparse de allí.

La luz verde clara se mueve sobre los enormes hombros y el tórax de la señorita Lick, que vuelve la cabeza hacia mí y la inclina en un gesto de asentimiento. Una brusca contracción de su boca pretende ser una sonrisa. Quiere darme a entender que me ha

salvado de la boba curiosidad de las niñas y que puedo sentirme tranquila bajo su protección. Acto seguido, se zambulle de nuevo en el agua y reanuda su ejercicio, batiendo la superficie con el ruido de un cañón afectado por el hipo.

Las niñas dan la vuelta y regresan, pero no se atreven a detenerse de nuevo en el lugar de antes. A la señorita Lick no le gustan las niñas. Odia a las niñas guapas. Estas cuatro chiquitas de diez años son altas y absurdamente delgadas, con rostros despejados. Temen a la señorita Lick, pero no a mí.

Tal vez se deba a que soy muy vieja. Si tuviera su edad y pudieran imaginarse en mi lugar, quizá se preocuparían. Pero se dicen unas a otras que «nací así», cosa que las tranquiliza y a mí me consuela. Nada podría impulsarme a hacerles daño.

Pero hacen bien en temer a la señorita Lick. Podría perder el dominio de sí misma por unos instantes y reducirlas a pulpa.

La señorita Lick me enseña a nadar. Me sostiene en sus brazos y masculla:

—Echa la cabeza hacia atrás y arquea la espalda. Bien. Ahora, agita las piernas desde las caderas.

Su rostro es ancho y solemne, y me observa con atención. Sus brazos y sus manos son cálidos bajo mi cuerpo. Me tiendo de espaldas, contemplo parpadeando su voluminosa cara y comprendo que es la única amiga que he tenido jamás. Estamos en una parte de la piscina donde no haría pie si ella me soltara. Oigo el zumbido de los demás nadadores que cortan el agua a mi alrededor. La luz rebota en las paredes y se quiebra en la superficie del agua. La señorita Lick me sostiene a flote.

—Muy bien, Oly —aprueba, y me sonríe.

La señorita Lick mide casi un metro noventa y posee la complexión de un peso pesado. Aún no ha cumplido los cuarenta y tiene unos bíceps de 50 centímetros. Los míos son de 18 centímetros. Mido 91 centímetros de estatura. Peso 30 kilos y soy muy vieja a los 38 años. A juzgar por mi artritis, debería tener más

de un siglo. Pero la señorita Lick es más vieja que yo, porque está más cerca de la muerte. La señorita Lick sostiene entre sus brazos la bomba que la va a matar, y está regateando para comprarla.

—¡Agita las piernas! —ladra, sin dejar de sonreírme. De pronto, la punzada de pesar se proyecta desde mi nariz hasta mi vientre. Todo esto es culpa de Miranda, me digo enfurecida. Si mi hija no fuese una suripanta con sesos de mosquito, no tendría por qué verme en esta situación. Podría ser una enana tranquila y agradable, y esperar una muerte limpia y sana, acurrucada entre mis propias mantas, sin haber herido jamás a nadie. Pero aquí estoy, meciéndome en brazos de la persona que pretendo asesinar. Cuando dejo de agitar las piernas y me retuerzo de dolor, la señorita Lick se inquieta.

—¿Te ha entrado agua en la nariz? —pregunta, apretándome suavemente la joroba con el enorme cojín de su mano—. ¿Has tragado un poco?

Al mirarla a través de mis empañados cristales verdes, veo un pliegue de grasa que cubre la arteria del cuello de la señorita Lick.

Cuando rehúso ir a cenar a su casa, la señorita Lick insiste en llevarme a mi apartamento y meterme en la camita.

—¡Qué desconsiderada soy! —se queja mientras conduce el potente automóvil por las calles oscuras—. ¡Te trato como si fueras una maldita montaña igual que yo!

—De ninguna manera —grazno yo, con los dedos engarfiados sobre el suave cuero de la tapicería—. De ninguna manera —repito, apoyando una mano en el salpicadero y aferrando con la otra el reposabrazos para no salir dando tumbos hacia las tenebrosas profundidades del automóvil cuando la señorita Lick frena ante un semáforo.

—¿Estás segura de que no quieres que suba contigo? Podría prepararte una sopa. Ya sé que no comes mucho.

—De ninguna manera. —Manipulo nerviosamente el tirador de la portezuela y la portezuela se abre por fin y una rendija de aire fresco se filtra en el interior, amortiguando el caluroso hedor a cloro que desprenden sus carnes—. Desconectaré el teléfono y me meteré de cabeza en la cama. Mañana temprano tengo una sesión de grabación.

Su manaza se posa en mi corcova mientras comienzo a deslizarme hacia el asfalto.

—Deja que te lleve mañana a la emisora —propone.

—De ninguna manera. —A duras penas soy capaz de pensar. Si no me alejo inmediatamente de ella, me desmoronaré y lo estropearé todo—. Muchísimas gracias. Ya nos veremos mañana por la tarde en la piscina.

Cojo la portezuela con ambas manos, la empujo violentamente contra su despedida y me doy la vuelta para dirigirme a toda velocidad hacia la entrada del edificio, porque la señorita Lick nunca se aparta del bordillo hasta verme a salvo en el interior.

El edificio es nuevo, y la señorita Lick podría hundir la puerta de un puñetazo con tanta facilidad como si soltara un eructo, cosa que hace con gran desenvoltura. Si se lo piden, la señorita Lick es capaz de eructar todas las sílabas del nombre «Harry Houdini», y le encanta que se lo pidan. De todas formas, cierro con llave la endeble hoja de contrachapado y a continuación desconecto el teléfono. Le he dicho que iba a acostarme, y no puedo arriesgarme a que me encuentre comunicando si se le ocurre llamarme.

Es la noche en que Crystal Lil saca las basuras. Tengo que ir a casa. Los taxis resultan caros para las enanas con un empleo modesto que alquilan apartamentos adicionales, nadan en clubes privados y se creen asesinas justicieras. Trepo al taburete para mirarme en el espejo del lavabo, en el flamante cuarto de baño. Me arreglo la peluca, me calo las gafas y me dedico a mí misma una presuntuosa sonrisa sarcástica, que me tengo bien merecida por haber sido tan blandengue como para perder la sangre fría. Me atraganto de conmiseración hacia la señorita Lick. Una buena

caminata de tres kilómetros en el frío y la noche enseñará a mis rodillas y tobillos a sentir un poco de respeto por la disciplina y el autodominio.

La fatiga me aturde. Para cuando llego al callejón tras la casa de Lily, mi cabeza va flotando unos cuantos palmos por encima de mi cuerpo y siento una lamentable tendencia a estallar en risitas idiotas. Puedo verme a mí misma, y la imagen es patética. No me atrevo a entrar por la puerta principal, no sea que la señorita Lick esté entregada a su afición por la vigilancia.

La vieja enana asciende por la lóbrega escalera del decrépito garaje, cubierta de cagadas de gato, hasta llegar a la azotea. Le duelen los pies y sus rodillas están suplicando un destino en las Bermudas.

—Eeh —jadea la albina con cara de batracio. Las articulaciones de sus caderas han dejado atrás el rojo vivo para alcanzar una temperatura desconocida incluso para las jorobadas de fláccidas tetas.

—Hunh —exclama la calva madre de imbéciles cuando hace una pausa para apoyarse en una jamba de la puerta abierta del terrado.

El aire es gris, iluminado por una farola al extremo del callejón. El terrado del garaje es plano y se comunica con la parte posterior de la alta casa de madera. La lluvia crepita sobre el charco de agua que ocupa el centro de la azotea. La escalera de incendios del edificio hunde sus pies en el alquitrán de la azotea. La señorita Oly, la tercera o la cuarta descendiente de los Binewski, depende de si se cuentan las cabezas o los culos, se quita las gafas teñidas de verde y enjuga el sudor de sus saltones ojos rosados y del puente de su ancha y aplanada nariz. Luego vuelve a apoyar las patillas de las gafas sobre sus orejas y las ajusta en su lugar. Alzando toda la carne de la frente y el cráneo, por falta de cejas, la señorita Binewski procede a utilizar con sumo cuidado sus patizambas piernas para alejarse de la fétida mierda de gato de la escalera y bordea el charco en dirección al primer tramo de la escalera de incendios metálica. Ahí va ella, cargando con su corcova por los sucios y mojados

travesaños. Deja de trepar, apoya la barbilla sobre el travesaño que tiene delante y se permite descansar durante tres respiraciones seguidas, mientras piensa que quizá sea ya hora de comprar un bastón. O tal vez un par de bastones lo bastante resistentes como para ayudar a una anciana cretina, una rana reventada, a superar tales frivolidades de la imaginación arquitectónica como esas escaleras del garaje, pringosas de mierda, sin necesidad de ir apoyando las manos en todos y cada uno de los peldaños.

La susodicha Oly llega al primer rellano de la escalera, se iza trabajosamente a él con sus brazos de araña y vuelve a descansar. O, con mayor exactitud, trata de escudriñar a través de la mugrienta ventana de la habitación que da a este ignoto callejón de la parte del culo del noble barrio de West Hills, y, si lo que parece insinuarse tras esas gafas de montura de alambre que lleva puestas son lágrimas, como se diría, la inane viejarrona quedará demasiado cegata para mantenerse en el rellano y caerá y se espachurrará como una cucaracha contra la azotea del garaje, junto al estanque ornamental.

Pero no, ella jura que no está llorando, aunque sus fosas nasales solo anhelan exprimirse a través de las cuencas de sus ojos. Sí es cierto, sin embargo, que siente lástima de ella misma, porque ésta es «su» ventana y la espaciosa y polvorienta habitación del otro lado es «su» habitación, y Oly la añora, y le gustaría arrastrarse al interior y cerrar la ventana y no volver a salir nunca más, pero no puede hacerlo porque en lugar de cerebro ha sido bendecida con una hemorroide amoratada y debe sufrir un desdichado, si bien voluntario, destierro hasta que haya cumplido su pequeña misión.

Vaya, ¿está llorando de nuevo? Tal vez sea solo que acaba de comprender que, si en cualquier momento de los pasados tres años hubiera limpiado ese trozo de vidrio enmugrecido por la contaminación atmosférica, ahora podría estar contemplando su silla de lectura y el hornillo que reposa sobre su armario y las puertas del armario que se abren sobre el nido de mantas donde ella duerme con las puertas bien cerraditas y las rodillas plegadas contra el

mentón. Esta dejadez en el mantenimiento de la transparencia resulta de lo más descorazonadora para las delicadas membranas mucosas de la anfibia señorita Oly. La imagen de sus crujientes articulaciones arrebujadas en el cálido nidito es causa de nuevos ardores y descargas acuosas desde sus acerezados globos oculares.

Descorre sigilosamente el pestillo, tira del marco hacia arriba, repta hacia las acogedoras tinieblas y por fin puede sentir bajo sus toscos zapatones el espesor de la alfombra, gruesa como un colchón. Esboza su característica sonrisa de batracio y reflexiona sobre la conveniencia de llamar a un taxi para el viaje de vuelta, pues sin duda ya se ha castigado bastante por lo que, después de todo, no ha sido más que una comprensible debilidad. La próxima vez, especula, me limitaré a meter la mano en una olla de agua hirviendo.

Bajo las escaleras y grito tres veces: «¡La basura!», frente a la puerta abierta de Lil antes de que ella abandone su contemplación del programa concurso de la noche. Su blanca cabeza se mueve, acechando con la nariz y los oídos más que con los tristes y gelatinosos residuos de sus ojos. Cada vez que la miro, su pelo blanco se me antoja más pálido y más fino, como cristal hilado sobre su momificada coronilla.

—¿La basura? —chirría.

—¡La basura! —mujo.

Sale despedida de su silla en un salto hacia el techo, el cuello estirado, la blanda parte inferior de la mandíbula expuesta como una cuña de carne que señala al cielo. Surca la habitación apuntalando su inseguridad en la silla, la mesa o el armario, una mano sobre la otra, hasta encontrar sus dos papeleras y el pulcro fardo envuelto en plástico bajo el fregadero. Lo estrecha todo contra su pecho y se vuelve hacia el umbral, tratando de localizarme. Me adentro justo lo suficiente para recoger los paquetes. Ella abre los brazos y lo descarga todo encima de mí. Éste es nuestro ritual de los jueves.

Para completarlo, asentirá con un gesto y me dará la espalda sin decir nada. Yo llevaré los bultos hacia el cuarto de la basura, al extremo del vestíbulo, donde se guardan las grandes bolsas negras de los inquilinos. Luego arrastraré todas las bolsas hasta la acera y las depositaré en los bidones de plástico que permanecen ahí toda la semana. Eso es todo. Hace años que lo hacemos así. Cuando empiece a subir la escalera, de regreso a mi habitación, Lil ya habrá vuelto a sumergirse en su lucha con la lupa y la pantalla del televisor. Salvo la letanía de «la basura», nunca nos dirigimos la palabra. Pero esta noche ella rompe el molde. Me sigue hasta la puerta de su cuarto, se apoya en ella y permanece inmóvil mientras yo acarreo las enormes bolsas de basura por el vestíbulo. Cuando abro la puerta delantera hacia la lluviosa noche, ella grita:

—¡Gracias! —Su voz es clara y firme.

Vuelvo la vista. Se mantiene erguida, con sus lechosos ojos enfocados más o menos en mi dirección y la cabeza echada hacia atrás, a la escucha.

—No hay de qué —respondo, y ella entra en su habitación.

Subo sin detenerme hasta el cuarto de Miranda y llamo a su puerta. Entonces oigo una suave voz masculina que ríe en el interior y me doy la vuelta. Abre ella.

—¡Señorita McGurk! —Una sonrisa—. El destino me la envía para que pruebe una ensalada de Gorgonzola y corazones de alcachofa mientras escucha...

Trata de arrastrarme al interior, y yo trato de sacarla al rellano.

—¿Puedo hablar un momento contigo?

Se encoge de hombros y sale fuera, los brazos cruzados, mirándome desde lo alto con expresión concentrada.

—A Lily le pasa algo.

Sus ojos se abren mucho. Se prepara a actuar con rapidez.

—¿Se ha hecho daño? ¿Llamo a una ambulancia?

Complacida, le doy unas palmaditas en el brazo.

—No, no. Pero actúa de una forma un poco rara.

—¿En qué lo ha notado? —se extraña Miranda.

—La veo rara. Pero no puedo quedarme. Tengo trabajo. ¿Podrías estar un poco pendiente? ¿Esta noche? Bastará con que te acerques a su puerta y escuches cómo respira. De noche la oirás muy bien, si apoyas la oreja en la puerta. Cuando duerme, suelta una especie de suspiros muy intensos. Y si no la oyes, o si lo que oyes te parece extraño...

Miranda enarca las cejas y me contempla con asombro.

—Sí, claro. Estaré al tanto. Esta noche no tengo trabajo. Vaya tranquila.

Me retiro rápidamente, asintiendo y agitando la mano. Ella se queda en la puerta, mirándome. Mientras bajo por la escalera, oigo la suave voz masculina que la llama: «¿Miranda?», y en seguida se cierra su puerta sin hacer ruido.

Permanezco unas horas en mi cuarto, ordenando los papeles del baúl. Hacia las once, oigo a Miranda en la escalera. Sus pasos descienden hasta el vestíbulo y se detienen unos instantes ante la puerta cerrada de Lily. Al poco, vuelve a subir. Me sorprendo sonriendo mientras escucho.

Al cabo de una hora bajo yo. La respiración que se oye tras la puerta de Lil es un resuello asmático, pero fuerte y regular. Utilizo el teléfono de la pared para llamar a un taxi y lo espero en los escalones de la entrada.

Estoy enfurruñada durante todo el trayecto de vuelta a mi apartamento de oropel. Quiero mi mohoso cuartito, con su tenue hedor y sus extraños ruidos. El edificio nuevo se me antoja sin alma, incapaz de experimentar decadencia. Sus pasillos son angostos y asépticamente brillantes. Cada uno de los pisos es idéntico a todos los demás. El único ruido es el leve zumbido del ascensor. La alfombra anaranjada del pasillo rebosa bajo mis pies e inunda todo el apartamento. Las habitaciones son cuadradas y de techo bajo, y dan la sensación de ser alquiladas, porque yo me negaría a vivir aquí. En mi hogar, el aire apesta a polvo y a estratos de vida entremezclados, y está oscuro a menos que me ponga al lado mismo de una ventana.

Aquí, el teléfono es blanco y dispone de su propia mesa. Donde yo vivo, el teléfono es una vieja caja negra y cromada pegada a la pared, con ranuras para las monedas y números inscritos a rasponazos sobre la pintura. Suena a menudo, pero muy pocas veces es utilizado para llamar al exterior. Se está demasiado al descubierto, allá en la entrada. Cuando suena, siempre responde Lily, aunque nunca es para ella.

27

Notas del día

ESTRECHANDO RELACIONES CONTIGO
Y CON TU MAGNUM 357

¡Qué magnífica machaca habría podido ser! Tímida como un cervatillo, pero lo oculta muy bien. No puedo evitarlo. Me fascina. La veo encorvada sobre su bandeja de plástico: con la barbilla apuntando directamente hacia la gran pantalla, alza en su zarpa un tenedor en el aire y su risa de escapa («Ju-ju-ju») entre sus abultados carrillos.

—¡Una pequeña cabroncita muy lista, y tanto que sí! —ladra tras engullir el contenido de sus mejillas—. ¡Fíjate cómo maneja ese cacharro!

La joven de la pantalla está inclinada sobre un montón de resplandeciente y compleja maquinaria. El manejo que la señorita Lick encuentra tan admirable consiste en un ágil tecleo de botones y un preciso ajuste de selectores.

La señorita Lick se recuesta en el asiento y vuelve a pescar otra fláccida porción de yerto pavo en el compartimento correspondiente.

Es su mayor placer: llevar nuestras bandejas de comida Lickety Split a su cine casero, cruzando la puertecita disimulada en el cuarto de baño; acomodarnos en sendas sillas de respaldo recto con las bandejas sobre las rodillas y contemplar la pantalla por donde van desfilando sus chicas. Le deleitan las repeticiones y llega al borde de las lágrimas con las filmaciones del «antes», lamentando

amargamente la desgracia de sus vidas antes de que ella acudiera a rescatarlas. Se queda hipnotizada ante las películas de las operaciones o tratamientos, mastica despacio, me advierte con un codazo informativo y una inclinación de cabeza cada vez que unas tijeras o una sierra quirúrgica seccionan la sanguinolenta pantalla con especial habilidad y elegancia. Ahora que me permite ver estos fragmentos, se muestra deseosa de impresionarme. Pero su mayor gozo está en las escenas de sus «éxitos» en el trabajo.

—¡Mira eso! ¿Sabes lo que está haciendo? ¡Analizando los anillos del jodido Saturno! ¿Te imaginas? ¡Hace seis años, los únicos anillos que conocía eran esos que se usan para poner duras las pollas que no quieren levantarse!

La joven de bata blanca coge la hoja de papel que ha escupido una impresora. Se vuelve hacia la luz —hacia nosotras— y empieza a leer. Sonríe, una repentina sonrisa de divertida malicia ilumina su rostro concentrado.

Me entran ganas de preguntar qué es lo que no tiene. La bata de laboratorio oculta su figura. ¿Fueron los pechos? Aparecen otros dos personajes: una mujer sencilla y un joven de expresión despierta, como de veinte o veintiún años. Ambos permanecen firmes ante la chica de la señorita Lick mientras ella les habla.

—¡Está dándoles una lección! ¿Has visto? ¡Tiene a esos capullos en el bolsillo!

La manaza de la señorita Lick se cierra y golpea mi muslo con amistosa euforia.

—¿Eh? ¿Eh?

Mi bandeja se desliza hacia delante derramándolo todo. La señorita Lick cae de rodillas, entre disculpas, y comienza a recoger los trocitos de comida y a limpiar las manchas.

—¡Mierda! ¡Qué torpe soy! ¿Te he hecho daño? Ahora mismo voy a buscarte otra bandeja. No te muevas, no tardaré ni treinta segundos. No, no, ya voy yo.

Esta mujer me destroza. Me hace reír. Es un dugongo cabrioleante, un buey élfico, un rinoceronte sentimental.

—Son como hijas mías, todas ellas.

Inspira por la nariz y frunce su carnosa frente, esperando recibir mi comprensión y apoyo.

—No te ofendas, pero ¿nunca has deseado tener hijos? La cosa de los hombres no, pero ¿y la cosa de los hijos? ¿Tampoco? Bueno, has hecho bien, estoy segura. Has hecho bien. Pero hay que distinguirse. La gente quiere tener la sensación de que ha realizado algo.

Se nota que anhela mi aprobación. Para el mundo, es un búfalo huraño, pero conmigo es una chiquilla. Es más fuerte que papá. Podría romperme con dos dedos. Pero a mi lado sabe ser pequeña. Conmigo puede charlar, aunque a todos los demás los trata con brusca eficiencia. Oh, sí, es solícita y protectora con sus muchachas, pero nunca infantil. Por eso me gusta. Arty tenía razón. Ella lo absorbe como un licor y luego se vuelve de agua, se queda sin defensas.

¿Acaso soy la primera persona que la ha apreciado? Eso me entristece. Después de todo, es bastante amable. Sabe disfrutar de las cosas y es tan considerada que asusta.

Ahí está, sentada horas enteras en una dura silla de respaldo recto. Nunca se le ha ocurrido ir a buscar un asiento más cómodo. En cambio, sí que pensó en traer cojines para mí. Y envolvió el respaldo de mi silla con las toallas del cuarto de baño, porque un día, en la piscina, descubrió que yo tenía marcas rojizas en la joroba. Era porque había estado apoyada en un armario del vestuario. No lo olvidó. Siempre procura que me sienta cómoda.

—¿Por qué no te traes una butaca? —le pregunté.

—¿Qué? Demasiada complicación. No la necesito. Estoy acolchada.

Lleva un pijama de franela y un albornoz holgado. Sus pies de patata sobresalen bajo el dobladillo, firmemente plantados sobre el suelo embaldosado, la afianzan en la silla cuando se inclina para

ordenar y seleccionar las bobinas de película. Los rollizos dedos de los pies son como brotes nacidos del tubérculo principal.

—Hoy he recibido una nueva película.

Su actitud ante las películas sobre posibles candidatas es muy distinta: intensa, inquisitiva, crítica, analítica. Las proyecta una y otra vez, retrocede para examinar más detenidamente un gesto, un ceño, una sonrisa.

—Esta zorra quiso timarme ella solita. En cuanto vi que encontraba esa bolsa en el banco del parque, una bolsa de papel marrón que estaba bajo su culo, comencé a olerme la tostada. Suelta un chillido: «¡Dios del cielo!». Yo sigo sentada como si tal cosa, mirando los palomos que llenan el césped de mierda, mientras ella sigue: «¿De dónde puede haber salido todo este dinero?». Justo entonces encuentro un sobrecito marrón lleno de fotos. Una niña de doce años chupándole la polla a un doberman. Y ella venga hacerse la ofendida, llena de santa indignación, a ver si así le hago caso, y yo todo el rato pensando: «Conque así es como he tenido que acabar. Debo de tener cara de idiota, como todas esas viejas chismosas que andan babeando por el paseo». Me amargó el día, la verdad. Eché mano a la cartera y saqué un billete de cien. «Mira, guapa —le digo, y le doy el billete. Se quedó helada y no dijo más—. Toma esto y llévaselo al asqueroso macarra que te controla para que no te dé un palizón cuando vuelvas. Así las dos nos ahorramos problemas y tiempo.» Empieza a protestar y a agitar ante mis narices la bolsa llena de dinero falso. «Hazme caso, guapa —le digo —, este trabajo no es para ti.» Volví a la oficina y me pasé la tarde gritándole a todo el mundo. Luego volví a verla en Park Blocks, un día que llevaba la cámara.

La frágil e incolora chica de la pantalla se ve empequeñecida y lejana en un banco del parque. Está sentada y se retuerce nerviosamente el faldón de la blusa mientras mira alrededor con aire inquieto. No alcanzo a ver su cara con claridad.

—¿Qué opinas?

Entorno los párpados y trato de distinguir sus menudas facciones.

—¿No parece ya un «después»?

La señorita Lick se da una palmada en el muslo.

—¡Muy cierto!

—Quiero decir... —Intento calibrar la silueta de sus pechos bajo la desaliñada blusa—. No veo nada que pueda interesarte.

—¡Oly! ¿Por quién me has tomado? —La señorita Lick está dolida—. Le vendrían muy bien algunos estudios y un empleo decente. Esas ratitas escuálidas no tienen nada. Lo único que pueden hacer es pegarse a un hombre o morir.

—No he querido insinuar...

—Claro. Olvídalo. Aquí está otra vez la potranca de la colita. Tengo que estudiar bien este caso. Tal vez se pueda hacer algo. Pero te aseguro que esta potranca me tiene bien intrigada.

Aprieto las mandíbulas y hundo la cabeza entre los hombros como un periscopio. «La potranca» es Miranda, naturalmente. Ya me he pasado varias horas contemplando imágenes de Miranda haraganeando en los escalones de la escuela de arte, comiéndose un helado por la calle, agitando la cola en un escenario tapizado de terciopelo durante una de sus actuaciones privadas en el Glass House. Ahí va otra vez, flirteando con sus ojos de Binewski, abriendo su ancha boca arturana para deslizar sugestivamente la lengua en torno al cucurucho de helado, muy consciente del efecto que está causando en el tipo que espera junto a ella a que cambie el semáforo. Cuando veo a Miranda en las películas de la señorita Lick se me cruzan los cables.

—¿Qué tal? ¿Te parece un caso sin esperanzas? —La señorita Lick es muy sensible a mis estados de ánimo—. Dime, Oly, ¿crees que es inútil?

—¡No! —me apresuro a replicar, y luego agito débilmente la mano en un intento de suavizar mi respuesta.

—Hace semanas que no sé nada de ella. Solo falta un mes para que termine el curso. En teoría, tenía que ir directamente al quirófano en cuanto acabara el semestre. Pero pensaba que me llamaría. He apostado conmigo misma a que me atacará para hacer que doble mi oferta en efectivo. El problema es que no sé si vale la pena. Esos artistas... Pero he hecho una oferta y mantendré mi palabra. Lo que pasa es que ha convertido esa cola en algo erótico, más que en un defecto. Quizá me detenga aquí. Soy blanda, pero no estoy loca. No tiene sentido gastar dinero, tiempo y energías con una vaca estúpida que no sabe aprovechar...

—No es estúpida. —Se me escapa sin poderlo evitar.

—Sí que lo es, pero nunca puedo resistir...

—¡No es estúpida!

La señorita Lick me mira con una palabra en la punta de la lengua, sus ojos inteligentes y serenos fijos en mí, a la expectativa. Me doy cuenta de que voy a estropearlo todo, todos mis planes y preocupaciones, y adopto una expresión lastimera.

—¡No sé! No me hagas caso. La pobre me da pena.

La señorita Lick siempre se derrite ante «la pena».

—¿Crees que no te comprendo? ¿Que no sé exactamente cómo te sientes?

—Quiero decir que ya está estudiando. —Me clavo las uñas en la rodilla para no perder el control—. ¿Dónde está la ventaja?

—A los hombres les gusta su cola. Para empezar, podríamos eliminar esta distracción. Eso es lo que tenía pensado.

Regreso en taxi a mi apartamento impersonal, me arrastro bajo la cama con un par de mantas y me acurruco sobre la alfombra naranja.

—El muy gilipollas estaba empeñado en venderme una automática de nueve milímetros con un cargador más largo que la verga de un elefante. No paraba de hablar, y yo allí mirándolo y pensando qué cara pondría si le metiera ese cargador por...

La señorita Lick está recostada en la alfombra de agujas de abeto, bajo los árboles. Se tiende sobre la barriga con los brazos extendidos hacia el frente y las manos cerradas en torno a lo que parece ser una pistolita, aunque más allá de sus gordezuelos nudillos solo asoma la punta del cañón. Cuando aprieta el gatillo, suena una estruendosa detonación. En la hoja de papel de escribir sujeta al árbol con una chincheta, a quince metros de distancia, aparece un manchón oscuro. La señorita Lick escupe cuatro disparos y luego se incorpora sobre sus rodillas y abre la pistola haciendo pivotar el cañón sobre su base, como en una escopeta, para extraer los casquillos vacíos con la uña.

—¡Esto quema! —Hace una mueca de disgusto—. ¿Vamos a ver?

Para cuando llego al destrozado blanco, ella ya ha terminado de recargar y me ha dado alcance, haciendo crujir y sisear el suelo bajo su peso. Arranca los restos del papel, los echa al suelo y palpa las amarillentas astillas. Da la impresión de que alguien muy pequeño y muy rudo hubiera salido por la fuerza del tronco del viejo abeto.

—Un buen agrupamiento. —Se vuelve hacia mí esperando un elogio.

Asiento con un gesto, aunque el cráter, del tamaño de una taza de té, está demasiado alto para que alcance a ver su interior. No se lo digo por miedo a que me levante en vilo para echar una mirada.

—Entonces me fui, claro —reanuda su narración—. Si el pobre idiota se hubiera limitado a venderme lo que yo quería, habría ganado su dinero y no se habría cansado tanto.

Se guarda la pistola en la sobaquera que lleva bajo el brazo izquierdo. Oigo un ligero chasquido cuando cierra la cartuchera del arma.

—¿Lista para el trabajo? —Sonríe y palmotea y se agacha para recoger el pesado machete apoyado contra el tronco del árbol.

Me entrega unos guantes gruesos y voy siguiéndola durante toda la tarde mientras ella se dedica a tronchar los arbolillos jóvenes, arbustos y zarzales que obstruyen las hectáreas de bosque de lo que ella denomina «la hacienda».

La grandiosa mansión de ladrillo, con sus torrecillas y sus ventanas de cristales en forma de rombo, se halla cerca de la carretera, rodeada de un civilizado césped y está alquilada al director regional de una importante firma de ordenadores.

—Siempre me invita a sus reuniones sociales en el jardín —dice la señorita Lick—, y su esposa procura dejarme a solas en la biblioteca con algún soltero maduro, o emborracharme y enseñarme fotos de niños desnutridos para hacerme lloriquear antes de explicarme lo mucho que contribuye su empresa a la lucha contra el hambre. Debo admitir que es una mujer muy imaginativa. Y él, muy sutil.

El terreno boscoso no está incluido en el alquiler.

—Toda la leña que gasto viene de aquí —me informa. Le gusta el bosque. Para andar a sus anchas, se pone unas resistentes botas de campo, una falda de *tweed* que le queda como un saco y un jersey con capucha. A esto lo denomina «cuidar el parque» u «ocuparse de la hacienda».

Ella corta los matorrales y yo me los llevo a rastras y los arrojo a un montón que va creciendo y ensanchándose en el pequeño claro.

Sigue divagando sobre el tema de las armas:

—Antes solía usar el 45 de mi viejo, pero ese cabrón está hecho para cargarlo a la cintura. Tiene un cañón demasiado largo para llevarlo discretamente con un traje chaqueta de señora. La pobre mujer que me hace la ropa envejecía veinte años de golpe cada vez que me veía entrar. Así que me compré este COP, que es cosa seria. Son las iniciales de *Compact Off-duty Police*.* Dispara cartuchos Magnum 357. Tiene un percutor giratorio, como los Sharps y los Brownies de antes. Cuando fui a comprarlo, el fulano quería venderme una automática de bolsillo. Me explicó que una señora

necesitaba más de cuatro balas. Y yo voy y le contesto, bueno, si alguna vez tengo que disparar contra algún hijo de puta, ya puede estar seguro de que no voy a fallar. El tipo se cerró como un banco en domingo. Me parece una pistolita preciosa. Me gustan esos cuatro gruesos cañones apuntando hacia cualquiera que pretenda pasarse conmigo. Pistola pequeña, agujero grande. Pero el 45 siempre me ha gustado. Me desteté con ese calibre, porque es el que siempre usaba mi padre. Fue él quien me enseñó a disparar.

Mientras habla va blandiendo la pesada hoja. Arranca las ramas cortadas con su enguantada mano izquierda y las arroja hacia atrás para que yo las recoja.

Da la impresión de que Thomas R. Lick fue el único hombre de su vida. Su forma de expresarse es calcada de la de él.

Sin haberlo conocido nunca ni saber cómo hablaba, me doy cuenta de que lo imita. Se mueve como él. Tiene su mismo aspecto. Sus ideas políticas, sus prejuicios y su orgullo son, ciertamente, los mismos de su padre. Y yo me parezco a Arty.

Estoy pensando en Arty mientras arrojo una punzante brazada de zarzas al montón del claro, cuando ella, con su voz de «animar la tropa», me grita:

—¡Eh! ¡Sesos de mosquito! ¡El jefe se ha ido! ¡Hora de descansar!

Emerge de la penumbra de los árboles con el rostro enrojecido. Me siento en el suelo, repentinamente mareada.

—¡Oye! ¡No te desmayes! —Me da unas torpes palmaditas, me acaricia la joroba, me coge la cabeza de modo que mi peluca resbala hacia las gafas. Empiezo a reír tontamente, sin poder evitarlo, y me debato para desasirme.

—Estoy bien.

—Estabas toda sonrosada y sudorosa y, de pronto, ¡bum! Se te ha puesto una cara...

Todavía riendo, me dejo caer de espaldas sobre el montón de ramas para mirarla a la cara.

—Tenía un hermano que siempre me llamaba «sesos de mosquito».

Empuña los mangos de la vieja carretilla donde lleva las herramientas y la empuja hacia mí.

—¿Un hermano? Eso es nuevo. ¿Está muerto? Nunca hablas de tu familia. No sé, pero te suponía huérfana o algo así. Nacida del gozo y la alegría, como si dijéramos. Algo por el estilo.

Me coge por las axilas y me levanta como una criatura. Detesto que me alce en vilo. Le resulta demasiado fácil. Me deposita cuidadosamente en la carretilla y yo me acomodo, intentando no enfadarme. Sacude la cabeza, y su barbilla se yergue como el morro de un Buick.

—¡Sujétate bien!

Y echa a correr empujando la carretilla, y a mí con ella. Las ramas de los árboles fustigan el cielo sobre su cabeza y su rostro enrojecido y parpadeante sonríe como una luna eufórica. No se detiene hasta llegar al automóvil.

—Si se me ocurriera una forma de cegarle el agujero del culo, lo haría. Y quizá le cosería la boca y la alimentaría con una sonda que le entrara por el cuello —comenta la señorita Lick en el ascensor, no del todo en broma. Sus manos están hundidas en los bolsillos de su traje de chaqueta y se balancea hacia atrás sobre los tacones de sus zapatos de cocodrilo mientras ríe entre dientes mirando hacia el techo de bronce bruñido del cubículo—. Ya verás qué quiero decir. A esta tía no le queda ni un pelo; es calva como tú. Mastectomía doble. ¡Y sigue siendo sexy! Si la dejara salir de su cuarto para ir a mear, aparecerían tres hombres por los enchufes de la pared y le encontrarían agujeros apetecibles para meter sus pollas.

El ascensor se para y la puerta se abre con un suspiro. La señorita Lick baja la voz y me susurra:

—Estoy pensando en darle testosterona. Ya verás qué quiero decir. —Una enfermera entrada en años nos adelanta por el corredor e inclina su canoso moño y su pulcra cofia blanca en un amistoso saludo.

—Buenas tardes, señorita Lick. —La sonrisa que me dirige solo va precedida de una levísima vacilación.

Vamos a visitar al último caso de la señorita Lick, una gimnasta de diecinueve años con talento para la ingeniería y deseos de participar en el programa espacial. A la señorita Lick le gusta la idea de crear una astronauta, pero sus esfuerzos se ven obstaculizados por las exigencias del trabajo.

—Tiene que ser físicamente completa en todos los aspectos. Una lata.

Jessica H. se halla en la casa de convalecencia favorita de la señorita Lick, recuperándose de una operación relativamente poco importante en que le cerraron la vagina y le extirparon el clítoris. La muchacha ha echado las sábanas a un lado y se acaricia sensualmente el firme y atezado vientre con la punta de un dedo. Los vendajes parecen pañales. Su pecho es liso y sin pezones, pero las cicatrices resultan casi invisibles.

—¡Jessica! —ruge la señorita Lick desde el umbral. El suave y ovalado rostro de la muchacha se vuelve con languidez sobre la almohada y nos contempla con sus ojos de párpados tan lampiños como un molusco. A continuación, entreabre en una sonrisa su boca ancha y sensual y se me queda mirando mientras la señorita Lick, un tanto cohibida, se adelanta con las flores y farfulla:

—Quiero presentarse a la señorita McGurk. Olympia McGurk. Una buena amiga mía.

La chica sonríe dulcemente con unos pómulos que podrían cortarle a uno la garganta, y una nariz y un mentón sacados de una antigua pintura que no logro recordar del todo. Mientras esta cara sonríe con gran delicadeza, el esbelto cuello y el liso y musculoso pecho y los bien formados hombros comienzan a temblar de risa. Sin dejar de reír, exclama:

—¡Demasiado! ¿Cuánto le ha pagado? ¡Unos cuantos millones, espero!

28

Notas del día

UNO PARA EL CAMINO

La señorita Lick me mira cuando salgo a la superficie y resoplo. Sonríe mientras chapoteo hacia el borde de la piscina.

—Es asombroso lo mucho que nos parecemos tú y yo, ¿no crees?

Me doy impulso con los pies y comienzo a nadar de espaldas alejándome de ella, sonriendo yo también.

Tiene razón. Ambas parecemos estar completamente aisladas en nuestras vidas. Yo soy la enana tímida y solitaria que se oculta en su mezquina madriguera y vive únicamente por su garganta y su trabajo heredado. Ella es el musculoso monolito esculpido en bronce que sigue los pasos de la ambición de su padre, demasiado imponente en su físico y sus finanzas para participar en el comercio habitual de la charla y el contacto. Ambas hemos elegido parecer huérfanas estériles y sin amor. Ambas poseemos una familia secreta. La señorita Lick tiene sus criaturas y yo las mías. En realidad, lo único que nos falta es alguien a quien contárselo. Ahora ella me lo cuenta a mí y yo se lo cuento a estas hojas de papel indiferentes. El único punto en que se cruzan nuestras estrechas vías es en su intento de convertir a mi hija en una de las suyas.

¿Puede ser que me mienta? Me oculta cosas. Durante mucho tiempo no quiso mostrarme las escenas quirúrgicas de sus películas caseras. ¿Se reserva algo más? ¿Me oculta otros aspectos de su

vida? ¿Horrores que no se atreve a confiarme? ¿Diversiones de las que se avergüenza? Tengo la convicción de que es perfectamente sincera. Pero tal vez sea yo la tonta. Quizás el hecho de mentir constantemente ha quemado mi capacidad de juicio. Creyéndola engañada, la considero demasiado simple para mentir.

Estamos solas en la piscina. El vigilante se ha ido y no volverá hasta mañana, confiado en que cerrará la señorita Lick. La señorita Lick está sentada al borde del agua, en la que penden sus descomunales piernas. Cuando me detengo junto a ella para respirar, veo que se estremece.

—¿No has tenido nunca...? —Sus ojos se pasean por el verde del recinto—. ¿No has tenido nunca la sensación de que hay alguien espiándonos?

Giro la cabeza y ejecuto automáticamente los gestos de la búsqueda, aunque ya sé que el espía soy yo.

—Estás cansada y nerviosa, nada más. Necesitas tu cena.

Desecha la idea con un encogimiento de hombros. La olvida. Pero ¿no será que lo sabe? ¿No estará jugando conmigo mientras yo juego con ella?

Últimamente llueve todas las noches y el aire es suave por las mañanas. Casi cálido. Una leve neblina, no del todo verde, suaviza las aceradas ramas de los árboles. Las láminas de anatomía de Miranda ya están terminadas. Las ha montado en cartón y las guarda en una enorme carpeta de plástico.

—Quiero que las vea.

—No puedo.

—En todo este tiempo, no las ha mirado ni una sola vez.

—Las mías no. No quiero verme.

—Se ve en el espejo. Mi trabajo es mejor que cualquier espejo de mierda.

—No es tu trabajo. Los demás dibujos me gustan. Es que me da miedo.

—Lo tomo como una ofensa personal. Es mi mejor obra. Lo mejor que he hecho jamás. No la veo como un ser deforme. La veo como una persona única y maravillosa.

—Para mí, ya es bastante duro el simple hecho de que me veas.

—¡La señorita misteriosa! Presentaré los dibujos mañana por la mañana. El resultado del concurso se conocerá dentro de dos semanas, un día antes de que ingrese en el hospital.

—¿En el hospital?

—O donde sea. No sé dónde me llevará la señorita Lick para la operación.

—Tengo que irme a trabajar.

—El semestre termina el próximo viernes.

—Muchas gracias por el té.

—Voy a llamar a la señorita Lick para concretarlo todo.

—Hasta la vista.

—Puede que ya no vuelva aquí, luego.

Salí trotando por el pasillo mientras ella se asomaba fuera para decir a mi espalda:

—Pasaré unos días en una casa de convalecencia y luego seguramente me mudaré a otra parte.

Ni siquiera siento la tentación de enfadarme. El tiempo es como un golpe en la oreja con un puño americano. Lo he ido dejando pasar. He disfrutado de mi pastel —en confortable compañía con Miranda y su té, en confortable compañía con la señorita Lick y sus películas caseras—, adormeciéndome en la descabellada fantasía de que lo poco que hacía iba a resultar decisivo, como si mantener la mentira equivaliera ya al éxito. Me bastaba con aceptar la moderada incomodidad de un cuarto extraño y de escabullirme por las escaleras de incendios para visitar a Lily y Miranda, como si este ridículo martirio pudiera eliminar milagrosamente el problema.

A la mañana siguiente me presento en el club una hora antes de que llegue el vigilante y utilizo el llavín que me ha dado la señorita Lick para acceder al vestuario de la piscina. Introduzco en el vestuario dos bidones de amoníaco concentrado de cinco litros cada uno, ocultos en una bolsa de la compra; guardo los recipientes de plástico en mi taquilla y los cubro con la bolsa.

La puerta que conduce del vestuario al baño de pies es de sólida madera encajada en un marco de hierro. El taladro es un viejo berbiquí de manivela que he encontrado en la caja de las herramientas, en el sótano de Lily. Arrodillada sobre las frías baldosas, entreabro la puerta para deslizar bajo ella una hoja suelta del *Oregonian*. Vuelvo a cerrarla, dejando una mitad del periódico en cada lado para recoger el serrín. Perforo un agujero bajo la bisagra inferior, a medio centímetro del marco. Cambio la broca por otra mayor y ensancho el agujero hasta obtener una muesca de un par de centímetros en el borde de la puerta. Envuelvo el serrín en la misma hoja para llevármelo con el berbiquí.

El tubo de plástico transparente se desliza sin dificultad por el orificio. Al otro lado de la puerta, unos centímetros de tubo cuelgan hacia los vapores de cloro que flotan sobre la superficie azul. Me agacho y aspiro por el tubo. Está despejado; la puerta no lo obstruye. Cuando retiro el tubo, el agujero es una mancha en la sombra bajo la bisagra y resulta casi invisible para quien no esté gateando.

Encajo la boca estrecha del embudo en el extremo del tubo, lo enrollo pulcramente y lo guardo todo en mi taquilla, debajo de la bolsa. Al cruzar la gran puerta acristalada del vestíbulo principal veo al joven y radiante vigilante que asegura su bicicleta en un poste.

La señorita Olympia Binewski McGurk, la enana albina, tiene que dar dos pasos por cada uno de la gente normal porque su místico esternón se ha pasado treinta y ocho años tratando de aumentar su distancia de la agnóstica columna vertebral. Esos dos pasos

sumergen a nuestra señorita Oly, la jorobada, en la abrumadora vaharada de col y carne acecinada que impregna el tenebroso cubil de McLarnin a las diez de la mañana de un martes, mientras Jimmy McL. en persona prepara los elementos de su célebre bufé de once a cuatro. La barra está limpia. Los vasos esperan, destellando en sus anaqueles.

La señorita Oly sube su retorcido cuerpo al taburete menos inestable de la barra y saluda amistosamente a Jimmy con una inclinación de cabeza. El espejo queda casi completamente oculto tras las botellas, que solo dejan al descubierto pequeños fragmentos en los que la señorita Oly capta un vislumbre de sus gafas oscuras y su peluca grisácea por encima de la encerada madera. Su voz, poderosa y suave, es más grave que el tono de tenor de McLarnin.

—Un trago de Jameson's, por favor, Jimmy —ordena, y McL. se dirige hacia ella, envuelto en la niebla de col de los fogones y agitando un paño ante su rojiza napia para despejar la atmósfera.

—Estamos de celebración, ¿eh? —gorgotea Jimmy en armonía con la esbelta botella de la que ha comenzado a escanciar.

—¿Usted también? —pregunta la señorita Oly, entornando los rosados ojillos tras los cristales de sus gafas.

—Gracias —responde McL., malinterpretando deliberadamente la pregunta—. Pero yo me pondré un Murphy's. Me destetaron con eso.

—¿En serio? —A la señorita Oly le gustaría saberlo.

Jimmy da una lenta y minuciosa pasada a la barra con su paño y enarca sus pobladas cejas blancas.

—Completamente. De pequeño tenía propensión a los cólicos, y mi madre me metía en la cama con un pañuelo empapado en Murphy's para que fuese chupando. Juraba que era la única manera de conseguir que durmiera tranquilamente toda la noche.

—Yo había cumplido treinta y ocho años —rememora la señorita Oly— cuando sentí por vez primera la quemadura del whisky en mis labios. Pero al instante me di cuenta de lo que era.

—El abrazo de la virgen —asiente Jimmy—. El aliento de Dios.

—Me asombra haber vivido tantos años sin whisky —añade Oly.

—Eso es bueno. Hay que ser una dama de cierta edad para saber llevar bien este brebaje. Sobre todo el irlandés. Sin ánimo de ofender, opino que hace falta un poco de experiencia y madurez para no descarriarse con él. Yo dudaría en servírselo a una tierna colegiala. Si quieren entregarse a la bebida, ya les basta con los combinados y el vodka. No podría mirarme a la cara cuando me afeito si sirviera irlandés a los jóvenes.

—¡No me diga que se mira!

El diplomático McLarnin detecta en la señorita Oly cierta susceptibilidad a los espejos y desplaza hábilmente su cuerpo para protegerla del sobresalto de su propia imagen reflejada en pedazos tras las botellas de la barra.

—Tiene usted una voz como ponche caliente, señorita O. —apunta Jimmy con una sonrisa—. Esta mañana, su narración de la radio me ha hecho llorar como un banquero en quiebra.

—¡Calle! —rezonga Oly, escrutando fugazmente la oscuridad del vacío local—. La narradora de la emisora KBNK no debería estar bebiendo a las diez de la mañana. El relato de hoy era una grabación. Les he dicho que estaba enferma. Además, McLarnin, tengo la voz de una chicharra barítono, y su verdadero nombre es Nelson. Nació usted en Nebraska. Reconózcalo.

—Está usted mordaz esta mañana, señorita O. Y eso la hace equivocarse. Nací hace cincuenta y seis años en esta misma calle, en el Buen Samaritano, y desde aquel día he vivido arrullado por sus sirenas. Una historia no muy distinta a la suya, supongo.

—Yo nací en un remolque. No tengo la menor idea de dónde estaba aparcado en aquellos momentos. Pero fui concebida aquí.

A las cinco y media estoy sentada en el alféizar de una desierta sala de juntas, en el cuarto piso, vigilando la avenida de acceso que describe un círculo en el jardín delantero del club. El automóvil de la señorita Lick llega a la hora exacta, y el portero con el uniforme del

club se apresura a abrirle la portezuela. Acto seguido, se hace cargo de las llaves y conduce el automóvil al aparcamiento particular de la señorita Lick mientras ella se encamina hacia la entrada.

Noto su presencia en el edificio. Con los ojos cerrados la veo cruzar el vestíbulo, saludar a la recepcionista, recorrer el pasillo alfombrado en dirección al ascensor. Sé exactamente cómo mirará las puertas del ascensor, esperando a que se abran, con las manos recogidas sobre el estómago para no agitarlas tontamente.

Por lo general, cuando ella llega yo ya estoy en el vestuario. Hoy, su rostro —listo para sonreír en cuanto cruce el umbral— se arrugará en una expresión de asombro. Mientras se desnuda y se pone el traje de baño, se preguntará qué me ha pasado. Casi puedo oír sus chapoteos en el baño de pies y sentir el movimiento del aire cuando la puerta de la taquilla se cierra a sus espaldas con un siseo. Puedo oler su calor combinado con los verdes vapores del cloro en el cubículo sin ventilación.

En el portalámparas del techo del baño para pies no hay ninguna bombilla. La única iluminación es la grisácea claridad que se filtra por la ventanita romboidal de la puerta de la piscina. Se detendrá allí, sumergida hasta los tobillos en el agua clorada, atisbando a través del grueso cristal reforzado con alambres. Examinará la piscina tratando de localizarme.

Permanece de pie, haciendo girar sus poderosos hombros y agitando los codos como si fueran alas. Se inclina, saca un pie del agua azul y se escarba entre los dedos. Luego cambia de pie y repite el mismo ritual.

A continuación, vuelve a plantar ambos pies en la tibia sopa, coge el bote de cloro de su nicho en la embaldosada pared, lo abre y, prescindiendo de la cuchara medidora, toma un buen puñado de los cristales verde mar y los derrama sobre la superficie del agua.

El plan es muy sencillo. Siempre es la última en abandonar la piscina. El vigilante cierra la entrada y se marcha cuando la señorita Lick aún va por la mitad de sus tres kilómetros cotidianos. La

respetada señorita Lick dispone de sus propias llaves y puede venir a nadar a las tres de la madrugada si así se le antoja. Si quiere, puede quedarse a solas con su amiga enana en la piscina cerrada.

Yo, pobre cosa descolorida, siempre me retiro antes que la señorita Lick, y ya estoy duchada y vestida antes de que apoye ruidosamente sus porcinas palmas en el borde de la piscina para izarse al exterior. Sentada en un banco del vestuario, cada día la oigo suspirar y chapotear en el baño de pies durante largos y pacíficos minutos antes de verla pasar a la ducha. La señorita Lick nunca se cansa de ese baño de cloro.

Tengo tiempo de sobra para vaciar todo el bote de cloro en el agua del baño. Es fácil cerrar la puerta que comunica el baño con el vestuario y correr el pestillo, y salir luego al pasillo para entrar en la piscina por la otra puerta.

Aguardo en silencio sin dejarme ver hasta que la señorita Lick sale de la piscina, chorreante, y se dirige con pesados pasos hacia la puerta del baño de pies. Cuando la puerta se cierra con un crujido casi inaudible, ahí estoy yo para cerrar el pestillo.

El monstruo queda atrapado en el angosto recinto y sus ojos comienzan a lagrimear por los vapores del cloro. Descarga sus puños sobre la puerta del vestuario mientras yo me escabullo hacia el corredor, recorro a toda prisa los contados metros que me separan de la otra puerta y entro jadeante con el corazón aullando y jugando al escondite en mis oídos.

Sus golpes llenan toda la sala. Corro a mi armarito, lo vacío y, con un pequeño bidón de amoníaco en cada mano, me arrastro hacia el agujerito de la puerta.

—¡Oly! —muge tras el tablón de madera. El nombre me paraliza los pulmones. La piel de todo mi cuerpo se eriza en bultitos de miedo.—¿Estás bien, Oly?

Ahora empieza a golpear la puerta que da a la piscina. El redoble se aleja de mí mientras introduzco la punta del tubo en el agujero. Aunque es un agujero pequeño, el olor a cloro es muy intenso y me lloran los ojos de estar tan cerca de él.

—¡Ahó! —ruge ante la puerta más lejana. Siento el retumbar de la madera como si se tratara de puñetazos sobre mi espalda. Con el bidón bajo un brazo, vierto cuidadosamente el amoníaco por el embudo y contemplo cómo se desliza tubo abajo y se derrama al otro lado de la puerta, donde se combinará con el cloro para adquirir una tóxica identidad nueva.

—¡Ahó! ¡Ahó! —Mary Lick jamás gritaría: «¡Socorro!».

Una histérica risita asciende burbujeante en mi interior y sacude el bidón que sostengo bajo el brazo. Una vaharada de amoníaco me golpea la nariz y, a través de la boca abierta, el velo del paladar. Arde. Giro la cabeza, doy boqueadas. Casi vomito.

Oigo un chapoteo al otro lado de la madera y los golpes vuelven a resonar sobre mi cabeza.

—¡Oly! ¡Oly! ¡Oly! —aúlla. Su voz se ha vuelto áspera y ronca. El bidón de amoníaco se halla casi vacío. La cosa se está alargando demasiado. Cesan los golpes. En el repentino silencio, oigo gotear los últimos restos del amoníaco que se escurren por el tubo para derramarse sobre el agua clorada del otro lado. Un peso choca contra la puerta, a escasos centímetros de mí, y se desliza rechinando hacia abajo. Silencio. En seguida, un susurro:

—Pero ¿qué coño...?

Las palabras surgen por el embudo hacia mi rostro, con un extraño hálito enfermizo que me hace toser. Ha encontrado el tubo. El embudo salta de mis manos con una sacudida, se agita violentamente por el aire, choca contra la pared, brinca y se retuerce sobre el suelo. La ancha boca del embudo emite un susurro chirriante.

—¿Qué coño...?

El extremo del tubo sale despedido del agujero bajo la bisagra. El tubo y el embudo caen a tierra. Del agujero surge un nuevo susurro:

—¿Papá?

Me alejo del agujero a gatas, todavía tosiendo, y el susurro suena de nuevo. Medio asfixiada, contengo la respiración para oír mejor. El agujero está diciendo:

—Por favor..., por favor...

Conozco la combinación de su armario. Cuando alcanzo el candado aún sigo oyendo el siseante susurro, pero no logro entender las palabras que se precipitan por el agujero. La esfera se atasca y se escapa de entre mis dedos y a duras penas puedo ver nada a través de las lágrimas. Fallo y vuelvo a intentarlo, mientras un plañido agudo surge de mi propia garganta. El candado cae al suelo.

La pistolera está bajo la chaqueta del traje, colgando de la percha. Acerco uno de los bancos y trepo a él para coger la pistola. Regreso de puntillas hacia la puerta con el peso de la voluminosa pistola en una mano. Alzo la otra mano hacia el pestillo, lo descorro y me echo a un lado al tiempo que la puerta se abre violentamente hacia mí. Sale una nube de gas, y me ahogo y caigo de rodillas con fuego en los ojos y púas de acero en la nariz y la garganta.

El gigantesco cuerpo yace en el umbral. Su respiración es aguda y borboteante. Sus blancos brazos cubren a medias el congestionado rostro. Profiere un gemido, un leve ruidito que brota del empapado bulto de su pecho. Dejo caer la pistola y tiro de su largo brazo mientras comienzo a sollozar.

—¡Mary! Ayúdame. Muévete, Mary. Vamos, Mary. ¡Oh, Mary, Mary! Lo siento muchísimo.

Y es verdad que lo siento, y me da igual que despierte y me mate porque solo deseo que despierte y se mueva. Yo no quería esto. No quería hacerle daño. Tan solo necesitaba que muriera. No este dolor. No este miedo.

—¡Mary! —exclamo, sin dejar de sacudir su pesado brazo—. Yo no quería que fuera así.

La señorita Lick abre los ojos y me mira de abajo arriba, enfurecida. Su muñeca se desprende de entre mis manos con una sacudida, me aporrea, se extiende hacia mí cuando me desplomo

sobre la pistola olvidada en el suelo. Su mano, cálida y poderosa, se cierra sobre mi cuello. Una lucecita blanca se enciende detrás de mis ojos cuando me levanta sobre su cabeza, mientras mi mano izquierda palmotea los dedos que me aprietan la garganta y la derecha sostiene el peso de la pistola. Me alza en vilo, hasta que mis oídos estallan y comienzo un lento y prolongado descenso al extremo de su brazo, hacia el suelo de baldosas, contemplando el repentino agujero negro que se ha formado donde antes estaba su ojo derecho. Sus gruesas piernas se agitan y chapotean en el agua del baño y una ondulación entrecortada sacude la entrepierna de su traje de baño mientras un líquido oscuro chorrea sobre las baldosas. Su mano sigue apretándome el cuello, pero ella ya se ha ido. Estoy sola.

Artículo publicado en el *Oregonian* de Portland:

> A raíz de una alarma por la presencia de humos tóxicos, esta mañana se encontraron los cadáveres de dos mujeres en un recinto adyacente a la piscina cubierta Thomas R. Lick del Timber Athletic Club, víctimas al parecer de asesinato y suicidio. M. L. Zusman, el oficial de policía a cargo de la investigación, declaró a la prensa que las mujeres parecían haber muerto a consecuencia de heridas de bala, y que en el lugar del suceso se encontró una pistola. Las causas exactas de ambas muertes, sin embargo, no podrán confirmarse hasta que el forense del condado de Multnomah haya concluido las autopsias.
>
> El examen del lugar se vio dificultado por la presencia de vapores irritantes en la piscina y vestuario, debidos a un gas todavía no identificado que en estos momentos está siendo analizado en los laboratorios de la policía. El primero en advertir los extraños vapores fue un empleado que acudió a la piscina a las ocho de la mañana para efectuar la limpieza diaria. Los bomberos que respondieron a su llamada descubrieron los dos cadáveres.
>
> «Al principio no sabíamos quién le hizo qué a quién —declaró el oficial Zusman—, pero luego encontramos una nota. O, mejor dicho, una libreta de notas que parece arrojar cierta luz sobre el incidente.» El contenido de esta libreta no ha sido dado a conocer. La policía tampoco quiso revelar los nombres de las víctimas hasta haber informado a sus familiares. Por el momento, se ignora si las víctimas eran miembros de este prestigioso club

atlético y social. Los portavoces del TAC rehusaron hacer ningún comentario en tanto no se disponga de mayor información. El Pabellón Lick permanecerá cerrado hasta que la policía dé por terminada su investigación.

Los primeros informes, según los cuales uno de los cuerpos correspondía a una niña minusválida, han sido desautorizados. La policía da por cierto que ambas víctimas eran adultas.

Carta entregada por correo normal, 19 de mayo.

Mi querida Miranda:

Desde que tenías un año te han dicho siempre que eras huérfana. Eso no es cierto. Tu padre murió cuando eras muy pequeña, pero yo, tu madre, no te he perdido de vista hasta ahora. Yo soy tu madre, yo, la enana de la habitación n.º 21.

Tu verdadero nombre no es Miranda Barker, sino Miranda Binewski. Barker fue el apelativo que eligió la reverenda madre Aurora cuando ingresaste, aún en pañales, en el internado de las monjas.

Sin duda te plantearás muchas preguntas. Te adjunto dos llaves. La grande es la de mi habitación, la n.º 21. Dentro del armario hay un gran baúl de cuero. La llave más pequeña abre el baúl. Dentro, en la bandeja superior, están tus informes escolares, fotografías y dieciséis años de cartas de la reverenda madre Aurora y la hermana Lucy. Van dirigidas a mi nombre y se refieren a ti. Eso debería bastar para convencerte de que nuestro parentesco no es una fantasía debida a las drogas o a la chifladura.

En la bandeja superior del baúl encontrarás un sobre grande marrón que contiene la escritura de la casa y los recibos de los impuestos, junto con todos mis documentos financieros. La escritura está a tu nombre. Puedes retirar dinero o girar cheques contra el fondo fiduciario. También encontrarás los papeles de la cripta donde actualmente reposan todos los demás Binewski. Por favor, ten en cuenta que la cremación es una tradición familiar. En el baúl, debajo de la bandeja, está todo lo que ha quedado de mi historia y la tuya.

Cuida de Crystal Lil, por favor. Su historial médico y sus recetas están en la carpeta blanca que hay dentro del sobre grande. La basura se saca los jueves por la noche y sus facturas han de pagarse el día cinco de cada mes. Crystal Lil es tu

abuela.

Después de veinte cautelosos años de ocultarme a ti, me resulta difícil invertir el proceso. Espero que puedas llegar a perdonarme todo lo que no te di como madre. No puedo saber qué representará para ti el baúl, o la noticia de que no estás sola, de que eres una de nosotros. Sin embargo, abrigo la esperanza de que algún día vendrás a retirarnos de la cripta. Coge a Arty y a Chick, a papá y a las gemelas, y todo lo que queda de los Parientes del Sumidero, y, para entonces, de Lily y de mí. Abre nuestras urnas metálicas y vierte todo el polvo Binewski en esa abollada copa de amor que al principio solo contenía al abuelo B. Atorníllanos a la cubierta de tu máquina de viajar y sácanos de nuevo a la carretera.

Con amor,
Olympia Binewski
(también llamada McGurk)

Hemos decidido incluir esta hermosa carta que Katherine Dunn envió a Sonny Mehta, su editor, en vísperas de la publicación de Amor de monstruo *en Norteamérica*.

Querido Sony:

Se me ha sugerido que escriba una minibiografía para vosotros. Todos estos años de escribir reportajes en tercera persona, más la tendencia del novelista a disimularlo todo para evitar caer en el libelo, hacen que la idea me resulte un poco embarazosa, pero ahí va.

Mi historia familiar es la típica de la clase obrera norteamericana, en versión nómada. Somos mestizos del nuevo mundo. Las mujeres de la familia leen horóscopos, hojas de té, posos de café, cartas de tarot y manos. Mi madre escapó de una granja en Dakota del Norte y es una pintora y artista autodidacta. Se casó varias veces y tuvo hijos con todo el mundo. Mi padre fue el marido de en medio: un linotipista, e impresor de tercera generación y, según todos los informes, un fabuloso bailarín de salón. Fue expulsado de la familia antes de que yo cumpliera dos años y no he vuelto a verlo ni conservo ningún recuerdo de él. La historia cuenta que mi hermano mayor lo sacó de casa amenazándolo con un cuchillo de cocina por haberle hablado con rudeza a nuestra querida mamá.

Nací el mismo día en que se firmó el tratado de las Naciones Unidas, el 24 de octubre del 45, y fui la única niña en una familia de muchachos que me malcriaron y me enseñaron a nadar, a utilizar una honda (para mantener las distancias en una pelea), a trepar a los árboles y a ir en moto. Éramos trabajadores inmigrantes y seguíamos las cosechas de granja en granja, recogiendo fresas, judías, cerezas, naranjas, nueces; a veces vivíamos en el coche, a veces como agricultores arrendatarios, y nos apelotonábamos en viviendas del gobierno o de alquiler durante los meses del invierno cuando algún miembro del clan conseguía un verdadero trabajo.

Somos una tribu de narradores y bromistas. Ninguna comida familiar podía considerarse completa a menos que alguno de nosotros consiguiera hacer un chiste justo cuando uno de los

hermanos tenía la boca llena de leche, de forma que su risa pudiera rociar toda la mesa.

Parece que aprendimos a leer con el *Saturday Evening Post*, que mi madre compraba todas las semanas, fueran cuales fuesen nuestras circunstancias, y nos leía en voz alta a todos.

Debía de tener unos seis años cuando decidí que sería escritora. Un día de verano, había en el barrio un gato enfermo —suponíamos que de rabia— y mi hermano mayor, Spike, fue elegido para matarlo a fin de que los niños pequeños pudieran salir a la calle. Me quedé mirando por una ventana mientras él salía por la puerta de atrás llevando su honda y un bolsillo lleno de bolas de cojinete. Con esa misma honda nos traía a la mesa conejos, ardillas y palomos. Pero esta vez vi salir el gato tras un montón de neumáticos viejos, tambaleándose y echando espumarajos, y mi hermano le acertó de pleno entre las orejas. El gato se desplomó sin un suspiro, pero aquella noche, tendida en la cama (todavía puedo ver los aviones estampados en el papel azul), comprendí qué era la muerte y sentí que todo el doliente universo se proyectaba hacia fuera. Supe de pronto que yo también moriría, que me extinguiría completamente. Y lo más trágico era que todas las maravillas que yo había visto, olido y sentido morirían también conmigo. Desde aquel momento, y hasta el día de hoy, me he esforzado por dejar registrado todo lo posible.

Yo era una niña fea, con una voz profunda y resonante. Cuando la gente se enfadaba conmigo, me llamaban «Ranita» o «Sapo». Esta característica se convirtió en algo positivo cuando la apliqué a las competiciones de debate oral y a la declamación en la escuela secundaria. De la familia más cercana, fui la única que se graduó en la escuela secundaria; mis hermanos se ocuparon de ello.

Todos nosotros tuvimos una infancia extraordinaria. Yo solía escaparme y vivía aventuras que solían terminar cuando la policía me devolvía a casa desde uno u otro centro de detención juvenil de la costa. En el mes de noviembre, después de haber cumplido los 18 años, uno o dos días después de que se cargaran a J.F.K. en Dallas,

fui detenida en Independence, Missouri, por haber intentado cobrar un cheque falso. Por entonces estaba trabajando con un equipo que vendía revistas de puerta en puerta —mi primera experiencia con la cultura— y terminé pasándome unas semanas en el talego de Kansas City. Salí con una condena por delito mayor, dos años de libertad bajo fianza y un miedo incurable a la cárcel. No quería volver nunca más a AQUELLO. Me vi ante una encrucijada, donde las alternativas que se me ofrecían eran una vida de delitos de poca monta y en absoluto atractivos o bien un replanteamiento fundamental de mis expectativas.

A pesar de mi dudosa carrera escolar, siempre había sido una lectora fanática. Tenía pretensiones intelectuales y toda mi vida me había dedicado a garabatear diarios y relatos. Me matriculé en una escuela estatal local (de la Universidad estatal de Pordand) y aproveché las referencias de mis profesores y las buenas notas de todo un año para solicitar el ingreso en el Reed College, aquí en Pordand. En Reed me aceptaron, me concedieron una beca, un cuarto caliente, tres comidas al día y una oportunidad. Después de haber luchado por la supervivencia, trabajando como camarera o como modelo en la escuela de arte, viviendo en pensiones, Reed fue un paraíso. Durante mi tercer año allí gané una beca Rockefeller para escritores y otra de la Music Corporation of America para que escribiera mi primera novela, *Attic*. Cogí el dinero y me fui a Centroamérica con un amigo. Viajamos por el sur de EE.UU., por Canadá y, cuando se terminó el dinero, nos instalamos en Boston, donde escribí *Attic* mientras trabajaba todos los días en tres empleos de tiempo parcial: correctora de pruebas para una imprenta, acompañante de inválidos y manipuladora de caramelos en una fábrica de dulces de Cambridge. Vivía en una bruma, esperando cualquier pausa de cinco minutos para esconderme en una sala de descanso y anotar en mi libreta todas las escenas que se desarrollaban en mi cabeza.

Había planeado conversaciones con editores desde los diez años, cuando me sentaba en un árbol tras la biblioteca de Sparks, Nevada. Así que, cuando David Segal, de Harper & Row, aceptó *Attic*, me pareció de lo más natural. Cogí el dinero y me fui a Grecia con el mismo amigo para escribir *Truck*, mi segundo libro para Harper & Row. Estos viajes, ya se entiende, eran al estilo mochilero; hacíamos autostop en caso necesario, tomando trenes y autobuses, alquilando habitaciones en pensiones de ínfima categoría, y comiendo directamente de las latas tras haber lavado la ropa en la ducha. No se trataba tanto de hacer turismo como de perderse de vista. Yo no era *hippie*. De hecho, los despreciaba y los veía como unos tontos fatuos que tal vez estuvieran en lo cierto pero por razones equivocadas. Yo quería huir del hecho de ser una norteamericana durante la guerra del Vietnam. Entre 1969 y 1975 nos pasamos casi todo el tiempo en Europa, salvo un par de desastrosos viajes a EE.UU. para conseguir dinero. Mi hijo nació en Dublín, Irlanda, en 1970.

Poco después de la publicación de *Truck* me vino como un relámpago de inspiración —un momento Montessori— cuando de pronto me di cuenta de que no sabía escribir. Durante todos aquellos años había redactado de forma más o menos semiconsciente. Abría la boca y lo dejaba salir. Era un producto tan deliberado y trabajado como la pelusilla que se forma en el ombligo, resultado de una época en la que abominaba del aprendizaje formal y lo veía como una traba para la expresión natural. Había estudiado Historia, Filosofía, Psicología Conductista y Biología, pero jamás había asistido a una clase de redacción. Para lo que suelen ser las revelaciones, ésta resultó deprimente. Decidí concederme (y esto da la verdadera medida de mi ignorancia) diez años para aprender a escribir.

Nos fuimos del sur de Europa, asustados por el terremoto de Lisboa de 1969, y luego nos fuimos asustados de Irlanda cuando estalló un coche bomba en Dublín y se llevó por delante una veintena de personas. Eso sucedió en una calle por la que pasaba a

diario mi hijo pequeño. Hasta entonces había sido una alegre simpatizante del IRA, pero aquel día me retiré a la cama presa de náuseas y diarrea, sumida en el más crudo terror. En cuanto pude levantarme, reservé pasajes para Estados Unidos.

Seguí escribiendo montones de gruñones y pretenciosos cuentos, una insufrible novela, kilómetros de resonantes latinajos. No enseñé mi trabajo a nadie, porque hasta yo misma me daba cuenta de que aún era horroroso. Trabajaba en toda clase de empleos para poder llevar la manteca de maní a la mesa. Despachaba comidas y bebidas para pagar el alquiler.

Durante varios años fui la «Story Lady» (la lectora de cuentos) en la Radio KBOO de Portland. Todos los sábados por la mañana, a las diez en punto, leía toda clase de relatos, desde Lewis Carroll a Harlan Ellison, desde Kafka a Raymond Chandler. Yo era Red Ryder, y el programa se llamaba *Gremlin Time* (la hora de los gremlins).

Fue el 18 de noviembre del 78, lo recuerdo bien, cuando tuvieron lugar los suicidios de Jonestown. Había descubierto los campos de concentración nazis cuando era pequeña, leyendo números atrasados de *Life* en algún desván. Aquellas imágenes aún siguen grabadas a fuego en mis retinas. Estaba sirviendo desayunos en una tasca el día que se me acercó un cliente y me enseñó los titulares sobre Jonestown. Me golpearon como una bala en el pecho, y aún hoy me despierto sudorosa y temblorosa de vez en cuando.

1979 fue el año en que AMOR DE MONSTRUO me cayó en el regazo mientras me hallaba en la Rosaleda de Washington Park, en Portland, de forma muy parecida a como Aloysius Binewski concibió la idea de diseñar a sus hijos. Vi puntos de contacto con los misterios que más me intrigaban. Comencé de inmediato a trabajar en el asunto, comprendiendo que esta historia podía ser el punto de confluencia donde todo lo que había intentado aprender pudiera por fin conectar con lo que —bromeando solo a medias— yo llamo mi «manera lírica». Avancé cautelosamente, con largas pausas, abandonando el trabajo durante meses seguidos para ganarme la vida. Pero la historia me rodeaba y me absorbía constantemente.

En Portland, en 1980, asistí a mi primer combate de boxeo en vivo. En mi familia abundaban los camorristas de bar y de calle, y los aficionados al boxeo. Yo siempre había prestado atención a las páginas deportivas y a los combates televisados. Pero las oleadas de emoción que se desprendían de los boxeadores me dejaron atónita. Quedé enganchada. Para un escritor, jamás ha existido mejor tema fijo.

Nunca me había planteado la posibilidad de dedicarme al periodismo; no es que lo desdeñara, sino que no lo concebía como «escritura». Además, aún no estaba segura de ser capaz de redactar una sola frase declarativa, y la mera idea de tener que atenerme a los hechos me aterrorizaba. Pero empecé a escribir sobre boxeo para el periódico local. Fue una experiencia emocionante y adictiva, y los redactores me enseñaron muchísimo. Redescubrí mi propio lenguaje norteamericano, y las alegrías del anglosajón. Dejé de intentar escapar de mis raíces y volví a asumirlas, tal vez con una afición un poco excesiva.

Lo más importante de todo fue mi descubrimiento del «tema». Supe que toda mi habilidad y mi talento eran meras herramientas al servicio del tema, que mi éxito debía medirse en términos de lo bien que fuera capaz de transmitir el tema a la mente del lector, y que, por sí solas, mis hermosas palabras no valían lo que un pedo al viento.

Bueno, durante cuatro años estuve casada con un aficionado a los combates, pero nunca me ha atraído mucho el matrimonio y siempre he preferido vivir con mis amigos sin más complicaciones. Sigo haciendo algún que otro anuncio para la radio y salgo en la TV haciendo *spots* de relaciones públicas para mi periódico. Mis trabajos periodísticos abarcan cuestiones distintas, y se han convertido en una mirilla al universo, una excusa para ir a cualquier sitio, preguntar cualquier cosa, atosigar a quien sea... Y aún sigo aprendiendo.

Mi hijo tiene ya 18 años y está en la facultad. Yo acabo de cumplir los 43 con un aullido de triunfo. Nunca había imaginado que duraría tanto. Pero mi familia tiende a considerar la mortalidad como una mera probabilidad estadística, no como algo seguro. Este optimismo heredado es insidioso. Puede subvertir la lógica más estricta. Así, aunque soy lenta para aprender, es posible que aún me quede suficiente vida para escribir algo que sobreviva al tiempo, y permanezca juntando polvo en algún anaquel a la espera de entregar su mensaje a las futuras generaciones. Por lo menos, pienso disfrutar intentándolo.

Sonny, no sé si todo esto puede serte útil para algo. Debería tomarme otro día y resumirlo en dos terceras partes, pero he prometido que te lo mandaría hoy mismo. Así que disculpa mi prolijidad.

Saludos,
Katherine Dunn

BOB1
MARK OLIVER EVERETT
Cosas que los nietos deberían saber

*

BOB2
WERNER HERZOG
Conquista de lo inútil

*

BOB3
BEN BROOKS
Crezco

*

BOB4
MONICA DRAKE
Amigas con hijos

*

BOB5
PETER HELLER
La constelación del Perro

BOB6
SANTIAGO LORENZO
Los millones

*

BOB7
GRACE METALIOUS
Peyton Place

*

BOB8
SANTIAGO LORENZO
Los huerfanitos

*

BOB9
HOWARD BUTEN
Cuando yo tenía cinco años, me maté

*

BOB10
SANTIAGO LORENZO
Las ganas

*

BOB11
ENRIQUE JARDIEL PONCELA
La «tournée» de Dios

*

BOB12

PERCIVAL EVERETT

BOB13
LAIRD HUNT
Neverhome

*

BOB14
RICHARD BRAUTIGAN
La pesca de la trucha en América

*

BOB15
MIGUEL NOGUERA
Ser madre hoy

*

BOB16
ENRIQUE JARDIEL PONCELA
Amor se escribe sin h

*

BOB17
MIQUI OTERO
Rayos

*

BOB18
PABLO CARBONELL
El mundo de la tarántula

*

BOB19

HADLEY FREEMAN

The Time of My Life

BOB20
CARLO PADIAL
Doctor Portuondo

*

BOB21
ENRIQUE JARDIEL PONCELA
¡Espérame en Siberia, vida mía!

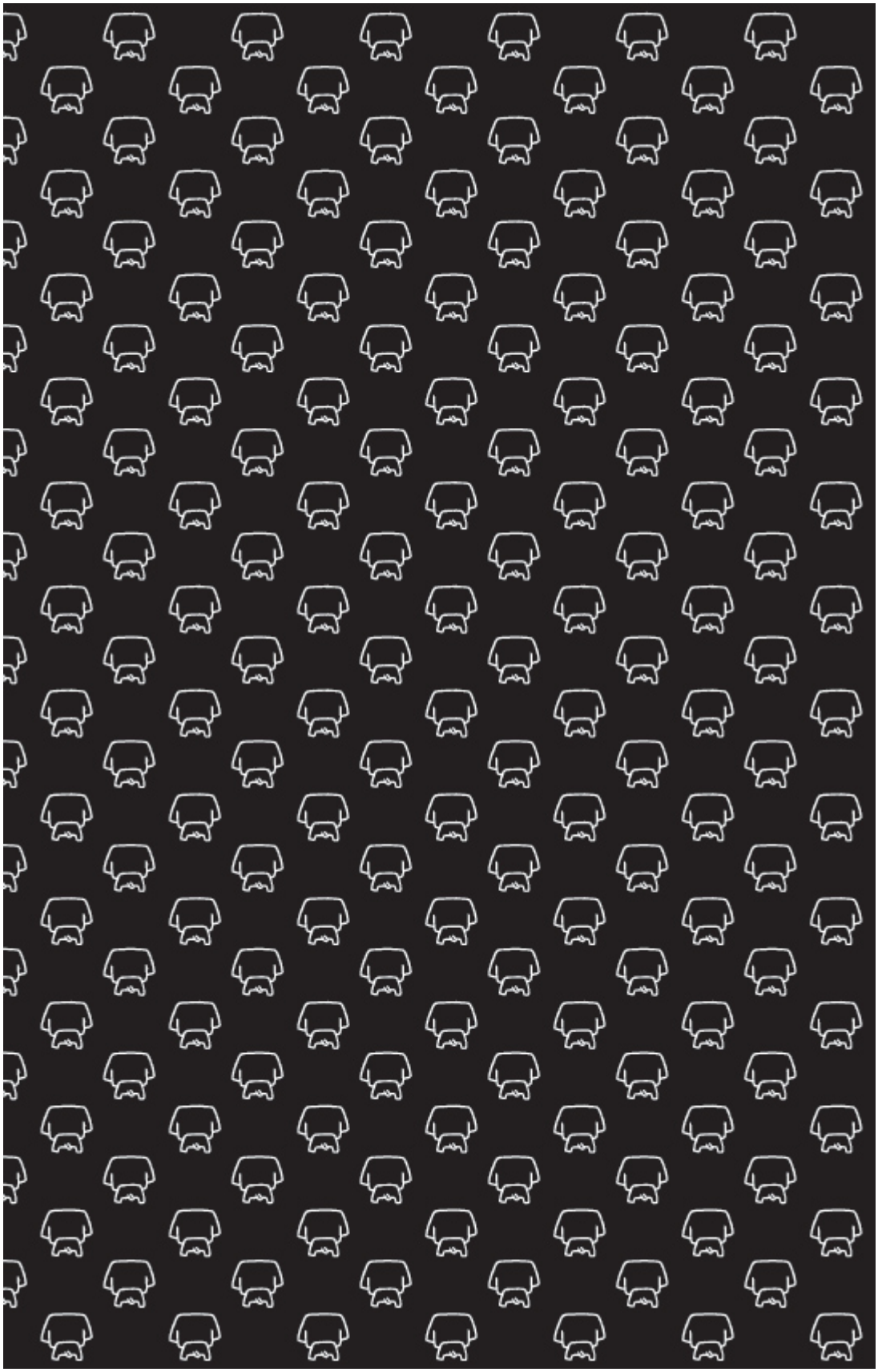
*

BOB22
ROB SHEFFIELD
Vives en las cintas que me grabaste

*

BOB23
JEROME K. JEROME
Tres hombres en una barca

*

BOB24
ANDREI KURKOV
Muerte con pingüino

* Traducido libremente, vendría a significar «arma de pequeño tamaño para policías francos de servicio». Las siglas COP, por su parte, equivalen a «policía» en lenguaje coloquial. *(N. de la t.)*